ARCHIVO CATEQVISTICO

BIBLIOTECA - SEMINARIO

1

Marianas
Navideñas
Eucarísticas
C. de Jesús
Josefinas
Pasionarias
Catequísticas
Misionales

No se presta

Lectura en Sala

C-38370
398
R
383-5

ARCHIVO CATEQVISTICO

I

R.-H.630.

(TERCERA EDICIÓN)

LAS FIESTAS EN LA CATEQUESIS

A lo largo del curso catequístico van sucediéndose en caravana litúrgica las fiestas religiosas del calendario.

Queremos facilitar a nuestros venerables Párrocos la conmemoración académico-religiosa de estas fechas, poniendo en sus manos una Antología de materiales literarios adecuados, de diversos géneros y procedencias.

Esperamos que en la mayor parte de los casos encontrarán en estas páginas composiciones y fragmentos utilizables.

Ese sería al menos nuestro deseo.

NIHIL OBSTAT
Ferdinandus Bujanda
CENSOR

IMPRIMI POTEST
† Abilius, Episcopus Calagurritanus
et Calceatensis

Logroño, 28 de junio de 1955.

Gráficas Ochoa - Dres. Castroviejo, 17 - Logroño

LA INMACULADA

N.º 1

OFRECIMIENTO

A vuestros pies ¡oh Virgen Inmaculada! nos postramos de nuevo este año, para celebrar el misterio de vuestra Purísima Concepción. Son los hijos que se alegran en la fiesta de su madre; los desterrados de este valle de lágrimas que levantan sus ojos a Vos, estrella de la mañana, faro luminoso, lucero vespertino que irradia fulgores de cielo. Tu fiesta nos ha reunido aquí a todos; y todos estamos contentos de vernos cobijados bajo vuestro manto de Madre. En nombre de todos, yo os ofrezco con el corazón henchido de amor las alabanzas todas que han de brotar esta tarde de nuestros labios infantiles. Como en cestaño de flores, yo pongo a vuestros pies las poesías de mis compañeros (perdonad desde ahora sus defectos); las melodías de sus cantos quiero engarzarlas en un collar de sonoras perlas para ceñirlas a vuestro cuello; y el hálito amoroso que hoy respiran nuestros pechos amantes, quiero que sea como el perfume que embalsame vuestro altar.

Virgen María, aceptad nuestro ofrecimiento sencillo y humilde.

Virgen María, escuchad ya de nuestros labios de hijos, vuestras alabanzas y excelencias.

N.º 2

A la Inmaculada

Un ángel de culpa libre
quisiera, Señora, ser
para decir de la gracia
la plenitud que tenéis.

De Adán el primer pecado
no vino en Vos a caer;
que quiso Dios preservaros
limpia, como para El.

De Vos el Verbo divino
recibió el humano ser;
que, para vuestra limpieza,
bastante probanza es.

La carne, por el pecado,
corrupción vino a tener;
y la vuestra, siempre Virgen,
incorruptible se ve.

Condenó a dolores graves
en el parto a la mujer,
y vos Fénix sola fuísteis
libre de dolor en él.

Pues quien todas estas leyes
pudo alterar y poner,
¿quién duda de que os librase
de muerte, divina Esther?

Decir que pudo y no quiso
parece cosa cruel;
y puesto que Dios lo fuera,
con Vos no lo había ser.

Demás que, si bien fué gracia,
gracia con justicia fué;
que título tiene de ella
lo mucho que merecéis.

Que honrar el Hijo a la Madre
derecho divino es;
luego la misma justicia
pudo obligarlo también.

Dios es justicia suprema;
no hay más ley que su querer;
todo cuanto quiere puede,
y esto quiso y pudo hacer.

TOMÁS DE LA VEGA

N.º 3

Tu jardín

De tu jardín somos flores,
¡oh Virgen Inmaculada!
Cuando quieras a Jesús,
regalar otra guirnalda,
ven a cogerlas, que todas,
de los céfiros en alas,
a tu encuentro volarán
para ser por Ti cortadas.

ANTONIO MARQUÉS, C. M. F.

N.º 4

El misterio de la Inmaculada Concepción contado por «chaveítas» andaluces

(Declamando muy despacio y con mímica exagerada)

«La consersión de la Vinge fué un juego al escondé, que le hiso er Señó al demonio. Como tos los niños chicos nacen moro, porque Adán hiso la grasia de dejarnos a tos moros, y encueraos, er Señó no quería que la Vinge que iba a sé madre del Rey de los cristianos y de todos los cristianos de to er mundo, fuera mora en un momentiyo siquiera.

¡Hubiá estao bonito eso, er demonio que es el rey de tó los moros mandando en la Vinge! ¡qué barbariá! güeno, pos va er Padre eterno y agarra a los ángele y va le dise: oí ustedes, ¿ustedes sabéis enterao de que ya yegó la hora de que se vaya mi Hijo pa er mundo pa meter aqueyo en berea?

Güeno, pues tengo que mandá primero a la Madre y dispués alijo; y ¡vaya una madre que le tengo prepará! pero una cosa voy a decir a ustedes, que es que como er mundo está tan enfangao con los pecao y el demonio tiene tan piyá toas las puertas, es menester vé como arreglamos la cosa que no mos vaya a piyá a esa niña que sin viví taovía me tiene ya loquito perdío... De mi Hijo no tengo yo mieo ninguno, porque como es Dió lo mismito que yo, namá que con un sopliyo le hase dá la má de vuerta de campana ar demonio.

Pero esa niña es menesté vé, es menesté mucho cudiao. Y va y dise un angue: no tenga usté cudiao, Padre eterno, que su Hijo de usté tiene grasia pa é, pa su Madre y pa dejá bisco y tuerto ar Tío de los pecaos. Güeno, dise el Padre eterno, pues andá a bé a mi Hijo y andá a desirle que empiese yá a echá grasia pa bajo que payá voy yo a mandá el alma de la Vinge. ¡Y fué naíya lo que cayó! ¡er diluvio universá! Paresía que toas las estreyitas der cielo y tos los luseros y er só y la luna y las nubes y tó se venía pa bajo ¡josú que de ruio y qué de candelás y qué de relámpago! que a los demonios que estaban como los guardas e consumo en las puertas der mundo pa meté er pincho der pecao a to er que pasara, le entró una jiña y un temblique y un doló e tripa que se quedaron esmoresío y encandilao y a tó esto ¡cataplún! se coló la Vinge en er mundo más limpia que una patena y más reluciente que er só y ba y dise entonse a su gente el capitán de los guardas consumo: juí corriendo que ahí sa colao uno sin pagá y salen tos payá corriendo mas que er tío de la lista y ba un angue y le dise con una mijita de guasa: ¡sí, andá ustedes que ya la piyasteis!

Y cuando llegaron los tíos der pincho con el casiyo de la tisne ancá de San Juaquín se le cayeron de las manos tos los avíos, de lo que les entró al bé a una niñita mu chiquita, muchiquita con una corona de estreyita en la cabeza y una tajá de luna debajo de los pies y la má de demonio berreando por detrá y echando espuma por la boca y disiendo: estamo perdío, perdío.

Y entonse sarmó un ruío mu grande por ensima del techo y soía cantá a los angelitos unas coplas mu boníta, que se paresía a la que acá cantamos *(cantan todos)*:

Todo el mundo en general
a voces Reina escogida,
diga que sois concebida
sin pecado original».

M. González

N.º 5

A la Concepción de Ntra. Señora

Aquel dragón soberbio,
cuyas doradas alas
cayeron en la noche,
nacieron en el alba;
aquél por quien perdieron
las dos primeras almas
la original justicia
de nuestra muerte causa:
guardando está la puente
por donde todos pasan
el río de la culpa
de nuestra vida humana.
Blasón de letras negras
en una piedra blanca
«aquí», soberbio dice,
«cuantos nacieron pagan».
Mas, después que pasaron
mil reyes y monarcas,
llegó una hemosa niña
que es Madre de la Gracia.
Pasar quiere sin pecho;
que quien a Dios aguarda
para darle los suyos
no ha de pechar esclava.

.....

Pasa la blanca Niña,
que es la paloma blanca,
que con el ramo verde
eterna paz señala.
A hablarla no se atreven;
mas las soberbias guardas,
y quien con Ella viene,
tienen tales palabras:

GUARDAS.-¡Ténganse todos y ninguno pase!
ANGELES.-¡Pase la Niña, que del Sol es alba!
GUARDAS.-¡Téngase, digo, y todo el mundo pague!
ANGELES.-Afuera, afuera guardas,
que la Madre de Dios no debe nada!
GUARDAS.-¡Pague a la naturaleza
lo que pagó gente tanta!
ANGELES.-¡Guardaos que tiene una planta
que os quebrará la cabeza!
GUARDAS.-¿Quién le ha dado esa franqueza?
ANGELES.-Quien la quiere para Madre.
GUARDAS.-¡Ténganse todos y ninguno pase!
ANGELES.-¡Pase la Niña, que del Sol es alba!
GUARDAS.-¡Téngase, digo, y todo el mundo pague!
ANGELES.-Afuera, afuera guardas,
que la Madre de Dios no debe nada!
GUARDAS.-¿Queréisme dar a entender
que Dios su sentencia muda?
ANGELES.-Necedad es poner duda
en lo que Dios puede hacer.
GUARDAS.-Decid ¿cómo puede ser?
ANGELES.-Como quiere, puede y sabe.
GUARDAS.-¡Ténganse todos y ninguno pase!
ANGELES.-¡Pase la Niña, que del Sol es alba!
GUARDAS.-¡Téngase, digo, y todo el mundo pague!
ANGELES.-Afuera, afuera guardas,
que la madre de Dios no debe nada!

LOPE DE VEGA.

(N. B: *Declamador en el centro con ángeles y guardas-demonios a derecha e izquierda; al fin del diálogo coreado salen vencidos del escenario los demonios*).

N.º 6

La Inmaculada Concepción

Siglo XIII y en París. Sus calles se animan en vísperas de una gran batalla. Batalla? Afamados maestros en Sagrada Teología de todo el mundo se concentran en los alrededores de la Sorbona, aguzando peripatéticamente sus silogismos. Muchos de ellos —la inmensa mayoría— pregustan el triunfo que han de obtener —¿cómo no?— en contra del Beato Juan Duns Escoto, en el Certamen sobre la Concepción maculada o inmaculada de María.

El Beato Escoto acera también sus argumentos en su retiro franciscano, hiriendo al mismo tiempo el cielo con las más aladas y entrañadas jaculatorias. Ha jurado luchar hasta morir en defensa del augusto privilegio de su Madre.

Llegan el día y la hora para el Certamen. Las aulas de la Universidad comienzan a rebullir por la afluencia creciente de maestros y discípulos, de concurrentes activos y simples espectadores. El doctor sutil Beato Juan Duns Es-

coto se dirige también al Alma Mater. En el camino tropieza con una estatua de la Virgen. Se arrodilla en cuerpo y alma ante Ella y la dice: *Dignare me laudare te, Virgo sacrata; da mihi virtutem contra hostes tuos.* Haz, Virgen sagrada, que yo te alabe y te glorifique; dame tu fuerza, tu luz para vencer a tus enemigos. María inclina la cabeza en señal de asentimiento.

Todo confortado y animoso se levanta el Beato Escoto, y llega al máximo centro cultural de aquel entonces, subrayando con la modesta nobleza de su porte la potencia de su cerebro incomparable.

¿Es esto una leyenda? No. Es una historia real y verdadera.

Y empieza la batalla, es decir, el certamen. Todos los concurrentes activos —cincuenta?, ochenta?, cien?, cuántos?..., no se sabe a punto fijo, pero muchos—, hombres curtidos en lides académicas, empiezan uno por uno a desenredar el hilo de su dialéctica, dura, trituradora, quizá más de la cuenta, del sentimiento y de la imaginación. Se eriza el aire de *atquis y ergos.* Escoto va escuchando a todos y enfilando sus baterías al punto flaco de cada razonamiento adversario.

No vamos a enumerar ahora todos aquellos argumentos. Sólo enunciaremos el cuerpo de los dos principales. Si María fué Inmaculada, Cristo no fué Redentor universal. Si María fué Inmaculada, no fué hija de Adán.

Con tal rigor dialéctico y con tal calor de corazón los rebatió el doctor sutil que, si no todos se convencieron plenamente, casi todos dieron franquía en sus mentes como a opinión probable a la que defendía la Concepción Inmaculada.

Si María fué inmaculada —contestó Escoto—, Cristo no fué Redentor universal con *redención liberativa*; lo fué con *redención preservativa.* Si María fué inmaculada, no fué hija de Adán moralmente; lo fué físicamente.

Con esta distinción entre la redención liberativa y preservativa, y entre la filiación física y moral —«el que no distingue, está expuesto a errar» decía Aristóteles y también Perogrullo— aclaró el doctor sutil los diversos conceptos un tanto confusos y enredados, que dificultaban la respuesta a los argumentos enunciados.

Pasan los años, pasan los siglos. La lucha entre inmaculistas y maculistas sigue todavía, aunque los partidarios de la tesis maculista sólo se reclutan —puede afirmarse— en las filas de determinada y conocida escuela teológica.

Los romanos Pontífices van condenando algunos extremos de los maculistas. Las naciones y príncipes católicos piden a los Papas con admirable constancia y con una insistencia verdaderamente ejemplar en la historia la definición dogmática.

En el Pontificado de Gregorio XVI y en los primeros años del de Pío IX, se elevan a la Santa Sede más de doscientas veinte peticiones de Cardenales, Arzobispos y Obispos —no contamos las de los Cabildos y Ordenes religiosas— para que se proceda a la ansiada definición.

Hasta que, por fin, el día ocho de diciembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro, el Papa, aquel sobre cuya cabeza vuelan constantemente las palomas del Espíritu Santo, el Papa Pío IX, rodeado de cincuenta y cuatro Cardenales, cuarenta y dos Arzobispos y noventa y ocho Obispos de todo el mundo, y ante una multitud de más de cincuenta mil personas, que, llegadas de las diversas regiones del planeta, inundaban las amplias naves de la gran Basílica de San Pedro de Roma, locas de emoción y delirantes de entusiasmo, emitió la solemne definición: «Declaramos, pronunciamos y definimos que la doctrina de que la Bienaventurada Virgen María, en el primer instante de su Concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos del Salvador del género humano, Jesucristo, fué preservada inmune de toda mancha de culpa original, ha sido revelada por Dios, y, por tanto, debe ser firme y constantemente creída por todos los fieles».

P. F. A.

N.º 7

Anhelos de niño

I

Virgen querida,
¡ay, y qué hermosos
son esos ángeles
los de tu trono!
¡Cómo sonríen,
y de Ti en torno
baten alegres
sus alas de oro!
Unos extáticos
miran tu rostro;
bajo tus plantas
se humillan otros;
y todos juntos
en dulce coro,
cantando tu pureza inmaculada,
¡son tan dichosos!...

II

Virgen querida,
con sólo verlos
a esos tus ángeles
¡qué envidia tengo!
¡Ay, yo quisiera
allá en el cielo
cabe tu trono
jugar con ellos!
mirar tu rostro
sólo es mi anhelo;
Virgen, contigo
llévame al cielo,
¡que cantar con los ángeles him-
[nos
es mi contento!

III

Así a la Inmaculada
habló una vez un niño;
la Virgen sonrióse
y ved lo que dijo:
«Si quieres con mis ángeles
venir, hijo querido,
sé bueno como un ángel en la
[tierra,
y pronto lo serás del paraíso.»

J. ARTERO

N.º 8

Salmo de la Inmaculada

(FRAGMENTO)

I

Conjuroos prados, montes, valles, fuentes,
espigas, hojas, flores,
pajarillos cantores,
arroyuelos corrientes,
que cantéis al amor de mis amores.

II

¡Oh, Madre, cual ninguna Inmaculada,
limpia, blanca, y hermosa cual ninguna...!
¡Revestida de luna,
de estrellas coronada!

III

A tus pies está el orbe que te adora,
cual paje que a los pies de su Señora
la cantara esperando una sonrisa;
sus manos son los soplos de la brisa,
su cítara los rayos de la aurora...

IV

En Tí la Gracia del Señor. Rendida
su mirada, de luces te reviste.
Entre las hijas de Israel Tu fuiste
como zarza entre espinas, escogida.

V

¡Quién por cantar, Señora,
tu frente limpia y clara,
su cítara engarzara
con rayos de la aurora!

VI

Capullos son de rosas y botones
tus dulces labios, cual la aurora, bellos;
nieve es tu rostro, y cándidos vellones
de cabras de Galaad son tus cabellos.

VII

Tus ojos, luz de aurora
sobre el desierto frío.
Tu mirada, rocío
sobre la dura arcilla pecadora.

VIII

No es más hermosa el alba cuando asoma
por los montes floridos. Ni más pura
la tímida paloma
que anida en la espesura.

IX

Toda Tú como flores
en medio de los prados.

Y el Espíritu en Tí, cual los colores
en el rayo del sol.

X

Entrelazados,
en tus carnes de flores virginales,
Dios y la arcilla en Tí. Como pardales
en un tronco anidados.

XI

Inmaculada siempre, y siempre pura,
diste ser de tus carnes al Bien mío.
Así en la blanca altura
la limpia nieve se convierte en río,
sin perder su limpieza y su blancura.

XII

La carne de Dios llena
que redimió la tierra pecadora
atravesó, Señora,
tu carne de azucena,
como el cristal el rayo de la aurora.

XIII

En Tí el alma se ampara.
A Tí endereza el alma su carrera.
Así la corza tímida y ligera
hacia la fuente clara.

XIV

Limpia, Madre, los cuerpos pecadores,
como limpia las aguas del riachuelo
los guijarros del suelo,
cuando van, entre jaras y entre flores
cantando paz y reflejando cielo.

XV

¿Qué alma a llegar se atreve
hasta Tí, si, cual Tú, no es blanca y
[pura?
Sólo el aire y la luz, sobre la altura,
pueden tocar los ampos de la nieve.

XVI

¡Ay, Madre, si escucharas
las quejas que exhalamos!
¿En qué flores o jaras
escondiste la fuente que buscamos?

XVII

¡Cantad, cantad amores,
hojas del olivar, fuentes del prado!
Que un ángel en las nubes ha cantado
con místicos fervores:
¡Alégrate, Israel, porque es llegado
el día de los hombres deseado,
y el Rosal de David ha dado flores!

.....

JOSÉ M.ª PEMÁN.

N.º 9

A la Inmaculada de Lourdes

Eres la Madre amada
de nuestro corazón;
eres la Inmaculada,
la pura Concepción.

Purísima paloma
que anidas en la peña,
de donde se despeña
torrente bienhechor;
transforma con tus gracias
y santas bendiciones
los duros corazones
en tronos de tu amor.

Ya que tus ojos fueron,
a vista de mis males,
purísimos raudales
de llanto celestial;
hiere este duro pecho
que da a Jesús enojos,
y brote de mis ojos
el dulce manantial.

.....

Virgen Inmaculada,
la que en la gruta mora,
sed tengo abrasadora
que no extinguí jamás;
y aunque a mi amor respondes,
sed tengo todavía,
sed tengo, Madre mía,
de amarte más y más.

Extingue, dulce Madre,
pues poderosa eres,
la sed de los placeres
que abrasa el corazón;
y haz que nuestra alma ansíe
gozar perpetuos días,
las castas alegrías
de la eternal Sión.

Ciego está el hombre, oh Madre,
haz que sus daños vea;
su oído no recrea
la voz de la verdad.
Oh Madre, no permitas
que ruede al precipicio,
haz que aborrezca el vicio,
haz que odie la maldad.

De la hidra ponzoñosa,
que a envenenar empieza,
aplasta la cabeza
con tu virgíneo pie;
y vuelva a ser España,
sin sombra de herejía,
la España de María,
la España de la fe.

J. ALARCÓN,, S. J.

N.º 10

A la Inmaculada

Reina y Madre, Virgen pura,
que el sol y cielos pisáis,
a Vos sola no alcanzó
la triste herencia de Adán.
¿Cómo en Vos, Reina de todos,
si llena de gracia estáis,
pudo caber igual parte
de la culpa original?
De toda mancha estáis libre,
¿y quién pudo imaginar,
que vino a faltar la gracia
adonde la gracia está?
Si los hijos de sus padres
toman el fuero en que están;
¿como pudo ser cautiva
quien dió a luz la libertad?
Sóis entre tantos pecheros
de vuestro mismo solar
hidalga de privilegio,
que a ninguno se dará.
Vos soy de Jacob estrella,
que cielo y tierra alumbráis;
¿qué oscuro vapor de culpa
pudo una estrella manchar
Si la que en Adán fué culpa,
pena ha sido en los demás,
y nunca fuisteis deudora,
¿quién os la puede llevar?
Si con tanta diferencia
excedisteis a San Juan;
los que Dios desigualó,
¿quién los pretende igualar?
Antes del día os guardaron,
y aunque al paso natural
madruga en todos los culpa,
pero en Vos la gracia más.
Una misma fuisteis siempre;
y es imposible ajustar
hija de guerra un instante,
y otro Madre de la paz.

PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

N.º 11

Virgencita Inmaculada

Virgencita Inmaculada,
tus ojos son dos luceros
que alumbran sobre la tierra
la senda que lleva al cielo.

C. TECEDOR

N.º 12

Sonetos

¿A qué con frases pretender, Señora,
Tu hermosura pintar, si aun las más bellas
Pálidas son: pues a despecho de ellas
El cielo te retrata hora tras hora?

Besa tus pies la luna, el sol te adora;
Los festones del iris son tus huellas;
Fulguran en tus ojos las estrellas,
Y hay en tus labios rosicler de aurora.

Así al cruzar el ancho Firmamento,
Tus manos son jazmín, rosas tus plantas,
Miel tu sonrisa y azahar tu aliento:

Amor tu égida y música tu nombre,
A cuyo blando son Luzbel se espanta,
Dios se recrea y te bendice el hombre.

PÍO X

—

Más blanca que la nieve del Carmelo,
Más pura que el candor de la inocencia,
Más limpia que del justo la existencia,
Más grata que el amor y que el consuelo,
Más tierna que la madre en su desvelo,
Más noble que el deber de la conciencia,
Más fragante que el lirio en su opulencia,
Más delicada que el azul del cielo;
Así es la flor de Nazaret, María,
Que al abrir su corola inmaculada
Llenó el mundo de paz y de alegría.
Como Madre de Dios predestinada,
No pudo Satanás en su osadía,
Ni mancharla siquier con su mirada.

GÓMEZ HARO

—

Prendada de tus gracias virginales
te libró la divina Omnipotencia
de la pesada carga de la herencia
que nos cupo al nacer a los mortales.
Y cual vierte la fuente sus raudales
sobre lamas de infecta pestilencia
sin perder la nativa transparencia
que de ley corresponde a los cristales;
como el disco del sol radiante brilla
en la ciénaga inmensa que el deshielo
sostiene entre los juncos de la orilla:
blanca paloma de sublime vuelo,
tú sola al mundo llegas sin mancilla,
tú sola cruzas sin mancilla el suelo.

RAMÓN M.ª VINUESA, S. J.

De rosa, de jazmín y de azucena
formando tu semblante peregrino,
reflejo fiel del hálito divino,
fuiste, a imagen de Dios, de gracia llena.
Tu pura concepción la vil cadena
del pecado, fatal como el destino,
en vínculo de amor a trocar vino
y en vida y gloria la mortal condena.
Reina, por el Eterno coronada,
Dios te adornó de gracias a porfía
antes de que surgiesen de la nada
el mar, el éter y el fulgor del día;
y la estirpe de Adán esclavizada,
libre se vió por Ti, Virgen María.

M. S. FUENTES

—

Hoy por el mar Bermejo del pecado,
que en los vados cerúleos espumosos
sepultó sin piedad los poderosos
ejércitos del príncipe obstinado,
pasa Virgen esento y respetado
vuestro ser de los golfos procelosos;
así por los decretos misteriosos
en vuestra concepción fué decretado.
Quien puede y quiere con razón colijo,
hará cuanto a su mano se concede,
y más que hizo el sol con lo que dijo.
Y pues naciendo en vos, de vos procede,
¿quién dirá que no quiere siendo hijo?
¿quién negará que siendo Dios no puede?

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

—

(En boca de D. Quijote)

Ensilla, Sancho amigo, a Rocinante,
dame la lanza y yelmo de Mambrino,
acomoda la alforja en el pollino
y el bálsamo precioso pon delante.
Pues Dios me hizo caballero andante,
hoy desfacer un tuerto determino
que face a una doncella un malandrino,
jayán desaforado y cruel gigante.
Dice que fué su esclava esta doncella,
y miente. Pues sé yo que cuando él dice
ella deshizo a coces su cabeza.
A mí me toca, Sancho, el defendella,
pues soy su caballero, y voto hice
de defender su original pureza.
Subió con ligereza;
y, tomando su yelmo, escudo y lanza,
lo siguió su escudero Sancho Panza.

FRAY FERNANDO DE CÁRDENAS

A María Inmaculada

(Diálogo)

1 ¿Qué miras? ¿Tanto te gusta
esa imagen de María?
2 Oh, sí, mas saber quería
si la Virgen es así.
1 Harto sabes que es la Virgen
sin comparación más bella;
es sombra delante de ella
la beldad que ves aquí.
Mas... ¿no me atiendes?
2 Ya escucho
1 ¿Qué es lo que así te embelesa?
2 Dime ¿qué serpiente es esa
que huella bajo sus pies?
1 Es la serpiente traidora;
es la que sedujo a Eva;
por eso en la boca lleva
una manzana ¿la ves?
2 ¿Y no te has fijado cómo
la Virgen con firme planta
pisándole la garganta,
ahoga al dragón infernal?
1 Así de Satán altivo
vió la soberbia vencida,
al ser Ella concebida
sin pecado original.
2 Pues si no pecó María
¿será hermosa cual ninguna?
1 Como que lleva la luna
por escabel de sus pies.
2 Con que ¿es más bella María
que esa luna refulgente
cuando majestuosamente
cruza el espacio?
1 Así es
2 ¡Oh qué hermosa es nuestra
[Madre!
1 Más que toda criatura;
como que en la Virgen pura
Dios encarnado habitó.
Pero ¿qué miras ahora?
2 Me tiene toda cautiva
el verla mirar arriba,
¿Por qué está así, digo yo?
1 Mira al cielo porque el cielo
es la mansión de su Amado;
y sin vivir a su lado
Ella no puede vivir.
Y por eso en su mirada
el amor de su alma expresa;
y es, que en su Dios se em-
[belesa
queriéndose a su Dios unir.

2 ¿Con que tanto a Dios amaba
el corazón de María?
1 ¡Oh si mi amado, decía,
para mí y yo para él!
Y en éxtasis amorosos
arrobándose su alma,
gozaba en vida la calma
que se goza en el Edén.
2 Oh Madre, ya me dan ganas
de dejar pronto este suelo,
y volar contigo al cielo
donde tienes tu mansión.
¡Madre mía, Madre mía!
¡qué grande desgracia fuera
si, por mis culpas, no hubiera
de verte en el cielo yo!
¡Al cielo quiero yo ir
no se fustre mi esperanza!
1 y 2 Y en tanto nuestra alabanza
oh Madre dígnate oír
pues tus hijos a una voz
te aclaman Reina escogida
porque fuiste concebida
sin pecado original.
Es vuestra belleza tal,
que ante ella queda eclipsada
la beldad más agraciada
del más alto serafín.
¡Qué extraño! Dios quiso al fin
que fueras Inmaculada!

P. CARRERO, PBRO

N.º 14

Luz de los cielos

Luz de los cielos,
Flor aromática,
Rayo de luna,
Rosa temprana.
Astro argentino
De la mañana,
Más pura y bella
Que la alborada;
Perla de Oriente,
Joya engarzada,
Fuente de vida
Límpida y clara.
Faro que alumbra,
Luz que acompaña:
Eso es María
La Inmaculada.

F. SARASATE DE M.

N.º 15

Más sonetos

En el cielo se vió, de luces bellas,
una hermosa mujer, del sol vestida,
y con ojos de púrpura encendida
amenazó un dragón sus blancas huellas.
Figura fué ésta tuya, que atropellas
la imagen de la luz que nos da vida,
la que sin culpa ha sido concebida,
más pura que el candor de las estrellas.
Dios se llama de *dar* y no ha pagado
menos que recibió, grandeza no era
de su poder no haberla preservado;
porque si carne en culpa Dios le diera,
cuando Ella, pura y santa se la ha dado,
más liberal que Dios su Madre fuera.

AGUSTÍN MORETO Y CAVANA

Yo soy del Creador perfecta hechura;
broté del mismo Corazón divino,
como al margen de arroyo cristalino
brota la hermosa flor fragante y pura.
Soy la eterna sonrisa, que fulgura
en los labios de Dios. Es mi destino
mostrar a los mortales el camino
de santo amor y de inmortal ventura.
Yo soy la Madre del amor hermoso,
soy el primer suspiro fervoroso
que en éxtasis de amor y de clemencia,
exhaló la divina Omnipotencia
de mi misma hermosura enamorada...
¡Soy la Madre de Dios! ¡La Inmaculada!

P. BONIFACIO SÁINZ, SCH.

—

Trazaba Dios la perfección del mundo,
Y tu imagen formó en su pensamiento;
Te dió la vida un soplo de su aliento,
Te dió la perfección su amor profundo;
Como astro de pureza sin segundo
Brillante en el oscuro firmamento,
Que esclareció la luz de otro portento,
Cuando tu seno Dios hizo fecundo.
Virgen de Nazaret, divina aurora,
Sin mancha de pecado concebida
De Redención Estrella precursora,
Lirio de Jericó, fuente de vida.
La tierna voz del alma que te adora
Acoge con amor, Madre querida.

FR. JUAN DE LA VIRGEN DEL CARMEN

—

Eres aquella mística azucena
que alegra los vergeles celestiales;
eres la estrella fúlgida y serena
que alumbra las moradas inmortales.
Eres la más hermosa nazarena
que cruzó por los valles terrenales;
eres María, la de gracias llena,
que tus gracias repartes a raudales.
Eres la fuente cristalina y pura
que mitiga la sed en el desierto;
eres el faro que en la noche oscura
a todos muestra el deseado puerto.
¡Tú lo eres todo! Madre Inmaculada,
porque fuera de Ti, limpio no hay nada.

BROMA Y DE VERAS

N.º 16

La Virgen Inmaculada

¡Qué hermosa apareció!, fúlgida luna,
Sin mancha ni cendal, luciente estrella;
Girón de cielo azul, sin niebla alguna,
De divina beldad viva centella;
Virgen que puso en el edén su cuna,
Do el arrullo de Dios mecióle en ella;
Aurora de un gran sol, místico broche,
Que abrirá un día y cerrará una noche.
Tú la hiciste, Señor; tu huella pura
Marcada en sus perfiles se divisa;
Su tersa frente tu saber fulgura,
Su aspecto dulce tu dulzura avisa.
En su rostro dejaste tu hermosura
Y en sus labios de rosa tu sonrisa,
Y en medio de su faz, ojos tan bellos,
Rasgaste sólo por mirarte en ellos.

AUGURIO SALGADO

N.º 17

¡Salve, Salve!

¡Salve Virgen querida!
¡Ensueño de mi amor, luz de mi vida!
Yo te ofrezco mi alma para amarte,
Todo mi corazón para quererte,
Ojos que no se cansen de mirarte,
Voz hasta enroquecer para cantarte,
Sangre para verter por defenderte.
Deja que el alma extática, arrobada,
De gozo transportada
Se embriague en el néctar que en sí encie-
[rra
El hombre más hermoso de la tierra.
¡Salve, salve, María Inmaculada!

A. R., S. J.

N.º 18

Quisiera ser angelito

Quisiera ser angelillo
para tener alas blancas,
y estarme siempre en el aire
cantando a la Inmaculada.
Ella es Madre de los hombres:
Ella enjuga nuestras lágrimas;
y al abandonar la tierra
lleva al cielo nuestras almas.
Por eso, Virgen María,
quisiera tener alas blancas,
y estar cantando en el aire
tu pureza inmaculada.

C. TECEDOR

N.º 19

Toda pura

Pura es la blanca azucena
cuando en su tallo gentil
forma las galas de abril
y el aura de aroma llena.
Puras las gotas vertidas
por la aurora en sus albores
al mecerse entre las flores
de sus hojas suspendidas.
Puro el maternal halago
y de la luna el reflejo
cuando riela en el espejo
de algún pacífico lago.
Pura es también la sonrisa
del tierno niño en la infancia,
y de la flor la fragancia
y de los mares la brisa.
Pura es del fiel que te ama
la oración que al cielo sube,
puro es, en fin, del querube
el santo amor que le inflama.
Pues más pura que la flor
y las gotas del rocío,
que las brisas del estío
y de la aurora el albor;
más que la risa del niño
y de la luna el destello,
que el amor del ángel bello
y de una madre el cariño
eres Tú, Virgen María,
de tierra y del Cielo Señora;
por eso el alma te adora
y te bendice este día.

X.

N.º 20

Hoy es el día azul

¡Ave María Purísima!

Entre las nieblas y cierzos del invierno arde hoy, esplendorosa como nunca, esa salutación, cual la llama del cirio gigantesco de la española devoción mariana.

¡Ave María Purísima!

El lema secular, nacional, concepcionista, florece hoy más gozoso en los labios y arraiga más tenaz en los pechos y se enhiesta más vibrante en los aires.

¡Ave María Purísima!

Se encendió ya esa luz de esperanza entre los fríos y las oscuridades del primer pecado, y continuó encendida a través de todos los desalientos y prevaricaciones de la tierra, hasta mostrarse en su cenit glorioso de la Definición dogmática.

De la gloria de la Inmaculada Concepción está lleno este día de horizontes azules.

—

«Con alegría me alegraré en el Señor y mi alma se llenará de gozo en mi Dios», canta hoy la Madre Iglesia al comenzar la Misa.

Porque el privilegio de la Madre de Dios que hoy se celebra es magnífico, extraordinario, único.

Todo el género humano fué anegado en las olas del mal, y María, Ella sola, quedó inmune.

Todo el árbol de la humanidad fué dañado desde su raíz hasta sus ramas y la flor de Nazaret brotó pura e intacta.

Toda la descendencia de Adán cayó y fué esclava, y tan sólo la Virgen fué libre y permaneció en pie.

Predestinada desde toda la eternidad en la mente de Dios, es Ella la anunciada en el Paraíso, la mujer que quebrantaría la cabeza de la serpiente.

Es ella la prefigurada como un ejército puesto en orden de batalla; la comparada con la azucena, con la rosa, con el cedro; la llamada torre de marfil, casa de Dios, puerta del Cielo.

Es ella la escogida, la predilecta, la bendita entre todas las mujeres; la Virgen que concebiría y daría a luz un Hijo, según dijo Isaías; la mujer vestida de Sol, con la luna a los pies y coronada de luceros, como la vió San Juan. Es el huerto cerrado y la fuente sellada y la ciudad inexpugnable.

Es la escala de Jacob y el arco iris y la estrella de la mañana.

Es la zarza de Moisés y el vellocino de Gedeón y el Arca de la Alianza.

Es Abigail y Débora y Judit y Ester.

Es la hija de Joaquín y de Ana.

Es María.

Es la Inmaculada Concepción.

¡Dogma de fe, de victoria, de alegría, de libertad!

Por él todos triunfamos, todos subimos, todos nos ufanamos.

Los tesoros de la Madre son también de los hijos.

El privilegio de la Purísima Concepción de la Virgen María es la gala, el orgullo, la exaltación de la raza de Adán.

No todo es fango en este bajo suelo; no todo es impureza ni erial.

Del lodo y las espinas surgió un lirio.

—

Y con la Madre Iglesia, se alegra hoy y se viste de fiesta y se llena de gozo, cual ningún otro pueblo, la nación española.

Es el día de su Patrona, la solemnidad de las solemnidades de su Reina.

Como María, sujetó España a la media luna y la aherrojó a sus pies; como Ella, se revistió de resplandor de soles victoriosos y se alzó su ideal hasta los mismos astros.

Por Ella, por María concebida sin pecado, fué España vencedora y grande, y lo será, aunque la serpiente ataque y muerda.

Para Ella, para su Inmaculada, tuvo España legiones de teólogos y pléyades de artistas y ejércitos de misioneros que la defendieron en las Universidades y en los Concilios, que la ensalzaron en los poemas y en los lienzos, que le labraron estatuas e iglesias, que propagaron su amor y devoción por mundos nuevos.

A Ella, a la Purísima, los Reyes consagraron la nación y las corpora-

ciones hacían el famosísimo «voto» y las ciudades la proclamaban Patrona y el pueblo festejó y veneró con júbilos crecientes.

En Ella, en la Vencedora del dragón infernal, pone España sus esperanzas y su amor, su fortaleza y sus anhelos de regeneración.

Y nunca como ahora debemos elevar hasta su trono la súplica de la clásica novena: «También os ruego, Señora, que amparéis siempre a nuestro Reino, ya que sois su patrona, y que le hagáis florecer en la fe, en la piedad y en todas las demás felicidades.»

—

Hoy es el día azul, el día grande de nuestro amor mariano.

Compéndiense todos nuestros fervores en esa fiesta de la Inmaculada y limpia Concepción.

Cuajen todas nuestras caricias a la Madre en el *Ave María Purísima*, requiebro angélico, saludo entre españoles, voz del que pide, grito del que vigila, lema del que quiere triunfar.

¡Ave, ave, ave María Purísima! hoy y siempre en nuestra boca y en nuestra mente y en nuestro corazón.

J. Le Brun

N.º 21

La Inmaculada de Murillo

Cuando miro, ¡oh Virgen pura!
tu imagen inmaculada,
al contemplar su hermosura,
en suavísima dulzura
quédase mi alma anegada.
Si vislumbrando a lo lejos
Murillo tanto primor,
de tu vista al resplandor
pintó en célicos reflejos
tu retrato encantador;
pisando diáfanas nubes,
la luna por escabel,
globos de luz por dosel,
rodeada de querubes,
tu planta hollando a Luzbel.
Alba veste, azul el manto
recogido con primor
por las manos, que el ardor
detienen del pecho santo
porque no estalle de amor;
Los ojos mirando al cielo
como dos lumbres divinas,
cuyo arrobador anhelo
traspasar parece el velo
de las nubes purpurinas;
La dorada cabellera
airosa al cuello ondeando,
y sonrisa placentera
cual en flor de primavera
el dulce labio rizando.
Y en redor entre raudales
de luz y purpúreas nubes,
como perlas y corales
asoman mil celestiales
cabecitas de querubes.
Pues si en tan bella figura
te dibujó la pintura
con sus pálidos reflejos
vislumbrando allá a lo lejos
tu celestial hermosura:
Con qué gloria, con qué encanto
brillas en el cielo hermosa?
¡Cuán rico será tu manto!
¡Cuán puro tu rostro santo!
tu figura ¡cuán graciosa!
¡oh, si admirarla pudiera,
cuánto mi alma gozaría!
¡Si a tu lado se me diera
volar, de gozo muriera
al contemplarte ¡María!
Sin Ti cuán triste es el suelo
do no puedo contemplarte.
¡Ven de los tristes consuelo!
¡llévame contigo al cielo
quiero morir por mirarte!

L. de Clairac, S. J.

N.º 22

A la Inmaculada Concepción

Hoy que airosa te adelantas
del cielo por los confines,
luna, sol y serafines
hollando bajo tus plantas;
hoy que a tu paso levantas
luciente polvo de estrellas,
quisiera ser una de ellas,
quisiera ser sol o luna,
para tener la fortuna
de conducirte sin fin
del uno al otro confiín
en mis hombros, Madre mía;
y sobre todo... querría...
¡querría ser serafín!

C. E., S. I.

N.º 23

INMACULADA

(FRAGMENTOS; pueden recitarse independientemente)

II

Yo he cantado cosas puras:
radiosas noches serenas,
empapadas de dulzuras,
de castos silencios llenas
y henchidas de hondas ternuras.
Hele rimado cantares
al candor de las palomas
de mis blancos palomares,
y a la miel de los aromas
de mis ricos tomillares.
He cantado la blancura
de la azucena sencilla,
la purísima tersura
de la nieve de la altura
que es la nieve sin mancilla.
He cantado la pureza
de las fuentes naturales,
la gentil delicadeza
que en los blancos recentales
expresó Naturaleza;
la sonrisa matutina
de los días abrileños,
la disuelta purpurina
con que tiñen la colina
los crepúsculos risueños;
los arruyos guturales
y los ósculos caídos
en las caras celestiales
de los niñitos dormidos
en los brazos maternales...
Cosas puras he cantado,
cosas puras he sentido,
y con ellas embriagado,
como un niño me he dormido,
como un ángel he soñado.
Mas ni en mis noches divinas,
con estrellas diamantinas;
ni en mis caseras palomas,
ni en la miel de los aromas
de mis natales colinas,
ni en las puras azucenas,
ni en las fuentes de la umbría,
ni en las auroras serenas,
ni en las dulces tardes llenas
de profunda melodía,
ni en los besos maternales,
ni en los tonos musicales
de las madres cuando cantan,
ni en las risas celestiales
de los niños que amamantan,
encontró la musa mía,
pobre símbolo siquiera,
que con miel de poesía
interpretarme pudiera
la pureza de María.

IV

Musa mía campesina,
que vives enamorada
de la fuente y de la encina,
de la luz de la alborada,
de la paz de la colina,
del vivir de mis pastores,
del vibrar de sus sentires,
del pudor de sus amores,
del vigor de sus decires
y el callar de sus dolores...
¿No me has dicho, musa mía,
que te placen cosas bellas?
¡Pues viértete en armonía,
que es centro de todas ellas
la belleza de María!
¿No me dices, cuando cantas
el candor y la humildad,
que te placen cosas santas?
Pues María es entre tantas
la más grande santidad.
¿No tienes para la alteza
de cosas puras tonada?
¡Pues la esencia, la riqueza,
el sol de toda pureza
es María Inmaculada!
¡Rima y canta, musa adusta!
¡Canta el misterio insondable
cuya grandeza te asusta!...
¡La Divina Madre augusta
con los pobres es amable!
Yo la he visto sonriente
escuchando el balbuciente
decir de rudos cantares
que ante míseros altares
le rimaba ruda gente...
Gente de sano vivir
que al sentirla Inmaculada
le cantaba su sentir.
¡El del alma enamorada
es el más bello decir!
¡Madre mía! ¡Madre mía!
¡Que beba mi poesía
pureza de tu pureza!
¡Que aprenda a tomar belleza
de tu belleza, María!
¡Que suba tu amor ardiente
del corazón del creyente
a la mente del poeta
y oirás el himno ferviente
que el gran misterio interpreta!
¡Que el mundo pura te adore!

¡Que te cante y que te implore!
¡Que Tú le mires amante
cuando rece, cuando llore,
cuando bregue, cuando cante!
Y que una voz concertada
diga ante tanta grandeza
la humanidad prosternada:
¡Gloria a Dios en la belleza
de María Inmaculada!

GABRIEL Y GALÁN

N.º 24

Poesías breves

En tu pura Concepción
la gracia y culpa reñían,
porque las dos pretendían
fijar en Ti su mansión.
Aprovechan la ocasión
y se ponen en carrera:
la gracia fué más ligera,
llegó primero y entró,
tomó la llave y cerró,
y dejó a la culpa fuera.

—

¿Quiso y no pudo? No es Dios.
¿Pudo y no quiso? No es hijo.
Digan, pues, que pudo y quiso.

N.º 25

Discurso a la Concepción de María

Es el ser Madre de Dios
de la culpa tan ajeno,
Virgen, que el pecado es bueno
o no lo tuvisteis Vos...
Fuera ultraje para el cielo
ver a su Reina en prisión,
a la tierra confusión,
para el infierno consuelo.
Que si pensara que estuvo
vuestra gracia en tal aprieto,
os achacara un defecto
que su príncipe no tuvo.
Aquella maternidad
a que fuisteis destinada,
ni por un instante, nada
permitió de fealdad...
¿Qué sombra oscurecería,
a quien tal luz ilustraba?
al Sol sí que le tocaba
ver de qué Aurora nacía...
Y así la pureza en Vos
entre la fe y la piedad,
celebra la urbanidad
por el decoro de Dios...
¿Cómo os podéis haber visto
con alguna imperfección
teniendo tan propia unión
vuestra sangre y la de Cristo?...
Creer que en algún estado
a Vos la culpa llegó
es pensar que se juntó
la gracia con el pecado...

LUIS DE ULLOA Y PEREIRA

N.º 26

Virgen Inmaculada

.....

Virgen Inmaculada
Trono de la virtud, Reina del cielo,
flor del divino corazón brotada,
Madre del santor amor y del consuelo.

Toda eres bella, sí; toda eres pura,
llena de gracia y del Señor bendita;
toda sin mancha, y en tu ser fulgura
la gloria de los cielos infinita.

Tú en gozo tornas el común castigo,
y el santo amor en nuestras almas creas.
Salve, Virgen feliz; Dios es contigo:
Santa Madre de Dios, bendita seas.

RESTITUTO DEL VALLE, O. S. A.

N.º 27

La noche de la Inmaculada

¡Qué cielo tan azul el de esta noche!
Parece que se vea el infinito
en toda su grandeza,
en toda su pureza,
sin que lo empañe velo o bruma alguna,
allende las estrellas y la luna.
Brillan con tanta y tanta claridad
en el azul sin fin de esta hora santa,
que el ánima se encanta
allá...
¡Qué noche tan divina, tan divina!
La Virgen, desde el reino del Señor,
baja por ese azul, que ella ilumina,
dejando en cada estrella más fulgor...
La noche de diciembre ella desciende;
calla el mundo y el aire se suspende...
desciende silenciosa...
¡Qué noche tan azul y tan hermosa!...

MARAGALL

N.º 28

La Inmaculada, Madre y Señora

Remontaos al primer instante de la existencia de vuestra Madre bendita. En ese momento inicial, en que el pecado estigmatiza fatalmente a todo hijo de Adán, la sorprenderéis pura, inocente, inmaculada. Dios detiene ante ella el torrente de iniquidad que revuelca y anega en aguas de cieno a toda criatura. Ahí tenéis a María Inmaculada. Ni un rastro de servidumbre satánica: «En el paraíso espiritual del nuevo Adán, jamás tuvo acceso el demonio», dirá San Juan Damasceno. Ni el más mínimo contagio de corrupción: «Es la rosa nacida en el seno de Ana, a cuyo contacto desaparece la lepra infecciosa que carcomía nuestra naturaleza» (Pedro de Argos). Ni tinieblas de culpa: pues «el Sol de justicia ha iluminado sin cesar esa esfera celestial disipando de su alma la noche del pecado» (San Proclo).

. . . . . .

Este es el aspecto negativo del inefable misterio: el pecado, que saltando de generación en generación, se detiene ante María, sin atreverse a tocarla, ante ese «santuario augusto de la impecabilidad, templo del Dios sacrosanto» (San Proclo). Iluminemos ahora el lado positivo: nuestra Señora ¡llena de gracia!... Plenitud de vida divina desde el día venturoso de su concepción sin tacha. Su gracia inicial excede a la consumada de los mayores santos. A la altura a que se detiene la santidad del mayor de los elegidos, comienza la de María. Así, la luminosidad de un santo en el cenit de su carrera no igualará jamás a la santidad que adorna a la Virgen en la aurora de su vida. Nadie como Ella: «Nec primam similen visa est, nec habere sequentem». (Antif. Laudes Navidad). Extasiada ante esta filigrana de santidad, la Iglesia, en los maitines de la fiesta, nos invita a alabar al Dios que la forjó: «Admirable es vuestro nombre por toda la tierra, pues os habéis preparado en la Virgen una morada digna de Vos».

Y aquí tenéis apuntada la razón teológica de este dogma tan glorioso para Ella, como consolador para nosotros. La concepción Inmaculada, corolario anticipado de la maternidad divina de María. Una tradición de siglos, una pléyade incontable de Santos Padres y Doctores, se complace en presentarnos a la Santísima Trinidad fabricando desde la eternidad ese cuerpo virginal en cuyas entrañas purísimas se encarnaría un día feliz el Hijo de Dios. Ella es el «templo santo de Dios que el Salomón espiritual se ha construído a-sí mismo, templo reluciente, no con oro y pedrería, sino con la luz del Espíritu Santo». (S. Juan Damasceno). Ella, «el tabernáculo sagrado que el Verbo, nuevo Beseleel, ha fabricado con sus manos divinas» (S. Efrén). Y no podía ser de otro modo. «Convenía —escribe San Anselmo— que la Madre del Verbo brillase con pureza sin igual, con la mayor después de Dios: «qua maior sub Deo nequit intelligi».

. . . . . .

Una íntima alegría os debe conmover, al contemplar recortarse airosa y pura hacia el cielo la silueta de vuestra Madre idolatrada. La Iglesia griega prorrumpe exultante: «Santen de júbilo montes y colinas, alégrese la tierra y el mar, dilátese en gozo la muchedumbre de los ángeles y de los hombres, pues Ana ha concebido al santuario divino del Señor». Y la liturgia romana corea la voz jubilosa: «Tu Concepción Inmaculada fué anuncio de gozo para el universo mundo». Aurora de redención y de vida, primer punto de un programa amoroso de inefables misericordias, la Inmaculada rompe el mosaísmo e inaugura la Alianza Nueva. «Las sombras de la vieja ley se disipan porque brilla la Virgen, esplendor de la divina gracia. Es la nube refulgente de la que saldrá el sol de Justicia». (Of. Concep. Lit. griega).

. . . . . .

Hundid en Ella la mirada filial. Tomad como modelo a la misma Madre de Dios; contemplad esa mirada virginal, despegada de todo lo terreno y absorta

sólo en la consideración de su propia grandeza... Y no retiréis vuestros ojos de la Madre amorosa hasta que sintáis fortalecida vuestra alma para la lucha por ese ideal de pureza que debe caracterizar vuestra vida. En las fiestas de la Señora, sentía el Beato Fabro robustecerse su corazón contra las acometidas de las tentaciones. También se templarán vuestros espíritus para la gran lucha si sabéis acudir a Ella con confianza. Entonces experimentaréis la verdad de aquellas palabras del Beato Juan de Avila: «Os será muy verdadera Madre en todas vuestras necesidades».

T. M.

N.º 29

A María Inmaculada

Santa Madre de Dios, y Madre mía,
Rosa de Jericó, blanca paloma,
Lirio entre zarzas, cáliz de ambrosía,
Nítida estrella que ante el sol asoma;

Vaso de devoción, huerto de flores,
Templo inmortal do el Verbo halló morada,
Esposa del amor de los amores,
Virgen eternamente inmaculada;

Tú de Jerusalén orgullo y gloria,
Tú gozo y dicha de Israel amante,
Tú honor de nuestro pueblo en tu victoria,
Tras Eva pecadora, Eva triunfante;

Por la virtud excelsa de tu nombre,
Porque de luz y gracia eres tesoro,
Ruégote, ¡oh pura Madre de Dios Hombre!
Que como el fuego purifica el oro,

Un rayo de tu amor que claro brilla
Y a Dios su santidad bendito debe,
Me deje el alma libre de mancilla,
Más pura, más que el ampo de la nieve.

CAYO AÉL

N.º 30

Purísima

Purísima azucena,
cuyo tallo atraviesa a la serpiente,
que de veneno llena
se retuerce a tus plantas imponente.

Virgen, a quien entonan
cuantos mil de la gloria en los confines;
y con lirios coronan
los más puros y santos querubines.

¡Oh casta! ¡Oh pura! ¡Oh santa!
¡Oh bendita entre todas las mujeres!
Tu pureza me encanta:
Hazme inocente como Tú lo eres!

P. VILARIÑO, S. J.

N.º 31

Blanca azucena

Virgen Inmaculada,
Blanca azucena,
Que de pura fragancia
Los mundos llena.
¡Qué hermosa eres,
Reina incontaminada
de las mujeres!

Circundan las estrellas
Tu hermosa frente,
Cual si besar quisieran
Tu faz riente.
¡Quién fuera estrella,
Para tener cerquita
Tu frente bella!

FR. AMBROSIO DE VALENCINA

N.º 32

Gozos

Fuiste elegida
Madre de Dios,
que de la culpa
te preservó.

—

Tú eres el huerto
que guardó Dios;
do la serpiente
jamás entró.

—

Pura es, sin mancha,
tu Concepción;
de esa tu gloria
me gozo yo.

—

No hay mayor dicha,
gozo mayor
como el ser hijo
de quien no vió
sombra de culpa
ni corrupción.

N.º 33

En la fiesta de la Inmaculada

(*Diálogo entre Pedro y Guzmán, o entre Carmen y Pilar*)

P. — Guzmán, ¿tú amas a la Virgen?
La amas mucho ¿no es verdad?
G. — Sí. Ella es mi querida Madre
¡Ay! ¿cómo no la he de amar?
P. — Yo, amigo, también la quiero
Con un cariño filial.
¡Cuánto gozo en este día!
G. — Más que yo, no gozarás.
Yo en las fiestas de la Virgen
Siento un placer especial.
Todas las celebro siempre
Con devoción singular:
Mas yo no sé lo que encuentro
En esta festividad
De su pura Concepción...
Siento un entusiasmo tal,
Tal consuelo y alegría,
Que no me lo sé explicar.
P. — Y a mí me pasa lo mismo,
Lo mismo que a ti, Guzmán.
G. — ¿Cómo no, si hoy celebramos
El misterio principal
De nuestra Madre querida,
El que más gloria le da?
¡Qué privilegio tan grande!
¡Qué gracia tan singular!
¡Ser concebida sin sombra
De pecado original;
Brillar más que el sol del día
No haber estado jamás
Esclava bajo el poder
De la serpiente infernal!
¡Ser ella sola, la única
Entre todas las demás,
Que inficionada no ha sido
Por el pecado de Adán!
P. — Y exige tal privilegio
Su altísima dignidad.
Para ser Madre de Dios
Destinada estuvo ya
Desde el principio, *ab aeterno*;
¿Cómo, pues, podía estar
Manchada ni un solo instante
Siendo esclava de Satán?
Una Madre así no fuera
Digna de Dios, ¿no es verdad?
G. — No lo fuera ...No lo puedo
Ni siquiera imaginar;
No concibo mancha en Ella,
Y menos la original.
P. — ¡Y esta Virgen tan hermosa
Es nuestra Madre, Guzmán!
¡Qué bella, qué santa y pura!
Bien nos podemos gozar
Y dar gracias al Señor
En este festividad.
G. — Mi alegría es hoy sin límites.
P. — Mi gozo no tiene igual.
G. — Yo la amo mucho, muchísimo.
P. — Quien más la ame no habrá.
G. — Tal vez sí, querido Pedro.
P. — Eso no, amigo Guzmán.
Yo no puedo consentir
Que otro haya que la ame más.
G. — Pues yo tampoco consiento
Que algún otro colegial
Me aventaje en este punto.
¡No me dejo aventajar!
P. — En el amor a la Virgen
A nadie cedo, ¡jamás!
G. — Pues más que yo no la quieres.
P. — Menos tampoco, ¡formal!
G. — Consiento que la ames tanto...
Pero en más, no ha de quedar.
P. — Pues bien, quedamos en eso;
La amamos los dos igual.
Nadie vence, ni es vencido;
Haya aquí armonía y paz.
G. — Sí, Pedro, porque hoy no es día
De reñir, ni disputar.

(*Transición*)

¿Te ha gustado nuestra fiesta?
P. — ¡Oh, muchísimo! Jamás
Había visto en mi pueblo
Un día de fiesta igual.
G. — Hoy, la Virgen, de nosotros
¡Qué satisfecha estará!
P. — Este día en mi memoria
Bien grabado ha de quedar.
G. — ¿Te has fijado en la Capilla?
¡Qué bien adornada está!
Y la Virgen... ¡qué preciosa,
Se destaca en el altar!
¡Con qué fervor hemos hecho
La Comunión general!
La Misa mayor ha sido
Con toda solemnidad.
Y la función de la tarde,
Tan brillante, si no más.
Los músicos se lucieron.
¡Vaya un modo de cantar!
P. — ¿Y el sermón?...
G. — Elocuentísimo;
Un sermón de magistral,
Nuestra *velada*, a la vista
De todo el público está.
P. — En fin, una fiesta grande
Que pocos pueblos tendrán

G. — Hoy todo el mundo celebra,
Esta gran festividad,
Y la nación española,
De un modo particular.
Nuestra España se distingue,
Entre todas las demás,
Cual siempre se ha distinguido
Que se ha tratado de honrar
A nuestra Madre del Cielo.
Y esta gloriosa ciudad,
Que en el amor a la Virgen
No reconoce rival,
Es una de las primeras
Por su esplendor y piedad.
¿Y solamente nosotros
Habremos de escatimar
Cultos, fervor y entusiasmo
En esta fiesta?... ¡Jamás!
Hemos ocupado el puesto
Que debimos ocupar,
Cooperando al concierto
De homenaje universal
A la que fué concebida
Sin pecado original.

P. — Por nuestra espléndida fiesta,
Parece, amigo Guzmán,
Que un aplauso merecemos.

G. — La Virgen nos lo dará.
Ella, como buena Madre,
Llena de amor y piedad,
De seguro que hoy gustosa
Nuestra ofrenda aceptará.

P. — Si Ella aceptarla se digna,
¿Qué más podemos desear?

G. — La aceptará, sí ;y en pago
De nuestro obsequio filial
Nos dará benigna a todos
Su bendición maternal.

CASIMIRO IZUEL, PBRO.

N.º 34

Bendita entre todas las mujeres

—Hermosa noche de Mayo,
¿cuánta estrella ves lucir,
cuando, ni una nube empaña
tu bóveda de zafir?
—¡Un sin fin!
—Pues tantas veces
seas por siempre alabada,
¡oh Virgen Inmaculada!

—¿Qué de hojas hace brotar,
y qué de flores abrir,
y qué de perlas cuajar
una mañana de abril?
—¡Un sin fin!
—Pues tantas veces
seas por siempre alabada,
¡oh Virgen Inmaculada!

—¿Cuántos rayos tiene, ¡oh sol!
la corona de rubís
que puso el supremo Rey
de la creación en ti?
—¡Un sin fin!
—Pues tantas veces
seas por siempre alabada,
¡oh Virgen Inmaculada!

—¿Cuántos son los que han logrado
tu bendición al morir?
¿Cuántos son los pecadores
que se han salvado por Ti?
—¡Un sin fin!
—Pues tantas veces
seas por siempre alabada,
¡oh Virgen Inmaculada!

—¿Cuántos arcángeles y ángeles,
cuánto amante serafín,
forman tu trono en la gloria,
oh suprema Emperatriz?
—¡Un sin fin!
—Pues tantas veces
seas por siempre alabada,
¡oh Virgen Inmaculada!

—¿Cuántas gracias y bellezas
quiso en tu alma reunir
el Verbo, de quie Tú eres
hermosísimo viril?
—¡Un sin fin!
—Pues tantas veces
seas por siempre alabada,
¡oh Virgen Inmaculada!

—¿Cuántas horas y momentos
tendrá ese día tan feliz
de la eternidad dichosa,
que espero gozar por Ti?
—¡Un sin fin!
—Pues tantas veces
seas por siempre alabada,
¡oh Virgen Inmaculada!

R. VILLARIÑO, S.J.

N.º 35

El retrato de la Virgen

(*Diálogo entre Pilar y Rosita*)

R.—(*Mirando a María*)
Las estrellas circundan tu frente
cual corona de perlas de luz;
los luceros esmaltan tu manto,
que querubes bordaron, juntando
mil jirones del célico tul.
Es tu frente el espejo más terso
donde vino a mirarse el Señor;
a tus ojos se asoman los astros;
son tus labios rubí anaranjado
do se quiebran los rayos del sol.
A tus plantas se entreabre la luna
como flor peregrina de lis;
y es tu dulce silueta la perla
de rocío en su cáliz, que tiembla
al vaivén de una brisa de abril.
Es tu seno jardín de azucenas
que un arcángel bajó del Edén;
y eran flores tan puras, que al verlas,
bajó Dios en su carro de estrellas,
y en el centro plantó su dosel.
En el fondo, con letras de fuego,
relumbraba esta dulce inscripción:
«¡Dios te salve, joyel de pureza!
pues tu cetro genial de belleza
hasta el Rey de los cielos venció.»

P.—(*Entrando*)
¿Qué decías, mi amiga Rosita,
pues hablabas con tal emoción?

R.—¿Nunca viste, Pilar, los jilgueros
saludar con sus trinos parleros
los primeros destellos del sol?

P.—Ya lo creo que sí; y a los rayos
no es extraño vibrar de emoción.
Es el astro que nace, y su vida
es reinado de luz y alegría...
de color... de ilusiones en flor...

R.—Pues, amiga, no extrañes que vibre
saludando a la Madre de Dios.

P.—Si es así, no lo extraño; pues Reina
es también la doncella, más bella
que los mismos destellos del sol.

R.—Yo adivino en sus ojos de cielo
el fulgor de rosada ilusión;
«A su reino agregar nuestra villa;
recibir el amor de sus niñas;
ser la Reina del pueblo mejor.»

P.—A sus plantas pongamos la ofrenda!

P. y R.-Mira, Madre, este pueblo a tus pies!
No hallarás hijos más religiosos!
Tu reinado será muy dichoso,
pues no hay pueblo más noble ni fiel.

IGNACIO LEAL DUQUE

N.º 36

Inmaculada

Yo nací radiante y pura
Del corazón del Señor
En un éxtasis de amor
De su infinita ternura;
Prendada de mi hermosura
La divina omnipotencia
Que es el amor por esencia,
Al contemplarme en su mente
Lanzó un suspiro ferviente
Y comenzó mi existencia.

Soy la encantadora Flor
Siempre fragante y lozana
Que ha brotado, soberana,
Del sol eterno al calor;
El aroma embriagador
Que en torno a mi cáliz gira
Diviniza a quien le aspira,
Inúndale de consuelo,
Y elevándole hasta el cielo
Amor divino le inspira.

Soy el iris de esperanza
Cuyo fúlgido arrebol
Anuncia un divino sol
De perpetua bienandanza.
Soy el sello de la alianza
Que con amor paternal
Pactó Dios con el mortal;
Alianza de paz bendita
Con que su bondad le invita
A gozar gloria eternal.

Soy suprema maravilla
del poder del Creador;
Soy el perpetuo Tabor
Do el amor divino brilla;
Soy la Virgen sin mancilla
A quien con épico acento
Como a singular portento,
Ya cantaron los Profetas
Esos bíblicos poetas
Del Antiguo Testamento.

Soy la sonrisa eternal
Que en labios de Dios fulgura
Como símbolo que augura
Bendición para el mortal:
Soy el beso paternal
Que, con amoroso anhelo,
Envía Dios a este suelo,
Ofreciendo al pecador
Al par que todo su amor
Una mansión en el Cielo.

Yo soy el arco sublime,
Soy el misterioso lazo
Que une el cielo en tierno abrazo
Con la Humanidad que gime:

Soy la que el llanto redime
Del que sufre los rigores
De este valle de dolores,
La que alivia al que padece,
La que al pecador ofrece
Sus maternales amores.

Yo soy la mujer bendita
Entre todas las mujeres;
Soy entre todos los seres
La que a su Dios más imita;
Por eso el Angel me invita
Con extático fervor
A que acepte por favor
La dignidad nunca oída
De ser la madre querida
De mi Dios y Creador.

Yo soy la madre adorada
De mi Dios tres veces santo,
Yo soy su inefable encanto
Y su ilusión realizada;
Soy mujer privilegiada,
Madre de amor y clemencia
De la humana descendencia;
Tengo en mis manos benditas
Las ternuras infinitas
De la eterna Omnipotencia.

.....

Yo soy la estrella del mar
Cuya luz siempre brillante
Marca al triste navegante
El camino hacia su hogar;
El que quiera atravesar
Con rumbo seguro y cierto
El mar, de escollos cubierto,
De este mundo tempestuoso,
Que me invoque fervoroso
Y habrá de llegar al puerto.

Soy la Reina soberana
De los cielos y la tierra;
Y en mi diadema se encierra
Realeza sobrehumana.
Yo soy de la fe cristiana
Sacrosanto relicario,
Soy el viviente santuario
De la augusta Trinidad,
Fuente de la santidad
Y de la virtud sagrario.

Yo soy la puerta del cielo
Abierta siempre al mortal
Que con tierno amor filial
Me ha invocado en este suelo;
Yo cifro todo el anhelo
De mi amante corazón
En lograr la salvación
De mis hijos muy amados,
Hasta verlos coronados
En la celestial mansión.

Soy amor de los amores
Del que es amor por esencia,
He debido mi existencia
A sus divinos fervores;
Soy Madre de pecadores,
Del Angel Reina adorada,
De mi Dios digna morada,
Soy de la tierra consuelo,
Soy la alegría del cielo,
Soy... María Inmaculada.

P. B. SÁINZ, SCH

N. B.: (*Pueden suprimirse estrofas, o recitarse entre varios*)

N.º 37

A María Inmaculada

¡Cantemos a María Inmaculada
El himno del amor!
¡Bendita para siempre y alabada
Tu pura Concepción!

¡Gloria eterna a María Inmaculada,
La Virgen del amor!
Bendita para siempre y alabada
La Madre del Señor.

¡Oh estrella matutina
De místico fulgor!
¡Oh fuente cristalina
Del agua del Amor!

Purísima Doncella,
Fortísima Judit,
¡Oh Virgen la más bella
Honor y gloria a Ti!

Honor y gloria a Ti, Virgen María,
Madre de mi Jesús,
Bendita y alabada, Madre mía,
Bendita seas Tú!

N.º 38

Flor de las flores

(*Fragmento*)

Dios te salve, María Inmaculada,
de la gracia de Dios favorecida,
y con todo el poder de Dios creada,
y con todo el favor de Dios henchida,
y con todo el amor de Dios amada,
y sin mancha de culpa concebida.
Flor de las flores, adorable encanto,
gloria del mundo, celestial hechizo.
¡Dios no pudo hacer más cuando te hizo!
¡Yo no sé decir más cuando te canto!

GABRIEL Y GALÁN

N.º 39

A María Inmaculada

Toda pura, toda hermosa
Es la esposa
Del Dios Santo inmortal;
Y es la Madre de la Vida
Concebida
Sin pecado original.
Son sus ojos hechiceros
Dos luceros
De tal mágico fulgor,
Que, a quien miran, lo traspasan
Y lo abrasan
En las llamas de su amor.
Los abismos no existían
Ni bullían
Los mil monstruos de la mar,
Ni ostentaban aun las flores
Sus colores
Y su esencia de azahar.
Y la Virgen ya existía
Y vivía
En la mente del Señor,
Y cual Madre Inmaculada
Ya era amada
Por su mismo Creador.
Al llegar el día ansiado
Y anunciado
Por los vates de Israel
Vino al mundo toda bella
Sin la huella
De la baba de Luzbel.
Admirando su belleza
Con terneza
Dios en Ella se agradó;
Y sus gracias celestiales
A raudales
Sobre Ella derramó.
De su planta soberana
Por peana
A la luna colocó;
Y tomando doce estrellas
Las más bellas
Su alma frente coronó.
Al mirarla tan hermosa,
Jubilosa
La milicia celestial,
Por su Reina la proclama
Y la aclama
Sin pecado original.
Y los seres que la tierra
En sí encierra
Rebosando de placer
Dicen que Ella con firmeza
La cabeza
Aplastó de Lucifer.
Virgen tierna, Madre pía,
En el día
De tu pura Concepción
A tu España cariñosa
Da amorosa
Tu fecunda bendición

FR. FRANCISCO A. IBÁÑEZ, O. F. M.

N.º 40

A María (el eco)

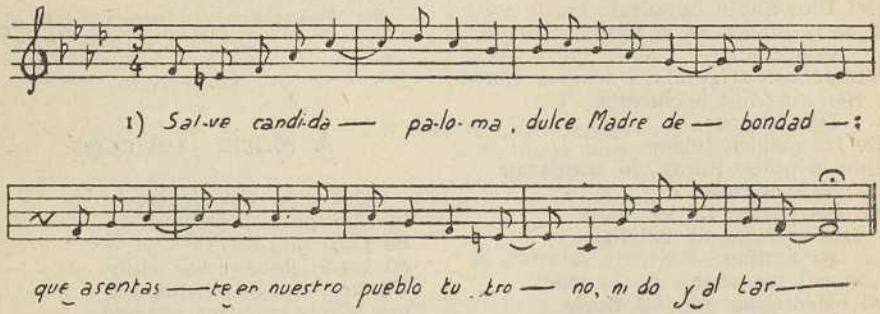
—¡Qué cosa tan singular
la que pasa hoy aquí!
ha poco una voz oí
en torno de aqueste altar.
Un voz, no sé de quién,
que a mis palabras responde,
y que al buscarla, se esconde,
y mis ojos no la ven. —*Ven*
—¿Quién me llama, quién habló?
de nuevo la voz me acosa;
dime, voz tan misteriosa,
¿eres de un ángel sí, o no? —*No*
—¡Oh triste suerte la mía!
¿No eres ángel, pues quién eres?
dímelo pronto, si quieres,
te lo ruego por María. —*María*
—¡La Virgen María aquí!
¡oh celestial embajada!
¿la Virgen Inmaculada
hoy honrarnos quiere así? —*Sí*
—Pues ¡oh Virgen! yo os proclamo
nuestra reina de mil modos,
y os digo en nombre de todos,
Señora, que mucho os amo.
[—*Os amo*
—¿Nos amáis, Virgen, a mí
y a este pueblo que os aclama?
¿Verdad que él también os ama
con ardiente frenesí? —*Sí*
—Y por este amor y celo
con que os queremos honrar
¿qué premio nos vais a dar
Señora y Reina del Cielo?
[—*El cielo*
—¡El cielo! ¡qué dicha a Vos
en él poder contemplar,
y vuestras glorias cantar,
y ver cara a cara a Dios! —*Adiós*
—¿Os vais, celestial Señora?
pues, ¡adiós! y no olvidéis,
que en este pueblo tenéis
un pueblo fiel que os adora.

A. P. ORMAZÁBAL

N.º 41

Coplas a María Inmaculada

(pueden acompañarse con pandereta, gaita o castañuelas)



2) Los devotos de este pueblo
venimos una vez más
a ofrecerte el homenaje
rendido de amor filial.

3) Desde el día que posaste
tus plantas en nuestro altar
no cesó de protegernos
tu mirada maternal.

4) Bajo tu manto de raso
¡qué a gusto, Madre, se está!
no dejes que de su abrigo
nos apartemos jamás.

5) Queremos de nuestro pueblo
Reina hacerte una vez más;
por trono para asentarte
mil corazones tendrás.

6) Como flor de nuestros prados
te vimos aquí brotar;
desde entonces nos embriaga
tu perfume maternal.

7) Dicen que eres jardinera
y que has venido a plantar
mil rosas en nuestros pechos
de devoción y piedad.

8) No permitas que nos cerquen
los hielos de la impiedad;
queremos siempre ser hijos
que te amen de verdad.

9) Bendícenos hoy a todos!
Nuestra plegaria escuchad!
No ceséis, Madre bendita,
de protegernos jamás!

IGNACIO LEAL DUQUE

Para la ornamentación del Salón pueden usarse en este día guirnaldas blanco-azuladas, que se construyen de la siguiente manera:

Córtense cuartillas blancas y azules en cuatro tiras longitudinales. Cada una de estas tiras se pega sobre sí misma con un poco de goma, de modo que resulte un aro o eslabón. Utilizando alternativamente tiras blancas y azules, y enlazando cada eslabón con el siguiente (para lo cual se pasa la tira que se va a pegar por el eslabón anteriormente formado) se obtienen cadenas blanco-azuladas muy decorativas.

Pueden usarse como guirnaldas pendientes, orlas festoneantes, barandillas figuradas. Dejando caer varias desde el techo, y abriéndose en abanico al bajar, se obtiene un dosel o pabellón muy vistoso.

Consúltese la sección general MARIANAS

MAYO

N.º 42

Flores de Mayo

Del mes de mayo ha llegado
ya la brisa seductora,
que luce bella la aurora
y el sol fecunda a la flor;
cantan sus píos las aves,
rompe el jardín sus capullos,
y da la fuente murmullos
y el río vago rumor.

De los valles y collados
la fragante lozanía,
viene tu trono, María,
en el mayo a perfumar;
y, prendida en tu corona
como olorosa diadema,
es cada flor un emblema
de tus virtudes sin par.

La Rosa con sus primores
nos recuerda tu *belleza*,
como el Lirio tu *pureza*
y el Amaranto tu *amor*;
muestra el Jazmín tu *inocencia*,
la Azucena tu *fragancia*,
y la Dalia la *abundancia*
de tu fecundo candor.

De tu *obediencia* nos habla
el Junco, cuando, esplendente,
ornaba el Mirto tu frente
con su *corona nupcial*;
y el Laurel, que es la *victoria*,
nos dice con eficacia
que triunfastes, por tu gracia,
del pecado original.

También ensalzan a coro
con sus corolas amenas,
tu *alegría* las Verbenas
y el Narciso tu *beldad*;
canta el Nardo tu *perfume*,
tu *afecto* la Francesilla,
tu *esbeltez* la Campanilla
y la Malva tu *humildad*.
Y Hortensias y Madreselvas,
y Aromas y Sensitivas,
Claveles y Siemprevivas
y Pensamientos en flor,
te aclaman con sus corolas
de encajes y terciopelo,
por *Reina augusta del Cielo*
y dulce Madre de amor.

Por eso en el mes de mayo,
al implorar tus favores,
engalanamos de flores
y de perfumes tu altar;
y a los hermosos destellos
de tanta luz y armonía,
tus pies venimos, María,
humildemente a besar.

A. Bori y Fontestá

N.º 43

Alborada

Ya llegó, Virgen Purísima,
entre sonrisas del aura
y cantos de ruiseñores,
y trovas de las fontanas,
y murmullos del regato,
y susurros de cascadas,
el grato mes de las flores
en que nos muestran sus galas
las humildes violetas,
las sencillas pasionarias,
los nardos perfumadores,
la rosa aterciopelada,
los nenúfares del lago,
los lotos de la cascada,
a quien con amor prolijo
tierna y dulcemente cantan
la sublime bacarola
sus compañeras las aguas.

Ya llegó, Madre amantísima,
sobre alfombra de esmeralda,
el mes, en que las doncellas,
vienen con gozo a tus gradas
a ofrecerte con amores
arrancados de su entraña,
las rosas más peregrinas,
las flores más delicadas.
Acógelas, Madre mía,
acógelas, Madre amada,
que son flores mensajeras
del amor que anida en su alma.

N.º 44

¡Mayo ha venido!

En carroza de flores
mayo ha venido:
a su paso los prados
han florecido:
la tierra entera
vestida se engalana
de primavera.

Hay flores en la altura
y en las cañadas,
flores hay en los valles
y en las majadas.
¡Flores sin fin!
que han hecho de la tierra
amplio jardín.

Con su soplo de brisa
la primavera
vino sembrando flores,
flores doquiera:
y ríe el prado
de tantas florecillas
engalanado.

Sus cálices lindísimos
de olor cargados
graciosos se entreabren
al cielo alzados:
de esa manera
te dan mil parabienes,
oh primavera.

En las alas de mayo,
Virgen, viniste,
y al mundo de las almas
apareciste,
a tu presencia
se ve de los espíritus
la eflorescencia.

De tus devotos, Madre,
los corazones,
son de virtudes ciento,
lindos jarrones.
Todas las tardes
harán de sus amores,
finos alardes.

De esa contienda santa
en la porfía
verás, te lo prometo,
día tras día,
cómo descuella
mi corazón amante,
¡oh, Virgen bella!

J. M.ª Gorricho, c. m. f.

N.º 45

Aparecieron las flores

Bramando se fueron
las nubes sombrías,
de mayo los días
alegres vinieron.

La tierra aparece
de gala vestida,
el monte florece,
retorna la vida.

Mil variadas flores
muestran su ufanía
en valles y alcores
en la selva umbría.

Encarnadas rosas,
claveles brillantes,
narcisos fragantes,
violas pudorosas.

Nevados jazmines,
lilas a racimos
y otras flores vimos
colmar los jardines.

¡Con cuánta alegría
tu mes saludamos;
es que en Ti soñamos,
celestial María!

Tú eres jardinera
allá en los altares,
y eres Primavera
de las almas puras,

y cuando aparecen
tus claros fulgores,
en castos amores
las almas florecen,

lirios de inocencia,
violas de humildad,
nardos de paciencia,
rosas de bondad.

Queremos con ellas
guirnaldas zurcir,
y de flores bellas
tu frente ceñir.

J. M.ª Gorricho, c. m.f.

N. º 46

Principio de Mayo

(Diálogo de niñas)

SALUTACION

1.ª—¡Salve Reina de los cielos!

2.ª—¡Salve Reina Soberana!

1.ª—¡Estrella de la mañana!

2.ª—¡Fuente de santos consuelos!

1.ª—¡Blanca, inocente paloma,
mensajera de ventura!

2.ª—¡Flor de nítida blancura
y de purísimo aroma!

1.ª—A tus pies, Virgen María,
vengo flores a ofrecer,
acabadas de nacer
a la luz del nuevo día.

2.ª—Al amoroso calor
del Sol, las mías nacieron,
mis manos las recogieron,
y hoy te las traen con amor.

(Pausa.)

DIALOGO

1.ª—¿También tú has traído flores
para adornar el altar?

2.ª—Nunca podían faltar
del jardín de mis amores.
Mayo, al nacer, va cubriendo
de verdura los jardines,
de rosas y de jazmines
que a la luz se van abriendo.
Cuando nace la mañana
y asoma en el horizonte,
sobre la cima del monte
la aurora, alegre y ufana,
sobre alfombras de verdura
brotan las flores primeras,
cantan las aves parleras
y el ancho río murmura;
sopla tranquila la brisa
con regocijado acento,
y el campo muestra contento
con magnífica sonrisa;
el labriego en la besana
entona un canto sencillo,
trisca alegre el corderillo,
suena dulce la campana;
la luz, el ave, la flor,
la naturaleza a coro,
con su lenguaje sonoro,
cantan un himno de amor.
Y es el alba nacarada
la que nos viene anunciar
el alegre despertar
de la flora engalanada.

1.ª—¿Sabes por qué esa alegría
traen de Mayo los albores?

2.ª—Sí, que es el mes de las flores
el bello mes de María.

1.ª—¿Quieres a María?

2.ª— —Sí,
es mi vida, es mi ilusión;
por ella mi corazón
vive tan alegre en mí.
¿La quieres tú?

1.ª— —¡Bueno fuera!
Que a la pura Inmaculada
que de todos es amada
sólo yo no la quisiera.
Que es tesoro de bondades
que hace que torne la calma
cuando está agitada el alma
por furiosas tempestades,
fuente de consolación
cuyas aguas transparentes
los corazones dolientes
reciben con fruición.
Que es María protectora
del que se halla desvalido,
consuelo del afligido
y amparo de aquél que llora,
dispuesta a favorecer
al que en su apoyo confía,
es mi esperanza María,
¿cómo no la he de querer?
Y si los cielos le ofrecen
su tintas más delicadas,
y el labriego sus tonadas
y en la campiña florecen
lindos capullos suaves
que el céfiro balancea,
y el oído se recrea
con el canto de las aves,
y el arroyo cristalino
va las vegas salpicando
para que sigan brotando
las flores en su camino,
y si mayo se engalana
con sus vestidos mejores
para mostrar sus amores
a la Virgen Soberana;
yo también quiero probar
mi cariño hacia María,
colocando en este día
flores al pie del altar.

2.ª—Yo también las he traído
con esmero cultivadas.

1.ª—Nunca mejor empleadas
que en la Virgen!

2.ª— —Yo he querido
mostrarle mi amor sincero
de esta manera inocente,
dando una prueba ferviente
de lo mucho que la quiero.
Que Ella oye las oraciones
de los que humildes le imploran
protección, y a sus pies lloran
dolorosas aflicciones.
Cuando el pobre marinero
ve alejarse de la orilla
frágil y débil barquilla
sobre un mar rugiente y fiero,
para lograr la bonanza
y huir de la desventura
con fe busca allá en la altura
la Estrella de la esperanza.
El héroe temerario
entra en el combate rudo,
confiado en el escudo
que le da el escapulario.
Y todo el que en la empeñada
lucha del mundo se ve,
pide con amor y fe
favor a la Inmaculada.

1.ª—¿Y tú qué piensas pedir?
¿Que te dé dichas sin cuento?

2.ª—Le pido que me dé aliento
para ayudarme a vivir.
Que si el hombre valeroso
que sabe cruzar los mares,
pide ayuda en sus pesares
para lograr el reposo,
y si al valiente guerrero
no le basta el corazón
si no halla la protección
de un apoyo verdadero,
¿qué haré yo, niña inocente,
que del mundo en el erial
ignoro si el bien o el mal
he de encontrar frente a frente?
¿Qué haré yo, niña criada
en un mundo de dolor,
como se cría la flor
por los vientos azotada?
Yo, que ahora empiezo la vida,
sin saber lo que me espera,
si una dicha verdadera
o una senda dolorida;
yo, que no sé si he de hallar
siempre flores olorosas,
o espinas en vez de rosas,
dolor en vez de gozar;
yo, que tal vez correré,
con locura, con delicia,
tras una dicha ficticia
que jamás alcanzaré.
Qué ansiar, sino lo que pido
que me cuide con amor
como a una pequeña flor
o al ave al salir del nido...
Y tú, ¿no le pides nada?

1.ª—Sí, también vengo a pedir,
me ampare en el porvenir,
me anime con su mirada,
que si gozo de alegría,
nunca olvide mis deberes,
y en medio de mis placeres
jamás la dicha me engría,
y si es que alguna aflicción
me acomete y me tortura,
halle en mis dolores cura
con santa resignación.
Que en el Calvario pesado,
fijo en Dios mi pensamiento,
no halle desfallecimiento
mi espíritu atribulado.

2.ª—Postrémonos de rodillas
a sus pies.

1.ª— —Y con fervor
ofrezcamos con amor
flores puras y sencillas.

2.ª—Pidamos que nos atienda
en todas las peticiones
y oiga nuestras oraciones
y acoja esta pobre ofrenda.

1.ª—Y aquí, a sus plantas divinas,
también debemos pedir,
nos enseñe a distinguir
las flores de las espinas.

(*Se arrodillan.*)

G. Vallejo y Asenjo

N.º 47

Flores

Flores hoy traigo a tu altar
ricas de aroma y colores;
en fin, Madre, las mejores
que yo he podido encontrar.

Recibe mi pobre don,
pues con él, Madre, te doy,
cuanto tengo y cuanto soy:
alma, vida y corazón.

Ramón M.ª Vinuesa, S. J.

N.º 48

Entrando en Mayo

¿Ves, oh Virgen, cuántas flores
tapizan el verde prado
y te ofrecen con agrado
sus aromas y colores?
¿Ves, cuántas franjas de estrellas
hay del cielo suspendidas,
como antorchas encendidas
al contacto de tus huellas?
Pues, más veces, Virgen santa,
quiero en tu mes alabarte
y obsequioso consagrarte
las voces de mi garganta.
¿Quién pudo nunca saber
los matices que atesora
de la mañana la aurora,
de la tarde el rosicler?
¿Quién nunca pudo contar
las frondas del bosque umbrío,
las arenillas del río
y las gotas de la mar?
Pues más veces yo quisiera
caer a tus pies de hinojos
y purificar mis ojos
con tu vista placentera.
Sin Ti no hay dicha en el suelo
ni hay en la conciencia calma;
sin Ti es todo para el alma
congoja y quebranto y duelo.
Que eres, oh Madre querida,
reina de las gayas flores,
el amor de mis amores
y la vida de mi vida.

JOAQUÍN DE ARIZAL

N.º 49

Mayo

Madre mía, aunque me afano
te busco flores en vano,
pues nunca me satisfacen:
o son fingidas, de mano,
o mueren apenas nacen.
Flores de divina esencia,
que acoja tu amor propicio,
dos sólo da la existencia:
una flor es la inocencia,
otra flor el sacrificio.
¡Ay! ¡cuán desdichado fuí,
que la primera perdí!
Una tan sólo me queda:
haz Tú, Señora, que pueda
cultivarla para Ti.

M. SÁNCHEZ DE CASTRO

N.º 50

Mis rosas

Cargadas de perfumes,
brillantes de hermosura,
te traigo, Virgen pura,
las rosas de mi amor;
aquí las deposito
sobre tu altar radiante:
mi corazón amante
ahí verás en flor.

Quisiera, Virgen santa,
que mis preciosas flores
lanzando sus olores
perfumasen tu altar;
que ante tus plantas bellas
murieran dulce muerte;
¿qué más dichosa suerte
pudieran desear?

En estas lindas flores,
oh Madre de clemencia,
la flor de mi existencia,
simbolizada ves:
que mi ilusión ardiente,
¡oh tierna Madre mía!,
morir de amor sería
besando reverente
tus candorosos pies.

J. M.ª GORRICHO, C. M. F.

N.º 51

Cantinela

Oh Virgen Santa,
todo a Ti canta
en este hermoso
florido mes:
los ruiseñores,
el sol hermoso,
las bellas flores
y el pueblo amado
que arrodillado
reza a tus pies.

Yo, débil niño,
que a duras penas
tu nombre santo
balbucir sé,
igual te canto,
y con las flores
mi gran cariño
pongo a tus pies.

J. M.ª GORRICHO, C. M. F.

N.º 52

Ecos de Mayo

Mística rosa divina
azucena alabastrina,
madre mártir, mujer pura;
¡torna tu faz peregrina
a este valle de amargura!

Flores de hermosos colores,
símbolo de los amores,
te han dedicado hoy aquí;
¿por quién hizo Dios las flores,
si no las hizo por Ti?

Estrella de las estrellas,
¡Tú eres la reina de ellas!
¡La luz a tu lado es sombra,
y las flores no son bellas
si no te sirven de alfombra!

Corazón que ante tu planta
no adora grandeza tanta,
maldito debiera estar.
¡Garganta que no te canta,
muda debiera quedar!

Ojos que ante Ti no lloran,
labios que ante Ti no oran,
¿sabrán orar y llorar?
Almas que a Ti no te adoran,
¿serán capaces de amar?

Ojos que a Ti no te miran,
¿dónde algo bello verán?
Y pechos que no suspiran
y por tu amor no deliran,
¿dónde algo santo hallarán?

Manantial de la belleza,
ideal de la pureza,
divina y santa mujer;
¡no sé cómo tu grandeza
pudo en el mundo caber!

¿Qué más decirte podría
en tu alabanza y loor,
después de decir que un día
fuiste en la tierra, ¡oh María!
la Madre del Redentor?

Para darte a Ti loores,
¿qué valen estos altares
que alzan los pecadores?
¿qué valen sus pobres flores
ni sus sencillos cantares?

El Dios que quiso crearte
y quiso su Madre hacerte
para más glorificarte,
es quien puede conocerte,
y es sólo El quien puede amarte.

Nosotros, Madre, te amamos,
porque todos confiamos
en tu maternal dulzura,
con cuyo amparo cruzamos
este valle de amargura.

Te amamos porque tenemos
en tu Jesús un buen Padre,
y Madre también queremos;
¿qué vamos a hacer sin Madre
si a Ti no nos acogemos?

.....

¡Viva la Virgen María,
Madre de los pecadores!
¡Viva el pueblo que le envía
un recuerdo en este día
de la Fiesta de las Flores!

GABRIEL Y GALÁN

N.º 53

Un don

En alas de alma infantil,
como leve mariposa
que vuela de rosa en rosa,
en el florido pensil,
ayer escogí entre mil
flores las más peregrinas,
violas, rosas purpurinas,
para ceñir hoy tu sién;
me puncé, y dije: también
las rosas tienen espinas.
Y ¿espinas voy a ofrecer
a mi Madre con las flores?
No; corona de dolores
no la quiero entretejer;
quise para mí escoger
las espinas dolorosas,
y ante tus plantas dichosas
esta corona ofrecí:
las espinas para mí,
para Ti toma las rosas.

A. P. ORMAZÁBAL

N.º 54

Siempreviva

Si yo supiera expresar
lo que siente el alma mía,
¡qué de cosas te diría
a tu presencia al llegar!
Pero me he de contentar
con decirte solamente
que te amaré eternamente;
y te doy la siempreviva,
como la flor expresiva
de mi cariño ferviente.

J. CASTRO BAJO

FLORA MARIANA

Hijo enamorado de María, he salido a espigar por los campos floridos de la naturaleza un fragante ramillete de flores marianas; vedlas aquí, son ellas el símbolo santo con que el Divino Esposo ha querido representar las virtudes y privilegios de su amada Esposa.

Azucena: Alternando van en alabanzas mutuas el Divino Esposo, con su Inmaculada Esposa en el Cantar de los Cantares, cuando he aquí que el Esposo, como vislumbrando un resplandor singular proveniente de su Amada, o como enajenado por la vista de algo jamás observado en las hijas de Eva, exclama ebrio de gozo: «Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias —como la azucena entre las espinas, es mi amiga entre las hijas» Azucena es María, exclama Ricardo de S. Lorenzo, cuya raíz, que está escondida en la tierra, es la fe en las cosas que no aparecen; cuyo tallo, que se levanta a lo alto, es la esperanza en las cosas celestiales; cuya flor, blanca e inmaculada por dentro y por fuera, es la inocencia virginal. Azucena es María, azucena siempre flor; azucena, cuyo perfume embriagador deleitó sobre manera a su Divino Esposo; azucena, cuya hermosura causó asombro y admiración a los ángeles, que al verla se preguntaron extrañados: «¿Quae est ista? —¿quién es ésta?»; azucena, gloria y prez de los mortales; azucena, en fin, cuyas hojas, suavemente inclinadas a la tierra, parecen decir a los mortales: imitadme, soy la pureza sin mancha, seguidme.

Flor del campo: «Yo soy la flor del campo», canta de sí misma María en los libros sagrados, «Ego flos campi». Con cuánta razón se expresa María de este modo. Un campo, y campo que no produce sino espinas y abrojos, es el mundo. El pecado ha sembrado en él gérmenes de corrupción y de rebeldía, y de él sólo se elevan hasta el trono del Altísimo los miasmas infectos de vicios y pasiones, que le provocan a enojo y a ira. Sólo María por singular privilegio, permanece sin mancilla en este campo del mundo; sólo del santuario de su corazón asciende hasta la Majestad de Dios el grato y puro aroma que exhalan sus virtudes. «Ego flos campi —yo soy la flor de los campos».

Bálsamo: «Mi aroma es como de bálsamo purísimo». S. Buenaventura, comentando este pasaje de la S. Escritura, que lo aplica a la Sma. Virgen, se expresa así: el bálsamo suele mezclarse y viciarse con la miel y el óleo; pero a la verdad, el bálsamo del Espíritu Santo en María no fué mezclado, porque ni fué viciado con la miel de la carnalidad y consolación mundana, ni con el aceite de la vana alabanza y adulación antes bien, la gracia de María fué verdadera y pura. No hay que buscar en María composición de terreno y divino. Es una planta celestial colocada en este valle de lágrimas cuya presencia nos ha traído al Redentor. Sin ella hubiéramos sido indignos de que el mismo Dios se encarnara entre los hombres. Con ella puede el hombre presentarse sin rubor en la presencia de Dios, a quien ofendió.

Rosal: «Como el plantío de Rosal en Jericó». ¿Habéis parado mientes alguna vez en un rosal? Un ambiente saturado de suaves aromas se respira en su alrededor; el perfume delicioso de sus flores atrae instintivamente a cuantos junto a él transitan. ¿Sabéis de quién es el símbolo? De María. Eva fué espino, María rosal. Eva espino, punzando e hiriendo con sus espinas; María rosal, templando los afectos de todos con el perfume de sus rosas. Eva fué espina, clavando en todos la muerte; María fué rosa, devolviendo a todos suerte saludable. María fué rosa, cándida por la virginidad, colorada por la caridad; blanca siguiendo la virtud y amando a Dios; roja, en fin, mortificando su carne.

Palmera: «Fuí exaltada como la palmera en Cades». Con razón, dice el sabio Idiota, se compara María a la palmera; porque, si la palmera es árbol victorioso y símbolo de la victoria, la Ssma. Virgen fué victoriosísima, porque alcanzó la más comple-

ta victoria: del mundo, con la pobreza; de la carne, con la virginidad; del demonio, con la humildad; además lucha por nosotros cada día contra nuestros enemigos invisibles; y nosotros, confortados con su auxilio, los vencemos. María, pues, ostenta, con verdadero derecho, en su diestra la palma de la victoria, porque aplastó la cabeza de la serpiente, cuando ésta fué a inficcionarla con el veneno del pecado. Sólo María ha obtenido una perfecta victoria.

Zarza: «Vió Moisés que la zarza ardía y no se quemaba». María es la zarza ardiendo siempre, inflamada en el amor de Dios. Su corazón, desatado de todo lo terreno, se lanzó a su Creador desde el primer momento de su existencia, hizo en él su morada, y feliz con tanta dicha exclama como la Esposa de los Cantares: «Tengo al que ama mi alma, y no lo soltaré.»

Cinamomo: «Despedí suave olor como el cinamomo». Cinamomo aromático es María, porque por doquiera difunde el olor de su piedad, de su misericordia y de todas sus virtudes. ¡Oh!, ¡cuán pronto se conoce a aquel en quien reside este cinamomo, es decir, María!

Jardín de delicias: «Plantó el Señor un jardín de delicias». Ante la imposibilidad de narrarnos todas las excelencias de María, que cual ramas de un árbol nacen del singular privilegio de su Concepción Inmaculada, la comparan los santos con aquel jardín de delicias, plantado para nuestros primeros padres. La Santísima Virgen es el jardín de delicias, colocado en la Iglesia Católica; en él hay toda clase de flores y de aromas de virtud. Si está cerrado para el error y para el pecado, no así para quien hastiado de todo lo terreno entra en él, a fin de respirar los delicados y atrayentes aromas de la virtud.

Tales son los emblemas que el Divino Esposo nos ofrece en los sagrados libros, para que podamos contemplar en la Naturaleza las virtudes de su Inmaculada Esposa. Y en estos aromas es donde debe recrearse siempre todo corazón cristiano, para ser en todas partes buen olor de Cristo y su Divina Madre.

N.º 56

La rosa

Gallarda, ufana, mimosa,
con sus encajes de fiesta
y su corola olorosa,
era, María, esta *Rosa*
orgullo de la floresta.
Cuando el bello sol del día
le brindaba sus placeres,
en sus pétalos lucía
una hermosa pedrería
de perlas y rosicleres.
Las auras la recreaban
con sus galas y primores;
mariposas la besaban,
y sus gracias pregonaban
los arpados ruiseñores.
Este raudal de armonía,
de luz y de bienestar,
dejó esta *Rosa*, María,
para tu trono adornar
con su esbelta lozanía.
Y pues que tanto favor
gozó por gentil y apuesta,
recibe, Madre, esta flor,
orgullo de la floresta
y dulce emblema de amor.

A. Bori y Fontestá

N.º 57

Rosa, rosa

Rosa, rosa que amorosa
floreces en el rosal;
es la reina de las flores
la flor de la caridad.
Más hermosa que la rosa
es mi Virgen, mi beldad;
tanto la amo, la amo tanto
que no puedo amarla más.
Margarita, florecita
que en tu cáliz brilla el sol;
no te engrías que más brilla
en los cielos otra flor.
Es María, Madre mía,
la flor pura de candor,
que su seno está lleno
de la gracia del Señor.
Clavelina, rosa fina
que te yergues hacia mí;
no te envidio, pues mejores
flores tengo en mi jardín.
Flor divina sin espinas
Virgen de mi corazón,
Tú superas todas flores
sólo quiero estar con Vos.

Broma y de Veras

N.º 58

Flores de Mayo

(Diálogo entre la Virgen y la Hija de María)

H.—Entre las flores, que esta mañana
besando estaba la fresca brisa
corté esta rosa como el carmín;
en tus mejillas bebió su grana,
bebió su aroma de tu sonrisa...
M.—Mucho me encanta flor tan galana.
Dí: ¿no hay más flores en tu jardín?
H.—Sí, Madre mía, con sus olores,
embalsamaban todo el ambiente
esta azucena y este clavel.
Tómalos, Reina de mis amores,
ciñe con ellos tu nívea frente...
M.—Mucho me encanta; son lindas flores;
mas... dí: ¿no hay otras en tu vergel?
H.—¿Más flores pides de mis jardines?
¡Todas son tuyas, Flor peregrina!
Toma esta dalia y este alelí.
¿No son hermosos esos jazmines,
junto a ese cáliz de clavelina?
M.—¡Semejan alas de querubines!
¿Y no hay más flores ya para mí?
H.—Reina adorada del alma mía,
¡Siento unas ansias de complacerte!
Tómalas todas; para tí son...
¡No sólo flores! ¡Yo te daría
el alma entera para quererte...!
M.—¡Hija del alma! esas quería.
Yo busco flores del corazón.
H.—Reina del cielo, Flor de las flores,
aún de mi alma las azucenas
blancas, cual ampo de nieve, están.
Tómalas, Madre de mis amores,
que aún sus corolas se alzan serenas,
dando perfumes embriagadores...
M.—Y dime: ¿nunca se secarán?
H.—¡Nunca, Señora! ¡Yo te lo juro!
¿Ves esas flores tan peregrinas
que con tus riegos mi edén brotó?
¡Jamás su cáliz fragante y puro,
ni sus corolas tan purpurinas
del mal cedieron al vil conjuro,
jamás el cierzo las marchitó!
Así el perfume del alma mía
como el perfume del azucena
siempre a tus plantas se elevará...
M.—¡Ven a mis brazos! ¡Oh qué alegría,
inunda el alma de gozo llena!
¡Flor de mi huerto, siempre María
como a su Hija te cuidará!

A. Risco, S. J.

N.º 59

La Flor del Valle

Del valle florido
que el aura embalsama,
prendida a una rama
estaba esta flor;
sus pétalos tiernos
el aire mecía,
y el sol la teñía
de rubio color.
Medrosa acerquéme
y díjele ansiosa:
— ¿Tú quieres la hermosa
corola prestar
al ramo que pronto
la Virgen clemnete
verá en su luciente
y espléndido altar?—
La flor contestóme:
—Mi olor, lozanía
y encantos, María
me dió en el vergel;
dichosa yo, niña,
dichosa yo fuera
si ornando me viera
su regio escabel.—
Doblando su tallo
la flor olorosa,
temblando medrosa,
María, la ví;
medrosa esperando
tal vez que mi mano
llevara su arcano
de olores a Tí.
Cogíla yo entonces
y a tí la presento,
uniendo a su intento
mi justa ambición,
cual es de que aceptes
la ofrenda, María,
que en ella te envía
mi fiel corazón.

A. Bori y Fontestá

N.º 60

Mañanita de Mayo

Mañanita de mayo,
¡qué hermosa vienes!
¡coronada de rosas
y de claveles!
¡Dámelas todas
para la que es de mi alma
Reina y Señora.

M. de Toro Alfaro, C. M. F.

N.º 61

A la Santísima Virgen

(Para una Marichu de unos seis años)

Me han dicho, dulce Madre,
de mis amores
que quieres que las niñas
te traigan flores;
y yo he buscado,
para Ti, las más bellas
que tiene el prado.

Te las traigo mezcladas
para que escojas,
pues no sé si te gustan
blancas o rojas.
Sólo sé que ellas
sean rojas o blancas,
todas son bellas.

Como la mariposa
de vuelo incierto
pasa de valle en valle
de huerto en huerto;
así he pasado
para buscarte flores
del monte al prado.

Y al eco delicioso
de tu reclamo,
con mis manos pequeñas
hice este ramo.
Toma sus flores
son la ofrenda inocente
de mis amores.

. . . . . .

. . . . . .

¿No te han dicho, Señora,
quién es la niña
que anda buscando flores
por la campiña?
¿No te lo han dicho?
pues te lo diré yo misma
yo soy... Marichu.

Soy la pobre Marichu,
Madre querida,
que ansía ser tu esclava
toda la vida;
y en vida y muerte,
quererte, Madre mía,
siempre quererte.

P. Ramón M.ª Vinuesa, S. J.

N.º 62

Ofrecimiento de flores a la SSma. Virgen

Florecillas que nacen
al aire libre,
sin que nadie las plante
ni las cultive;
flores del valle
por mi mano escogidas,
míralas Madre.

Mientras yo las cogía
deshecho en gotas
el rocío temblaba
sobre sus hojas;
flores del valle
por mi mano escogidas,
míralas Madre.

Yo también ahora tiemblo
como el rocío
al mostrarte la ofrenda
de mi cariño;
flores del valle
por mi mano escogidas,
míralas, Madre.

No permitas, Señora,
que apague el tiempo
el amor tan ardiente
que hoy por Ti siento.
No sea en balde
la ofrenda que tu sierva
buscó en el valle.

Si en mis flores ves gotas
que está temblando
como tiembla el rocío
sobre los pétalos
es que yo, ¡Madre!
con mi llanto he regado
la flor del valle.

Florecillas que crecen
al aire libre,
sin que nadie las plante
ni las cultive;
flores del valle
con mi llanto regadas,
tómalas, Madre.

P. Ramón M.ª Vinuesa, S. J.

N.º 63

Cestaño de flores

Rosa

Con tus hojas de esmeralda,
con tu encendida corola,
descuellas, rosa, tú sola,
como reina del pensil.
Y eres, ¡oh flor!, muy preciosa
con esas tus ricas galas,
con ese aroma que exhalas
delicia del bello abril.
Y viendo, de Ti prendado,
tus encantos seductores,
linda reina de las flores
todo el mundo te aclamó,
a la vez en Ti admirando
el símbolo, flor hermosa,
de aquella mística Rosa,
la Rosa de Jericó.

Violeta

Gala escondida del valle,
violeta que en la floresta
tan sencilla y tan modesta
entre otras flores te vi.
¿Por qué tu cáliz tan rico
de perfume delicado
y tu pétalo agraciado,
tímida, ocultas así?
Mas ¿qué extraño, si tu frente
ciñe la pura diadema
del rubor, y si es emblema
de modestia tu beldad?
Y con dones tan preciados
y amables, violeta mía,
representas de María
la ruborosa humildad.

Azucena

Por tu nevada corola,
que de aroma el jardín llena,
te miro, blanca azucena,
como una flor del Edén.
Con sus perlas de rocío
te corona la mañana,
y de pensil, flor galana,
reina pareces también.
Y tu nítida blancura
y tu gentil gallardía
simbolizan de María
la hermosura y el candor.
Del jardín eres encanto
por tu virginal belleza,
imagen de la pureza
de María eres la flor.

Lirio

Al verte, lirio del valle,
crecer humilde entre abrojos,
más grato fuiste a mis ojos,
más hermoso para mí.
Que lucen más y contrastan
tus galas tan peregrinas
con las punzantes espinas,
que miro en torno de Ti.
Y cual si vencidas fueran
de tu hermosura, a tus pies
como rendidas las ves,
cual subyugadas están.
Por su gracia incomparable,
siempre pura, *toda bella,*
María, cual tú, descuella
entre las hijas de Adán.

N.º 64

A María

Como un sol de diversos colores,
yo te veo, María, brillar,
coronada de mirtos y flores
en tu regio y espléndido altar.

A tus pies la *azucena* fragante
entrelaza la *rosa* al *clavel*;
forma el *nardo* tu nimbo brillante
y entreteje el *jazmín* tu dosel.

En tu frente de cielo radía
todo un foco de luz celestial;
son tus ojos vergel de alegría,
y tus labios de gracia raudal.

De tus hombros el manto azulado
me recuerda tu cielo de amor;
ese cielo tan bello y soñado
por mi casto, inocente candor.

En él pueda sentarme yo un día
cobijada en tu manto real;
en él pueda, sagrada María,
despertar de mi sueño letal.

Y así como Tú brillas ahora
en tan regio y espléndido altar,
yo te vea en el cielo, Señora,
entre soles y estrellas brillar.

A. Bori y Fontestá

N.º 65

Cantad, ruiseñores

Cantad, ruiseñores,
cantad noche y día,
la flor de las flores,
la Virgen María.
Esbelta, graciosa,
fragante cual rosa,
su frente colora
la luz de la aurora;
del sol son destellos
los suaves cabellos,
sus labios tesoro
divino de amores.
Cantad, ruiseñores, etc.
Por Reina la clamo,
mi Madre la llamo,
constante la adoro,
rendido la imploro;
doquiera la sigo,
sus gozos bendigo,
con llanto contemplo
sus siete dolores.
Cantad, ruiseñores, etc.
¡Oh, puerta del Cielo!
¡oh, amor!, ¡oh consuelo!,
del orbe alegría,
del náufrago guía,
del ciego enseñanza,
del triste esperanza,
benigna, ¡ay!, escucha
mis hondos clamores.
Cantad, ruiseñores, etc.
Llegad, lindas niñas,
con blancas basquiñas,
el velo tendido
de rosas circuído;
traedla palomas,
cercadla de aromas
y preces que inflamen
en santos ardores.
Cantad, ruiseñores, etc.

JOSÉ COLL Y VEHÍ

N.º 66

Florecita

Madre del amor hermoso,
Virgen bendita,
para Tí he recogido
mi *florecita.*
Admítela cariñosa
y en tu ramito
pon mi flor perfumada
con un besito.
(besa y entrega la flor)

A. BORI Y FONTESTÁ

N.º 67

Poesías breves

También yo, Virgen María,
para probarte mi amor,
vengo a ofrecerte esta flor
y, con ella, el alma mía,
que es el capullo mejor.

J. CASTRO BAJO

—

Acudamos con flores fragantes
a los pies de la excelsa María,
a cantarla con voces vibrantes
de amor y alegría.
Es María la blanca paloma
que en el trono de Dios anidó;
es el lirio de célico aroma
que pureza divina bebió.

X.

—

¡Quién fuera hermosa, blanca azucena!
¡quién fuera rojo, bello clavel!
¡quién fuera dalia fresca, lozana,
o exhuberante, verde laurel!
¡Quién fuera lirio tierno del valle,
o perfumado rico jazmín!
¡quién fuera rosa, reina y envidia
de otras mil flores en el jardín!
Si eso yo fuera, ¡con cuánto gusto,
con cuánto orgullo, con cuánto amor,
yo adornaría tu altar bendito
y aquí exhalara todo mi olor!
¿Que no es posible? pues a la flores
con mis virtudes he de imitar,
por ellas quiero seguir tus huellas;
con ellas quiero tu sien orlar.

J. CASTRO BAJO

—

Azucena gentil por la blancura,
por la humildad violeta solitaria,
rosa de Jericó por la hermosura,
por el dolor divina pasionaria.
De las flores compendias los primores,
única flor de inagotable fruto:
eres Reina por eso de las flores
que te rinden en Mayo su tributo.

M. SÁNCHEZ DE CASTRO

—

De sencillos y hermosos colores,
Madre mía, te vengo a ofrecer
este bello ramito de flores
que coloco rendida a tus pies.
En él veas la dulce alegría
con que quiero mostrarte mi amor;
él merezca, sagrada María,
tu sincera y feliz protección.

A. BORI Y FONTESTÁ

N.º 68

Las margaritas

Blancas, frescas, exquisitas,
con sus gracias inocentes
y sus flores pequeñitas,
salpican las *Margaritas*
los bordes de los torrentes.

Ni a los rigores del frío,
ni a las tardes ardorosas
y abrasadoras de estío,
deponen su noble brío
estas flores tan hermosas.

Sólo manchar sus colores
puede la turbia corriente;
pero luego a los favores
del rocío, alzan sus flores
otra vez limpia la frente.

Entonces, con nuevo brillo,
calman las duras congojas
de su corazón sencillo,
y muestran blancas sus hojas
y su botón amarillo.

Cual estas flores, que son
símbolo de la *inocencia*,
quisiera mi corazón,
extraño a toda influencia
de una mala tentación.

A Vos lo pido, María,
segura de que si osara
la calumnia herirme impía,
vuestra gracia me librara
de su temible osadía.

Pues no en vano, con amor,
sois Vos fuente de clemencia,
lenitivo del dolor,
y amparo de la inocencia,
y alivio del pecador.

A. Bori y Fontestá

N .º 69

Las golondrinas

Cuando los fríos decrecen
y viene la primavera
y se cubre la pradera
de galas en profusión,
llegan de otros horizontes,
en bandadas peregrinas,
a gozar las golondrinas
tan deliciosa estación.

Entonces cuelgan sus nidos,
que el aura mece y orea,
en la elevada azotea
o en el alto capitel;
y en sus giros seductores,
que alegran con sus chirridos,
van del vergel a sus nidos,
de sus nidos al vergel.

Así nosotras, María,
cuando el mayo perfumado
abre el broche delicado
y fecundo de la flor
cual las bellas golondrinas,
a gozar también llegamos
de las virtudes que hallamos
en tu regazo de amor.

Y como ellas a sus nidos
acuden enamoradas,
también venimos postradas
tu imagen a venerar;
y atentas y cariñosas
en mil giros seductores,
llevamos ramos de flores
a tu seráfico altar.

Acéptalos, Virgen pura,
en recompensa dichosa
a la atención cariñosa
de nuestra tierna humildad;
y, como las golondrinas
a su nido, a ti vendremos
cada año y renovaremos
la ofrenda con voluntad.

A. Bori y Fontestá

N.º 70

La azucena

Como cándida azucena
gallarda, esbelta, gentil,
que es encanto del pensil
y de fragancia le llena;
así Tú, de *gratia plena*,
con tu candor virginal,
de la gloria celestial
los jardines embalsamas,
y tus perfumes derramas
de este mundo en el erial.
Por eso, porque esta flor,
con su nítida blancura,
simboliza tu hermosura,
simboliza tu candor,
la ha preferido mi amor
y te la vengo a ofrecer;
en ella quiero aprender
a ser casta y recatada,
a vivir siempre alejada
de todo impuro placer.

J. Castro Bajo

N.º 71

A la Virgen

Por Ti, Madre, con hojas
corona mayo
la copa del membrillo
y del manzano;
por Ti despliega
sus galas sobre el suelo
la primavera.

Ya por Ti del tejado
la golondrina
vuelve a colgar el nido
para sus crías;
por Ti en la rama
el pintado jilguero
su canto ensaya.

Por Ti el arroyo claro
suave murmura
al saltar de la fuente
que fué su cuna;
por Ti el perfume
que las flores exhalan
al cielo sube.

Por Ti en fresca pradera
de gozo lleno
entre alegres validos
trisca el cordero;
por Ti, María,
doquiera nace y bulle
contento y vida.

Yo, Madre, cual se ceba
voraz la llama
en leño carcomido
y en seca paja,
tal en mi pecho
de tu amor ver quisiera
prendido el fuego.

Mas ¡ay! que es leño verde
el pecho mío
y en él para mi Madre
no arde el cariño;
Madre querida,
de tu amor en mi pecho
prenda una chispa.

Prenda sí, y al instante
por Ti mi alma
se trocará en hoguera
de ardientes llamas;
por Ti mi pecho,
que ves helado ahora,
se hará de fuego.

Por Ti mi lengua entonces
henchirá el aire,
celebrando tus glorias
con mil cantares;
por Ti mis ojos
serán fuentes que manen
llanto de gozo.

N.º 72

La flor de la huérfana

Si todas te llaman Madre,
y, al decirlo, se envanecen,
cuando sus flores te ofrecen
palpitando de placer,
¿con cuánto mayor motivo
te lo podré llamar yo,
puesto que ya se murió
la que me diera a mí el ser?

Sí, se murió, ya no puede
estrecharme entre sus brazos,
ni arrullarme en su regazo
de sus besos al rumor.
Ya no vive, ya no vive
mi querida madrecita;
se murió la pobrecita
penetrada de dolor.

Yo, cual nave combatida
por los vientos y las olas,
voy cruzando, triste y sola,
de la vida el ancho mar.
Flor silvestre, yo vegeto
de la pena en los eriales,
no hay quien pueda de mis males
la crudeza mitigar.

Sólo Tú, Virgen bendita,
puedes darme un gran consuelo:
¡sé mi Madre desde el cielo,
ya que niña la perdí!
Yo, en retorno, te prometo
ser piadosa y obediente,
y, cual Tú, pura, inocente,
resignada en el sufrir.

Admite la pobre ofrenda
que la huérfana te ofrece;
sé que mucho más mereces,
pero yo no tengo más.
Es una rama de espino
con sus dardos punzadores;
simboliza mis dolores,
es signo de mi orfandad.

J. Castro Bajo

N.º 73

La flor de la inocencia

Con indecible fragancia
crece risueña una flor
sobre el intenso verdor
de los campos de la infancia.

Flor bendita que resume
lo mejor que hay en las flores:
la riqueza en los colores,
la pureza en el perfume.

Flor tan bella y seductora
que a su vista las más bellas
se eclipsan, cual las estrellas
ante la luz de la aurora.

Flor, en fin, cuya excelencia
más angélica que el hombre,
se conoce con el nombre
de la flor de la inocencia.

Dichosos los que este mes,
con envidiable porfía,
Virgen Sagrada María,
van a ofrecerla a tus pies.

.....

RAMÓN M.ª VINUESA, S. J.

N.º 74

Flores y besos

Recibe, Virgen sin par,
las flores, que hoy a tus pies
venimos a colocar
con santo y puro interés.

Te amamos con frenesí;
y dentro de cada flor
guardado va para Ti
un casto beso de amor.

N.º 75

Ofrenda

Virgencita, te traigo
con mil amores,
un ramito precioso
de lindas flores.
Ya sé yo que las flores
con su frescura
son pálido reflejo
de tu hermosura;
porque tienes, ¡oh Virgen!
de la azucena
la virginal pureza
de que estás llena;
la galanura tienes
que los jazmines
nos muestran orgullosos
en los jardines;
cual los lirios tempranos
eres hermosa,
fragante y aromada
cual una rosa.
Si es la alegre frescura
de los claveles
pompa, gala y ornato
de los vergeles:
eres Tú, con tus gracias,
gala del cielo,
desde donde procuras
nuestro consuelo,
y adonde yo te envío
con embeleso,
este ramo de flores
y en él un beso.
Acoge complaciente
mi lindo ramo
que es la prueba sincera
de que te amo.

LEANDRO PÉREZ

N.º 76

Mayo!

Luciendo celestes galas,
sobre carroza de flores,
vienes, ¡oh Madre de amores!
el mes de mayo a alegrar.
Suenen ya los dulces ecos
de los cantos a María;
perfumen desde este día
las flores su sacro altar.
Escucha, Madre de amores,
cómo mi tosca garganta
sencillos himnos te canta
que brotan del corazón.
¡Oh Virgen!, no los deseches
por sencillos y vulgares,
que los sencillos cantares
acordes del alma son.
Los prados te ofrecen flores,
las aves te ofrecen cantos,
yo solo entre seres tantos,
me niego a Ti de ofrendar.
Pero desde hoy, lo prometo,
traerte, Virgen María,
las flores del alma mía
para adorno de tu altar.

MÁXIMO PÉREZ

N.º 77

Despedida de Mayo

Ya se termina mayo, y se termina
el tiempo que a tu lado me tuviste...
quien dijo, Madre, que el adiós es triste,
que a Ti te despidió se me imagina.
Tú me has dado la gracia que ilumina;
horas de amor y paz aquí me diste;
aquí mis cantos con piedad oíste;
mas se hace tarde ya, y el sol declina.
¡Adiós, Reina de mayo y de este niño!
Ya sé que has de seguirme paso a paso,
no has de dejar que la maldad me ciegue;
mas es tan hondo, Madre, mi cariño,
que al despedirme, aun por tiempo escaso,
dejo que el llanto mis pupilas riegue ...
¡Oh Madre, cuando llegue
aquel mayo del cielo, nuestra vida
un abrazo será sin despedida!

MAR, S. J.

N.º 78

Adiós a Mayo

¡Virgencita a quien amo!
¡Reina de amores!
Para Tí traigo un ramo
de frescas flores.

En tu altar ni aun las rosas
tienen espinas,
y son más olorosas
las clavelinas.

Tú, que en el cielo encantas,
Virgen bendita,
mírame hoy a tus plantas,
tan pequeñita:

y del ramo bonito
dame en memoria
junto a Tí un rinconcito,
allá en la gloria...

JUAN ARZADUN

N.º 79

FIN DE MAYO

(Diálogo de niñas)

OFRECIMIENTO

1.ª—¡Madre mía, Inmaculada,
fragante y límpida rosa,
del cielo la más hermosa
y la de Dios más amada!
2.ª—¡Preciosísimo lucero,
que en la gloria de Dios brilla,
Virgen pura, sin mancilla,
en quien confío, a quien quiero!
1.ª—Ya los días van pasando
y está al fin de su carrera
el mes que a la primavera
va de flores adornando.
2.ª—De mayo se acerca el fin:
mes de flores olorosas
que supo cubrir de rosas
los cuadros de mi jardín.
1.ª—Yo, al ver desaparecer
un mes de tanta belleza,
siento profunda tristeza
que no puedo contener.
2.ª—Y yo también amargura
siento al tener que dejar
de ofrecer en el altar
flores a la Virgen pura.

DIALOGO

1.ª—¿Verdad, niña, que tenemos
un consuelo a esta aflicción?
2.ª—¿Cuál es?
1.ª— —Que en el corazón
su recuerdo conservamos,
y, aun cuando ya no ofrezcamos
del jardín bonitas flores,
nos quedan nuestros amores
y a la Virgen se los damos.
Que Ella jamás abandona
al que en su amparo confía
y le ofrece en este día
una flor, o una corona.
2.ª—Cierto, y, pues que le ofrecimos,
con nuestro inocente amor,
cuanta purísima flor
en los campos recogimos;
María no olvidará
nuestro afecto verdadero,
y nunca en el año entero
su amparo nos negará.
Y si en otras ocasiones
no hay flores ya que traer,
bien podemos ofrecer
nuestras pobres oraciones.
1.ª—Claro está, pero es muy grato
cuando se despierta el día
y arrullan la pradería
los murmurios del regato,
y cuando los ruiseñores
ocultos entre el ramaje
con su armónico lenguaje

cuentan su dicha a las flores,
y cuando en luces de grana
se asoma envuelta la aurora
risueña y encantadora
tras la montaña lejana,
salir al florido prado,
buscar las flores más bellas,
formar un ramo con ellas
y una vez que está formado,
ir cuando es ya entrado el día
con gozo al pie del altar,
y poderlo colocar
a las plantas de María.

2.ª—¿Trajiste muchos?

1.ª —Sí a fe,
cuantas flores encontraba
al momento las cortaba
para traerlas.

2.ª —Yo sé
que la Virgen agradece
que le ofrezcan con ardor
ramo que forma el amor
y con el amor florece.
Por eso también temprano
salí todas las mañanas
y con las flores tempranas
acertó a formar mi mano
adornos que, si en valor
son escasos, sus colores
llevan entre las flores
una prueba de mi amor.

1.ª—Pero, ¡ay!, que mayo al morir
las flores quiere llevar.

2.ª—Pero no lo ha de lograr;
las nuestras han de vivir
siempre en las altas regiones,
siempre de María al lado,
que allí las han colocado
nuestros buenos corazones,
y en volviendo a florecer
en otro año las llanuras,
nuevas flores, con ternura,
volveremos a ofrecer.
Y yo a la Virgen querida
le pediré que me quiera
como yo a esta flor postrera
que traigo en mi despedida,
que no se olvide de mí,
como yo de ella tampoco;
que si la flor vale poco
mi amor sí que vale.

1.ª —Sí,
nuestro amor es estimado
por María, que ve en él,
de flores ancho vergel,
por las virtudes formado.
Y al que jardín tan hermoso
le ofrece, la Virgen pura
le ayuda en la desventura,
y le da dicha y reposo;
puesto que Ella es la esperanza
del que se encuentra afligido,
y si con fe le ha pedido
la dicha, la dicha alcanza.

2.ª—Pues pidamos nos acoja
bajo su precioso manto
y pues la queremos tanto,
nuestras ofrendas recoja,
y con su amor que es profundo
no nos deje de amparar
ni nos llegue a abandonar
en el camino del mundo.
Y al llegar la hora postrera
que de todos es temida,
porque se acaba la vida
y al cuerpo la tierra espera;
cuando en fúnebre concierto
suene en la iglesia cercana
con lamentos, la campana,
que siempre llora al que ha muerto,
y nuestros seres amados
lloren con dolor profundo
porque se hallan en el mundo
tristes y desconsolados,
les queda en nuestra memoria
gozo, y oigan con anhelo
que las campanas del cielo
repican tocando a gloria
y al escuchar este aviso
dos angelitos alados,
nos abran, por Dios mandados,
las puertas del Paraíso.

(*Se arrodillan*)

1.ª—Y ahora aquí, al pie del altar,
postrémonos a pedir
nos ampare en el sufrir
y nos guarde en el gozar.

2.ª—Que escuche nuestra oración,
y por santa despedida,
para guía en nuestra vida
nos eche su bendición.

G. Vallejo y Asenjo

Consúltese la sección general MARIANAS

ROSARIO Y ESCAPULARIO

N.º 80

Sonetos Rosariales

De la pobreza de tu herencia triste
sólo he querido, oh madre, tu rosario;
sus cuentas me parecen el calvario
que en tu vida de penas recorriste.
Donde los dedos al rezar pusiste,
como quien reza a Dios en el Sagrario,
en mis horas de errante solitario,
voy poniendo los besos que me diste.
Los cristales prismáticos y oscuros,
collar de cuentas y de besos puros,
me ponen al dormir círculo bello.
Y de mi humilde lecho entre el abrigo
me parece que tú rezas conmigo,
con tus brazos prendidos a mi cuello.

S. R.

* * *

El altar de la Virgen se ilumina
y ante él de hinojos, la devota gente
su plegaria deshoja lentamente
en la inefable calma vespertina.
Rítmica, mansa, la oración camina
con la dulce cadencia persistente
con que deshace el surtidor la fuente,
con que la brisa la hojarasca inclina.
Tú, que esta amable devoción supones
monótona y cansada, y no la rezas
porque siempre repite iguales sones,
Tú no entiendes de amores ni tristezas;
¿qué pobre se cansó de pedir dones?
¿qué enamorado de decir ternezas?

ENRIQUE MENÉNDEZ Y PELAYO

* * *

Es el rosario con sus bellos granos
un ramillete de fragantes flores
de variados y mágicos colores,
que a la Virgen le ofrecen los cristianos.
Sus pétalos deshojan con sus manos
a María cantando sus amores,
confiados pidiendo los favores
de sus brazos maternos, soberanos.
Y la Virgen por cada *Avemaría*
que los labios pronuncian amorosos,
una sonrisa desde el Cielo envía.
Una sonrisa que es una promesa
de dones de los Cielos abundosos,
que a los que rezan, de enviar no cesa.

V. M.

N.º 81

El centinela y el Rosario

Ruge en todo su furor la gran guerra de 1914. Uno de los ejércitos combatientes se halla sitiando una plaza fuerte enemiga. La situación de los sitiados se agrava por momentos y es preciso romper el cerco.

Para conseguir ésto, el Estado Mayor necesita ciertos informes acerca de las posiciones enemigas y pide un voluntario que arriesgue su vida, para inspeccionar las avanzadas del sitiador. Un joven valiente se ofrece a correr este riesgo con la esperanza de que su sacrificio salve la vida a sus hermanos.

El soldado, protegido por la maleza, se acerca a las posiciones del adversario y se esconde en una acequia.

Llevaba un buen rato de observación, y al fin, tras un árbol próximo descubre al centinela enemigo.

El primer impulso del espía es pegarle un tiro, y así lo iba a hacer echándose el fusil a la cara, cuando contempla al centinela que inconsciente del peligro saca una carta del bolsillo y se pone a leer.

Terminada la lectura, saca un rosario, e imprime en él un beso y elevando los ojos al cielo, se arrodilla y se pone tranquilamente a rezar.

Esta actitud de paz, confiada en la Virgen, desarmó a su enemigo que también era católico, y bajando el fusil murmuró:

«Virgen Santa, por amor a tí, le perdono». Y después de rezar tres Ave-Marías, contemplando encantado al centinela, se incorporó a su puesto después de cumplida su misión.

La Virgen premió a ambos volviendo a sus hogares y pudiendo abrazar de nuevo a los suyos.

N.º 82

El Rosario en familia

Nací en una granja,
criéme en el campo,
con la gente que reza, y que vive
del santo trabajo.
Los dos seres que vida me dieron
murieron temprano,
y mi padre me dijo al morirse:
«Hijo mío, en el llar hay un clavo
del que pende un tesoro bendito,
ve, búscalo y tráelo».
Fuí, busqué y remiré, y a mi padre
sólo pude alargarle un rosario.
El es, dijo al verle,
mi tesoro santo,
mi herencia bendita
que te dejo, que a mí me dejaron.
Tu abuelo, y mi padre,
tuvo callos de puro rezarlo;
y tu madre, con él en el cuello
se fué al camposanto.
Yo quitéselo allí, y ahora muero
gustoso besándolo.
Bienes de la tierra,
hijo mío, no puedo dejártelos;
pero en este rosario te dejo
los tesoros de un padre cristiano.

Para ti, que sabes de letras,
es un gran Catecismo el rosario,
y en los días que vayas a Misa,
buen devocionario.

No hay medio más útil
para nunca morir en pecado,
para siempre cumplir los deberes,
para hacerte de todos hermano.

Con él, siendo pobre,
siempre tuve salud y trabajo
y el pan nuestro que a Dios le pedía
jamás me ha faltado...
mas, ¡oh!, siento acercarse la Virgen
¡ya me duermo tranquilo en sus brazos!

. . . . . .

Murióse mi padre...
era entonces yo un pobre muchacho.
Hoy que ya soy hombre
y recuerdo los tiempos pasados
miro y veo mi patria afligida
y a la Iglesia en el monte Calvario...
¿qué será, qué será? me pregunto...
Y el pueblo cristiano,
con su muerta piedad me contesta:
¡«Es que poco se reza el rosario»!...

ANGEL DE LA GRANJA

N.º 83

A la Virgen del Rosario

(*Fragmento*)

Siempre con creciente anhelo
Buscan mis manos sedientas
En tu Rosario consuelo:
¡Haz que me sirvan sus cuentas
de escalones para el cielo!

Heme a tu Rosario asido;
No me quiero desasir,
Ni lo tendrás en olvido:
Con tu Rosario he vivido
Y con él quiero morir.

Tu Rosario me defienda
En la postrera contienda
Contra el enemigo audaz;
El me sea firme prenda
De la venturosa paz.

Pasen sartas con presura
Mis manos debilitadas,
Y luego inmobles y heladas
Vayan a la sepultura
En tu Rosario enredadas.

Divina gala del cielo,
De Dios virginal Sagrario,
Mi esperanza, mi consuelo,
Llévame, Virgen, al cielo
Prendido de tu Rosario.

VALBUENA

N.º 84

El Rosario de familia

Colgado del blanco muro,
sobre la ancha chimenea,
el Rosario de familia
destaca sus negras cuentas.
¡Cuántas manos han pasado,
una tras otra, por ellas,
en las noches estivales,
junto al quicio de la puerta,
y en las noches del invierno,
bajo la ancha chimenea!...
Manos callosas y torpes
que, tras la ruda tarea,
las pasaron suplicando
por la siembra y la cosècha.
Manos blancas, maternales,
manos finas y pequeñas,
manos que las desgranaron,
con honda piedad y pena,
en días de mucha angustia
y en noches de larga espera.

Manos trémulas, rugosas,
casi frías, de la abuela,
que reza sola, en silencio,
por la familia y la hacienda,
y por ganar aquel tiempo
de su juventud primera,
en que dejó de rezarlo
por acudir a la reja...

Colgado del blanco muro,
sobre la ancha chimenea,
reluce el viejo Rosario
sus gruesas y bastas perlas,
como un blasón que preside
toda la vida doméstica.

.....

Un Rosario es nuestra vida,
y los misterios que encierra
—de gozo, dolor y gloria—
no sabemos qué sorpresas
nos irán dando a medida
que desgranamos sus cuentas.
Con el Rosario en las manos
hagamos que todos sean
misterios de gozo y gloria
para esta vida y la eterna.

FR. VICENTE GALDUF, O. P.

N.º 85

El Escapulario del Carmen

Los hechos de la protección del Escapulario del Carmen, para los que lo llevan piadosamente, son innumerables. Ved uno entre mil.

Era el año 1622. Luis XIII, rey de Francia, sitiaba a Montpeller; los combates eran sangrientos, y numerosos los muertos.

En una salida de los sitiados, M. de Beauregard, que estaba cerca del Rey, recibió en el pecho dos balazos; vaciló y cayó junto al Rey; se apresuraron a levantarlo; le creen muerto. Pero no está sino desmayado. Vuelve inmediatamente en sí, abre el vestido perforado por las balas, y las encuentra aplastadas en el Escapulario.

El Rey, testigo de aquel prodigio, y reconociendo la protección manifiesta de María del Carmen, quiso llevar él mismo aquel Escapulario.

N.º 86

Mi Rosario

Tengo un rosarito,
lleno de recuerdos,
con cuentas azules
que parecen perlas de color de cielo.
Un collar de Virgen
me parece al verlo,
y es para mis penas
lenitivo santo, fuente de consuelo
Cada Ave-María
es un pensamiento
que envío a mi Virgen
para que proteja tan gratos recuerdos.
Siempre que le miro,
siempre que le rezo
me siento más fuerte,
lleno de alegría, lleno de contento.
Es cadena santa
que encierra mi afecto,
sagrada escalera
que eleva mi alma con amor eterno.
Es mi buen amigo,
es mi compañero,
es herencia amada,
con él me levanto y con él me acuesto.
¡Rosarito mío!
¡Y cómo te quiero!
Dentro de tus cuentas
encerré mi vida y encerré mi anhelo.

P. BERNARDES

N.º 87

El Escapulario

Desde que abrí los ojos, Madre mía,
llevo al pecho tu santo escapulario:
no se aparta de mí noche ni día;
él es mi escudo, él es mi compañía,
él será, cuando muera, mi sudario.

Cerca del corazón, cuyo latido
percibe sin cesar tu imagen cara.
Pero cerca no más; que no he sabido,
ablandando mi pecho endurecido,
la corteza romper que los separa.

¡Oh escapulario, imagen bendecida!
¡únete a mí con lazo más estrecho!
¡ten en mi propio corazón cabida!
yo le abriré con llanto sin medida
y golpeando sobre tí mi pecho.

M. SÁNCHEZ DE CASTRO

N.º 88

El Escapulario protector

He aquí una historia, en la que figura el santo sacerdote cura de Ars.

La persona de quien se trata en esta historia es ahora religiosa. Su antiguo cura es quien nos ha referido esta relación. Antes de entrar en el convento fué a ver al santo cura de Ars para hacer con él una confesión general. Este le preguntó al confesarla:

—Usted debe acordarse bien, hija mía, de cierto baile al cual asistió usted hace poco tiempo. En este bai le encontro usted un joven desconocido de todos, pero de maneras tan distinguidas que fué el héroe de la fiesta.

—Sí, Padre mío.

—Y usted hubiese querido que la invitara a bailar, y estaba usted llena de celos y de despecho al ver que prefería a las demás y nunca se dirigía a usted.

—En efecto, Padre mío.

—¿No se acuerda usted que al salir creyó usted ver en la puerta, bajo sus pies, dos llamas azules, que desde luego tomó usted por una ilusión de sus ojos engañados por la luz y la oscuridad?

—Es verdad, Padre mío.

—Pues bien, hija mía; ese joven era el demonio. Aquellas con quienes bailó están condenadas, o en estado de condenación. Y, ¿sabe usted por qué no la invitó? Por el escapulario que llevaba usted consigo y que, por devoción a María, conservaba como una defensa.

No hay necesidad de deciros la impresión que causó esta revelación a la persona de quien hablamos, y podéis inferir fácilmente de este ejemplo que la pureza debe evitar todas las ocasiones peligrosas, sobre todo los placeres prohibidos, las malas compañías y cuán útil es para conservarse puro dirigirse a la Reina de las vírgenes.

N.º 89

Virgen del Carmen

¡Virgen santa, que en el cielo
tu trono junto a Dios tienes,
y que en el Monte Carmelo
nos has dejado el consuelo
de tus gracias y tus bienes!

¡La sin mancha concebida,
la delicia del Edén,
entre todas elegida
para dar vida a la Vida
en el portal de Belén!

¡La que serena los mares
y mitiga los dolores,
la que tiene en sus altares
desde tiempos seculares
más devotos y más flores!

¡La que después del dolor
infinito del Calvario,
para ampararnos mejor
en prenda de inmenso amor
dió al hombre su Escapulario!

N.º 90

Las palomas del Carmelo

Palomitas del Carmelo,
que, dejando el palomar,
a veces voláis al cielo,
y a veces bajáis al mar.

Cuando al cielo alzáis el vuelo
me traéis a la memoria
las almas, que van al cielo
en blancas nubes de gloria.

Y cuando allá a las orillas
del mar os vais a posar,
parecéis lindas barquillas,
que están para hacerse al mar.

¡Quién vuestras alas me diera
para volar a la altura!
¡Quién cual vosotras tuviera
alma sin hiel ni amargura!

Y habría de hacer un nido
sin temor y sin recelo,
en un pliegue del vestido
de la Virgen del Carmelo.

N.º 91

El Escapulario del Carmen

Llevo colgado al cuello noche y día,
y estimo cual precioso relicario,
el del Carmen, bendito escapulario,
con la imagen sagrada de María.

Con él mi pena tórnase alegría,
y plácida dulzura mi calvario;
y aunque soy peregrino y solitario,
con él mi soledad es compañía.

¡No faltarás del pecho mientras viva,
imagen de la Virgen hechicera!
¡Bendito talismán que me cautiva!

Siempre estarás conmigo... y aún quisiera,
pasada esta existencia fugitiva,
¡que fueses mi sudario cuando muera!

BONIFACIO SÁINZ, ESCOLAPIO

N.º 92

La Flor del Carmelo

Muy alto, cerca del cielo,
donde despierta la aurora,
está el jardín en que mora
la Azucena del Carmelo.

Flor de mágica belleza,
que todo lo aromatiza
y el corazón electriza
con su virginal pureza.

Allí la casta paloma
tejió su nido de amores:
exhalan allí las flores
su más exquisito aroma.

Allí reflejan las nubes
sus celestiales sonrisas;
allí perfuman las brisas
las alas de los querubes.

Que allí del Monte Carmelo,
sobre la cumbre escarpada,
vive esta flor trasplantada
de los jardines del cielo.

Su cáliz luce del día
en la frente esplendorosa;
y a esa flor pura y hermosa
la llama el cielo «María».

JUAN C. ROSSEL

MARIANAS

N.º 93

A Nuestra Señora

¿A quién debo yo llamar
vida mía,
sino a Tí, Virgen María?

Todos te deben servir,
Virgen y Madre de Dios,
que siempre ruegas por nos
y tú nos haces vivir.
Nunca me verán decir
vida mía,
sino a tí, Virgen María.

Duélete, Virgen, de mí;
mira bien nuestro dolor,
que este mundo pecador
no puede vivir sin tí.
No llamo desque nací
vida mía,
sino a tí, Virgen María.

Tanta fué tu perfección
y de tanto merecer,
que de tí quiso nacer
quien fué nuestra redención;
no hay otra consolación,
vida mía,
sino en ti, Virgen María.

El tesoro divinal
en tu vientre se encerró;
tan preciosa que libró
todo el linaje humanal.
¿A quién quejaré mi mal,
vida mía,
sino a tí, Virgen María?

Tú sellaste nuestra fe
con el sello de la cruz;
a luz diste a nuestra luz,
Dios de tí nacido fué.
Nunca jamás llamaré
vida mía,
sino a tí, Virgen María.

¡Oh clara virginidad,
fuente de toda virtud,
no ceses de dar salud
a toda la cristiandad!
No pedimos piedad,
vida mía,
sino a tí, Virgen María.

JUAN DEL ENCINA

N.º 94

Loores de Santa María

Quiero seguir a Ti, flor de las flores;
siempre desir cantar de tus loores,
non me partir de te servir,
mejor de las mejores.

Gran fianza he yo en Ti, Señora;
la mi esperanza en Ti es toda hora;
de tribulación sin tardanza
ven me librar agora.

Virgen muy santa, yo paso atribulado
pena atanta, con dolor atormentado,
en tu esperanza coita atanta
que veo mal pecado.

Estrella del mar, puerto de folgura,
de dolor complido e de tristura
ven me librar e conortar,
Señora del altura.

Nunca fallesce la tu merced complida,
siempre guaresces de coitas, e das vida;
nunca peresce nin entristesce
quien a Ti non olvida.

Sufro grand mal sin merescer a tuerto,
esquivo tal porque pienso ser muerto;
mas tú me val, que non veo al
que me saque a puerto.

ARCIPRESTE DE HITA

N.º 95

A Nuestra Señora

Virgen que el sol más bella,
Madre de Dios, que es toda tu alabanza;
del mar del mundo estrella,
por quien el alma alcanza
a ver de sus borrascas la bonanza.

En mi aflición te invoco;
advierte, ¡oh gran Señora! que me anego;
pues ya en las sirtes toco
del desvalido y ciego
temor, a quien el alma ansiosa entrego.

La voluntad, que es mía,
y la puedo guardar, esa os ofrezco,
Santísima María:
mirad que desfallezco;
dadme, Señora, el bien que no merezco.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

N.º 96

¡Muéstrate Madre!

Cuando extienda la noche su manto
Por los riscos, laderas y valles...
No me olvides, ¡oh Virgen María!
¡Muéstrate Madre!

Cuando incite mi alma al pecado
Del averno profundo el embate,
Préstame por escudo tu manto,
¡Muéstrate Madre!

Cuando en lucha empeñado me vea
Y en demanda de auxilio te llame,
No desoigas, ¡oh Virgen!, mi ruego,
¡Muéstrate Madre!

Cuando falto de fuerzas mi espíritu,
Fatigado y confuso se halle,
Presto dale tu amparo valioso,
¡Muéstrate Madre!

Cuando en lecho de muerte postrado,
Los postreros suspiros exhale,
Y demande refugio en tus brazos,
¡Muéstrate Madre!

Cuando en fin, ¡oh Señora!, mi alma
Ante el trono de Cristo se halle
Yo te pido mil veces cual nunca...
Te muestres... Madre.

FRANCISCO PASTOR

N.º 97

Cántiga en loor de la Virgen

Virgen más pura que la luz del día,
Virgen más bella que en Oriente el sol,
¡Bendita siempre seas, oh María!
¡Bendito sea el fruto de tu amor!

¡Oh Virgen, la más bella entre las bellas!
Encanto de las hijas de Israel,
A cuyos pies se agrupan las estrellas
Por servir a su reina de escabel.

Virgen digna de Dios, cuya hermosura
Canta el ángel y adora el serafín;
Toda eres bella Tú, toda eres pura,
La gloria del Señor se muestra en Tí.

Toda eres bella, sí, flor de las flores
Y rosa de las rosas del Edén,
Esposa del Amor de los amores,
Virgen y Madre del Eterno Bien.

¡Virgen pura, entre todas elegida,
Reina del cielo y gloria del Señor!
¡Oh Madre del Amor que da la vida!
Llévanos a la vida del Amor.

R. DEL VALLE RUIZ

N.º 98

Madre de Dios

Clara luz, lumbrosa estrella,
lucero de la mañana,
Madre Virgen la más bella,
la más limpia y sin querella
de nuestra miseria humana:
¿qué saber sabrá decir,
ni qué sentido sentir
vuestra excelencia infinita?
Que quien no tiene medida
muy mal se puede medir.

Yo no sé loor que daros,
con el que más holguéis Vos,
ni con qué más agradaros,
sino con siempre llamaros
Virgen y Madre de Dios.
Deciros fuente sellada,
deciros puerta cerrada,
y de aguas vivas un pozo;
no sentiréis tanto gozo,
cuanto en ser Madre llamada.

Porque por Madre ganasteis
ser de culpa preservada:
por Madre de Dios gozasteis
de un gran nombre que cobrasteis,
que es de ser nuestra abogada.
Por Madre de Dios graciosa,
sois Madre, Hija y Esposa;
por Madre de Dios que os quiso,
sois Reina del Paraíso,
después de él la más preciosa.

Por Madre de Dios tenéis
la mano en nuestra concordia:
por Madre de Dios podéis
llamaros, cuando queréis,
Madre de misericordia.
Por Madre de Dios querida,
que es la vida, sois Vos Vida:
por Madre, nuestra esperanza,
por Madre, nuestra holganza,
por Madre, nuestra escogida.

Por Madre de Dios tenemos
en el cielo a Vos por Madre:
por Madre de Dios podemos,
cada hora que queremos,
alcanzar perdón del Padre.
Del Hijo Madre os llamamos
desterrados los que estamos;
por Madre de Dios se espera,
que nos seréis medianera,
y así a la gloria vayamos.

BACHILLER CÉSPEDES

N.º 99

¡Bendita sea tu pureza!

Azucena encantadora,
clavel que alegras el huerto,
gentil palma del desierto,
bella y purísima aurora.
Mi voz te canta, Señora:
y mientras la luz yo vea
cantarte mi amor desea
contemplando tu belleza:
Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea.

Eres paloma nevada
de los altos palomares,
luz que tiñe la alborada,
miel que endulza los pesares.
Eres estrella en los mares;
son tus caricias terneza;
y cautiva en tu pureza
queda el alma que te vea:
Pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza.

Cantan dulces tus loores
las aves en la arboleda,
y el pastor por la vereda
va soñando en tus amores.
Te dan su néctar las flores
en su cáliz de ambrosía;
y luz, amor, poesía,
que te arroba y embelesa.
A Ti, celestial Princesa,
Virgen Sagrada María.

Yo soy tuyo, Madre amada,
hijo soy de tu cariño,
me ofrecí a Ti desde niño
y es mi ofrenda bien sagrada.
Hoy te ofrezco renovada
mi total consagración.
Dame Tú la bendición,
mientras yo, Virgen María:
Te ofrezo desde este día
alma, vida y corazón.

Voy cruzando mi camino
con tu auxilio soberano,
no me dejes de tu mano,
soy un pobre peregrino.
Bajo tu manto divino
busco amparo y alegría;
y hasta que llegue el gran día
de volar hacia Sión:
Mírame con compasión
no me dejes, Madre mía.

RAFAEL SANZ, *Pbro.*

N.º 100

La llena de gracia

Zagala divina,
bella labradora,
boca de rubíes,
ojos de paloma;
Santísima Virgen,
soberana aurora,
arco de los cielos
y del sol corona:
tantas cosas cuentan
sagradas historias
de vuestra hermosura,
que el alma me roban.
Que tenéis del cielo,
Morena graciosa,
la puerta en el pecho,
la llave en la boca.
Vuestras gracias me cuentan,
zagala hermosa;
mientras más me dicen,
más me enamoran.
Dícenme que sois
de las tres Personas
el trono divino
en que asisten todas;
que ya el Padre Eterno
Hija suya os nombra,
el Hijo su Madre,
y el Amor su Esposa.
. . . . . .
. . . . . .

Que tenéis la cara
como cuando llora
sobre blancos lirios
la mañana aljófar;
que sois nieve pura
sobre quien deshojan
purpúreos claveles
o encarnadas rosas.
Yo no sé quién sirve
hermosuras locas,
flores de la tierra
que la muerte corta;
y deja de amaros,
divina Señora,
a cuya belleza
la luna se postra.
Vuestras gracias me cuentan,
zagala hermosa;
mientras más me dicen,
más me enamoran.
. . . . . .
. . . . . .

LOPE DE VEGA

N.º 101

A Nuestra Señora

Cortar me puede el hado
la tela del vivir sin que me ampare;
mas, aunque el cielo airado,
María, el dolor doblare,
olvídeme de mí si te olvidare.

¡A Tí sola me ofrezco!
¡A Tí consagro cuanto yo alcanzare!
Sin Tí nada merezco,
y mientras yo durare,
olvídeme de mí si te olvidare.

Nací para ser tuyo,
viviré si esta gloria conservare,
la libertad rehuyo,
y mientras suspirare,
olvídeme de mí si te olvidare.

El alma te presento,
y si el furioso mar la contrastare,
diré con sufrimiento,
mientras más me tocare:
olvídeme de mí si te olvidare.

FR. LUIS DE LEÓN

N.º 102

María

(fragmento)

Virgen sin mancha, como el sol hermosa;
Virgen más pura que la luz del alba;
flor de las flores, del amor estrella
Virgen María.
Madre de Dios y de los hombres Madre,
cielos y tierra en tu esplendor se gozan;
hija de Adán, los serafines te alzan
trono viviente.
Mística rosa del amor divino,
cuya hermosura al contemplar el ángel
besa tu sombra, y remontando el vuelo
canta arrobado.
Así la alondra con el sol de Oriente
canta agitando, sin volar, sus alas;
y sobre el nido en éxtasis materno
ciérnese inmóvil.
Toda eres bella el serafín te canta;
toda eres pura te saluda el ángel;
llena de gracia y del Señor bendita
todas las gentes.
Tuyo es el nombre que en la cuna el niño
oye al arrullo del amor materno;
tuyo es el nombre que en la lucha invoca
todo el que triunfa.

R. DEL VALLE RUIZ

N.º 103

Plegaria

«María», cuyo nombre
como conjuro santo,
ahuyenta con espanto
la saña de Luzbel;
escríbeme en el pecho
tu nombre omnipotente,
porque jamás intente
aposentarse en él.

«María», soberana
de cuanto el orbe encierra;
rocío de la tierra,
estrella de la mar;
tu nombre misterioso
será el fanal tranquilo
que alumbrará el asilo
de mi terreno hogar.

«María», cuyo nombre
es fuente de pureza,
que lava la torpeza
del frágil corazón:
tu nombre será el agua
que al mío purifique
de cuanta en él radique
maligna inclinación.

«María», luz del cielo,
cuya brillante esencia
es luz de toda ciencia
y del saber raudal:
tu nombre será antorcha
cuyo fulgor ahuyente
de mi agitada mente
la lobreguez letal.

«María», cuyo nombre
es música más suave
que el cántico del ave
y que del agua el son:
tu nombre será fuente
do beban su armonía
mi tosca poesía,
mi pobre inspiración

«María», a cuyo nombre
la divinal justicia
al pecador propicia
se inclina a perdonar;
tu nombre sea, cuando
la eternidad se me abra,
la última palabra
que exhale al expirar.

JOSÉ ZORRILLA

N.º 104

Oración a Nuestra Señora

Señora, Estrella luciente,
que a todo el mundo guía;
guía a este tu sirviente,
que su alma en Ti fía.
A canela bien oliente
eres, Señora, comparada,
de la mirra de Oriente
has loor muy señalada:
a Ti hace loor la gente
en sus cuitas todavía;
quien por pecador se siente,
llama a Santa María.
Al cedro en la altura
te comparó Salomón,
la Iglesia tu hermosura
al ciprés del monte Sión;
palma fresca, en verdura
hermosa y de gran valía,
y oliva la Escritura
te llama, Señora mía,
De la mar eres estrella,
del cielo puerta lumbrosa,
después del parto doncella,
¡de Dios Madre, Hija, Esposa!
Tú amansaste la querella,
que por Eva nos venía,
y el mal que hizo ella
por Ti hubo mejoría.

PEDRO LÓPEZ DE AYALA

N.º 105

Diálogo para cuatro párvulos

1.º Si yo fuera un angelito,
todo el campo cruzaría,
y escogería mil flores
para la Virgen María.

2.º Si yo fuera un angelito,
todo el cielo cruzaría,
para decir a las aves:
¡aves, cantad a María!

3.º Si yo fuera un angelito,
todo el mundo cruzaría,
para decir a los hombres:
¡hombres, amad a María!

4.º Si yo fuera un angelito,
solamente al cielo iría,
para estar siempre a tu lado
¡a tu lado, Madre mía!

MAR, S. J.

N.º 106

La escala de Jacob

Como Jacob, entre sueños,
vi una escalera
que llegaba hasta el cielo
desde la tierra.
Por ella, con los ángeles,
Virgen María,
vi también que bajabas
y que subías.
Despertando del sueño
me preguntaba:
¿a qué al cielo subías
y a qué bajabas?
Y a mi anhelo, tu imagen,
que yo venero,
parecía decirme
con embeleso:
—Es que al cielo, hija mía,
subo tus preces,
y desciendo a otorgarte
yo sus mercedes.
Desde entonces, María,
cuando te veo
en mis sueños hermosos
bajar del cielo,
te suplico que atiendas
mis oraciones
y me otorgues tus gracias
y tus favores.

A. BORI FONTESTÁ

N.º 107

El nombre de María

El nombre más bello
que el labio suspira,
que ensalzan los hombres,
que a Dios regocija;
más rico en encantos,
más dulce en poesía,
más lleno de goces,
más lleno de dichas,
formado de estrellas,
de flores divinas,
grabado en los cielos
con letras benditas,
y el aura, las fuentes,
la luna, la brisa,
en dulces murmullos
amantes suspiran...
¡es tu santo nombre,
hermosa María!

MANUEL DE PEÑARRUBIA

N.º 108

Quiero, Madre

Quiero, Madre, en tus brazos queridos,
como niño pequeño dormir,
y escuchar los ardientes latidos
de tu pecho de madre nacidos,
que late por mi.
Y, al arder de su pecho en las llamas,
y tu amor que me inflama sentir,
de tus labios saber que me amas,
que por hijo con ellos me aclamas,
para ser feliz.
Y, llorando de amor y alegría,
reclinado en tu fiel Corazón,
de tu boca escuchar, Madre mía,
que perdonas y olvidas el día,
en que fuí traidor.
En tus brazos divinos quisiera
perdonado y contento morir,
y exhalar la plegaria postrera,
que probara el amor, cuando muera,
que siento por Tí.
No permitas ¡oh Madre! que llegue
a rendirme en la lucha y pecar;
ni a la fiera que pisas me entregue,
ni otro fuego que el tuyo me ciegue
sin que te ame más.
Quiero ver tu divina hermosura
y a tu lado en la gloria vivir
si en tu pecho gozé tu hermosura
¿no es verdad que tendré, Virgen pura,
la gloria por Tí?

X

N.º 109

¡Acuérdate de mí!

Cuando la aurora con sus haces de oro
y sus tintes de rosa y de zafir
asome por oriente, ¡Virgen Madre,
acuérdate de mí!
Cuando se oculte el sol tras la montaña
y aparezca la luna en el zenit
con su plateada faz, ¡Madre del alma,
acuérdate de mí!
Cuando el fúnebre son de la campana
de mi agonía anuncie ya su fin,
en tan tristes momentos, ¡Madre mía,
acuérdate de mí!
Y ya la aurora asome por oriente,
o la luna aparezca en el zenit,
o suene la campana en mi agonía,
¡acuérdate de mí, Virgen María,
acuérdate de mí!

B. Gayé

N.º 110

A la Santísima Virgen

Virgen soberana,
Fuente santa y pura,
De donde dimana
Un mar de dulzura.
En tosca poesía
Mi voz te dirijo:
De amor, Madre mía,
Tiene sed tu hijo.
Pobre y sin amparo
Va por el desierto,
Náufrago sin faro,
Busca en vano el puerto.
Sé tú, pues, la fuente
Que su sed mitigue,
La costa clemente
Que su nave abrigue.
¿Dónde irá el sediento
Sino a tus raudales?
¿Quién le dará aliento
Si tú no le vales?
Mi dulce Señora,
Virgen Nazarena,
Consuela al que llora,
Mitiga su pena;
Y sacia su anhelo
Dando a su alma herida
Las aguas del cielo,
Las aguas de vida.
Que refrigerado
Con tu amor profundo,
Cruzará, esforzado,
Las sendas del mundo.
Sin temor al fuego
De ardientes pasiones,
Tendré por tu ruego
Mil celestes dones.
Que el mismo Dios cede,
Si tu amor le implora:
Tanto es lo que puede
Tal intercesora.
Danos el consuelo,
La esperanza cierta
De entrar por tí al cielo,
Pues tú eres la puerta.
Y cuando lleguemos
Al Edén divino,
Juntos cantaremos
Al Dios Uno y Trino.
Amén.

J. Alarcón, S. J.

N.º 111

Danza en honor de la Stma. Virgen

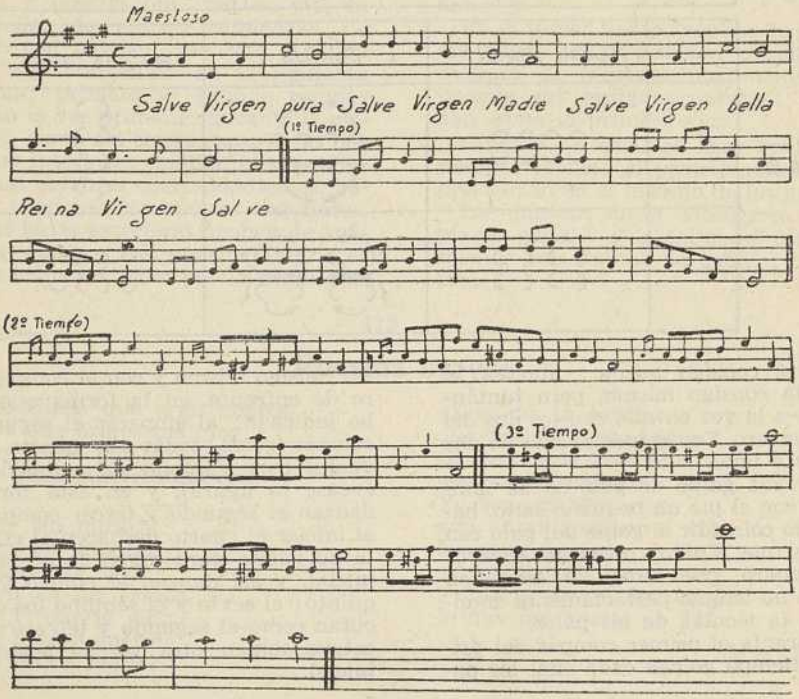
Es un número de gran atractivo; el color de la vestimenta, el ritmo de la música y del movimiento, las combinaciones artísticas de los danzantes... ofrecen un conjunto que cautiva a chicos y a grandes.

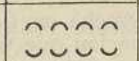
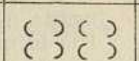
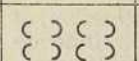
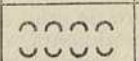
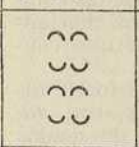
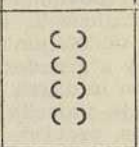
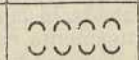
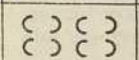
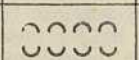
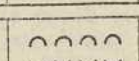
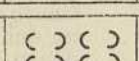
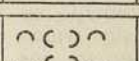
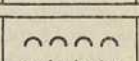
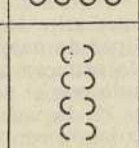
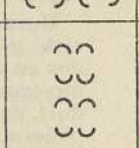
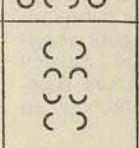
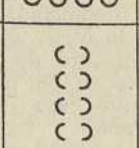
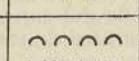
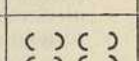
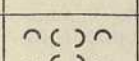
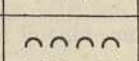
Participan en la danza 8 (o 12) niños vestidos de pajecillos, con gorros de plumas, provistos de sendos pares de palos sonoros bien torneados, como de medio metro de longitud, pintados de colores.

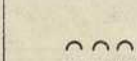
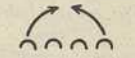
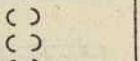
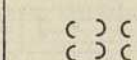
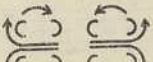
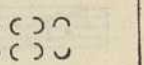
Se presentan majestuosamente en escena al compás de la música transcrita (primera parte); salen en dos filas paralelas distanciadas como un metro una de la otra; según avanzan, marcan el aire de la música dando los pasos en las partes fuerte, a la vez que cada cual da un golpe con sus palos.

Llegadas las dos filas cabe la imagen de la Virgen, hincan todos la rodilla derecha en tierra, conservando la formación que traían; el palo derecho se apoya perpendicularmente en el suelo, el codo izquierdo se apoya sobre la rodilla izquierda, de modo que el palo correspondiente caiga sobre el hombro izquierdo. En esta posición cantan al unísono la melodía de los ocho primeros compases; acabada la cual se ponen todos automáticamente en pie en el mismo sitio; y dándose la cara las dos filas inician la danza al son de la música, que ejecuta los tres tiempos que siguen al canto.

Durante ella los danzantes dan siete golpes de palo en cada compás: dos en la primera parte consigo mismo (dando con el derecho al izquierdo); dos en la segunda con el compañero (dando con el derecho propio al derecho del compañero de enfrente a la altura de los ojos); dos en la



		1º y 5º compas	2º y 6º compas	3º y 7º compas	4º y 8º compas	
1ª vez	Altar					1er Tiempo
	Altar					2º Tiempo
	Altar					3er Tiempo
2ª vez	Altar					1er Tiempo
	Altar					2º Tiempo
	Altar					3er Tiempo

	Posición inicial	Tránsito	Posición final
Detalles A			
B			

tercera consigo mismo; uno en la cuarta consigo mismo, pero juntándolos a la vez en alto con los dos del compañero. Los golpes se han de dar todos a una.

A cada golpe de palo se da también con el pie un pequeño salto, haciendo coincidir el golpe del palo con el del pie. En los primeros ensayos convendrá prescindir de ellos, en tanto no tengan perfectamente dominada la técnica de los palos.

Durante el primer compás del primer tiempo golpea cada cual los palos consigo mismo y con el compañero de enfrente, en la forma que se ha indicado; al empezar el segundo compás giran todos un cuarto de vuelta para cambiar de compañero (véase la figura), y en esta forma danzan el segundo y tercer compás; al iniciar el cuarto deshacen el cuarto de vuelta para tomar la posición inicial, y así danzan el cuarto y el quinto; el sexto y el séptimo los ejecutan como el segundo y tercero; al octavo toman otra vez la posición inicial.

Al comenzar el segundo tiempo cambia 90 grados la posición de las filas; para lo cual los danzantes extremos maniobran rápidamente, y durante la primera parte del primer compás (mediante dos saltos en las corcheas correspondientes) hacen la evolución que indica la figura (detalle A), mientras los interiores giran suavemente un cuarto de vuelta sobre el talón. Partiendo de esta posición se reproducen exactamente los ciclos del tiempo anterior (consúltese la figura).

Al iniciar el tercer tiempo vuelven las filas a su posición primitiva; los extremos ganan sus antiguos puestos por una evolución inversa, y los interiores giran un cuarto de vuelta. La danza se desarrolla como en el primer tiempo.

Al terminar el tercer tiempo (última parte del compás último) quedan inmóviles los danzadores con los palos cruzados en alto en su posición final.

Arodillados de nuevo ante la imagen repiten el coro como al principio; y puestos otra vez de pie, en posición de danza, comienzan de nuevo el paloteo, que esta segunda vez se desarrollará de la siguiente forma: primero y segundo compás como la vez primera: durante la primera parte del tercer compás las dos binas interiores, mediante dos saltos en las corcheas correspondientes, pasan a ocupar los puestos exteriores, y las binas exteriores ocupan de análoga manera los puestos interiores (las primeras salen por la parte central, y las segundas entran por el exterior; véase detalle B), quedando durante el compás en la posición que indica la figura; al principio del cuarto compás giran un cuarto de vuelta las dos binas que ocupan ahora el centro de la formación para danzar el compás en filas paralelas; el quinto compás lo ejecutan en esta misma posición; al principio del sexto giran todos un cuarto de vuelta y ejecutan este compás como el segundo; durante la primera parte del séptimo compás repiten en sentido inverso la maniobra del tercero, saliendo por el interior las binas interiores y entrando por el exterior las exteriores, para ejecutar el compás en la posición de la figura; después de girar un cuarto de vuelta las binas interiores danzan el compás octavo en dos filas paralelas.

Al comenzar el segundo tiempo repiten la maniobra de la primera vez (detalle A); las filas se ponen en posición perpendicular a la primera; y partiendo de esta nueva posición ejecutan la danza del tiempo inmediato anterior.

En el tercer tiempo repiten la misma danza en la posición primitiva, después de recobrar por maniobra inversa sus antiguos puestos; acaban como la primera vez.

Cuídese de que las filas resulten siempre rectas; al principio téngase precaución en el manejo de los palos.

La música puede ejecutarse con piano, gaita... y a falta de instrumentos con flautas de caña u hojalata.

112

Poesías breves

Unos dicen que eran negros,
otros que azules tus ojos;
pero yo sé por la Salve
que eran misericordiosos...

Vivir sin mirarte,
vivir sin amarte,
¡qué triste vivir!
Morir en tus brazos,
por Ti dar la vida,
¡oh Madre querida,
qué dulce morir!

¿Eres tú la jardinera
que cuida de este jardín?
Oí decir que eres Madre,
que sabes amar oí...
Yo soy una florecita
que ahora empieza a vivir...
Necesito que me cuides:
¡Acércate, Madre, a mí,
y aparta de mí en seguida
lo que me aparte de Ti!

MAR, S. J.

N.º 113

Privilegios de María

(niña de rodillas a los pies de la imagen de la Virgen; la culpa la sorprende así, e inicia el diálogo).

1.ª — ¿De nuevo te encuentro aquí?
a fe que es grande simpleza;
¿qué haces así de rodillas
a los pies de esa doncella?
2.ª—Calla, culpa deslenguada,
mal encubres tu impotencia,
mal encubres los rencores
que en tu corazón encierras.
1.ª — ¿Acaso hablé sin razón?
¿cuándo se ha visto en la tierra
que un ser humano reciba
de rodillas reverencia?
2.ª — En vano, culpa, te cansas,
en vano tus odios muestras.
Si Dios la escogió por Madre
cuando Dios vino a la tierra
¿es mucho que yo la escoja
como Madre y como Reina?
1.ª — A fe mía, no hablas mal,
y aun parece que eres cuerda;
mas la adoración es ley
que a solo Dios se le ofrezca.
2.ª — Pues que tal dices agora,
si convencerte quisieras,
bastara que la miraras
para que tal no dijeras.
¿No ves su porte del cielo?
¿acaso no ves en ella
del dedo augusto de Dios
marcada la misma huella?
Pues que divina la exiges,
es divina la doncella.
1.ª — Es humana, pues que nace
de humana naturaleza.
2.ª — Divina es, pues que por gracia
de culpa Dios la preserva.
1.ª — Humana es, pues que naciendo
dolor a su madre cuesta.
2.ª — Divina es; antes que nazca
nace también su belleza,
bendita entre las mujeres.
1.ª — Humana es; pues que la llevan
a presentar en el templo,
como víctima y ofrenda.
2.ª — Divina es, pues es su vida
integridad y pureza.
1.ª — Humana es, puesto que esposo
le dan de su tribu mesma.
2.ª — Divina es, pues desposada
su virginidad conserva.
1.ª — Humana es, pues que concibe
dentro de sus entrañas mesmas.
2.ª — Divina es, pues concibiendo
Virgen intacta se queda.
1.ª — Humana es, pues peregrina
va a los montes de Judea.
2.ª — Divina es, pues santifica
al Baustista su presencia.
1.ª — Humana es, pues nace el Hijo
en una cueva desierta.
2.ª — Divina es, pues sin dolor
da a luz y queda doncella.
1.ª — Humana es, pues los pastores
se duelen de su miseria.
2.ª — Divina es, pues que los reyes
le adoran y reverencian.
1.ª — Humana es, pues de ese parto
a purificarse llega.
2.ª — Divina es, pues que lo hace
por cumplir con la obediencia.
1.ª — Humana es, pues huye a Egipto
temerosa de una fuerza.
2.ª — Es divina, pues derriba
cuantos ídolos encuentra.
1.ª — Humana es, pues pierde al Hijo
que es la cosa que más precia.
2.ª — Divina es, pues disputando
le halla las más doctas ciencias.
1.ª — Humana es, pues que le ve
prender y no le remedia.
2.ª — Divina es, pues su pasión
le hace mártir de paciencia.
1.ª — Humana es, pues que permite
que allí su sangre se vierta.
2.ª — Divina es, pues del pecado
redime al hombre con ella
que es el mérito mayor
que es posible que merezca.

. . . . . .

Vencida quedaste culpa
y tu saña descubierta
odias a aquesta Señora
porque quebró tu cabeza.

(sacado del Auto Sacramental de Calderón de la Barca «La Hidalga del Valle»).

N.º 114

Alabanzas a María

(*Diálogo para niñas*)

1.ª—Vengo a alabarte, Señora,
a alabarte, oh Virgen, vengo.
¡Ay, y cuántas cosas tengo
que decir en tu loor!
Verdaderamente que eres
la Señora más hermosa,
la Madre más bondadosa
que jamás ha visto el sol.
¡Oh, qué labios más divinos!
Y parece que los mueves...
¡Ay, Madre! ¡sin duda debes
de estar rogando por mí!...
Ruega, sí, Señora mía,
por nosotros pecadores;
Dios oirá tus clamores
y nos salvará por Ti.
2.ª—¡Oh, qué oídos tan amables!
¡Ay, cuántos hombres perdidos
por llamar a esos oídos
en su postrera oración,
han conseguido felices
en aquel momento mismo
no caer en el abismo
de eterna condenación!
3.ª—¡Qué ojos tan maternales!
Mas... ¡a ver!... ¿estás llorando?
¡Si te estamos festejando!
¿Por qué estás llorando? di...
¡Ay! ¡Madre!, nuestros pecados,
nuestras faltas e impurezas
te llenan de esas tristezas,
y te hacen llorar así!
4.ª—¡Qué manos tan cariñosas!
¡Y cuántas y cuántas almas,
en esas benditas palmas,
han conseguido subir
de los cielos a la eterna
feliz bienaventuranza,
porque toda su esperanza
pusieron en Ti al morir!
5.ª—El corazón no te veo...
Mas ya sé que es caliz de oro,
que encierra dentro un tesoro
inmenso de caridad.
¡Dichoso el que a Ti se acoge!
¡Dichoso el que en Ti confía!
¡Dichoso, Virgen María,
quien se ampare en tu piedad!
1.ª—¡Que recen por mí esos labios!
2.ª—¡Que oiga tu oído mi ruego!
3.ª—¡Que tu mirar prenda el fuego
de tu casto amor en mí!
5.ª—¡Que tu corazón piadoso
cuide de mí con desvelo!
4.ª—¡Y que esas manos al cielo
nos lleven, Madre, al morir!

R. Vilariño, S. J.

N.º 115

Nuestro amor

(*Diálogo*)

1. —He visto yo una Señora
que me ha robado el cariño.
2. —¿Es muy bella?
1. —Arrobadora.
2. —Quiero amarla desde ahora
con todo el amor de un niño.
1. —¿Tanto la querrás?
2. —Sí, tanto.
1. —¿Es graciosa?
2. —Cual ninguna.
1. —¿Y santa?
2. —Nadie más santo.
1. —¿Qué viste?
2. —Celeste manto.
1. —¿Qué calza sus pies?
2. —La luna.
1. —Di, ¿son muy lindos sus ojos?
2. —Lo mismo que dos estrellas.
1. —¿Dulcísimos?
2. —Sin enojos.
1. —¿Sus labios?
2. —Rojos, muy rojos.
1. —¿Sus manos?
2. —Bellas, muy bellas.
Juntas las dos sobre el pecho
parece que se halla orando...
A sus pies, puesto en acecho,
ruge el dragón de despecho,
mas siempre, siempre acechando.
1. —¿Vencerá?
2. —¡Qué ha de vencer!
Si es de Dios promesa santa
que en vano acecha a su planta
el dragón, pues la mujer
aplastará su garganta.
1. —¡Qué mujer tan singular!
2. —¡Ella será mi alegría!
1. —También yo la quiero amar.
¿Dónde la hallaré?
2. —En su altar.
1. —¿Quién es?
2. —La Virgen María.

A. P. Ormazábal

Diálogo para tres niñas

1.ª—¡Amor de mis amores
Virgen María!
Tú eres el dulce encanto
del alma mía.
2.ª—Tú eres en mis dolores
grato consuelo;
Tú mitigas mis penas
con tierno anhelo.
3.ª—Tú tornas placenteras
mis horas mustias,
y amorosas me alivias
en mis angustias.
1.ª—Tú extasías mi mente
con tu hermosura:
que es espejo del cielo
tu frente pura.
2.ª—Del polvo de tus plantas
nacen las flores,
tomando de tu rostro
bellos colores.
3.ª—Y eres Tú más preciosa,
Madre adorada,
que el resplandor alegre
de la alborada.
1.ª—Sueño de mis ensueños,
Madre querida,
yo no puedo olvidarte
nunca en la vida.
2.ª—Es para mí la vida
duro tormento
si en Ti no ocupo siempre
mi pensamiento.
3.ª—Siempre tu bella imagen
llevo conmigo;
por eso cuando duermo
sueño contigo.
1.ª—Tuyos son mis amores,
tuya mi alma.
por Ti late mi pecho
con dulce calma.
Tuyos son mis cantares,
bella Señora,
y el corazón amante
que ahora te implora;
por Ti canta estos versos
mi humilde lira,
que es tu adorada imagen
quien los inspira.
2.ª—Haz que yo no te olvide,
dulce amor mío,
que eres Dueña y Señora
de mi albedrío.
Haz que siempre te invoque,
Madre de amores,
que Tú eres el refugio
de pecadores.
Haz que yo no te olvide,
Virgen bendita,
que sólo en Ti yo encuentro
dicha infinita.
3.ª—Haz que sea en mi vida
tu imagen bella
de todas mis acciones
luciente estrella;
y haz que tus bellas plantas,
luz de mis ojos,
pueda pronto en el cielo
besar de hinojos.
Llévame pronto, Madre,
que así lo anhelo,
llévame pronto, Madre,
llévame al cielo.

P. Bonifacio Sáinz, escolapio

N.º 117

Tota Pulchra

(*Diálogo*)

1.ª—Graciosísima es la rosa
del vergel de Alejandría;
¿me dirás
si es María más graciosa?
2.ª—Es más graciosa María
mucho más.
1.ª—Viste el lirio tal blancura
que la nieve envidiaría;
¿me dirás
si es aún María más pura?
2.ª—Es más pura aun María,
mucho más.
1.ª—Despide el nardo radiante
su perfumada ambrosía,
¿me dirás
si es María más fragante?
2.ª—Es más fragante María,
mucho más.
1.ª—Si no hay en el mundo rosa
que la venza en hermosura,
y pierde el lirio blancura
al verla tan candorosa,
y el nardo es menos fragante
a pesar de su ambrosía,
¿me dirás
si hay algo que más encante?
2.ª—No. Más encanta María.
mucho más.

N.º 118

La Divina Pastora

Pues sois Pastorcita
La flor de este prado:
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

Oveja perdida,
El mundo rodaba,
Y un paso no daba
Sin una caída:
A la majadita
Feliz he llegado.
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

Del cielo en la vía
Al guiar la manada,
A vuestra pisada
La hierba nacía,
La oveja enfermita
Su pecho ha lactado.
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

Si pierde la huella,
La busca a toda hora;
Y ¡ay!, suspira y llora
Si vuelve sin ella.
Yo soy perdidita,
Vuélveme a tu lado.
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

Me saca del heno
Al prado lozano,
Me nutre su mano,
Me duerme en su seno.
¡Oh hierba exquisita!
¡Oh mágico prado!
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

Traed flores divinas
Del huerto de Sión;
Que en nuestra región
Veo sólo espinas.
En el cielo habita
Quien las ha heredado.
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

¿No escucháis, corderos,
Que al cielo os convida?
«La dehesa es florida,
Venid ya ligeros:
Que es mi cabañita
El cielo estrellado».
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

Vos sois la Pastora
Del Cordero Dios.
¡Cómo tras de Vos
Quisiera ir, Señora!
Su mano bendita
Al lobo ha aherrojado.
Ser quiero ovejita
De vuestro ganado.

JACINTO VERDAGUER, PBRO

N.º 119

Sueños de niño

Soñé que era un corderillo
escapado del redil,
y que el lobo me seguía,
siempre, siempre, en pos de mí.
Y dejaba entre las zarzas
tinto en sangre mi vellón,
y crecían mis angustias,
y era inmensa mi aflicción,
y clamé: «¡Virgen María,
Virgen Santa, sálvame!»
y estrechado entre sus brazos
en sus brazos desperté.

—

Soñé que era mariposa
volando de flor en flor,
y aunque cogerme querían
yo no me dejaba, no.
Mas te presentaste, ¡oh, Madre!
en el hermoso jardín,
y te acercaste con tiento,
te acercaste mucho a mí.
Y yo te dije bajito:
«Madre, Madre, acógeme».
Y desperté entre tus brazos,
palpitando de placer.

—

Soñé que era una avecilla
con alas para volar,
y que cruzando el espacio
gozaba de libertad.
Mas de pronto escuché un silbo,
el silbo del gavilán,
y busqué refugio en vano
en la tierra y en el mar,
¡y me desperté en un nido!
¡más alto que el cielo está!
ese nido es tu regazo,
que no dejaré jamás.

SAJ

N.º 120

¡Más linda Vos!

Linda es la rosa
con su botón:
linda es la estrella
con su fulgor.
—*Pero es más linda*
con su Niño precioso
Santa María.

Linda es la luna,
lindo es el sol,
linda la aurora,
con su arrebol...
—*Pero es más linda*
con su Niño precioso
Santa María.

Linda es la tórtola
con su pichón,
linda es la oveja
con su vellón...
—*Pero es más linda*
con su Niño precioso
Santa María.

Lindo es el valle
do ríe el sol
acariciando
la tierna flor.
—*Pero es más linda*
con su Niño precioso
Santa María.

Linda es la palma
que en su esplendor
brinda frescuras
al viador...
—*Pero es más linda*
con su Niño precioso
Santa María.

Linda es la fuente
que su licor
brota a la sombra
de alto peñón...
—*Pero es más linda*
con su Niño precioso
Santa María.

Jesús, María,
dos flores sois
que el cielo hermoso
al mundo dió;
al ofrendaros
mi tierno amor,
dos flores lindas
os traigo yo:
en ellas pongo
mi corazón.

J. M.ª Gorricho, C. M. F.

N.º 121

¿Tus gracias?

Las virtudes de María
rebasan todo guarismo;
la eterna Sabiduría
la hizo de gracias abismo.

Muchas son las estrellitas
que relumbran en la esfera,
muchas son las margaritas
que ríen en la pradera,
pero mas son todavía
las virtudes de María.

Bien se pudieran contar
las estrellitas, las flores,
las gotas de agua del mar,
los átomos bullidores
de la atmósfera vacía...
las virtudes de María,
por ser de gracias abismo,
rebasan todo guarismo.

Dios al mar puso linderos:
número fijo limita
los diamantinos luceros
de la bóveda infinita,
mas no lo puso a María
la eterna Sabiduría.

Tantas virtudes hallamos,
tanta gracia y maravilla
en la Virgen sin mancilla
que con verdad exclamamos:
Las virtudes de María
rebasan todo guarismo;
la eterna Sabiduría
la hizo de gracias abismo.

J. M.ª Gorricho, C. M. F.

N.º 122

A tu Corazón

Rauda va la palomita
a su blanco palomar:
así yo, Virgen bendita,
quiero a tu pecho volar.

—

En castillos de topacio
tengan otros su mansión.
Para mí el mejor palacio
es tu hermoso Corazón.

—

Déjame, Virgen María,
vivir para siempre en Ti;
Tu Corazón, Madre mía,
es un cielo para mí.

J. M.ª Gorricho, C. M. F.

N.º 123

¡Salve, Salve!

¡Salve, salve!, cantaban, MARIA,
Que más pura que Tú, ¡sólo Dios!,
Y en el cielo una voz repetía:
¡Más que Tú... sólo Dios, sólo Dios!
Con torrentes de luz que te inundan
Los arcángeles besan tu pie,
Las estrellas tu frente circundan
Y hasta Dios con orgullo te ve.
Pues llamándote pura y sin mancha
De rodillas los mundos están,
Y tu espíritu arroba y ensancha
Tanta fe, tanto amor, tanto afán.
¡Flores, flores..., que al templo ya viene!
Y en su trono de luz a sus pies
Querubines y arcángeles tiene
Más que espinas y granos la mies.
Flores, flores las nubes derramen
De la virgen *sin mancha* en honor,
Y su Reina los Cielos la llamen
Y los hombres su Madre y su amor.
Ella pide virtudes por palmas;
Corazones por templo y altar,
Para luz de sus ojos las almas
Que pretenden su amor cautivar.
Y en las iras de Dios las esconde
Y le grita al sonar la explosión:
«Son mis hijos, piedad». Y El responde:
«¡Son sus hijos! ¡Piedad y perdón!»
¡Salve, salve!, cantaban, MARÍA,
Que más pura que Tú ¡sólo Dios!,
Y en el cielo una voz repetía:
¡Más que Tú sólo Dios, sólo Dios!

LUIS NEBOT DE PRADILLA

N.º 124

El Abecedario de la Virgen

Niño quisiera ser y en tu regazo
reclinar mi cabeza,
de cuando en vez un beso y un abrazo,
y que mi vida libre de impurezas,
al calor maternal de tu regazo,
fuése como una vida que ahora empieza.
Tener el alma simple de Francisco
que modulaba de Belén el *be*
como un corderín tierno de tu aprisco,
y olvidando lo inútil que ahora sé,
y a lo infantil y rudo cual Francisco
la guirnalda tejer de tu abecé.

—

La primera letra es A
y ella te dice amorosa
la *B* Bella y bondadosa,
la *C* Casta, y la *D* está
aclamándote Dichosa.

La *E* te proclama Estrella
radiante de la mañana,
la *F* clara Fontana,
¡dichoso el que bebe en ella!,
la *G* Graciosa y Galana.

Heres Humilde y Hermosa
y la siempre Inmaculada,
nueva Jael valerosa;
eres Jardín de olorosa
yerba que nadie pisara.

La *L* te llama Luna
que alegra la noche triste
de nuestra incierta fortuna;
la *LL* Lluvia oportuna
que de verde el campo viste.

La *M* es cifra completa
de tu ser: Madre y María;
la *N* anuncia discreta
la Nube que vió el profeta
surgir en la lejanía.

La *Ñ* en el habla de España
de antaño nos dice Ñudo,
y eso fuiste, que en tu entraña
un Dios por manera extraña
anudarse al hombre pudo.

En la *O* se ve el Oriente
por donde la luz asoma
de un nuevo sol refulgente,
la *P* nos dice Paloma
y la *Q* que a la serpiente

repugnante y venenosa
tu calcañal Qebrantó;
la *R* que eres Rosa
en cuyo cáliz cuajó
divina perla preciosa.

La *S* te dice Santa,
Santina mejor diría;
la *T* Torre que levanta
su almenada crestería
con que al enemigo espanta.

La *U* señala tu seno
virginal, Urna de oro
para guardar un tesoro...
Tu seno que se vió lleno
sin que sufriere desdoro.

En la *V* leo Virtud,
y Virgen cual no se ha visto,
pues siéndolo diste a luz;
la *X* que es cifra de Cristo
semeja de ambos la Cruz.

La Z dice Zagala.
¡A cuántos tiernos corderos
tu mano cuida y regala!
Atiéndelos bien, Zagala,
porque hay lobos carniceros...

—

Y ahora que ya tejí tu abecedario
y con tus mieles regalé mi boca
¿qué más puedo anhelar? En tu santuario
sobre el ara campestre de una roca
dejaré de tus nombres el rosario
y su recuerdo endulzará mi boca.

MANUEL GARCÍA

N.º 125

¡Madre mía!

Madre mía, que estás en los cielos,
envía consuelos
a mi corazón:
cuando triste, llorando, te llame,
tu mano derrame
feliz bendición.

En Tí sola abrigué confianza,
mi dulce esperanza
fijé toda en Tí;
siempre, ¡oh Madre!, tu amparo reciba
en tanto que viva
amándote aquí.

Luna bella de eternos fulgores,
manojo de flores
de aroma inmortal;
embalsame mi pecho tu ambiente,
y alumbre mi mente
tu luz celestial.

Madre mía, clarísimo faro,
que en el desamparo
me ha de iluminar:
cuando llore de Jesús la ausencia,
tu tierna clemencia
me lo haga encontrar.

Madre mía, Princesa del cielo,
¡oh dulce consuelo
de mi corazón!
en mis horas de llanto y de prueba
en mi alma renueva
la calma y fervor.

A tus brazos rendido me llego
recógeme luego
contigo a vivir;
que del mundo la pompa he dejado
y a tus pies postrado
deseo morir.

N.º 126

La gloria celestial

Salve, salve,
Virgen pura;
faro hermoso
que en la obscura
noche alumbras
al mortal;
vela siempre
mi destino,
enseñándome
el camino
de la gloria
celestial.

Arca Santa
de clemencia;
flor que esparces
rica esencia;
de bondades
manantial;
haz mis puras
oraciones
siempre dignas
de los dones
de la gloria
celestial.

Virgen santa,
piadosa:
Reina y Madre
cariñosa
que consuelas
nuestro mal;
intercede
porque un día
gozar pueda
la armonía
de la gloria
celestial.

Y ya cuando
lograr pueda
que esta gracia
se conceda
a mi empeño
natural,
haz que mi alma
candorosa
a tu lado
brille, hermosa,
en la gloria
celestial.

A. BORI Y FONTESTÁ

N.º 127

A María

Quiero alzarte un canto dulce,
como el eco de las olas,
y apacible, como el sueño
de las lindas amapolas
que a los campos de Castilla
dan su plácido arrebol;
si tuvieran mis acentos
la grandeza de los mares,
con estrofas diamantinas
rimaría en sus cantares
el poema de tu nombre
más espléndido que el sol.
Tú mereces, Reina hermosa,
que te rindan vasallaje
la bravura de los vientos
y del mar el oleaje,
pregonando de tu nombre
la grandeza colosal,
no la lira de los vates,
ni el laúd de los poetas,
que te dieran como ofrenda
sus humildes violetas
oreadas con el soplo
de la brisa matinal.
Aunque niño, yo te canto
bajo el palio de los cielos,
y en mis trémulas plegarias
te consagro mis anhelos;
aunque pobre, Virgen pura,
yo te ofrezco esta oración;
es sencilla como el alma
del humilde campesino,
y es humilde como el tallo
que, en el borde del camino,
nos ofrece el grano de oro
que es promesa y bendición.
Es la gloria de tu nombre
que excitó mi fantasía
más hermosa y más brillante
que la luz de un claro día,
los destellos de su lumbre
resplandecen por doquier
en las místicas leyendas
y plegarias del romero,
y en la frente del artista,
y en la espada del guerrero,
y en la lira de los vates
que te invocan con placer.
Ese nombre, de los cielos
y la tierra bendecido,
que un arcángel repitiera
con acento conmovido,
fué presagio de una aurora
de purísimo arrebol;
que al plegar sus blancas alas
y al decirte: ¡Ave María!
venturosa y sonriente
diste al mundo la alegría,
y con límpidos fulgores
engarzaste al cielo un sol.
Cuando suene por los valles
el clamor de la campana,
preludiando con sus ecos
la canción de la mañana,
o en la tarde, la agonía
de la luz crepuscular,
hacia Ti su vuelo tiendan
los amantes corazones,
y los niños te bendigan
en sus tiernas oraciones,
y los pueblos te saluden
tu plegaria al recitar.

PEDRO GOBERNADO

N.º 128

Salve

Que Dios te salve,
Virgen y Madre,
misericordia
del pecador;
vida, dulzura
y alta esperanza
del que te invoca
lleno de amor.
A Ti llamamos
los desterrados
hijos de Eva
con devoción,
desde este triste
valle de lágrimas
donde esperamos
la redención.
Ea, pues, Reina,
vuelve a nosotros
esos tus ojos
llenos de amor;
y, levantando
nuestro destierro,
a Jesús muestra
nuestro dolor.
¡Oh clementísima!
¡oh piadosa!
¡dulce María,
Madre de Dios!
para que todos
seamos dignos
de sus promesas,
ruega por nos.

A. BORI Y FONTESTÁ

N.º 129

Bendita sea tu pureza

1.ª y 2.ª *Bendita sea tu pureza*
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza;
a Ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
te ofrezco en este día
alma, vida y corazón;
Mírame con compasión,
no me dejes, Madre mía.

1.ª Salve, Reina del amor,
salve, Virgen sin mancilla,
estupenda maravilla
del poder del Creador;
de esta niña oye el clamor
que, al admirar la grandeza
de tu mágica belleza,
llena de júbilo santo
prorrumpe en férvido canto:
Bendita sea tu pureza.

2.ª Mil y mil veces bendita
tu pureza inmaculada,
que hizo de Ti la morada
donde el mismo Dios habita;
de la serpiente maldita
que contra Ti forcejea
nunca el aliento te afea;
por eso quien tanto te ama,
¡Bendita!, en el tiempo exclama,
y eternamente lo sea.

1.ª Y eternamente has de ser
bendita Tú, Virgen pura,
en cuya divina hechura
Dios agotó su poder;
ya no pudo más hacer
quien tan divina te crea
y tu pureza hermosea;
y, obra de su augusta mano,
Dios mismo te mira ufano
y en Ti ese Dios se recrea.

2.ª Que si El es tu Creador,
Tú eres su Madre amorosa;
si El es Rey, Tú eres su Esposa
en la que cifra su amor;
y ese tu divino Autor,
origen de tu pureza
que te elevó a tanta alteza,
¡cuán hermosa no te haría
cuando al verte se extasía
en tan graciosa belleza!

1.ª Dichoso aquel que te adora,
augusta Madre de Dios,
y marchando de Ti en en pos
de tu beldad se enamora;
yo también, bella Señora,
a quien tu amor embelesa
y tu dignidad confiesa
hoy renuevo mi amor santo
que te ofrezco a Ti, mi encanto,
a Ti, celestial Princesa.

2.ª Princesa cuya hermosura
y pureza virginal
jamás ha tenido igual
en humana criatura;
por eso desde la altura
do reina eterna alegría,
hasta la mansión sombría
de llanto y dolor profundo,
te aclama rendido el mundo;
Virgen Sagrada María.

1.ª Permite, bella Señora,
que a este grito universal
una su voz terrenal
esta niña que te adora;
Tú serás mi protectora,
yo te invocaré a porfía,
dulcísima Madre mía.
Yo cuanto tengo te doy,
y todo cuanto yo soy
te ofrezco desde este día.

2.ª Que aunque temo los rigores
de la divina justicia,
¡ay!, siéndome Tú propicia
se disipan mis temores;
¡ah, Madre de pecadores!,
tu maternal protección
ha de ser mi salvación;
escucha mi humilde ruego
ya que rendida te entrego
alma, vida y corazón.

1.ª Un alma de Ti querida
y un corazón que te adora,
eso te ofrezco, Señora,
juntamente con mi vida;
para que vea cumplida
mi sagrada aspiración,
Madre de mi corazón,
no me olvides un instante:
no me olvides, Madre amante,
¡mírame con compasión!

2.ª Tuya soy y lo he de ser
confiando en tu clemencia
mientras dure mi existencia
que a Ti deseo ofrecer;
no deseo otro querer
que el tuyo, Virgen María;
y hasta que amanezca el día
en que, cumplido mi anhelo,
pueda adorarte en el cielo...
¡No me dejes, Madre mía!

P. Bonifacio Sáinz, escolapio

N.º 130

Juego de alabanzas a María

(Diálogo entre Rústico-Aminadab-Dositea-Lucela-Elifila-Fabio-Ergasto-Niseida-Palmira-Bato y Damón, todos pastores)

Rúst. —¿Qué haremos amigos pastores, entre tanto que se apercibe la jornada a Jerusalén a ver a la divina María?

Ami. —Alabarla con algún honesto entretenimiento.

Dosi. —Seguro estarás que no te contradiga nadie.

Luce. —Hágase algún gracioso juego, que todo se dirija a su alabanza; y daremos al que errare algún castigo, que de la misma manera resulte en servicio suyo.

Eli. —El juego de letras, que solíamos hacer a otros propósitos me parece a mí que será el mejor de todos para el nuestro.

Fab. —Quien le supiere, le declare.

Erga. —Ninguno pienso que lo ignore en estos valles; pero para que mejor se entienda, es de esta suerte: Las letras de este nombre MARÍA VIRGEN, como veis son once; éstas se han de repartir entre nosotros; y si sobrare alguno, tenga paciencia, y sea juez.

Nis. —Antes parece que veníamos desde las cabañas a esto; porque entre tanto que hablabas, he contado los que somos, y es el mismo número que las letras.

Erga. —Cada uno está obligado a decir, en tocándole su letra un *atributo* a la Virgen, y llamar la letra que le pareciere, para que el dueño de ella haga lo mismo en decir el suyo, y elegir otra; pero porque venga a más dificultad, será bien añadirle, que la *comparen* a alguna cosa, aunque todas estarán tan lejos de parecerla, y digan juntamente un *oficio*, que haga por nosotros; con advertimiento que cualquier cosa de éstas ha de empezar por la letra que se tocare.

Pal. —Dificultoso es esto, pero la misma Señora que alabamos dará luz a nuestros entendimientos. Comienza tú, pues eres el más diestro, y prosiga a quien llamares.

Erga. —*(Repartiendo entre los participantes cartones con las letras correspondientes, que sostendrán delante del pecho).*
En nombre de aquel Principio sin principio le doy a nuestro devoto juego, tomando yo la letra M, y tenga Aminadab la letra A; la R, Palmira.

Pal. —Letra me has dado que ella misma me pronostica algún yerro.

Erga. —No hayas miedo que ni tú le harás, ni en este juego le puede haber. La I tenga Fabio, la A segunda Damón, la V del nombre de Virgen tenga Bato, la I segunda Dositea, la R segunda Niseida, la G Elifila, la E Lucela y la N Rústico. Tenga cada uno cuenta con responder a su letra y al propósito, y va de juego.

Todos.—¡Vaya!

Erga. —Por mi letra M digo que MARIA *es* Madre de Dios, que en esto bien sé que no diréis cosa con que podáis igualarme; y digo que *parece* la mayor Maravilla que Dios ha hecho, y que es su *oficio* ser un Maestro perfectísimo de todas las virtudes. Pero dime, A primera, ¿quién es María?

Ami. —María es Arco del cielo, parece a la virgen Abisag, y es su oficio Animar a los afligidos. Pero dime, letra V, ¿quién es María?

Bato. —Virgen antes, y en su parto y después de él; es la Virtud perfecta traslado suyo; y su amor oficio Vestir de carne y sangre al Hijo de Dios. Pero dime, G ¿quién es esta Señora santísima?

Eli. —Es Gloriosa ciudad de Dios, parece Gracia de las gracias, y alcanzó la mayor de todas; y es su oficio el Gobierno de nuestra vida. Mas dime, R segunda, ¿quién es esta Señora?

Dosi. —Reina de los cielos está diciendo la misma letra; parece Rosa de Jericó: y es su oficio Remediar nuestros trabajos. Mas dime, R primera, ¿quién es María?

Pal. —Reparo de nuestra caída, parece a Raquel, y es su oficio Restituir nuestra libertad por medio de su Hijo. Mas dime, letra E, ¿quién es la que alaban todos?

Luce. —Espejo sin mácula, parece Estrella de Jacob, y es su oficio Entender los mayores secretos de la divina sabiduría. Mas dime, letra N, ¿quién es esta Señora?

Rúst. —Ya pensé que os habiais olvidado de mí por ser la postrera letra. Digo, pues, que esta Virgen es una Nave hermosísima, que tuvo oculto nueve meses el Sol; que se parece al Nardo precioso; y que es su oficio Negociar para los hombres la eterna salud y bienaventuranza. Mas dime, A segunda, ¿quién es María?

Dam. —Es la verdadera Ara del Cielo, parece el Arca del maná, hecha de madera de Sethim; y es su oficio Alcanzar de su Hijo el buen suceso de nuestras peticiones. Mas dime, letra I, ¿quién es la Virgen?

Fab. —Es una Infanta serenísima; parece a Iudit; y es su oficio Interponer los ruegos con el Juez supremo y justo. Mas dime, letra V, ¿quién es esta Infanta que digo?

Bato. —Es Vida y esperanza nuestra, parece Vara de Aarón, que floreció en la casa de Leví; y es su oficio Ver nuestras miserias con sus piadosos ojos para dolerse de ellas y remediarlas. Mas dime, letra E, ¿quién es la que todos alaban?

Luce. —Es Estrella de la mar, parece a la bella Ester; y es su oficio Encender nuestros helados corazones en el amor de su divino Hijo. Mas dime, letra M, ¿quién es esta doncella?

Erga. —Monte de donde se sacó sin manos aquella piedra; parece Mirra escogida; y hace oficio de Mano liberal de Dios, pues por las suyas nos viene cuanto bien nos hace. Mas dime, letra G, ¿quién es esta Reina?

Eli. —Gozo del cielo y Gloria de la tierra; parece Garza real remontada sobre la luna; y es su oficio Ganar almas, que el enemigo común tenía por perdidas. Mas dime, letra N, ¿quién es la Virgen?

Rúst. —Es una Niña santísima, que está en los ojos de Dios; parece un Naranjo verde que, a un tiempo, tiene flores y fruto; y es su oficio ser Norte clarísimo de nuestros naufragios y tempestades. Pero dime, letra A, ¿quién es esta paloma?

Ami. —Es un Arbol de esperanza; parece Arpa de David, y es su oficio Amparar los humildes y desechados del mundo. Mas dime, A segunda, ¿quién es esta Señora?

Dam. —Es... una Azucena cándida; parece... Aurora hermosísima que trae el Sol; y es su ofiicio... Armarnos de fe, esperanza y humildad contra el enemigo de nuestra paz y vida.

Erga. —Prenda has de pagar, Damón, pues no respondiste presto; y por ello te sentencio a que cantes con tu voz melodiosa una canción a Santa María.

Dam. —Pues no pondré resistencia en cosa que es tan de mi agrado *(Se coloca en el centro, y canta una letrilla mariana).*

LOPE DE VEGA

Poesías breves

Dijéronme de niño
tu nombre sacrosanto,
y todo mi cariño
quedó cifrado en él.
Tu nombre es luz y encanto,
es puerto de bonanza,
es guía y esperanza
y compañero fiel.
Cuando se acabe el día
de mi existencia breve,
expire yo, María,
tu nombre al bendecir.
Y el tentador aleve
huirá, y en santo gozo
el último sollozo
te ofreceré al morir.

M. Sánchez de Castro

* * *

Cuando pintada en el suelo
da su imagen regocijo,
¿qué bien será y qué consuelo
mirarla viva en el cielo,
de la mano de su Hijo?

Damián de Vegas

* * *

Dirijo a los cielos
mis ojos, Señora:
la tierra es un valle
cubierto de sombras.
Yo busco alegría,
yo busco la luz,
y miro a los cielos
donde vives Tú.

M. Sánchez de Castro

* * *

¿Cuándo te veré en el cielo,
oh dulcísima María?
¿cuándo llegará ese día
que tan de veras anhelo?
Jamás hallaré consuelo
al verme lejos de Vos.
¡Oh, qué pena tan atroz
pensar que puedo perderte!
¿Es esa, Madre, mi suerte?
¡No lo permitas, por Dios!

* * *

¡Estrella de los mares!
la nave de mi vida,
desmantelada y frágil,
te place dirigir;
los últimos acentos
de mi alma agradecida
te llamen, Virgen Santa,
sin mancha concebida;
mis últimas miradas
te encuentren al morir.

M. Gutiérrez Nájera

* * *

Virgen hermosa,
Madre querida,
tuya es mi vida,
vela por mí.
Y cuando logre
dejar el suelo,
llévame al cielo
cerca de Ti.

M. Sánchez de Castro

* * *

¡María!
Sabe tu nombre a panal
y a vino de casto amor.
Huele a perfume de flor,
a ventalle de rosal
y a Dios.
Yo quiero
abeja de esa flor ser,
para libar y beber
lo dulce y lo placentero
de ese vergel.

* * *

¡Salve, blanca paloma,
flor de las flores,
esencia misteriosa
de mis amores!
¡Azucena del valle,
rosa temprana,
más pura que el rocío
de la mañana!
¡Ave, alegría
del que te implora!
¡Ave, fúlgida aurora!
¡Ave, María!

E. A.

N.º 132

Súplica a la Virgen

Cuando yo muera y, en mi agonía,
ansíe ayuda para morir,
en aquel trance, Virgen María,
haz que al buscarte te encuentre a Tí.
Cuando mis ojos pierdan la luz
y sólo vean noche sin fin,
Virgen María, que entre las sombras
de lo infinito te vea a Tí.
Cuando mi aliento salga del pecho
como un hilillo tenue, sutil,
Virgen María, que, balbuciente
mi torpe lengua, te nombre a Tí.
Cuando mis manos busquen ansiosas
con movimiento torpe, febril,
haz que buscando apoyo firme,
Virgen María, te hallen a Tí.
Cuando mi mente pierda el brillo
y entre tinieblas se apague al fin,
haz, Virgen pura, que al apagarse
mi pensamiento te vea a Tí.
Cuando mi cuerpo, ya cadavérico
caiga aplomado, presto a morir,
haz, Madre mía, que al dejar mi alma
aqueste mundo, te encuentre a Tí.

M. Sancho, Mercedario

N.º 133

Ave María

¡Dios te salve María!
sol de las almas, faro de la mía;
lirio del cielo, mística azucena
de hermosura, bondad y gracia llena.
Madre del potentado y del mendigo;
Virgen reina, el Señor está contigo;
Tú sola, Tú, por tu pureza eres
bendita entre todas las mujeres;
y es de tus altos dones, en tributo
santo y bendito de tu vientre el fruto.
Sol de las almas, faro de la mía
¡Dios te salve María!

Santa Madre de Dios, el que a Tí llega
halla amparo y perdón. Ruega, sí, ruega
por nosotros los tristes pecadores,
libértanos del mal y los errores;
danos la fe consoladora y fuerte.
ahora y en la hora triste de la muerte,
¡Oh luz eterna del eterno día
Santa Madre de Dios, Santa María!

Juan de Dios Peza
(Méjico)

N.º 134

Quisiera ser azucena

Quisiera ser azucena
y crecer bajo tus pies,
con hilos de oro y de nieve
para coronar tu sien.

C. Tecedor

N.º 135

El nombre de María

Mi bien colmado,
mi antorcha y guía,
sea tu nombre
Virgen María.
Por la mañana,
cuando la aurora
o el sol naciente
los campos dora,
brota en mis labios
con melodía
tu augusto nombre,
Virgen María.
Cuando el sol luce
con sus destellos
las finas hebras
de sus cabellos,
canto al aliento
del mediodía
tu nombre excelso,
Virgen María.
Viene la tarde
con sus rumores,
y entre el incienso
con que las flores
tiernas despiden
al sol del día,
va mi plegaria
Virgen María.
Y por la noche,
cuando sus bellas
luces esparcen
tantas estrellas,
en ellas leo
con armonía
tu nombre santo,
Virgen María.
Y ya que en todo
tu nombre leo
llevada en alas
de mi deseo,
sea él mi norte.
mi antorcha y guía,
Reina y Señora
Virgen María.

A. Bori y Fontestá

N.º 136

Gloria a María

Era la noche tranquila y clara;
los blandos ecos se respondían
unos a otros con rumor vago
diciendo acordes: ¡Gloria a María!
Llena de olores la brisa errante
tendió sus alas por la campiña;
meció las frondas y ellas cantaron
¡Gloria a María!
Abrió la rosa su tierno broche,
su tallo alzaron nardos y lilas,
y en su lenguaje de puro incienso
todas dijeron: ¡Gloria a María!
Miré a los cielos, por religioso
pasmo mi alma sobrecogida,
y allí ví escrito con letras de oro:
¡Gloria a María!

L. A.

N.º 137

¡Madre!

¡Dios te salve, María,
Madre del pecador, mi Madre amada!
Esto, no más, un día y otro día
diré con la sin par monotonía
de un alma enamorada.
Perdona si mi mente
no encuentra en sus discursos otra cosa;
perdona si mi lengua balbuciente
sólo puede exclamar eternamente:
«¡Madre, Madre amorosa!»
Pero, ¿qué más deseas,
ni qué más puedes esperar del hombre?
Tú, que el secreto de su amor sondeas,
sobre todas las cosas te recreas
cuando te da de Madre el dulce nombre.
¡Madre, pues, Madre mía,
Madre del pecador, Madre adorada!
Esto, no más, un día y otro día,
diré con la sin par monotonía
de un alma enamorada.

M. Sánchez de Castro

N.º 138

A la Virgen del Pilar

(fragmento)

Sea en mi tierra bendita
cada alma una lucecita,
y cada pecho un altar;
y cada hogar una ermita
de la Virgen del Pilar.

Gabriel y Galán

N.º 139

Dios te salve, María

Siempre al nacer el alba
del nuevo día,
te digo: «¡Dios te salve
Virgen María!»
Haz, Reina hermosa,
que lo diga al llegarme
la última hora.

«Iris de Paz»

N.º 140

Plegaria

Madre del amor, y guía
del alma, que espera en Tí;
Madre mía, Madre mía,
vuelve tus ojos a mí.
Como estrella de los mares,
como estrella de las almas,
Tú consuelas los pesares
y Tú las tormentas calmas;
causa de nuestra alegría,
alégrese el alma en Tí;
Madre mía, Madre mía,
vuelve tus ojos a mí.
Tú, que sabes la amargura
del que llora sin consuelo;
Tú, que alumbras, Virgen pura,
la senda que lleva al cielo;
vuelve tus ojos, María,
al que la luz busca en Tí;
Madre mía, Madre mía,
vuelve tus ojos a mí.
Al brillar el sol de Oriente
abre su cáliz la flor,
y ábrase el alma que siente
las miradas de tu amor
Mírame Tú, luz del día,
y abre el alma toda a Tí;
Madre mía, Madre mía,
vuelve tus ojos a mí.
Luz del pobre peregrino,
estrella de salvación,
brilla siempre en mi camino
y brilla en mi corazón.
Alumbra Tú mi agonía,
y al volar el alma a Tí,
Madre mía, Madre mía,
tiende tus brazos a mí.
Madre del amor, y guía
del alma, que espera en Tí;
Madre mía, Madre mía,
vuelve tus ojos a mí.

Restituto del Valle Ruiz, O. S. A.

N.º 141

Ave, maris stella

Salve, del mar estrella,
salve, Madre sagrada
de Dios, y siempre Virgen,
puerta del cielo santa.
Tomando de Gabriel
el *Ave*, Virgen alma,
mudando el nombre de Eva,
paces divinas tratas.
La vida restituye,
las cadenas desata,
todos los males quita,
todos los bienes causa.
Muéstrate, Madre, y llegue
por Ti nuestra esperanza
a quien por darnos vida,
nació de tus entrañas.
Entre todas piadosa,
Virgen, en nuestras almas,
libres de culpa, infunde
virtud humilde y casta.
Vida nos presta pura,
camino firme allana;
que quien a Jesús llega,
eterno gozo alcanza.
Al Padre, al Hijo, al Santo
Espíritu alabanzas,
una a los tres les demos
y siempre eternas gracias.

LOPE DE VEGA

N.º 142

Botón de clavel

¡Oh Virgen María
botón de clavel!
Mi madre me dice
que te ame con fe
pues cuenta que eres
mi Madre también;
que el rezo del niño
(*que mi voz de niña*)
te causa placer,
que cuando en las noches
dormidito esté
si soy un buen hijo
(*si yo soy muy buena*)
me vendrás a ver.
Mi madre no engaña,
lo sabe muy bien.
Por eso te espero,
y al fin te veré
¡Oh Virgen María
botón de clavel!

GRAL. RIVA PALACIO

N.º 143

Madre del alma mía

Madre del alma mía,
Reina del cielo,
Estrella del consuelo,
Virgen María.
De amor y de ternura
símbolo santo,
Madre de la amargura,
Madre del llanto.
Tú que sabes las penas
del alma herida,
cuando el cáliz apura
del desconsuelo;
Tú que sabes ¡oh Madre!
lo que es la vida,
cuando la angustia mata
y el mundo olvida,
y no se halla la senda
que lleva al cielo;
Tú que para apiadarte
del que te implora,
y sentir toda el ansia
de sus clamores,
naciste en una patria
donde se llora,
y allí fuiste la Reina
de los dolores;
ampara al que, anhelando
ganar la altura,
su esperanza y sus ojos
levanta al cielo;
y te habla con las ansias
de sus miradas,
y te invoca en la angustia
del desconsuelo.
Amame, Virgen pura,
vuelve la calma
al que implora la dicha
de tu amor santo,
y el corazón entero
te da en su llanto,
y en amargos sollozos
te entrega el alma.
De la paz y el cariño
muestra el sendero
al que hieren los odios
de la discordia.
No olvides, no, que fuiste
mi amor primero.
Dulce amor de mi vida,
sólo en Ti espero:
¡misericordia, Madre, misericordia!

R. DEL VALLE

N.º 144

La Virgen nunca desatiende a sus devotos

En Alhaurín, lindo pueblo que se presenta en la sierra, cerca de Málaga, hacia la caída de la tarde se veía a una mujer con imponderable desconsuelo. Era la causa de su dolor el que su hija, niña de cinco años, se había ido aquella mañana con otras niñas a jugar, se habían insensiblemente alejado del pueblo, habían subido intrépidas por aquellas vertientes buscando flores silvestres, se habían perdido y cuando se cercioraron de que lo estaban, pasaron de repente, como lo hace la infancia (y suelen hacerlo las mujeres), de un extremo a otro: de la más completa imprevisión a la mayor angustia y terror.

Emprendieron su regreso con desatinada precipitación, y por más que la pobre niña que era la más pequeñita de todas, se esforzó en seguirlas, llorando y cruzando sus manitas, suplicándoles que no la dejasen sola, el egoísmo (tan incontrastable en la niñez) había ensordecido sus corazones y el miedo puesto alas a sus pies, y la pobre niña quedó sola y abandonada entre las asperezas de la sierra.

La ausencia de las niñas había sido larga, y las madres de todas ellas estaban ya inquietas, y más que ninguna otra lo estaba la madre de la niña chica. Pero ¡cuál no sería su desconsuelo cuando, al regresar las demás, notó que su hija faltaba!

Muchos hombres, movidos por el parentesco unos, por la amistad otros, y los más por caridad, salieron en distintas direcciones a buscar a la niña perdida; pero la tarde caía, y uno tras otro regresaban cabizbajos y sin consuelo para la pobre madre, la que parecía haber perdido el juicio y que sólo a la fuerza conseguían las vecinas retener para que no saliese en aquel violento estado en busca de su hija.

—¡Hija de mi alma! —exclamaba: —la noche va cerrando, y si no se ha despeñado ya, ni se la han comido los lobos, se morirá de angustia. ¡Sola en la noche oscura entre esos breñales! ¡*Madre mía de los Dolores*!—añadía, cruzando las manos y dirigiendo su ferviente súplica a la efigie de esta Señora que se halla en aquella iglesia, y que con tanto ardor amante imploran los habitantes del pueblo—¡apiádate, Señora, de mi niña, la que siempre puse bajo tu santo amparo! ¡Madre fuiste, y corazón de Madre tienes para los desamparados! ¡Desamparadas estamos mi niña y yo, sin más esperanzas que en Ti! ¡Señora, recuerda que uno de los puñales que a tu santo Corazón atravesaron fué la pérdida de tu Hijo! ¡Madre, apiádate del mismo dolor que sentiste! ¡Ampara a la hija... consuela a la madre!

Todavía no han vuelto Juan y Mateo —le decían para consolarla y alentar sus esperanzas las compasivas vecinas.

Pero también regresaron Juan y Mateo sin traer la menor noticia de la niña.

Entonces el dolor de la madre no tuvo límites; aunque oscura la noche quiso salir a internarse por las agrias y escabrosas sierras. Nada le disuadía de su intento, y habían llegado los esfuerzos de la madre para salir, y los de las vecinas y parientes para retenerla, hasta la lucha, cuando se abrió la puerta, y en su quicio se presentó, con general asombro, la niña. Arrojóse a ella con un penetrante grito de júbilo su madre; la tomó en sus brazos, sofocándola con lágrimas y cariños; y cuando la alegría le permitió hacer uso de la palabra, le gritó:

—¡Hija de mi alma! ¿Quién te ha traído?

—Una señora —contestó la niña.

—¿Y cómo fué eso?

—Vino y me dijo: «Niña, ¿qué haces aquí sola y llorando?» Le dije que las otras se habían ido y me habían dejado perdida. Entonces me tomó por la mano y me trajo aquí.

—Pero, ¿quién era? —Yo no la conozco.

—¿Cómo era? —Muy hermosa.

—¿Quién podrá ser? —se preguntaban unos a otros.

—Yo quiero saberlo —exclamaba la madre— para darle las gracias, para besar, mientras viva, la tierra que pise.

La noticia de lo acaecido corrió de boca en boca, y todos los habitantes del pueblo acudieron presurosos a ver a la niña perdida y dar la enhorabuena a su madre. A medida que entraban las mujeres, y hasta las señoras de Málaga que estaban allí de temporada, la madre iba preguntando a su hija:

—¿Fué la que te amparó y te trajo aquí esta señora?

Pero la niña, después de mirarlas, hacía cada vez con su cabecita una señal negativa.

A la mañana siguiente tenía la buena cristiana dispuesta en la iglesia una función de gracias por tamaño beneficio, a la que se apresuró a concurrir todo el pueblo.

Llevaba la feliz madre a su hija de la mano. Al acercarse al altar en que estaba la efigie de la *Virgen de los Dolores*, la niña, desprendiéndose de las manos de su madre, se arrojó al altar gritando:

—¡Madre, madre! Esta es la Señora que me tomó de la mano y me trajo a casa.

El efecto producido por estas palabras en boca de la inocente niña, fué eléctrico.

Todo un pueblo postrado instantáneamente ante aquella Señora, que es el amparo del cristiano que la invoca, los sollozos de las mujeres en medio de todos, la niña en pie alzando sus bracitos hacia su Amparadora, y esta hermosa imagen, cual la que representa, dulce, serena, mansa y apacible, así en sus triunfos como en sus dolores, así para los que fervientes la adoran como para con sus desalmados verdugos y detractores, causaba una impresión que se siente, pero no se describe.

FERNÁN CABALLERO

N.º 145

Ave María

I

Dios te salve, María,
pura azucena,
gozo del alma mía,
de gracia llena.
Madre del potentado
y del mendigo:
el Dios que te ha criado
está contigo.
De Luzbel los poderes
tu nombre irrita,
y hoy entre las mujeres
eres bendita.
No te manchó el veneno
de áspid astuto,
y es Jesús de tu seno
bendito fruto.

II

Luz del eterno día,
Santa María,
Madre de Dios y amparo
de nuestros males;
Tú eres celeste faro
de los mortales;
consuelo al que a Ti llega
en sus dolores.
¡Ay! por nosotros ruega
los pecadores,
para que sea, Señora,
nuestra fe fuerte
ahora y en la hora
de nuestra muerte.
Y libres de los lazos
que hay en la vida
hallemos en tus brazos
tierna acogida.

M. AGÜERO

N.º 146

Eres perfume

Eres perfume que aspiro,
eres divino ideal,
eres bien por quien suspiro,
y es la brisa que respiro
tu pureza original.
Alabarte es mi consuelo;
si he de vivir te he de amar;
premia Tu mi ardiente anhelo,
llevándome, Madre, al cielo
a cantarte sin cesar.
Eres perfume que aspiro,
eres divino ideal,
eres bien por quien suspiro
y es la brisa que respiro
tu pureza original.

María simbolizada en las Sagradas Escrituras

Muchos son los símbolos en que, siquiera veladamente, se ve la imagen de María: la paloma que lleva el ramo de esperanza; el arca de alianza, la fuente sellada, el jardín cercado, la puerta cerrada, la vara de Aaron que florece, la estrella que se levanta de Jacob, la torre de David, el templo de Salomón, etc...

Pero Dios ha querido que, con antelación, ciertas figuras reproduzcan, suave y dulcemente, su persona de una manera más viviente, más sensible, como un retrato reproduce los rasgos de la cara. Tal fué Sara, la esposa de Abraham, que no tuvo más que un hijo, pero en él fué madre de una inmensa posteridad; Rebeca, virgen de admirable pureza, predestinada a ser la esposa del hijo de Abraham; María, la hermana de Moisés, que vela el canastillo expuesto en el Nilo; Raquel, madre de José, llamado por Faraón el salvador del mundo; Noemi, llena de amargura; Ruth, que espiga, como María recoge las almas abandonadas para llevarlas al cielo; la hija de Jefté, Ana, la madre de Samuel, etcétera...

Pero las más notables figuras de María fueron Débora, Judit y Ester.

Débora fué la más sabia mujer de Israel. Libertó a los Hebreos de la cruelísima esclavitud que sufrieron bajo el poder de los Filisteos, venciendo a un ejército de doscientos cincuenta mil combatientes, al mando del general Sisara, con sólo diez mil hombres que se defendieron mientras ella suplicaba socorros del cielo.

Terminó la victoria clavando en el suelo la cabeza del general enemigo una mujer llamada Jael, como María destruye el poder del demonio, aplastando su cabeza.

Cantóse entonces el himno de la victoria: «No había fuertes en Israel hasta el día en que se levantó Débora, en que se levantó una madre en Israel.» (Jueces, V. 7).

* * *

Judit, tan hermosa y poderosa como ejemplar en su vida, pide que su pueblo de Betulia haga penitencia, para verse libre del opresor Holofernes, a lo que Ozías, en representación del pueblo, contesta y le suplica: «que ore al Altísimo, porque ella es una santa mujer y temerosa de Dios». Todo esto se aplica perfectamente a la Santísima Virgen, que es pura, vigilante, enérgica y confiada en Dios.

Y después que Judit desciende al campo asirio y taja la cabeza de Holofernes, que es figura del demonio, y vuelve a la ciudad con el trofeo, el pueblo preludia el Magnificat: «Dios os ha bendecido en su poder, por vos, nuestros enemigos han sido anonadados ¡oh mujer! sois bendita por Dios Altísimo, más que todas las mujeres de la tierra, y de tal manera ha glorificado hoy vuestro nombre, que vuestra alabanza brotará siempre de los labios de los hombres. Recordarán este milagro de Dios, y que no habéis temido perder la vida por librarnos de la angustia y de la tribulación; Vos habéis reparado nuestra ruina por vuestra confianza en Dios." (Judit, XIII, 23.)

* * *

Ester, sobrina de Mardoqueo, de incomparable modestia y hermosura, libertó al pueblo judío de la matanza universal decretada por Asuero, rey persa, a instigación del impiísimo Aman. Llegóse al rey, y le dijo: «Si he hallado gracia ante vos, dejadme la vida y dadme a mi pueblo por quien os suplico; porque estamos condenados a perecer». (Ester, VII-3.)

Ester arriesgó su vida presentándose al rey en súplica, pues bajo pena de muerte se prohibía llegar al rey sin que él llamara. Pero esta ley fué una excepción para ella que fué agradable a los ojos del rey, quien inclinó su cetro de oro.

Así también María habla a Dios, y siempre es oída. Su humildad, su bondad, su obediencia, hacen olvidar el orgullo y la rebelión de Vasthi, es decir, Eva. María, usando las prerrogativas que ha recibido del Todopoderoso, le denuncia las pérfi-

das maquinaciones del demonio, y entonces suena la hora de la derrota del impío, del enemigo.

Pero por muy admirables que sean Débora, Judit, Ester, no son sino pálidas copias, que revelan algún rasgo de las grandezas de María Inmaculada. El pueblo judío, al meditar tantas profecías y admirar a las santas mujeres como Ruth, Ester, la madre de los Macabeos, pensaba en la excelsa Madre del Mesías, la deseaba y la amaba. «¡Oh, María, sois en verdad la alegría de Israel, la gloria de vuestro pueblo!»

A. M.

N.º 148

Psalterio Mariano

En catequesis que posean un amplio escenario, o al menos un estrado espacioso, puede desarrollarse el siguiente número a base de evoluciones y combinación de letras; ejecutado con arte y justeza es de un efecto maravilloso. Es preciso preparar 31 cartones, tamaño carpeta grande, forrados con papel de color, ostentando en su centro una letra mayúscula bien visible, que puede hacerse con cintas de papel de estaño o con papel de otro color.

Dichos cartones contendrán las siguientes letras: 6-A; 1-C; 1-D; 1-G; 3-E; 3-I; 1-L; 3-M; 2-N; 1-O; 1-P; 2-R; 1-S; 2-T y 3-V.

Con estas 31 letras pueden reproducirse los siguientes títulos marianos:

AVE MARIA GRATIA PLENA DOMINUS TECVM
INVENTA SVN DEIPARA, ERGO IMMACULATA
ALMA, IVSTA, PIA, MVNDA, CREATOREM GENVI
DIGNA MATER IESV ET A MACVLA OMNI PVRA
DEI SVMMA IMAGO, CLARA ET PVRA INVENTA
ITA EVA SECUNDA MALVM IGNORAT PRIMAE
PVRIOR ANGELIS, DEVM VNICE AMATA AMAT
EN PVRA DOMVS AVREA IGNITA ALME MICAT
TV REGIA ANIMATA MVNDO CAELUM APERIS
EIA AGMEN SODALITATUM PRAEMVNI CVRA

Elíjanse 31 niños o niñas, uniformados a ser posible, y provéase a cada uno de un cartón con su letra correspondiente; lo llevarán delante del pecho, con la letra hacia fuera, sujetándolo por la parte inferior con las dos manos. Corrido el telón saldrán por el fondo o por los lados, llevando el paso al son de una marcha; y en combinaciones diversas irán reproduciendo sucesivamente los sobredichos letreros, cambiando de posición los niños que sean necesarios para obtener la nueva combinación.

Los cambios se harán siempre llevando el paso, e igualmente seguirán marcándolo cuando estén fijos terminada la composición de cada letrero.

Procure el director de escena que los cambios se hagan entre las letras más próximas, para evitar el barullo. Las evoluciones serán lentas, para lo cual los pasos serán muy cortos. Nunca darán la espalda al público.

El letrero podrá presentarse en línea recta, en semicírculo, en ángulo, en doble escuadra, o de frente en dos líneas paralelas; si se ordena de esta última forma, será preciso que los niños de la segunda fila levanten el cartón sobre la cabeza de los primeros.

Conviene que un locutor lea en alta voz los letreros latinos, y los vaya traduciendo al castellano.

Podrá prescindirse de uno o varios letreros.

El telón se correra cuando los niños terminen de componer el último letrero, previa inclinación al público.

N.º 149

Cántico de loores de Santa María

Santa Virgen escogida,
de Dios Madre muy amada,
en los cielos ensalzada,
del mundo salud e vida.
Del mundo salud e vida,
de muerte destruimiento,
de gracia llena cumplida,
de coytados salvamiento;
de aqueste dolor que siento
en prisión sin merescer,
tu me donna estorcer,
con el tu defendimiento.
Con el tu defendimiento,
non catando mi maldad,
nin el mi merescimiento,
mas la tu propia bondad,
que confieso en verdat
que so pecador errado,
de ti sea ayudado
por la tu virginidad.
Por la tu virginidad,
que non ha comparación,
nin hobiste egualdad,
en obra e entención,
complida de bendición;
pero non so meresciente,
venga a ti, Sennora, en miente
de complir mi petición.
De complir mi petición,
como a otros ya compliste,
de tan fuerte tentación,
en que so coytado triste;
pues poder has, et hobiste,
tú me guarda con tu mano,
bien acorres muy de llano
al que quieres e quisiste.

ARCIPRESTE DE HITA

N.º 150

Plegaria a María

A Vos, ¡oh Virgen María,
Madre de amor y clemencia,
os consagro la inocencia
y el amor del alma mía!
No permitáis, Virgen pía,
que jamás el vil pecado
marchite el lirio agraciado,
que en mi corazón florece.
Si tu amor no lo guarece,
¡ay! pronto será agostado.

A. VIYUELA C. M. F.

N.º 151

Cantares a la Virgen

Quisiera, Madre mía,
subir al cielo,
y decirte al oído
cuánto te quiero.

Quisiera que tus ojos,
Virgen María,
no pasaran de largo
cuando me miran.

Una idea hace tiempo
quema mi frente:
yo quisiera morirme
sólo por verte.

Si te dicen que hay otro
que más te quiera,
Madre mía del alma,
no te lo creas.

He visto las estrellas
del cielo azul,
mas ninguna brillaba
cual brillas Tú.

Bendita seas, María,
por tu pureza,
y siempre eternamente
bendita seas.

N.º 152

Socorro del alma

Cuando la noche triste
cubre la tierra,
si aparece la aurora
huyen las nieblas.
Virgen María,
Tú eres la hermosa aurora
del alma mía.

El nebuloso invierno
oprime el alma;
mas con la primavera
vuelve la calma.
Virgen María,
Tú eres la primavera
del alma mía.

Desesperado el náufrago
se ase a una tabla,
y del mar turbulento
Ella lo salva.
Virgen María,
sé tabla en el naufragio
del alma mía.

FR. MANUEL SANCHO, MERCEDARIO

N.º 153

A la SSma. Virgen

¡Oh Virgen, toda pura
cándida y bella!
¡de la noche del mundo
plácida estrella!
¡Claro lucero
que das a nuestra vida
rumbo certero!
Eres flor de los cielos,
lirio del valle,
palmera que entre flores
alza su talle...
¡Linda azucena
que brillas en el mundo
de gracias llena!
Eres de nuestra vida
nave segura
que al puerto nos conduce
de la ventura...
Eres la rosa
que Dios mismo ha escogido
por más hermosa.
Eres Madre del triste,
¡dulce esperanza
que sella en el cielo
santa alianza!
Eres María
del cielo y de la tierra
luz y alegría.
Eres la hermosa Reina
de mis amores...
¡Eres nardo del cielo,
luz de las flores,
iris de vida!
¡Madre de los que lloran!
¡Madre querida!
Por eso al contemplarte,
dulce Princesa,
esta flor vengo a darte,
que me embelesa.
¡Virgen María!
¡recibe entre sus hojas
el alma mía!

A. Hernández

N.º 154

Como canta el pajarillo

Como canta el pajarillo
cuando va a salir el sol,
y en sus trinos sólo sabe
cantar cánticos de amor;
así te canto, oh María,
y te doy mi corazón.

C. Tecedor

N.º 155

A María

Tu Corazón es el nido
suspendido
de la rama siempre en flor;
¡tu Corazón es el nido
del amor!
Tu Corazón es la rosa
más hermosa
en fragancia y en color;
¡tu Corazón es la rosa
del amor!
Tu corazón es la estrella,
que destella
con más suave resplandor;
¡tu Corazón es la estrella
del amor!
¡Oh Corazón! ¡Vida mía!
Ser querría
en Ti, nido, estrella y flor;
¡y fuera la vida mía
toda amor!

J. M. de Zabala, S. J.

N.º 156

Huerfanito

Los que no tenéis madre
calmad el llanto:
la Virgen os cobija
bajo su manto...
la Virgen Madre
que a todo huerfanito
sus brazos abre.

Mar, S. J.

N.º 157

Salve

Virgen blanca, fuente pura
de bondad;
vida, esperanza y dulzura,
sosiega nuestra ansiedad.
A Ti llaman los mimados
de tu amor;
a Ti gimen desterrados
en un valle de dolor.
Ea, pues, dulce abogada
del mortal:
¡Envianos tu mirada,
mensajera celestial!
Y después de este destierro
¡muéstranos
en la paz del santo cerro
la gloria excelsa de Dios!

J. J. Pérez Ormazábal

N.º 158

Noche y día

Noche y día,
lengua mía,
himnos canta con ardor
a la bella,
pura Estrella,
casta Madre del Amor.

¡Oh Señora,
fiel Pastora,
de los valles del Edén!
Gozo santo,
dulce encanto,
de los ojos que te ven.

Tu cayado,
venerado,
protegiéndonos está;
y al sonido
del silbido
la tu grey segura va.

Tu hermosura,
siempre pura,
el Señor simbolizó
en la hermosa,
tierna rosa,
del pensil de Jericó.

Más graciosa,
más airosa,
que la Palma de Cadés;
más lozana,
más galana,
que del Líbano el Ciprés.

Más tu cuello,
blanco y bello
que azucena del abril;
y doquiera,
placentera,
vas dejando bienes mil.

Quien implora,
gran Señora,
tu socorro bienhechor,
en el alma
siente calma,
siente plácido fervor.

Fuente pura
de ventura,
fiel consuelo del mortal,
acudimos
y gemimos
a tu manto virginal.

N.º 159

Amor verdadero

I

EN LA CUNITA

—Madre mía, ¿la Virgen es muy bella?
—Tan bella como un sol.
—¿Y es buena?
—Mucho.
—¿Como tu de buena?
—Más buena; más que yo.
Tiene dos ojos, como dos luceros,
y tiene un manto azul,
y te besa las rosas de tu cara
cuando le rezas tú.
—Yo quiero verla, que me bese quiero,
Llévame donde está.
—Recémosla, hijo mío, que ella acude
siempre que oye rezar.
Pon la manita así, y haz en la frente
la señal de la cruz.
Por la señal... Despacio... más despacio,
Amén. — Amén Jesús.
—Reza el Ave María. — Dios te salve.
Estrella de la mar;
el Señor está en tí, como en su concha
la perla fina está,
Tú, bendita entre todas las mujeres,
digna Madre de Dios,
ruega en la hora extrema de la muerte
por este pecador...
—¡Tú pecador, corazoncito mío!
¡Si eres un serafín!
¡si en tu frente se sacian de pureza
los nardos del jardín!
Duérmete ya, pedazo de mi alma.
—Y la Virgen ¿vendrá?
—Mañana la has de ver allá en la Iglesia,
sobre el sagrado altar...
Ya cerró sus ojuelos... ya no reza...
dormido se quedó...
¿Y pecará algún día?... ¡Antes que peque,
Virgen, llévatelo!

II

EN LA IGLESIA

—¿La ves qué hermosa? Con su traje blanco
y con su manto azul,
y sus ojos más negros que la noche.
—¡Los tiene como tú!
—¡Chist! No hables alto, que la Virgen oye
cuando habla el corazón;
cruza las manecitas ante el pecho,
y dile esta oración...
—¿No ves?, ¿no ves? ¡La Virgen me son-
[ríe!
Yo la quiero besar.
—¡Si está tan alta! Cuando al cielo subas

allí la besarás.
—Mira, mamá, qué lindas clavelinas
en ese jarro azul.
—Se las trajo una niña esta mañana,
que la ama más que tú.
—Pues yo le he de traer aquellos nardos
que han comenzado a abrir.
—(Otro nardo más blanco ante sus plantas
voy a ofrecer por tí).
Dí conmigo: «Purísima Señora,
inmaculada flor,
hoy el nardo sin par de mi inocencia
te da mi corazón».
«Si sabes que el pecado con su aliento
lo ha de ajar una vez,
no escuches a mi madre en mi agonía:
llévame a tu vergel».
«¡Yo prometo... yo ofrezco... yo te juro..!»
—¿Por qué lloras, mamá?
—Mira qué hermosa es; tírale un beso...
otro más... otro más...
Vámonos, que ya es tarde:
—No, mamita,
yo no me quiero ir.
—¿Por qué?
—Porque al decirle lo del nardo
me llamaba hacia sí.

III

EN EL HECHO DE MUERTE

—¿Por qué lloras, bien mío? ¿Sufres mu-
[cho?
—Sufro mucho, mamá;
mas no lloro por eso.
—¿Y por qué lloras?
—Por verte a tí llorar.
—¡Yo no quiero que mueras tan pequeño!
—¡Si Dios lo quiere así!
—Yo no quiero que mueras... no lo quiero.
¿Qué voy hacer sin tí?
—No te acuerdas, mamá, de la plegaria
que me hiciste rezar?
Quiero que la recemos los dos juntos
otra vez: dímela:
«Purísima Señora de los cielos,
inmaculada Flor...»
¿Cómo sigue...? «Mi alma como un nardo
te da mi corazón».
Si sabes que el pecado...»
—¡Calla!, ¡Calla!
—Una vez la ha de ajar,
no escuches a mi madre en mi agonía...»
—¡Virgen Santa, piedad!
¡Es verdad! Te pedí que no me oyeras,
¡pero es tal mi dolor...!
—¡Llévame a tu vergel....!
—¡Sí! ¡No me escuches!
Virgen, llévatelo;

N. B.

Pueden utilizarse también para la declamación las letrillas de los cantos; para ello consúltese la sección correspondiente de los Cancioneros religiosos

—¡Yo me abraso, mamita, yo me abraso!
—¿Qué tienes, dí, mi bien?
—La Virgen...¿Ves? ¡la Virgen me sonríe!
¡Llévame a tu vergel!
—Ya delira... no oye...
—¿Ves que hermosa?
¡Con ese manto azul...!
—Escúchame...
—¡Y sus ojos cual la noche;
como los tienes tú...!
Llévame a tu vergel...
—¡Madre del alma!
¡Mi hijo va a expirar!
¡Hijo mío! ¡Mi bien...! Ya no respira.
¡Piedad, Virgen, piedad!

IV

¡SOLA!

¡Virgen del corazón, ya lo sabías:
para tí lo crié;
tú quisiste llevarlo antes que el vicio
hiciera presa en él!
Sola en el mundo, entre tu amor y el suyo
partí mi corazón;
la parte que en el mundo me quedaba
al cielo ya voló.
Cuando a los cielos miro, cuando veo
rodar los astros mil,
desde ellos con mi hijito entre tus brazos
me llamas hacia tí.
Si, al verle moribundo, mi promesa
quise yo revocar,
estaba loca, me abrasaba el alma
la fiebre maternal.
Tú no me oiste, porque no querías
llorarle pecador;
yo le quise a mi lado, aunque pecara;
¡le amabas más que yo!
Ahora que el tiempo mi materna fiebre
amortiguando va,
renuevo mi promesa, aquí postrada
tan sola ante tu altar.
Si cien hijos tuviera, cien ofrendas
te quisiera ofrecer;
si uno tuve tan solo, ese cien veces
y mil te ofreceré.
Hijo mío, mi vida ya se apaga
sin tu calor vital;
espérame un instante, que tu madre
muy pronto morirá.
Y, al apagarse de mi triste vida
la moribunda luz,
deshecho el muro que de tí me aleja,
iré donde estás tú.

A. Risco, s. j.

N.º 160

Yo soy hija de María

Yo no sé cantos profanos
que a María hacen llorar;
son mis cánticos cristianos,
y hasta el cielo han de durar;
canta, canta, lengua mía:
«Yo soy hija de María».
Si Luzbel me tiende lazos,
otros brazos buscaré:
oh María, en vuestros brazos
con amor descansaré,
repitiendo la voz mía:
«Yo soy hija de María».
Si con joyas y vestidos
viene a mí la vanidad,
que a otras mil ha seducido
a un abismo de maldad,
más modesta vestiría:
«Yo soy hija de María».
Si mi traje de pureza
me quiere alguno robar,
¡traje de tanta belleza
que al ángel me hace igualar!
«Huye, Satán, le diría:
yo soy hija de María».
Si las penas afligieran
con horror mi corazón;
si pasiones me envolvieran
en el mar de la aflicción,
un faro al puerto me guía:
«Yo soy hija de María».
Cuando la muerte, señora
de la triste humanidad,
venga a abrime aterradora
la puerta a la eternidad,
le diré con alegría:
«Yo soy hija de María».
Cuando quede fría y yerta,
y mi espíritu veloz
toque del cielo a la puerta,
y me pida cuenta Dios,
responderá el alma mía:
«Yo soy hija de María».

Jacinto Verdaguer, Pbro.

N.º 161

Como el Niño

Quisiera ser como el Niño
que llevas en tu regazo,
para sentir los latidos
de tu Corazón Sagrado.

C. Tecedor

N.º 162

Esos tus ojos

Yo no sé qué tienen, Madre,
esos tus ojos tan bellos;
sólo sé que al contemplarlos
siento arder dentro del pecho
de amores santos y puros
un abrasador incendio.
Yo no sé qué tienen, Madre,
esos tus ojos tan bellos;
más preciosos que las perlas,
más claros que los luceros,
más dulce que la sonrisa
de inocente pequeñuelo.
Yo no sé qué tienen, Madre,
esos tus ojos tan bellos;
sólo sé que me miraste
y el amor ardió en mi pecho,
y que ya sólo una cosa
en este mundo deseo:
¡que me vuelvan a mirar
esos tus ojos tan bellos!

MAR, S. J.

N.º 163

Bendice a nuestro pueblo

Sol radiante de hermosura,
del mortal brillante faro,
dulce solaz en las penas,
en el dolor suave bálsamo.
Mira, ¡oh Madre de bondades!
mira a tu pueblo postrado
de hinojos ante tu altar
implorando vuestro amparo.
Sonríale tu mirada,
y bendígale tu mano;
oye que te llama ¡Madre!
no desoigas su quebranto,
socórrele con amor,
cobíjale con tu manto.

N.º 164

Aunque soy muy pequeñito

Aunque soy muy pequeñito,
Madre mía, ya sé amar;
y por eso, te dedico
este cantar.
Es un obsequio muy pobre,
mas no lo tengo mejor,
porque te doy con mi canto
todo mi amor.

MAR, S. J.

N.º 165

Una niña a la Virgen María

Bendita Virgen María,
Fragante y cándida rosa,
Clemente, dulce y piadosa,
Madre de Jesús y mía.
Vos, que en maternal abrazo
Al Niño Dios estrechasteis,
Y amorosa le abrigasteis,
En vuestro santo regazo.
Con vuestro manto sagrado
Cobijad nuestra inocencia;
Véase nuestra existencia
Siempre libre de pecado.
Y vuestra bendita mano
Nos conduzca inmaculadas,
Ante las excelsas gradas
De ese trono soberano.

M. S. F.

N.º 166

No me dejes

Cuando sufra, cuando llore,
cuando pene, Madre mía,
¡no me dejes solitaria,
no me dejes!
Cuando vengan los dolores,
de la vida pasionarias
que florecen...
¡no me dejes, Madre mía,
no me dejes!
Y en la prueba, y en la lucha,
y en la tentación que viene
¡no me dejes!
Ni tampoco cuando llegue
el momento tan terrible
de mi muerte
¡no me dejes, Madre mía,
no me dejes!
Dame entonces tu cadena,
tu Rosario, y mi agonía
será dulce, será alegre,
será santa, Madre mía.

PAZ

N.º 167

Tu nombre

Madre, tu nombre bendito
me pusieron al nacer;
¡quién le pudiera tener
en el alma siempre escrito!

J. CASTRO BAJO

N.º 168

Plegaria de una niña

Reina del cielo,
Virgen sin mancha,
luz de mi vida,
gozo de mi alma,
germen fecundo
de mi esperanza;
que oigáis os pido
benigna y plácida,
el puro acento
de mi plegaria.
Quiero, Señora,
ser vuestra esclava;
sed Vos mi amparo,
sed mi abogada,
en esta vida
y aun al dejarla.
Guardadme pura,
hacedme cándida;
cual Vos lo fuisteis,
sea yo casta;
hacedme humilde,
hacedme santa.
¡Oh Madre mía,
Virgen sin mancha!
rica floresta
sea mi alma,
de las virtudes
que al cielo encantan.
Si aguda espina
mi alma desgarra
¡ah, socorredme!
secad mis lágrimas
y dadme aliento,
y dadme gracia,
y abridle el cielo
a vuestra esclava.

J. MONTAÑÉS

N.º 169

Plegaria

Virgen, del cielo hermosura,
iris de paz y consuelo,
hoy, desde el mísero suelo,
os ofrezco con ternura
una flor mística y pura
del pensil del corazón.
En retorno de este don
os pido, Madre adorada,
el Corazón por morada
y amaros por galardón.

N.º 170

Poesías breves

Para flores los jardines,
el azahar para olor,
y para amarte, María,
«para eso mi corazón».
Apenas hablar se me oye,
porque tengo débil voz:
mas gritaré: «Para amarte,
para eso, mi corazón».
Esos dulces ojos, dame
que me miren con amor:
en mi vida y en mi muerte,
«para Ti mi corazón».

FR. E. DE LEGARIA, CAPUCHINO

* *
*

Estrella del mar, y guía
del alma, que espera en Ti;
¡Madre mía, Madre mía,
vuelve tus ojos a mí!
Tú, que sabes la amargura
del que llora sin consuelo,
Tú, que alumbras, Virgen pura,
la senda que lleva al cielo,
vuelve tus ojos, María,
al que la luz busca en Ti.
¡Madre mía, Madre mía,
vuelve tus ojos a mí!

* *
*

Me dicen que te quiera;
mas ya no escucho;
¿puedes dudar acaso
que te amo mucho?
Y ¿a quién amar podría,
triste de mí,
a quién dar mi cariño
si no es a Ti?

X.

* *
*

Cuando veo sobre mí
girar el milano altivo,
yo, que soy una avecilla
abandonada y sin nido,
vuelo al altar de la Virgen
y a su sombra me cobijo;
y si me siente llorar,
de Luzbel a los silbidos,
con blando arrullo me dice:
¡hijo mío!
que soy tu Madre, no temas,
mi corazón es tu nido.

N.º 171

En loor de la Virgen María

Alma mía,
noche y día
loa a la Virgen María.

Esta adora,
Esta honora,
de Esta su favor implora.

Esta llama,
a Esta ama
que sobre todos derrama,

beneficios
sin servicios
e nos libra de los vicios.

Esta estrella
es aquélla,
la cual Virgen y doncella,

concibió,
parió y crió
al gran Rey que nos salvó.

Concebida,
no tañida
de culpa, más eximida

del malvado
y gran pecado
que el mundo ha contaminado.

Así junta
ya difunta
en cuerpo y en alma asunta

fué al cielo
con tal vuelo
que en pensarlo me consuelo.

No se lee
ni se cree
que jamás se vió ni lee,

que quien clama
a esta dama
con devoto ardor y llama,

su gemido
no oído
fuése, más bien respondido.

Loemos,
glorifiquemos
esta Reina y no dudemos

que el favor
de su valor
nos dará, salud y honor.

FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN

N.º 172

Ama a la Virgen

I

Niño inocente, que en tus claros ojos,
puros cual astros de fulgente lumbre,
vivo reflejas el candor que brilla
dentro de tu alma.
¿Quieres que nunca del averno el vaho
nuble el fulgor de tu mirar sencillo?
Mira a la Estrella que pureza irradia:
¡Ama a la Virgen!

II

Joven virtuoso, que tu tierna alma
guardas feliz en el erial del mundo
bella y fragante, como blanco lirio
no marchitado.
¿Quieres que nunca del pecado el soplo
queme esa flor de angelical frescura?
Copia el recato de la Flor del valle:
¡Ama a la Virgen!

III

Tú, pecador, que en arenal ardiente,
náufrago triste de la vida humana,
yaces cual nave que arrojó a la costa
ruda tormenta.
¿Quieres que nunca el huracán del vicio
vuelva a poner tu salvación en riesgo?
Corre a la que es de salvación el Arca:
¡Ama a la Virgen!

JOAQUÍN R. FERNÁNDEZ S. J.

N.º 173

Aurora Virginal

Aurora virginal, celeste aurora
de tiernas rosas y de luz vestida,
arca del Sol, cancel de nuestra vida,
¡apresura, adelanta, que es tu hora!
Aun es noche en el mundo. Aun hay [quien llora
ciego en las sombras. Pero ya, vencida
al filo de tu luna, aplasta, herida
la sierpe atroz, tu pie de vencedora.
¡Levántate, fanal de la alborada!
Vuelve al cristal del agua su alegría,
su verdor al almendro, y su mirada
al alma ciega. Y mientras viene el día,
¡sé Tú nuestra esperanza iluminada,
alba del Sol, purísima María!

GENARO XAVIER VALLEJOS

N.º 174

¿Qué sería yo sin Ti?

¿Qué sería yo sin Ti,
Reina mía?
¿De mí sin Ti qué sería?

¡Oh mi Reina, mi esperanza,
mi consuelo!
Todos te den alabanza,
tierra y cielo.
Por vivir mirarte suelo,
luz del día.
¿De mí sin Ti qué sería?

Con los crecidos favores
que recibo,
das alivio a mis dolores:
por Ti vivo.
Muestras a tu vil cautivo
recta vía.
¿De mí sin Ti qué sería?

Cuando mi alma se queja
dolorida,
por Ti su dolor la deja,
flor florida;
por Ti, Jesús de mi vida,
luz me envía.
¿De mí sin Ti qué sería?

Tienes a mi corazón
poseído,
con tu gran consolación
favorecido;
en Ti halla, entristecido,
su alegría.
¿De mí sin Ti qué sería?

Contemplo yo cuando vino
a Ti Gabriel,
Madre del Verbo Divino,
Enmanuel.
De Ti tal panal de miel
se confía.
¿De mí sin Ti qué sería?

¡Feliz Tú que tal tesoro
concebiste!
Al Niño Jesús adoro
que pariste.
A Dios-hombre Tú nos diste,
Virgen pía.
¿De mí sin Ti qué sería?

Cuando me paro a pensar
lo que te debo,
como no puedo pagar,
en Ti me elevo.
Más recibo, más me cebo,
más querría.
¿De mí sin Ti qué sería?

Mi ánimo te suplica,
fresca rosa,
la des favor como a chica
mariposa.
En Ti posando reposa
¡oh María!
¿De mí sin Ti qué sería?

Eres, Virgen, real medio
de valor,
por donde viene el remedio
al pecador.
En Ti con mi Salvador
mi alma fía.
¿De mí sin Ti qué sería?

CRISTÓBAL DE CABRERA

N.º 175

Sol de mis amores

En el cielo, estrellas...
en la tierra, flores...
en los mares, perlas...
y en el alma amores...
¡Para Ti los míos!
Flor entre las flores,
Perla entre las perlas,
Fulgor de fulgores.
¡Para Ti mi vida!
para Ti mis flores,
para Ti mis perlas...
¡Sol de mis amores!

MATESA, C. DE LA C.

N.º 176

A tu Corazón

Rauda va la palomita
a su blanco palomar;
así yo, Virgen bendita,
quiero a tu pecho volar.

En castillos de topacio
tengan otros su mansión.
Para mí el mejor palacio
es tu hermoso Corazón.

Déjame, Virgen María,
vivir para siempre en Ti;
tu Corazón, Madre mía,
es un cielo para mí.

JUAN M.ª GORRICHO, C. M. F.

N.º 177

Nacimiento de María

(Villancico)

¡Vaya una flor más galana
que ha nacido en el jardín
del glorioso San Joaquín
y de su esposa Santa Ana!

Muchos años transcurrieron
sin que el pardín diera flores,
ni los pájaros cantores
en él a anidar vinieran.
Pero una buena mañana,
¡vaya una flor más galana
que ha nacido en el jardín
del glorioso San Joaquín
y de su esposa Santa Ana!

Nunca vió el cielo turquí
azucena más hermosa,
ni más colorada rosa,
ni más fragante alelí...
Pero esta buena mañana
¡vaya una flor más galana
que ha producido el jardín
del glorioso San Joaquín
y de su esposa Santa Ana!

En los jardines del cielo
se crían muy lindas rosas,
mas no tan lindas y hermosas,
como la flor de este suelo,
tan gentil y tan galana,
como esta buena mañana
ha brotado en el jardín
del glorioso San Joaquín
y de su esposa Santa Ana.

Flor, que es reina de las flores
de los cielos y la tierra;
flor, que toda gracia encierra,
es esta flor tan galana
la que esta buena mañana
ha brotado en el jardín
del glorioso San Joaquín
y de su esposa Santa Ana.

Flor, suyo seno sagrado
tálamo de Dios será,
y por fruto nos dará
al mismo Dios humanado.
Pues bendita la mañana
en que una flor tan galana
ha brotado en el jardín
del glorioso San Joaquín
y de su esposa Santa Ana.

J. M.ª Gorricho, C. M. F.

178

La Anunciación

Pensando estaba María
en alta contemplación,
quién había de ser Madre
del Hijo eterno de Dios;
de los sagrados Profetas
la soberana lección
le había puesto el deseo,
que el alma le suspendió.

Leyó que una Virgen santa,
y sin obra de varón,
un Hijo concebiría,
siendo ella cristal, él sol.

«Felicísima doncella,
—le dice llena de amor,
porque entonces no sabía
que por ella se escribió—
¡quién tan venturosa fuera,
que por serviros a Vos
mereciera ser esclava
de las que de Vos lo son!

Desde aquí, Virgen hermosa,
adoro y respeto yo
aquel campo, que ha de dar
fruto de tal bendición».

Cuando esto dice la Niña,
niña en los ojos de Dios,
que con el Niño que espera
las tendrá para los dos:
bate las alas un ángel
de la esfera superior,
coronando el aire claro
de cándido resplandor.

En la humilde Nazaret
el alto vuelo paró,
donde ha de pararse el cielo
y nueve meses su autor.

Tomó forma de mancebo
más hermoso que Absalón,
ni era mucho, pues su dueño
verdadera la tomó.

Las rodillas por el suelo,
dijo que era embajador
de la paz de Dios y el hombre,
con que Dios hombre quedó.

Más bendita fué María,
y de más gracias y honor,
en creer, que en concebir
a Dios en esta ocasión.
«Vos sois, divina Señora,
hermosa niña, Vos sois
la que ha de ser de Dios Madre,
y criar al que os crió.

Vos sois la zarza divina,
que verde se conservó
entre las llamas del fuego,
y Vos la vara de Arón.
Vos el arco de las paces
de más divino color,
que el cielo abraza esmaltado
de fe, esperanza y amor.
Vos el arca del diluvio,
Vos la estrella de Jacob,
Vos la paloma que trajo
nuevas del arco y del sol.
Vos, la Virgen, cuya planta
ha de pisar al dragón
tirano de nuestras vidas,
desde que a Eva engañó.
Vos propiciatorio santo,
Vos templo de Salomón,
a donde golpe de culpa
en ningún tiempo se oyó.
Vos limpia, Virgen hermosa,
desde vuestra Concepción,
que como le fué posible,
«quien os hizo, os preservó».

LOPE DE VEGA

N.º 179

Celestial embajada

(*Fragmento*)

Como nido de jilguero,
que se mece en la enramada,
está, al morir de un sendero,
la casa de un carpintero,
por los cedros sombreada.

Allí, entre brisas y flores,
vive una Virgen tan bella,
que los mismos ruiseñores
se olvidan de sus amores
para recrearse en ella.

Purísima Nazarena
de arrobadora mirada,
que crece de encantos llena,
como crece una azucena
en el desierto olvidada.

Quince alegres primaveras
tocaron con los pinceles
sus mejillas hechiceras,
para pintar los claveles
que bordaran las riberas.

Allá, en una noche hermosa,
en que Nazaret dormía,
aquella fragante rosa
en oración fervorosa
su blanco cáliz abría.

Angeles mil la miraban
entre las rasgadas nubes,
y extasiados contemplaban
cómo a su lado quedaban
sin belleza los querubes.

Lloraban, cuando veían
que aquellos limpios cristales,
empañándose, vertían
dos lágrimas, que valían
más que perlas orientales.

Y mientras la luna el suelo
con pálida luz bañaba,
la hermosa Virgen oraba,
y su oración hasta el cielo
inmaculada se alzaba.

«Nubes de eterno arrebol,
lloved al Justo, a ese Sol
que, sin ocaso y sin nubes,
da a las alas de Querubes
su brillo y su tornasol.

León fuerte de Judá,
salva a tu pueblo, que está
en las garras de la hiena;
sacude ya tu melena,
y el averno temblará.

¡Oh quién te viera, bien mío,
de tu madre entre los brazos,
como gota de rocío
entre lirios del estío,
para colmarte de abrazos!

¡Yo tu esclavita sería,
sin darte jamás agravios!
¡qué dichosa viviría
libando de noche y día
en el clavel de tus labios!

Nace, fecundo rosal,
que en este inculto erial
la salud del mundo dé:
brota ya, flor de Jesé
de tu tallo virginal».

Así oró la Virgen bella,
y el Angel, cual blanca estrella
entre la nubes velada,
ya su atónita mirada
no puede apartar de Ella.

Y como encendida rosa,
que se abre al beso del día,
ostenta su faz hermosa
a la Virgen pudorosa
diciendo: —¡Salve María!

«Aurora de blanquísimos fulgores,
que anuncia un día eterno de ventura;
huerto, do el cielo tiene sus amores;
lirio, que arroba a Dios con su hermosura.

«Templo, formado de arrebol y grana,
para morar en él Jesús un día;
Dios te guarde, mi Reina y Soberana;
salve mil veces Tú, Virgen María.

«Al modelarte, bella Nazarena,
agotar sus tesoros Jehová quiso;
por eso, te formó de gracias llena,
fuente sellada, dulce paraíso.

«Eres Tú del Señor omnipotente
con transportes de amor tan deseada,
que mora en Ti, cual perla del Oriente
en el fondo de concha nacarada.

«Por Eva entró la maldición al mundo;
mas la que borre su baldón Tú eres;
Tu vientre virginal será fecundo;
Tú bendita entre todas las mujeres».—

No es purpúreo el carmín de la amapola,
que del lago se mira en los cristales,
ante el carmín, que enciende y arrebola
de aquel rostro las rosas virginales.

Ni es tersa y cristalina la corriente
con que se arrastra manso el arroyuelo,
ante el llanto, que corre dulcemente
de aquellos ojos de color de cielo.

«—¡Oh, Dios, exclama, eterna fortaleza,
cautivo del amor y del cariño,
que inclinando ante el hombre tu grandeza,
vas del Dios del Siná a verte niño!

«¿Yo tu madre he de ser? ¿yo aquella her- [mosa
que David en sus cantos arrullaba?
¡Digna Madre buscad, yo soy dichosa
con mirarme a sus pies: seré su esclava!

«Dejadme conservar intacta y pura
aquella flor, que os consagrara un día;
que su perfume casto y su blancura
son el gozo mayor del alma mía».

«—No tema tu pureza encantadora;
inmaculada fuiste concebida,
y, quedando más pura que la aurora,
darás el dulce Fruto de la vida.

«Pendiente de tus labios Dios espera
bajar a tus entrañas, ¡oh María!
y de rodillas la creación entera
oírte el *sí* que la redima, ansía.

«¿Por qué enmudeces, si anhelando es- [toy
oír tu voz, si tu respuesta ansío?
¡Serás Madre de Dios!»—Su esclava soy:
¡cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!»

A. Risco, S. J.

N.º 180

La Rosa de Jericó

(*La Anunciación*)

En su cámara humilde
rezando está María;
María está rezando
mientras todo dormía.
El sol, por el Oriente,
para verla salía;
como otro sol espera,
ella a ese sol no mira;
que el sol que está esperando
nunca más se pondría.
En su humilde jardín
un rosal poseía,
rosal de Jericó
que florecer solía.
Tan sólo bebe el riego
que sus ojos vertían
cuando ella mira al cielo,
cuya luz la envolvía.
Un ángel que ha bajado
le dice «Ave María»;
El Señor de los cielos
está en tu compañía».
La Virgen le responde:
«Su voluntad es mía;
aquí tienes su esclava,
que el alma le daría».
Sobre ella la Paloma
sus dos alas tendía,
y con el esplendor
del Verbo refulgía.
El mundo es todo luz;
el cielo melodía,
y en tiesto, en la ventana,
el rosal florecía.

. . . . . .

Jacinto Verdaguer, pbro.

N.º 181

Balada de la Purificación

I

Más hermosa, clara y pura
que la luz del nuevo día,
sale la Virgen María
por los campos de Belén.
Al Niño Jesús abriga
entre los pliegues del manto,
y José, su esposo santo,
marcha a su lado también.

—

Y al verla cruzar, más bella
que una estrella,
y al ver cómo abraza al Niño
con cariño

dulce, santo, sin igual,
los pastores se alegraban
y cantaban
en sencilla melodía:
—¡Ave María!
¿Se hará mayor todavía
tu pureza virginal?

II

Al amanecer de un día,
después de larga jornada,
la Virgen Inmaculada
llegaba a Jerusalén.
Y aun iba Jesús envuelto
entre los pliegues del manto,
y aun el Patriarca santo
la acompañaba también.

—

Y al ver del Niño la hermosa
faz de rosa,
y al ver con cuánta delicia
le acaricia
con sonrisa celestial,
los pájaros despertaban
y cantaban
con dulcísima armonía:
—¡Ave María!
Más pura ser no podría
tu pureza virginal.

III

Ante las gradas del templo
la Madre de Dios hermosa
llevó la ofrenda preciosa
de Jesús que es nuestro bien.
Y nunca Niño más bello,
ni nunca Madre más pura
guardó el templo en su clausura,
ni admiró Jerusalén.

—

Y al ver cómo entra sencilla
y se humilla,
llevando de amor en prenda
santa ofrenda
de cariño maternal;
los ángeles en la altura
salmodiaban con dulzura,
con celestial armonía:
—¡Ave María!
Dios bendice en este día
tu pureza virginal.

ANTONIO DE VALBUENA

Tu vestido, tu mirada,
tus juegos y tu vida
¿Recuerdan la pureza de María?

N.º 182

La Asunción

En una noche plácida
del abrasado estío,
el viento calla indómito,
su duerme el mar bravío
y expira el blando céfiro
entre una y otra flor.

En las azules bóvedas
de estrellas mil cercada,
su faz ostenta nítida
la luna nacarada
el llano y la alta cúspide
bañando en su fulgor.

Mas del empíreo súbitos
raudales se desprenden
de vida luz. Mil ráfagas
de fuego el aire hienden,
y alto cantar de júbilo
se oyó en aquel confín.

Moviendo al par las cándidas
alas de nieve y oro,
cruza veloz la atmósfera
entero el sumo coro
hacia el estrecho límite
del plácido jardín.

Ya llegan; la marmórea
losa que el cuerpo encierra
alzan; los rostros fúlgidos
humillan a la tierra,
ciegos al astro vívido
que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
que la falange impera
y que a la diestra ciérnese
de Dios en la alta esfera
bajo el mirar fulmíneo
pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
y bajas purpurinas
tras la borrasca lóbrega,
en tierras ya vecinas
sale al cansado náufrago
del sol la rubia faz.

Así, entre lienzos cándidos
y delicadas flores,
bañando el rostro límpido
de espléndidos fulgores
la Reina de las vírgenes
yace en dormida paz.

Entonces los Arcángeles,
espíritus guerreros
que cabe el trono altísimo
de Dios son los primeros
y en cien batallas hórridas

vencieron a Luzbel,
sobre sus alas rápidas
pusieron a María,
y con cantar melódico
por la región vacía,
más breves que el relámpago,
vuelan a do está El.

JOSÉ ZORRILLA

N.º 183

A la Asunción de N.ª S.ª

Al cielo vais, Señora,
y allí os reciben con alegre canto.
¡Oh, quién pudiese ahora
asirse a vuestro manto
para subir con Vos al monte santo!

De ángeles sois llevada,
de quien servida sois desde la cuna;
de estrellas coronada,
tal reina habrá ninguna,
pues por chapín lleváis la blanca luna.

Volved los blandos ojos,
ave preciosa, sola, humilde y nueva,
al val de los abrojos,
que tales flores lleva,
do suspirando están los hijos de Eva.

Que si con clara vista
miráis las triste almas de este suelo,
con propiedad no vista
las subiréis de vuelo,
como perfecta piedra imán, al cielo.

FR. LUIS DE LEÓN

N.º 184

A la Asunción de N.ª S.ª

Tu cuerpo virginal de nardo y rosa,
de aurora y nubes, de fragancia y vuelo,
hoy se levanta como flor del suelo
o como del capullo mariposa.

De tu sepulcro se entreabrió la losa
como un amanecer... Y hubo revuelo
de alondras y de estrellas, que hasta el
[cielo
seguir querían a su Reina hermosa.

Jesús las hizo entrar en sus jardines;
de las alondras hizo querubines,
que los poetas son de sus palacios.

Y enguirnaldando estrella con estrella
te forjó con su mano la más bella
corona real de perlas y topacios.

R. V.

N.º 185

A María en su Asunción

Blanca paloma sin hiel,
que al divino alcázar subes,
envuelta en plateadas nubes
que te sirven de dosel.

Déjame besar tu planta
por vez postrera en mi vida;
déjame por despedida
un adiós de tu garganta.

Esclavo de tu albedrío
quiero ser hasta la muerte...
Atame, Virgen, muy fuerte,
que yo de mí no me fío...

Llorad, cielos, mi quebranto,
porque la miro partir,
y no la puedo seguir
prendido a su regio manto.

¿Qué será de mi bagel
privado de tus favores?
Lo que la tierra sin flores,
lo que sin agua un vergel.

Y pues te vas sin que dejes
ni siquiera tus despojos,
aunque te vas de mis ojos
y por mucho que te alejes;

No te irás de mi memoria,
mientras me dure la vida.
Adiós, ¡oh Madre querida!
hasta la vista en la gloria.

JOAQUÍN DE ARIZAL, C. M. F.

N.º 186

Assumpta est

Hijas de Jerusalén,
ved que se muere de amores;
venid, cubridla de flores
y de manzanas también.

Meced a la esposa mía
para que se duerma ahora;
Tota pulchra es María,
tota pulchra et decora.

¡Sueño bienaventurado!
¡Cuán dulcemente reposa!
Por las cabras del collado,
por los ciervos corredores,
no despertéis a la esposa
que en los brazos del Amado
se está muriendo de amores.

Hijas de Sión ¿quién es
la que, bella entre las bellas,
sube vestida de estrellas
y con la luna a los pies?

Vi su radiante figura
remontándose a la altura
recostada en el Amado.
Y era como una paloma
que sube del agua pura,
cortando el aire callado;
un inenarrable aroma
dejaba su vestidura,
como si todas las flores
que tiene la primavera
condensaran sus olores
en su hermosa cabellera.
Y ella subía, subía,
subía hasta el cielo sumo,
como varita de humo
que hacia los aires envía
la mirra más excelente,
mezclada con el incienso,
y el claro sol en su ascenso
le rodeaba su frente.
¿Dónde va la nieve pura
matizada de claveles,
que deja nuestros vergeles
huérfanos de su hermosura?

FR. JUSTO P. DE URBEL, O. S. B

N.º 187

En la Asunción

Paloma de blancas alas
que vuelas en pos de Dios,
no olvides a los que dejas
gimiendo en dura prisión.
Acuérdate de tus hijos,
de los que Jesús te dió;
guárdalos siempre al amparo
de tu maternal amor;
y en la hora de la muerte
dispénsales el favor
de seguirte hasta los cielos,
caminando de Ti en pos.

R.

N.º 188

Corona stellarum

Y te elevaste, Señora,
como la nube dorada,
como la naciente aurora,
como la palma plantada
en la altura de Cadés,
como en Sión el ciprés,
como el plátano de oriente,
como en el campo la oliva,
como fuente de agua viva,
como ceuro en la corriente,
como lirio en el zarzal
y rosa de Jericó.
Y el Rey la puerta te abrió
de su cámara nupcial,
mística bodega donde
sus rubios vinos esconde,
mosto de amor cosechado
en las viñas de Engadí,
que se guarda para Ti,
que se parece a tu Amado.
¡Oh gloria! Diérame el cielo
entre la turba perdido
ver aquel sublime vuelo
y arrebatado el sentido
de tus ungüentos en pos
asido a tu níveo manto
subir hasta el monte santo,
hasta la casa de Dios.
Y llegaste a los umbrales
del cielo pisando estrellas,
y el cielo te honró con bellas
luces y cantos triunfales.
Y todo es allí contento,
todo fiesta y armonía,
todo en la tierra alegría,
júbilo en el firmamento.
Te rodean escuadrones
de ángeles vestidos de oro
que, aves del celeste coro,
modulan dulces canciones:
Entra ya, paloma mía,
pues ha pasado el invierno;
el cielo desde *ab aeterno*
suspiró por este día.
Suenan arpas y trompetas,
los reyes y los profetas
sus coronas humillando
majestuosos se adelantan;
los ancianos se levantan
de sus sillas, inclinando
las cabezas, y arrastrando
las cíclades de escarlata;
sus bellas barbas de plata
con el gozo se estremecen.
Con sus voces argentinas
las antiguas heroínas
en el séquito aparecen
cantando trovas divinas.
Va Raquel la preferida,
y Rahab la hospitalaria,
Débora, la sanguinaria,
y Judit, la precavida.
Va Susana, la inocente,
y va Ruth, la espigadora,
la Sulamita prudente
y la morena Sofora.

Van con la Virgen clemente
hasta su regio sitial
hecho de oro refulgente,
de estrellas y de coral.

Y allí el Padre la corona
y el Hijo le da su amor
y la Tercera Persona
su cáliz embriagador.
Y es bien que todos llenemos
nuestras almas de alegría
por esta gloria en que vemos
a Nuestra Madre María.

FR. JUSTO PÉREZ DE URBEL

N.º 189

Coronación de María

De estrellas coronada
la victoriosa frente
hiende, Virgen sagrada,
la esfera refulgente.

Entra en ella: que espera
la corte placentera
el ver su Reina amada
las célicas estancias.

Con tu aliento de rosa
sus olores aumenta,
y ante tu faz hermosa
nuevas galas ostenta.

Su olor, muy más suave
de lo que en ella cabe,
publica estar gozosa
con tu aliento de rosa.

Las célicas estancias
a tu vista resuenan,
y dulces consonancias
su inmenso espacio llenan.

Por Ti sin mancha, pura
más que humana criatura,
se colman de fragancias
las célicas estancias.

Mortales, alegría;
que ha venido María,
y en su primer instante
ya aparece triunfante.

Ganó el prez la Doncella,
que venció con su huella
al infernal dragón.

Llénese, pues, de gloria,
por tan alta victoria,
la celestial Sión.

JUSTINO MATUTE Y GAVIDIA

N.º 190

Despedida a la Virgen de mi escuela

Tú nos has acompañado,
presidiendo las labores,
y recogiendo las flores
que nuestro amor te ha ofrendado.
Tú has vivido a nuestro lado
igual que madre que vela,
como torre que tutela...
Tú eres la perla divina
de nuestra alma nacarina
y la joya de la Escuela.

Aun están estos lugares
perfumados de tu aroma;
mas, aunque vayas, Paloma,
a ver otros palomares...
¡Madre, no nos desampares
mientras duren nuestros días!
y para que nos sonrías
con sonrisa alentadora,
te regalamos, Señora,
guirnaldas de avemarías.

Cuando vayas a la altura
de los ángeles en palmas,
deja, deja en nuestras almas
el perfil de tu figura:
la ausencia de tu hermosura
en es mí vivo dolor.
Ven otro año, por tu amor,
cuando esté mi pecho abierto,
y haya en el rosal del huerto
un jilguero y una flor.

EDUARDO ZURRO

N.º 191

Despedida a María

Dulcísimo recuerdo de mi vida
Bendice a los que vamos a partir,
¡Oh Virgen del recuerdo dolorida!
Recibe Tú mi adiós de despedida,
Y acuérdate de mí.

Lejos de aquestos tutelares muros,
Los compañeros de mi edad feliz
No serán a tu amor jamás perjuros,
Conservarán sus corazones puros,
Se acordarán de Ti!

Mas siento al alejarme una agonía,
Cual no la suele el corazón sentir...
En palabras de niño ¿quién confía?
Temo... no sé qué temo, Madre mía,
¡Por ellos y por mí!

Dicen que el mundo es un jardín ameno
Y que áspides oculta ese jardín...
Que hay frutos dulces de mortal veneno,
Que el mar del mundo está de escollos lleno,
Y ¿por qué estará así?

Dicen que por el oro y los honores,
Hombre sin fe de corazón ruín,
Secan el manantial de sus amores,
Y a su Dios y a su Patria son traidores...
¿Por qué serán así?

Dicen que de esta vida los abrojos
Quieren trocar en mundanal festín;
Que ellos, ellos, motivan los enojos,
Y que ese llanto de tus dulces ojos,
¡Lo causan ellos, sí!

Ellos, ingratos, de pesar te llenan...
¿Seré también yo sordo a tu gemir?
No... No quiero frutos que envenenan,
No quiero goces que a mi Madre apenan,
¡No quiero ser así!

En los escollos de esta mar bravía
Yo no quiero sin gloria sucumbir...
Yo no quiero que llores por mí un día;
No quiero que me llores, Madre mía,
¡No quiero ser así!

Y mientras yo responda a tu reclamo,
Mientras me juzgue con tu amor feliz,
Y ardiendo en este afecto en que me inflamo,
Te diga muchas veces que te amo,
¿Te olvidarás de mí?

¡Ah, no, dulce recuerdo de mi vida!
Siempre que luche en peligrosa lid,
Siempre que llore mi alma dolorida,
Al recordar mi adiós de despedida,
¡Te acordarás de mí!

Y en retorno de amor y fe sincera,
Jamás sin tu recuerdo he de vivir;
Tuya será mi lágrima postrera...
Hasta que muera, Madre, hasta que muera,
¡Me acordaré de Ti!

Tú, en pago, Madre, cuando llegue el plazo
De alzar el vuelo al celestial confín,
Estrechándome a Ti con dulce abrazo,
No me apartes jamás de tu regazo,
¡No me apartes de Ti!

SAJ, S. J.

NAVIDAD

N.º 192

¡Oh Mesías prometido!

(*Adviento y noche de Navidad*)

¡Oh Mesías prometido!
ven tu pueblo a redimir;
oye amante su gemido,
y no tardes en venir.
Ven, Señor, a consolarnos,
ven a ser nuestra salud,
ven gran Rey a libertarnos
de tan dura esclavitud.
Ven, Señor, pues te invocamos
en tantísima aflicción,
y por Ti sólo esperamos
conseguir la salvación.
Sol divino de justicia
ven el mundo a iluminar;
de pecado y de malicia
ven las almas a lavar.
Mira nuestra triste suerte
y no tardes, Enmanuel,
en librarnos de la muerte
y del yugo de Luzbel.
Ven del cielo, Rey potente,
a traer al hombre paz;
a este suelo, Dios clemente,
ven, y muéstranos tu faz.
Cumple ya nuestros anhelos
¡oh divino Criador!
ordenando que los cielos
lluevan pronto al Salvador.

N.º 193

Sólo Dios llora

¡Qué alegría en la tierra!
¡qué bella aurora!
todo el mundo sonríe,
¡sólo Dios llora!

Angelitos del cielo,
pastor del valle,
alegremos al Niño
para que calle.

Jesusito del alma,
prenda querida,
duerme, que yo te canto,
calla en seguida.

¡Qué alegría en la tierra!
¡qué bella aurora!
todo el mundo sonríe,
¡sólo Dios llora!

N.º 194

En silencio

Dime, Madre, ¿qué sentías
cuando en la Noche más Buena
sobre unas pajas ponías
a Jesús?

Su lengua nada te dice,
te miran sus ojos bellos,
y tu alma recibe de ellos
vida y luz.

En el silencio más santo
Tú meditas que este Niño,
viene a este valle de llanto
por amor.

Dulce Madre, ¿qué sentías
cuando en la Noche más Buena
en un pesebre veías
a tu Dios?...

MAR, S. J.

N.º 195

Telas de oro

Telas de oro faltan
a mi Niño-Dios;
en las telas le envuelvo
de mi corazón.
Nace en unas pajas
el Rey cuya voz
con poder inmenso
los cielos crió.
Quien viste a los días
de luz y esplendor;
quien dió en su principio
rayos de oro al sol;
y como tan pobre
en Belén nació,
en las telas le envuelvo
de mi corazón.
Hoy desnudo nace,
porque mi rigor
se obligue a vestirle
con piedad y amor;
no me pide telas
de brocado, no;
vestidos desprecia
de seda y primor;
en las telas le envuelvo
de mi corazón.

TEJADA DE LOS REYES

N.º 196

El Niño de Belén

(cuadro de pastoras)

1.ª—¿Qué vida es la tuya? ¿sabes
que casi ya es un milagro
el que por estas campiñas
aparezcas?
2.ª— No es extraño.
1.ª—¡Cómo que no! ¡Tú que fuiste
la alegría de los hatos
cuando al son de la zampoña
acompañabas tus cantos
tan dulces!...
2.ª— Pues muy sencillo,
es que a Belén he bajado
para vender dos ovejas
con sus corderitos blancos.
1.ª—¿Hay mucha gente allí?
2.ª— Mucha.
¡Si vieras cuánta ha quedado
sin albergue!
1.ª— ¡Pues no es poca
la que he visto yo de paso!
Y a propósito. Hace días
guardaba yo mi rebaño
a la vera del camino,
y sin más se me acercaron
dos viajeros preguntándome
si marchaban extraviados.
Ella era joven y hermosa,
el hombre ya entrado en años,
pero los dos tan humildes,
tan modestísimos ambos,
que me quedé allí en el sitio
como embobada mirándolos.
¿Me creerás que desde entonces
apenas puedo olvidarlos?
A buen seguro en Judea
no hay dos esposos más santos.
3.ª—*(entrando)*
Zagalas que en estos valles
cuidáis de vuestros rebaños,
venid a ver lo que el mundo
jamás habrá contemplado.
2.ª—¿Qué es ello?
3.ª— Un recién nacido
como no hay otro más guapo.
Con su boquita tan fresca,
sus labios tan sonrosados,
es un pedazo de cielo,
que anoche se vino abajo.
2.ª—¿Tan hermoso es?
3.ª— Tan hermoso.
2.ª—¿Dónde nació?
3.ª— En un establo.
2.ª—¿Sus padres?
3.ª— Dos forasteros
que ayer a Belén llegaron;
dos forasteros muy pobres,
pero más que pobres, santos.
Ella es muy joven y hermosa,
el hombre ya entrado en años.
1.ª—Los mismos; sí, sí, los mismos
que al pasar se me acercaron
hace días preguntándome
si marchaban extraviados.
¡Ya dije que vi yo en ellos
no sé qué extraordinario!
2.ª—Pero ¿y quién es ese niño?
1.ª—¿Le viste tú?
3.ª— Le vió Ergasto.
2.ª—Acaba, que ya me muero
de curiosidad.
3.ª— Pues vamos.
Estaban ayer, anoche,
en los rediles velando
los pastores de Azarías,
y de repente, a su lado,
vieron, ¿qué diréis que vieron?
Pues un ángel.
2.ª— ¡Cielo santo!
3.ª—Un ángel resplandeciente,
un mensajero de lo alto
que les dijo: «No hayáis miedo;
zagales, regocijaos;
mirad que es consoladora
la noticia que os traigo,
porque en Belén ha nacido
el rey del género humano;
y está entre pobres pañales
en un pesebre acostado».
1.ª—¡Pobre niño!
2.ª— ¿Y los pastores?
3.ª—Allá se fueron volando,
y en el portalico humilde
al tierno infante adoraron,
presentándole en ofrenda
lo mejor de su rebaño.
No sé si habrá en la comarca
zagal que no haya bajado
a ver su boquita fresca
y sus labios sonrosados.
2.ª—¿No escucháis?
3.ª— Son los pastores
que van a Belén cantando.
(óyese cantar a lo lejos)
«Vamos, pastores, vamos,

vamos a Belén;
a ver en aquel niño
las glorias del Edén.»
(*salen cuatro pastores más*)

3.ª—¡Vaya, cómo se conoce
que estáis de fiesta!
4.ª— ¡Pues claro!
2.ª—¡Y que lucís como nunca
vuestra voz!
4.ª— Si hoy no cantamos
no sé cuándo cantaremos.
5.—¡Qué! ¿no venís al establo?
3.ª—Yo lo que es sí voy.
1.ª— Nosotras
también os acompañamos.
4.ª—Pero ese Niño divino
¿no merece algún regalo?
1.ª—Yo llevo miel.
2.ª— Yo castañas.
3.ª—Yo el corderito más blanco.
4.ª—Yo leche y huevos.
5.ª— Yo tortas
que amasé con estas manos.
6.ª—Yo gallinas.
7.ª— Yo pañales,
que le son más necesarios.
3.ª Pues a Belén sin demora.
6.ª—¡En marcha todas!
7.ª— ¡Andando!

A. P. Ormazábal, Pbro.

N.º 197

Tiritando de frío

Tiritando de frío,
Jesús, Niño Dios,
yace en pobre pesebre
por mi salvación.

Duérmete, Niño mío,
por no padecer;
te acompañan la Virgen
y el Santo José.

Duérmete, lucerito
de la mañana,
que te canta la Virgen
¡ea, la nana!

Angelitos del cielo,
venid cantando,
y alegrad a este Niño
que está llorando.

¡Oh Jesús, dueño mío!
calla, y no llores:
que ya lloran sus culpas
los pecadores.

N.º 198

¡Paz en la tierra!

Noche blanca, noche fría...
Sobre el portal placentero
vierte radioso lucero
sus lumbres de profecía;
ladran en la serranía
los mastines veladores,
y, a los vivos resplandores
de las vivas fogaradas,
departen en las majadas
los descuidados pastores.

Pero... ¿no veis? De repente,
las milicias celestiales
ajironan los cendales
del Paraíso esplendente;
y, en el hechizado ambiente,
querubes de rubia faz
desgranan, cantando, el haz
de misteriosas aventuras:
«¡Gloria a Dios en las alturas
y al hombre, en la tierra, paz!»

. . . . . .

J. J. Pérez Ormazábal

N.º 199

Villancico

¡Oh hermosura, que excedéis
a todas las hermosuras!
Sin herir, dolor hacéis,
y sin dolor deshacéis
el amor de las criaturas.
¡Oh ñudo, que así juntáis
dos cosas tan desiguales,
no sé por qué os desatáis,
pues atado fuerza dais
a tener por bien los males!
Quien no tiene ser juntáis
con el Ser que no se acaba;
sin acabar acabáis,
sin tener que amar amáis,
engrandecéis nuestra nada.

S. Teresa de Jesús

N.º 200

Al Niño Jesús

Mi dulce y tierno Jesús,
si amores me han de matar,
agora tiene lugar.

S. Juan de la Cruz

N.º 201

La noche de Belén

Fría es la noche,
fría, muy fría,
y así le dice
José a María:
«Este pesebre
tiene su encanto;
cesen tus penas;
no tienen tanto
ni los mendigos,
ni los pastores
que al raso sufren
los sinsabores
en esta noche
fría, muy fría...
¡Cesen tus penas,
Virgen María!»
María dice:
«No es la pobreza
lo que me infunde
tanta tristeza;
no es que suspire
cómoda estancia;
no es que apetezca
suave fragancia...
tiemblo de pena,
tiemblo de frío
para mi hijito,
¡pobre hijo mío!»
Y el santo esposo
compadecido,
al tierno infante
recién nacido
desentumece
con tibio aliento,
y le acaricia
mientras el viento
sopla, y la noche
sigue muy fría.
«¿Ves? ya no llora»
dice a María.
Y ella sonríe
besando al niño;
ella le cuida
con santo aliño;
y le adormece
con sus amores,
y le preserva
de los rigores
de aquella noche
fría, tan fría.
«Ya está dormido»
dice María.
En esto se oyen
los seductores
y alegres cantos
de los pastores,
que con zampoñas
y chirimías
llenan el mundo
de melodías,
y a José piden
que con cariño,
les deje a todos
besar el niño.
Y en el pesebre,
ya estancia bella
iluminada
por una estrella,
todo es contento,
todo alegría,
cuando despierta,
cual sol del día,
el Jesusito
que se recrea
con la pobreza
que le rodea.
Belén despierta;
ya asoma el día
de aquella noche
fría, tan fría.

A. Bori y Fontestá

N.º 202

Los suyos no le recibieron

¿Y quién es ese pobre
sin casa, sin abrigo,
que en medio de la noche
da al aire sus vagidos?
Apenas a la vida
se asoma, ¡pobre niño!
la miseria en sus brazos
se avanza a recibirlo.
Su cuna es un pesebre,
su casa un portalillo
abierto a la intemperie,
al cierzo y al granizo.
Mas no enturbian sus ojos
con lágrimas el frío,
ni arranca la pobreza
al pecho sus gemidos.
Llora porque, bajando
del cielo a redimirnos,
y por hacernos libres
haciéndose El cautivo,
en vez de corazones
enchidos de cariño
encuentra almas ingratas,
y corazones tibios.

Ramón M.ª Vinuesa, S. J.

N.º 203

Al Niño Jesús

Hoy el Rey de la Gloria
bajó hasta el suelo;
el cielo está en la tierra,
la tierra es cielo;
y aun las estrellas
hoy al bañar la noche
lucen más bellas.
En tus ojos azules
miróse el cielo,
y retrató las gracias
de tus ojuelos;
pero llorabas,
y por eso le cubren
nubes y gasas.
Al venir a adorarte
junto al establo,
parte de tus hechizos
todos robaron;
y no hay criatura
que no refleje un rayo
de tu hermosura.
Te robó el arroyuelo,
prenda querida,
el suave murmullo
de tu sonrisa;
el lirio un beso,
el oro un rizo hermoso
de tus cabellos.
Tu aliento perfumado
robó la brisa,
la rosa los colores
de tus mejillas.
¡Sólo faltaba
que el hombre te robase
también el alma!

A. Risco, S. J.

N.º 204

Madrigal

Ojos de Jesús luceros,
ojos puros, ojos claros,
¡siento un ansia de gozaros!
¡siento un miedo de perderos!
Si os cerráis, bellos luceros,
¡siento un ansia de gozaros!
si os abrís, ojuelos claros,
¡siento un miedo de perderos!
¿Cuándo será, oh, mis luceros,
que os vea el alma tan claros,
con el ansia de gozaros,
sin el miedo de perderos?

Vicente Franco, C. M.

N.º 205

Fuegos y hielos

A mi Niño combaten
fuegos y hielos;
sólo amor padeciera
tan gran tormento.

Del amor el fuego,
y del tiempo el frío
al dulce Amor mío
quitan el sosiego;
digo, cuando llego,
al verle riendo:
sólo amor padeciera
tan gran tormento.

Helarse algún pecho
y el alma abrasarse,
sólo puede hallarse
que amor lo haya hecho.
Niño satisfecho
de fuego y hielo:
sólo amor padeciera
tan gran tormento.

Lope de Vega

N.º 206

Al Nacimiento

Al ver, Niño hermoso,
que estás tiritando,
de frío temblando
con fiero rigor,
quisiera, Dios mío,
Jesús humanado,
rendirte mi pecho
que, en llanto deshecho,
le miro abrasado
en fuego de amor.

Pastorcito, Niño amado,
prenda de mi corazón,
yo te adoro, Rey sagrado,
pues me robas la afición.

Desnudito y por el frío
traspasado está mi Dios;
¡quién me diera, dueño mío,
aliviarte en tal dolor!
¡Qué gracioso! ¡Qué bonito!
¡Qué chiquito! ¡Qué amoroso!
nos escucha, cariñoso,
el Divino Redentor.

Pastorcito, Niño amado,
prenda de mi corazón,
yo te adoro, Rey sagrado,
pues me robas la afición.

Aranaz y Vides

N.º 207

Un oficio para el Niño Jesús

PERSONAJES:

PRESIDENTE.—MILITAR.—MÉDICO.—TORERO.—PANADERO.—ABOGADO.—LOQUERO

(Todos sentados; en medio una mesa donde está el Presidente. Cada cual se levanta cuando habla, luego se sienta).

Pres. Señores, este Congreso,
Donde están las eminencias
De oficios, artes y ciencias
Gente madura y de peso,
Va a entrar en la discusión
De una cuestión trascendente;
Y habrá sesión permanente
Hasta hallar la solución.
Ayer vió la luz primera
El Niño Dios en Belén;
Y San José, hombre de bien,
Quiere darle una carrera.
¿Cuál ha de ser? *Voila tout.*
Cada carrera importante
Tiene aquí un representante;
Militar, empieza tú.

Mil. ¡Mil bombas! mi profesión
Abrace el Niño ¡mil truenos!
Pues viene a librar los buenos
¡Mil rayos! que siervos son.
¡Pardiez! será capitán
¡Voto a sanes! y de un tajo
Rebanará sin trabajo
La cabeza de Satán.
Y, mientras el tiempo espera
De presentarse en campaña,
Le traigo un sable de caña
Y un caballo de madera.

Méd. ¡Calma, soldado, más calma!
Y reflexiona primero
Que ceñir no puede acero
El que es médico del alma.
Este Niño extraordinario
Es del alma medicina,
Y a la carrera se inclina
De médico o boticario.
Cuando mayorcito sea
Ha de abrir una farmacia
Donde despache... la gracia
Que es del alma panacea.

Tor. ¡Por vía e la sota e bastos!
Pos vaya que tiene sal
Que se pase este chaval
La vida jasiendo emplastos!
¿Militar este lucero,
O boticario?... ¡Jamás!
¡Más ha de ser, mucho más!
¡El Niño ha de ser torero!
¡Caramba! ¿que no pué ser?
¡Ni que dijera un sinfundo!
¿No ha venido el Niño al mun-
A dar mate a Lucifer? [do
Pues la carrera e que os hablo,
Y que al mundo causa envidia,
Con los cornúpetos lidia.
¿Y no es cornúpeto el diablo?
¿Que no es toro? ¡Otra te pe-
¡Vaya si es toro Luzbel [go!
Y que le puso Miguel
Las banderillas de fuego!
Y es, ¡mal rayo que le parta!
Toro de mala intención,
Que del primer achuchón
Al más regatero ensarta.
Miguel fué banderillero;
Mas ese montón de sal,
Ese Niño celestial
Será el espada primero.
¡Con que ná, lo dicho, dicho!
Como quiera San José
Le enseñaré un volapié
Con que despache a ese bicho.

Pan. Calle V. ¡farandulero!
Y no derroche saliva,
Que el Niño mientras yo viva
Sólo ha de ser panadero!
No es profecía ilusoria,
Con prodigios celestiales
Dará el Niño a los mortales
Un pan que le sepa a gloria.
¿Dónde se vió un panadero
Que con solícito afán
Bajo figura de pan
Dé su cuerpo verdadero?
De sus dones la corona
Será este gran beneficio.
Panadero es, pues, su oficio
Y su sitio la tahona.

Abog. Amigo, vas muy errado
Porque, o soy un avestruz
O es claro como la luz,
Que debe ser abogado.
¡Por las barbas que me afeito!
Si ante la justicia inmensa

El no hace nuestra defensa,
Perdemos todos el pleito.
Y en las prisiones angostas
Del Orco, si El no nos salva
Hasta el lucero del alba
Con la piel paga las costas.
Puesto está nuestro remedio
En que las uñas metidas
Tenga las Siete Partidas
Si no... nos parten por medio.

Loq. Pues que discordes están
Voy a decir mi opinión,
Aunque me llame melón
Todo el linaje de Adán.
Al género humano entero
Viene el Niño a gobernar;
Pues ya no hay que disputar;
Es... ¡callen todos!... loquero.
Y no lo dudéis, por Dios,
Que en este mundo, a fe mía,
Quien no tiene una manía
Será... porque tiene dos.
Látigo, pues, tremebundo
Con mano empuñe de acero;
Que este Niño es el loquero
Del manicomio del mundo.

Pres. Señores, basta lo hablado:
Se cierra la discusión;
Y sácase en conclusión
Que el Niño ha de ser...

Mil. ¡Soldado!

Tor. Fuera todo el mundo ¡torero!

Méd. ¡Boticario, especialista!

Pan. ¡Panadero!

Abog. ¡No, legista!

Loq. ¡Loquero, locos, loquero!

Pres. ¡Basta! basta, por mi fe,
¡La paciencia se me harta!
Oigan todos una carta
Que me escribe San José:
—Belén y tantos de tantos,
Que vuelva de esta al recibo
Cada mochuelo a su olivo
Y Dios los haga unos santos.
Pues más disputas no quiero;
Que el Niño que Dios me dió
Escoge ser, como yo,
Un humilde carpintero.
Mas claro está a todas luces
Que el Niño de ningún modo
Es carpintero de todo;
Trabaja tan sólo en cruces,
Mas pondrá todo su anhelo
En hacer su peso suave
Y en darles forma de llave
Para la puerta del cielo.
Junto a su cuna en Belén
Tiene ya listo un surtido
Abundante y escogido.
Suyo... La firma.

Todos ¡Muy bien!

Tor. Volando voy a su cuna,
Y empeño hasta la coleta
Y el estoque y la muleta
Por tal de mercarle una.

Mil. A ver si allá me conduces,
Que yo quiero otra también.

Todos ¡Y yo, y yo!

Tor. Pues ¡a Belén!
¡Al despacho de las cruces!

G., S. J.

N.º 208

Las pajas del pesebre

Las pajas del pesebre,
Niño de Belén,
hoy son flores y rosas
mañana serán hiel.

Lloráis entre las pajas
del frío que tenéis,
hermoso Niño mío,
y de calor también.

Dormid, Cordero santo,
mi vida, no lloréis,
que si os escucha el lobo,
vendrá por Vos, mi bien.

Dormid entre las pajas,
que aunque frías las veis,
hoy son flores y rosas
mañana serán hiel.

Las que para abrigaros
tan blandas hoy se ven,
serán mañana espinas
en corona cruel.

Mas no quiero deciros,
aunque Vos lo sabéis,
palabras de pesar
en días de placer.

Que aunque tan grandes deudas
en pajas las cobréis,
hoy son flores y rosas
mañana serán hiel.

Dejad el tierno llanto,
divino Enmanuel,
que perlas entre pajas
se pierden sin por qué.

No piense vuestra Madre
que ya Jerusalén
previene sus dolores
y llore con José.

Que aunque pajas no sean
corona para rey,
hoy son flores y rosas
mañana serán hiel.

LOPE DE VEGA

N.º 209

Ojos que matan

Manso corderito,
que en viles despojos,
de animales rudos
buscáis socorro.
Blanco trigo en pajas,
panal sabroso,
que en la cera Virgen
cupiste todo.
Pajarillo en nido,
que cantáis quejoso,
porque de alba os cubren
nevados copos.
Almendro en invierno,
con la flor al tronco,
blanca y encarnada,
helado y hermoso.
Pastorcico nuevo,
que a tantos lobos,
cruzando el cayado,
venceréis solo.
Del valle profundo
terrible asombro,
por quien los ganados
no temen robos.
Cubiertos de aljófar
cabellos de oro,
de nacer en tiempo
tan riguroso.
Boca de claveles
del cielo gozo;
ojos soberanos,
cielos piadosos;
¡Callad un poco;
que me matan llorando
tan dulces ojos!

. . . . . .

LOPE DE VEGA

N.º 210

¡Despertad a mi Niño!

¡Mañanicas floridas
de frío invierno,
despertad a mi Niño
que duerme al hielo!
Mañanas dichosas
del frío diciembre,
aunque el cielo os siembre
de flores y rosas,
pues sois rigurosas
y Dios es tierno,
¡despertad a mi Niño
que duerme al hielo!

LOPE DE VEGA

N.º 211

Al Niño sagrado

Al Niño sagrado,
que es mi Salvador,
cada vez que le miro
me parece mejor.
Los ojos del suelo
lo humano verán,
los del alma van
viendo a Dios del cielo,
que es vida y consuelo
para el pecador:
cada vez que le miro
me parece mejor.
Porque yo no pene
está padeciendo,
sólo pretendiendo
lo que me conviene,
y viendo que viene
a darme un favor,
cada vez que le miro
me parece mejor.

FR. PEDRO DE PADILLA

N.º 212

Desvarío de amor

Perdona, Niño, si a veces
me pregunto a solas yo
si el haber por mí nacido
fué desvarío o amor.
Y aunque trabajo y me abismo
en honda meditación,
no acierto a dar la respuesta
que decida entre los dos.
Tal desvarío es locura,
tal amor es más que amor:
si es amor, es imposible;
si es locura, no es de Dios.
Por eso, Niño, a menudo
me pregunto a solas yo:
¿el haber por mí nacido
fué desvarío o amor?
Si a las selvas me dirijo
las selvas no oyen mi voz,
ni las fuentes cristalinas
responden a mi clamor.
Mas si acaso en mi zozobra
recibo tu inspiración,
y vienes a visitarme,
sabré que exceso de un Dios
ni es amor ni es desvarío,
es... desvarío de amor.

A. PÉREZ

N.º 213

Al Niño Jesús

¿Quién eres, hermoso Niño,
que no te puedo mirar
sin que se inunde mi alma
de júbilo celestial?
¿Qué tienen tus dulces ojos
que me atraen como imán,
y cuanto más los contemplo
más los quiero contemplar?
¡Si parece que me miran
con ternura celestial!
¡ay! me cautiva y encanta
ese tan tierno mirar.
Mas yo no sé, Jesús mío,
yo no sé porque será...
que siempre al fijarme en ellos
siento ganas de llorar.
Pues me figuro que lloras
Tú también: ¿será verdad?
Eso, Niño de mi alma,
me da mucho que pensar.
Tienes húmedos los ojos,
¿es que acaso triste estás?
Mas no; que a la vez sonríes
con sonrisa celestial.
Y si lloras ¿por qué lloras?
Supongo por qué será;
es que te falta cariño
que Tú mendigando estás.
¡Oh! Pues si por eso lloras
ya no quieras llorar más;
yo te ofrezco mi cariño;
yo a Tí sólo quiero amar.
En el fondo de mi alma
te he levantado un altar,
para extasiarme en amores
con que brindándome estás.
Yo te prometo quererte
cual nadie te quiso más;
y ese amor que te prometo
nadie te lo robará.
Porque ese rostro de cielo
no me deja reposar;
me vuelve loco de amores,
loco me vuelve, en verdad.
Déjame, Niño del alma,
que te bese sin cesar;
yo en esos besos encuentro
toda mi felicidad.
¡Ay! si tus tiernos bracitos
me quisieran abrazar;
entonces yo moriría
de júbilo celestial.
Y al cielo iría contigo
donde te habría de amar
sin reservas ni medida
por toda una eternidad.

BONIFACIO SÁINZ, ESCOLAPIO

N.º 214

Al Niño Jesús

Soles claros son
tus ojuelos bellos;
oro los cabellos,
fuego el corazón.

Rayos celestiales
echan tus mejillas;
son tus lagrimillas
perlas orientales,
tus labios corales,
tu llanto es canción;
oro los cabellos,
fuego el corazón.

Niño divino,
Niño adorado,
mi bien amado,
mi buen pastor;
los partocitos
que más te aman
humildes claman,
oye su voz.

En el pesebre,
sobre las pajas,
en pobres fajas
está mi amor;
llora y tirita,
mas no de frío,
del hombre impío
siente el rigor.

Mortal que lloras
los graves daños
que, en tantos años,
tu culpa da;
con gran anhelo
busca gozoso
al Niño hermoso
nacido ya.

Niño divino,
ven a mi pecho,
que dulce lecho
te quiero dar;
y si en las pajas
lloras de frío
el llanto mío
te hará callar.

DÍAZ RENGIFO

N.º 215

El borriquito de Belén

Monólogo

Ya sé yo que ustedes no me conocen a mí. Ni falta que les hace. ¿Para qué?...Paco me llaman, y esto me basta. Pero ya les diría yo a ustedes una cosa ¡grande! si no me despreciasen.

Porque yo tengo mucho caletre es cosa bien sabida, y que tengo mucho gusto y muy fino y un olfafato exquisito.

¿Gusto?... Sería yo capaz de decirles a ustedes todo lo que hay en estas cestas, en cuanto lo probase. Así, por ejemplo, ¿esto?... (*toma un pedazo de turrón y lo enseña*). ¿Esto?... ustedes no pueden saber lo que es ...Pero yo, con mi finura de gusto, lo adivinaré bien pronto. Verán. (*Come*). Es turrón..., de Jijona o de Alicante, pero turrón. Y así todo. Esto verbigracia. (*Coge un pedazo de chorizo*). A ver... con morder un trozo basta. (*Muerde*). ¿Esto?... chorizo parece. Chorizo es; no les quepa duda a ustedes, ni a mí. Pues esto que está aquí, aunque esté cerrado en una botella, yo se lo adivinaré. ¿Se ríen ustedes?... Pues no es fácil saberlo. No sabrían ustedes si es vinagre o vino de Rioja, o Jerez. Pero verán qué pronto lo averiguo yo. Se abre un poco ¿eh? (*abre la botella*); se chupa un trago ¿eh? (*toma un traguito*); se saborea bien ¿eh? (*lo paladea*)... ¡Ya he averiguado lo que es! Moscatel es. Suavecito, suavecito entra.

Pero ¡por Dios!, me he distraído del todo. Aquí es fácil distraerse, y perderse también, y llegar a ver dos en uno, y doscientos también si se divierte.

Decía, pues, que yo tengo talento y gusto muy fino. Pero que les iba a decir un secreto. Yo... un poco de vergüenza me da, pero la verdad... ¡no me despreciéis! ¿eh?... yo... burro soy. No, no. No soy burro. Fuí burro. Esa es la verdad, la pura verdad. Fuí borriquito.

Pero borriquito bueno, ¿eh?..., el borriquito de Belén... Ya ven ustedes. Envidia me tendrán muchos de ustedes, ya lo sé. No han oído aquello que dicen ahora los teosofistas, que nosotros pasamos de animales a hombres, de burros a caballos, de caballos a perros, qué sé yo, y en fin, a hombres cuando somos buenos?... Ustedes también, a lo mejor... no sé, no sé, algo así habrán sido, pero no lo querrán confesar y harán bien. Pero a lo mejor aquel de allí fué... un león. Y usted... a lo mejor fué un águila... Y usted, señorita..., a lo mejor fué una golondrina. Yo ya conozco muchos condiscípulos que fueron gansos, y gansos siguen siendo todavía. Y muchas mujercitas conozco que cotorras debieron de ser, y lengua de cotorra se les ha quedado. No me negarán ustedes que conozco muchos por este estilo, y muchas que debieron ser perros y gatos y gorriones y gallinas... ¡Cuántos!...

Pues bien, yo, no lo puedo negar, fuí borrico. Pero ya digo, bueno; el de Belén. Y como me porté bien, el Niño Jesús me quería mucho. Porque, ¡figúrense!, yo llevé a la Virgen de Nazaret a Belén. ¡Dios mío! y ¡cuántas vueltas tuve que dar con San José aquella noche de la llegada! Este que no había posada, aquel que tampoco, el otro que si le daba quince reales por día, sí, pero que por menos, no. ¡Quince reales San José cada día!... ¿De dónde iba a sacar San José quince reales? Entonces los jornales eran pequeños; y quince reales a lo mejor no se sacaban en una semana. Llevando a la Virgen a cuestas me pasé toda la noche por Belén de casa en casa. Al de los quince reales le arreé una coz que aun le duele todavía. Y eso que San José no me dejaba pegar a ninguno. Y gracias que la Virgen no pesaba nada; como si fuese de seda fina ¿entienden ustedes? ¡Más suave y más buena! Daba gusto llevar una carga tan angelical: un ángel. En fin, para las diez y media, o así, ya encontramos un portal sucio y oscuro. Gracias a que una

criada que llevaba la Virgen se amañó, y entre ella y San José, en un batiboleo, arreglaron maravillosamente el portal y el establo. Al buey y a mí nos pusieron juntos en el pesebre para calentar aquello. Menudo frío que había allí. Pero el buey alentar y alentar, y yo también alentar y alentar servíamos de estufas. ¡Y aquí viene lo bueno! Cuando ya estaba todo preparado, y, si no caliente, templado, a las doce en punto vino la Virgencita trayendo en brazos a un niño, pero ¡qué niño! Luz parecía ser todo; luz los ojos, luz la boquita, luz la cabecita, luces las manitas, luces los piececitos, todo el cuerpo luz. Yo me dije para mí: Este no es hombre sólo, este Dios o algo así tiene que ser. Y mientras esto pensaba empiezan a venir pastores y pastoras, con gaita y bureo, y regalos, y a entrar y salir unos como ángeles cantando: *Gloria in excelsis Deo.* Y la Virgen quieta, quietecita y sin decir nada, rojita, rojita, y blanquita, blanquita, en oración toda la noche. Y José lo mismo. ¡Aquello cielo parecía! ¡No sé lo que era! Yo, aunque borriquito entonces, estaba conmovido.

Pero ¡ay de mí!, a los pocos días viene José y ¿no dice que tendremos que ir a Egipto? Estábamos allí ya tan bien, que hasta Reyes y Magos vinieron a vernos desde Persia. Y a media noche viene José, ¡hala! me despierta, me pone encima a la madre y al niño en sus brazos, y ¡a Egipto! Yo les llevé a Egipto. Diez leguas y veinte leguas, y también cien andaríamos. Yo les llevé sin dar un tropiezo. No les quiero contar lo que yo vi entonces, porque es largo; pero cosas muy curiosas. Idolos que caían, arenales sin agua que recorríamos, lobos y fieras que encontramos, ladrones y beduinos que nos dejaron pasar... Un año viví en Egipto con ellos. Y luego, al cabo de un año, otra noche a Nazaret. ¡Anda! borrico. Yo también los llevé. Y luego a Jerusalén también todos los viajes hicieron conmigo. Por cierto que, cuando Jesús tenía doce años, no sé lo que les pasó, pero algún enredo debieron tener, porque Jesús no vino con nosotros. Pero lo demás yo estuve llevando a todos por aquellos pueblos; y vivía dentro de su casa, en una cuadra pequeñita. Así llegué a viejo: cuarenta años tenía; que para un burro ya son bastantes Pero entonces un hijo mío fué el borrico que le llevó a Jerusalén. Y aquí viene lo que ustedes están viendo; porque en premio a mis buenos servicios, de burro que era, ¡trás! el Señor me hizo pasar a hombre; y hombre soy, como ven ustedes, y todas las navidades vengo a contar estos casos en algún sitio, por si hay algún borrico; y ahora aquí me ha tocado.

Y ¿saben ustedes lo que me ha llamado la atención más que todas las cosas?

El ver cuántos hombres hay que a mi parecer fueron como yo, burritos en otro tiempo. Porque ¿saben ustedes? los que fuimos eso... pues... nos conocemos un poco y... Sí. Yo conozco muchos que fueron burritos como yo. Pero miren, un poco nos diferenciamos. Porque como yo me eduqué en la casita de la Virgen, ¿entienden?, aprendí a ser cristiano, ¿entienden?. Y daba pocas coces, y esas sólo a los peleles que hacían injurias a Jesusito y a la Reina de cielos y tierra.

Pero estos otros que yo conozco, en vez de dar coces, si a eso viene, y con blandura a los enemigos de Jesús, se las dan al Niño Jesús, y a los amigos del Niño Jesús, y a las cosas del Niño Jesús. Y por eso conozco que estos debieron ser borricos de Caifás y de Judas, y de Herodes y Pilatos, y en una palabra borricos de Barrabás. Y por eso tienen las mismas costumbres que entonces. Coces contra Jesús, coces contra los discípulos de Jesús, coces contra los amigos de Jesús. Borricos fueron entonces y borricos son ahora. Pedid a Dios que dejen de ser borricos alguna vez, como yo he dejado de ser borrico por la gracia de Dios.

Para despedirme: cuando yo era borrico, paja comía todos los días y un poquitín de cebada como golosina. Pero ahora a los hombres se nos está prohibido comer paja, y un pastelito de estos que os van a regalar

ya me comería con vuestro permiso. ¿De qué cesta, pues, tomaré? De esta que tiene muchas cosas (*toma un pastel de una cesta y se lo come*) y al que le toque esta cesta que me dispense, que me dé las gracias y buenas Pascuas. (*Come*). ¡Bien rico que está! ¡Adiós, buena gente!

RE VILA, S. J.

N.º 216

Doce zapateros y el Niño Jesús

1.º Ven, boquita de rubíes,
y saca el pie, mono mío,
que ya verás con qué brío,
te hago un par de borceguíes.
De Roma el emperador,
aunque sea tan finchado,
apuesto a que no ha calzado
un par de borceguíes mejor.
2.º ¿Borceguíes?, hablador,
cosas tienes muy extrañas
para andar entre montañas,
chátaras serán mejor.
1.º ¿Qué son chátaras, mastuerzo?
2.º Eso que llaman albarcas.
1.º Pues ya puedes en las arcas
guardarlas para un almuerzo.
3.º Niño que las almas matas,
para hacer que resuciten,
aunque éstos se desgañiten
te he de poner alpargatas.
Alpargatas han de ser,
que es calzado muy ligero;
y tú, niño por quien muero,
mucho tienes que correr
tras el rebaño esparcido,
si de tu Padre al egido
le quieres, lindo, volver.
1.º ¡Alpargatas! ¡alpargatas!
o te has vuelto loco o sueñas...
Cuando vaya por las breñas
le van a punzar las matas.
3.º Pues eso es lo que pretende,
que le puncen, que le arañen
y en su púrpura se bañen.
¡que tanto el amor le enciende!
1.º ¿Quieres callar, chilindrín?
¿quién te mete en estos trotes?
que sólo los Sacerdotes
saben ese rintintín.
4.º Ateneos a razones,
¿no es pastor? pues almadreñas
3.º ¡Almadreñas por las peñas!
irá dando trompicones.
1.º Pues eso es lo que pretende
caer para levantarnos
y del abismo sacarnos,
que tanto el amor le enciende.
3.º ¡Alpargatas!
4.º No. ¡almadreñas!
1.º ¡Borceguíes! ¡borceguíes!
5.º ¡Chinelitas carmesíes!
y de seda, por más señas
¡chinelitas! ¡chinelitas!
bordadas de cañamazo
con su ribete y su lazo.
6.º Calla, tú, que tanto gritas
¡zapatillas! ¡zapatillas!
Aquí va el zapatillero.
El mejor par darle quiero.
7.º Calla, tú, que tanto chillas.
Unas polainas muy majas
con pespuntes y dibujos.
2.º No le gustan esos lujos
al Niño que está en las pajas.
8.º ¡Hase visto pelagatos!
Pues si lo queréis calzar
aquí tengo el mejor par
que se ha visto de zapatos;
que es muy llano el niño bello
ni le gustan fantasías,
ni lujos, ni demasías;
no hay que pensar más en ello.
9.º Calla, tú, que lo alborotas
todo con esos clamores,
¿Calzado de los señores
no han sido siempre las botas?
1.º Eso son los señorones
y el niño es pobre...
10.º Embelecos...
¿Qué mejor que lindos zuecos
hacerle con dos tablones?
11.º No, señor, que hay mucho lodo
en el mundo, han de ser zancos;
porque si no, en los barrancos
se atollará hasta los codos.
2.º Pero en fin, ¿en qué quedamos?
3.º Alpargatas.
1.º Borceguíes.
5.º Chinelitas carmesíes
bordaditas y con ramos.
12.º Esto es lo que se ha de hacer:
cada cual su hacienda coja;
y luego, que el niño escoja
lo que más le dé placer.
Aunque yo mucho presumo
que escogerá lo peor
porque busca este Señor
de la pobreza lo sumo.

P. LATORRE, S. J.

N.º 217

Romance de Navidad

Nochecita de diciembre,
¡qué manera de llover!
La Virgen va con su esposo
caminito de Belén.
Posada buscan. En todas
le dicen a San José:
«No disponemos de espacio
para poderos tener».
«Un rincón tan sólo pido
para esta santa mujer;
para mí no pido nada,
que afuera me quedaré».
Suplica, humilde, el cuidado,
mas nadie le hace merced.
La Virgen pura sonríe:
«No te aflijas, mi José;
otra morada hallaremos,
donde un lirio ha de nacer».
Ya se salen del poblado
por los campos otra vez;
la lluvia que les caía
no les mojaba al caer;
la tierra llena de barro
no les impedía ver...
Ya descubren un establo
en el que se guarecer;
a la vera del pesebre
están la mula y el buey.
La Virgen cae de rodillas
ora también San José,
y allá arribita en los cielos
comienzan a descorrer
los telones de las nubes
los hermanos de Gabriel.
Ya lucen todos los soles
ya ha dejado de llover.

E. Morales de Acevedo

N.º 218

Del rosal sale la rosa

Del rosal sale la rosa,
¡oh qué hermosa!
¡Qué color saca tan fino!
Aunque nace en el espino
nace entera y olorosa.
Nace de nuevo primor
esta flor.
Huele tanto desde el suelo
que penetra hasta el Cielo
su fuerza maravillosa.

« Recopilación de J. Vázquez»

N.º 219

Al Nacimiento

Al ver, Niño hermoso,
que estás tiritando,
de frío temblando
con fiero rigor,
quisiera, Dios mío,
Jesús humanado,
rendirte mi pecho
que en llanto deshecho
le miro abrasado
con fuego de amor.
Pastorcito, Niño amado,
prenda de mi corazón,
yo te adoro, Rey sagrado,
pues me robas la afición.
Desnudito y por el frío
traspasado está mi Dios;
¡quién me diera, dueño mío,
aliviarte en tal dolor!
¡Qué gracioso! ¡Qué bonito!
¡Qué chiquito! ¡Qué amoroso!
Nos escucha, cariñoso,
el Divino Redentor.
Pastorcito, Niño amado,
prenda de mi corazón,
yo te adoro, Rey sagrado,
pues me robas la afición.

Aranaz y Vides

N.º 220

En brazos de una doncella

En brazos de una doncella
un infante se adormía
y en su lumbre parecía
sol nacido de una estrella.
Estando el niño durmiendo
en los brazos virginales,
cortesanos celestiales
le guardan y están sirviendo.
Los cielos está rigiendo
en brazos de una doncella
y en su lumbre parecía
sol nacido de una estrella.
En pesebre reclinado
muestra tan alta grandeza
que en la más baja pobreza
Dios y hombre es adorado.
Al mundo tiene admirado
tal infante y tal doncella,
que en su lumbre parecía
sol nacido de una estrella.

López de Ubeda

N.º 221

Un vestido para el Niño Jesús

CONSEJO DE MODISTAS

Seis MODISTAS y la PRESIDENTA; después una que entra.

Pres. Sabéis que en pobre portal
El Niño Dios ha nacido
Y para hacerle un vestido
José no tiene caudal.
Movida de compasión
Y por lo que amo a María
Vengo a implorar la hidalguía
De vuestro buen corazón.
Si es verdad vuestro cariño
A María y a José,
¡A demostrársele!
Todas ¿En qué?
Pres. En hacerle un traje al Niño.
M. 1.ª ¡Con la vida!
M. 2.ª ¡Con el alma!
M. 3.ª ¡Hilo!
M. 4.ª ¡Tijeras! ¡dedal!
M. 5.ª ¡Le haré un fajo!
M. 6.ª ¡Un delantal!
Pres. Calma, señoras, más calma:
No es para una solución
Esta bulla el mejor modo,
O se hace con orden todo,
O se cierra la sesión;
Ya que todas, por fortuna,
Sois modistas de despejo,
Quiero oír vuestro consejo;
Pero hablad una por una.
Hay que vestir al Infante
Como el Infante merece,
Con que a ver ¿cómo os pare-
Que estará más elegante? [ce
M. 1.ª Pues sacarnos de la garra
Del lobo infernal intenta,
Es pastor, y por la cuenta
Hay que hacerle una zamarra:
Y como a pastorear baje
Almas cándidas y fieles,
Claro es que de blancas pieles
Tenemos que hacerle el traje.
Poseo yo un corderito
Como la nieve de blanco;
Hoy mismo la piel le arranco
Y le hago al Niño un pellico;
Una gorrita después
Le pongo, que hacerle espero,
Y unas sandalias de cuero
En sus purísimos pies;
Quedará cuando le vista
Tan lleno de encantos mil,
Que no habrá oveja cerril
Que a seguirle se resista.
M. 2.ª Ya se puede usted guardar
Su zamara y su pellico;
No ha de ser pastor el chico.
M. 1.ª ¿Pues qué ha de ser?
M. 2.ª Militar.
En cruda guerra Luzbel
Contra nosotros estalla,
Y perdemos la batalla
Si no nos defiende El.
Y para que no presumas
Que en palabras esto queda,
Un cinto le haré de seda
Y un morrión con blancas plu- [mas;
Una espada de marfil
Ceñir pienso a su costado,
Y ya verás qué soldado,
Más gallardo y más gentil.
Le bordaré para el día;
Que a campaña salir quiera,
Azul y blanca bandera
Con el nombre de María.
M. 3.ª Este Niño soberano
No puede ser militar;
Al contrario, El ha de dar
La paz al género humano.
Náufrago es el mundo entero
Y El a salvarle ha venido;
Luego no hay duda, el vestido
Ha de ser de marinero.
Blancos zapatos con flores,
Una blusa azul muy maja
Y un sombrerito de paja
Con cintas de mil colores:
Cuando él se lance a la mar,
Las más encrespadas olas
Mansas vendrán por sí solas
Sus lindos pies a besar.
Y del rugiente oleaje
En medio del alboroto
Haremos con tal piloto,
Sanas y salvas el viaje.
M. 4.ª ¡Marino! no puede ser,
Que si El se aleja en su lancha,
Al que esté en tierra, lo en- [gancha
Sin remedio Lucifer;
Quédate con tu sombrero

Y tus cintas de colores,
Que el Niño, por más que llo-
[res,
Nunca será marinero.
Todos llevamos metido
Del corazón en el fondo
Un cáncer hondo ¡muy hondo!
Y El a sanarle ha venido.
Médico es de profesión;
Luego hay que hacerle sin falta
Un sombrero de copa alta
Con su levita y bastón.

M. 5.ª ¡Pamplinas! y no alborote,
Que el cáncer que nos apura
El médico no le cura;
Hace falta un sacerdote:
Pues a curar, según veo,
Viene el mal que nos aqueja,
Sombrero le haré de teja,
Una sotana y manteo.

M. 6.ª Ustedes, hablando en ley,
Aunque de sabias presumen,
Tienen muy poco chirumen,
¿No saben que el Niño es Rey?
Pues por más que se baraje
Y se revuelva el asunto,
No hay duda, está claro el
[punto,
De rey ha de ser el traje.
Yo le pondré un manto real
De grana y piedras preciosas
Y una corona de rosas
En la frente virginal.
A José tengo pensado
Pedir su vara florida
Y de ella hacer en seguida
Un cetro en cruz rematado.
Para el que cumpla la ley
Que a dar ha venido al mun-
Será en ventura fecundo [do,
El reinado de este Rey.
Estáis viendo que es razón
Vistamos de Rey al Chico.

M. 1.ª ¡No, no, es pastor, un pellico!

M. 2.ª ¡Es militar, un morrión!

M. 3.ª ¡Blusa azul con que a la mar
Pueda echarse necesita!

M. 4.ª ¡Es médico, una levita!

M. 5.ª ¡Es cura, traje talar!

Pres. Pues todas tienen razón,
Aunque ninguna se entiende,
Por de pronto se suspende
La comenzada sesión.

M. 7.ª (*Entrando de fuera*).
En la cueva de Belén
De donde ahora mismo llego,
San José me dió este pliego;
Dice que se enteren bien.

Pres. Veamos lo que me avisa
Este santo patriarcal,
Dirá como es natural,
Que el vestido corre prisa.

M. 1.ª Pues hoy mismo a mi cordero
Le arranco su blanca lana.

M. 5.ª Hoy le hago yo la sotana;

M. 3.ª Yo el traje de marinero;

M. 2.ª Yo el casco y el tahalí;

M. 6.ª Yo la corona y el manto;

M. 4.ª Yo la levita le planto
Y le compro un bisturí.

Pres. Que no se muevan ni un pie;
Estoy de barullos harta.
¿Quieren escuchar la carta
Que me escribe San José?
«Belén y diciembre treinta:
Con gran consuelo he sabido
Que hacer al Niño un vestido
Esa reunión intenta;
Dios premie su proceder;
Mas vestido que le cuadre
Su Madre, ¡sólo su Madre!
Es quien se lo puede hacer.
Pues sin juicio aventurado
Puedo suponer que todas,
Según las últimas modas,
Hacer el traje han pensado;
Mas Jesús que en pobre cueva
Está enseñando a vivir,
Enseñar quiere a vestir
A una moda también nueva.
El traje con que a los hombres
Ha de presentarse un día
Con telas le hace María
De desconocidos nombres;
Contra la humana costumbre,
Que es soberbia y vanidad,
Una tela es de humildad
Y la otra de masedumbre;
Y porque con más anhelo
El mundo su traje imite,
Ha dicho que a nadie admite
Sin este traje en el cielo.
Gracias mil, pero es inútil
Que sigan en su porfía,
Que ya está haciendo María
Esta túnica inconsútil;
Será el vestido nupcial,
Sin ruga ni mancha alguna,
Con que a la Iglesia se una
Que es su esposa virginal.
Y, con milagro estupendo,
Manda Dios que en adelante,
Conforme crezca el Infante,
Vaya el vestido creciendo.
Sin más; nunca olvidaré
Este favor que les debo.

Gracias, mil gracias de nuevo,
Siervo de todas» José.
P. D.—Jesús que ve la inten-
De todas y cada una, [ción
Os manda desde la cuna
Su paternal bendición;
Y espera que en adelante
En vez de cintas y flores,
Sedas, lazos y colores
Que usa la moda elegante,
Irán ustedes vestidas
Según la humildad cristiana;
Pues es necedad insana
Que ustedes vayan lucidas
Con lujosas vestiduras
Yendo tan pobre el Señor;
Y eso que El es Criador
Y ustedes sus criaturas.
En fin, si ustedes también
Quieren el traje de que hablo,
Pásense por este establo.
Pres. Pues ¡a la cueva!
Todas. ¡A Belén!

L. HERRERA, S. J.

N.º 222

Nacido por mi amor

Si el amor no lo trazara,
¡quién supiera
pedir a Dios que bajara
do para morir naciera!
Amor le hizo bajar
del seno amado del Padre,
y amor escogió la Madre
que a Dios se le pudo dar;
y si amor no lo ordenara,
nadie hubiera
que a Dios del cielo bajara
do para morir naciera.
De ninguna cosa creo,
sino del divino amor,
que en sí tuviera valor
para tener tal deseo;
que si aquél no lo intentara,
¡quién pidiera
a Dios que al suelo bajara,
y para morir naciera!
Por amor, alma, os compuso
este Niño celestial,
que con amor sin igual
hoy a nacer se dispuso;
que si tanto no os amara,
¡quién tuviera
fuerzas con que le bajara
do para morir naciera!

FR. PEDRO DE PADILLA

N.º 223

La Nana

¡A la nanita, nana,
Nanita, ea!
Mi Jesús tiene sueño;
¡Bendito sea!

I

Pimpollo de canela,
Lirio en capullo;
Duérmete, Vida mía,
Mientras te arrullo.
Duérmete, que del alma
Mi canto brota,
Y un deliquio de amores
Es cada nota.
¡Oh Niño, en cuyos ojos
El sol fulgura!
Cerrarlos es cercarme
De noche oscura;
Pero cierra, Bien mío,
Los ojos bellos,
Aunque tu Madre muera
Sin verse en ellos.
Fuentecilla que corre
Clara y sonora,
Ruiseñor que en la selva
Cantando llora...
¡Callad, mientras la cuna
Se balancea!
¡A la nanita, nana,
Nanita, ea!

II

¡Ay qué manos tan bellas
Las de mi Niño!
Suavidad y blancura
Tienen de armiño.
¡Qué dolor tan de muerte
Para esta Madre,
Cuando fiero verdugo
Me las taladre!
Sienes de leche y rosas,
Sienes divinas,
Que habéis de ser punzadas
Por mil espinas;
Dejadme, blancas sienes,
Que os bese ahora,
Con la piedad del ángel
Que a Dios adora.
Y tú, triste presagio,
Que me torturas,
Almáciga de penas
Y de amarguras;
¡Huye, mientras la cuna
Se balancea!...

¡A la nanita, nana,
Nanita, ea!

III

Boquita de amapolas
Y de claveles,
Que has de ser impregnada
De amargas hieles;
Llega, boca divina,
Llega a este seno,
De leche, de dulzuras
Y amores lleno.
¡Por Dios, Hijito mío,
No abras los brazos!
Que, al abrirlos, el alma
Me haces pedazos;
Pues me imagino verte
Cadáver yerto,
Colgante, desangrado
Y el pecho abierto...
¡Pero huid negras sombras
De mis dolores!
¡No me nubléis el cielo
De mis amores!
Huid, mientras la cuna
Se balancea:
¡A la nanita, nana,
Nanita, ea!

IV

Manojito de rosas
Y de alelíes,
¿Qué es lo que estás soñando,
Que te sonríes?
¿Cuáles son tus ensueños?
Dilo, alma mía;
Mas . ¿qué es lo que murmuras?
¿Eucaristía?...
Yo no sé lo que es eso,
Niño del alma;
Mas, pues esa sonrisa
Mis penas calma,
Sigue, sigue soñando,
Mi dulce Dueño,
Sin que nada te ahuyente
Tan grato ensueño.
Pajaritos y fuentes,
Auras y brisas,
¡Respetad ese ensueño
Y esas sonrisas.
Callad mientras la cuna
Se balancea;
Que el Niño está soñando:
¡Bendito sea!
¡A la nanita, nana,
Nanita, ea!

JUAN F. MUÑOZ Y PABÓN

N.º 224

Villancico

Venid, pastorcitos,
venid a adorar
al Rey de los cielos,
que ha nacido ya.
Un rústico techo
Abrigo le da;
Por cuna, un pesebre;
Por templo, un portal;
En lecho de pajas
Desnudito está
Quien ve las estrellas
A sus pies brillar.
Hermoso lucero
Le vino a anunciar,
Y Magos de Oriente
Buscándole van;
Delante se postran
Del Rey de Judá;
De incienso, oro y mirra
Tributo le dan.
Sin ricas ofrendas
No temáis llegar;
Que el Niño agradece
La fe y voluntad;
Del campo las flores
Gratas le serán
Al que con su risa
Las hace brotar.
Su Madre en los brazos,
Meciéndole está,
Y quiere dormirle
Con dulce cantar;
Un ángel responde
Al mismo compás:
«¡Gloria en las alturas
Y en la tierra paz!»
Humilde se acerca
Un lindo rapaz,
Que las puras aguas
Bebió del Jordán:
Jesús le contempla
Con alegre faz;
Y un blanco cordero
Principia a balar.
Con alma y con vida
Volemos allá;
Que Dios, niño y pobre,
Nos acogerá.
Los brazos nos tiende
Con grato ademán:
«¡Llegad!» nos repite
Su voz celestial.

MARTÍNEZ DE LA ROSA

N.º 225

Sonetos

Noche serena, clara más que el día
en que el divino sol, gracia del cielo,
encubriendo su ser con nuestro velo,
del pecado rompió la niebla fría;
en tí se dio principio la alegría
de que por culpa del primer abuelo,
en justa pena el miserable suelo
por divina sentencia padecía.
Quedando el claustro virginal muy sano,
cual sol pasa por vidrio transparente,
de él nace Dios de nuestro amor movido,
Noche feliz do estaban mano a mano
bailando al son del llanto del nacido
ángeles y pastores juntamente.

FR. LUIS DE LEÓN

***

—¿Vais buscando, mi Dios, dónde nacer,
y no encontráis abierto un solo hogar?
y, ¿en un establo ruin queréis entrar?
¡Ah! ¡qué pronto empezáis a padecer!
—Hijo, ¿no acabarás de comprender
por qué quise escoger aquel lugar?
¿no sabes que mi amor no puede estar
en medio del orgullo y del placer?
Donde todo lo llena la pasión,
nunca se halla hospedaje para Mí;
por eso el mundo me negó un rincón.
Hijo, si quieres que me hospede en tí,
dame humilde y desnudo el corazón,
como el portal aquel, en que nací.

BARÓN DE HERVÁS

***

Humildemente del pesebre al pie,
detrás del buey y el asno, vedme aquí:
al fin las voces de tu amor oí,
y al fin por ellas hasta Tí llegué.
Cuando a la luz radiante de la fe,
Divino Infante, te contemplo a Tí,
cuando pienso, Señor, que te ofendí,
¡cuán fea el alma en su maldad se ve!
Me oprimen la vergüenza y el pesar,
temo rebuzne el asno y muja el buey,
cuando me vean a tu lado estar.
¡Jesús, mi Dios, mi Salvador, mi Rey!
que hasta las bestias deben protestar
contra el infame que pisó tu ley.

RAMÓN M.ª VINUESA

N.º 226

Canción de cuna

La cuna de mi hijo
se mece sola,
como en el campo verde
las amapolas.
Este niño pequeño
no tiene cuna;
su padre es carpintero
y le hará una.
En la cuna bonita
mi niño duerme;
dulces le dará un ángel,
cuando despierte.
Duerme, vidita mía,
duerme sin pena,
porque al pie de la cuna
tu madre vela.
Pajarito que cantas
en la laguna,
no despiertes al niño
que está en la cuna.
Estrellita del cielo,
rayo de luna,
alumbrad a mi niño
que está en la cuna.

GABRIELA MISTRAL

N.º 227

Venid a Belén

Venid a Belén
A ver al Mesías;
Venid a Belén
A ver nuestro Bien.
Sus blancas manitas,
pequeñas cual son,
hicieron la tierra,
formaron el sol.
Sus tiernas mejillas
son rosa y jazmín,
bajados del cielo
por un serafín.
Sus labios rosados
destilan la miel;
su pecho es el cielo
del ánima fiel.
Sus ojos sonríen
y lloran de amor.
¡Qué dulce sonrisa,
qué tierno amador!
Venid almas puras,
venidle a adorar,
que es Niño Divino
y Santo sin par.

N.º 228

Belleza de Jesús

(*Monólogo para una niña*)

Yo tengo este parecer:
que el Niño Jesús bendito
debió ser muy bonito...
¡hermoso tuvo que ser!
No preguntéis la razón
en que mi creencia fundo;
el más bello de este mundo
lo concibe mi ilusión.
Me parece que le veo
en el pesebre tendido,
de pañales revestido
en aquel establo feo.
Como el oro es su cabello;
su color el de la rosa:
su mirada, cariñosa...
¡Si no puede ser más bello!
Si duerme, aquella carita
angelical, sonrosada,
presenta bien reflejada
la pureza y paz bendita.
Si abre sus ojos radiantes,
al mirar me maravillan,
porque aquellos ojos brillan
cual luceros fulgurantes.
Su sonrisa me enamora,
me causa grande embeleso.
¡Quién hubiera dado un beso
en su boca encantadora!
En su despejada frente
se revela ya el talento
y el sublime pensamiento
que admirará toda gente.
Sus manitas, tan preciosas,
para bendecir serán,
y también se ocuparán
en obras beneficiosas.
Como aquel cuerpo no hay dos:
es modelo de belleza,
como templo de pureza
donde habita el mismo Dios.
Su cuerpo es obra y hechura
del Espíritu divino,
que para formarle vino
al seno de Virgen pura.
Nada, lo digo y repito:
es Jesús mi dulce encanto,
y como le quiero tanto
pienso que fué muy bonito.

C. Araujo

N.º 229

Al Niño Jesús

Manojito de rosas
y pensamientos;
¿por qué entornas los ojos,
cuando a Ti vengo,
a mirarme en la lumbre
de tus ojuelos?...
Como te llamas pobre,
no quieres vea
que tus párpados guardan
dos ricas perlas...
¡Habráse picaruelo!
¡Quién lo dijera!
Mas no por eso entornas
tus bellos ojos;
es que no los enseñas
sino a muy pocos;
a los que mucho te aman,
mi Niño hermoso.
Azucena de nieve,
clavel de invierno,
no me ocultes la lumbre
de tus ojuelos,
que esa luz es mi vida,
sin ella muero...
Mírame, Niño hermoso,
y a tu mirada,
encanto de los cielos,
gloria del alba,
abrasada en amores,
muérase mi alma.

C. del Valle, S. J.

N.º 230

Al Niño Jesús

¡Sobre unas pajas mi Dios!...
¡quién soñara tal fineza!
¡quién a pintar acertara
tal altura y tal bajeza!
¡Si amor buscas en la tierra,
gran cosa será el amor!
¡que amor hayamos de dar
al que todo nos lo dió!
Si ardiendo estás en amor
¿por qué las pajas no enciendes?
es que el fuego de tu pecho
sólo en corazones prende.
Por mucho que te disfraces
te conocemos, Señor,
que rasgos de amor como ese
os delatan que sois Dios.

V. García, S. J.

El Nacimiento contado por chaveítas andaluces

«Pos pasó que estaban un día mu tranquilitos la Vinge y San José en su casita de Nasaré; y ba, y se presenta en la puerta un tío con un bigote mu largo, y con cara de lechuso, y con un papé en la mano, y mucho chavea detrá, y mucha patulea, y ba y le dise: oí ustede, de parte del Emperaó de Roma, que ca cuá vaya al pueblo de donde salió su familia, pa empadronarse, que el Emperaó tiene muchas ganas de sabé cuánta gente tiene su imperio. Y la gente de la patulea venía disiendo con mu malo modo: miá que fantasioso y qué presumío es er Señó Emperaó. ¡La farta que le hará sabé eso! ¡y con el frío que hase, y los caminos tan malo, y la vía tan cara! y iban refunfuñando muchas cosas.

Pero San José y la Vinge no se metieron con el tío ni dijeron na má que: güeno, iremo pa yá.

Y como los dos eran de la familia del Rey Daví, aunque habían venío a meno, y er padre de Daví era de un pueblecíyo mu chico má ayá de Jerusalén, como una tres legua, dijeron: pos vamos a tené que í a Belén pa la cuestión del padrón; y como los dos eran mu humirde, y estaban siempre conforme con to lo que se mandaba, piyaron la alforja con un bocaíyo y con una borriquilla que tenían pa í por leña, y se fueron pa Belén; la Vinge le desía a San José que se montara él, y San José que eya; y pa qué no se pusiera disgustao San José se montó la Vinge, y así echaron tre o cuatro día en vení a pará a Belén, durmiendo mu má en donde le piyaba, y comiendo un bocaíyo; y aunque iban mu molío no ponían mala cara ni ná, como otra gente que iba pa yá.

Pos en cuantito llegaron al pueblo, ba y se ponen a buscá en qué quearse; y ¡güeno! paresía que iban a pegá tiña a la gente; yamaban a toas la posá y, como lo veían tan pobretico y tan mal trajiao le desían: buscá ustede por otro lao, que acá está tó yeno; y la Vinge no se ponía triste ni ná; pero San José le iba entrando una jormiguilla de vé a su mugé despresiá y en mitá e la caye que, si no hubiera sío porque la Vinge le desía mucha cosa güena le hubiera partío la cara a un tío desconfiao de aqueyo.

—¡Chiquillo! ¿San José partir la cara?

—Güeno, yo no sé, pero lo que es yo aniguá de él, me dormía tirándole pedrás al tío de la posá y a los cristales y a tó.

Pero ná, en el pueblo aqué no había más que gente de mu mala tripa y se tuvieron que meté en una cuevesiya que había ayí fuera en el campo, lo mismito que si hubieran sío uno gitano o uno húngaro de eso de la melena.

San José se puso a arreglá lo papele del padrón, que era una cosa mu detenía, porque había mucha gente de fuera pa lo mismo, y como tenían unos nombres tan enrevesaos, el tío de la oficina estaba mu tardío pa apuntá; y luego que como San José estaba tan cayao y lo veían tan pobretiyo lo dejaban pa la cola.

La Vinge, que era mu limpia, se puso a barré la chosa, y quitá la telaraña, y a blanqueá y arjocifá, que parecía aqueyo otra cosa.

¡Y no fué ná lo que pasó ayí la Noche Buena en puntito a las dose! entró una clariá por toa la cueva, y un oló mu fino, y una música mu rara, y ba y dise la Vinge con una bó mu alegre: José, ya nació Jesús, míralo... y se quearon los dos con el resueyo metío pa entro, y como atontao, y ni podían hablá, ni yorá, ni ná má que mirá y remirá pa é jasta que rompieron a jartarlo e beso y en achuchone; luego ba la Vinge y lo arrebuja en unos pañaliyo que tenía ayí; y como no tenían cama ni cuna, con una poquiya de paja lo pusieron en un pesebriyo arrumbao, que había dejao ayí otra gente.

Y así nasió el Niño Dió.»

† Manuel González

N.º 232

Un gitano ante el portal

(*Entrando*)
¡Vaya qué portar! ¡canastos!
¡ni fachá de choza tiene!...
Porque no se asuste el Nene
dejaremo aquí lo trastos.
(*Echa en el suelo la manta*)
Seor don José, ¿da licencia?
Adelante, y de rondón
me meto en el portalón.
—¿Quién es?—Gente de conciencia.
—¿Qué se ofrece?—Pos oí
que una perla aquí encerrá
había, y de una zancáa
me planté en seguida aquí.
Vamo, enséñeme el Nene,
osté, que es tan bonachón,
pos me dice el corazón
que algo bueno pa mí tiene.
Sólo por verle he venío
dende mi pueblo hasta aquí...
Vamo, deme osté el sí,
que si no queo partío.
No tema osté me lo lleve,
don José, que soy gitano,
y ya sabe que er gitano
no roba lo que no debe.
Ni tema osté que le asuste
con estas barbas de perro;
que, aunque paezco un becerro,
yo haré que no le dizguste.
(*Asomándose*)
¿A ver? Déjeme osté verlo,
si no me entro de rondón. (*Mira*)
¡Si paece un melocotón!
¡me entran ganas de comerlo!
¡si paece un cielo er Nene!
¡qué perla, Señor, qué perla!
déjeme osté otra vez verla.
¡Canastos!... ¡qué ojitos tiene!
(De echarte, Nene, la mano
me está dando tentación).
¡Finojo! ¡si er corazón
me está robando el gitano!
¡Ay, ay, ay, que pucheriyo!
No empiece a lloriquear,
que no le puedo aguantar
y le llevo en un borsiyo.
¡Vaya, si le habré asustao
con estas barbas, ¡pardiez!
Sí, pos lo que es otra vez
he de venir afeitao.
Ahora ríe, ¡qué ocurrencia!
¿será por mí, don José?
¿Qué? ¿no le paice a osté
que tengo buena presencia?
Vamo, ¿que ya en conclusión,
quiere osté que me retire?
Pues déjeme que le tire
una copla al corazón...
»Nene del género humano,
»si quieres robar corazones,
»has de aprender mis lecciones
»para salir buen gitano».
Pero aun no me he de marchar
sin echar a la Señora
que al Niño postrada adora,
un gitanesco cantar.
»Cuando os miro en este suelo
»con el Nene sobre el brazo
»me paecéis un peazo
»que se ha caído del cielo».
Y don José, en conclusión,
hoy, sin respetos humanos,
en mi nombre los gitanos
os eligen por patrón.

J. Clairac

N.º 233

Pastorcillos en Belén

Ha nacido en un portal
llenito de telarañas,
entre la mula y el buey,
el Redentor de las almas.
Esta noche nace el Niño
entre la paja y el hielo,
¡quién pudiera, Niño mío,
vestirte de terciopelo!
En el portal de Belén
hay estrella, sol y luna:
la Virgen y San José
y el Niño que está en la cuna.
En Belén tocan a fuego,
del portal sale la llama;
es una estrella del cielo
que ha caído entre la paja.
Yo soy un pobre gitano
que vengo de Egipto aquí,
y al Niño de Dios le traigo
un gallo quiquiriquí.
Yo soy un pobre gallego
que vengo desde Galicia,
y al Niño de Dios le traigo
lienzo para una camisa.
Al Niño recién nacido
todos le traen un don;
yo soy chico y nada tengo,
le traigo mi corazón.

Fernán Caballero

N.º 234

Arrullos

Duerme, Niño del alma,
Niño chiquito,
Que es oscura la noche
Y el cierzo es frío;
Duerme y no temas,
Que aquí junto a tu cuna
Tu Madre vela.
De rosas y jazmines,
Nardos y lirios,
Compúsote tu Madre
Lecho mullido,
Do en dulce calma
Acostadito duermas,
Niño de mi alma.
¡Tú que asordas la selva
Con tus gemidos,
Tortolita que lloras
Tu bien perdido!
¡Ay! tus querellas,
No ves al Niño mío
Cuál le desvelan!
Zagalas de este valle,
Venid con flores,
Acalladle a mi Niño
Con vuestros dones.
Que está llorando,
Y llorarán los cielos
Si ven su llanto.
Enamorada luna,
cuya faz bella,
La contempla sonriendo
Mi dulce prenda;
¡Ay luna hermosa,
No me lo mires tanto...
Que estoy celosa!
Brisas que con sus rizos
Pasáis jugando,
Menos recio, airecillos...
Así... más blando;
Que el Niño mío
Por mi dicha ya queda
Casi dormido.
Ved cual yace... cruzadas
Las manecitas;
Perdida entre los labios
Dulce sonrisa;
Su faz semeja
Manojito de rosas
Y de azucenas.
Cuando sus dos ojuelos
Blancos me miran
Desfallecer de júbilo
Siento mi vida.
Esos dos soles
Transpónlos, Niño hermoso,
Que es ya de noche.
Enferma tengo el alma,
de mal de amores,
Que me miró mi Niño,
Y el alma hirióme.
Niño, bien sea...
Mas, pues de amarte vivo,
De amarte muera.
Un besito tan sólo
Mi dulce hechizo,
Un beso, aunque despiertes,
Niño dormido...
Otra vez ...otra...
Pasara ¡ay! en besarle
¡Mi toda vida!
¡Dulce imán de mi vida,
Luz de mis ojos,
Amor de mis amores,
Mi Dios, mi todo!
Duerme ya en calma..
¡Duerme, que en paz tu sueño
Tu Madre guarda!

X.

N.º 235

Duérmete, Capullo

Duérmete, Capullo,
Gloria del Edén,
que mientras te arrullo
te consolaré.
Oh, Jesús, no llores
por desdén de amores;
mira que tu llanto
te dará más frío:
calla, Niño mío,
que el sol de mi amor
secará el rocío
de tu llanto en flor.
Duérmete, mi Dueño,
duérmete, mi Bien;
te contaré un sueño
que te dé placer.
Oh Jesús, no llores
por soñar dolores;
sueña con amor,
oh querido Niño;
ríe, mi cariño,
ríe, que eres luz;
¡no sueñes tan pronto
ser clavado en cruz!
Duérmete, Capullo...

N.º 236

Al Niño Jesús

¿Qué tienen tus ojos,
que tienen, mi Dios,
que al verlos encienden
en ansias de amor?
¿Qué tienen tus ojos,
qué tienen, mi Dios,
que muere de amores
quien tus ojos vió?

R. DEL VALLE.

N.º 237

A los pucheritos del Niño Jesús

¿Por qué, Niño mío,
mi prenda adorada,
hacen pucheritos
tus labios de grana,
y triste, muy triste,
se torna tu cara?
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
Aunque son muy bellos,
y en tu linda cara
pintan los matices
de carmín y grana
que en el horizonte
pintan la alborada,
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
Aunque nuevo encanto
prestan a tus lágrimas,
y de tu boquita
aumentan la gracia,
y en tus rojos labios
dulzura derraman,
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
Aunque en ellos miro
las divinas ráfagas
del Verbo Encarnado,
que por mí se abaja,
y llora y solloza
en la carne flaca,
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
¿Es duro ese lecho
de menudas pajas,
y a los tiernos miembros
de tu tierna infancia,
en lugar de alivio
molestia les causa?
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
¿Es acaso el frío
que de la montaña,
cubierta de nieve
y de helada escarcha,
trae al Portalico
la brisa en sus alas?
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
Si angélicas voces
un himno te cantan,
¿por qué de sus notas
la música grata
no alegra tu rostro,
no alejan tus ansias?
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
Si tu amante Madre
te canta la Nana,
y en dulces coloquios
te mece y halaga,
¿por qué, por qué tiemblan
tus labios de grana?
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
Estos pucheritos
hablan sin palabras,
y con elocuencia
que, muda y callada,
al par que deleita,
mueve y arrebata;
¡Esos pucheritos
me llegan al alma!
En ellos me dices,
de manera clara,
que son mis pecados
los que te acibaran;
que llore contrito
mis culpas nefandas.
¡Y estos pucheritos
me llegan al alma!
A la par con ellos
tu amor me declaras
y, de amor mendigo,
amor me demandas,
y al amor prometes
ventura sin tasa.
¡Y estos pucheritos
me llegan al alma!
Lloraré contrito
mis culpas nefandas;
te amaré constante,
sin que pueda nada
robarme el cariño,
que mi dicha labra.
¡Y estos pucheritos
me llegan al alma!

RICARDO ROCHEL, S. J.

N.º 238

¡Si nacieras cada quince días!...

Carita de serafín,
¡apuesto a que estás contento
de ver en todo momento
tantísimo rapacín
en torno a tu nacimiento!

Todos, cual menos cual más,
algún regalo han traído;
sólo a mí se me ha ocurrrido
venir a pedir. ¡Verás
cómo marcho complacido!

Como eres chico avisado,
notarás que hemos llegado
alegres, cual castañuelas...
¡es que el alcalde ha mandado
cerrar todas las escuelas!

¡Hermoso mandato fué!
¿Y me preguntas tú a mí,
por qué el alcalde obró así?
Pues ya cualquiera lo vé;
porque tú has nacido aquí.

Y eso está bien, porque sí,
aunque regañe mi abuela,
que a mí el alma me consuela
¡poder estar junto a tí...
y saber que no hay escuela!

Francamente, Tú debías
por dar gusto a los chiquillos,
nacer cada quince días,
en tiempo de romerías
de castañas y de grillos.

Además, Tú y el turrón
siempre nacéis a la par.
¡¡Mira que fuera gozar
ver tu rostro a discreción
y ver el turrón llegar!!

No pierdas esta ocasión
de ganarte el corazón
del hombre a quien tanto quieres.
¡Y no hablemos de mujeres
cuando sepan del turrón!

Acepta, y luego verán
todos cuantos aquí están,
cómo dejo el silabario
por un tambor que a diario,
venga a tocar ¡¡rataplán!!

Mi tambor retumbará
con más ruido que un volcán;
las horas me pasarán,
no diciendo be a ba
sino ¡plán, plán, rataplán!

Mas ya entiendo que mi afán
colmado está en demasía,
pues tú naces cada día,
si consagran vino y pan.
¿Cuándo mis labios podrán
posarse en tí, mi Señor?
Ese día sonarán
los parches de mi tambor
con ruido ensordecedor:
¡rataplán, plán, rrataplán!

Y si viene el sacristán
a reñir de mal humor,
requeriré mi tambor
y contestaré: ¡plán, plán!
¡¡¡rataplán, plán, rataplán!!!

F.

N.º 239

La flor de Navidad

En la fresca sombra
de un blanco rosal
un lirio florece
por la Navidad.
Bonita es la rosa,
el rosal lo es más;
pero es más el lirio
que florecerá.
Tiene sus hojitas verdes
y blanco el cáliz está,
y la miel que hay en el cáliz
es una miel celestial.
Las abejas que a libarle
su dulcísima miel van,
son ángeles de los cielos
que le quieren custodiar.
Aunque lo ronden los ángeles
de los pastores será.
Llegan los tres Reyes Magos
para su aroma aspirar
viendo a la Virgen que con
su llanto lo regará.
—¿Por qué lloráis, Santa Virgen
María? ¿Por qué lloráis?
—Porque son perlas del alba
las que le suelen rociar,
y el día de Viernes Santo
de sangre se tornarán.
¡Blanco lirio florecido
la noche de Navidad!
En la cumbre del Calvario,
¡Cómo te deshojarán!
Hermosa es la rosa,
el ramo lo es más;
pero es más el lirio
que flocerá.

JACINTO VERDAGUER

N.º 240

Un sueño del Niño Jesús

Era una noche de invierno
triste, encapotada, fría:
sólo la nieve lucía
con tenue y pálido albor;
y de Belén en la gruta
el Niño recién nacido
yace en las pajas, dormido
como congelada flor.

José y la Madre bendita
le contemplan extasiados,
en El los ojos clavados,
sin moverse, sin hablar;
y el Niño duerme sereno,
brillante su frente pura
cual del nácar la blancura
en las conchas de la mar.

Mas de pronto, el cuerpecito
suavemente se estremece:
su nívea faz se enrojece
con ruburoso carmín;
y dijera quien lograra
ver el ardor con que brilla,
que ha encendido su mejilla
el beso de un Serafín.

¡Soñaba el Niño! Unas veces
sus ojitos destilaban
puras perlas, que bañaban
al deslizarse su faz;
otras veces sonreía
cual aurora que despierta,
en su boquita entreabierta
se retrataba la paz.

Los endiosados Esposos
mirándose con cariño,
—¡Sueña!... ¿Qué soñará el Niño?
se preguntaban los dos:
y ninguno respondía,
porque cada cual pensaba
que, como niño, soñaba...
¡Y era el que soñaba, Dios!

La Madre, al fin, no pudiendo
represar tanta dulzura,
halagó su frente pura,
y así comenzó a decir:
—Dí, Niño; ¿qué pensamiento
de alegría o de quebranto
es el que mezcla tu llanto
con tu dulce sonreir?

Y al punto el precioso Niño
los bracitos extendiendo,
aún cuando estaba durmiendo
los puso en forma de cruz:
la Virgen besó su pecho,
y, aunque la noche era fría,
pudo sentir cuánto ardía
el Corazón de Jesús.

VICENTE GÓMEZ BRAVO, S. J.

N.º 241

Este Niño y Dios

Este Niño y Dios, Antón,
que en Belén tiembla y suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
Este Niño celestial
tiene unos tan bellos,
que se va el alma tras ellos
como a centro natural.
Ya es cordero y no es león,
y como dejó la ira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
Antiguamente miraba
en nube, en monte y en fuego,
y, en ofendiéndole, luego
del ofensor se vengaba;
mas después que vino, Antón,
donde como hombre suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.
No se dejaba mirar
envuelto en nubes y velos;
ahora entre pajas y hielos
se deja ver y tocar.
Y como ve a los que son
la causa porque suspira,
con unos ojuelos mira
que penetra el corazón.

LOPE DE VEGA

N.º 242

Corderito blanco

Corderito blanco,
que durmiendo estás;
déjate bien mío,
déjate arrullar.
Si te duermes, Niño mío,
yo te quiero despertar,
pues vinieron desde Oriente
los tres Reyes a adorar.
No te duermas, mi vida;
no te duermas mi cielo.
A ro, ro,
que te arrullo yo.

«Villancicos» de Zaragoza

N.º 243

LEYENDA ORIENTAL

Se acercaba la Nochebuena y, dentro de pocas horas, iba a cumplir Jesús 33 años de edad. Próximo ya al Calvario quiso visitar, por última vez, el Portalito, donde, entre los cánticos de los ángeles y el pasmo del universo, había comenzado su peregrinación por el valle del mundo. Al caer de la tarde, entró en la cueva de Belén, y se puso a orar junto al pesebre que recibió los tiernecitos miembros del Hombre-Dios. Vino a interrumpir su contemplación una voz de anciano que, acercándose al Portal, repetía: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Llegó a la entrada de la Cueva el pastor que modulaba las melodías de Navidad, y fué a posar su encanecida cabeza junto al pesebre.

—Pastor, dijo Jesús: deseo pasar la noche en este portal si tú eres el dueño de la Cueva...

—Quédate hermano; la Cueva está abierta a todos los pastores que suelen recoger en ella sus rebaños... También acuden con frecuencia los peregrinos y los pobres... ¡Oh! ¿y no sabes, hermano, de unos huéspedes que se cobijaron, muchos años ha, bajo este pobre techo? Sí... Hoy precisamente se cumplen 33 años de este acontecimiento. Cuando César Augusto dió el decreto de empadronamiento del mundo todo, vinieron a Belén un varón y una jovencita, que no habiendo hallado sitio en el mesón por ser muy pobres, se refugiaron en este portal, donde la joven dió a luz un hijo. Dos de mis compañeros y yo pasábamos la noche al sereno en el campo de Booz, guardando nuestro rebaño, cuando a cosa de media noche, se nos puso delante un ángel de blancas vestiduras que nos llenó de espanto y nos dijo: «No temáis, porque os traigo la buena nueva de un gozo grande, el cual será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy un Salvador, el cual es Mesías; y esto os sirva de señal: hallaréis un Niño envuelto en pañales, reclinado en un pesebre». Y de improviso se juntó con el ángel una muchedumbre de la milicia celestial, que cantaban loores a Dios y decían: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Y sucedió como se partieron los ángeles para el cielo, que nos dijimos unos a otros: «Pasemos hasta Belén y veamos el caso que ha acontecido, que el Señor nos ha dado a conocer». Y vinimos presurosos y hallamos en ese pesebre al Niño reclinado entre las pajas. ¡Qué hermosura! No hablaban sus tiernecitos labios, pero sí nos hablaban sus sonrisas celestiales. Le ofrecimos unos donecillos de nuestra pobreza, y yo le pedí una bendición para un hijo que me había nacido pocos días antes, Eleazar.

—Manasés, ¿qué hizo el Mesías cuando le ofreciste tus palomas?

—Extranjero tu palabra me amedrenta. ¿Cómo sabes mi nombre? ¿cómo sabes que le ofrecí palomas? ¿cómo sabes que él me respondió? Es verdad, me habló con un gesto que me traspasó el corazón.

¿Por qué? ¿no te señaló el cielo?

—¿Cómo sabes todo eso? Algún compañero mío te ha narrado tan doloroso acontecimiento...

—Sí, algunos rumores... Pero quisiera oir de tus mismos labios...

—Pues me señaló el cielo, y llegué a entender, yo no sé cómo, que pronto me quitaría a Eleazar para llevarlo allá arriba. Pocos días después, Herodes, con la pérfida intención de dar muerte al Mesías, mandó degollar a todos los niños de la comarca.

El mío, mi querido Eleazar fué despedazado entre los brazos de su madre. Aún no se ha restañado la herida de mi corazón.

—¿Y Jesús?

—¿Jesús?, en efecto, se llamaba Jesús... ¿cómo lo sabes?... Se cuenta que, prevenidos por un ángel, le llevaron sus padres a Egipto, y que más tarde lo volvieron a su patria; nosotros no tuvimos ya la dicha de verle.

—¿No sabéis dónde está ahora?

—No lo sabemos aquí en Belén. Aunque muchas veces me ha asal-

tado una sospecha. Se habla mucho de un Jesús que recorre las aldeas y ciudades, predicando el Reino de Dios, y pienso a veces si será aquel niño que 33 años ha, nació en este portal; pero como se le llama Nazareno...

—Es verdad, pero ese nombre le viene de haberse educado en Nazaret.

—Tú, pues, le conoces...

—Sí.

—¿Dónde nació?

—En Belén.

—¿Qué edad tiene?

—33 años.

—¡Cómo! ¿pues será aquel Jesús que vino al mundo en esta Cueva?

—El mismo.

—¿Y es verdad que se llama Hijo de Dios, el Mesías?

—Sí

—Es verdad que sana enfermos, resucita muertos, sosiega las tempestades, multiplica los panes?

—Sí.

—¡Ah! le quiero ver..., le quiero ver!

—Sí, lo verás.

—¿Vendrá a Belén?

—Sí.

—¿Está lejos de aquí?

—No; está cerca.

—¿Dónde está?

—Aquí mismo: Jesús es el que te habla.

Lleno de emoción exclamó el anciano: Jesús... Jesús... Mi corazón ya me lo estaba diciendo. Jesús... Jesús. No te has olvidado del pobre pastor que te ofreció las palomas en aquella dichosísima noche... Creo en Tí, creo que eres el Maestro, el Mesías de mi pueblo... creo que Tú eres el Hijo de David... Jesús, te adoro... Tú eres el Hijo de Dios...

En este instante resonó sobre el Portalito de Belén una suavísima melodía. Los ángeles repetían el cantar de Nochebuena: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

N.º 244

MUÑEQUERIAS

(cuento de Navidad)

I

Lava que te lava en el trocito de espejo que, pegado con cola en el corcho del Belén y orlado de serrín verde, era su patrimonio en este mundo, la pobre lavandera de junto al palacio del rey Herodes notó aquella mañana desusado movimiento. Pastores conduciendo en el cuadril cantaritas de miel o de leche y en la cabeza tableros con polvorones, y pastores llevando al hombro corderos, cuando no pavos y pavas, pollos y gallinas...; éste con un borrico por delante, con chorizos y mazapanes de Toledo, y aquel con un jamón y un bacalao de Escocia...; una aldeana de refajo rojo, portadora de una espuerta con naranjas más gordas que su cabeza misma, y un «caballero de verde gabán» con un montón de melones y sandías...; amén la pintoresquísima cabalgata de tres Reyes, o a caballo o en camellos, bajando por vericuetos inverosímiles precedidos de pajes y de acémilas, renqueando los animalitos con el peso de todo lo que Dios crió en este mundo y en el otro, camino del atrevido puente de cartón, tendido sobre el río, de real y verdaderamente «cristalinas» aguas.

II

—Pero ¿qué pasa? —preguntó a un pastor que hacía una cazoletada de migas a la sombra de un árbol de inclasificada flora, a unos cinco o seis centímetros de ella.— ¿Qué ir y venir es éste, y este trasiego de comestibles, con lo carísimas que están las subsistencias?...

—Pero estás en Belén, criatura. ¿Tú no sabes lo que ha pasado esta noche?

—¿¿...??

—Pues que la Virgen profetizada por Isaías ha dado a luz un niño como un sol. Y como ha venido al mundo el alma mía con la mayor pobreza y desamparo... (¡figúrate que toda la cuna que tiene es un pesebre!)

—¡Ay, no me diga usté!

—Todos se están desviviendo por llevarle lo que tienen... En cuanto estén en punto estas poquitas migas (lo cual que por eso estoy dale que dale al soplador) ya se las estoy lle-

vando para que almuercen los pobrecitos de sus padres.

La pobre lavandera, al oir esto, hizo un arqueo de su fortuna. Y como viese todo su desvalimiento e indigencia, soltó el trapo, si tenía que llorar, con tan desgarrados ayes que hasta un guardia civil que mantenía el orden a la puerta de la gruta hubo de intervenir en el escándalo para que no despertara al Niño.

—A esa señora, de parte de la autoridad, que haga el favor de callarse.

—¡Cuando me entierren me callaré! ¿Sabe nadie mi desgracia para mandarme callar y con tan malos modos? ¡No me callo y no me callo!... ¡Ay, qué desgracia tan grande! ¡Ay, ay, ay!

III

No lejos del palacio del rey Herodes, y por ende a unos quince centímetros de la lavandera, un fraile capuchino, a juzgar por las barbas y el cordón, rezaba el oficio divino a la puerta de su hermita...

—¿Qué es eso, buena mujer?—hubo de preguntarle.

La desgracia más grande que ha visto usté en el mundo, santo varón!

Todos le llevan al Niño;
yo no tengo qué llevarle.

—¿Pero nada, nada, nada?

—¿Qué ha de tener una pobre lavandera ¡y de los soldados del rey Herodes!? El día para trabajar de sol a sol, y la noche, para dormir, que cae una rendidita.

—¡Pues quizá tenga usted algo que llevarle al Niño que le guste más que todas las golosinas de la tierra!

—¿Más que el arroz con leche y más que tó?

—Más que el arroz con leche y más que tó.

—¡Por Dios, explíquese usté!... ¡Si tendrá una después de tó, el oro y el moro, sin barruntarlo!... ¡Tuvía que ve! ¿¿...??

IV

—Ante todo, hermanita, ¿cómo anda usted de humildad?

—¡Más humilde que la tierra! ¿Qué jumos pué tené una infeliz lavandera, y de ropa de sordaos? ¡Los pobres no poemos ni escupí contra el viento!

—Bueno; ¿y de contrición por... ¡vaya!, los pecaos pocos o muchos, que haya usted cometido?... Ya ve usted; el que más y el que menos, todos somos pecadores, y hasta los justos son y caen siete veces al día!

—Po atento custión de contrición, padre de armas, ¡más arrepentiíta que Daví!... ¡Poco que he llorao yo tantísimas... malas horas que he dejaíto atrás! ¿Qué quié que dé de sí er barro, y er barro malo como er nuestro? ¡Yo he sío mu mala, padre! Lo que tiene es que no lo va a dí una pregonando con campanilla; ¡pero milagrito será que haiga en tó er nacimiento otra muñeca tan pecadora como yo!

—Pues entonces, hija mía, está usted de enhorabuena. Va usted a poner el mingo con su regalo al celestial infante.

—¿Pero no himos quedao en que no tengo ná?

—No importa. Y tan no importa, que ahora mismito deja usted el refregadero y el jabón; sigue usted esa senda de papel de cola; pasa usted ese puentecillo rústico por donde va ese pastor que toca la pandereta y se entra usted de rondón en el portal.

—¿Y me dejarán entrar tan desarrapada como estoy?

—De los pobres es el reino de los cielos. Llega usted a la cuna, o, mejor, al pesebre, y hártese de llorar...

—¿Pero no hemos queao, santo varón, en que había de llevá argo? ¿Quién se presenta allí con las manos en el seno?

—¿Y le parece a usted poco un corazón contrito y humillado? Mire usted lo que dice el salmo «Miserere», que es el que estoy rezando desde que me metió en el horno el alfarero: «Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies». ¡Corazones contritos y humillados es lo que quiere el Niño! ¿Ve usted todo lo que le llevan en ofrenda los pastores, y hasta el oro, el incienso y la mirra que le ofrecerán los reyes? Pues todo es escoria al lado de una lágrima..., ¡Una lágrima de contrición vale tanto como un cielo!

JUAN F. MUÑOZ PABÓN

N.º 245

El pastorcito en Belén

(ECO)

Soy un pastor que me alojo
junto a esa apartada choza,
mi ganado aquí retoza
y en la gruta le recojo.—*Cojo.*
¿Quién me insulta? ¿algún baturro
se quiere de mí burlar?
¡Ay, pobre dél, si me aburro!—*Burro*
Seráslo tú, gran cerote.
Mira, no me insultes más,
o bailarás al compás
de aqueste terrible azote.—*Zote.*
Ven acá, asoma el hocico;
insúltame cara a cara,
y te haré con esta vara
cuartos como a un gazapico.—*Pico.*
¿Pico? Ahora mismo te sobo;
te hallaré doquiera estés,
y con dos de ésta o tres
porrazos buenos te embobo.—*Bobo.*
¿Dónde estás, gran jabalí?
¡Sal, cobarde, y grita ahora
con tu voz insultadora!
¿Dónde estás, pillo, alfaquí?—*Aquí.*
¡Pardiez! ¡Si será un muñeco!
Por aquí ninguno asoma,
esto ya pasa de broma;
¿habrá maldito embeleco?.—*Eco.*
¿Quién será? Yo a nadie veo.
Será algún duende maldito,
una bruja, algún precito
de Satanás corifeo.—*Feo.*
Miente quien lo aseguró,
pues mi abuela, siendo niño,
sol me llamó con cariño,
que en naciendo se eclipsó.—¡*Só*!
¡No sufro más! El pellejo
le robo con el cayado,
y verá ese deslenguado
cuál de porrazos de dejo.—*Dejo.*

. . . . . .

¡Cielos! ¡qué linda Señora!
¡qué Niño tan hechicero!
Penetrar dentro yo quiero
y visitarles ahora.—*Ora.*
¿Que ore?, ¡si la profecía
se habrá efectuado ya!
Esa mujer ¿quién será?
Yo arcángel la llamaría.—*María.*
María la voz murmura,
que es mi hermosa Señora.
¡Ay de mí, alma pecadora!
¡cómo en esto se apura!—*Pura.*
Que es pura María dijo,
y ¿esa criatura tan bella,
más hermosa que una estrella,
en quien tiene el ojo fijo?—*Hijo.*
Ya caigo ¡tonto de mí!
el Mesías ha nacido;
su Madre aquí lo ha parido.
que Dios lo prometió así.—*Sí.*
¡Qué dicha! Ardorosa llama
de amor siento hacia ti, Niño.
Déjame hacerte un cariño;
toma mis brazos por cama.—*Ama.*
Mucho te amo, vida mía,
después que te conocí;
mi amor sólo para ti,
y mi pecho en ti confía.—*Fía.*
En ti fío con razón;
pero dime: ¿por qué lloras?
¿Tan chiquito y ya devoras
penas? Me das compasión.—*Pasión.*
¡Pasión! ¡ay! la que en el huerto
te espera dueño adorado,
cuando en tu sangre bañado
gimas con dolor incierto.—*Cierto.*
¡Ay, mi Niño! déjame
que me atreva a preguntarte
¿por qué quisiste bajarte
del cielo? ¡Contéstame!.—*Amé.*
¡Ay! ¿porque me amaste a mí
a aquesta choza has venido?
Y después que te he ofendido
¿me quieres también así? *Sí.*
Pues yo juro no amar más
que a ti, mi dulce alegría,
y a tu Madre que lo es mía,
y al torpe mundo jamás.

P. Cabrero

N.º 246

Hagamos un pellico

Hagamos un pellico
al Niño Dios,
que nace corderico,
que vive pastorcico
y muere por amor.
Hagamos un pellico
al Niño Dios.

Gómez Tejada

N.º 247

Martirologio de Navidad

(Puede recitarlo desde el escenario un niño vestido de pregonero. Redoble de tambor al principio y al fin)

El año de la creación del mundo, cuando en el principio crió Dios el cielo y la tierra, cinco mil ciento noventa y nueve; del diluvio, el año dos mil novecientos cincuenta y siete; del nacimiento de Abrahán, el año dos mil quince; de Moisés y la salida del pueblo de Israel de Egipto, el mil quinientos diez; desde que David fué ungido Rey, el mil treinta y dos; en la semana sexagésima quinta, según la profecía de Daniel; en la Olimpíada ciento noventa y cuatro; de la fundación de Roma, el año setecientos cincuenta y dos; del imperio de Octaviano Augusto, el cuarenta y dos; estando todo el orbe en paz, en la sexta edad del mundo: Jesucristo Eterno Dios e Hijo del Eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su misericordiosísimo advenimiento, concebido del Espíritu Santo, y pasados nueve meses de su concepción: nace en Belén de Judá, de la Virgen María, hecho hombre.

(Martirologio Romano en la fiesta de Navidad).

N.º 248

Cántico al Niño Jesús

Dulce Jesús mío,
Dulce Redentor,
Si pudiera amarte
Con tu mismo amor,
Como Tú me quieres
Te quisiera yo.

Vida de mi vida,
Y amor de mi amor,
Cielo de los cielos
Sol del mismo sol;
Dulce Jesús mío,
Dulce Redentor,
A adorarte vengo,
Mi Dios y Señor;
Y si amor tuviera
Digno de tu amor,
Como Tú me quieres
Te quisiera yo.
Mudo ante tus plantas,
Mírame, Señor,
¿Cómo en lengua de hombre
Te hablaré, mi Dios?
Háblente mis ojos
Con ansias de amor,
Y ardan en mis ansias
Alma y corazón;
Y si amar pudiera
Con amor de Dios,
Como Tú me quieres
Te quisiera yo.
Mírame, mi vida,
Mírame, mi amor,
Quiéreme, mi Niño,
Quiéreme, mi Dios;
Que si brotan flores
Donde mira el sol,
¿Qué no harán tus ojos?
¿Qué no hará tu amor?...
Dios del alma mía,
Sol que alumbra al sol,
Si pudiera amarte
Con tu mismo amor,
Como Tú me quieres
Te quisiera yo.
Gloria de los cielos,
Mi Dios y Señor,
Dulce Jesús mío,
Dulce Redentor,
Dame lo que pides
Y pídeme amor.
Tuyos son mis ojos,
Tuyo el corazón,
Tuya toda el alma,
Tuyo cuanto soy;
Y si amar pudiera
Con tu mismo amor,
Si hombre sólo fueses
Y Dios fuera yo,
Hombre yo me haría
Por hacerte Dios...
Dulce Jesús mío,
Mi Vida y Amor,
Ve si cual me quieres
Te quisiera yo.

R. DEL VALLE RUIZ

N.º 249

¡Ay el pastorcito!

¡*Ay el pastorcito*!
¡*qué hermoso y qué bello*!
¡Qué enamoradito
del cielo desciende
buscando la oveja
que se le ha perdido!
¡*Ay el pastorcito*!
¡Ay qué amoroso
la busca, la llama,
siendo el reclamo
de su amante silbo
el llanto, el sollozo,
la queja, el suspiro!
¡*Ay el pastorcito*!

«Villancicos» de Córdoba

N.º 250

A la clavelina

A la clavelina,
a la perla fina,
a la aurora santa,
que el sol se levanta.
Clavelina hermosa,
perla de los cielos,
rocío divino,
soberano Verbo;
gusto que las nubes
a la tierra dieron
sobre el vellocino
más puro que el cielo.
Vuestra Madre Aurora
día tan sereno
a la tierra ha dado
que os está diciendo:
a la clavelina,
a la perla fina,
a la aurora santa,
que el sol se levanta.
Reina de los Cielos,
Divina Señora:
a fe que habéis dado
al mundo limosna;
con esa moneda,
pues que vale sola
cuanto vale Dios.
Mirad si atesora
la ventura toda
que la Tierra aguarda.
A la aurora santa
que el sol se levanta,
a la clavelina.

Lope de Vega

N.º 251

Portalico divino

Portalico divino,
¡cuán bien pareces
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces!
Dulce portalico,
lleno de mil perlas;
¡quién pudiera haberlas
para quedar rico!
tus bienes publico,
pues tan bien pareces,
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.
El alcázar de oro,
que así resplandece,
¡qué pobre parece
ante este tesoro!
Ante el Dios que adoro,
todo desfallece,
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.
Niño Dios divino
vino a Ti del cielo,
debajo de un velo
raro y peregrino;
y en este camino
el alma enriqueces
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.

Francisco de Avila

N.º 252

Un niño al Niño Jesús

Dulce Jesús, Santo Niño,
Mi madre me habló de Ti,
Y desde entonces sentí,
Profundo y tierno cariño.
Cariño por Ti, bien mío,
En quien pienso al despertarme,
A quien antes de acostarme
Mi pura oración envío.
Sé que descendiste al suelo
Desde tu trono radiante,
Para buscarnos, amante,
Para llevarnos al cielo.
Todos los niños te amamos
Queremos vivir contigo,
Escuchar tu acento amigo,
Y ver tu faz anhelamos.
En nosotros se derrame
Tu gracia y tu bendición,
Y haz que nuestro corazón
Siempre te adore y te ame.

N.º 253

INVITACION

Venid a ver al Hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no sentado a la diestra de la Magestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frío en un establo.

Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio como verdadero Redentor.

Llegó aquella hora tan deseada de todas las gentes, tan esperada de todos los siglos, tan prometida de todos los tiempos, tan cantada y celebrada en todas las Escrituras Divinas.

Llegó aquella hora de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la victoria del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado; por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos.

Era media noche, más clara que el mediodía, cuando todas las cosas estaban en silencio, y gozaban del sosiego y reposo de la noche quieta...

Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo a este lugar de nuestras miserias, y apareció vestido de nuestra carne...

¡Oh venerable misterio, más para sentir que para decir! no para explicarse con palabras, sino para adorarse con admiración de silencio.

FR. LUIS DE GRANADA

N.º 254

Al Niño Jesús

No sé, Niño hermoso,
Qué he visto yo en Ti,
Que no sé qué tengo
Desde que te vi.
Tus tiernas mejillas
De nieve y carmín,
Tus labios hermosos
Cual rosa de abril,
Tu aspecto halagüeño
Y el dulce reír,
Tan profundamente
Se han grabado en mí,
Que no sé qué tengo
Desde que te vi.

Si acaso algún día
Me atrevo a salir
Al ameno prado
Por me divertir,
Doquiera que mire
Te miro yo allí;
Y entonces de nuevo
Comienzo a advertir,
Que no sé qué tengo
Desde que te vi.
Cuando por la noche
Me llego a dormir,
Al punto en mis sueños
Te veo venir.
Los brazos extiendo
Por asirme a Ti,
Mas quedo burlado,
Y digo entre mí:
Que no sé qué tengo
Desde que te vi.
Mi pecho, que ha sido
Cual bronce hasta aquí,
Tu luz ardorosa
No puede sufrir;
El alma se exhala
Cual aura sutil,
Y yo de tal suerte
Me siento morir,
Que no sé qué tengo
Desde que te vi.
Vuelve, Niño amable,
Tu rostro hacia mí,
Dame que yo viva
Sólo para Ti;
Dame que en tu gracia
Yo acierte a morir,
Para que así pueda
Por siempre decir:
Que no sé qué tengo
Desde que te vi.

FR. VICENTE MARTÍNEZ

N.º 255

El sueño de Jesús

Ya duerme la vida mía,
ya duerme mi Niño bello.
¡Vedle, cualquiera creería
hebras de luz su cabello!
La frente de gracia llena
reclinó en la pobre cuna;
¡parece un rayo de luna
posado en una azucena!
Tras los párpados cerrados
se ven brillar sus miradas,
como dos soles velados
por leves nubes rosadas.
¿Oís rumor celestial
que el alma deleita, encanta?
Es un ángel que le canta
con su lira de cristal.
¡Miradlo!... ¡Cuánto candor
brilla en su rostro risueño!
¡Aun mucho más que de sueño
está rendido de amor!
Amor que, mientras su frente
descansa en el pobre lecho,
hace latir en su pecho
su corazón inocente.
Y es que, siempre de mí en pos,
para lograr mi cariño,
¡hasta el pecho de ese Niño
bajó el corazón de Dios!

¡Mirad! Sus labios de miel
agita leve sonrisa,
como el soplo de la brisa
los pétalos de un clavel.
¿En qué sueña? Al verle así
sonreír y suspirar,
¡he llegado a sospechar
que duerme soñando en mí!
¡En mí piensa cariñoso!
¡En mí a quien El tanto ama!
¡Tal vez sueña que me llama
y me sonríe amoroso!
Tal vez mi bien deseado,
para lograr mi cariño,
está dormido ensayando
todas sus gracias de Niño.
Por eso no turbará
nadie su risueña calma:
mientras duerme velará
junto a su cuna mi alma.
Y si acaso de besarle
sintiere grandes antojos,
por temor de despertarle
le besaré con los ojos.

J. Peralta Valdivia

N.º 256

¡Viva Jesús!

¡*Viva, viva Jesús, mi amor*!
¡*Viva, viva mi Salvador*!
¡Oh Jesús tiernecito,
ejemplar de candor!
¡Oh precioso hermanito!
eres todo mi amor.
Eres tú en el pesebre
más hermoso que el sol,
y más lindo y alegre
que el más bello arrebol.
Al mirar extasiado
tu infantil sonreír,
¡oh Jesús adorado!
ya me es dulce morir.
De tu santa doctrina
lléname el corazón,
y con mano benigna
dame tu bendición.
A tus niños queridos
da cordura y virtud,
y serán parecidos
a su hermano Jesús.
Y, después de adorarte,
tan amable en Belén,
llévanos a gozarte
en los cielos. Amén.

N.º 257

Canción de Nochebuena

Arroró mi niño,
arroró mi sol...
Una noche buena
un niño nació...
Nació en un establo
—palacio de amor—
Una rubia estrella,
en su anunciación,
trazó en las espesas
nubes de carbón
un sendero blanco
con vivo fulgor...
...y el niño fué hombre
y la cruz cargó,
y en las duras piedras
su sangre sembró...
y entonces la estrella,
como el caracol
que esconde los cuernos,
su luz ocultó...
Arroró mi niño,
arroró mi sol...

Carlos N. Garrigós

N.º 258

No lloréis mis ojos

No lloréis, mis ojos,
Niño-Dios, callad:
que si llora el Cielo
¿quién podrá cantar?

Vuestra Madre hermosa,
que cantando está,
llorará también
si ve que lloráis.

O es fuego, o es frío
la causa que os dan.
Si es amor, mis ojos,
muy pequeño amáis.

Enjugad las perlas,
nácar celestial,
que si llora el Cielo
¿quién podrá cantar?

Los ángeles bellos
cantan, que les dais
a los Cielos, gloria,
a la tierra, paz.

Por esas montañas
descendiendo, van
pastores, cantando
por daros solaz.

Niño de mis ojos,
ea, no haya más,
que si llora el Cielo
¿quién podrá cantar?

LOPE DE VEGA

N.º 259

Un Niño hermoso

«Un niño hermoso
nos ha nacido,
cual cien rosales
que han florecido».

Sus lagrimillas,
perlitas son
del cofrecillo
del corazón.

No llores, Niño,
mi amor, callad,
si el Cielo llora,
¡quién cantará?

Virgen hermosa,
dame a besar
la bella rosa
de tu rosal.

F. C. UGALDE, C. M. F.

N.º 260

Junto a su cuna

(*Un niño y el Angel de su Guarda*)

A.—Mírale en su pobre cuna,
¡Qué hermoso!, ¡qué sonriente!
Ha puesto en su tersa frente
un beso de luz la luna.

N.—¿Y cómo estando desnudo
no tiembla el pobre de frío?

A.—Porque el amor, hijo mío,
puede más que el frío crudo.

N.—¡Con qué gracioso embeleso
tiene entreabierta la boca!

A.—Es que el amor le sofoca;
es que quiere darte un beso.

N.—¡Con qué atrayente candor
tiende hacia el cielo los brazos!

A.—Está sediento de abrazos;
está sediento de amor.

N.—Mira: sus manos divinas
lleva risueño a la frente.
¡Qué buscará el inocente!

A.—Una corona de espinas.

N.—¿Por qué en el fondo sin luz
se clavan sus dulces ojos?

A.—Busca una senda de abrojos,
un calvario y una cruz.
¡Chist! Contempla con qué calma
se ha entregado al sueño blando.

N.—¡Estará con Dios soñando!

A.—No: está soñando en tu alma.
Mira: ¿no observas al Niño?
Sonreír parece en sueño.

N.—¡Por qué reirá mi Dueño!

A.—Porque sueña en tu cariño.

N.—¡Y que en tan santa ocasión
yo tenga frío!

A. —Es invierno

N.—¡Oh! no; este frío es interno;
está aquí... ¡en el corazón!

A.—¡Y a su vista no te inflamas!
Llámale y di:

A. y N. —«Jesús mío,
un alma muerta de frío
quiere inflamarse en tus llamas;
quiere imitarte, Señor,
ser de tu vida un compendio,
y vibrar como un incendio,
como un incendio de amor.
Quiere morir en tu Cruz,
vivir tus horas aciagas,
vestir el cuerpo de llagas,
vestir el alma de luz.

Escucha a un niño, Señor,
que anhela ser siempre así,
que quiere vivir de Ti,
que quiere morir de amor».

MIGUEL MUCIENTES

N.º 261

Herido de amor

Pobre nace Dios del cielo;
hele allí tendido queda;
salid, hombres, a adorarle,
pues es Dios de cielo y tierra.
Veréis un lloroso niño
tendido en la seca yerba,
su cuerpo en amor bañado,
la cara de gracia llena.
Tiene una mortal herida
encubierta por de fuera:
tanto el corazón le pasa
que hasta la muerte le llega.
No se la dió su enemigo
ni nadie que lo siguiera,
ni con intención dañada,
mas el amor se la diera.
Hallóle el cuerpo sin armas,
que en su cuerpo no hay defensa.
Llorando canta esta culpa:
«mira, Adán, que tuya era;
Mas el fuego que me abrasa
mayor que tu culpa fuera;
mas si quieres ver mi amor,
Adán, en la cruz me espera».

CANCIONERO DE UBEDA

N.º 262

No lloréis, mi Niño

Callad, mi Niño, callad;
no lloréis, callad ahora,
porque no digan que llora
un Niño que es hombre ya.
El hielo os trata de modo
que no es mucho que os asombre;
pero ya, Señor, sois hombre,
no hay sino pasar por todo.
Mal el tiempo os tratará,
pero sufrid por acá,
porque no digan que llora
un Niño que es hombre ya.
Sepamos de qué lloráis;
porque si amores tenéis,
no me espanto que lloréis,
aunque más hombre seáis.
¿Son amores? Pues llorad;
que ni me espanta que llora
ni de ver que se enamora
un Niño que es hombre ya.

ALONSO DE LEDESMA

N.º 263

Viene en el invierno

Viene en el invierno
la primavera,
venga enhorabuena.
Viene a media noche
la aurora florida,
sea bienvenida.
Albricia, zagales,
que nacido ha
el más bello niño
de nuestro lugar.
Su rostro divino
quisiera pintar,
mas los serafines
apenas podrán.
Sus cabellos de oro,
frente de cristal,
cada ceja suya
iris celestial;
sus ojos estrellas
y nortes del mar,
o soles que al cielo
siempre han de alumbrar.
En sus dos mejillas
compitiendo están
clavel y jazmín
con gloriosa paz;
su bosa es de nácar
que perlas dará
entre los dos labios
de fino coral.
Seguidme, pastores,
vamos a besar
los pies a la Reina
y Rey celestial.

GÓMEZ TEJADA

N.º 264

Madrigal

Ojos bellos, que me dais
dulce muerte con mirarme;
ojos que, con no mirarme,
dulce vida me quitáis;
vuestra bondad o rigor
siempre a morir me condena;
si no me miráis, de pena;
y si me miráis, de amor.
Mas si tal es mi destino
que de todas suertes muero,
morirme de amores quiero;
¡miradme, Jesús divino!

REYES, S. J.

N.º 265

FLORES DE INVIERNO

A

Jesús, María y José

Al Niño

No sé si será el amor,
Ni sé si serán mis ojos;
Mas cada vez que te miro,
Me pareces más hermoso.

Anda, ve y dile a tu Madre
Que te guarde muy guardado;
Pues hay almas muy gitanas
Y te van a echar la mano.

Abreme tu pecho, Niño,
Abreme tu corazón;
Que hace mucho frío fuera,
Y aquí sólo hallo calor.

No me guiñes esos ojos
Diciéndome que te ame;
Vamos, no seas así,
Que se lo digo a tu Madre.

El que quiera belleza
Venga a tu rostro;
Quien quiera luz del cielo
Venga a tus ojos;
¡Ay! Niño amado,
Y el que quiera dulzura
Venga a tus labios.

Niño, Niño, y ¡cómo quemas
Por la fuerza del amor!
Si esto haces cuando tiritas
¿Qué harás cuando haga calor ?

Ya no temo que me mates
Si me llegas a mirar;
Pues si de nuevo me miras
Tú me resucitarás.

Por el valle de rosas
De tus mejillas
Corren dos arroyitos
De lagrimitas;
¡Déjame, deja
Que ellas la sed me apaguen
Que me atormenta!

Para que no te nos vayas
Preso con fajas te han puesto;
Y te encuentras tan atado
Porque yo anduve muy suelto.

Jesús, tú eres el alma
Del alma mía;
Sin ti la luz es sombra
Muerte la vida
¡Manso Cordero!
Contigo, hasta el Calvario;
Sin ti, ni al cielo.

Al ver como tú me traes
De tu pecho en lo más hondo
Yo te traigo, Niño mío,
En las niñas de mis ojos.

¿Quieres que juguemos, Niño,
Al juego del esconder?
Pues escóndeme en tu pecho,
Que yo en mí te esconderé.

¡Ah!, no me hagas pucheritos,
Que me vas a hacer llorar;
Calla; que aquello que hice
No volveré a hacerlo más.

En vano te disfrazas
Y escondes, Niño,
Los ángeles del cielo
Te han conocido.
¡Tan sólo el hombre
Por más que te descubres,
No te conoce!

¿Por qué están tus labios, Niño,
Que parece brotan sangre?
Porque con mis labios sucios
¡Ay, me he atrevido a besarte!

Manda, Niño, por favor,
Que antes que llegue a hacer una,
Me dé una cornada el buey
Y un par de coces la mula.

Tú mi amor me pides, Niño;
Sin corazón no ama nadie;
Si tú el corazón me robas
¿Cómo quieres que te ame?

Tienes unos ojos, Niño,
Que sólo con mirar matan;
Pero con tal que me mires,
¡Mátame, Niño del alma!

¿Quién te ha enseñado tan pronto
A tener tan malas mañas;
Pues que robas corazones
Como si fueran manzanas?

Son la cruz y el pesebre
De una madera
Con que Dios ha labrado
Todas sus flechas;
¡Ay! prenda mía:
Atraviésame el pecho
Con una astilla.

Es tanto lo que te quiero
Que a besos te comería,
Y si te volvieras pan
Siempre a poco me sabría.

¿Vienes a ver si los hombres
De Ti se enamoran más?
Pues por esta cruz te juro
Que caro te ha de costar.

Las abejas buscan miel
Y se posan en tus labios;
Como parecen claveles
Que se engañen no es extraño.

Hagamos, mi Niño, un trueque,
Aunque yo pienso ganar:
Toma mi vida y mi alma,
Y dame tu amor, y... en paz.

Mil corazones, Niño,
Yo te daría
Por lograr una sola
De tus caricias.
¡Mas... miento, miento!
Que el que tengo me pides
Y te lo niego.

Duérmete, Jesús mío,
Duerme en mis brazos;
Y no llores, no llores
Por mis pecados.
Duérmete, duérmete,
Y aunque llorar me sientas,
No te despiertes.

No me arrojes del Portal,
Yo me estaré en un rincón:
Y ya nos arreglaremos
La mula, el buey y yo.

El Niño, aunque tan Niño,
Dicen que come
Corazoncitos tiernos
De pecadores.
¡Jesús divino!
Aunque está un poco duro,
Toma allá el mío.

El corazón, Niño mío,
Le tengo chorreando sangre;
Y estas heridas del alma
Sólo tú curarlas sabes.

A la Madre

Madre, no dejéis al Niño
Recostado en el pesebre:
Que hay hombres, Dios los perdone,
Muy capaces de comérsele.

Falta hace un perro, Señora,
Para guardar el establo;
Yo os serviré como un perro.
A ver si para eso valgo.

Yo quiero ser bueno, Madre,
Y el corazón no me deja;
Di lo que pasa a tu Niño
A ver cómo lo remedia.

Matar quiere el trigre Herodes
Al Hijo de tus entrañas.
No le ha visto, si le viera,
Aunque tigre se amansara.

A San José

Hágale, Señor José,
A ese Niño una cunita;
Aunque, ¡qué cuna mejor
Que los brazos de María!

Pues Jesús es para todos
Y por todos ha venido,
Deme usté, Señor José,
Deme usté un ratito al Niño.

Voy a meterme a aprendiz
Para ganarme la vida;
Si me pierdo que me busquen
En vuestra carpintería.

Vamos, Señor San José,
Ya podéis estar contento;
Que dos prendas como esas
Ni Dios las tiene en el cielo.

A los tres

Fui a José por simiente
De un árbol que llaman Cruz;
Sembró en mi pecho María;
Nació en mi pecho Jesús.

Por el portal de Belén
Corre un arroyo de lágrimas;
Pero son lágrimas dulces,
Dulces como la Esperanza.

A Jesús mira la Virgen
Y a la Virgen San José,
Y Jesús mira a los dos
Y... se sonríen los tres.

El portal no tiene guardias
Ni puertas tiene el portal,
Es pequeño y todos caben,
Y todos pueden entrar.

De todos estos misterios
Es el misterio más hondo
Que Jesús nos quiera tanto
Y le queramos tan poco.

Anda y dile algo a ese Niño
Que los bracitos te tiende;
Y si el corazón te pide,
Por Dios, que no se lo niegues.
Los caminos de la vida
A Belén llevan derecho;
Por Belén se va al Calvario
Y por el Calvario al cielo.
En el portal de Belén
Hay un letrero muy grande
Que en letras muy gordas dice:
¡Aquí se da Dios de balde!
Allá va el Niño y la Virgen
Caminando en un jumento:
Hay borricos con fortuna...
¡Ay si yo fuera uno de ellos!
En el portal de Belén
Brota un rosal de pasión;
Jesús sonrió al mirarlo,
María al verlo lloró.
Mucho, mucho es lo que quiero
A Jesús, María y José.
Aunque, si a escoger me dieran,
Me quedara... con los tres.

SAJ.

N.º 266

Villancico

Caído se le ha un clavel
Hoy a la Aurora del seno;
¡Qué glorioso que está el heno,
Porque ha caído sobre él!
Cuando el silencio tenía
Todas las cosas del suelo,
Y coronada de hielo
Reinaba la noche fría,
En medio la monarquía
De tinieblas tan cruel.
Caído se le ha, etc.
De un solo clavel ceñida
La Virgen, Aurora bella,
Al mundo se lo dió, y Ella
Quedó cual antes, florida:
A la púrpura caída
Siempre fué el heno fiel.
Caído se le ha, etc.
El heno, pues, que fué dino,
A pesar de tantas nieves,
De ver en los brazos leves
Este Rosicler divino,
Para su lecho fué lino,
Oro para su dosel.
Caído se le ha un clavel
Hoy a la Aurora del seno;
¡Qué glorioso esta el heno,
Porque ha caído sobre él!

LUIS DE GÓNGORA

N.º 267

Los ojos del Niño

Los ojos del Niño son
graciosos, lindos y bellos
y tiene un no sé qué en ellos
que me roba el corazón.
Lo que más suele robar
en el verdadero amor
y descubrir más favor
es un alegre mirar;
pues que si las vistas son
de quien tiene ojos tan bellos,
envía un no sé qué en ellos
que traspasa el corazón.
La blanca frente y su vuelo,
la ceja tan bien sacada,
la boquita colorada,
cierto son cosas del cielo;
pero, sobre todo, son
los ojos, que sólo en vellos
un no sé qué hay en ellos
me cautiva el corazón.
Bien alcanzo yo a sentir
que me roban, mas no siento
el con qué, ni el sentimiento
da lugar a lo decir.
Y esta es toda la razón
del decir, tratando dellos,
que tiene un no sé qué en ellos
que me roba el corazón.
Pídole quiera mirarme
porque, viéndose El en mí,
el mirar y amarse allí
es mirarme a mí, y amarme.
Nunca yo le di ocasión
para que sus ojos bellos
quiera el Niño no ponellos
sobre mí de corazón.

LÓPEZ DE UBEDA

N.º 268

¡Llora por mí!

¿Por qué lágrimas tan puras
derramáis?
Por mí es, Dios, a quien amáis.
Veo estaros adorando
ángeles y serafines,
y los altos querubines
vuestro poder alabando;
¿por qué están ellos cantando,
y Vos lloráis?
Por mí es, Dios, a quien amáis.
Ese grito dulce y puro
dado con tanta afición,
ablandará el corazón

más empedernido y duro;
vuestro lloro es un seguro
que me dais;
a mí es, Dios, a quien amáis.
Está el alma enterneciendo
vuestro llorar tan suave
a la Reina y Virgen grave
que os está en brazos teniendo;
¿Por qué, Rey del cielo siendo,
así tembláis?
Por mí es, Dios, a quien amáis.
Venís, siendo Dios, al suelo
y en fuego de amor ardéis,
porque, como Dios, queréis
darme gloria allá en el cielo.
Mas, ¿por qué en tan tierno velo
acá os mostráis?
Por mí es, Dios, a quien amáis.
Era imposible morir,
siendo Vos Dios soberano,
y tomasteis traje humano,
mi Dios, por me redimir;
la muerte habréis de sufrir,
que buscáis;
a mí es, Dios, a quien amáis.

DIEGO CORTÉS

N.º 269

Al Niño Jesús

¡Virgen! ¡Qué niño más guapo!
Paice de rosa y de cera,
cuales son los angelines
del retablo de la iglesia.
¡Sus ojines son más dulces!...
Y su cara de azucena...
Tira una miajina a rosa
pa que más guapo *paezca.*
Lo que es a mí me entontece
si alguna risa me jecha
con su boquita sin dientes,
tan redondica y tan fresca.
Ejame, Virgen *quería,*
que yo lo coja y lo mezca;
éjame que yo le arrope;
éjame que yo le duerma;
éjame que yo le alegre
con las *tonás* de mi tierra,
tan continuas y tan dulces
como *zumbíos* de abeja,
como *ruíos* de regato,
como aire de *alamea...*
Venga, Madre, ese mocino;
éjame, Madre, esa prenda;
éjame que yo le bese
en su carina de cea.

A. DELGADO

N.º 270

Zagalejo de perlas

Zagalejo de perlas,
Hijo del alba:
¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?
Como sois lucero
Del alma mía,
A traer al día
Nacéis primero:
Pastor y Cordero
Sin choza y lana.
¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?
Perlas en los ojos,
Risa en la boca,
Las almas provoca
A placer y enojos;
Cabellitos rojos,
Boca de grana,
¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?
¿Qué tenéis que hacer,
Pastorcito Santo?
—Madrugando tanto
Lo dais a entender;—
Aunque vais a ver
Disfrazado al alma,
¿Dónde vais, que hace frío,
Tan de mañana?

LOPE DE VEGA

N.º 271

Coloquio con el Niño Jesús

(El hombre y Jesús)

—De veros nacer así,
lástima tengo, mi Dios.
—Más la tengo yo de vos;
que antes por eso nací.
—Yo siento que helado estáis,
y yo muy bien arropado.
—Eso me tiene a Mi helado:
que estéis tal, que no sintáis.
—Mi mal es culpa mortal,
y el vuestro pena y dolor.
—De aquí saca el pecador,
cuál debe ser mayor mal.
—Yo confieso que es así;
tener lástima, mi Dios.
—Tanta la tengo de vos,
que no la tendré de Mí.

ALONSO DE LEDESMA

N.º 272

Cantares populares

Todos le llevan al Niño,
yo también le llevaré
una torta de manteca
y un tarro de rica miel.
Tomad este capullito:
hecho de flores está
para cubrir la cabeza
de este Niño celestial.
Jesusito de mi vida,
Tú eres niño como yo;
por eso te quiero tanto
y te doy mi corazón.
Todos le llevan al Niño,
yo no tengo que llevarle;
las alas del corazón
le servirán de pañales.
En el portal de Belén
nació un clavel encarnado
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.
Por los campos del oriente
sale, dando envidia al sol,
la más bella criatura
que jamás persona vió.
He visto a un Niño tan pobre...
a un Niño que llaman Dios,
que le di para pañales
las telas del corazón.
En la mejilla del Niño
un beso estampa José,
y Jesús llora pensando
que un beso le ha de vender.
Cuando llora el Niño Dios
le cercan ángeles bellos,
para recoger las lágrimas
y llevárselas al cielo.
Esta noche es Nochebuena,
y no es noche de dormir;
que la Virgen tiene un Niño
que nos viene a redimir.
En el portal de Belén
en invierno es primavera;
el Mesías esperado
ha venido ya a la tierra.
Los pastores de Belén
tocan gaitas y tambores
para que no llore el Niño
que nació entre resplandores.
Los pastores de Belén
llevaban haces de leña
para calentar al Niño
que nació en la Nochebuena.
La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero;
los angelitos cantaban,
y el agua se iba riendo.
Mirando al Niño divino
se decía entristecida:
«¡Cuánto tienes que sufrir,
Lucerito de mi vida!
La cabeza de mi Niño,
tan hermosa y agraciada,
¡luego la tengo de ver
con espinas traspasada!
Las manitas de mi Niño,
tan blancas y torneadas,
¡luego las tengo de ver
en una cruz enclavadas!
Piececitos de mi Niño,
tan ricos y sonrosados,
¡luego los tengo de ver
con un clavo taladrados!»
Zagalitos al instante,
presurosos acudid,
y adorad al tierno Infante,
Hijo excelso de David.
Los pastores que supieron
que el Niño ha nacido ya,
al momento le cubrieron
de flores todo el portal.
Los pastores y zagalas
caminan hacia el portal
llevando llenos de frutas
los cestos y el delantal.
Los tres reyes del oriente
se aproximan al portal
a ofrecer sus corazones
al Cordero celestial.
Eres rubio como el oro,
y dulce como la miel,
tus ojos son dos luceros
y tu boquita un vergel.

N.º 273

Al nombre de Jesús

Alegría, zagales,
valles y montes,
que el Zagal de María
ya tiene nombre.
Corred, arroyuelos,
cándida leche;
los corderos retocen,
canten las fuentes;
y las aves alegres
en sus canciones:
que el Zagal de María
ya tiene nombre.

LOPE DE VEGA

N.º 274

Deshecha del romance

Eres Niño y has amor:
¿qué farás cuando mayor?
Pues que en tu Natividad
te quema la caridad,
en tu varonil edad
¿quién sufrirá su calor?
Eres Niño y has amor:
¿qué farás cuando mayor?
Será tan vivo su fuego,
que con importuno ruego,
por salvar al mundo ciego,
te dará mortal dolor.
Eres Niño y has amor:
¿qué farás cuando mayor?
Arderá tanto tu gana,
que por la natura humana
querrás pagar su manzana
con muerte de malhechor.
Eres Niño y has amor:
¿qué farás cuando mayor?
¡Oh amor digno de espanto!
pues que en este Niño santo
has de pregonarte tanto,
cantemos a su loor:
Eres Niño y has amor:
¿que farás cuando mayor?

FR. IÑIGO DE MENDOZA

N.º 275

Divino mercader

(*El hombre y el Niño Jesús*)

—Decid, rico mercader,
¿qué vinisteis a feriar?
—A vos os vengo a comprar,
y a Mí me vengo a vender.
—Ved que es trueco desigual
en calidad y valor.
—La mercancía de amor
siempre se da tal por tal.
—Y ¿si es tal el mercader,
que os la quisiese cargar?
— A fe que os he de comprar,
si me pienso a Mi vender.
—En poco me compraréis,
pues tan inútil me halláis.
—Como vos no os estimáis,
no sabéis lo que valéis.
—¡Que vuestro crédito y ser
por mí queréis arriesgar?
—A fe que os he de comprar,
si me pienso Yo vender.

ALONSO DE LEDESMA

N.º 276

¿Si querrá conmigo?

(*El hombre y María*)

—Virgen, ¿si querrá conmigo
ese Niño? Dadle acá.
—*Toma, llévatelo ya;*
que llora por ir contigo.
—Llevármelo tengo, a fe,
pues que por mí está llorando.
—De contino está aleando
por irse con cuantos ve.
—Luego, si quiere conmigo,
¿también con otros querrá?
—*Sí; mas llévatelo ya;*
que llora por ir contigo.
—Perderse os ha cuando ande,
si a tantos gustos atiende.
—No se perderá; que entiende
como una persona grande.
—Pues dejad venga conmigo,
y en mis brazos callará.
—*Toma, llévatelo ya;*
que llora por ir contigo.

ALONSO DE BONILLA

N.º 277

Despedida al Niño Jesús

Adiós, Niño divino,
encanto de mi vida,
¡qué triste despedida
dejarte a Ti, mi Dios!
Aunque de Ti me aparte,
no te daré al olvido;
adiós, Jesús querido,
adiós, adiós, adiós!

Mirando tus ojuelos,
tus rizos y tu frente,
tu boca sonriente,
cual peregrina flor;
y oyendo los latidos
de tu amoroso pecho,
¡oh Niño! Tú me has hecho
cautivo de tu amor.

Adiós, Jesús del alma,
me voy de amor herido,
y al irme, yo te pido
me des la bendición.
Me voy de tu presencia,
mas, si de Ti me alejo,
contigo, Niño, dejo
mi amante corazón.

N.º 278

Jesús buscando almas

(*Diálogo*)

—¿Qué buscáis en noche helada,
gloria y lumbre de mi vida?
—Busco la oveja perdida
que falta de mi manada.
—Fin es ese inestimable,
mas ved que sois niño y tierno.
—Niño soy, mas soy eterno,
el Dios fuerte, el Admirable.
—Pues ¿cómo en la noche helada
venís, luz de nuestra vida?
—Busco la oveja perdida
que falta de mi manada.
—¿Por qué, divino Cordero,
tomáis tan subida empresa?
—Por hacer dejar la presa
con tiempo al tirano fiero.
—¿Cómo venís con la helada
de noche oscura, afligida?
—Busco la oveja perdida
que falta de mi manada.
Está la triste balando
por mí con grandes gemidos;
su voz hiere en mis oídos,
y amor me está lastimando.
—Dejad que pase la helada,
la nieve y noche encogida.
—Busco a la oveja perdida
que falta de mi manada.
Anda por fieros breñales
penada, a oscuras, sin luz;
y vengo a librarla en cruz
del gran peso de sus males.
—¿Por qué a región tan helada
venís de la muy florida?
—Busco la oveja perdida
que falta de mi manada.

DIEGO CORTÉS

N.º 279

Abrasado de amor

(*El hombre y el Niño Jesús*)

—En Belén nacéis, Señor,
en Belén estáis, Dios mío,
de fuera helado de frío,
de dentro ardiendo de amor.
Parece, Señor, que sale
de toda regla y costumbre
que a Vos, siendo eterna lumbre,
el frío del tiempo os cale.
—¡Ay!, hácelo, pecador,
tu culpa y el amor mío;
ésa me arrice de frío,
éste me abrasa de amor.
—Véoos llorar, Niño tierno,
y siendo quien sois, me espanto
cómo puede caber llanto
en el paraíso eterno.
—Cristiano, sed sabedor
que tengo asaz poderío
para hacer temblar de frío
el mesmo fuego de amor.
Lloro, mas has de notar
las lágrimas que derramo,
que son de amor, porque te amo
más que tú puedas pensar.
Lloro en ver tu desamor
en pago a tanto amor mío;
tú por Mí, helado de frío,
Yo por ti, ardiendo de amor.

DAMIÁN DE VEGAS

N.º 280

Dios llorando

(*El hombre y el Niño Jesús*)

—Niño Dios, ¿quién os da guerra?
¿quién os hace ansí llorar?
—Amores me han de matar;
por ellos vengo a la tierra.
—Si venís preso de amor,
¿cómo estáis, mi Dios, llorando?
—Estoyme considerando
las ansias del pecador.
—Muy gran misterio se encierra,
mi Dios, en vuestro llorar.
—Sí, que amor me ha de matar,
y por él vengo a la tierra.
—Frío, lágrimas, pobreza
tenéis, mi Dios soberano.
—Por dar al linaje humano
calor, placer y riqueza.
—Amor, mi Dios, os destierra,
amor os trajo a penar,
amor os hace llorar,
amor os tiene en la tierra.
—Por amor vengo del cielo,
do estoy con mi eterno Padre,
y de la Virgen mi Madre
por amor nazco en el suelo.
Amores me hacen guerra,
y me hacen tanto amar,
que al cabo me han de matar,
pues me han traído a la tierra.

CANCIONERO DE UBEDA

N.º 281

La flor del campo

(*Pastor y Niño*)

—Flor sin sembrar producida,
¿por qué en pesebre a luz sales?
¿Quieres que esos animales
te pazcan recién nacida?
—No debo ser escondida
de animal que pisa y pace,
pues la flor del campo nace
a ser pisada y pacida.
—¿Nacer no fuera más justo
en los jardines de un rey?
—Soy flor que tengo por ley
no florearme en mi gusto.
—¿No ves, flor recién nacida,
que esos toscos animales
son brutos, y por tales
podrán pacerte la vida?
—No me excluye mi venida
de animal que pisa y pace,
pues la flor del campo nace
a ser pisada y pacida.
—¿No es mejor que tus olores
a Serafines los dieras?
—No soy, si lo consideras,
flor que gasto el tiempo en flores.
—Pues ¿es razón que nacida
hoy, entre brutos te iguales,
donde estrados celestiales
son cortos a tu medida?
—Si el campo es patria y guarida
de animal que pisa y pace,
toda flor del campo nace
a ser pisada y pacida.

ALONSO DE BONILLA

N.º 282

Copla

Pastorcico nuevo,
dulce Niño Dios,
no sois Vos, vida mía,
para labrador.

LOPE DE VEGA

N.º 283

Los Reyes Magos

Ruido bronco envía
la noche de plata...
Es la algarabía
de la cabalgata.
Voces guturales,
músicas dispersas,
relinchos marciales
de caballos persas.
Y en el infinito,
vibrando de amor,
anheloso grito:
«¿Dónde está el Señor?»
Sobre la vertiente
de montaña altiva,
surge de repente
la gran comitiva...
Siervos musculosos
de rostros tatuados,
sátrapas lujosos,
jinetes armados.
Y, en fila de honor,
el rey Baltasar,
el negro Melchor
y el blanco Gaspar.
Relumbra la estrella
con dulces halagos;
y, absortos en ella,
cabalgan los Magos.
Hasta que, por fin,
blando villancico
les muestra el confín
del ruin portalico.
Y, del astro en pos,
abren su tesoro,
y ofrendan a Dios
mirra, incienso y oro.

J. J. PÉREZ ORMAZÁBAL

N.º 284

La llegada de los Reyes

Ya se ha descubierto,
Reyes, el lugar,
do hallaréis puerto
para descansar.
Aunque del camino
lleguéis fatigados,
deste Rey divino
seréis regalados;
que el descanso cierto
puede siempre dar,
y el seguro puerto
para descansar.
Cuanto habéis penado
viniendo a buscalle
quedará pagado
sólo con miralle;
que es Dios encubierto,
que viene a mostrar
a las almas puerto
para descansar.

PEDRO DE PADILLA

Epifanía

N.º 285

¡Oh Reyes Magos benditos,
pues de Dios sois tan amados,
sed mi guarda e abogados!
Sed mi guarda en este suelo,
porque en sus brazos non caya,
y abogados en el cielo,
porque a veros allá vaya;
porque por vosotros haya
gran perdón de mis pecados,
sed mi guarda e abogados.
Tanto quiso Dios amaros,
por vuestro merecimiento;
que le plugo revelaros
su sagrado nacimiento.
Pues le tenéis tan contento
y con El sois tan privados,
sed mi guarda e abogados.
Vinisteis desde el Oriente
a adorar al Rey Divino,
con aquel alto presente
para quien dél era dino;
caminasteis de contino
por una estrella guiados;
sed mi guarda e abogados.
Sirviéronle los pastores,
por pastor de tantas greyes,
y vosotros, mis señores,
por mayor Rey de los Reyes;
pues del dador de las leyes
sois tan queridos e amados,
sed mi guarda e abogados.

JUAN DEL ENCINA

N.º 286

Reyes que venís por ellas,
no busquéis estrellas ya;
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.
Reyes que venís de Oriente
al oriente del sol tan sólo,
que más hermoso que Apolo
sale del alba excelente;
mirando sus luces bellas,
no sigáis la vuestra ya;
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.
No busquéis la estrella agora,
que su luz ha oscurecido
este Sol recién nacido
en esta Virgen aurora.
Ya no hallaréis luz en ellas,
el Niño os alumbra ya;
porque donde el sol está
no tienen luz las estrellas.

LOPE DE VEGA

N.º 287

El cielo ha mostrado
tan límpida estrella,
que el alba no es bella
si brilla a su lado.
Tres Reyes de Oriente
—desde sus camellos—
miran los destellos
del astro fulgente;
y al amanecer,
quieren emprender.
Oro y pedrería
llevan abundante,
incienso fragante,
mirra en demasía;
y en el corazón,
una incontenida
y rara emoción.
Sobre la ruinosa
faz de un portalillo
la estrella, su brillo,
aumenta gozosa,
y dice Melchor:
«En esta pobreza
nació el Redentor»...
Han descabalgado;
se esfumó la estrella;
una mujer bella
surge de contado,
y habla Baltasar:
«Penetremos dentro
para le adorar»...
Humilde es la estancia
del Niño adorado;
un lirio nevado
les da su fragancia,
y agrega Gaspar:
«Como yo, Dios mío,
nadie te ha de amar»...
Al alba temprana,
la real caravana
torna para Oriente;
Melchor, se arrodilla,
Baltasar, se humilla,
y Gaspar, la frente
roza con el suelo...
El Niño sonríe
¡y se enciende el cielo!...

VICENTE MENA

N.º 288

LOS REYES MAGOS

PERSONAJES: Melchor, Gaspar, Baltasar *(reyes)*
Isaac y Samuel *(pastores)*
Ismael *(mensajero)*
Un ángel y tres pajes

ESCENA: *Ante la gruta de Belén, que puede imaginarse a un lado del escenario; decoración de bosque.*

ESCENA 1.ª

SAMUEL E ISAAC

(Cantan el primer Coro entre bastidores; la estrofa y el segundo Coro delante de la cueva; luego hablando)

CORO: *Pastores venid,*
Pastores llegad,
a adorar al Niño
que ha nacido ya.
ESTR. *Cuán dulces y cuán amargas*
son las gotas de tu llanto;
dulces como tu piedad
y amargas cual mis pecados.
CORO: *Pastores venid,*
Pastores llegad,
a adorar al Niño
que ha nacido ya.
ISA. —¿Sabes, amigo Samuel,
Que desde que nació el Niño
No puedo apartarme un pun-
[to
De aqueste lugar bendito?
SAM. —Más chusco es lo que me
[pasa;
Que, cuando voy al aprisco,
Tempranico de mañana
A soltar los corderillos,
Todos se escapan chospando,
Cual si tuvieran sentido,
Y se vienen a la cueva
A hacer compañía al Niño.
(ruido lejano)
ISA. —Escucha, Samuel, escucha.
Parece que se oye ruido.
Mira, mira allá a lo lejos.
SAM. —¡Quiénes serán, Dios ben-
[dito!
Isaac, la noche está oscura
Y fíjate allá qué brillo...
Oh! si parece una estrella
Cual en mi vida la he visto...
ISA. —Aquí viene un extranjero
¿Qué buscará en estos sitios?
Observaremos...
(retíranse a un lado)

ESCENA 2.ª

DICHOS, ISMAEL

ISM. *(Entrando)* — A Dios gracias,
Cerca debo ya de andar.
Dios os guarde, pastorcitos.
¿Dijeraisme dónde está
El palacio en que ha nacido
Jesús, el Rey de Judá?
SAM. —Señor, el Niño divino,
El Dios de la majestad,
Ha escogido por morada
Aquel mísero portal.
ISM. —Gracias mil; mas respon-
[dedme:
¿A qué hora recibirá
A los altos personajes
Que le van a visitar?
ISA. —¡Ah señor! es tan inmensa,
Tan inmensa su bondad,
Que recibe a todas horas.
ISM. *(Vase)* — Pastorcitos perdo-
[nad,
Dios del cielo bondadoso
Premie vuestra caridad.

ESCENA 3.ª

ISAAC Y SAMUEL

AMBOS —Dios os guarde.
SAM. —Sabes chico
que algo grande va a pasar...
(despacio)
Aquellos grupos se acercan...
Aumenta la claridad...
Se oyen alegres sonidos...
¿No lo notas, Isaac?
ISA. —Sí...y parece que se siente
aquí cerca del portal
Como un perfume de gloria...
Un no sé qué celestial.
SAM. —Mira, yo voy a esconderme
Detrás de aquel matorral...
Tú en tanto vas al rebaño,
No se nos vaya a escarriar;
Le metes en la majada
Y vuelves aquí a observar.
(Vanse)

ESCENA 4.ª

LOS REYES, MENSAJERO Y PAJES

(*Se oye gradualmente la marcha real*).

ISM. (*Entrando*)
—Por fin, Sacras Majestades,
Felizmente hemos llegado;
Allí está el Niño Divino
En aquel humilde establo;
Pueden, pues, si así les place,
Prepararse los regalos
Que han de ofrecerse al Dios
[Niño.
Al Verbo Eterno humanado.
(*Los pajes abren los cofrecillos*)

MEL. (*Adelantándose con su paje y tomando en sus manos el oro*).
—«Divino Rey de las almas,
Permite que este tu esclavo
Hoy te rinda el homenaje
Del amor más acendrado;
De muy lejanas regiones,
Por una estrella guiados,
Hemos cruzado desiertos,
Inmensos y solitarios.
Henos aquí humildemente
Ante tus plantas postrados.
Yo te ofrezco oro purísimo;
(*lo deposita ante la gruta*)
Dígnate, oh Rey, aceptarlo,
Prenda del cariño intenso
Que todos te profesamos»

GAS. (*Se adelanta; su paje tiene un braserito y en él va quemando incienso*).
—«Recibe también, oh Niño,
Este mi pobre regalo,
El aroma que te ofrezco
Del incienso perfumado.
Y haz que, cual sube a los
[cielos
Los aires embalsamando,
Suba también hasta el trono
Del Señor tres veces Santo
La oración pura que brota
Del corazón abrasado
En el amor del Dios Niño
Del Rey bondadoso y manso»
(*deja el braserillo ante el portal*)

BAL. (*Ofreciendo mirra ante la gruta*).
—«Mirra amarga de la Ara-
[bia
Te ofrezco, oh Rey soberano;
A Ti que sabes de amores,
A Ti que gozas llorando,
A Ti que duermes en pajas,
Que naces en un establo...
No quiero ya más coronas,
Ni quiero ya más estados.
Quiero sufrir porque sufres,
Quiero gozar de tu llanto,
Quiero aquí quedarme siem-
[pre
Para ser tu fiel esclavo».
(*canto entre bastidores*)
Venid Reyes Magos
Venid y adorad
(*Póstranse todos*)
Al Niño Divino
Que os ha de salvar.
(*Sigue la música de fondo suave y aparece un ángel de vestiduras blancas*)

ESCENA 5.ª

DICHOS Y UN ANGEL

ANGEL. —Santos Reyes, escuchad,
Que soy de Dios mensajero,
Y vengo a anunciaros nuevas
De parte del Dios eterno.
Acepta el Niño la ofrenda
De oro, de mirra y de incien-
[so,
Y El hoy en cambio os pro-
[mete
Haceros particioneros
De su amor, de sus virtudes,
De su gloria... de su cielo.
(*Desaparece el ángel; sigue el canto*)
Las estrellitas que hay en el
[*cielo*
Forman un velo de blanco
[*tul;*
Y se destaca como ninguna
La hermosa luna en fondo
[*azul.*
Todas son piedras preciosas
Que se han ido a desprender
De la cuna, donde duerme
El Niñito de Belén.
La lara la...

S. y S.

N.º 289

Adoración de los Reyes

¡Oh dulcísimo Jesús!
muy bien venido a la tierra
seáis, para remediar
todas las dolencias nuestras...

¡Ojalá que los mortales,
a quien tanto amor presentas,
logren siempre agradecer
y estimar la gran fineza
de haberos humanado,
y sufrir toda miseria
de esta vida, por provecho
de nuestra naturaleza!
Como a Dios estos tres reyes
adoran y reverencian,
ofreciendo humildes dones;
y Vos, cándida azucena,
Señora la más dichosa
del orbe, casta doncella,
que tan gran fruto nos disteis,
Virgen, Madre, clara estrella,
bendita sois entre todas
las mujeres de la tierra.
¡Niño, divino Señor,
que tan humano te muestras
siendo Dios omnipotente,
Señor de cielos y tierra!
encaminad nuestros pasos,
dirigid nuestras potencias,
para que a gozar lleguemos
de Vos en la gloria eterna.

J. VALLEDOR

N.º 290

Los Reyes Magos

¡Niño divino,
Rey celestial!
llegan tres reyes
a tu portal.
Vienen de lejos,
por mal camino,
a los reflejos
de un sol divino;
¡ábreles Niño!
quieren entrar.
Vienen maltrechos
y muy cansados,
los tres se duelen
de amor llagados:
¡Te quieren, Niño,
ver y adorar!
Traen las manos
llenas de bienes,
y tres coronas
para tus sienes:
¡Te quieren, Niño,
servir y amar!

R. P. VICENTE JIMÉNEZ, C. M.

N.º 291

La Sagrada Familia

¡Oh, qué bendita
tu sencillez,
dulce casita
de Nazaret!

La Flor más pura
de la pureza,
y el siervo humilde
de la humildad,
ven en la cuna
de la pobreza
al Dios que adora
la inmensidad.

Pobres del mundo,
mirad y ved:
ved la casita
de Nazaret;
pobre es María,
pobre es José;
y, cual vosotros,
Dios pobre fué;
pobres del mundo,
mirad y ved...
. . . . . .

Ved al Dios-Niño,
ved al Dios santo,
al Dios que escucha
la voz del llanto;
Dios que comparte
nuestros dolores;
Dios, cual le hicieran,
nuestros amores;
Dios de clemencia,
Dios de bondad;
siervo de siervos,
rey de señores,
Dios para justos
y pecadores,
Dios de dulzura,
Dios caridad.

¡Oh, qué bendita
tu sencillez,
santa casita
de Nazaret!

P. RESTITUTO DEL VALLE

N.º 292

Un juego del Niño

En Nazaret, al amparo
de José, a quien llama padre

reposando de su Madre
en el seno virginal,
el Niño Jesús transforma,
con su aspecto placentero,
el taller del carpintero,
en palacio celestial.
Los niños del vecindario
de tal dicha eran testigos;
ellos eran los amigos
de su infante corazón.
Sin Jesús hasta en sus juegos
les faltaba la alegría,
y ni el anillo corría
ni rebotaba el balón.
Cuando, tristes por no verle,
por entre flores de rosas,
persiguiendo mariposas,
vieron a Jesús pasar,
las mariposas olvidan,
bulliciosos le rodean,
y —¡a jugar!— todos vocean.
¡Jesús, vamos a jugar!
Y a sus ruegos infantiles
se rinde el divino Niño
al ver el puro cariño
que el cielo les inspiró.
—¿A qué jugamos?— les dice.
—Al escondite primero—.
—¿Y quién busca?— Placentero
Jesús les responde: —Yo.
Huyen los niños contentos;
cual si niño sólo fuera,
Jesús apartado espera
mientras se van a ocultar.
—¡Ya estamos!— gritan alegres.
Jesús, dejando su puesto,
a los escondidos presto
va por el campo a buscar.
Y, aunque nadie me lo ha dicho,
sé cierto, divino Infante,
que encontrabas al instante
aun al que más se escondió.
Porque lo que haces ahora
arguye ejercicio mucho,
¡que eres en cazar muy ducho,
pero en esconderte, no!...
Iba yo una vez muy lejos,
lo más lejos que podía,
que esconderme yo quería
y no oír tu voz que oí.
Y en un sitio muy oscuro,
me internaba, me internaba...
y allí la vida pasaba
lejos, muy lejos de Ti.
Era un necio, ¿verdad, Niño?
mas a buscarme saliste,
y al punto me sorprendiste:
¿Te acuerdas en qué lugar?
—Ahora, —te dije entonces—
te toca esconderte, Niño.
Me dijiste con cariño:
—¡Si yo no me sé ocultar!
—Niño, escóndete, —repuse—
ya en buscarme te has cansado;
y, pues ya me has encontrado,
que yo te busque es razón.
—Sólo hay un sitio, —dijiste—
en que yo esconderme quiera
para nunca salir fuera.
—¿En dónde?—EN TU CORAZON.

VILLALAÍN

S. JOSÉ

N.º 293

Feliz el día

Bendito sea el día
en que por vez primera
tu nombre sacrosanto
ferviente pronuncié.
Bendita aquella hora
en que con fe sincera
del fondo de mi alma
a tí, José, invoqué.
¡Ay! infeliz del alma
que entristecida gime,
hastiada de la vida,
cansada de llorar,
y a solas y en silencio
las lágrimas reprime,
sin que una mano atenta
la pueda consolar.
También el alma mía,
en horas de amargura,
vertió copioso llanto
del más fiero dolor;
y en vano busqué auxilio
de humana criatura,
que de mi honda pena
calmase el cruel rigor.
Lloraba mi alma triste,
lloraba sin consuelo,
sumida en las tinieblas
de amarga soledad;
y un día... ¡feliz día!
alcé mi frente al cielo,
a ti, José bendito,
llamando en mi ansiedad.
Hallado he desde entonces
la dicha más cumplida:
del alma mía huyeron
el llanto y la aflicción;
y ya no me acobardan
las luchas de esta vida,
después que he impetrado
tu santa protección.
¡Qué dulce y placentera
ofrécese a mi alma
la vida del destierro
que Dios me quiso dar,
después que en tí he hallado
la suspirada calma,
que aquí abajo en la tierra
jamás pude encontrar!

B. SÁINZ, ESCOLAPIO

N.º 294

La muerte del justo

José, el «varón justo»,
sentíase enfermo,
con frío en las venas,
con frío en el pecho,
con congojas de muerte en la boca,
con la frente cargada de fuego...
Llamó al punto a Jesús y a María
y a su lado los dos acudieron;
estrecharon sus trémulas manos
y estamparon en ellas un beso.
Entreabrió el Patriarca los labios,
como entreabre la rosa sus pétalos,
cuando el sol cariñoso le envía
su besos primeros;
y con voz fatigosa y difícil,
cual si en cada aliento
se escapase un pedazo de su alma,
comenzó de esta suerte diciendo:
«La mano invisible,
misteriosa y tremenda del tiempo,
ya ha teñido de plata y de nieve
mis negros cabellos.
ha surcado mi frente serena,
ha robado el vigor a mi pecho,
la luz a mis ojos,
a mi boca la voz y el aliento...
y en retorno en mis ojos la noche,
y en mi pecho zozobras ha puesto...
Ya la muerte invencible e indómita,
con su horrible dedo,
ha escrito mi nombre
en las hojas del libro tremendo...
Ya a su diestra me aguarda mi padre
Abraham con los brazos abiertos...
mi fin se aproxima,
me muero, me muero...»
Jesús y María
besaron de nuevo
sus pálidas manos,
y elevaron sus ojos al cielo,
como si exhalaran
un ruego al Eterno.
Al conjuro bajaron los ángeles
sin ruido sus alas batiendo,
mudas sus gargantas,
mudos sus salterios,
como si temieran
turbar el silencio
que inundaba los ámbitos todos
de aquel aposento.

Besaron la frente
del pálido enfermo,
enlazaron sus alas de oro
e hiciéronle un lecho,
y con sumo cariño y cuidado
en él lo pusieron.
El Santo Patriarca
siguió balbuciendo:
«Yo no siento dejar este mundo,
que es triste desierto
sin verdes oasis;
un mar turbulento,
sin islas ni playas,
sin faros ni puertos;
una noche sin claras auroras,
ni hermosos luceros;
tan sólo una pena
me muerde en el pecho:
el dejaros solos,
el dejaros huérfanos...»
«Duerme, duerme, Jesús le interrumpe:
no temas por eso,
que muy pronto en la gloria contigo
nos reuniremos.»
Trajo luego una cruz de madera
y poniéndosela sobre el pecho
continuó: «ésta es la escalera
por la que he de subir hasta el cielo,
y la llave con que han de franquearse
sus puertas de hierro».
El Santo Patriarca
la tomó y estampó en ella un beso,
lleno de ternura,
henchido de afecto;
abrazóla con toda su alma,
y clavó su mirada en el cielo,
con dulce sonrisa
sus labios se abrieron;
a Jesús y a María bendijo...
y durmióse en un plácido sueño.

Cuando extienda sus fúnebres alas
la muerte en mi lecho,
y me venga a besar con sus labios
helados y trémulos,
¡oh Santo Patriarca!
esta gracia de tí sólo espero:
que me encuentre con un crucifijo
colgado del cuello;
que sea mi muerte
un plácido sueño;
que Jesús y María recojan
mi aliento postrero,
y que un coro de ángeles
acompañe mi alma hasta el cielo.

M. GUALLAR

N.º 295

Dolores y gozos de S. José

En cinta ver tu esposa
¡Qué pena tan cruel!
Porque la Virgen era
La misma candidez:
Pero piadoso el ángel
La causa te hizo ver,
Y en gozo convirtióse
Lo que amargura fué.
En mísero pesebre
Viste a Jesús nacer,
Y ¡oh, cuánto el pecho tuyo
Sufrió al mirarle en él!
Mas luego honrar le viste
Como hombre, Dios y rey,
Y en gozo convirtióse
Lo que amargura fué.
Al ver la sangre pura
Del Niño Dios correr,
El hierro que le hería
Te lastimó también:
Mas luego el nombre oíste
Que ha de salvar su grey,
Y en gozo convirtióse
Lo que amargura fué.
Anuncio fué espantoso
Hacerte comprender
La muerte que esperaba
A Cristo, nuestro bien:
Mas viendo en esa muerte
Nuestra salud y prez,
En gozo convirtióse
Lo que amargura fué.
Mandar oyendo a Herodes
Que muerte a Cristo den,
Dolor sintió tu pecho
Que te hizo estremecer.
Mas luego por salvarle
A Egipto vas con él,
Y en gozo convirtióse
Lo que amargura fué.
Vuelta a Judea diste
Con tembloroso pie,
Temiendo que injuriasen
Al de los cielos Rey:
Pero buscando asilo
Marchaste a Nazaret;
Y en gozo convirtióse
Lo que amargura fué.
Perdido a Cristo lloras
Cuando sin él te ves,
Y tres mortales días
Doliente vas tras él:

Pero su hallazgo hermoso
Calmó tu padecer,
Y en gozo convirtióse
Lo que amargura fué.

M. A. PRÍNCIPE

N.º 296

San José, glorificado

Pues sois Santo sin igual,
Y de Dios el más honrado,
Sed, José, nuestro abogado
En esta vida mortal.

Del misterio más subido
en los arcanos de Dios,
fuisteis elegido Vos,
José, ministro cumplido.
Sobre su Hijo, revestido
de nuestra carne mortal,
la autoridad paternal
con vos comunica el Padre;
No habiendo honor que no os cuadre,
Pues sois santo sin igual.

Aquel antiguo José
En Egipto fué el segundo,
y tal honor sin segundo
vislumbre del vuestro fué.
Bien claro dice la Fe
que el vuestro es más encumbrado,
pues, habiendo Dios bajado
a rendiros obediencia
sois santo por excelencia
y de Dios el más honrado.

De Jesús y de María
fuisteis ángel protector;
también Dios a vuestro amor
su Iglesia santa confía.
La grey cristiana en vos fía
temiendo a Dios irritado;
y pues tenéis bien probado
vuestro poder de amparar,
doquier se os oye aclamar
¡Sed con Dios nuestro abogado!

Entre penas y alborozos
pasasteis, José, esta vida,
y vuestra historia tejida
es de Dolores y Gozos.
Viejos en el mundo y mozos
corremos el temporal
deshecho entre el bien y el mal,
siendo nuestro fin incierto.
Sednos, José, dulce puerto
en esta vida mortal.
Pues sois santo sin igual
Y de Dios el más honrado
Sed, José, nuestro abogado
En esta vida mortal.

JOAQUÍN GARCÍA GIRONA.

N.º 297

A San José

Vibren las cuerdas de mi tosca lira
al dulce impulso de entusiasmo santo,
y de ellas broten en acordes rimas
férvidos himnos.

Férvidos himnos que las glorias canten
de aquel varón por excelencia justo,
que fué el Esposo de la Virgen pura,
Reina del cielo.

¡Salve, bendito Patriarca, salve!
que mereciste recibir del cielo
la más sublime dignidad augusta,
que hubo en la tierra.

Sólo a tí cupo la suprema dicha
de ser Esposo de la excelsa Virgen,
Madre de Dios y de los hombres Madre,
pura y sin mancha.

¡Mortal divino, admiración del cielo!
¿Quién como tú, a quien venera y ama
con santo amor tu virginal Esposa
Virgen purísima?

Custodio fiel del celestial tesoro
que a tu cuidado confió el Eterno;
ante tu trono, San José bendito,
caigo de hinojos.

Yo te venero con amor ferviente
como a nutricio y cariñoso Padre
del Niño-Dios que, por salvar al mundo,
hízose hombre.

A tí el honor y bendición y gloria,
a tí que fuiste protector y amparo
de Jesús-Niño y su divina Madre
¡santo bendito!

Amante Padre y cariñoso Esposo,
con el sudor de tu sagrada frente
al Hijo y Madre, con afán sublime,
diste sustento.

Y ya en Belén, en Nazaret y Egipto
tú fuiste el ángel tutelar de entrambos;
y en el santuario de tu hogar tú fuiste
jefe supremo.

¡Oh tú el más santo de los santos, salve!
ángel del cielo bajo forma humana,
Esposo amado de María Virgen,
¡mil veces salve!

Calle mi pobre balbuciente lengua
que tus loores celebrar no puede,
y a tí celebren los celestes coros
en las alturas.

Y hasta tí llegue mi ferviente afecto,
que éste mi pobre corazón te ofrece,
mientras mi tosca y destemplada lira
pongo a tus plantas.

R. P. BONIFACIO SÁINZ, ESCOLAPIO

N.º 298

El Carpintero de Nazaret

(Leído o recitado por un niño)

Era un sábado en las primeras horas de la mañana. Un caminante, con el báculo en su mano y la túnica levantada hasta la rodilla, se dirigía por una de las calles de Jerusalén al templo del Señor. Su rostro, que tenía el candor de la inocencia, y su aire recogido, le daban el aspecto de un peregrino de los que frecuentemente visitaban el único templo que el Dios vivo tenía en toda la tierra. A la entrada del atrio le detuvo un levita preguntándole:

—¿A dónde va el buen caminante?

—Al templo del Señor para cumplir la orden del gran Sacerdote.

—¿Sois de la tribu de Judá?

—Y de la familia de David.

—Pues entonces dadme esa vara.

El viajero entregó respetuosamente su báculo, sin manifestar curiosidad de saber el por qué, y por otra parte sin extrañeza, puesto que la orden del Pontífice era que se presentase con su vara en el templo del Señor. El levita continuó:

—¿Cuál es vuestro nombre?

—José, hijo de Jacob.

—¿Sois pariente de María, hija de Joaquín?

—Pariente muy cercano.

—¿Y tenéis esperanza de que el Señor os elija por esposo de esta admirable doncella?

—¿Qué decís? ¿Yo su esposo? ¡No es posible!

—¿No es posible? ¿Y por qué?

—Porque estoy ligado con un voto que me imposibilita de aceptar por esposa a mujer alguna.

—No entiendo vuestras palabras, hijo de Jacob; pero si el Señor se dignase manifestar vuestra elección por medio de un prodigio semejante al que obró para elegir a nuestro padre Aarón ¿rehusarías acaso aceptar esta preciosa joya, digo, la doncella más virtuosa de las que se educan en el templo?

—No continuéis: soy polvo y ceniza, indigno de que el Señor fije sus ojos en mí.

Los interlocutores atravesaron el atrio de los gentiles y penetraron en el atrio de los hijos de Israel, donde los habitantes de Jerusalén se iban reuniendo en mayor número que el de costumbre, unos por satisfacer su devoción, otros su curiosidad. Separados del pueblo había algunos jóvenes que manifestaban en su exterior más interés y aun más impaciencia por el resultado de aquellos preparativos tan nuevos y desusados. Eran los pretendientes a la mano de María.

El levita señaló a José el lugar que debía ocupar durante el sacrficio, y llevándose la vara, la colocó junto con todas las demás, ante el Santo de los Santos. Poco después empezaba el sacrificio.

Si José hubiese fijado su vista en sus competidores, hubiera podido descubrir en el rostro de cada uno de ellos una confianza completa en el triunfo de sus prendas personales. Quién se había presentado con una túnica de riquísima tela y con el ceñidor bordado de oro y cuajado de perlas para cuya adquisición había sentido más de una vez en su frente la brisa del mar y el viento del desierto. Quién confiaba en el brillo de las armas, profesión que se echaba de ver, tanto en la corta espada que de su cinto pendía, cuanto en la arrogancia del continente, que en todos los países y en todos los tiempos es el distintivo de los hijos de la guerra.

Delante de todos, de pie, y bastante separado para no contaminarse con aquellos pecadores y publicanos, había un joven que tenía el rostro demacrado por los ayunos y la frente levantada por la soberbia; arrastraba con fausto su manto, en cuya orilla se veían algunos caracteres bordados de oro, ininteligibles para el vulgo profano, pues eran máximas de virtud altísima que la mente del joven sabio había descubierto tras largos desvelos y vigilias. Era fariseo. No viendo entre los hijos de Da-

vid otro alguno de su profesión, no trataba de ocultar la convicción íntima que tenía de ser escogido de Dios por esposo de la bella María.

Durante el sacrificio todos oraban a su modo. El guerrero ofrecía consagrar al Señor, caso de ser elegido, el mejor despojo en todas sus batallas; los ricos mercaderes prometían sacrificarle víctimas a millares; el fariseo se concretaba en recordar al Señor que no era ladrón, ni adúltero, como los miserables que estaban detrás de él; José, postrado en la presencia del Señor, le adoraba desde el fondo de su corazón, sin sospechar ni remotamente que recayese sobre él una elección cuyas consecuencias no podía medir por entonces.

Desde otro departamento asistían al sacrificio las doncellas del templo formando semicírculo alrededor de María, radiante de belleza y de amor divino, y completamente tranquila por su suerte que había puesto en manos de Dios.

Terminada la ceremonia sagrada, el Sumo Sacerdote entró en el santuario, seguido de otro levita; los momentos eran supremos; todos los corazones palpitaban con violencia; todos menos el de María, que estaba en dulce éxtasis de amor, y el de José, que estaba absorto en su humildad, muy ajenos uno y otro de lo que sucedía en torno suyo.

Apareció, por fin, el Pontífice con una vara, que había reverdecido y dado una flor blanca y pura como la inocencia del joven Carpintero. El levita distribuyó las restantes entre los otros competidores, que reconocieron cada uno la suya, no sin morderse los labios de despecho. Es fama que el fariseo rompió la suya con mal disimulado enojo, sin reflexionar antes si faltaba con esto a la ley del Señor, siendo como era día de sábado.

José continuaba enajenado en la presencia de Dios, hasta que el Sumo Sacerdote le presentó su vara. Al ver el prodigio que en ella había obrado el Señor ,su cabeza se desvaneció, sus ojos se ofuscaron, y hubiera caído en el suelo si el levita no le hubiera sostenido; al volver en sí pronunció estas palabras: «Señor, ya que así lo queréis, hágase en mí según vuestra voluntad».

El Sacerdote tomó la mano izquierda al humilde José, que llevaba en la diestra la vara milagrosa, y le condujo a la presencia de María, notificándole la elección de Dios. Los dos jóvenes levantaron modestamente los ojos, sus miradas se encontraron por un momento, y sus corazones se comprendieron.

—¡Hermano!

—¡Hermana!

Fueron las palabras que se cruzaron, y que nadie de los presentes comprendió, sino los dos desposados y Dios que los unía.

Los judíos no podían darse cuenta de que la elección hubiese recaído en el carpintero de Nazaret, cuando había en el linaje de David jóvenes tan ilustres.

José recordaba que el Señor hizo florecer en el desierto la vara de Aarón, para manifestar que éste debía ser el custodio del Arca santa; y al mismo tiempo que el sacerdote Oza fué castigado con la muerte porque extendió temerariamente hacia ella su brazo.

N. B.

N.º 299

La sierra de San José

Haciendo crujir la sierra
en gruesa y áspera viga,
José, lleno de fatiga,
bañaba en sudor la tierra.

Duro el tronco a su porfía
se mostraba en tal manera,
que la sierra, de madera,
y él de hierro parecía.

Riéndose a más no poder
estábase de su afán
el mismísimo Satán
a la puerta del taller.

En ridícula figura
estaba el falso taimado
en cuclillas, y pegado
el ojo a la cerradura.

Entrar a dentro no osa,
pues José le es tan temido
que en oyéndole un gemido
pone pies en polvorosa.

El leño José tenía
tan sólo a medio aserrar
cuando la sombra solar
marco las doce del día.

—¡Dios sea bendito! exclamó:
a mares estoy sudando;
tal vez le encuentre más blando
luego —Y la sierra soltó.

Y enjugándose al momento
cuello y rostro sudoroso
salió en busca de reposo
y de su escaso alimento.

Como el medroso diablo
a la puerta le sintió,
de un brinco se colocó
más que a tiro de venablo.

Mas en el momento mismo
que con tal destreza salta
un pensamiento le asalta
digno de su diabolismo.

Con la maña que le sobra,
no bien José se ocultó,
en el taller se coló
para ponerle por obra.

Sacó el serrón de la brecha,
y hacerlo inútil creyendo,
iba los dientes torciendo
uno a izquierda, otro a derecha.

Que en aquel tiempo lejano
rectos la sierra tenía
los dientes, no como hoy día
mirando a distinta mano.

Ni ¿quién pensara que en ello
la sierra ganara el doble
cortando en un tiro el roble
como quien corta un cabello?

Fué invento de gran valor,
y no se diera con él
si no lo inventa Luzbel...
sin saber que era inventor.

En tanto que obra tan mala,
a su parecer, hacía,
«Este hombre, entre sí decía,
a Job en paciencia iguala.

Mas le aseguro, a fe mía,
que de esta brecha la pierde,
pues se ha de ver ahora verde
si antes negro se veía.

No ha aserrado media viga,
y fué el pobre hecho un hisopo;
pues ha de sudar el hopo
antes que acabar consiga.

Voy a reírme de gana,
y más si al primer tirón,
viendo tan torpe el serrón
lo tira por la ventana».

Tan sólo el último diente
le quedaba por torcer
cuando cerca del taller
sintió pasos de repente.

Tiembla, y luego, sin tardanza,
mete en la canal estrecha
la sierra, y como una flecha
por la ventana se lanza.

Volvió San José al taller
y él volvió a la cerradura.
Sin fijarse en la diablura
y sin tiempo que perder,

el Santo firmó pie en tierra;
y en Dios puesto el corazón
y una mano en el tablón
y en la otra mano la sierra.

Cuando pensó verla apriesa
resbalar como solía,
notó que en el leño hacía
con gran ruido áspera presa.

Crécele el brío al fragor,
y con desenvuelto brazo,
a poco rato el pedazo
tuvo a sus pies vencedor.

Con ojos de espanto abiertos
repara en la sierra el Santo
viendo con mayor espanto
que tiene los dientes tuertos.

Mas comprendiendo al momento
ventaja de tal valía,
bendijo a Dios que le había
mejorado el instrumento.

Tirándose de los cuernos
el diablo que esto vió,
una gran patada dió,
y hundióse hasta los infiernos.

CASTOR GUTIÉRREZ

N.º 300

La plegaria de una niña

(Diálogo entre Mercedes y Aurorita)

M. —¿A dónde vas, Aurorita?
Quédate aquí a jugar;
¿has llorado? ¿qué te pasa,
que tu rostro triste está?

A. —Enfermo, casi sin vida,
en casa mi padre está;
juega, juega, amiga mía,
y déjame a mí llorar.
Mi madre llora y suspira
porque mi padre se va,
¡qué triste es quedar sin padre,
vivir sin padre en mi hogar!

M. —¡Qué triste estás, Aurorita!
¿a dónde tan triste vas?

A. —Me dicen que San José
por todo puede abogar;
yo vengo a pedirle hoy,
que abogue por mi papá.
¿Qué hice yo, santo bendito,
que mi padre va a expirar?
¡Sánalo! que tú lo puedes,
que te amaré sin cesar;
mi madre llora y suspira
¡qué triste queda mi hogar!
(arrodillada ante la imagen de S. José reza y solloza)

M. —Eres buena, no desmayes
que S. José te oyo ya.
¿No ves cómo se sonríe
tu plegaria al escuchar?
Parece que está diciendo
que sanará tu papá.

A. —Entonces, Santo del alma,
un beso dejo en tu altar;
yo te amo, pues me oíste,
y a mi padre has de sanar.
Ya no llorará mi madre,
que sanará mi papá.

M. —No llores más, Aurorita,
vamos, vamos a jugar.

A. —Sí, Mercedes, ya no lloro;
vamos, vamos a jugar;
ya no morirá mi padre,
que S. José me oyó ya.

AURELIO BALBÁS

N.º 301

Patrón de los moribundos

El día 2 de enero de 1884, un anciano desconocido se presentó al señor Cura Párroco de una población de Francia, pidiéndole, por favor, que fuese a ver a una enferma que se iba a morir. No sólo el anciano indica la calle, casa y número, sino que también se ofrece a acompañar al sacerdote hasta la puerta de la casa.

La calle nombrada tiene mala reputación, el anciano es desconocido, y la oscuridad de la noche hace que el ministro de Dios ponga algún reparo a la invitación del visitante; mas éste le dice: «Es preciso que usted venga y sin tardar, porque es cuestión de administrar los Santos Sacramentos a una pobre mujer que está a punto de agonizar».

El sacerdote no vacila un momento, y acompañado del anciano, se pone en camino para cumplir con su deber.

La puerta de la casa indicada estaba cerrada; y aunque era la de peor aspecto de la calle, pensando que Dios ha venido al mundo para salvar a los pecadores, el sacerdote tiró de la campanilla, mas no contestaron.

Creyendo que le engañaban, disponíase a retroceder, cuando el misterioso anciano, sin resistencia alguna abrió.

Oyose una voz que desde una alcoba apartada, decía:

—¡Un sacerdote, un sacerdote! ¡Que no me dejen morir sin sacramentos!

—Aquí está el sacerdote —dijo éste acercándose al lecho.

—No— gritaba con furor la enferma—, no lo creo, porque nadie en esta casa iría a avisar a un sacerdote.

En fin, el ministro de Dios la consoló, la confesó y le administró los Santos Sacramentos.

Cuando ya había cumplido su misión, éste preguntó a la desgraciada si, en medio de su vida de pecadora pública, había conservado alguna devoción.

—Una sola —contestó ésta—: la de rogar a S. José que me obtuviese una buena muerte.

Nadie duda que el anciano misterioso era el gran Patriarca S. José, que no abandona nunca a los que le piden la gracia de morir santamente.

A. P.

N.º 302

A San José

Pues carpintero de basto
Eres, José, no te ofenda
Que me presente en tu tienda
A que me arregles un trasto.

Mueble es mezquino y endeble,
A golpes casi deshecho;
Aquí lo traigo en el pecho:
Mi corazón es el mueble.

Lo primero que me inquieta
Es que es tal su condición,
Que parece corazón
Y es más bien una veleta.

Juguete del pensamiento,
No se está quieto un instante,
Y apunta siempre inconstante
Do sopla el último viento.

Conmigo en perpetua guerra,
Burla mi más caro anhelo,
Que quiero que apunte al cielo
Y él siempre apunta a la tierra.

Y a correr voy el albur
De que, cuando más me importe,
En vez del cielo del norte,
Marque el infierno del sur.

¡No tuerzas, por Dios, el gesto!
Que si aquí un José se ataja,
¿Quién podrá meter en caja
Un corazón descompuesto?

Y claro como la luz
Veo yo mismo el remedio;
No hay más que clavarle en medio
Un clavito de la Cruz.

Y así siempre estacionario,
Aunque avive el huracán,
De las pasiones Satán,
Siempre apuntará al Calvario.

Mas es tan mala esta pieza,
Que no le basta el martillo,
Y ha menester un cepillo
Que le quite la aspereza.

Tan basto es de condición,
Tan poca su palidez,
Que ansiando Cristo una vez
Unirle a su corazón,

De tan fino amor en paga,
Este corazón tan rudo
Encajar con él no pudo
Y hasta le hizo una llaga.

Empuña, pues, la garlopa,
Y mi corazón desbasta;
Que antes de decirte basta,
He de tentarme la ropa.

Y si del cepillo en pos
Arroyos de sangre vierte,
¡No importa!, dale más fuerte,
Que él le sacó sangre a Dios.

No te pares un instante,
Hasta que dando y más dando,
Lo dejes blando y más blando,
Mucho más suave que un guante.

Después le das un chapuz
En agua de contrición;
Y limpio ya, es ocasión
De grabar en él la Cruz.

Y porque no haya desliz
En obra tan seria, acude,
Para que en ella te ayude,
A tu divino Aprendiz.

Que, aunque artesano tan diestro
Que en cualquier obra te luces,
En el ramo de las cruces
Tu Aprendiz es tu maestro.

Y es tal su divino encanto
Que un corazón de alcornoque,
Tan sólo con que él lo toque,
Se vuelve de palo santo.

Mas toma tus precauciones,
Si mi corazón le encargas,
Que tiene manos muy largas
Para robar corazones.

No dejes la tienda sola,
Y si lo roba atrevido...
Te has de hacer el distraído
Y dejas correr la bola.

Que cuando menos recelo
Tenga de que el hurto sé,
¡Niño!, ¡Niño!, le diré,
O mi corazón, o el cielo.

Y a mi reclamo importuno,
Sin dudar en la elección,
Escogerá el corazón,
Y gano el ciento por uno.

Con el Niño, pues, trabaja,
Que no he de perdonar gasto
Porque ese trasto tan trasto
Se vuelva una buena alhaja.

Y cuando ya entre los dos
Lo hayáis arreglado, luego...
¡Por favor!, échalo al fuego,
Al fuego de amor de Dios.

G. Coloma, S. J.

N.º 303

En busca de oficio

A tu taller he llegado,
José, con gran alborozo,
pues sé que andas apenado
porque no encuentras criado,
porque te hace falta un mozo.
Y en verdad, que me alegré...
¡no de tu necesidad!
sino de ver que encontré
la gran oportunidad
que hallar quería, José.
Pues es la ocasión cabal
de pedirte llanamente
que me nombres tu oficial
y me hagas tu dependiente,
¡Prometo no hacerlo mal!...
¿Que mi fuerza es aún pequeña?...
Es verdad, mas no hace al caso
para mi ilusión. ¿Acaso
en ser general no sueña
hasta el soldado más raso?
No te extrañe, pues, mi gozo;
porque sueño que muy presto,
si soy en copiarte diestro,
de un humilde y tosco mozo
llegaré a ser un mastro.
¿Qué es lo que quiero copiar?...
Pues casi nada, mi Santo;
necesito aprender tanto,
que al haberlo de explicar
es para morir de espanto.
En primer lugar, quisiera
manejar bien el *cepillo*.
¡Ay! tengo un corazoncillo
de tan difícil madera,
que hay que sudar un poquillo
al querer enderezarlo.
Mira si es rebelde y duro,
que me veo en gran apuro
si intento mortificarlo,
si trato de hacerlo puro.
Necesito, ¡por mi vida!
manejar muy bien la *azuela*...
Quiero, aunque me haga herida,
y al cortar, José, me duela,
quitar la costra nacida,
en mi conciencia atrofiada
por el hábito indolente
de la culpa no llorada,
por mi maldad refinada,
por mi vida impenitente...
Quiero manejar la *sierra*
para cortar de raíz
estos hábitos que encierra
mi espíritu ¡harto infeliz!
que su afán puso en la tierra.
Quiero con la *gubia* obrar
filigranas en mi pecho,
para hacer de él un altar
donde me pueda ofrendar
a Dios, en amor deshecho.
Y quisiera que el *martillo*
a manejar me enseñaras,
para ajustarme un poquillo
(como el dedo con su anillo)
a la Cruz... Si me ayudaras,
a ella uniré fuertemente
con los clavos punzadores
esta ansia que mi alma siente
por irse tras la corriente
de alucinantes amores.
Y quiero con la *garlopa*
quitar estas arideces
que en mi voluntad a veces
la gracia divina topa.
Y quiero (si no entorpeces)
con mis ruegos sus tareas,
que, por amor de Dios, veas
cómo usaré de la *lija*
para hacer que ella corrija
estas manchillas tan feas,
que asoman en mi conciencia
por mi genio, harto ligero...
¿Dices que es mucha exigencia?...
¡Por Dios, José, ten paciencia
y hazme experto carpintero!
Di cómo haré de mi vida
un *sagrario*, do el reposo
encuentre y la paz cumplida
con Jesús, su dulce Esposo,
esta mi alma enflaquecida.
Haz que de mi corazón
naga un *altar* a María,
donde rinda pleitesía
y filial adoración
a mi Madre, noche y día.
Y no me saldré de aquí
(ya que tú me das derecho),
sin conseguir haberte hecho
José, un *trono* para ti
acá dentro de mi pecho...
¿Te ruborizas por esto?...
¡Vamos! no seas modesto
y di si puedo, José,
tenerte por mi maestro.
¡Te seré útil, por mi fe!

¿La paga?... ¡ah! no te apures
yo con poco me contento.
Con que la Gloria me augures ...
con que el Cielo me asegures,
firmo el contrato al momento.
¡Ya ves si soy comedido!
(aunque me digas travieso).
Tan sólo en paga te pido,
después de haberte servido,
que me dejes darle un beso
al Niño; y cumplir mi empeño
de mecer su pobre cuna,
de velar su dulce sueño,
y vivir sin tregua alguna
junto al Divino Pequeño.
También, en pago, querría
servir, como humilde esclavo,
a mi Señora, María,
y de mi vida hasta el cabo
hacer de su amor mi guía.
Mas te pido, ¡y no te enfades!
que, olvidando mis maldades,
me tengas siempre a tu lado,
pues veréme bien pagado
si hallo el cielo en tus bondades.
¡No me pongas mala cara,
si es que es mucho lo que pido!...
Piensa, mi Santo, y repara
que el jornal hoy ha subido...
que la vida está muy cara...
Y no olvides, carpintero,
que el diablo, por mi alma sola,
daría hasta el mundo entero...
¡Yo tan sólo el honor quiero
de *aserrar* o hacer la *cola*!

.....

Si al contrato no te avienes,
piensa, mi José, con calma
que esto a los dos nos conviene.
¡Contigo, el Cielo a mí viene!...
¡y yo a ti te entrego mi alma! ...

JOSÉ SÁNCHEZ MEDINA

N.º 304

La muerte de S. José

Para su hijo Jesús
labraba José una silla;
los barrotes eran de oro,
los clavos de pedrería,
cubría asiento y respaldo
bella tela damasquina;
trabajaba, trabajaba,
sin descanso noche y día.
Sin haberla terminado,
de muerte sintió fatigas;
ya lo acogen dulcemente
aquellos brazos de Vida,
y el angustioso sudor
le enjuga su esposa pía.
«Siento, Hijo mío, morir,
sin ver tu gloria cumplida
y sin terminar el trono
que con amor yo te hacía».
«No sientas, padre, morir
que mi reino se aproxima;
me asentaré victorioso
en la más excelsa cima.
Mi trono será una cruz,
y mi corona, de espinas;
mi cetro será de caña,
y mi gloria, dolorida,
verdugos los mis vasallos,
mis loas, de mofa y risa,
mis libaciones de hiel,
y mis fiestas, muerte inicua».
Cuando José oyó esto hablar
sus fuerzas desfallecían;
voló su alma del mundo
y halló su cuerpo acogida
en los brazos de Jesús
y de su esposa María.

FRANCISCO DE RIOJA

N.º 305

Patrono de la Iglesia

De gallardetes ornado,
tendida la vela al viento,
con ligero movimiento
un bajel surca la mar.
En el mástil desplegada,
al aire va su bandera;
y entre tanto placentera
dulce voz se oye cantar:
«Boga, boga, fiel barquilla
no temas el fin ignoto;
pues te dirige el Piloto
más hábil que el Ponto vió;
deja, deja, que tu rumbo
gobierne la sabia mano
en que el Señor Soberano
de los Cielos confió».
Y de tempestades crueles
arrostrando los azares,
siguió el bajel por los mares,
puesta en el Patrón la fe.
Lleva en la popa un letrero
que dice, en bellos colores:
«Yo camino sin temores,
mi Patrón es San José».

ALFONSO PAYÁN, S. J.

N.º 306

S. José tóo lo puede

Cabal es que sí... ¡como que no hay en tóo el cielo un padrino que tenga más mano que él! ¿Saben ustedes lo que jizo el bendito patriarca un día que su divina Majestad le negó una gracia?... Pues es el caso que un día le llegó la cierta (la muerte) a un devoto de S. José, y quiso colarse de rondón por las puertas del cielo; pero ¡cómo había de entrar si venía tóo manchao de tinta!... que a la cuenta debía de ser alma de escribano. S. Pedro le dió con el postiguillo en los hocicos, y me lo dejó montado en los cuernos de la luna. Pues vamos al caso que no faltó algún corre ve y dile, que le diera el soplo a S. José, y va el Patriarca incontinenti a su Divina Majestad, a pedirle favor para su devoto. Pero su Divina Majestad le dijo que nones.

—¡Señor, que es mi devoto!

—¿Devoto?... que te encendía a ti media libra de cera, y al diablo todos los colmenares de la sierra.

Pues vamos a que, en estos dares y tomares, de que ha de entrar, de que no ha de entrar, S. José, que no es rana, y sabe dónde le aprieta el zapato, dice muy sentido, por ver si sacaba raja:

—Pues si mi devoto no entra, yo me voy...

—Vete con Dios, —le dijo su Majestad.

S. José, que lo que menos pensaba era en tocárselas, se va para la puerta con el sombrero en la mano, vuélvese a la mitad del camino y dice:

—Pero es que yo no me voy solo... Que según canta el refrán y también canta la ley... en matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido... Con lo que es mi mujer se viene conmigo.

—Pues que se vaya.

S. José llama a la Virgen Ssma., le dice que se toque el mantón, y que se vaya para la puerta. Pero su Divina Majestad ni por esas blandeaba.

—Pues es que si me llevo a mi mujer, —dijo entonces el Patriarca— me llevo también todo lo que es suyo.

—Pues llévatelo.

—Aquí tengo una lista que canta hasta la última hilacha.

Y se pone S. José en medio del cielo, saca un papel de la faltriquera, en que estaba escrita la letanía, y comienza a decir: —Regina angelorum... ¿a ver? vayan para allá todos los ángeles.

—Regina Patriarcharum... vayan todos los Patriarcas.

—Regina Profetarum... vayan todos los profetas.

Y así fué relatando toda la letanía... ¡compadre! cuando llegó a aquello de Regina sanctorum omnium, reina de todos los santos, le dice su Divina Majestad:

—Mira, Pepe: anda fuera, lava bien a tu devoto y métele dentro... porque si me empestillo en no dejarlo entrar, me dejas tú, por justicia, solo en el cielo.

P. Luis Coloma

N. 307

Las dudas de San José

Afligido está José
de ver su esposa preñada,
porque de tan gran misterio
no puede entender la causa.
Sabe que la Virgen bella
es pura, divina y santa,
pero no sabe que es Dios
el fruto de sus entrañas.
El llora, y la Virgen llora;
pero no le dice nada;
aunque sus divinos ojos
lo que dudan le declaran
Que, como tiene en el pecho
al Sol la Niña sagrada,
como por cristales puros
los rayos divinos pasan.
Mira José su hermosura
y vergüenza sacrosanta;
y admirado y pensativo
se determina a dejalla.
Mas advirtiéndole en sueños
el Angel, que es obra sacra
del Espíritu Divino,
despierta y vuelve a buscarla.
Con lágrimas de alegría
el divino Patriarca
abraza a la Virgen bella,
y Ella llorando le abraza.
Los ángeles que asistían
del Rey divino a la guarda
mirando a los dos esposos
arpas de nieve pulsaban.

Lope de Vega

N.º 308

La varita de José

Yo no temo
del mar el rugido fiero,
ni del mundo zalamero,
la sonrisa o el desdén;
yo no temo para mi alma
de la vida los honores,
ni aspirar las lindas flores
que hacen del mundo un Edén;
porque en mi fe me sostiene,
cuando la pasión me agita,
la varita,
la varita de José.
Yo no temo
de los hombres el juicio;
si es adverso o es propicio
poco me importa saber;
si mis escritos alaban...
si se burlan de mi pluma...
nada, un poquito de espuma...
que se deshace a mis pies.
Y me da esa paz del alma,
esa paz casi infinita,
la varita,
la varita de José.
Yo no temo
luchar de noche y de día
contra toda herejía
engendro de Lucifer.
Yo no temo
ni al budista ni al judío,
ni al comunista bravío,
ni al amigo de Volter,
mientras mi esfuerzo proteja,
y me sostenga bendita,
la varita,
la varita de José.
Yo no temo
de Luzbel las tentaciones,
del que tantos corazones
logra y logrará perder;
ni sus ardides de brujo,
ni sus rugidos de hiena,
ni sus cantos de sirena,
ni sus palabras de miel;
que es mi tabla salvadora,
si él al mal me precipita,
la varita,
la varita de José.
Yo no temo
de la sangre los horrores;
ni del alma los dolores
me hicieron palidecer.
Yo no temo
de la enfermedad la saña;
de la muerte la guadaña
feliz me deja también;
porque de dulces consuelos
deja mi alma ahita,
la varita,
la varita de José.
Al morir,
cuando se cierren mis ojos,
y el cuerpo, con sus despojos,
muestre lo que hemos de ser;
Cuando libre
extienda mi alma su vuelo,
hacia el cielo, hacia el cielo
la veréis blanca ascender;
que la llevará en volandas
hacia el cielo derechita,
la varita,
la varita de José.

JOSÉ PORTOLÉS

N.º 309

La Sagrada Familia

Fué S. José un artesano
que, en su taller escondido,
pasara desconocido
su vida en constante afán;
orar y el trabajo rudo,
nunca el ocio conociera,
ganar su deseo era
para su familia el pan.
Al ver a su cara Esposa,
la Santa Virgen María,
a su espíritu envolvía
raudal de célica luz;
y del puro amor gozaba,
al tener entre sus brazos
y darle tiernos abrazos
a su querido Jesús.
Para bien de los mortales,
el Eterno desde el cielo
dió una familia modelo
con ésta a la Humanidad;
el hijo es Dios hecho hombre,
la madre una Virgen pura,
y el padre llegó a una altura
cual ninguno en santidad.
Los ardides del infierno
hoy las familias destruyen:
¡que el gozo y la dicha huyen
de entre ellos, bien se ve!
Pero cesarán los males,
serán los hogares cielo
si miran a su modelo
Jesús, María y José.

La panegirista de San José

«Querría yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios» (Vida cap. VI).

Imposible resistir a la idea de ayudar en algo a Santa Teresa en tarea tan sabrosa, aunque no sea más que subrayando alguno de los consejos de la Santa, y recordando algunos rasgos de su vida que revelen la extraordinaria devoción que profesaba a «su gloriosísimo Padre San Josef». Bastaría señalar el hecho, casi cierto, de que, la primera iglesia en honor de este Santo, fué la del convento de San José de Avila que le dedicó la Santa, y que a fines del siglo XVIII en la sola Orden Carmelitana eran ya ciento cincuenta las iglesias que se le habían dedicado, para darse cuenta de la fortaleza del espíritu que tan profundamente pudo grabar en sus hijos la devoción a San José. Verdadera herencia de su Madre Fundadora es el amor con que se mostraron siempre heraldos de la gloria de San José los Carmelitas descalzos.

Quien leyere el libro de las «Fundaciones» pronto advertirá la predilección con que Santa Teresa pone sus conventos bajo el manto del Esposo de la Virgen. De las diecisiete casas de religiosas que fundó, doce llevan su advocación. En todos los conventos solía colocar las imágenes de la Virgen Santísima y su virginal esposo. «Al Señor Diego Ortiz —dice en una carta— que suplico a su merced no se descuide tanto de poner a mi Señor San Josef a la puerta de la iglesia». (Carta a Alfonso Alvarez).

A raíz de su beatificación sucedió que algunas comunidades de monjas propusieron a su Provincial que cambiara por la advocación de la Madre Fundadora los títulos de otros santos que llevaban sus conventos. Por la devoción que a Ella tenía accedió con facilidad. No lo llevó tan a bien la humilde e hidalga Reformadora, que apareciéndose a la venerable Madre Isabel de Santo Domingo «le dixo con rostro severo: Di al Provincial que quite mi nombre de los monasterios y les vuelva el de San Josef que tenían».

Su profundo agradecimiento para quien había sido su mejor padre en todas las necesidades y vicisitudes de su accidentada vida de Reformadora, no toleró esta fineza de sus hijas a costa de la honra del Santo Patriarca.

Muchísimos y muy extraordinarios debieron ser sin duda ninguna los favores que recibió por el valimiento de tan poderoso santo, cuando con tanta insistencia apela a su experiencia propia para convencernos de ello. Todavía puede vislumbrarse más la fuerza de tales aseveraciones si se tiene en cuenta la llaneza con que ordinariamente explica sus cosas y las circunstancias especiales en que suele usar tales encarecimientos.

Ella misma, que casi como un estribillo, repite después de nombrar a su Patrono: «que puede mucho, que alcanza mucho de Dios», lo da a entender claramente en pasajes como éstos: «Entendí que tenía mucha obligación de servir a Ntra. Sra. y a San Josef, que muchas veces, yendo perdida del todo, por sus ruegos me tornaba a dar salud». «Una vez estando en una necesidad que no sabía qué me hacer, ni con qué pagar a unos oficiales, me apareció San Josef, mi verdadero padre y Señor, y me dió a entender que no me faltarían, que los concertase, y ansí lo hize sin ninguna blanca, y el Señor por maneras que se espantaban los que lo oían, me proveyó» (Vida cap. XXXIII).

Nada extraño, pues, que con amor de verdadera hija no desperdiciara ocasión que se le ofreciera para inculcar la devoción a San José, y por todos modos procurar su gloria.

La misma Santísima Virgen se lo compensó también ratificando el rectísimo parecer de quien «gustaba de devociones de misas y cosas muy aprobadas de devociones y nunca fué

amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonia que no podía sufrir». En un arrobamiento que tuvo la Santa, se le aparecieron Nuestra Señora y S. José vistiéndole una ropa blanquísima. «Luego -dice ella misma-me pareció asirme de las manos de Nuestra Señora. Díjome que le daba mucho contento en servir al glorioso San Josef, que creyese que lo que pretendía del monasterio se haría, y en él se serviría mucho el Señor y ellos dos». (Vida cap. XXXIII).

Conocido es por demás el pasaje del capítulo VI de su Vida, donde principalmente recomienda y encarece el provecho que podemos sacar de la devoción a S. José. Más autorizado panegírico después del *vir justus* del Santo Evangelio, dudamos que se haya hecho jamás del glorioso Patriarca: «que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo, *tengo experiencia* que socorre en todas»; «no me acuerdo hasta ahora, haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer»; «espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo»...

Séanos todavía permitido copiar las palabras que la Santa trae un poco más abajo en el mismo capítulo, y que no por ser tan citadas y conocidas como las precedentes, dejan de tener importancia suma, y a buen seguro no dejarán de ser tampoco de consoladora utilidad para muchos; los caminos que llevan a Dios, los santos los saben. «Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca, y tenerle devoción; en especial personas de oración siempre le habían de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los ángeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias a San Josef por lo bien que les ayudó en ellos. Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por Maestro, y no errará en el camino». (Vida cap. VI).

ANGEL MORTA

N.º 311

La tentación y la cruz

(*Leyenda fantástica*)

Malos andaban los tiempos en la casa de Nazaret. Tanto escaseaba el trabajo, que la bondad de San José, al levantar al cielo los ojos implorando su favor, recordaba la providencia de quien viste los lirios del valle y alimenta los pájaros del aire... Cuanto podía ocurrir a su imaginación para subvenir sus necesidades, había sido ya puesto por obra; no quedaba en la casa más que la paz del Señor, y con ella el amor de Jesús, de María y de José.

Era un día de verano, cálido y bochornoso. Un sol de fuego iba escalando la bóveda muy cerca ya de conseguir lo más alto de su carrera a la mitad del día. José estaba en el taller rogando al Señor por el sustento de los suyos.

—Buen hombre, ¿sois carpintero?

—Sí, tal; mientras el Señor me dé vida labraré madera.

—¿Podríais venir conmigo para ver el arreglo de una ventana?

—Al momento.

Y mientras José tomaba las herramientas, iba dando gracias a Dios por su auxilio.

Salieron juntos, andando muy aprisa el viajante bajo el sol de plomo, lejos ya de las huertas de Nazaret.

—Quizá os canséis, por lo lejos y por el sol.

—No por cierto; en el trabajo sirvo a Dios y es servirle mi único anhelo.

—Andemos, pues, más aprisa.

Y no parecía sino que volaban entrambos.

—Esta es mi casa; y esta la ventana. Daos prisa a ponerle marco, pues

mi familia marchó ayer, y yo debo reunirme con ella antes que se ponga el sol.

San José dió principio a su trabajo: tomó las medidas, aserró la madera, ensamblóla y al probarla halló que caía.

—Va para grande; pero con el favor divino, dentro de unos minutos estará ya a punto.

Y el santo, bañado en sudor, arregló su obra alabando al Señor. Probóla de nuevo.

—¡Cosa rara! tampoco encaja; resulta pequeña.

Desarma los tableros, toma nuevas medidas, aserra otros maderos, y otra vez la prueba.

—¡Tampoco! aun es mayor la ventana.

Los minutos volaban.

—Ved, buen hombre, que quedan cortas horas.

—Con Dios lo arreglaré pronto.

Y trabajaba aprisa, aprisa.

—¡Alabado sea Dios! otra vez grande: fallé las medidas.

El sol declinaba ya al ocaso. El extranjero daba muestras de gran impaciencia, y José trabajaba que trabajaba.

—Buen hombre, es ya tarde.

—Otra vez pruebo la ventana. Y colocó en el hueco el marco de madera. Cayó al otro lado.

—¡Dios me ampare! qué cosa tan rara.

—Ved que ya no queda tiempo.

—Por favor. Voy a tomar la medida exacta.

—Daos prisa, carpintero, que la paciencia se me acaba.

Y sus ojos pardos fulguraron azufre por ver si al Santo también se le acababa, y perdía la calma... A grandes pasos recorría la estancia, mirando al Santo que tentaba.

—Buen carpintero sois, que ni sabéis tomar las medidas a una ventana tan pequeña.

—Si parece ser cosa de milagro que haga se agrande y achique. ¡Dios me ampare! parece que rasque en ella la cola del diablo.

Un terno redondo del diablo propietario, que quedó parado en medio de la estancia, fué toda la contestación.

—Excusad la broma, y que el Señor os perdone.

—Ved de acabar la obra, o bien largaos.

Levantó al cielo los ojos y pidió José ayuda en su trabajo. El sol llegaba ya a su ocaso y el marco de la ventana estaba aún por labrar. Para aprovechar las últimas luces del día, renovó con ardor su trabajo.

—Ahora sí que concluyo.

—¿Ahora?—repuso con retintín el del taco.

—Ahora mismo.

Y tomando un recio listón lo clavó por sus extremos bajo el dintel de la ventana, obteniendo así su medida exacta en lo ancho. Y escogió otro listón, también muy recio, lo sujetó por sus extremidades perpendicular al otro, y en su cruce, con recios martillazos lo sujetó con clavos.

—Aun cuando seas padrón de ignominia, oh cruz, tú has sido mi protección dando justas las medidas: musitó entre dientes San José.

Oyólo el diablo, y al volver sus ojos a la ventana, vió en ella una cruz de madera. Lanzó bramidos de coraje por no poder ya de miedo cambiar el tamaño de la ventana; y dando un salto terrible se hundió luego en el pavimento, del que salió una columna de azufre encendido. Derrumbóse después la casa, mientras se oía una voz áspera clamando:

—¡Maldito viejo!, ¡maldita paciencia!... ¡Qué bella victoria la mía si hubiese engañado al Padre de Jesús!

Ante estas palabras, José se postró con la frente en el suelo y adoró al Señor, cuya protección amparó su virtud de la paciencia. Y al volver a su casa, las caricias de Jesús le borraron la impresión de espanto...

N.º 312

En la paz del sendero

(Leyenda josefina)

Dormían los campos a aquella hora temprana de la tarde, dormían agobiados bajo la ardiente caricia de aquel cielo brillante y cegador.

El piar de algún pájaro, saltando entre la fronda de una higuera, el dulce tintineo de la esquila de algún rebaño que sesteara en el fondo de un prado, el eco perezoso de la ciudad cercana eran los únicos arrullos de ese ensueño de la naturaleza.

Era la hora en que el sol, con su fuerza impetuosa, triunfa hasta de la vida.

Un hombre y un bello adolescente, casi un niño, marchaban hacia Nazaret. Sus túnicas eran de gente humilde. Su apostura de hijos de David.

Acaso volvían de trabajar en alguna granja vecina. Instrumentos de carpintero traían a sus hombros y en sus manos. Y la fatiga del trabajo y de la marcha bajo aquel sol de estío coloreaba vivamente sus semblantes.

El jovencito caminaba el primero, y a su paso gracioso las florecillas del sendero se inclinaban.

Tras las huellas del otro caminante se alzaba grato aroma de nardos y violetas.

Eran Jesús, el Hijo de la Virgen, y José, el varón justo.

—Padre—exclamó de pronto el Hijo de María—¡cómo cayó la bendición de Dios sobre estos campos!

—Sí, Hijo mío—le contestó José—. La bendición del Padre celestial ha sido pródiga...

Un mar de espigas se extendía a los lados del camino, y se doblaban gráciles los tallos al suave peso del menudo fruto. Millares de amapolas se erguían por doquier en aquel mar. Y una tímida alondra cantaba a ras de tierra, escondida en los surcos.

—El Padre celestial—prosigió el varón justo—no niega nunca el pan a los que en El confían.

—¡Padre!—dijo Jesús, volviendo su joven rostro hacia José—. Yo tampoco negaré nunca mi pan al que me ame.

Y como el Padre virginal nada dijera, continuó así Jesús:

—El Pan que yo daré para vida del mundo, será mi carne...

Había llegado la hora de la gran revelación para José.

Su amor hacia Jesús, sus trabajos por El, sus sudores, sus penas, así lo merecían. Ningún secreto debía estar oculto a sus miradas, y el sublime misterio del Cuerpo y de la Sangre de su Hijo adoptivo iba a ser revelado a su alma humilde y pura. E iba a ser revelado a pleno sol y a plena inmensidad, bajo el azul radiante de los cielos, entre las flores y las avecillas de Dios, rodeado de aquella pródiga bendición del Padre celestial, que era paz y era pan...

Jesús tomó una espiga con sus manos divinas, volviéndose sonriente hacia su Padre y ambos se detuvieron.

—Mi corazón—habló con voz que acariciaba—ha de amar a los hombres hasta el fin, y ese amor se convertirá en pan, y me daré a comer a ellos... Este trigo material y visible, hecho pan, será mi Cuerpo. Y del fruto de la vid haré mi sangre. Y el que coma de este Pan, jamás perecerá... En prendas de mi amor hacia los hombres, no otra cosa les dejaré sino mi Cuerpo, formado en el seno de una Virgen purísima, alimentado y fortalecido con vuestros sudores de obrero, y guardado por vuestra vigilante solicitud...Yo soy el Pan vivo bajado del cielo...

El Santo Patriarca, con la mirada de los limpios de corazón, profundizaba en aquel abismo misterioso del amor de un Dios; comprendía, temblando de emoción, lo que Jesús le hablaba; veía desde aquel instante los prodigios que la Eucaristía obraría en los hombres a través de los siglos...

Jesús, radiante de serena luz, continuaba explicando a su Padre adoptivo el gran misterio, le hacía participante de la misma ternura con

que, oculto bajo el velo del Sacramento, se daría a sí mismo al mundo entero... Y habría muchos que se escandalizarían de aquel Pan, y dirían así: «¿No es ese Jesús el hijo de José? ¿Cómo nos dice que ha descendido del cielo?» Y habría también muchos que, palpitantes de adoración y de amor, de rodillas y con los brazos en alto, clamarían sin cesar: «¡Señor, danos siempre de ese pan! ¿A quién iremos sino a Ti, que tienes palabras de vida eterna?»...

—El que coma mi Cuerpo y beba mi Sangre, permanecerá en Mí y Yo en él—decía Jesús.

Y José, postrado a sus pies, besaba aquellas manos en que brillaba la mística espiga; las besaba llorando de reconocimiento y de amor, no cesaba de besarlas y de adorar el futuro y celestial misterio...

En la paz del sendero, los nardos y violetas en que florecía el alma del Santo Patriarca perfumaban los triunfos venideros del Pan de la Vida.

J. LE BRUN

N.º 313

A San José

José, el admirable,
José justo y bueno,
que viviste humilde
como carpintero...
¡Qué dicha la tuya
en este destierro,
sirviendo a María
y a Jesús sirviendo!
Y en cambio, guirnaldas
ellos te ofrecieron
de amor, de obediencia
y de acatamiento;
cuando reposaba
Jesús en tu pecho,
tu corazón puro
vivía en el cielo.

. . . . . .

Cuando de la prueba
se acabe el tormento,
a verte en la Patria,
por fin, volaremos;
volaremos alto,
porque está tu asiento
junto al de tu Esposa,
la Reina del Cielo.
Entonces la Historia
de todos tus hechos,
—hoy tan escondidos—
allí la leeremos.
Y al saber tus glorias,
tus luchas y méritos,
cantaremos todos,
en dulce concierto,
la vida escondida
de José, el obrero.

STA. TERESITA

N.º 314

Para verte de todos festejado
quisiera, humilde santo, en este día,
con los acentos de la lira mía
cantar los bienes que el Señor te ha dado.
Pero desisto apenas comenzado,
pues no acierto a pensar qué te daría
quien quiso de Jesús y de María
confiar la tutela a tu cuidado.
Con tan sublime don favorecido,
tú superaste el fervoroso anhelo
del ave hermosa que custodia el nido.
Y a tal altura remontaste el vuelo
que cantar tu excelencia no he podido.
Llévame pronto a contemplarla al cielo.

RAMÓN M.ª VINUESA, S. J.

PASIONARIAS

N.º 315

Jesús se despide de María

De su Madre se despide
triste el Rey Nuestro Señor,
con palabras en los ojos
y lágrimas en la voz:

«A pedir, dice, Señora,
vengo vuestra bendición,
porque no podré mañana,
y es bien que me la deis hoy.

Manda mi Padre que vaya,
Madre, a cierta pretensión;
y aunque muera en la demanda,
he de volver vencedor.

Hijo soy de buenos padres,
y he de hacer como quien soy;
a morir voy como hombre,
y a redimir como Dios.

Mi Padre pide justicia,
y misericordia Vos,
y muriendo yo, Señora,
podré cumplir con los dos.

Amor quiere que me vaya,
quiere que me quede amor;
lo mismo quiero que quiere,
y así me quedo y me voy.

En pan me daré a los hombres,
hecho de harina de flor:
¡Qué mucho si sois la harina,
y flor entre espinas sois!

Quedaráse el hombre en Mí,
en él me quedaré yo,
y como me caiga en gracia,
será lo mismo que soy.

Dadme, besaréos la mano,
y no me digáis que no;
ved que os llevo atravesada
en mitad del corazón.

Ved que el amor me da prisa,
muerto por morir de amor,
y deseo yo su vida
más que el mismo pecador.

Abriréle por bien suyo
una puerta al corazón,
y con los brazos abiertos
saldré a ofrecerle perdón.
Quedaráse tan abierta,

que pensarán más de dos
que por la sangrienta llaga
el cielo se me cayó.

En las tormentas del hombre,
que tantas y tales son,
desnudo me echaré a nado;
vivirá aunque muera Yo.

A morir me parto, Madre,
¡ay! Madre, quedaos a Dios,
sí haréis, porque vais conmigo,
y Yo me quedo con Vos».

Hombre, si no eres de piedra,
muéstralo en esta ocasión,
pues las piedras se enternecen
al despedirse los dos.

Parte a acompañar a Cristo
en su Muerte y su Pasión;
tu Señor muere por ti,
muere tú por el Señor.

Muere animoso a su lado;
mira que al lado de Dios
la muerte no será muerte,
ni el dolor será dolor.

Y si a tanto no te atreves,
porque te hiela el temor,
a consolar a su Madre
que queda en tanta aflicción.

Llora y llora tus pecados,
alegrarás a los dos,
porque lágrimas por culpas
sus dulces consuelos son.

Llorando, aun cuando Dios muere,
puedes alegrar a Dios,
y consolar a su Madre
en la soledad mayor.

JOSÉ DE VALDIVIELSO

N.º 316

Lavatorio de Judas

Besando está Jesucristo
de un hombre infame los pies,
después de haberlos lavado
y regalado también.
Como eran los pies autores
de aquella traición cruel,
con la boca está probando
si los puede detener.
¡Oh besos tan mal pagados!
Mi vida, no los beséis,
pues sólo para que os prendan
os han de besar después.
¡Oh estéril planta perdida,
que regada por el pie,
y dándole el sol de Cristo,
no tuvo calor de fe!
Los pies le laváis, Señor;
pero si os han de vender
¿cómo pueden quedar limpios,
aunque vos se los lavéis?
De aquellos que vos laváis,
decía un profeta rey,
que más que nieve serían,
y en estos pies no lo fué.
Mas no lo quedar el dueño,
no estuvo en vos, sino en él,
que mal puede sin materia
imprimir la forma bien.
¡Oh soberana humildad!
¿quién no se admira que esté
el infierno sobre el cielo,
que es más que el mundo al revés?
Nunca en la Iglesia de Cristo
los hombres pensaron ver
que esté el pecador sentado
y el sacerdote a los pies.
Hoy parece un falso apóstol
más soberbio que Luzbel;
que el otro quiso igualarse,
y éste más alto se ve.
—Amigo, entre sí le dice,
¿cómo me quieres poner
en manos de mi enemigo
por tan pequeño interés?
La forma tengo de siervo
porque le dijo a Gabriel
mi Madre que ella lo era,
y desde allí lo quedé.
Pero es el precio muy poco,
y partes en mí se ven,
que al fin por treinta dineros
es lástima que las des.
Hijo soy de Dios eterno,
y tan bueno como él,
de su sustancia engendrado,
y con su mismo poder.
Con las gracias que hay en mí
mudos hablan, ciegos ven,
muertos viven; que tú sólo
no quieres vivir ni ver.
Mi hermosura aquí la miras,
mis años son treinta y tres,
que a un dinero por año
no has querido que te den.
Aunque es mi Madre tan pobre,
que te diera, yo lo sé,
más que aquellos mercaderes
de la sangre de José.
¿Cómo diste tan barato
todo el trigo de Belén,
pan que la tierra y el cielo
se han de sustentar con él?
¿Qué cordero aquestas pascuas
para la ley de Moisés
no valdrá más que yo valgo,
siendo de gracia mi ley?—
Dulce Jesús de mi vida,
más inocente que Abel,
no lavéis más estas plantas:
piedras son, que no son pies.
Quitad la boca, Señor,
de este bárbaro infiel,
y esas manos amorosas
en nuestras almas poned.
Porque labradas de vos,
vayan con vos a comer
ese cordero divino
a la gran Jerusalén.

LOPE DE VEGA

N.º 317

Camino de las olivas

Camino de las olivas
Jesús caminando va;
el albo manto caído,
las sandalias sin atar,
crespa la hermosa melena
y acongojada la faz...
La luna blanca lucía
encima del olivar;
y, a su claror, plateaban
las torres de la ciudad...
Camino de las olivas
Jesús caminando va.
Sus discípulos le siguen,
síguenle, llenos de afán,
como ovejas asustadas
del aullido del chacal...
Pero... ¡ay!, cuanto más mueven
el paso por le alcanzar,

Jesucristo, el Pastor bueno,
más les va dejando atrás.
Las huellas de sus sandalias
bermejas de sangre están,
y un aroma de violetas
llena todo el olivar...
De pronto, rasgan los cielos
torrentes de claridad;
y un ángel rompe la calma,
desgranando este cantar:
«Padre mío, Padre mío,
hágase tu voluntad.
Una copa de amargura
me querías ofrendar.
Padre mío, si es posible,
de mis labios quítala;
mas, si son estas tus trazas,
hágase tu voluntad»...
Y en tanto el eco del valle
recoge el triste cantar;
camino de las olivas
Jesús caminando va...

J. J. PÉREZ ORMAZÁBAL

N.: 318

Tristezas de Getsemaní

Estás triste, mi Dios; tristes tus ojos,
triste también tu corazón está,
rodeado de espinas y de abrojos,
y agonizando con dolor mortal.
¿Qué nube te entristece? ¿Qué quebranto
oculta la alegría de tu faz?
¿Qué angustia te provoca el sudor santo
con que la tierra renovando estás?
Si a costa de mil vidas consiguiera
una sonrisa a tu semblante dar,
con tu gracia, Señor, las ofreciera
generoso, contento, sin dudar.

FR. LUIS M.ª LLOP

N.º 319

A la corona de espinas

Coronado está el Esposo,
no de perlas y zafiros,
ni de claveles ni flores,
sino de juncos y espinos.
Su santísimo cerebro
le traspasan atrevidos,
fruto que nos dió la tierra
desde que Dios la maldijo.
Mas lo que causa dolor,
es ver que se hayan subido
desde las plantas de Adán
a la cabeza de Cristo.
De zarzas está cercado
aquel soberano trigo,
que el espíritu de Dios
sembró en el campo virgíneo.
Entre las espinas verdes,
para mayor sacrificio,
el cordero de Abraham
está esperando el cuchillo.
Ya las damas de Sión
al rey Salomón han visto
como el día de sus bodas,
coronadas de jacintos.
¡Ay, divino Dios de amor!
Cupido santo, escupido
de aquellas infames bocas,
más fieras que basiliscos.
Venda os ponen en los ojos,
que quieren, Rey infinito,
que seáis Jesús vendado,
pues fuisteis José vendido.
Para daros golpes fieros
os cubren, porque imagino
que como sois tan hermoso,
no se atreven sin cubriros.
Los hombres, Señor, os niegan,
que piensan que sus delitos
no verá quien, siendo Dios,
ve los pensamientos mismos.
Para daros bofetones
el hombre os hace adivino,
pues dice que adivinéis
las manos que os han herido.
Yo he sido, dulce Jesús,
yo he sido, dulce bien mío,
quien en vos puso las manos
con mis locos desatinos.
Yo soy por quien os arrancan
esos cabellos benditos,
que diera el cielo por ellos
todos sus diamantes ricos.
Si viera, dulce Señor,
la Virgen, que cuando niño
los peinaba y regalaba,
arrancallos y escupillos,
más que cabellos os quitan
diera tan tiernos suspiros,
que los ángeles lloraran
y temblara el cielo empíreo.
Una vez os vió la esposa,
como las rosas y lirios,
a sus puertas con el alba
coronado de rocío.
¿Cómo llamaréis ahora
al alma que está en sus vicios,
lleno de sangre que corre
sobre los ojos divinos?
¿Cómo podrá responderos,
ni dejará de seguiros,
si estáis de sangre cubierto,
porque tiene los pies limpios?

Llorad, alma, que los ojos
que han de miraros benignos,
sangriento eclipse padecen
que en el sol muestra castigo.

Mirad que quieren sacarle,
y que dice el pueblo a gritos:
«Muera Jesús, viva el hombre
con mil hurtos y homicidios».

No seáis tan dura fiera
que entre tantos enemigos,
pidáis que viva un ladrón,
y que den la muerte a Cristo.

LOPE DE VEGA

N.º 320

La cruz a cuestas

La leña del sacrificio
lleva en sus hombros Isaac,
aunque no ha de bajar ángel
a detener a Abraham.

Que el puro manso Jesús,
que el Bautista en el Jordán
llamó Cordero de Dios,
se quiere sacrificar.

El que entre Moisés y Elías,
vieron Pedro, Diego y Juan,
en la cumbre del Tabor,
lleno de luz celestial;

ese mismo a un monte triste,
no lejos de la ciudad,
porque piensen que es ladrón,
entre dos ladrones va.

Un madero al hombro lleva,
lagar en que ha de pisar,
el sólo racimo fértil
de aquella vid virginal.

En su delicado cuello
lleva el príncipe de Paz
de dos pesadas columnas
su imperio y cetro real.

Al son de trompetas tristes
pregones injustos dan:
esta es la justicia, dicen,
pero no dicen verdad.

Si ésta es la envidia, dijeran
bien pudieran acertar;
mas siempre se vale el mundo
de las disculpas de Adán.

Dicen que al César hurtaba
la romana majestad,
por hacerse rey quien era
Hijo de Dios natural.

Mucho le pesa la cruz,
los pecados, mucho más;
con ellos ha dado en tierra,
que no los puede llevar.

Llevadlos, Jesús querido,
que si vos no los lleváis,
esclavos seremos todos
del tirano Leviatán.

Cayó Cristo, y por la frente
con el golpe desigual
se le entraron las espinas
lo que faltaban de entrar.

Cególe el polvo los ojos,
si el sol se puede cegar;
la boca llena de sangre
se estampó en un pedernal.

Suspira el manso Cordero;
ayuda pidiendo está,
y a palos, golpes y coces
le vuelven a levantar.

Como tiraron la soga,
volviendo el cuerpo hacia atrás,
miró al cielo enternecido,
pero vióle sin piedad.

¡Ay, virginales entrañas!
los pasos apresurad,
y el angélico decoro,
si le queréis consolar.

Para conocer su rostro
desfigurado y mortal,
la imagen del Padre Eterno
con vuestras tocas limpiad.

Abrazadle, Virgen santa,
porque si vos le abrazáis,
al regalo de esos pechos
consuelo el suyo tendrá.

Mas el descomedimiento
de esa gente desleal
atropellará furioso
vuestra santa honestidad.

Mejor es, alma, que vos
con vuestra cruz le sigáis,
porque quien tras él la lleva,
ese le viene ayudar.

Que si de vuestros pecados
el peso a la cruz quitáis,
haréis que le pese menos,
y Cristo camine más.

LOPE DE VEGA

N.º 321

La pedrada

I

Cuando pasa el Nazareno
de la túnica morada,
con la frente ensangrentada,
la mirada del Dios bueno,
y la soga al cuello echada;
el pecado me tortura,
las entrañas se me anegan
en torrentes de amargura,
y las lágrimas me ciegan
y me hiere la ternura...
Yo he nacido en esos llanos
de la estepa castellana,
cuando había unos cristianos
que vivían como hermanos
en república cristiana.
Me enseñaron a rezar,
enseñáronme a sentir
y me enseñaron a amar,
y como amar es sufrir,
también aprendí a llorar.
Cuando esta fecha caía
sobre los pobres lugares,
la vida se entristecía,
cerrábanse los hogares
y el pobre templo se abría.
Y detrás del Nazareno
de la frente coronada,
por aquel de espigas lleno
campo dulce, campo ameno
de la aldea sosegada,
los clamores escuchando
de dolientes *Misereres*,
iban los hombres rezando,
sollozando las mujeres
y los niños observando...
¡Oh qué dulce, qué sereno
caminaba el Nazareno
por el campo solitario,
de verdura menos lleno
que de abrojos el Calvario!
¡Cuán suave, cuán paciente
caminaba, y cuán doliente
con la cruz al hombro echada,
el dolor sobre la frente
y el amor en la mirada!
Y los hombres, abstraídos,
en hileras extendidos,
iban todos encapados,
con hachones encendidos
y semblantes apagados.
Y enlutadas, apiñadas,
doloridas, angustiadas,
enjugando en las mantillas
las pupilas empañadas
y las húmedas mejillas,
viejecitas y doncellas,
de la imagen por las huellas
santo llanto iban vertiendo...
¡Como aquellas, como aquellas
que a Jesús iban siguiendo!
Y los niños, admirados,
silenciosos, apenados,
presintiendo vagamente
dramas hondos no alcanzados
por el vuelo de la mente,
caminábamos sombríos
junto al dulce Nazareno,
maldiciendo a los judíos,
¡que eran Judas y unos tíos,
que mataron al Dios bueno!

II

¡Cuántas veces he llorado
recordando la grandeza
de aquel hecho inusitado
que una sublime nobleza
inspiróle a un pecho honrado!
La procesión se movía
con honda calma doliente.
¡Qué triste el sol se ponía!
¡Cómo lloraba la gente!
¡Cómo Jesús se afligía!
¡Qué voces tan plañideras
el *Miserere* cantaban!
¡Qué luces, que no alumbraban,
tras las verdes vidrieras
de los faroles brillaban!
Y aquel sayón inhumano,
que al dulce Jesús seguía
con el látigo en la mano
¡qué feroz cara tenía!
¡qué corazón tan villano!
¡La escena a un tigre ablandara!
Iba a caer el Cordero,
y aquel negro monstruo fiero
iba a cruzarle la cara
con el látigo de acero...
Mas un travieso aldeano,
una precoz criatura
de corazón noble y sano
y alma tan grande y tan pura
como el cielo castellano,
rapazuelo generoso
que al mirarla, silencioso,
sintió la trágica escena,
que le dejó el alma llena
de hondo rencor doloroso;

se sublimó de repente,
se separó de la gente,
cogió un guijarro redondo,
miróle al sayón la frente
con ojos de odio muy hondo,
paróse ante la escultura,
apretó la dentadura,
aseguróse en los pies,
midió con tino la altura,
tendió el brazo de través,
zumbó el proyectil terrible,
sonó un golpe indefinible,
y del infame sayón
cayó botando la horrible
cabezota de cartón.
Los fieles alborotados
por el terrible suceso,
cercaron al niño airados,
preguntáronle admirados:
—¿Por qué, por qué has hecho eso?
Y él contestaba agresivo,
con voz de aquellas que llegan
de un alma justa a lo vivo:
—«Porque sí; porque le pegan
sin hacer ningún motivo».

III

Hoy, que con los hombres voy,
viendo a Jesús padecer,
interrogándome estoy:
¿Somos los hombres de hoy
aquellos niños de ayer?

JOSÉ M.ª GABRIEL Y GALÁN

N.º 322

Romance de Calvario

Al Niño de ojos de cielo
le van a crucificar;
la Madre llora y pregunta:
¿Por qué le quieren matar?
¿Por ser la suma Justicia?
¿Por ser la suma bondad?
Si apagáis la luz del mundo
¿con qué os habréis de alumbrar?
El Hijo sube al Calvario,
¡ah!, no sabéis cómo va.
—¿Sufres mucho, Hijo del alma?
—Aun quisiera sufrir más.
—Llevas los pies desgarrados.
—Piso rosas al andar.
—Hijo mío, ¿y esas gotas
que te corren por la faz?
—De cada gota que vierto
mañana un lirio saldrá.
¡Bendita la sangre, Madre,
de tan rico vendimiar!
Ya está en la cima del monte,
¡oh qué espantoso clavar!
¡no taladréis esas manos
hechas para acariciar!
¡No perforéis con el hierro
pie que debierais besar!
—No duelen los clavos, Madre,
¡la ingratitud duele más!
El sol apaga su lumbre,
la tierra se echa a temblar,
el Niño de ojos de cielo
al cielo los ojos da;
y el dolor de los dolores
da a la Madre otro puñal.

N.º 323

A Jesús Nazareno

En la penumbra doliente
de la iglesia solitaria,
a la tibia luz de un cirio
que las sombras fustigaba,
vi tu rostro, Nazareno,
macilento y demacrado,
con un *rictus* de agonía
en tus labios dibujado...
Tus sienes manaban sangre
que surcaba tus mejillas...
amapolas de martirio
en tu rostro florecidas.
En la penumbra doliente
sólo tus ojos brillaban,
y su luz suave y serena
iba a quebrarse en tus lágrimas...
¡Ojos rasgados y tristes
con la tristeza del mar
cuando el crepúsculo muere
y la tarde cae ya!...
¡Ojos rasgados y tristes
de dolorida mirada!...
Cuando os cruzáis con los míos
no sé qué siento en el alma.

S. LERCHUNDI

N.º 324

A la santa cruz

Lecho florido de amor,
árbol de perenne vida
que a meditar nos convida

la muerte del Redentor.
Qué dulce es al peregrino,
que, sin fuerzas y cubierto
con el polvo del camino,
cruza arenoso desierto,
el afán de sus sudores
en tus aguas mitigar,
y como en lecho de flores
a tu sombra descansar.
Qué dulce es al moribundo
darte místicos abrazos,
y despedirse del mundo
suspendido entre tu brazos.
Clavada quiero llevarte
en medio del corazón:
pásalo de parte a parte,
enseña de salvación.
Sin ti no hay gloria ninguna,
sin ti no quiero vivir:
ya que meciste mi cuna,
guarda mi sueño al morir.

JOAQUÍN DE ARIZAL

N.º 325

Cantiga del Cristo de la Piedad

Alma, como un ruiseñor
haz en esta Cruz tu nido.
Y canta con mucho amor:
la Piedad ha florecido
en el leño del dolor.
Señor,
que, por tu inmensa Piedad
tantas bondades nos diste,
torna a este mundo tan triste
el sosiego y la verdad.
Señor,
hazlo por la soledad
de la Madre que a tu vera
llora junto a la madera
de la Cruz de tu Piedad.
Señor: como llena el día
todo el cielo
de alegría,
llena mi alma de consuelo
y cántala con amor:
porque el leño del Dolor
de Piedad ha florecido,
haz en esta Cruz tu nido,
alma, como un ruiseñor.

JOSÉ M.ª PEMÁN

N.º 326

Cristo

Delante de la cruz, los ojos míos
quédenseme, Señor, así mirando,
y sin ellos quererlo estén llorando,
porque pecaron mucho y están fríos.
Y estos labios que dicen mis desvíos,
quédenseme, Señor, así cantando,
y sin ellos quererlo estén rezando,
porque pecaron mucho y son impíos.
Y así con la mirada en Vos prendida,
y así con la palabra prisionera,
como la carne a vuestra cruz asida,
quédeseme, Señor, el alma entera;
y así clavada en vuestra cruz mi vida,
Señor, así cuando queráis me muera.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

N.º 327

Acto de contrición

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.
Tú me mueves, Señor; muéveme el ver-
clavado en una cruz y encarnecido; [te
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.
Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera;
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

ANÓNIMO

N.º 328

Clavadme...!

¡Cuántas veces, Señor, me habéis lla-
[mado!
¡y cuántas con vergüenza he respondido
desnudo como Adán, aunque vestido,
de las hojas del árbol del pecado!
Seguí mil veces vuestro pie sagrado,
fácil de asir, en una cruz asido...
y atrás volví otras tantas, atrevido,
al mismo precio en que me habéis com-
[prado.
Besos de paz os di para venderos..
Pero, si fugitivos de su dueño,
hierran, cuando los hallan, los esclavos,
hoy que vuelvo con lágrimas a veros,
¡clavadme Vos a Vos en vuestro leño,
y tendreisme seguro con tres clavos!

LOPE DE VEGA

N.º 329

A Jesús crucificado

A vos corriendo voy, brazos sagrados
en la cruz sacrosanta descubiertos,
que para recibirme estáis abiertos,
y por no castigarme estáis clavados.
A vos, ojos divinos, eclipsados,
de tanta sangre y lágrimas cubiertos,
que para perdonarme estáis despiertos,
y por no confudirme estáis cerrados.
A vos, clavados pies, para no huirme,
a vos, cabeza baja por llamarme;
a vos, sangre vertida para ungirme.
A vos, costado abierto, quiero unirme,
a vos, clavos preciosos, quiero atarme
con ligadura dulce, estable y firme.

J. M.ª García Tejada

N.º 330

Fuerza de lágrimas

Con ánimo de hablarle en confianza
de su piedad entré en el templo un día,
donde Cristo en la cruz resplandecía
con el perdón que quien le mira alcanza.
Y aunque la fe, el amor y la esperanza
a la lengua pusieron osadía,
acordéme que fué por culpa mía,
y quisiera de mí tomar venganza.
Ya me volvía sin decirle nada,
y como vi la llaga del costado,
paróse el alma en lágrimas bañada;
hablé, lloré y entré por aquel lado,
porque no tiene Dios puerta cerrada
al corazón contrito y humillado.

Lope de Vega

N.º 331

El Buen Pastor

Pastor, que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño;
Tú, que hiciste cayado de ese leño
en que tienes los brazos poderosos;
vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguir te empeño
tus dulces silbos y tus pies hermosos.
Oye Pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres;
espera, pues, y escucha mis cuidados;
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás, para esperar, los pies clavados?

Lope de Vega

N.º 332

A Jesús crucificado

Manso cordero ofendido,
puesto en una cruz por mí,
que mil veces os vendí
después que fuisteis vendido:

Dadme licencia, Señor,
para que, deshecho en llanto,
pueda en vuestro rostro santo
llorar lágrimas de amor.

¿Es posible, vida mía,
que tanto mal os causé?
¿que os dejé, que os olvidé,
ya que vuestro amor sabía?

Tengo por dolor más fuerte
que el veros muerto por mí,
el saber que os ofendí
cuando supe vuestra muerte.

Que antes que yo la supiera,
y tanto dolor causara,
alguna disculpa hallara,
pero después no pudiera.

¡Ay de mí, que sin razón
pasé la flor de mis años
en medio de los engaños
de aquella ciega afición!

¡Qué de locos desatinos
por mis sentidos pasaron,
mientras que no me miraron,
Sol, vuestros ojos divinos!

Lejos anduve de vos,
hermosura celestial,
lejos y lleno de mal,
como quien vive sin Dios.

Mas no me haber acercado
antes de ahora, sería
ver que seguro os tenía,
porque estábades clavado.

Que a fe que si lo supiera
que os podíades huir,
que yo os viniera a seguir
primero que me perdiera.

¡Oh piedad desconocida
de mi loco desconcierto,
que donde vos estáis muerto
está segura mi vida!

Pero ¿qué fuera de mí
si me hubiérades llamado,
habiéndome transformado
en lo primero que fuí?

Bendigo vuestra piedad,
pues me llamáis a que os quiera,
como si de mí tuviera
vuestro amor necesidad.
Vida mía, vos a mí
¿en qué me habéis menester,
si a Vos os debo mi ser,
cuanto soy y cuanto fuí?
¿Para qué puedo importaros,
si soy lo que Vos sabéis?
¿qué necesidad tenéis?
¿qué cielo tengo que daros?
¿Qué gloria buscáis aquí?
que sin Vos, mi bien eterno,
todo parezco un infierno,
mirad cómo entráis en mí.
Pero ¿quién puede igualar
a vuestro divino amor?
como Vos amáis, Señor,
¿qué serafín puede amar?
Yo os amo, Dios soberano,
no como Vos merecéis,
pero cuanto Vos sabéis,
que cabe en sentido humano.
Hallo tanto que querer,
que estoy tan tierno por Vos,
que si pudiera ser Dios
os diera todo mi ser.
Toda el alma, de Vos llena,
me saca de mí, Señor;
dejadme llorar de amor
como otras veces de pena.

LOPE DE VEGA

N.º 333

La golondrina del Calvario

Avecilla peregrina,
vengo de tierra africana,
soy la que arrancó la espina,
que la ingratitud humana
clavó en la frente divina.
Por eso desde entonces
son mis colores
los que lleva la Virgen
de los Dolores;
una túnica blanca,
cual la pureza,
un manto con el luto
de la tristeza,
y de sangre divina,
cual santo sello,
una gota en la frente,
otra en el cuello.

FR. RESTITUTO DEL VALLE

N.º 334

El Cristo de Velázquez

¡Lo amaba, lo amaba!
¡No fué sólo milagro del genio!
Lo intuyó cuando estaba dormido,
porque sólo en las horas del sueño
se nos dan las sublimes visiones,
se nos dan los divinos conceptos,
la luz de lo grande,
la miel de lo bello...
¡Lo amaba, lo amaba!
¡Nacióle en el pecho!
No se puede soñar sin amores,
no se puede crear sin su fuego,
no se puede sentir sin sus dardos,
no se puede vibrar sin sus ecos,
volar sin sus alas,
vivir sin su aliento...
El sublime vidente dormía
del Amor y del arte los sueños
—¡los sueños divinos
que duermen los genios!
¡los que ven llamaradas de gloria
por hermosos resquicios del cielo!—
Y el amor, el imán de las almas
le acercó la visión del Cordero,
la visión del dulcísimo Mártir
clavado en el leño,
con su frente de Dios dolorida,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
con su boca de Dios sin aliento...
¡muerto por los hombres!
¡por amarlos muerto!
Y el artista lo vió como era,
lo sintió Dios y Mártir a un tiempo,
lo amó con entrañas
cargadas de fuego,
y en la santa visión empapado,
con divinos arrobos angélicos,
con magnéticos éxtasis líricos,
con sabrosos deliquios ascéticos,
con el ascua del fuego dramático,
con la fiebre de artísticos vértigos,
la memoria tornando a los hombres
ingratos y ciegos,
débiles o locos,
ruines o perversos,
invocó la Divina Belleza
donde beben belleza los genios,
los justos, los santos,
los limpios, los buenos...
Y al conjuro bajaron los ángeles,
y al artista inspirado asistieron,
su paleta cargaron de sombras
y luces del cielo;

alzaron el trípode,
tendieron el lienzo,
y arrancándose plumas de raso
de las alas, pinceles le hicieron.

Y el mago del arte,
el sublime elegido, entreabriendo
los extáticos ojos cargados
de penumbras del místico sueño,
tomó los pinceles,
sonámbulo, trémulo...
De rodillas cayeron los ángeles,
y en el aire solemnes cayeron
todas las tristezas,
todos los silencios...
¡Y el genio del arte
se posó sobre el borde del lienzo!
Con fiebre en la frente,
con fuego en el pecho,
con miradas de Dios en los ojos,
y en la mente arrebatos de genio,
el artista empapaba de sombras
y de luces de sombras el lienzo...
No eran tintas que copian inertes,
eran vivos dolientes tormentos,
eran sangre caliente de Mártir,
eran huellas de crimen de réprobos,
eran voces justicia clamando,
y suspiros clemencia pidiendo...
¡era el drama del mundo deicida
y el grito del cielo!

. . . . . .

¡Y el sueño del hombre
quedó sobre el lienzo!

. . . . . .

¡Lo amaba, lo amaba!
¡el amor es un ala del genio!

JOSÉ M.ª GABRIEL Y GALÁN

N.º 335

Ante el Cristo de la Buena Muerte

¡Cristo de la Buena Muerte,
el de la faz amorosa,
tronchado, como una rosa
sobre el blanco cuerpo inerte
que en el madero reposa!

¿Quién pudo de tal manera
darte esta noble y severa
majestad, llena de calma?
No fué una mano, fué una alma
la que talló tu madera.

Fué, Señor, que el que tallaba
tu figura, con tal celo
y con tal ansia te amaba,
que, a fuerza de amor, llevaba
dentro del alma el modelo.

Fué que al tallarte, sentía
un ansia tan verdadera,
que en arrobos le sumía
y cuajaba en la madera
lo que en arrobos veía.

Fué que ese rostro, Señor,
y esa ternura al tallarte,
y esa expresión de dolor,
más que milagros del arte,
fueron milagros de amor.

Fué, en fin, que ya no pudieron
sus manos llegar a tanto,
y desmayadas cayeron...
¡y los ángeles te hicieron
con sus manos, mientras tanto!

Por eso a tus pies postrado;
por tus dolores herido
de un dolor desconsolado;
ante tu imagen vencido
y ante tu cruz humillado.

Siento unas ansias fogosas
de abrazarte y bendecirte,
y ante tus plantas piadosas,
quiero decirte mil cosas
que no sé cómo decirte...

¡Frente que, herida de amor,
te rindes de sufrimientos
sobre el pecho del Señor,
como los lirios que, en flor,
tronchan, al paso, los vientos!

¡Brazos rígidos y yertos,
por tres garfios traspasados,
que aquí estáis, por mis pecados,
para recibirme, abiertos,
para esperarme, clavados!

¡Cuerpo llagado de amores!,
yo te adoro y yo te sigo;
yo, Señor de los señores,
quiero partir tus dolores
subiendo a la cruz contigo.

Quiero en la vida seguirte,
y por sus caminos irte
alabando y bendiciendo,
y bendecirte sufriendo,
y muriendo, bendecirte.

Quiero, Señor, en tu encanto
tener mis sentidos presos,
y, unido a tu cuerpo santo,

mojar tu rostro con llanto,
secar tu llanto con besos.

Quiero, en santo desvarío,
besando tu rostro frío,
besando tu cuerpo inerte,
llamarte mil veces *mío*...,
¡Cristo de la Buena Muerte!

Y Tú, Rey de las bondades,
que mueres por tu bondad,
muéstrame con claridad
la Verdad de las verdades
que es sobre toda verdad.

Que mi alma, en Tí prisionera,
vaya fuera de su centro
por la vida bullanguera;
que no le lleguen adentro
las algazaras de fuera;

que no ame la poquedad
de cosas que van y vienen;
que adore la austeridad
de estos sentires que tienen
sabores y eternidad;

que no turbe mi conciencia
la opinión del mundo necio;
que aprenda, Señor, la ciencia
de ver con indiferencia
la adulación y el desprecio;

que sienta una dulce herida
de ansia de amor desmedida;
que ame tu Ciencia y tu Luz;
que vaya, en fin, por la vida
como Tú estás en la Cruz:

de sangre los pies cubiertos,
llagadas de amor las manos,
los ojos al mundo muertos,
y los dos brazos abiertos
para todos mis hermanos.

Señor, aunque no merezco
que Tú escuches mi quejido;
por la muerte que has sufrido,
escucha lo que te ofrezco
y escucha lo que te pido:

A ofrecerte, Señor, vengo
mi ser, mi vida, mi amor,
mi alegría, mi dolor;
cuanto puedo y cuanto tengo;
cuanto me has dado, Señor.

Y a cambio de esta alma llena
de amor que vengo a ofrecerte,
dame una vida serena
y una muerte santa y buena...
¡Cristo de la Buena Muerte!

JOSÉ M.ª PEMÁN

N.º 336

Al Crucifijo en mi agonía

Cuando mi alma, cual fruta desprendida
Y agusanada ya,
Oscile a cada aliento suspendida
Sobre la eternidad;
Y ya no por mis pies savia fecunda,
Savia hirviente y veloz,
Sino hielo de muerte tardo cunda:
¡Piedad, Señor, piedad!
Cuando mi mano lánguida y sin vida
Deje caer tu cruz,
Y yazga sobre el pecho aun encogida,
Cual asiéndote aún,
O penda en movimientos oscilantes
Del lecho funeral,
Cual péndola que cuenta mis instantes:
¡Piedad, Señor, piedad!
Cuando ya sordo al mundanal mur-
Sólo escuche la voz [mullo,
Del que me aduerme con supremo arru-
En el seno de Dios; [llo
Y acelere de nuevo el muerto pulso
Su incesante golpear,
Y me agite frenético y convulso...:
¡Piedad, Señor, piedad!
Cuando mi último llanto, gota a gota,
Ruede sobre tu cruz,
Cual manantial que del sepulcro brota:
¡No me olvides, Jesús!
Y cuando el son de acompasados bron-
Anuncie ya mi fin, [ces
Entonces más que nunca, oh Dios, en-
[tonces
¡Acuérdate de mí!

C. EGUÍA

N.º 337

A la Dolorosa

Castellana por esa faz morena,
y esos malos puñales y ese duelo,
y esas blondas antiguas del pañuelo,
y ese pecho con sangre y esa pena.
Castellana por esa faz serena,
y esos trajes de negro terciopelo,
y ese dulce llorar, mirando al cielo,
y esos ojos de Madre santa y buena.
Y castellana por tener amores
que no se mueren, por tener dolores
más largos que los gozos, y estar sola,
llorando sin consuelo por el Hijo,
y rogando a los pies de un crucifijo,
lo mismo que si fueras española.

RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS

N.º 338

Viernes de dolores

Vosotros que el camino de la vida
cruzáis dichosos recogiendo flores,
vosotros que ignoráis los sinsabores,
que lleva un duelo al alma donde anida,
ved esta cruz mil veces bendecida,
ved a Jesús transido de dolores,
que al morir por vosotros, pecadores,
a llorar vuestras culpas os convida.
Ved estas olas de dolor gigantes,
que en mí descargan su furor bravío,
deteneos, miradme unos instantes,
y ante el cadáver desangrado y frío
del Hijo que yo lloro, ¡caminantes!
decid si hay un dolor que iguale al mío.

RAMÓN M.ª VINUESA S. J.

N.º 339

Stabat Mater

Inmoble, firme como roca inerte,
que sufre el golpe de la mar bravía,
de pie junto a la Cruz está María,
viendo a Jesús en brazos de la muerte.
¡Quién pudiera, Señora, socorrerte,
a compartir al menos tu agonía!
mas no sé qué me digo, Madre mía,
pues yo soy causa de tu acerba suerte.
Porque si está el Señor crucificado,
de oprobios mil y confusión cubierto,
si los clavos sus manos han pasado
y si la lanza su costado ha abierto,
mía la culpa fué, mío el pecado;
por mí Jesús sobre la cruz ha muerto.

RAMÓN M.ª VINUESA S. J.

N.º 340

¡Dolorosa!

Desnudo, escarnecido, ensangrentado,
sube el Hijo de Dios por la pendiente
del Gólgota, y el pueblo maldiciente
¡que muera! clama con furor malvado.
Ya a la cumbre llegó; ya le han clavado
en el madero vil; la Madre siente
los golpes en su pecho, y aun rugiente
sigue gritando el populacho airado.
Cubren nubes el cielo cual sudario,
un rayo tembloroso el sol envía
que alumbra con su tinte funerario
al Redentor del mundo en su agonía,
y a sus pies, en la roca del Calvario,
la figura doliente de María.

X.

N.º 341

María al pie de la cruz

Estaba en honda agonía
al pie de la cruz llorosa
la Madre Virgen María,
y de la cruz afrentosa
el Hijo muerto pendía.

Desgarrado el santo pecho,
herido y alanceado
y en un madero derecho
desconocido y deshecho
el cuerpo descoyuntado.

Tan rasgadas las heridas
de ambos pies y de ambas manos,
que cayeran divididas,
a no estar tan sostenidas
por brazos tan soberanos.

Allí por tierra postrada,
moribunda y desolada
la castísima María
con el suplicio abrazada
caer la sangre veía.

Y parado el mundo entero
asombrado la miraba,
que sola en llanto tan fiero
a su Dios muerto miraba
al pie del santo madero.

—Ella llora—y yo pequé...
Madre amorosa, perdón,
que yo le crucifiqué:
yo su sangre derramé,
y manché la creación.

Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
pálida la faz de rosa,
te prosternaste llorosa
ante la raza maldita.

¡Tú, de estrellas coronada,
del ardiente sol vestida,
y de la luna calzada,
tan triste y tan dolorida,
en mar amargo anegada!

¡Tú llorando, Madre mía,
cuando una lágrima tuya
el mundo rescataría,
cuando el tiempo le concluya
en el postrimero día!

¡Tus ojos llorosos tanto
cuando al sol prestan su luz!
¡Oh Madre! por tal quebranto
¡que me salve a mí tu llanto
al pie de la santa cruz!

JOSÉ ZORRILLA

N.º 342

Dolor

I

Débil corazón humano,
que fuiste de dichas nido
y hoy te lamentas herido
por un destino tirano:
corazón que en viejos días
viste un mundo todo amores,
una tierra toda flores
y un cielo todo alegrías;
corazón que ayer cantabas
con musicales dulzuras
la canción de las venturas
que feliz paladeabas,
y hoy en doliente clamor
dices que estás afligido,
que estás mortalmente herido
por el puñal del dolor:
corazón de fe dormida
que gritas mirando al cielo:
«No hay duelo como mi duelo,
ni herida como mi herida»;
ruín corazón pecador
que miras sólo a ti mismo:
¿has medido tú el abismo
del más inmenso dolor?

II

Corazón poco paciente;
¿ves la imagen dolorosa
que en procesión lacrimosa
conduce piadosa gente?
Abre el alma a los fulgores
de aquella enlutada estrella:
¿tú sabes quién es aquella?
¡la Virgen de los Dolores!
¿Sabes la divina historia
de aquella que es Madre tuya?
Hízola Dios Madre suya;
¿pudo Dios darle más gloria?
¿Habrá semejante amor
al que con hondas ternuras
sintió en sus entrañas puras
la Madre del Redentor?
¿Puede tu mente alcanzar,
ni en sueños puede haber visto
lo que la Madre de Cristo
pudo a Cristo Dios amar?
Entonces, ¿cómo medir
la inmensa hondura insondable
del dolor inenarrable
de ver al Hijo morir?
Verlo vilmente azotado,
horriblemente escupido,
despiadadamente herido,
bárbaramente enclavado;
verlo Mártir del Amor
de la ruin humanidad
y ver nuestra iniquidad,
¿cabe tormento mayor?
Pues esos desgarradores
duelos jamás bien contados,
sufrió por nuestros pecados
la Virgen de los Dolores.
Corazón de fe dormida
que a Dios, gritando, mostrabas
la sangre que derramabas
de tu levísima herida:
mira esos siete raudales
que de esas entrañas puras
derraman las puntas duras
de siete agudos puñales.
Bebe la santa ambrosía
que en ese abismo se encierra
y adora, rodilla en tierra,
¡los dolores de María!

JOSÉ M.ª GABRIEL Y GALÁN

N.º 343

La bajada del Calvario

Por los caminos de la Amargura
(piedras de sangre, polvo de llanto)
por el sendero de los dolores
largos, muy largos...,
sin un gemido, sin un sollozo,
vuelve la Madre desde el Calvario.
Toda silencio. Mortal silencio
sella sus labios;
la frente inclina con el agobio
de su quebranto,
y en lo más hondo del alma-cielo
lleva la imagen del Hijo amado.
Y ella lo ha visto sufrir la befa
del populacho...
y era la carne de sus entrañas
la que en el leño miró sangrando...
Y así le duelen en las entrañas
los martillazos...
Y así agoniza... Que su Hijo ha muerto
crucificado.
La Madre avanza por el camino
(piedras de sangre, polvo de llanto),
y temblorosa baja el sendero
por Jesucristo santificado...
Y entre las huellas busca la huella
de aquellos pasos
que abrieron surco de luz divina
mientras el Mártir, agonizando
se desplomaba bajo el madero

y con la angustia del fin cercano;
llora la Madre cuando desciende
desde el Calvario...
Para su pena no existe olvido,
tregua, ni bálsamo...
y si remembra la dulce infancia
del Adorado,
y si memora su hogar dichoso,
y si recuerda los tiernos brazos
que de su cuello fueron caricia...
tiembla en congoja de fiero espanto.
Porque su Niño, siendo inocente,
sufrió el castigo de los malvados;
porque está rota su santa vida;
porque sus brazos
ya no se mueven, ya no bendicen,
y ya no siembran sin un descanso
el pan sublime de las verdades
que lo divino puso en lo humano.
Sin un sollozo, sin un gemido,
baja la Madre desde el Calvario...
En lo más puro de las entrañas,
la cruz del Mártir se le ha clavado;
y en lo más hondo de sus pupilas
y en su recuerdo lleva sangrando
la cruz del Hijo,
del Bienamado,
que de la vida pasó a la muerte
con la sonrisa siempre en los labios.
Y cuando baja la Dolorosa
(mustia azucena, lirio tronchado),
cuando vacila por el sendero
largo, muy largo...,
pobres mujeres la compadecen,
santas mujeres siguen sus pasos,
y alguien murmura:
—Ved a la Madre
del supliciado;
esa es la Madre del Nazareno,
que hoy ha sufrido muerte y escarnio.
Siempre en silencio llora la Madre,
y hay en su llanto
misericordia por los que sufren,
por los que viven siempre llorando,
por cuantas madres hay en el mundo
que a un hijo miren sacrificado
sobre la cumbre de su Calvario...
¡Y por la Madre del Nazareno
qué pocas madres derraman llanto!

. . . . . .

Sin un sollozo, sin un gemido,
mustia la frente, mudos los labios,
como una imagen de eterna angustia
vuelve la Madre desde el Calvario.

M. R. Blanco Belmonte

N.º 344

La soledad de María

Composición de lugar

Palidecidas las rosas
de tus labios angustiados;
mustios los lirios morados
de tus mejillas llorosas;
recordando las gozosas
horas idas de Belén,
sin consuelo ya y sin bien
que sus soledades llene...
¡Miradla por donde viene,
hijas de Jerusalén!

Meditación

Virgen de la Soledad:
rendido de gozos vanos,
en las rosas de tus manos
se ha muerto mi voluntad.
Cruzadas con humildad
en tu pecho sin aliento,
la mañana del portento,
tu manos fueron, Señora,
la primer cruz redentora:
la cruz del sometimiento.
Como tú te sometiste,
someterme yo quería:
para ir haciendo mi vía
con sol claro o noche triste.
Ejemplo santo nos diste
cuando, en la tarde deicida,
tu soledad dolorida
por los senderos mostrabas:
tocas de luto llevabas,
ojos de paloma herida.
La fruta de nuestro Bien
fué de tu llanto regada;
refugio fueron y almohada
tus rodillas de su sien.
Otra vez, como en Belén,
tu falda cuna le hacía,
y sobre El tu amor volvía
a las angustias primeras...
Señora: si Tú quisieras
contigo lo lloraría.

Coloquio

Por tu dolor sin testigos,
por tu llanto sin piedades,
Maestra de soledades,
enséñame a estar contigo.
Que al quedarte Tú conmigo
partido ya de tu vera
el Hijo que en la madera
de la Santa Cruz dejaste,

yo sé que en Ti lo encontraste
de una segunda manera.
Yo en mi alma, Madre, lavada
de las bajas suciedades,
a fuerza de soledades,
le estoy haciendo morada.
Prendida tengo y colgada
ya mi cámara de flores.
Y a husmear por los alcores
por si llega el peregrino
he soltado en mi camino
mis cinco perros mejores.
Quiero yo que el alma mía,
tenga, de sí vaciada,
su soledad preparada
para la gran compañía.
Con nueva paz y alegría
quiero, por amor, tener
la vida muerta al placer
y muerta al mundo, de suerte
que cuando venga la muerte
le quede poco que hacer.

Oración final

Pero en tanto que El asoma,
Señora, por las cañadas,
—¡por tus tocas enlutadas
y tus ojos de paloma!—
recibe mi angustia y toma
en tus manos mi ansiedad.
Y séame, por piedad,
Señora del mayor duelo,
tu soledad sin consuelo,
consuelo en mi soledad.

JOSÉ MARÍA PEMÁN

N.º 345

Acto de contrición

Señor mío Jesucristo,
Dios y hombre verdadero,
Criador y Redentor
de este indigno esclavo vuestro.
Por ser Vos quien sois, Dios mío,
y porque os amo y venero
sobre todo lo criado,
y más amaros deseo,
me pesa, ¡ay de mí!, de todo
corazón, mi Dios, de haberos
ofendido; y de lo poco
que me pesa, me arrepiento.
Y propongo firmemente
de nunca más ofenderos;
nunca más, y de apartarme
de la culpa y de sus riesgos.
Confesando abiertamente
mis pecados, y cumpliendo
la penitencia, que entonces
me fuera impuesta por ellos.
Mi vida, Señor, mis obras
y mis trabajos ofrezco
a vuestra piedad, en corta
satisfacción de mis yerros.
Y por Vos, Señor, por Vos
y por los merecimientos
de vuestra sangre y pasión,
que me perdonéis os ruego.
Y como os lo ruego humilde,
así, con humilde afecto,
de vuestra inmensa bondad
y misericordia espero
que me habéis de perdonar,
con vuestra gracia, venciendo
mi flaqueza, para que
pueda enmendar mis defectos.
Llorando continuamente
mis pasados desaciertos
y para que persevere
hasta mi instante prostrero.

ANTONIO DE SOLÍS

N.º 346

¡Santos Deseos!

(Diálogo eucarístico)

Caridad ha dos años que hizo su primera comunión, y su amiga *Victorina* se está preparando para hacerla.

C.—¿Rina, quieres comulgar?
V.—¡Oy, Cari! Tengo unas ganas
de recibir a Jesús...
¡Jesusito de mi alma!...
C.—Tienes que estar en ayunas,
sin beber, ni comer nada
desde la noche anterior
a las doce.
V. —¡Ya! Y el alma
tengo que llevarla limpia,
como la nieve de blanca,
para que venga con gusto
Jesusín a visitarla.
¡Cuándo llegará ese día!...
C.—¡Sabes mucho!...
V. —¡Ay, galana!
sé más de lo que tú piensas.
C.—¿Y si el alma no está en gracia?
V.—Pues tiene que confesarse;
se le perdonan sus faltas
y queda amiga de Dios.
C.—¡Admirable! Otra palabra:
y en la Hostia ¿quién está?
V.—Jesucristo en cuerpo y alma
C.—¿Con su sangre?
V. —Con su sangre
y divinidad sagrada;
lo mismo que está en el cielo.
C.—¡Rina, estás bien preparada!...
V.—¡Caridad, cuando te veo,
tan modestita y tan guapa,
con tu vestidito largo
las manos así, cruzadas,
acercarte a comulgar,
siento una cosa en el alma,
un deseo tan ardiente
que el corazón se me abrasa!...
¡Jesusito de mi vida
llegad a mí sin tardanza!...
C.—Rina, tus santos deseos
a Jesús mucho le agradan;
procura ser buena niña
y verás cuánto te ama;
sé piadosa y obediente,
en la escuela sé aplicada,
ama y respeta a las niñas,
no digas palabras malas
y ten miedo de perder
la inocencia de tu alma
con las malas compañías,
o con lecturas y estampas
que no deben ver las niñas,
pues lo sucio siempre mancha.
V.—¿Quién te ha enseñado esas [cosas?...
¡Te doy, Caridad, las gracias!
C.—Cuando yo era pequeñita
mi madre me lo enseñaba ...
V.—¡Quisiera ser como un ángel
en la hermosura del alma
para que Jesús viniera
muy contento a visitarla!
Pide por mí si comulgas,
Caridad.
C. —Lo haré mañana,
que espero ir a recibirle...
V.—¡Oy, Cari, tengo unas ganas
de abrazarle aquí en mi pecho!
¡Día feliz, cuánto tardas!
¡Oh! ¡Qué dichosas las niñas
que podéis por la mañana
saborear a Jesús,
rico alimento del alma:
a ese Jesusín tan bueno
que a hacerse Niño se abaja
para llevarnos al cielo,
si seguimos sus pisadas!...
C.—La dicha mayor de un niño
es tener su alma en gracia
para hospedar a Jesús
en ella por la mañana.
V.—¡Jesusito de mi vida,
llegaos pronto a mi alma!...
C.—No pierdas esos deseos
que a Jesús tanto le agradan.
Es hora de retirarnos.
V.—¡Adiós, Cari, hasta mañana!

A. HIDALGO, PBRO.

N.º 347

Recitados para Niñas de Primera Comunión

I

Cautivo estás, Bien mío,
en el Sagrario helado y silencioso...
Ven a mi pecho ansioso...
—Aquí no tendrás frío,
aquí tendrás aliento, aquí reposo.

Yo no puedo arrollarte
en pañales de randas y de armiños...
pero puedo arrullarte,
y hacerte mil cariños,
como lo hacen las madres con sus niños.

¡Ay! ¡Con qué vivo anhelo
al Niño celestial veo en mis brazos!
¿Estás contento, Cielo?...
Pues dame mil abrazos,
y nadie a romper venga nuestros lazos.

Madre, la muñequita
que, hasta este día, tan feliz me ha hecho
dásela de deshecho
a cualquiera niñita
que yo ya soy formal y grandecita
desde que al Niño Dios llevo en mi pecho.

II

¿Por qué cantan al alba las calandrias?
Porque ya sube el sol que las alegra.
¿Por qué se viste el cielo de oro y grana?
Porque ya sube el sol que le franjea...
¿Por qué abre el cáliz la azucena casta?
Porque ya sube el sol... que la amartela.

Y ¿por qué canto yo cual pajarito?
Porque baja el Señor... y me enajena...
¿Por qué me ciño yo de veste blanca?
Porque baja el Señor... y me hermosea...
¿Por qué se abre mi pecho a la esperan-
[za?
Porque baja el Señor... que me desea...

¡Sube ya, oh sol y alegra el mundo
[entero!
¡Baja, oh Jesús, que recibirte quiero!

III

¡Bendito el Papa Piísimo
que nutre a los pequeñuelos
con el maná de los cielos,
con la sangre del Altísimo!

Yo soy pequeñita, sí;
pero ¿acaso el Infinito
no se hace más pequeñito
por alimentarme a mí?

Mi razón es, ¡ay! muy tierna...
pero ¿acaso hay en el mundo
quien misterio tan profundo
debidamente discierna?...

Hazme, Jesús, la merced
de penetrar en mi estancia;
que Tú suples mi *ignorancia*,
Tú suples mi *pequeñez*...

CONSTANCIO EGUÍA S. J.

N.º 348

Anhelos

Dulce prenda del Santuario,
que, cautivo de tu amor,
en el oculto sagrario
ocultas tu resplandor.

¿Qué lazo así estrecho prende
a este recinto tu vida,
o qué llama el fuego enciende
de ese amor tan sin medida?

¿A qué, Jesús, tanto anhelo
si de tu sed al ardor,
sólo responde el amor
de los ángeles del cielo?

Almas buscas inocentes,
que a tus finezas respondan,
y de tus ansias ardientes
al reclamo correspondan.

¡Mas del mundo en el erial
saben tan pocos seguir
el silbido celestial,
con que te dejas oír!

Alegre, en cambio, y serena,
¡con qué amable bienestar,
de paz y consuelos llena,
se acerca mi alma al altar!

Mi lengua por vez primera
gustó hoy las dulces mieles
que tu bondad placentera
reserva a las almas fieles.

Tú, que fecunda semilla
en los corazones labras,
no permitas que mancilla
manche jamás mis palabras.

De tu costado a la fuente
mis labios aplicaré;
que nunca en torpe corriente
naufrague, Jesús, mi fe.

Tú con tierna complacencia
dijiste una vez así:
«No estorbéis que la inocencia
se acerque risueña a Mí».

LEONCIO PÉREZ

N.º 349

La Primera Comunión

Allí están los niños
vestidos de blanco,
capullos de rosa,
pimpollos del campo.
Llevan velos ellas,
ellos llevan lazos,
¡aún son todas puras!
¡aún son todos santos!
Trémulos de gozo,
de amor palpitando
caen de rodillas
al pie del Sagrario.
Jesús, entre nubes
de incienso sagrado,
oculto en la Hostia
viene a visitarlos.
¡Felices momentos!
¡instantes preciados!
El órgano entona
melódicos cantos,
los pechos suspiran
y rezan los labios,
y todos los ojos
se empañan de llanto,
y, entre adoraciones
de amor inflamado,
las dos inocencias
se dan un abrazo.
Ya vienen los niños,
vestidos de blanco,
capullos de rosa,
pimpollos del campo.
Ya vienen trayendo
a Cristo encerrado,
en cárcel más digna
que la del Sagrario.
Con las manos juntas,
con los ojos bajos,
la Hostia en sus pechos
vienen adorando.
Almas, envidiadles,
envidiadles, santos,
que aun son puras ellas,
que aun son ellos castos.
Mentes tan hermosas,
pechos tan diáfanos
nunca el mal del mundo
consiga mancharlos.
Protéjalos siempre
el recuerdo santo
del día primero
que a Dios hospedaron,
y nunca se rompa
el nudo sagrado
de dos inocencias
en un solo abrazo.

N.º 350

Primicias de amor

(*dos niñas a la Ssma. Virgen en el día de la primera Comunión*).

1.ª —Cual rosas recientes,
Que han brotado en un blanco rosal,
Aun inocentes
Nos ponemos al pie de tu altar.
2.ª —De blanco vestidas,
Por haber comulgado hoy aquí,
Ahora, reunidas,
Consagrarnos queremos a Tí.
1.ª —A Tí, la fragancia
Del primero purísimo amor,
Exhala en su infancia
De nuestra alma el capullo aun en [flor.
2.ª —Hoy que áureos destellos
Nuestra mente ha empezado a lucir,
Sus rayos más bellos,
Los primeros, serán para Tí.
1.ª —Los labios, que ignoran
Aun palabras de amor mundanal,
A Tí te decoran
Las primeras de amor virginal.
2.ª —Los ojos, que aun miran
Como un ángel pudiera mirar,
En Tí sólo aspiran
Su virgínea mirada a posar.
1.ª —El cándido pecho,
Que aun no turba del vicio el hedor,
¡Oh Madre! te ha hecho
Un dosel en su centro de amor.
2.ª —A Tí desde ahora
Consagradas queremos quedar.
Tú sola, Señora,
De nuestra alma la Reina serás.
1.ª —Yo casi no entiendo
Lo que ¡oh Madre! diciéndote estoy,
Haz Tú, que, en creciendo
Sienta siempre lo mismo que hoy.
2.ª —Vestidas de blanco
Te venimos aquí a saludar;
Vestidas de blanco
Que nos lleven también a enterrar.
1.ª —Vestida de blanco
Esté ¡oh Madre! mi alma al morir:
Vestida de blanco
Quiero al cielo en tus manos subir.

Re Vila, S. J.

N.º 351

Canto de Primera Comunión

Hoy es el día más grande
de este árido destierro,
hoy es el día anhelado,
hoy es un día de cielo,
porque en él por vez primera a Jesús he recibido
en el fondo de mi pecho,
y ha vertido en él aromas de valor inapreciable
como un padre cariñoso le ha cubierto con sus besos
y a mi pobre inteligencia le ha llenado con sus luces
y a mi alma ha enriquecido con el oro de sus méritos,
y me ha dicho con voz dulce
que es mi Padre, que es mi Amigo y mi Maestro,
y que es la Verdad, la Vida y el Camino
y que rece el Padre nuestro
porque todo lo que al Padre en su nombre yo le pida
será al punto concedido, si me sirve de provecho,
sean gracias para el alma
o sustancias y vigores para el cuerpo,
porque todo puede darme el que hizo todo
el que es Amo y Señor del universo,
el que domina en la tierra
y el que domina en el Cielo.

Señor mío y Dios mío que anonadas tu Grandeza
y en blanca y santa Hostia, por mi amor, te haces pequeño
y te ocultas por no darme
con tus resplandores miedo
y te escondes porque acaso
—¡eres tanto, Señor nuestro!—
¡si te viera tan hermoso como brillas en la Gloria
de alegrías y de amores a tus pies cayera muerto!
¡Oh, cuánto, cuánto nos amas!
en este día contemplo,
anonadado y rendido,
este adorable Misterio;
y te miro como Sol en los altares,
y dentro de mí te siento
como hoguera inextinguible y milagrosa
que de amores a este mundo trajo fuego.

Jesús, sin Tí moriría,
cual cortado de la vid muere el sarmiento,
mas contigo ya no hay muerte pues has dicho:
Yo soy el pan vivo bajado del Cielo,
el que coma de este pan tiene en Mí vida
y Yo viviré en su pecho.
¡Oh, Jesús, Jesús... me embargan tus palabras
y te consagro mi vida por completo
en tus brazos me abandono con entera confianza
tú que al lirio de los valles y a las aves de los cielos
no abandonas cuidadoso,
no les dejas un momento,

me darás con tu mirada protección tan decidida
que triunfaré en el destierro,
como triunfaron radiantes
los que siempre te siguieron.
Me has creado y por lo tanto
mi vida entera te debo,
en la Cruz me has redimido...
toda mi sangre te entrego
por si acaso es necesario
que la vierta, por tu amor, en el tormento.
Dame amor... tu amor me inflame
y en la llama de tu amor arda mi pecho,
pues yo quiero que mi vida se consuma a tu mirada
para luego
en tu Corazón Sagrado descansar de mis fatigas
cuando levante mi vuelo,
de la tierra de las sombras que habitamos
a las playas eternales de tu Reino.

VIRGILIO ARES PERIER

N.º 352

La cinta de mis amores

(fragmento)

Yo conservo como joya de valor inapreciable,
un recuerdo delicado de la fecha memorable,
en que hice mi primera sacrosanta Comunión;
es la cinta inmaculada, que ostentaba yo en mi brazo
al llegarme hasta el Sagrario; ¡es aquel bendito lazo,
que expresaba los anhelos de mi amante corazón!
Es un lazo muy sencillo, y su valor es muy escaso,
pues tan sólo le componen unas cintas de albo raso;
donde está bordada en oro aquella fecha y mi apellido;
mas parece que en tal lazo para mí está concentrado
todo un mundo de ilusiones, que recuerdo con agrado,
y que nunca han de cubrirse con el polvo del olvido.
¡Cuánto dice a mi pobre alma, sin recursos de elocuencia,
este lazo, fiel trasunto de esa edad de la inocencia,
en que el niño no es un hombre, sino un ángel en la tierra,
una ráfaga de cielo, que al posarse sobre el lodo,
para hacer alegre al mundo, recubrióse de él de modo
que no puedan ocultarse las bellezas que allí encierra!...
¡Oh, qué días más felices los de aquellos tiernos años,
en que el alma nada sabe de crueles desengaños,
de bajezas y traiciones, que le amarguen el vivir...
en que el alma sólo sabe deleitarse con dulzuras,
y expresar sólo con besos los afectos y ternuras
en que aquel corazoncito está ensayándose a latir!...
¡Blanco lazo, que recuerdas una fecha venturosa,
yo te aprecio y te conservo, cual la joya más preciosa,
que he empleado hasta este día en el adorno de mi ser!
¡Dame aliento para el alma en las batallas de la vida!
¡Haz que nunca se acobarde, ni jamás sea vencida
por el mundo y por la carne, cual quisiera Lucifer!
... ...

JUAN ACTIVO

N.º 353

Escenas de la Primera Comunión

(Recitado de alabanzas que pueden ofrecer los niños al recibir su Comunión primera)

NIÑO 1.º

¡Oh Vida de mi vida, oh amor de mis amores,
oh Augusto Sacramento, Corona del altar,
oh Sol que siempre alumbras con bellos resplandores,
oh Fuente inagotable de mieles y dulzores,
purísimo Manjar!

De lirios y jazmines orladas nuestras sienes
venimos a ofrecerte los cánticos de amor,
oh Huésped cariñoso que a nuestras almas vienes,
corderos de tu aprisco balando aquí nos tienes,
Dulcísimo Pastor.

Las arpas de los ángeles sonaron en la gloria,
mil cítaras cantaron tu inmensa Majestad:
también aquí en la tierra se ensalza tu memoria;
oh pechos infantiles, con himnos de victoria
cantad a Dios, cantad.

NIÑO 2.º

Dulce Jesús mío,
Dulce Redentor,
no sé qué decirte,
débil es mi voz.
Si pudiera, en cambio
de tu inmenso amor,
¡la sangre te diera
de mi corazón!

NIÑO 3.º

Vida de mi vida,
Prenda celestial,
¡oh, qué dulce rato
me has hecho pasar!
Para verte siempre
y adorarte más
¡dentro de mi pecho
te alzaré un altar!

NIÑO 4.º

Vengo a tu banquete,
traigo ardiente sed,
dame de ese néctar
que pueda beber.
Mírame, mi Vida.
Mírame, mi Bien,
que si tú me miras
¡nunca moriré!

NIÑO 5.º

Gloria de los cielos
¿qué te diera yo
por brindarme el cáliz
de tu dulce amor?
Déjame que pase,
déjame, mi Dios,
¡y ábreme las puertas
de tu Corazón!

NIÑO 1.º

¡Bendícelos, Dios mío! que al pie de tus altares
de más amor sedientos no piensen más que en Tí,
que vean de tu gloria los bellos luminares,
que siempre, siempre niños te ofrezcan sus cantares
con santo frenesí.

Dirija nuestros pasos tu aurora placentera
alumbre nuestras almas su inmenso resplandor,

que sea nuestra ofrenda la ofrenda más sincera,
por eso te ofrecemos la Comunión primera
Dulcísimo Señor.

¡Oh Vida de mi vida y amor de mis amores!
queremos un recuerdo de la niñez guardar;
si de ella no se borran los mágicos albores,
para cantarte niños, para ofrecerte flores
vendremos a tu altar.

Protege nuestra infancia, si acaso combatida
por la borrasca fiera de la impiedad se ve.
¡Oh, tiéndenos tus brazos, oh, ven Prenda querida,
Amor de mis amores y Vida de mi vida,
a sostener mi fe!

PEDRO GOBERNADO

N.º 354

En la Primera Comunión

¡Gozad de vuestro bien! ¡Por vez primera
Cristo entró en vuestro pecho!
¡Gozad de vuestro bien! ¡Porque os espera
Para acabar la mundanal carrera
Largo y penoso trecho!

Flores sin mancha, en cenagoso suelo
Hoy lucís vuestras galas;
Aves puras nacidas para el cielo,
¡No os detengáis aquí! Tended el vuelo
Sin mancharos las alas.

Si alguna vez la regalada vida
Os brinda sus manjares,
No oigáis a la sirena fementida,
¡Acordaos de la dicha sin medida
Que halláis en los altares!

¡Acordaos de Jesús! ¡A su sonoro
Acento dad oído!
Ese mundo que ofrece su tesoro,
Sólo tiene veneno en copa de oro,
Que adormece el sentido.

Despide vuestro rostro placentero
Inocentes fulgores;
¡Dad a Jesús el corazón entero!
¡Cuidado con manchar vuestros amores
De este mundo en el cieno!

¡Gozad de vuestro bien! ¡Por vez primera
Cristo entró en vuestro pecho!
¡Gozad de vuestro bien! ¡Porque os espera
Para acabar la mundanal carrera
Largo y penoso trecho!

F. ROMERO

N.º 355

Por vez primera...

Tú has sido, Dueño mío,
El Huésped soberano
Que el inocente pecho
Con ansia recibió;
A Tí te adora el alma,
Y el corazón cristiano
Con sola tu presencia
De goces se llenó.
¡Con qué placer visitas
El pecho de los niños!
¡Con qué placer recibes
Su amor angelical!
¡Cómo tu pecho embriaga
La luz de sus cariños,
Y cómo te deleitas
En su oblación filial!
Son flores que Tú mismo
Plantaste con tu mano,
Entre este cieno inmundo
Del mundo seductor;
Y en ellas tienes puestas
Tus dichas de hortelano,
Y lloras cuando alguna
mancilla su color.
Son aves que revuelan
En torno de la charca,
Cruzando sin descanso
La azul inmensidad;
Y lloras cuando alguna
La superficie abarca,
Y rueda, y cae al lodo
Manchando su beldad.
No salgas de este pecho
Donde por vez primera,
Has puesto tu morada

Y tu cariño fiel;
No salgas, Jesús mío,
No salgas, que me espera,
Si sales de mi pecho,
La tempestad cruel.
Dicen que el mundo es malo,
Que hay flores con veneno,
Que hay rosas con espinas,
Que hay tempestades mil.
Yo no lo sé, ¡Dios mío!
Mas yo quiero ser bueno,
Y ser para tu Cuerpo
Purísimo viril.
Y dicen que a tu lado
Se sienten mil dulzuras,
Dulzuras para el alma
Más suaves que la miel;
Y que su nido hacen,
En Tí las almas puras,
Con cálices de rosas,
Con hojas de clavel.
Si alguna vez ingrato
De tu querer me olvido,
Y sigo los senderos
Del enemigo vil;
Resuene en mis entrañas
Tu divinal sonido,
Y vuelva a tu sagrado
Purísimo redil.
Yo quiero vivir siempre,
Mi buen Jesús, contigo;
Yo quiero que Tú seas
Mi amparo y protector;
Mi luz, mi paz, mi padre,
Mi celestial amigo,
Mi vida, mi alegría,
Mi solo y dulce amor.

FRANCISCO ROMERO

N.º 356

Enciende en mí tu vida

Jesús, que en mi alma estás,
enciende en ella tu vida;
y esta lámpara encendida
que no se apague jamás.
Yo quiero que Tú me lleves
por los caminos que sabes,
caminos duros y suaves
de calores y de nieves.
Quiero que seas mi luz,
el guardián de mi pureza,
mi alegría y fortaleza
y mi Sagrario y mi Cruz.
Jesús, que en mi alma estás,
enciende en ella tu vida;
y esta lámpara encendida
que no se apague jamás.

DE BROMA Y DE VERAS

N.º 357

El padre impío y la hija huérfana

—Que pida cuanto quiera
me has dicho, papa mío;
y yo, que soy muy niña,
alcanzar de ti espero un beneficio.
—¿Qué quieres, rica prenda?
¿qué anhelas, dulce hechizo?
Solemne es mi palabra;
te la di, y ahora mismo la repito.
—Si no estoy engañada,
diez años he cumplido;
y siendo tan crecida
en mi pecho al Señor no he recibido.
Menor que yo es Rosita,
la niña del vecino,
y ayer, papá, ¡qué suerte!
recibió ¡cuán dichosa! a Jesucristo.
Yo quiero, pues, cual rosa
comer el Pan divino;
yo quiero ¡ay, no te enojes!
que a la iglesia te vengas hoy conmigo.
—¡Rarezas de una niña!
¡más bien, diré, delirios!
Y yo, porque le plazca,
¿he de dar rienda suelta a sus caprichos?
—Rarezas, papá, llamas
a aquel deseo vivo
que tiene mi alma cándida
de hospedar en su pecho al Rey divino?
No digas, por quien eres,
tal cosa, papá mío;
y acuérdate que un día
anhelaste, cual yo, este beneficio.
Entonces mi abuelita
gozábase contigo,
y tú, porque eras bueno,
en retorno le hacías mil cariños.
Entonces, como un ángel
del cielo, bello y lindo,
mil veces te acercabas
reverente al altar del sacrificio...
¡Feliz quien tiene madre!
Yo, niña, la he perdido;
y, huérfana en la tierra,
no tengo otro consuelo que a ti mismo.
(En pos de estas palabras
tan tiernas, un suspiro
se oyó, y la triste niña
transida de dolor, perdió el sentido.

....

¿Qué hacer? Por más que fuera
aquel hombre un impío
el llanto de la huérfana
sin pensarlo obró en él un cambio súbito.

Sus párpados en lágrimas
de pronto humedecidos
los siente, y abrazando
con ansia a la niña y con cariño):
—Iré donde tú quieras
(decíale afligido
aquel dichoso padre,
que poco antes precíabase de impío).
Iré donde tú quieras
mi amor, mi dulce hechizo,
pues nunca puede un padre
resistirse a las lágrimas de un hijo...
(Radiante de hermosura,
como un ángel bendito,
la niña en pos del padre
al templo del Señor se ha dirigido.
Allí en actitud mística,
absortos los sentidos
el Pan que engendra vírgenes
en su seno ¡feliz! ha recibido.
Y en éxtasis de amor,
logrado el beneficio,
se posa dulcemente
en los brazos del padre ya contrito.)

FR. JUAN DE DIOS LEÓN

N.º 358

En la Primera Comunión de...

¡Silencio!... En el sagrario
la voz suspira del que allí se esconde.
¡Silencio!... El santuario
oye la voz de un niño que responde:
—«Ya el sol en el oriente
muestra su clara faz con rayos de oro:
más claro y más luciente
es el sol eucarístico que adoro.
Traedme a manos llenas
para mi ardiente pecho tiernas flores.
De lirios y azucenas
se apacienta el Amor de los amores.
Amante desvelado,
día y noche estaré cabe tu puerta
¡Ay! corro desalado,
pues ya la del sagrario veo abierta».
—«Venid, venid, ¡oh niños!;
en vuestra alma pondré florido lecho»...
—«Ya vuelo a tus cariños;
¡ven, ven, dulce Amador, duerme en mi pecho!»
Dió fin el buen Jesús a la porfía,
pues sin dejar la gloria en que vivía;
aquel pecho infantil por trono quiso;
y fué desde aquel día
el corazón del niño un paraíso.

MOREU, S. J.

N.º 359

A los de la Primera Comunión

¡Hermanos del corazón!
Pues que hoy juntos como hermanos
Nos dieron las mismas manos
Hostias del mismo copón.
De la vida en el umbral
Sin pensar más que en reír,
No sabemos qué es sufrir
Ni qué es la culpa mortal.
Hoy con celestes cariños
Mirándonos con amor
Nos ha dicho el Redentor:
«Dejad que vengan los niños».
Hoy del sacro altar al pie
Angeles de níveo traje
Le ofrecen el homenaje
De nuestra sencilla fe.
En nuestro pecho rendido
Hoy Jesús asiento toma
Cual se posa la paloma
En el limpio y casto nido.
¿Y mañana?... En lo futuro
Pensar tranquilo no puedo,
¡Tengo miedo, mucho miedo!
¡Que está oscuro, muy oscuro!
Allí en su negro camino
Quizá a nuestros corazones
Acechan ya las pasiones
Como acecha el asesino.
Allí saldrá a nuestro encuentro
La dicha, infame ramera,
Con muchas flores por fuera,
Muchas espinas por dentro.
¡Y ay! que de entre sus abrojos
Saldremos sin paz ni calma,
Herida de muerte el alma
Y con el llanto en los ojos.
Pues la culpa puede tanto
Que es del alma la carcoma,
Y saca sangre que asoma
A los ojos hecha llanto.
Por si os mancha el corazón
Conservad en la memoria
Del hijo ingrato la historia
Y del buen padre el perdón.
Como padre Dios nos ama.
Y aunque el corazón le hiere
El hijo que no le quiere,
Clavado en la cruz nos llama.
Que cada cual jure hoy
Al pie de esa cruz también
Que cuando le diga: «Ven»
Exclamará: «Padre, voy».

Mas, ¡ay! ¿hemos de llorar
Nuestra inocencia perdida?
¿Para qué sirve la vida
Si ha de ser para pecar?
¡Jesús de mi vida! ¡no!
Si, pecador insensato,
He de ser un hijo ingrato
Primero me muera yo.
Si, cuando el cáliz inmundo,
Que envenena al inocente,
Nos brinde el mundo imprudente,
Responderemos al mundo:
«¡Jamás! yo no voy en pos
De infame placer que pasa!
¡El cielo, el cielo es mi casa!
¡Allí está mi padre: Dios!»

SAJ.

N.º 360

A un primer comulgante

¿Quieres siempre conservar
esa gracia y alegría
que a tu alma en este día
descendieron del altar?
¿Quieres vivir sin pecado,
a los tristes dar consuelo
y al fin entrar en el cielo
como un ángel coronado?
Pues recita este cantar
cada día con agrado:
¡Jesús, hoy he comulgado,
mañana he de comulgar!

N.º 361

Mi petición de este día

Cuando por la vez primera
viene un niño a comulgar,
dicen que, si es niño bueno,
Tú lo que pide le das.
Yo no sé si seré bueno;
mas sé lo que quiero ser,
por eso lo que hoy te pido
Tú me lo has de conceder.
Te pido, Rey de mi vida,
que, al llegar mi juventud,
yo quiera ser sacerdote
para vivir como Tú.
Te pido, Amigo del alma,
que cuando sea mayor,
sea un sacerdote santo
que hable al mundo de tu amor.
Y te pido, sobre todo,
oh mi divino Jesús;
que yo por Ti muera mártir
¡abrazado con tu cruz!

DE BROMA Y DE VERAS

N.º 362

Crueldad inocente

Veis ese niño tan pequeñuelo,
Boca de risa y ojos de cielo,
Y habla más dulce, más que la miel?
¿Quién sospechara que su cariño,
Lo que a su padre le dice el niño,
Causa en su padre llaga cruel?
—¿Qué dicha, oh padre, quién lo creyera,
Jesús mañana, Jesús me espera.
¡Dicen que puedo comulgar ya!
¡Soy el primero del *catecismo*!
¡Mañana, oh padre, mañana mismo
A este mi pecho, Jesús vendrá!
—(Angel hermoso de mis amores,
Bálsamo santo de mis dolores...
Pureza en germen, virtud en flor.)
—Un favor pido para ese día...
—¡Oh, quién gozara de su alegría!
(¡Qué alma tan pura!...).
—Sólo un favor
Pero primero dime...
—Te escucho.
—¿Tú has comulgado?
—...Sí; ¡ya hace mucho!
—¡Mucho!
—¡Bastante!...
—¿Cuánto?
—No sé.
—Si es el Sagrario fuente del cielo,
¿Por qué no buscan siempre consuelo
En él los hombres, por qué?
—¡Por qué!
(¡Qué ojos tan puros tan candorosos!)
Los buenos niños no son curiosos.
—Saber no es malo.
—¡Ya lo sabrás!
(¡Oh Dios que nunca turbe su calma
Del vicio el hálito, ni que su alma
Roedor gusano sienta jamás!)
—¿Pero... qué tienes, padre querido?
¡Estás tan triste, tan distraído!
—¡Sí... ya te escucho!
—¡No me oyes, no!
¡Y no te alegras, como quisiera,
Porque mañana por vez primera,
Por vez primera comulgo yo!
—Oh, sí, me alegro, y al Dios bendigo,
Que en lazo estrecho se une contigo.
—Pues bien...
—¿Qué quieres?
—Escúchame.
—Mañana... quiero verte a mi lado.
—Mira... ¡estoy siempre tan ocupado!
—Pero mañana...
—...Mañana... iré.

—¿Irás...? ¡oh padre! ¡Dios te bendiga!
Esa promesa también te obliga...
—Pues... a ir tan sólo y a nada más.
—Para hallar fuerzas en tu camino,
Tú necesitas manjar divino.
Con que... conmigo comulgarás.
—(¡A que en un brete por fin me pone!)
Pero hijo, piensa que eso... supone,
Eso supone... ¡la confesión!
—¿Y hay mal en ello?
—¡No... no!
—Pues luego,
Padre querido, cede a mi ruego!
—¡Si tú me dieses la absolución!
—Ah, yo no puedo, tú bien lo sabes;
Otro del cielo tiene las llaves,
Y otra... la Estrella pura del mar!
A Ella, a la Virgen pediré tanto
que oirá mis súplicas, verá mi llanto.
—(¡Vamos, al cabo me hará llorar!)
—Padre del alma, si yo Dios fuera,
Perdón y gracia y amor te diera.
Y... ¡soy un niño, y Dios es Dios!
No temas, padre, que Dios es bueno
—¡Hijo del alma, ven a mi seno...!
¡Comulgaremos juntos los dos!

SAJ.

N.º 363

Después de la Primera Comunión

Fuego de amor celeste llena mi alma,
sangre divina y pura me da la calma,
rayos de luz alumbran mi inteligencia,
y huyen sombras rebeldes a su presencia:
y es que la Hostia Santa y enamorada
en mi pecho de niña tiene morada,
que adorné con las flores de primavera,
porque vino a mi boca por vez primera.

Ya no siente mi alma recios afanes
por los juegos que fueron locos desmanes,
pues cuando irreverente comience el juego,
me parará las plantas divino fuego:
fuego que arde y consume las mis entrañas
como el volcán que sale de las montañas;
fuego que me hace reina de mi albeldrío;
pues soy tan sólo esclava del Amor mío

Buen Pastor de las almas, que por tu mano
me diste en la Hostia al Santo Dios Soberano
que reina en mis sentidos y en mis ideas;
buen Pastor de las almas, bendito seas.
Dios te lleve alumbrando los horizontes,
como sol que ilumina los pardos montes,
y al afán de la pena con que te quejas
respondan los balidos de tus ovejas.

R P JIMÉNEZ CAMPAÑA

N.º 364

Espigando

Lo oí referir en tierras asturianas. Era un matrimonio que Dios había bendecido con una niña angelical. Era ella solita en casa, pero ella solita, por su bondad y por su cariño, hubiera podido hacer la felicidad de sus padres. Pero el padre no era bueno. Se entregó a muchos vicios. Gastó el mediano caudal que había en casa y quedaron todos reducidos a la mayor miseria... Y se escapó del hogar... Decían los que, al parecer, estaban muy bien informados, que había embarcado para tierras americanas, donde había pasado años atrás una larga época de su vida.

¿Qué se hizo de él? Pasaron algunos años y no recibieron noticia alguna. Había muerto para la esposa y para la hija. Sin embargo, en aquella casa la esposa y la hija rezaban todos los días por el desgraciado desaparecido. Y llegó el día en que la niña tenía que hacer la primera comunión. Pocas niñas la han recibido con mayor fervor que aquella niña angelical. Comulgó en el Santuario de la Virgen de Covadonga. Allí, al lado de aquella hija tan amada, ¡con qué fervor rezaba su madre! ¡Con qué cariño santo le iba diciendo al oído las oraciones que tenía que rezar antes de recibir a Dios sacramentado!

Comulgó el ángel de siete años. Juntó las manos, dejó caer la cabeza y quedó solita con su Dios. En aquel momento la madre deslizó a sus oídos estas palabras: «Reza por tu padre...» Y rezó. Le pidió al Señor que no le abandonara, si aun andaba por el mundo. Ella quería verle pronto... O al menos, en el cielo. Algunos días después, por vez primera después de tantos años, supieron de él. Había muerto en las playas remotas americanas. Y... ¡caso admirable!, había muerto, y muerto santamente, al mismo tiempo que su hija rezaba por él el día de su

primera comunión. Dios le había escuchado. Le abrió al padre las puertas del cielo al mismo tiempo que la hija le abría las puertas del corazón.

* * *

La hija de Luis Veuillot, el más grande de los periodistas católicos de Francia en el pasado siglo, la víspera de su Primera Comunión le suplicó a su padre que le acompañara al altar. El, que por entonces vivía muy olvidado de sus deberes religiosos, contestó con un *no* rotundo y categórico. Retiróse la niña a su cuarto y rompió a llorar amargamente. Cuando el padre, después de largo rato, se le acercó y preguntó por qué lloraba, contestó ella: «Papá, es que yo pensaba que tenía padre, y ahora veo que soy huérfana; porque mañana, cuando vaya a comulgar, estaré solita como la hija de la portera, que no tiene padre».

Y Luis Veuillot fué a comulgar. Del comulgatorio se levantó para ser el gran apologista de la religión en Francia, el caudillo de los periodistas católicos, el emperador de la pluma, como le llamaba el Rey y Pontífice Pío IX.

P. SARABIA

* * *

Cuando el emperador Napoleón se hallaba en el apogeo de su gloria, tenido por todos como uno de los más ilustres soberanos que vió la Historia, cierta vez sus generales dieron en discutir sobre cuál había sido el día más venturoso en la existencia del grande hombre. El uno mantenía con ardor que seguramente el de la batalla de los tres emperadores de Austerliz (1805), otro el de la coronación (1804), en fin, que cada uno de los generales expuso su manera de pensar. En eso entró Napoleón, que oyera algo de lo que se había dicho, y manifestóles: «El día más feliz de mi existencia fué el de mi primera Comunión, pues jamás me sentí tan cercano a Dios como en aquellos instantes.»

SPIRAGO

N.º 365

Al niño mártir de la Eucaristía

(*una niña el día de su Primera Comunión*)

¡Niño Tarsicio! ¡Generoso apóstol,
que el sagrado Copón
llevaste con las Hostias consagradas
donde se oculta Dios,
para que comulgasen los cristianos
que esperaban en lóbrega prisión!
¡Niño Tarsicio! En la pagana Roma,
que yacía en las sombras del error,
fuiste un ángel hermoso, que ocultabas
los puros rayos del divino Sol.
Yo pasmada contemplo
tu invencible valor,
cuando implacable turba de paganos
te circunda feroz,
y te exige que entregues el tesoro
del cielo admiración,
para ultrajar de nuevo
al que por todos en la Cruz murió.

—

¿Qué harás tú, pobre niño? ¿Quién te pueda librar de su furor, [de
si estás sólo, si nadie en tu defensa?...
¡Mas no estás solo, no!
¡Está contigo el Rey omnipotente!
¡Contigo está el divino Salvador!
¡Contigo el que al abismo
derrotado a Luzbel precipitó!
¡Ah! ¡Con qué generosa fortaleza,
con qué encendido amor,
a entregarle te niegas, y le oprimes
contra tu corazón!
Podrán a golpes destrozar tus miembros,
como el granizo a la fragante flor;
palidecer tu faz encantadora
verán sin compasión;
¡podrás perder la vida
invocando a Jesús con dulce voz!...

—

¡Pero no han de robarte la Hostia santa!
Porque, si tiernos tus bracitos son,
el Dios grande, el Dios fuerte
que entre ellos se hospedó
sabrá hacerlos de hierro inquebrantable,
porque no haya ladrón
que arrebate esa joya tan preciada!
Y tan sólo el ministro del Señor,
allá en las catacumbas
donde ya el Sacrificio terminó,
cuando te lleven muerto
la tomará temblando de emoción,

y la pondrá de nuevo en el Sagrario
de donde con sus manos la sacó.

—

Tarsicio, niño hermoso, yo en mi pecho
llevo también a Dios,
a quien esta mañana
recibí en la sagrada Comunión.
Le llevo, sí, conmigo,
aquí tengo a mi Rey, bien lo sé yo;
pues aunque las especies se consuman,
Dios queda en mí cual dulce protector.
Mas ¡ay! también le llevo por un mundo
que es foco de perfidia y tentación;
que a sus fiestas paganas me convida
con tono seductor,
prometiéndome goces de la tierra...
Mas ¿quién no ve su pérfida intención?
¡Robarme quiere el celestial tesoro,
y mancharme en su cieno corruptor!

—

¡Mas no lo ha de lograr! ¡No, yo prometo
que a Jesús guardaré en mi corazón!
Podrán matarme como a Tí; mas sólo
cuando a mi muerte se presente a Dios,
de entre mi pecho sacará mi alma
cual brillante copón
y en ella a Jesucristo
que aquí se hospeda como Rey de amor.
Y han de ponerla en el edén del cielo,
junto a su Criador,
para que goce los supremos bienes
que la reserva en la eternal mansión.

G. Pintado, S. J.

N.º 366

Un abuelo a su nieto

En este fausto, inolvidable día,
ante el ara de Dios puesto de hinojos,
al través de su llanto, nuestros ojos
te han visto recibir la Eucaristía.
Y mientras a las almas acudía
el recuerdo de fúnebres despojos,
como brotan las rosas entre abrojos,
entre penas brotó nuestra alegría.
Remunere el Señor la fe sincera.
con que has apetecido el pan del cielo,
con vida larga, santa y placentera.
Tales son la esperanza y el anhelo
con que el amor de tu familia entera
canta y llora en la lira de tu abuelo.

Carlos Luis de Cuenca

N.º 367

Más ejemplos

En un colegio de religiosas dominicas se educaba una niña llamada Imelda Lambertini.

La niña veía que las monjas comulgaban con mucha devoción.

Ella quería comulgar también, pero no la dejaban porque entonces era costumbre comulgar después de los doce o catorce años.

A Imelda se le iban los ojos y el corazón cada vez que daban la comunión.

Un día tuvo tantos deseos de comulgar y pidió al Señor con tantas instancias que se hospedara en su pecho... que el Dios de los niños no pudo contenerse en el fondo del copón y volando una Hostia Consagrada por los aires se quedó suspensa sobre la cabeza de Imelda.

El sacerdote que daba la comunión, al ver este milagro, le dió la comunión.

Entonces ocurrió otro milagro, que fué un éxtasis de amor, en el cual su alma voló al cielo.

Como la Hostia voló del copón, así su alma, no pudiendo soportar las prisiones de su cuerpo, voló al cielo.

La Beata Imelda es la patrona de las niñas de primera comunión.

D. Bilbao

*
* *

En la escuela de una aldea, un catequista que explicaba Religión a los niños, les preguntó: «¿Cuándo fuisteis más felices?» Uno respondió: «Cuando era muy pequeñín, muy pequeñín, todo me era juego y regalo, y no tenía ni que estudiar, ni que atender a obligación alguna». Otro de los escolares añadió: «Yo era muy feliz cuando tenía aún a mi madre, que hoy está en el cielo.» Pero un tercero dijo: «Me sentí enteramente feliz al recibir mi primera Comunión.» Y el catequista le

preguntó entonces: «¿Por qué razón?» Y respondió el mocito, con mucha desenvoltura: «Porque Jesucristo vino a mí y mi pecho fué a modo de sagrario.» El catequista le felicito, diciéndole que había acertado, pues para un hombre piadoso no puede caber mayor ventura que la de sentir a Jesucristo tan junto a sí.

SPIRAGO

N.º 368

La última Comunión

A mediados del pasado siglo moría en la parroquia de Ars, en Francia, el cura párroco. Se llamaba Juan Bautista Vianney. Moría... y moría con una paz celestial. ¡Cómo no iba a morir así si su confesor aseguraba que en toda su vida no había cometido un solo pecado venial deliberado! A las cuatro de la tarde le llevaron el Viático. Cuando el santo Cura, que se pasaba las horas y los días orando en silencio, vió que entraba en su pobre cuarto Jesús sacramentado, abrió los ojos, miró la Santa Hostia... y unas lágrimas le corrieron de los ojos. «Padre mío, le preguntó un sacerdote, ¿qué os pasa? ¿por qué lloráis?». Y el santo moribundo le contestó con voz muy dulce: «¡Qué cosa tan triste es comulgar por última vez!»

Si él lloraba de pena, vosotros debéis llorar de alegría... porque hoy comulgáis por vez primera, y tenéis ante vuestros ojos una vida larga quizás, en la cual centenares de veces vais a tener la misma dicha de recibir a Dios.

P. SARABIA

N.º 369

En mi Primera Comunión

¡Llegó, por fin, el suspirado día
Que, con fervientes y amorosas ansias,
Tanto anheló mi corazón de niño,
Tanto anheló mi alma enamorada!
Sonó la hora en el reloj del tiempo,
Mensajera de dichas soberanas,
Que, desde toda eternidad, Dios mismo
En sus altos designios señalara
Y el momento llegó... ¡Feliz momento!
Sublime instante con que yo soñara,
Temblando de emoción, a todas horas,
Y derramando fervorosas lágrimas.
Ya soy dichoso con inmensa dicha
Que por nada del mundo yo cambiara;
Ya mi dulce Jesús, por vez primera,
Entró en mi corazón esta mañana.
Alábenle los cielos y la tierra,
Por otorgarme tan divina dádiva,
Alábenle por mí; que yo no encuentro,
Para hacerlo, palabras adecuadas.
Ya soy feliz, porque en mi tierno pecho
Quiso fijar su celestial morada
El Dios de amor, el Redentor del mundo,
El dueño soberano de mi alma.
¡Dulcísimo Jesús, bendito seas
Por el amor eterno con que me amas!
¡Ay! No permitas que de Ti me aparte..
Reine en mí siempre tu divina gracia.
¡Viva yo siempre de tu amor divino,
Y sea eterna nuestra santa alianza!
Sea mi pecho tu viviente templo,
Y tu sagrario sacrosanto mi alma.
Dicen que el mundo es falso, y aseguran
Que con cinismo y con maldad satánica
Se goza en perseguir a la inocencia,
Tendiendo lazos a la tierna infancia.
Dicen también que hay hombres tan mal-
[vados,
Que pregonan perversas enseñanzas;
Que en pervertir el corazón del niño
Con intención diabólica se afanan.
¿Por qué será así, Jesús divino?
¿Es acaso verdad tanta desgracia?
¡Yo tengo miedo de tan gran peligro!
Mas tú, Dios mío, salvarás mi alma.
Yo te prometo no apartarme nunca
De tus divinas sacrosantas máximas,
En este día en que, por vez primera,
Fijaste en mí tu celestial morada.
Día feliz, inolvidable día,
En que quisiste descender a mi alma;
Jamás olvidaré tan grata fecha
Que en mi alma siempre quedará gra-
[bada...

B. SÁINZ (ESCOLAPIO)

N.º 370

Los lirios

(diálogo de niñas)

1.ª Jamás como hoy he gozado
tan honda satisfacción,
pues todo un Dios se ha dignado
entrar en mi corazón.

2.ª Igual alegría siento,
amiga mía, también,
y yo, ante el Sacramento,
¡qué bien estaba, qué bien!

1.ª Mil luces iluminaban
al Divino Redentor;
y nuestras almas le daban
el incienso del amor.

2.ª Y nosotras, de rodillas,
una tras otra, al altar
con nuestras almas sencillas
ansiábamos llegar.

1.ª Lucíamos el encanto
de nuestro humilde candor;
con la corona y el manto
tan blancos como una flor.

2.ª Nuestros padres amorosos,
rogando por nuestro bien,
presenciaban silenciosos
nuestra alegría también.

1.ª Y cuando a Dios recibían
nuestras almas con unción,
emocionados sentían
latir a su corazón;
y aun la Virgen sonreía
de pura satisfacción.

2.ª Es justo que le rindamos
nuestro homenaje de amor;
y a nuestra Madre ofrezcamos
como recuerdo una flor.

1.ª Lleguemos pues a sus pies;
y ofrezcamos amorosas
un manojito de rosas,
nuestra alma y nuestro ser.

....

2.ª «Yo aunque niña no desmayo,
y siento dulce emoción,
y en este día de mayo
te consagro el corazón.
Sea recuerdo sagrado
de nuestros castos amores,
que a tus pies hoy consagrado
dejamos con estas flores.

1.ª Toma también, ¡oh María!
mis flores y corazón;
y en cambio, ¡oh Madre mía!
dadme vuestra bendición.
Bendice también mis padres,
hermanos y a todo el pueblo,
bendice casas y campos,
¡yo con amor te lo ruego!»

N.º 371

Recitación

¿Qué dirá el lirio a la rosa,
lleno de vida y fragancia,
qué dirá,
cuando inclina tan graciosa
su corola de hermosura
sin igual...?
¿Qué dirá el ave en sus trinos
de tan suave melodía
qué dirá,
cuando a los bosques vecinos
da alegría y movimiento
su cantar...?
¿Qué murmurará la fuente
al correr entre el follaje
su caudal...?
¿Y la brisa sonriente
al acariciar las flores
qué dirá...?
¿Por qué la ola se corona
de tan bella, blanca espuma
en la mar...?
y ¿por qué tan juguetona
llega las limpias arenas
a besar...?
¿Qué será que el claro cielo
hoy está tan azulado
qué será...?
¿y en su purísimo velo
el sol desgrana sus rayos
al brillar...?
¿Por qué sonríen las flores...?
¿por qué las aves hoy cantan
sin cesar...?
¿Por qué tan vivos colores
en el campo y en el cielo
y en la mar...?
¡Que hoy, niña, por vez primera
te acercaste con respeto
al Altar...!
¡y la creación entera
quiere este día de gloria
celebrar!

A. Hidalgo, Pbro

N.º 372

La corbata de la Primera Comunión

Jorge M..., era en aquel colegio católico travieso como el que más.

Sin embargo, bajo aquel exterior disipado y revoltoso, conservaba un corazón puro y animado de los más nobles sentimientos.

Llegaba el día de su primera comunión, sin que por eso mejorase nada la conducta de Jorge. Seguía siendo el clavo de sus maestros, y la espina de su virtuosa madre que, en vano, descargaba sobre él reprensiones y más reprensiones.

Pero triunfó por fin la gracia, y Jorge cambió por completo.

Acababan los ejercicios que precedieron a la primera comunión. Púsose Jorge a discurrir con todo empeño qué propósito sería el que más agradase a la Santísima Virgen en el día de su primera comunión. Pensó, rezó... a la noche sus ojos se llenan de alegría y exclama lleno de júbilo.

—¡Ya sé! ya sé lo que tengo que prometer.

—

Se levanta, se presenta a su Director, le comunica su resolución y le dice:

—Padre, quiero prometer a la Virgen no quitarme la corbata blanca de mi primera comunión mientras no cometa pecado mortal.

No le pareció bien este propósito al Padre; expúsole los inconvenientes de semejante resolución. Pero inútilmente.

Cuando vino su madre a la sala de visitas, le comunicó también Jorge su resolución. También a ella pareció mal la idea de su hijo, y se empeñó en quitársela de la cabeza.

—Pero, querido Jorge, le dijo, ¡qué idea más rara! Vas a ser la burla de tus compañeros.

—Mamá, contestó Jorge con un tono tan resuelto que impresionó a su madre, todo lo he pensado bien. No mudaré mi resolución.

Tuvo que ceder la madre.

—

Y amaneció el día de la primera comunión, y Jorge apareció llevando al cuello una preciosa corbata blanca. Recibió a su adorable Salvador con vivos sentimientos de fe y caridad, y juró a María ser fiel a su propósito.

Al otro día, Jorge se presentó con su corbata blanca. Como era día de paseo, no llamó la atención. Pero vino el tercer día y vinieron los otros días, y Jorge vestía la misma corbata con santo orgullo.

Empezó a dar que hablar la famosa corbata, y el pobre Jorge hubo de recibir por ella más de una broma pesada. Pero todo lo recibió con paciencia. Sin embargo nadie, fuera de su Director y de su madre, estaba al tanto de su propósito.

Mas ¡ay! Jorge tenía un amigo. Este amigo, picado de curiosidad, preguntó a Jorge la causa de su original conducta. Y Jorge, confiado y franco, comunicó a su amigo el secreto, encargándole el más absoluto silencio. Prometióselo así su amigo. Pero... al otro día ya toda la división conocía la historia de la corbata blanca.

Las bromas cesaron, y se cambiaron en un callado sentimiento de respeto.

Pasaron las vacaciones, y Jorge, con gran satisfacción de sus maestros, volvió con su corbata blanca. Y pasaron los años de 1866, 67, 68, 69 y 70, y Jorge, acabada la filosofía, salió del Colegio llevando siempre su corbata blanca.

—

Llegó el tiempo en que Francia gemía a los pies de un vencedor inexorable. Jorge, con el corazón partido de dolor, pidió a su madre y obtuvo de ella el permiso de ir a luchar por su patria en la heroica legión mandada por el general Charette.

La ordenanza militar, sobre todo la de los zuavos pontificios, no toleraba corbatas blancas al cuello. Jorge, no pudiendo llevarla, la plegó y la guardó cuidadosamente en el fondo de su mochila.

Y llegó la batalla de Patay. Jorge peleó como un cristiano valiente.

Mas la pureza de su alma le mereció el honor de ser escogido por Dios como víctima de expiación por los pecados de su patria.

Yacía herido en tierra, cuando pasó a su lado el Capellán del Regimiento, que le dijo:

—Hijo mío, ¿necesitas de mí?

—Gracias, Padre, respondió tranquilo, voy a morir, pero todo está en regla. Mas voy a pedirle un favor. Ahí en mi mochila hay una corbata blanca. ¿Hace el favor de traérmela?

Fué el capellán, sacó la corbata blanca y se la entregó al moribundo. Tomóla Jorge con mano temblorosa, llevóla a los labios, dióle amorosamente un beso, y enseñándosela al Capellán, le dijo:

—Padre, cuando yo haya muerto, haga el favor de enviar esta corbata a mi pobre madre, y escríbale que su Jorge ha muerto fiel a su promesa, y que hasta el último suspiro conservó blanca la corbata, sin más mancha que la de su sangre, derramada por Dios y por su patria.

Momentos después Jorge expiraba en brazos del Capellán, apretando en sus desfallecidas manos su corbata blanca.

E. Laborde, S. J.

N.º 373

El héroe de la corbata blanca

(Jaime - un ángel - un colegial - niña - pastor - un serafín acompañado de otros dos ángeles)

Ja. —*(Paseando por el presbiterio).*
El propósito mejor
que hoy a Jesús puedo hacer
es de veras prometer
ser siempre su blanca flor,
su ángel en la tierra ser.
Jesús ama la pureza,
Jesús ama la ternura,
porque es la mayor grandeza
un alma inocente y pura
sobre el mundo, que es vileza.

(Emocionado)
Pues, ¡oh Jesús, Jesús mío,
yo quiero ser inocente
cual la gota de rocío!
¡oh, Jesús, Jesús... yo ansío
ser cual la luz transparente!
¡Yo quiero ser virginal
como el néctar de las flores,
como en la sierra el raudal,
cual los ojos de cristal
de los ciervos voladores!
¡Como un ángel de tu cielo
yo quiero vivir aquí:
quiero darte el gran consuelo
de ser por amor de Tí
un ángel en este suelo!
¡Y por eso ante tu altar,
Jesús mío, y por tu amor,
yo te prometo llevar
esta corbata, Señor,
hasta la hora de expirar!

(Con aplomo)
Y la llevaré, Amor mío,
blanca, blanca, inmaculada,
como la espuma del río,
y aquí en mi pecho colgada
como el mejor atavío.
¿Que se ríen? No haré caso.
¿Que me injurian? Sonreiré.
Y sin temor al fracaso,
firme el mirar, firme el paso,
por el mundo pasaré.

(Emocionado)
¡Con tu permiso, Señor!
¡Voy a emprender por tu honor,
la hazaña divina y grata
de llevar esta corbata
blanca hasta morir, mi Amor!
(Se va. Luego sale un colegial).

Col. —En un colegio estudiando
Jaime el bueno vive ahora,
y al pecho sigue llevando
la corbata encantadora,
como aquí juró llorando.
Alguno rióse de él;
pero al saber el motivo,
el sarcasmo duro y cruel
se convirtió en amor vivo
y en respeto hacia el doncel.
¡Es un ángel! Lo delata
su mismísima presencia;

y ya nadie se recata
de decir que es la inocencia
y el héroe de la corbata.

(*Se va. Pasa un ángel. Triste*)

ANG.—¡Ay..., cómo temo por él!
¡Ay..., qué paso más fatal!
¡Ay..., la flor de mi vergel!
¡Ay. !, ¿me será en el cuartel
lo que fué de colegial?
¡Ay..., cómo temo por él!
¡Ay de la flor en el fango!
¡Estalló la guerra cruel,
y como ardiente lebrel
va a batirse por el rango
de su bandera, a ella fiel!
¡Ay..., cómo temo por él!

(*Se va. Pasa una niña. Dulcemente. Con un cesto de flores*)

NIÑ.—En mi jardín este albor
cortaba una blanca flor
cuando pasaron los Zuavos.
¡No he visto cosa mejor!
¡Qué jóvenes y qué bravos!
Y entre todos un doncel,
¡ay, cómo me acuerdo de él!
Un león firme y derecho,
con una corbata al pecho
blanca cual flor de laurel.
Preguntéle a un buen soldado,
y él me dijo con voz grata
que el héroe de mi cuidado
era un héroe apellidado
«el Héroe de la Corbata».
La corbata iba segura,
iba blanca, hecha un primor,
encima de la armadura;
¡tan blanca como una flor
sobre la fuente más pura!

(*Se retira. Aparece un pastorcito*).

PAS.—¡Ay..., rogad por un doncel,
que es un ángel y un espanto!
Nadie combate como él,
y se dijera que es cruel,
si no fuera un héroe santo;
sobre su pecho destella,
entre el polvo de la acción,
una como blanca estrella;
¡la corbata blanca y bella
de Primera Comunión!
Su luchar... ¡ay! fuera cruel
si no fuera obligación.
¡Ay!, rogad por el doncel
que es un ángel y un león
y nadie lucha como él.

(*Sale. Aparece un ángel. De luto. Corona de laurel en la mano*).

ANG.—¡Ay..., se me ha muerto el [mejor!
¡Ay..!, que no; ¡me lo han [matado!
¡Ay..., he perdido el soldado
que era en el alma una flor
y en el cuerpo tigre alado!
¡Nadie tan bravo como él,
porque nadie era más puro!
Voy a llevarle el laurel
que en el cielo yo procuro
para el más valiente y fiel.
¡Nadie tan bravo como él!

(*Aparece un serafín, escoltado por dos angelitos. Pueden tocar algún instrumento músico*).

SER.— ¡Cantad, estrellas:
cantad, luceros;
cantad, jilgueros;
cantad, doncellas;
cantad, oteros!...
¡Cantad, oh flores;
cantad, cantores
de cielo y tierra,
por los primores
que da la guerra!

ANG.—¿Por qué cantáis de ese modo,
si me han matado al mejor;
si ha quedado en un recodo
rota la más bella flor?

SER.—¡Porque en el mundo traidor
aun no es todo carne y lodo!

ANG.—¿Cómo?

SER.— Te lo va a contar
este amable compañero,
que feliz pudo admirar
la muerte de ese guerrero
que te hace a tí sollozar:

ANGEL ACOMPAÑANTE

Sobre una trinchera
rezando se lanzan
cual ola de fuego
los Zuavos del Papa.
Coronan los Zuavos
la erguida montaña;
del monte son perlas
sus cascos de plata.

Cayeron trescientos;
mas los otros cantan,
que la muerte es vida
cuando es por la patria.
Mas, ¡ay!, traicionera
perdióse una bala,
y el pecho del héroe
veloz me traspasa.
Sonríe el muchacho,
y en su vista clara
florecen estrellas,
y en su voz, plegarias.
—¿Qué queréis, mucha-
le dice con pausa [cho?
un buen sacerdote
que a los Zuavos manda.
—¡Que cante conmigo,
que no quiero nada;
que un ángel me besa
la herida que sangra.
Que en la herida tengo
ya las llaves blancas
con que abrir el cielo,
mi divina casa.
Mas, sí..., quiero algo:
¡que a mi madre santa
le lleven hoy mismo
mi corbata blanca!
¡Que usted me la quite
cuando muerto me haya;
que no me la lave,
que la deje intacta!
¡Y a mi madre diga
no tiene otras manchas
que la sangre que hoy
vierto por la patria!—
Y murióse el héroe,
y en su vista clara
quedaron enjambres
de estrellitas blancas.

EL OTRO ACOMPAÑANTE

¡Muy bien! Con bello heroís-
supo vencerse a sí mismo [mo
y supo hasta el fin llegar
sin su corbata manchar,
como prometió aquí mismo.
Niños..., ángeles en flor,
¿no envidiáis tan bella suer-
Pues jurad hoy al Señor [te?
no manchar hasta le muerte
vuestro traje encantador.

M. GONZÁLEZ, C. M. F.

N.º 374

Una Primera Comunión antes de los cuatro años

Si vinierais un domingo cualquiera a mi Catecismo, yo os enseñaría, sin que ella se enterara, una niña (dicen que es un angelito escapado del Paraíso y vestido de niña) como de tres palmos de alto, con una carita redonda y blanca que sirve de marco a unos ojitos vivos e inocentes y a una boquita de capullo semiabierto adornada con un hoyuelo a cada lado que dan a la cara una gracia... Si le preguntáis por su nombre os responderá con una media lengüilla encantadora mientras cruza sus bracillos sobre el pecho para que la respuesta salga respetuosa: Julita *Glabiel* (Gabriel) *Budedo* (Butelo) *pala selví a Dió y a udé.*

¿Su edad? Eso no lo sabrá decir ella; pero puedo deciros que cuando ocurrió lo que voy a contar le faltaban 13 días para 4 años.

Hace tiempo que la Catequista de Julita no dejaba de decirme: Mire V. que Julita cuando me ve venir por las mañanas a la iglesia, se echa a llorar porque quiere venir a comulgar conmigo.

Otro día me entero que Julita le dice a esa misma Catequista cuando volvía de la iglesia: *Celonia* (Celedonia), ¿has comulgado?

—Sí, hija mía.

Pós agáchate —Y mientras esto pedía, levantaba sus bracitos, se colgaba del cuello de su Maestra que se inclinaba, y con gracia soberana le daba un beso en mitad del pecho.

—¿Por qué me besas ahí, Julita?

—*Polque* ahí tienes *gualdado* al *Colasón de Jesú.*

Yo no sé lo que otros hubieran hecho; pero yo no vacilé un momento en satisfacer los desos de Julita, que sin apenas saber hablar, sabía tan delicadamente sentir a Jesús Hostia.

La hice venir, la examiné entre caricia y caricia, para que no se me asustara, y si antes no vacilaba, ahora deseaba yo con ansia darle la Sagrada Comunión. Se señaló el 15 de agosto, fiesta de la Asunción, y en la mañana de ese día se me presenta Julita vestidita de blanco acompaña-

da de su madre, su abuela, sus hermanitos, poco mayores que ella, sin comulgar todavía, y su Catequista; se adelanta ella sola y acercándose a mi confesionario me pregunta: *Padle* ¿me da V. *lilencia* para *lecibí* al Niño Jesú?

—¿Tú lo quieres recibir, Julita?

—Con *tolas* mis ganas.

—Y ¿por dónde va a entrar?

—Por aquí, señalando con su dedito la boca.

—Y ¿en dónde lo vas a guardar?

—Aquí, bajando el dedo y poniéndolo sobre su corazón...

Julita comulgó de pie sobre la punta de sus zapatos con sus manitas cruzadas sobre el pecho y... ¿querrán Vds. creer que a pesar de los miles de Comuniones que llevo dadas a chicos y a grandes, me tembló la mano derecha al colocar la Sagrada Forma sobre la blanda lengua de Julita?

Puedo aseguraros que en mi vida he dado una Comunión con tanta seguridad del buen gusto de Jesús y de la buena disposición del alma...

Durante el día de la Comunión se oía frecuentemente a Julita prorrumpir en un dulcísimo y angelical ¡ay, qué contentita estoy!

Después pide con frecuencia que le lleven a estar un ratito con el Niño Jesús que *está muy solito en el Salalio* (Sagrario).

Y ha llegado a interesarse tanto por su *Niño del Salalio* que preguntaba a su Catequista el otro día:

—*Oye, Celonia* ¿el Niño del *Salalio* está de pie o *sentado*?

—De pie, le dijo ésta por responder algo a tan original pregunta.

Y, como herida por un sentimiento de compasión, le dice: Pos voy a pedirle a mi Papaíto que me *comple* un silloncito *pala* traérselo al Niño y que no se canse.

¿Verdad que ante cuadros como ese hay que exclamar: ¡Bendito sea el Corazón de Jesús! porque aún concede a nuestra pobre tierra que dé flores como Julita y bendita de El sea Julita por años y años y por toda su vida?

M. González

N.º 375

Trovas

Ven a mi pecho, encanto de mi alma,
penetra en su mansión;
la morada es muy pobre, pero tiene
por gala un corazón;
que con alas de amor hacia Tí vuela
y en santo frenesí
ya no ansía más gloria ni más lauro
que poseerte a Tí.
Este valle de lágrimas y abrojos
dejando los que te aman, te amarán;
yo cerraré mis ojos,
mas mis ojos a verte volverán.

... ...

¡Oh piélago de amor y de dulzura,
oh Jesús, ven a mí!
No me abandones, no, dame, Dios mío,
que viva y muera en Tí;
que la flor que te ofrezco en este día
conserve su candor,
y esta blanca corona que me ciñe
me recuerde tu amor.
Corazón de Jesús; hoy que mi alma
busca su dicha en Tí,
¡al arrostrar del mundo los peligros,
no te olvides de mí!

... ...

A la sombra del árbol de la vida
yo vengo a descansar;
traigo sed, y en la fuente de aguas puras
mi sed he de aplacar.
Si el cansancio me rinde en el camino,
¡oh Divino Pastor!
busca a la oveja descarriada y mécela,
con ósculos de amor.
Peregrino en un valle de amargura
no dejes que el dolor rinda mi fe
yo en la tormenta oscura,
a tu cielo mis ojos volveré.

... ...

¡Oh, Jesús de mi amor, oh regalado
manjar que nutre la esperanza mía!
el eco de Emaús ya se ha lanzado;
«quédate con nosotros, Dueño amado,
que ya oscurece el día.»
«Quédate con nosotros», te dijeron
los pueblos que ante Tí se posternaron,
las almas que en tu amor desfallecieron,
los reyes que su cetro te ofrecieron,
los vates que en sus arpas te cantaron.
«Quédate con nosotros», porque avanza
la fiera tempestad y ruge el Noto,
vibra en los aires la temida lanza

y en el alma fermenta el terremoto
y en la vida se pierde la esperanza.
Ven a darnos consuelo;
de la noche sombría rasga el velo
con el claro fulgor de tu cariño,
¡y dale al tierno corazón del niño
alas de luz para volar al cielo!

PEDRO GOBERNADO

N.º 376

Mi Primera Comunión

¡Cuán bello estaba el cielo! ¡Cuán hermo-
El almo sol se levantó aquel día [so
Rompiendo con su rayo esplendoroso
De las nubes el velo tembloroso,
Brotando luz en la región vacía!
¡Cuán alegre también el alma estaba
Y cuánta luz en su interior había!
Con sus mejores galas se adornaba,
Porque al Rey de los reyes esperaba
Por la primera vez el alma mía,
Llegó el momento; tímido, anhelante,
Al altar sacrosanto me acerqué,
En lágrimas bañado mi semblante,
De emoción y de dicha palpitante,
Repleta el alma de esperanza y fe.
Los acordes del órgano sonaron
Del silencioso templo en la extensión,
Las manos del ministro la Hostia alzaron
Los cristianos la frente doblegaron
Y se escuchó un murmullo, una oración.
Después cuando al bajar volví los ojos,
Lo más querido para mi alma vi;
Una mujer estaba ahí de hinojos,
El llanto del placer cubría sus ojos:
Era mi madre que rezaba allí.
Aun siento la impresión sobre mi frente
del ósculo amoroso que me dió
Cuando al verme en sus brazos dulcemente
Exclamó: «Soy feliz, eres creyente,
Dios te guarde la gracia que te dió».
Dulce recuerdo al alma tan amado,
Jamás, nunca jamás te olvidaré;
mientras aliente el corazón, guardado
Como en un tabernáculo sagrado
En el fondo del alma te tendré.
Sé tú la blanca estrella que ilumine
Mi vida oscura con su santa luz;
Que por el bien mis pasos encamine,
Hasta que mi abrasada sien se incline
En el seno amoroso de la Cruz.

JOSE S. ORTIZ
(*americano*)

N.º 377

Los apuros de un primer comulgante de menos de cinco años

Como dato previo debe advertirse que un hermanito suyo de un año más venía preparándose para hacer su Comunión; y que la recibió de mis manos rodeado y acompañado de sus piadosos padres, hermanos y familia.

Mi José María, que así se llama el héroe, había venido presenciando las lecciones que maestros y familia habían dado a su hermano; y visto con ojos muy abiertos el lazo, el libro, la vela y demás cortejo de adorno y preparativos de la primera Comunión, pero sin decir palabra, que pudiera dar a entender que él seguía con interés aquéllo.

Pero lo que sus labios no decían, los ojos lo delataron.

—¡Con qué ojos miraba comulgar a su hermano, y durante todo aquel día le seguía a todas partes!

Sin dejar de estar contento, como cuadraba a su edad y a la fiesta de familia, un apuro, un gran apuro se asomaba por sus ojos.

Yo lo miraba sin que él se diera cuenta, y parecía como que gritaba: ¡quién pudiera comulgar!

Para salir de mis dudas y sacarlo del apuro en que creía verlo metido, lo llamo al día siguiente, lo siento sobre mis rodillas, y a quemaropa le dirijo estas pregunta: Vamos a ver, José María, ¿tú querías comulgar?

—¡*Yo sí*!

—¿Pero tú sabes lo que es comulgar?

—Tomarse al Niño Jesús.

—Y ¿en dónde está?

—En la Hostia blanquita.

—Y ¿por dónde entra?

—Por aquí (señalándome la boca).

—Pero si tú no tienes lazo, ni preparativos ningunos...

Un encogimiento de hombros, como de no importarle nada.

—Entonces ¿tú te atreves a comulgar mañana?

—Si V. *quiele, sí.*

—¿Y tu papá y mamá querrán?

Mi hombre por toda respuesta salta de mi rodilla, y a gritos desde la puerta de la habitación: —Papaíto, mamaíta *¿quiele* V. que comulgue mañana? *¿veldad que sí?*

La respuesta fué un consejo de familia en el que hubo besos y apretones y lágrimas muy dulces, y, como decisión última, la de que cada cual pusiera su parte para que la primera Comunión de José María resultara lo más solemne posible.

—

—Mamaíta, el Niño Jesús de la Hostia no va a podé *entlá.*

—¿Por qué?

—Porque está muy *gande*... como no lo ponga el *Padle* en una Hostia más chiquita... ¿No dice V. que el Niño Jesús está en un cachito muy chiquelino de la Hostia?...

—José María, le preguntó la madre; y cuando entre el Niño Jesús en tu boca ¿qué vas a hacer con El?

—Pues, *pues dejarlo que se valla pala adentlo*: ¡ya sabe andar solito!

Al ratito de haber recibido su Comunión con muestras de un gran recogimiento con sus manos juntas y con sus ojos muy cerrados, pregunta muy quedo a su mamá: *¿puedo ya ablí los ojos?*...

Y mientras la madre sonriendo le daba el permiso pedido, yo pedía al *Niño* que *ya sabía andar* solo por dentro de José María, que no dejara de andar jamás con él y en él, pero siempre hacia dentro...

M. González

N.º 378

La Primera Comunión

(*Diálogo entre un niño y su madre*)

—¡Mira, mamá! ¿no ves un niño santo
que en el altar brillante de María,
un trono ocupa, y con celeste encanto
contemplando a la Virgen se extasía?
—Se llama Estanislao.
—¡Ah, sí! ¿Quién era?
—Rápida fué su estancia en este suelo,
pues como a la tierna flor de primavera
quiso María trasplantarle al cielo.
—¿Amó mucho a la Virgen?
—Cual un hijo
puede amar a su madre y su señora.
—¿Y ella?
—Ya ves: con tierno regocijo
le visitó más bella que la aurora.
—¿Con que bajó del cielo? ¿Y que le tra-
[jo?
—Mostrando dulce amor en su semblante,
le puso como célico agasajo
entre los brazos el divino Infante.
—¿Qué escucho? ¿Le entregó el Niño di-
[vino?
—Sí; y al tenerlo entre sus brazos preso,
el tierno Estanislao, me imagino
que le adoró en extático embeleso.
Llenos sintió de lágrimas sus ojos;
de amor su corazón hechos pedazos
del Niñito besó los labios rojos,
y le estrechó en dulcísimos abrazos.
—¡Qué joven tan dichoso! ¡Quién pudiera
recibir tal obsequio de María!
—Pues mayor es la dicha que te espera.
—¿A mí dicha mayor?
—Sí, prenda mía.
—¿Y cuándo he de gozar tales favores?
—De la Hostia santa con los blancos velos
oculta sus divinos resplandores
el Niño Dios, encanto de los cielos.
—Ya lo sé: del sagrario la cortina
esconde al buen Jesús allí cautivo:
a la luz de la Fe que me ilumina,
con los ojos del alma le percibo.
—Pues bien: postrado ante el altar maña-
[na
¡qué gozo! harás la Comunión primera;
¡y entonces te dará esta Soberana
su hermoso Niño que en la gloria impera!
—¡Qué delicia! Es verdad, entre mis bra-
[zos
ya como Estanislao al Niño miro.
—No; te unirán con El más fuertes lazos.
—¡Oh mamá! ¿Qué me dices? ¿No deliro?
¿Con qué he de darle abrazo más estrecho?
—Justo: cuando tu lengua le reciba,

el Niño, no en tus brazos, en tu pecho
se encerrará como en custodia viva.
Desde el cielo, envidiando tu fortuna,
al templo bajarán los serafines,
a ver un corazón que es de Dios cuna,
más bella que de lirios y jazmines.
—Yo le diré mil veces que le amo,
le haré, como a Rey Niño, los honores,
y con dulces obsequios le haré un ramo
como si fuera de fragantes flores.
—Ruégale que la fúlgida cadena
de vuestro tierno amor nunca se quiebre;
que se quede de tu alma en la azucena
pues por cuna al nacer quiso un pesebre.
—Sí, quiero, como el niño Estanislao,
ser, divino Jesús, siempre tu amigo.
—Que no te empañe de la culpa el vaho,
para que more Dios siempre contigo.

G. Pintado, S. J.

N.º 379

Un niño en su Primera Comunión

Jesús, que dijiste con labios de flores
«dejad que los niños se vengan a mí»,
permite a este niño, sediento de amores,
cual blanca paloma, volar hoy a Ti.
Tú eres la rosa:
yo mariposa
que de tus mieles gusta el dulzor.
Abre el costado
de amor llagado
para en tu seno morir de amor.

Muñoz y Pavon

N.º 380

Oración para antes y después de la Primera Comunión

Andando por esos mundos de Dios en busca de sosiego y fresco, deparóme el Amo la buena dicha de dar una primera Comunión a un ángel del cielo con seis años de estancia en la tierra que se llama Ignacito y que tiene unos padres tan buenos hijos de Dios como amigos buenos míos.

Esos dos actos que le compuse para que los recitara antes y después de su Comunión os retratan el alma y las disposiciones con que el candoroso Nacho *comulgó.*

I

Jesús de la Hostia Consagrada, Hijo de mi Padre Dios y de mi Madre María Inmaculada y Hermano mayor mío, yo creo en Tí; yo me fío de Tí, yo te amo más que a todas las cosas.

Mis buenos Padres y Maestros me han dicho que Tú quieres mucho a los niños, y que cuando Tú andabas por la tierra te gustaba sentarlos sobre tus rodillas, abrazarlos, besarlos y bendecirlos, y que te disgustabas mucho con los hombres que echaban para atrás a los niños que te buscaban, y que ahora, desde que te has venido a vivir en la Hostia Consagrada, nada te gusta tanto como ver llegar junto a tu Sagrario niños de alma limpia como ángeles, con las manitas juntas delante del pecho y la boca abierta para recibirte y guardarte en su corazón.

Animado con esa confianza, aquí tienes a tu Ignacito, sin miedo ninguno y con mucha gana de abrir su boca para que entres dentro de su corazón y no dejarte ir ya más.

Jesús mío, si Tú quieres mucho a los niños, Ignacito te quiere a Tí muchísimo también y tiene muchísimas ganas de recibirte en Comunión.

Madre Inmaculada, Angel de mi Guarda y San Ignacio mi Patrono, venid a preparar en mi alma una casita muy a gusto de nuestro Jesús.

Jesús, Jesús, entra muy contento en la boca y en el alma de tu Ignacio.

II

Jesús, ¡con cuánta razón puedo llamarte ahora *mío*!

¡Qué contento estoy de que hayas cambiado tu casita del Copón de plata por la casita de mi alma! ¡Qué alegría! ¡Tu Ignacito ya no es más que *Copón de Jesús*! ¡Qué eso sea toda mi vida! ¡Que ni un solo día sea copón sucio, ni profanado, ni vacío!

¡Jesús, como ahora eres tan mío, con tu boca y con tu corazón, que también lo son, digo en unión de mis padres, de mis hermanos y de todos los que conmigo han comulgado:

¡Bendita y alabada sea la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo por los siglos de los siglos!

Amén. (*Responde la familia*).

¡Agradecida sea la Santísima Trinidad por todos los beneficios espirituales y temporales que nos ha hecho y nos hará hasta el fin de los siglos! Amén.

¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos den el perdón de todos nuestros pecados! Amén.

¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos den el pan nuestro de cada día, la paz de nuestras almas con la alegría y la salud, y a nuestros queridos difuntos el descanso eterno de la gloria! Amén.

Madre Inmaculada, alaba, agradece, intercede por nosotros. Amén.

Santo Angel de mi Guarda, San José, San Ignacio, agradeced mi Comunión y preparadme muchas y cada vez más santas Comuniones. Amén.

† Manuel González

N.º 381

¡Se la ganó!

Un chiquito, hermano de diez más, uno de los cuales se preparaba para su primera Comunión, no tenía durante la preparación de su hermano más palabra ni petición que ésta, expresada con zalamerías, lágrimas, caras serias y en todos los tonos conocidos.

—¡Yo quiero comulgar también!

—¡Si eres muy chico!, si no sabes lo que es eso ¡si es una cabezonada tuya! si...

—Pues yo quería comulgar, ¡ea!

Ese fué el diálogo repetido no sé cuántas veces en su casa con su pobre madre viuda, en la Parroquia con el Párroco, en el Colegio con su Maestro, en la plaza jugando con los chiquillos, más dichosos que él porque iban a comulgar o habían ya comulgado...

¡Cosa rara! en los días más próximos a la Fiesta de la 1.ª Comunión, nuestro Joseíto, que así se llama nuestro hambriento héroe, ya no decía una palabra de sus tan manifestados deseos; se contentaba con no perder la asistencia a los actos preparatorios y con llevar a toda hora su carita entre triste y contrariada.

Llega el día señalado... filas de niños y niñas con sus mejores trajes, sus lacitos blancos y sus manitas juntas se iban acercando al Comulgatorio a recibir la ansiada Comunión. ¿Y Joseíto? Lo había dejado la madre acostado por la sencilla y dura razón de tener que ataviar al hermano comulgante, casi del mismo tamaño que él, con la ropa y gala de los dos.

Y en efecto... colocados de rodillas ante el Comulgatorio y recibiendo ya su Comunión los niños, como traído por los aires, sin ruido ni violencia, aparece junto al que estaba comulgando, con su *babi* agujereado, sus alpargatas deshechas, su cara muy lavada, el mirar receloso y sus brazos muy cruzados ¡nuestro Joseíto!

El Sacerdote, que conocía la historia de sus deseos, se acerca, lo mira asombrado y con una espontánea exclamación de ¡te lo ganaste!, pone la Hostia chiquita sobre la trémula lengua del niño cuyos harapos y agujeros parecían despedir luces y claridades del cielo.

¡Se la ganó! era la palabra justa que definía aquella verdadera *conquista* de la primera Comunión.

Y certifico que fué tan de ley esta conquista que Joseíto en virtud de aquella y otras muchas comuniones ha venida a nuestro Seminario, en donde con un cuerpo de tres palmos ha aprendido su primer curso como un ¡gigante!

† M. González

N.ª 382

Hambre de Jesús de una primera comulgante

ESCENA 1.ª

En el Colegio de una buena maestra

Una chiquita de ojos vivos y centelleantes y de cara afilada decía uno de estos días a su maestra, que preparaba a sus alumnas para la primera Comunión:

—Señora Directora, dice mi mamá que no quiere que haga la primera Comunión.

—¿Tu mamá? ¿Pero tu mamá no es cristiana?

—Sí, señora, pero dice que, como no tengo traje blanco, que no puedo.

—¿El traje blanco? pero ¿qué importa? lo que hace falta es llevar blanquita el alma; el traje, con tal de que esté limpito, como sea.

—Pues eso le he dicho yo muchas, muchas veces... y ella ¡que no y que no! La niña rompe a llorar...

—Pobrecita, ¿por qué lloras?

(La niña, entre sollozos):

—Lloro... porque... yo tengo muchas... ganas... muchas... de recibir al Niño Jesús...

—¿Tanto lo quieres?

—¡La mar!

La niña corta de pronto el llanto y cambiándolo por una sonrisa, aún mojada por las lágrimas, exclama en tono de la más decidida convicción:

—Bueno, pues yo le digo a usted que tengo que comulgar pronto... ¡muy prontito!

—Y ¿por qué dices tú eso?

—¿Por qué? (besándole las manos con efusión y alborozo se despide diciéndole): ya lo verá V. ¡y qué prontito!

ESCENA 2.ª

Sala de niñas del Hospital Provincial

A los pocos días de la anterior conversación se encuentran en el Hospital, rodeando la camita de una niña recién operada, los padres y la Maestra. ¡Era la niña sin traje blanco! Demacrada aún por los sufrimientos de la enfermedad y por la operación en extremo delicada, pero rebosándole la alegría de sus ojillos vivos, coge con su manita derecha la de su madre y con la izquierda la de su maestra como para incorporarlas más hacia ella, y con cara inocentemente picaresca dice a las dos:

—Bueno, tengo que darles una noticia muy buena, muy buena..., y es que el Niño Jesús y yo nos salimos con la nuestra... con lo que queríamos... V. (dirigiéndose graciosamente a su madre) se empeñó en que si trajecito *pacá*, si trajecito *payá*: y yo fuí y me empeñé con el Niño Jesús en que tenía que comulgar, fuera como fuera... y mire V. cómo me ha hecho caso...; me puso malita para que me trajeran aquí y antes de la operación le dije a la Hermana si podía llamar al Padre Capellán, y vino y me confesé: y por la tarde me acordé de otra cosilla, y se lo dije a la Hermana, y vino otra vez el Padre, y al otro día ¡mi primera Comunión!... ¡Más rica!... ¡estuve tan a gusto! ¡casi no me enteré después de la operación y de todos los pinchazos que me han dado por ahí, por el cuerpo!

† M.González

N.º 383

Un delicioso examen de Primera Comunión

El examinando: seis años de edad, dos ojos celestes de Inmaculada de Murillo, cabellos rubios, casi blancos, de angelito de la gloria, vivacidad de pies, manos y ademanes como de azogue y uniforme de correcto marino.

El examen: No tengo que entretenerme en exordios y preparativos para quitar miedo e infundir confianza en el examinando porque se me acerca y me mira como antiguo camarada, con cara rebosante de ingenuidad y sin muestras de extrañeza:

—¿Tú te llamas...?

—Antoñito de tal y tal, para servir a Dios y a mi Obispo.

—¿Tú conoces al Niño Jesús?

Una risita y un gesto de condescendencia, como diciéndome: ¡qué cosas me pregunta!

—Y lo querrás mucho, ¿verdad?

—¿Que si lo quiero? ¡La mar! ¡la mar! ¡Es mi padre! ¡Es mi madre!

—El te quiere a ti también mucho.

Y con el aplomo de un viejo doctor me interrumpe.

—Imposible que El me quiera a mí como yo le quiero a él.

—¡Hombre! ¡hombre! es mucho decir. ¿Quién tiene el corazón más grande, el Niño Jesús o tú?

—El Niño Jesús.

—Como tú tienes el corazón más chico, aunque tú lo quieras con todo tu corazón, El te quiere muchísimo más, porque te quiere con su Corazón más grande que...

—Que la mar, y que el mundo y que tó... Y cambiado el tono y poniéndose triste, prosigue: lo que es una lástima es lo que han hecho con el Señor los judíos y nosotros cuando hemos sido malos.

—¿Pero qué le ha pasado al Señor?

—Pues que le han pegado, y lo han metido preso y lo han matado... ¡Pobrecillo! y mire usted, sin tener culpa ninguna... y se lo ha aguantado todo para que Dios no nos matara a nosotros ni nos mandara al infierno. ¡Es más bueno el Señor!

—Es verdad, es verdad, ¿y tú también quieres ser tan bueno como el Señor?

—¡Claro! lo que es que mire usted, algunas veces...

—¿Qué? ¿Te peleas un poquillo? ¿se te va el geniecillo?

Y con una cara entre picaresca y arrepentida replica:

—Sí, algunas vececillas... pero como me voy a confesar antes de mi primera Comunión, me voy a quedar muy limpio y blanquito y ya después no me voy a enfadar más ni *na*, y voy a estar más aguantado...

—Muy bien; oye: y en el mismo momento que te entre ahí, por la boquita el Niño Jesús, ¿qué le vas a decir?

—¡Ah! sí: Niño Jesús, que yo me muera antes de hacer pecados.

—Muy requetebién: entonces ¿hasta cuándo vas a tener ahí en tu corazón al Niño Jesús?

—¿Hasta cuándo? Hasta siempre porque en cuantito yo comulgue, ya no peco más y no tendrá que irse disgustado nunca... ¡cualquier diílla!

† M. González

N.º 384

Renovación de las Promesas del Santo Bautismo y Consagración a la Sma. Virgen

ADVERTENCIAS

—Si la ceremonia se hace privadamente, o con poca solemnidad, convendrá celebrarla por la mañana inmediatamente después de la Comunión, mas si la Renovación se hace solemnemente, será preferible tenerla en la función de la tarde, procurando que asistan también los familiares de los niños.

—Si las circunstancias del lugar lo permiten, la ceremonia de la Renovación tendrá lugar delante del baptisterio, para lo cual se pondrán alrededor los bancos necesarios.

—Tanto el baptisterio como el altar de la Virgen estarán adornados con colgaduras y flores.

—Si no pudiera celebrarse la ceremonia en torno al baptisterio, ésta tendrá lugar en el presbiterio. El altar mayor estará presidido por un gran Crucifijo. En el centro estará la concha de bautizar con agua de la pila bautismal, y a su lado las crismeras. El misal aparecerá abierto en el lado del evangelio.

—Si los niños de primera Comunión son numerosos, entrarán los últimos procesionalmente en la iglesia, ocupando un lugar de preferencia.

CEREMONIAL

La ceremonia solemne podría desarrollarse de esta manera:

Revestido el Párroco con capa pluvial blanca se arrodilla en medio del altar y entona el «Veni Creator», que prosigue el Coro (también puede semitonarse); terminada la oración, inciensa el misal y canta el

evangelio de la festividad de la Santísima Trinidad. (...«Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo»...). Acto seguido, si la ceremonia es en el baptisterio, se organiza la procesión con la cruz procesional; los niños van cantando el «Cristo vence».

Llegados al baptisterio, el sacerdote les dirige la palabra en estos o parecidos términos:

«Queridos niños: Hace algunos años, a los pocos días de nacer, vuestros padrinos os trajeron a la iglesia para que el sacerdote os bautizara...

Como entonces vosotros no podíais hablar, el sacerdote que os bautizó pidió a vuestros padrinos el consentimiento, y les preguntó si vosotros queríais ser cristianos y recibir la fe, y mediante ella, ir al cielo. Ellos respondieron de vuestra parte que sí.

Después, como condición para daros el bautismo, la fe y la vida eterna, les preguntó si en vuestro nombre, renunciaban a Satanás, a sus pompas y vanidades. Y ellos, de vuestra parte, respondieron que sí.

Preguntaba también a vuestros padrinos si creían en la fe católica, en Dios Padre, en Jesucristo Hijo de Dios, en el Espíritu Santo y en la Santa Iglesia. Y ellos también respondían, en nombre vuestro, que creían.

Y entonces os preguntaban, por fin: ¿Queréis ser bautizado? Y respondían vuestros padrinos por vosotros: Quiero.

Ahora ya sois mayores; ya entendéis estas preguntas; sabéis responder a ellas.

Y hoy, que habéis hecho la primera Comunión y entráis, como quien dice, en nueva vida cristiana, es conveniente que renovéis aquellas promesas y que, así como entonces vuestros padrinos respondieron por vosotros, así ahora vosotros, ante vuestros padres, padrinos y amigos, respondáis por vosotros mismos.

—¿Queréis renovar conmigo, ante nuestro Señor Jesucristo, las promesas que entonces hicisteis?—Sí, queremos.

—¿Queréis creer todo lo que cree la Santa Madre Iglesia?—Sí, queremos.

—¿Y para qué queréis tener esa fe de la Santa Iglesia?—Para alcanzar la vida eterna.

—¿Renunciáis a Satanás, el demonio, que os quiere apartar de Jesucristo? — Sí, renunciamos.

—¿Renunciáis a sus obras, es decir, a todos los pecados que él quiere que cometáis?—Sí renunciamos.

—¿Renunciáis a sus pompas y vanidades, es decir, a las diversiones y vanidades pecaminosas con que el mundo arrastra a los hombres al mal?—Sí, renunciamos.

—¡Ojalá que nunca el demonio logre engañaros, y que nunca el mundo os seduzca con sus placeres e ilusiones!

Ahora vais a hacer profesión solemne de vuestra fe:

—¿Creéis en Dios Padre, Todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra?—Sí, creemos.

—¿Creéis en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que nació de la Virgen y padeció por nosotros?—Sí, creemos.

—¿Creéis en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, en la Comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable?—Sí, creemos.

En prueba de esta fe, decid todos el Credo (*lo semitonan a coro y a compás*).

Terminado el Credo, los niños se van arrodillando sucesivamente en un reclinatorio, delante del cual habrá una mesa y encima de ella un Crucifijo y el libro de los Evangelios. De uno en uno, o de dos en dos, ponen la mano derecha extendida sobre el libro de los Evangelios y dicen:

«Renuncio a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y prometo seguir a Jesucristo por siempre jamás. Amén».

Besan la pila bautismal y vuelven a su sitio.

Acabada esta promesa, vuelve la procesión al altar mayor; los niños cantan de nuevo el «Cristo vence».

A continuación el sacerdote les habla brevemente sobre la perseverancia, en estos o parecidos términos:

«Conservad la inocencia que recibisteis en el bautismo, para que, con ella inmaculada, os presentéis ante el tribunal de Nuestro Señor Jesucristo, y de este modo recibáis la vida eterna.

Conservad encendida la luz de la gracia que recibisteis en el bautismo y guardad los mandamientos, para que, cuando el Señor venga, podáis salir a su encuentro con todos los santos, y gozar de Dios por los siglos de los siglos.

Para mayor seguridad de vuestros buenos propósitos y deseos, os vais a consagrar a la Santísima Virgen, diciendo:

«Oh Virgen Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra; en este día, en que por primera vez hemos recibido a vuestro Hijo Jesus en nuestros pechos, nos consagramos a Ti y nos ponemos en tus manos. Te rogamos, oh Virgen Santísima, que nos recibas bajo tu manto y protección, que nos tengas por hijos tuyos, que nos defiendas de todas las tentaciones y peligros de pecar y nos conserves en la fe cristiana y en el amor de Jesucristo, tu Hijo, con el cual reinas en el cielo y miras por nosotros. Amén.»

Los niños van pasando por delante del altar de la Virgen; después de besar el ramo de flores que llevan en la mano, símbolo de su inocencia, lo dejan reverentes a los pies de la Imagen. Pueden recitarse poesías.

N.º 385

Renovación de Promesas

Del cristiano la fe en el Bautismo
mis padrinos juraron por mí;
mas hoy vengo a jurarla yo mismo,
buen Jesús, tuyo soy, heme aquí:
yo lo juro, Señor, doyme a Ti.

De la Iglesia, mi Madre clemente,
que esta fe me enseñó a venerar,
yo prometo escuchar obediente
las verdades que vino a anunciar;
yo prometo su fe profesar.

Por la fe que profeso y venero,
si es preciso, mi sangre daré;
hay un Dios, sólo un Dios verdadero,
pero trino en Personas diré;
sí, lo creo, y por fe yo obraré.

Yo renuncio las pompas del mundo,
de la carne el espíritu vil;
Satanás, oh espíritu inhumano,
vete lejos del santo redil;
pues quebranto tu yugo servil.

Consúltese la sección general EUCARISTICAS

EUCARISTICAS

N.º 386

El culto a la Eucaristía y los niños

Queridos niños y respetable público:

La Iglesia ha creído siempre que en la Eucaristía están realmente presentes, aunque de una manera invisible y sobrenatural, el cuerpo y la sangre de Cristo, juntamente con el alma y la divinidad del Redentor. Por lo mismo ha tributado siempre al Santísimo Sacramento la suprema adoración de latría que le es debida. El Sacramento era adorado durante la celebración de la misa y también en el acto de comulgar. Consta por las catequesis antiguas que nadie comulgaba sin haber hecho profesión de su fe en la real presencia, y sin haber adorado el cuerpo del Señor. Pero en los primeros siglos no había costumbre de exponer el Santísimo Sacramento a la pública adoración de los fieles.

Se tributaba a la Eucaristía veneración profunda y sincera. Pero, por lo mismo, esa veneración era mucho más interior que exterior. Brotaba de lo íntimo del corazón, y por eso no necesitaba determinadas manifestaciones externas. Los cristianos acudían los domingos al templo a oír misa y a comulgar, y llevaban a sus casas en lienzos limpios el pan eucarístico para comulgar todas las mañanas, antes de tomar ningún alimento. En los viajes llevaban también el pan eucarístico para comulgar. El cuerpo del Señor era llevado a las cárceles para que comulgasen los confesores de la fe; lo llevaban de ordinario los sacerdotes o los diáconos, pero en ocasiones también lo llevaban los seglares y hasta los niños, como Tarsicio, el niño mártir del Sacramento.

Los niños, por consiguiente, aunque débiles y naturalmente ignorantes, fuimos admitidos al servicio de Jesus Sacramentado desde los tiempos primeros del Cristianismo. Nuestra sencillez y nuestra inocencia eran los títulos que la Iglesia veía en los niños cuando les confiaba las Especies sacramentales y les daba poder para llevar el Viático a las cárceles, con lo que ejercían funciones cuasi-sacerdotales en el culto de la Eucaristía.

Al celebrar los adorables misterios del Jueves Santo, la Iglesia hizo siempre conmemoración de la última cena, en la cual Jesús instituyó el sacramento de su divino amor. Pero el Jueves Santo no se considera la función de la Eucaristía, sino como un episodio de la Pasión. Es la Pasión el objeto principal de los cultos de Semana Santa.

Llegó el siglo XIII, siglo de grande y fecunda restauración cristiana, acaso el más glorioso para la Iglesia después de los cuatro primeros, y la Iglesia consideró necesario utilizar el culto eucarístico como poderoso elemento de vida sobrenatural. Por eso instituyó la fiesta del Corpus, la fiesta del Sacramento.

En el curso de los tiempos no nos hemos separado los niños de las solemnidades en honor del Sacramento de los altares. Se nos ha reservado el ministerio de ayudar a la Misa y servir al altar; son voces infantiles las que en los templos pequeñitos y en las inmensas catedrales suenan mezcladas con las voces de los sacerdotes; un niño está arrodillado junto al sacerdote, que consagra el pan y el vino, y cuando todo calla y se inclina reverente ante el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se elevan

pidiendo adoración, es la mano de un niño la que agita la campanilla como si le dijera: Dios está aquí, adorémosle. Sí, es la mano del niño... esa misma que sostiene muchas veces en la bandeja de la Comunión al mismo Dios Sacramentado.

En suma, la Iglesia, nuestra Madre, nos ha constituído en pajes del gran Rey eucarístico, haciendo de nuestra inocencia infantil como la atmósfera aromática que rodea a la custodia, al copón y al sagrario.

Queridos amigos míos, guardemos siempre puras estas manos que tan de cerca sirven a Dios; guardemos inocentes nuestras almas, para poder abrazar diariamente en la Eucaristía a aquel Divino Amigo que decía: «Dejad que los niños se acerquen a Mí.»

HE DICHO

N.º 387

Diálogos

I

1.º—Si a ti se te da en comida
Jesús, tú, ¿qué le darás?
2.º—(*Habla mirando al Sagrario*)
Te daré lo que me das,
que es darte mi propia vida.
1.º—Si te da panal de vida,
de la boca del león.
2.º—Te daré mi corazón,
y esperaré tu venida.
1.º—Y si la gracia cumplida
te diere, ¿qué le darás?
2.º—Que de mí no será más
tu Majestad ofendida.
1.º—Si en esta mesa sagrada
su carne y sangre te dió...
2.º—¡Oh Jesús, te entrego yo
la mía purificada!
1.º—Si pone en ti su mansión
y te está glorificando...
2.º—Yo estaré siempre alabando
al que está en mi corazón.
1.º—Si te da manjar de vida
para no morir jamás...
2.º—Yo andaré siempre a compás
de tu bondad sin medida.
1.º—Y si tu alma está unida
con Jesús, ¿qué sentirás?
2.º—Sentiré el bien que me das:
gozo, gracia y nueva vida.

II

1.º—Hola, zagalillo;
¿ves que blanco pan?
2.º—Muy blanco, mas dime,
¿por qué me lo dan?
1.º—Este Pan divino
que es nuestro sustento,
del cielo nos vino
por mantenimiento.
Llega y ten aliento,
y te lo darán.
2.º—Ya llego, mas dime,
¿por qué me lo dan?
1.º—Prepara tu plato,
la mesa está puesta;
lo dan tan barato,
que sólo amar cuesta.
Tuya es esta fiesta,
oh hijo de Adán.
2.º—Ya vengo, mas dime,
¿por qué me lo dan?
1.º—Si acaso quisieres
curar tus pesares,
si buscas placeres,
deja otros manjares.
¡Feliz tú si quieres
comer este Pan!
2.º—Ya quiero, mas dime,
¿por qué me lo dan?
1.º—Ya que El nos convida,
¿por qué no llegamos?
Tan buena comida
jamás la perdamos.
Vamos todos, vamos,
que a todos darán.
2.º—Ya vamos, mas dime,
¿por qué nos lo dan?
1.º—Porque con los niños
Jesús se recrea,
y nuestros cariños
y gracias desea.
¡Ven, y que El nos vea
pidiéndole Pan!
2.º—Jesús, estos niños
sus almas te dan.
1.º—Adiós, zagalillo;
¿ves que blanco Pan?
2.º—No es pan como el nuestro,
es Pan celestial,
y ahora ya entiendo
por qué me lo dan.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

(*con ligeras adaptaciones*)

N.º 388

Al Santo Sacramento

Gente liviana la que pone amores
en el polvo mortal de la criatura,
comed este bocado con fe pura
y aquí los hallaréis mucho mejores.
Los que buscáis privanzas y favores
y hacéis caudal del mundo y su locura,
aquí hallaréis la gloria y la ventura,
que no se pasa como esotra en flores.
Quien quisiere abundancias y riqueza,
aquí tendrá de Dios todo el tesoro;
quien quisiere beldad y gentileza,
aquí tendrá la del supremo oro;
y quien quisiere espléndida comida,
aquí hallará un bocado que da vida.

FR. LUIS DE LEON

*
* *

Si pan es lo que vemos, ¿cómo dura
sin que comiendo de él se nos acabe?
Si Dios, ¿cómo en el gusto a pan nos sabe?
¿Cómo de solo pan tiene figura?
Si pan, ¿cómo le adora la criatura?
Si Dios, ¿cómo en tan chico espacio cabe?
Si pan, ¿cómo por ciencia no se sabe?
Si Dios, ¿cómo lo come su hechura?
Si pan, ¿cómo nos harta siendo poco?
Si Dios es, ¿cómo puede ser partido?
Si pan, ¿cómo en el alma hace tanto?
Si Dios, ¿cómo le miro yo y le toco?
Si pan, ¿cómo del cielo ha descendido?
Si Dios, ¿cómo no muero yo de espanto?

FR. LUIS DE LEON

N.º 389

Misterio de amor

¿Qué misterio de amor reside en tí,
que, abandonado a tu divino afán,
del cielo, en forma de sagrado pan,
bajas, Señor, hasta llegar a mí?
¿Cómo tan gran prodigio merecí?
¿Dónde escritos los méritos están
en esta prole mísera de Adán
para encontrarse sustentada así?
Como la madre presta su calor,
y alimenta con sangre de su ser
al fruto, imagen de su casto amor,
de la misma manera tu poder
hace que pueda el hombre pecador
de su propia flaqueza renacer.

JOSE SELGAS

N.º 390

El Viático en trineo

Bajo la noche oscura
veloz, como el deseo,
recorre la llanura
un rápido trineo.
Por el hondo barranco
el perfil se adivina
del terrible oso blanco
que hacia el mar se encamina.
Dentro de sus cabañas
duermen los esquimales,
se encienden las montañas
en nimbos boreales.
Y, sobre el bosque helado
que el viento frío mueve,
en un llorar plateado
deslíese la nieve...
Veloz, como el deseo
bajo la noche oscura,
un rústico trineo
recorre la llanura.
El alegre ladrido
que a los perros anima
con el seco chasquido
de los látigos rima.
Cantan los cascabeles
su cantar lisonjero,
y hundido entre las pieles
medita el misionero.
Mientras su faz radiosa
sueña con un tesoro...
el Señor que reposa
en su cajita de oro.
Y, al paso raudo y breve
del trineo cristiano,
en un rosal de nieve
florece todo el llano.
Y el viento que solloza
en el bosque salvaje
a la mísera choza
lleva el dulce mensaje.
«¡Abre, pobre alaskeño,
tu pecho a la esperanza!
Ya tu divino Dueño
por la planicie avanza.
Su visión redentora
calmará tu agonía...
Ya se tiñe la aurora
con las lumbres del día».
Bajo la noche oscura,
veloz, como el deseo,
recorre la llanura
un rústico trineo.

J. J. PÉREZ ORMAZÁBAL, PBRO

N.º 391

« Dilectus meus mihi »

Ya toda me entregué y dí,
y de tal suerte he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.
Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado,
que mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.
Tiróme con una flecha
enarbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
yo ya no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.

STA. TERESA DE JESÚS

N.º 392

La vida del alma

Estáte, Señor, conmigo,
siempre, sin jamás partirte;
y cuando acordares irte,
allá me lleva contigo;
Que el pensar si te me irás
me causa un terrible miedo
de si yo sin Tí me quedo,
de si Tú sin mí te vas.
Llévame en tu compañía,
¡oh mi dulce y buen Jesús!
porque bien sé que eres Tú
la vida del alma mía.
Y si Tú no se la das,
cierto es que vivir no puedo,
ni si yo sin Tí me quedo,
ni si Tú sin mí te vas.
Por esto más que a la muerte
temo, Señor, tu partida
y quiero perder la vida
mil veces más que perderte.
Pues la inmortal que Tú das,
¡ay! ¿cómo alcanzarla puedo,
cuando yo sin Tí me quedo,
cuando Tú sin mí te vas?

FRAY DAMIÁN VEGAS

N.º 393

Alégrate, alma mía

Si en pan tan soberano
se recibe al que mide cielo y tierra;
si el Verbo, la Verdad, la Luz, la Vida
en este pan se encierra;
si Aquel por cuya mano
se rige el cielo es el que convida
con tan dulce comida
en tan alegre día,
¡oh cosa milagrosa!
convite y quien convida es una cosa,
alégrate, alma mía,
pues tienes en el suelo
tan blanco y lindo pan como en el cielo.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

N.º 394

Amor de Dios en la Eucaristía

Costumbre es del amante si se parte
dejar al que ama, en prenda señalada,
la prenda más querida y preciada
que acuerde su presencia, aunque se aparte.
Hoy, Dios, de esta manera y con tal arte,
al ausentarse de su Esposa amada,
le deja su cuerpo en forma consagrada
en toda todo y todo en cualquier parte.
¡Oh milagro tan digno de este nombre,
que al más agudo entendimiento y grave
deja confuso, atónito, espantado!
Viendo que sólo por amor del hombre,
Dios, que en el cielo ni en la tierra cabe,
así todo se encierra en un bocado.

FR. DIEGO MURILLO

N.º 395

A Jesús en la Eucaristía

No soy digno, Señor, de que tus plantas
que los cielos adoran,
los umbrales penetren donde tantas
iniquidades moran.
No soy digno, Señor, de que estos ciegos
ojos, que al suelo inclino,
la gloria gocen de los claros fuegos
de tu rostro divino.
No soy digno, Señor, de que a esa mesa
cuya hermosa blancura
a los ángeles santos embelesa,
llegue mi boca impura.

JOSE COLL Y VEHI

N.º 396

A María, antes de la Comunión

Madre, ruega por mí; ruega este día
para que, ardiendo en llamas celestiales,
se acerque a recibir el alma mía
el angélico Pan que Dios envía
para alivio y sostén de los mortales.
Mi indignidad, mi pequeñez, mi nada,
de confusión me llenan y de espanto:
que un Dios, el Hijo tuyo, Madre amada,
tendrá en mi pobre corazón morada;
¡un corazón que le ofendiera tanto!
Pero ¿qué hacer, si del manjar divino
huye el alma raquítica, medrosa?
¿Dónde encontrar sustento el peregrino
para no fallecer en el camino
que conduce a la patria venturosa?
Ruega, Madre, por mí; ruega este día
para que, ardiendo en llamas celestiales,
se acerque a recibir el alma mía
el angélico Pan que Dios envía
nacido en tus entrañas virginales.

M. Sánchez de Castro

N.º 397

Mi oración al Padre

(*De rodillas después de comulgar*)

«Todo lo que pidiéreis en mi nombre
mi Padre os lo dará».
Así dijo el Maestro a sus amigos
la noche en que les dió de comulgar.
. . . . . .
En nombre de tu Hijo muy amado
¡oh Padre celestial!
hoy yo quiero pedirte grandes cosas,
cosas grandes que tú me puedes dar.
Te pido que me hagas sacerdote,
quiero, Padre, ofrecerte en el altar
la hostia inmaculada
que expíe mi maldad.
Te pido que me hagas misionero,
quiero, Padre, llevar felicidad
a tantos hijos pródigos
que yacen en el mal.
Yo te pido... ser mártir de tu Hijo
¡oh Padre celestial!
cosas grandes te pido
pero Tú cosas grandes sabes dar.
. . . . . .
«Todo lo que pidiéreis en mi nombre
mi Padre os lo dará».

Mar S. J.

N.º 398

¿Abandonado?

Aquí estoy en un rincón
de este pequeño Sagrario,
donde late solitario
mi encendido corazón.
¿No es triste bajar del cielo
para daros mi cariño
y no hallar siquiera un niño
que venga a darme consuelo?
Almas que así me tratáis,
mirad bien cuán solo estoy;
y mirad que si me voy
sin Jesucristo os quedáis.
Soy el Amor. La hermosura
de mi cuerpo y de mi alma
nunca cederá la palma
a la humana criatura.
Que, al mirar objetos bellos,
sólo verán vuestros ojos,
de mi hermosura despojos
de mi belleza destellos.
Yo pinto en la transparencia
de los ojos de los niños,
esa flor de mis cariños
que es la flor de la inocencia.
Prendo el fuego del amor
en los pechos juveniles:
y con mis dedos sutiles
cuelgo en su frente el pudor.
Yo, con mis manos modelo
el corazón maternal;
y en él abro manantial
del amor y del desvelo.
Y yo, al anciano prudente
que ya la edad desmorona,
le ciño regia corona
de autoridad en la frente.
Soy, con sola mi figura
el modelo soberano;
y yo imprimo, por mi mano,
en los seres mi hermosura.
No hay belleza ni esplendor
que no se halle en mi belleza;
ni cariño ni terneza
que no se encierre en mi amor.
Por vosotros di mi vida;
muerto, me abrieron el pecho;
y aquí estoy, aquí estoy hecho
vuestro manjar y bebida.
Aquí estoy, en el rincón
de este pequeño Sagrario,
donde late solitario
mi encendido corazón.

Patente de par en par
la puerta está de mi casa,
¿por qué, pues, la gente pasa
sin que me quiera mirar?
¿No es triste bajar del cielo
para daros mi cariño,
y no hallar siquiera un niño
que venga a darme consuelo?
¿Hermosura, amor queréis?
amor y hermosura soy.
Venid, que ya no me voy
porque sin Dios no os quedéis.

FAFAEL LETURIA, S. J.

N.º 399

Ofrenda y petición

Jesús, aunque no merezco
que Tú escuches mi gemido,
hoy que a mi pecho has venido
recibe lo que te ofrezco
y dame lo que te pido.
Yo te ofrezco mi memoria
para acordarme de Tí;
mi voluntad para amarte
y quererte hasta morir;
mis labios para que aprendan
a cantarte y sonreir;
mi lengua para que nunca
diga una palabra vil;
mis manos para que siempre
a Tí te sepan servir;
mis sentidos, mis potencias,
todo lo que has puesto en mí.
Todo te lo doy. Rey mío,
y te pido antes de morir
y antes sufrir mil martirios
que separarme de Tí.
Esto es lo que yo te doy
y esto es lo que yo te pido
¡oh Dueño mío querido,
que de mí has hecho hoy
tu paraíso escogido!
Y aunque sé que no merezco
que Tú escuches mi gemido,
sé que me das lo pido
y tomas lo que te ofrezco,
porque hoy a mi alma has venido.

DE BROMA Y DE VERAS

N.º 400

Antes de la Comunión

A tus sagrados altares
humilde y postrado llego,
aunque indigno, a recibirte,
soberano Rey del cielo.
Tu Majestad infinita
adoro y tu ser inmenso,
por Dios, en tan pequeño espacio
encogido y encubierto.
El cielo aun no merecía
le tuvieras por asiento;
¡cuánto más yo, vil gusano,
de tantas maldades lleno!
¡Qué tarde te conocí,
y después cuán sin respeto
a tu bondad y favores
te he dejado, aleve siervo!
Suplícote que no mires
las traiciones que te he hecho,
pues, por más que yo sea malo,
Tú, Señor, eres más bueno ...
Bien ves mis enfermedades,
tan graves que de ellas muero;
de todas puedes sanarme
solamente con quererlo.
En sus manjares el mundo
a comer me da veneno
envuelto en tristes dulzuras
de deleites halagüeños.
Vos, Señor, con vuestra carne
apacentáis a los vuestros;
que es manjar de eterna vida,
contra todo mal remedio.
¿Qué no esperaré de Vos
que tanto por mí habéis hecho?
El que me ha dado lo más,
también me dará lo menos.
Toda la riqueza sois
cuanta Dios tiene en su seno:
remediad a esta pobre alma,
pues nada perdéis en ello.
Ya me acerco a recibiros,
aunque no sin temor quedo,
conociendo quién yo soy,
y que Vos sois Dios inmenso.
No llegaré sin padrinos,
y pues los tengo tan ciertos,
en vuestra Madre y mis santos,
su favor les pido luego.
¡Oh, si la preparación
tuviera, amor y deseos
con que más os agradaron
los que bien os recibieron!
Por alcanzar su pureza
tendré a raya con desvelo
mis mal guardados sentidos
para mi daño ligeros.
Porque en el recato mío,
está puesto mi remedio,
dadme que me venza a mí,
victoria que más deseo.

Quedáis en quien os recibe,
y él también queda en Vos mesmo;
quedemos desde hoy en uno,
sed Vos mío, y sea yo vuestro.
Ni en mi corazón jamás
otro sino Vos, su dueño,
ha de entrar: mi dicha es toda
ser vuestro siglos eternos.

PEDRO DE ORTEGA

N.º 401

Después de la Comunión

Pues a la mesa de Dios
hoy he sido recibido,
y al que es incomprensible
en mi corto pecho ciño;
al Creador del universo,
del que tiemblan los abismos,
al que obedecen los mares,
el que alegra el cielo empíreo:
¿cómo en mí puedo caber
de contento, regocijo,
pues una merced tan grande
se ha hecho al que es tan indigno,
a mí, un pecador ingrato,
menor que vil gusanillo,
un muladar de maldades
más vil que el pecado mismo?
¿Y en tan inmunda morada
es posible, blanco armiño,
que no tuviste horror
de entrar, siendo Vos tan limpio?
¡Oh qué día tan dichoso
éste para mí, cautivo,
en que libertad me dais
y me tratáis como hijo!
¿Quién tuviera cien mil lenguas
y voz de inmortal sonido
para alabaros, mi Dios,
por innumerables siglos?
A los que en el cielo gozan
mis faltas suplan les pido,
y a todas las criaturas
que os engrandezcan conmigo.
Cielos, sol, luna y estrellas,
campos, montes, selvas, riscos,
cuanto el universo encierra
cantad a Dios dulces himnos.
¡Oh, si en mi alma cupieran
pensamientos infinitos,
y en igual número amores,
de Vos, cual fuego encendido!
Ya que no los tengo lloro,
mi pecho y corazón frío,
más que el hielo y duro hierro,
que a tal fuego no me rindo.
Como tórtola y paloma,
con entrañables gemidos,
ahora he de lamentar
por mis enormes delitos.
¡Oh, si del todo arrancase
mis innumerables vicios,
astutos, engañadores,
que me llevan al cuchillo!
Libro nuevo y vida nueva,
basta ya lo mal vivido;
hoy comienzo a sujetar
mis perversos apetitos.
Sólo Vos en mi memoria
viviréis, Tesoro mío,
mi Creador y Redentor,
cuyo soy y por quien vivo.
Pues me regaláis, Señor,
con un manjar tan divino,
que es la riqueza del cielo,
regalo del paraíso.
¡Oh, quién os diera en retorno
el plato sabroso y rico
de un corazón apartado
de aficiones de este siglo!
¡Qué poquedades me arrastran
y llevan al bien fingido,
dejando a Vos, verdadero
bien, de todo bien abismo!
Que sois bien inconmutable,
y tanto mi desatino,
que por una paja os trueco:
esto no cabe en juicio.
Sois mi bienaventuranza;
con sólo Vos estoy rico,
y sin Vos quedo el más pobre
que jamás el mundo ha visto.
El amaros me enriquece
con haberes infinitos.
¡Cuán poco os amo, mi Dios!
Encended mi pecho frío.
Si la hermosura me llena,
Vos sois de toda el principio,
y el ver vuestra hermosa cara
es gloria del paraíso.
No hay que comparar con Vos:
sobre todo seáis querido
de todos los corazones,
siempre será vuestro el mío.
Y pues ha sido hoy sagrario
vuestro, conservadle limpio
para siempre, y defended
la entrada del enemigo.
Que por haber hospedado
a tal Rey, yo, vil mendigo,
tal don he de recibir:
¿quién de Vos fué despedido?

PEDRO DE ORTEGA

N.º 402

El mártir de la Eucaristía

Preparado ya el Pan sacrosanto, el sacerdote que oficiaba tendió una mirada por los congregados para calcular quién con más seguridad podría encargarse de aquel supremo y peligroso deber; y antes que otro alguno hubiese podido adelantarse, ya estaba de rodillas a sus pies el jovencito acólito Tarsicio, que, mudo e inmóvil, pero con las manos extendidas en actitud de recibir el sagrado depósito y animado su rostro por una expresión de angelical inocencia, parecía implorar la gracia de que se le diese la preferencia.

—Eres aún demasiado niño, hijo mío—le dijo el buen sacerdote, conmovido por el hermoso cuadro que ante sí tenía...

—Padre mío—contestó Tarsicio—, mis pocos años serán mi salvaguardia. ¡No me neguéis tan insigne honor!

Al decir esto brillaban las lágrimas en los ojos del niño y una modesta emoción tiñó de púrpura sus mejillas. Alargando más y más los brazos hacia el sacerdote, mostraba tan fervoroso anhelo, que no era posible resistirle más tiempo. El celebrante tomó, pues, el divino Sacramento, lo envolvió cuidadosamente en un blanco lienzo, y éste en otro, y lo puso en las manos de Tarsicio diciéndole:

—No olvides, hijo mío, que es un tesoro celestial el que confiamos a tu débil custodia. Evita en tu camino los lugares públicos, y ten presente que las cosas santas no deben ser pasto de los perros, ni las margaritas echadas a los cerdos. Dime, ¿guardarás con fidelidad estos dones sagrados de Dios?

—¡Moriré antes que entregarlos! —respondió el piadoso acólito ocultando en su pecho, debajo de la túnica, el celestial depósito.

Después de hacer una respetuosa reverencia al sacerdote, dirigióse Tarsicio a cumplir su misión. Con una gravedad de continente superior a sus años atravesaba con paso firme y acelerado las calles de la ciudad, poniendo su atención en evitar, así las muy concurridas, como las demasiado solitarias.

Al acercarse con los brazos cruzados sobre el pecho a la puerta de un magnífico palacio, vióle venir su dueña, señora rica y sin hijos; y tanto se prendó de su belleza y dulce expresión, que, saliéndole al paso le dijo:

—Detente un momento, querido niño: ¿quieres decirme cómo te llamas y dónde viven tus padres?

—Me llamo Tarsicio—respondió alzando los ojos y sonriendo dulcemente—; no tengo padres ni otra morada en este mundo que un lugar cuyo nombre acaso no oiríais con agrado.

—Entra en mi casa y descansarás un poco. Deseo hablar contigo... ¡Ah!, ¡qué dicha la mía si tuviese un hijo como tú!

—Ahora no puedo, señora. Debo cumplir una obligación sagrada sin detenerme un instante.

—Siendo así, prométeme que vendrás mañana. Esta es mi casa, y aquí te esperaré.

—Si vivo, procuraré complaceros —contestó el jovencito con tal inspiración en la mirada, que aquella dama creyó ver en él un mensajero descendido de las esferas celestes.

Siguióle con la vista, y después de algunas vacilaciones, se determinó a seguirle. Al poco rato oyó la dama desaforadas voces de un tumulto, que la obligaron a detenerse, hasta que, apaciguadas del todo, prosiguió de nuevo su camino.

Mientras tanto, Tarsicio, con el pensamiento ocupado en algo más alto que la herencia de una opulenta matrona, seguía andando con acelerado paso en dirección de la cárcel Mamertina, de la cual separábale sólo una gran plaza, en la que una caterva de muchachos salidos de una escuela vecina se disponían a jugar moviendo algazara.

—Falta uno para estar completos —dijo el que parecía capitanearlos— ¿En dónde le encontraremos?

—¡Bravo!—gritó otro—; ahí viene Tarsicio, a quien no he visto hace

un siglo: buen compañero y muy hábil en toda clase de juegos... Ven acá, Tarsicio (y le asió de un brazo): ¿a dónde vas tan de prisa? Has de jugar un ratito con nosotros.

—Ahora no puedo, Petilio; de veras que no puedo. Voy a una diligencia muy importante.

—Ya irás luego.

—Pero...

—¡No hay pero que valga!—gritó deteniéndole el otro que era un mocito robusto y fanfarrón—. Necesitamos de ti; ven, y no seas terco ni me des un desaire, pues no he de consentirlo.

—Dejadme seguir mi camino—dijo el pobre Tarsicio con acento suplicante—; os lo ruego.

—No lo esperes... Pero, ¡calle! ¿qué llevas escondido en el pecho con tanto misterio?... ¡Mirad, mirad cómo aprieta los brazos! Hemos de ver qué es ello. ¿Tal vez una carta? ¡Oh!, no va a perderse porque tarde media hora en llegar a su destino. Dámela y te la guardaré en sitio seguro mientras jugamos.

Y así diciendo llevó la mano al pecho de Tarsicio con ademán de registrarlo.

—¡Jamás, jamás!—exclamó éste levantando su mirada al cielo.

—Pues yo he de ver qué secretos son esos—insistió bruscamente el otro.

Y principió a forcejear para separarle los brazos.

En esto comenzaron a verse rodeados de curiosos que deseaban enterarse del motivo de aquella contienda, pero sólo vieron a un muchacho que cruzado de brazos parecía estar dotado de una fuerza sobrenatural, según resistía los esfuerzos de otro mayor y más robusto que se obstinaba en hacerle descubrir lo que llevaba en el pecho. Pescozones, puntapiés, violencias de todo género, nada podían contra la heroica firmeza y constancia de aquella pobre víctima, que lo sufría todo sin exhalar una sola queja, concentrando todos sus esfuerzos en defender y proteger el sagrado depósito que con tanta cautela se le había confiado.

—¿Qué será?, ¿qué no será?—preguntábanse los circunstantes, a tiempo que acertó a pasar por allí Fulvio, quien, acercándose al coro para enterarse de aquel tumulto, reconoció en seguida a Tarsicio por haberle visto en la ordenación de diciembre: y, como al reparar en su elegante porte le dirigiesen las mismas preguntas, respondió en tono despreciativo y volviendo la espalda:

—¿Qué ha de ser? Un asno cristiano que lleva los misterios.

No fué menester que dijera más.

Fulvio desdeñaba una presa para él tan insignificante; pero, cruel y maligno como era, estaba convencido del efecto que producirían sus palabras. Sabía perfectamente que, excitaba la idolátrica curiosidad de los romanos sedientos de sangre cristiana, no cejarían hasta conocer aquellos misterios y satisfacer su ansia de ultrajarlos. Así fué que, al momento, se alzó un grito unánime y amenazador exigiendo a Tarsicio que mostrase lo que llevaba escondido.

—¡Jamás, jamás!-repetía el niño-¡primero moriré!

Un hombrón le descargó, entonces, en la cabeza tan terrible puñetazo que le dejó aturdido y le hizo manar sangre por la boca y la nariz. A dicho golpe siguieron otros que le derribaron en tierra sin sentido, pero con los brazos siempre cruzados sobre el pecho. Arrojóse a él la despiadada turba, e iban ya a conseguir su intento cuando de repente comienzan a verse lanzados con ímpetu irresistible unos a la derecha, y otros a la izquierda, otros derribados por un terrible manotazo, y otros, en fin, dando volteretas por el aire, mientras los restantes, apelando a sus piernas, dispersábanse al ver un soldado de talla atlética, autor de aquel zafarrancho. Despejada la plaza, arrodillóse junto a la víctima, y con el rostro bañado en lágrimas incorporó al moribundo niño con el mismo cuidado y ternura que una madre, preguntándole con cariñoso acento:

—¿Sufres mucho, Tarsicio?

—No pases cuidado por mí, Cuadrado—respondió el niño abriendo los ojos y sonriendo como un ángel—Llevo los divinos Misterios..., cuida tú de ellos.

Levántolo en sus brazos el soldado con doble respeto, como que llevaba en ellos, no sólo a la tierna víctima de un heroico sacrificio, al generoso niño que acababa de conquistar la palma del martirio, sino también al mismo Rey y Señor de los Mártires, a la divina Víctima inmolada por la redención del linaje humano. El niño descansaba confiadamente la cabeza en los hombros del centurión, pero sus brazos manteníanse apretados contra el pecho. Cuadrado parecía no sentir el peso de tan preciosa carga, y con ella siguió caminando con seguro paso, hasta que al volver una esquina encontróse con una dama que, mirándole de hito en hito y como espantada, se le acercó, y al reconocer al niño exclamó horrorizada:

—¿Es posible? ¿Es ése Tarsicio, el niño tan bello y gracioso con quien hablé hace poco en frente de mi casa? ¿Quién le ha desfigurado así?

—Señora—respondió Cuadrado—, le han asesinado porque era cristiano.

Conmovida la matrona, quedóse contemplando el rostro de Tarsicio; éste abrió los ojos y los clavó en ella, sonrióse y expiró.

De aquella mirada debió de salir un rayo vivísimo de fe divina, pues la noble matrona no tardó en abrazar la Religión de Cristo.

Cuando el venerable Dionisio separó los brazos de Tarsicio, al descubrir intacto e inviolado en aquel pecho el depósito glorioso, el Santo de los Santos, no pudo reprimir las lágrimas ni ahogar sus sollozos. Ahora que dormía el sueño de los Mártires, le pareció que el hermoso y agraciado niño se asemejaba todavía más a un ángel que cuando una hora antes respiraba lleno de vida. El mismo Cuadrado lo llevó al cementerio de Calixto, en donde fué sepultado en medio de la admiración de otras muchas personas más antiguas en la fe, que no se cansaban de contemplarle.

CARDENAL WISEMAN.—*Fabiola*

Consúltese el N.° 365

N.° 403

Locura de amor

Ego sum vermis (*Ps. XXI*, 7)

Toda la corte está llena
de profunda admiración,
porque siente amor el Príncipe,
—¡una locura de amor!—
por un pobre gusanillo
que a lo lejos divisó,
¡por un pobre gusanillo,
todo miseria y hedor!
—¿Qué hallará el Rey en el mundo
que en su palacio no halló?—
preguntan los cortesanos
absortos de admiración.

Mas el Rey baja del trono,
enloquecido de amor,
y se quita la corona
que fulgura como un sol.
Sus vestiduras reales
trueca por las de pastor,
para que así al gusanillo
no le causen turbación
la majestad del Monarca,
su gloria, ni su esplendor...
Y de su espléndido alcázar
a los campos se lanzó,
saltándole como un pájaro
enjaulado, el corazón...

Apenas de cerca el Rey
al pobre gusano vió,
derrítense sus entrañas
de ternura y de dolor,
coge con sus finas manos,
—cual si cogiese una flor—
al gusano moribundo
y de la tierra lo alzó,
como un padre alza a su niño,
llevándole al corazón...

Ya el Príncipe al gusanillo
hace caricias de amor;
ya le va limpiando el polvo
que del campo recogió;
ora le va restañando
llagas... en putrefacción...;
ora le va inoculando
savia de eterno vigor.
Y aun más: el Rey adorable
en su locura de amor,
por salvar al gusanillo
¡¡su Carne y su Sangre dió!!

....

¡Yo soy, yo soy el gusano
que manaba corrupción!
¡Y tú, Señor, Rey del Cielo,
en un delirio de amor,
me has dado tu carne y sangre,
en la santa comunión!

FR. FULGENCIO M.ª DE ECIJA

N.º 404

Monólogo

¡Oh, la bondad de mi Dios,
que hasta hacerse pan se abaja,
por servirme de alimento
en esta larga jornada!...
¡Jesús bueno, yo te adoro
ahí presente en la Hostia Santa!
¡Creo que he de recibir
a Dios mismo aquí en mi alma:
al Dios que me redimió
e hizo el mundo de la nada;
al que por mí murió en cruz
y tiritó entre unas pajas!...
Hoy recibiré a Jesús
fuente de vida y de gracia.
¡Os amo, Jesús, os amo,
llegad pronto a mi morada,
que ardo en deseos ardientes
de ver mi alma endiosada!
Pero ¡ay! mis pecados dicen
que no merezco esta gracia.
¡Señor, sé que no soy digno,
mas decid una palabra
y este pobrecito enfermo
al punto sano quedara!...
¡Angel, divina María,
venid a adornar mi casa,
porque se acerca mi Dios
y es muy pobre la posada!...
. . . . . .
Ya mi Jesús descendió
a la Hostia consagrada:
ya oculta entre las especies
el fulgor de su mirada;
la Divinidad se esconde
en la Hostia pura y blanca,
que servirá de alimento
a mi pobrecita alma.
¡Jesús bueno, yo te adoro
ahí presente en la Hostia Santa!
¡Os amo, Jesús, os amo,
llegad pronto a mi morada,
que esta almita pecadora
quede en Jesús transformada!
¡Oh! ¡Qué dulce es el destierro
con tan sabrosa vianda!
¡Llegad, Jesús de mi vida,
llegaos pronto a mi alma!

A. HIDALGO

N.º 405

La Eucaristía

¡Fué un milagro de amor...! Una noche
Jesús, en silencio,
sobre el alma del hombre inclinado,
con inmensa ternura y respeto,
sus tristezas contó una por una,
sondeó su inefable misterio,
sorprendió sus combates oscuros,
recogió sus gemidos más tiernos,
miró sus nostalgias,
sintió sus esfuerzos,
midió sus grandezas,
pulsó sus deseos,
y en el fondo encontró un ansia ardiente
de goces eternos,
una sed de infinito insaciable,
un vacío de Dios, grande, inmenso.
La tierra dormía;
la luna, a lo lejos
derramando su luz melancólica,
plateaba los muros del templo,
rodeaba de un muro argentado
los oscuros cipreses del huerto,
y en las aguas temblando, trazaban
luminosos movibles senderos.
En la paz de la noche, el Divino
Jesús Nazareno
abrasarse sintió sus entrañas
con un fuego de amor todo nuevo.
Los húmedos ojos
alzó al firmamento,
tachonado de hermosas estrellas
como flores de luz de los cielos:
resplandores de gloria bañaron
su rostro sereno,
y en dulce plegaria
sus labios se abrieron.
Al poder, demandó sus grandezas;
al amor, le pidió sus excesos;
a la ciencia de Dios, sus tesoros;
a la eterna piedad, sus portentos;
a los cielos, sus hondos arcanos;
a la tierra, sus grandes secretos;
al ángel, sonrisas;
al alma, sosiegos;
de la nieve a los ampos, blancuras;
de la noche a los astros, destellos;
y en sus manos divinas tomando
de pan un fragmento:
Este es—dijo—*mi Cuerpo*... Comedlo.
Pan de vida soy yo, Pan angélico.
¡Ya está Dios con nosotros...! Ya ha [hallado
su inmenso amor, medio
de habitar con el hombre en la tierra
hasta el término y fin de los tiempos!

Del sagrario en la cárcel cautivo;
del santuario en el místico encierro,
el amor le forjó las cadenas
en que vive de amor prisionero.
¡Ha triunfado el Amor en la tierra . !
Entre blancos cendales envuelto,
bajo especies de pan escondido,
invisible tras místicos velos,
el Rey de la gloria,
de Dios vivo el Verbo,
el que soles levanta a su paso,
el que pisa radiantes luceros,
el que en manto de nubes se envuelve,
vibra el rayo y por voz tiene el trueno,
al que siven de alfombras los mares,
de peana los montes excelsos,
de incensario las nítidas flores
y de arpas los cedros;
el Dios infinito,
el Dios verdadero,
con nosotros convive en la tierra,
con nosotros comparte el destierro,
y en humilde Sagrario encerrado,
es por siglos sin fin... ¡todo nuestro!

*
* *

¡Hostia santa y bendita, que en triunfo,
bajo el palio de luz de los cielos,
de rodillas los mundos te adoran!
Este pueblo español, que es tu pueblo,
tu poeta, tu heraldo, tu apóstol,
tu esclavo perpetuo,
de flores sembrando
tus caminos triunfales y regios,
si un Sagrario viviente deseas,
por sagrario te ofrece su pecho.

NORBERTO TORCAL

N.º 406

El Cruzado Eucarístico

Soy un niño, pero soy
Cruzado de Jesucristo
que corazones conquisto
por donde quiera que voy.
Si alguien me busca, aquí estoy
dispuesto a entrar en pelea,
porque esta gigante idea
que me empuja hasta el combate,
con fuerza en mi pecho late
y en mis ojos centellea.

No digáis que es gallardía;
estas palabras de niño
son expresión del cariño
hacia el Rey del alma mía.
No olvidaré nunca el día
en que por tal le juré;
y aunque luchar aún no sé
e ignoro lo que es sufrir,
si por Cristo hay que morir,
por El mi sangre daré.

Yo de mi estirpe haré alarde,
la cruz va escrita en mi frente;
si ostentarla es de valiente,
ocultarla es de cobarde.
Llegar siempre al campo tarde...
o al primer grito de alerta
correr a casa, y la puerta
por dentro y fuerte atrancar...
eso no; quiero luchar
siempre a cara descubierta.

Sí; descubierta la cara,
yo a mi Rey adoraré;
con los ojos de mi fe
le buscaré sobre el ara;
y, aunque en un velo se ampara
que haciendo mil maravillas
oculta de sus mejillas
el divino resplandor,
junto al altar, con amor
le tomaré de rodillas.

Con Cristo estoy satisfecho;
no quiero más; su pureza,
su gracia, su fortaleza,
prenderán fuego a mi pecho.
Y en este recinto estrecho,
mi cuerpo a su Cuerpo unido,
y mi querer trasfundido
en su divino querer,
comenzaré a renacer
en nuevo ser convertido.

¿Os admira que así le ame?
Si Cristo su sangre dió
por mí, no es mucho que yo
por El mi sangre derrame.
Que si existe algún infame
que habiendo un día jurado
su bandera, ha renegado
de Cristo, por puro miedo,
yo moriré con denuedo
yo moriré con denuedo
siendo siempre su *Cruzado*.

RAFAEL LETURIA, S. J.

N.º 407

Después de la Comunión

Ya has venido, Jesús mío,
a mi pobre corazón;
y a tu presencia, el hastío
y el desconsuelo sombrío
huyeron con la aflicción.

Ya discurre por mis venas
tu sangre, para mi bien;
ya se acabaron mis penas,
¡oh! tú de las almas buenas
la alegría y el sostén.

Deja, pues, que arrebatado
de júbilo y santo amor,
a tus plantas reclinado
yo te ofrezca enamorado
cuanto tengo de valor.

Recibe, mi Dios bendito,
alma, vida y corazón;
este corazón contrito,
que con amor infinito
hoy te rinde adoración.

Te ofrezco mis alegrías,
mis dolores, mi existir,
mis oraciones, mis días,
mis lágrimas y agonías
hasta que llegue a morir.

Me ofrezco a Ti resignado
para siempre padecer,
para vivir desolado,
afligido y olvidado,
sin consuelo ni placer.

Si quieres que venturoso
viva sin duelo, mi Dios,
quiero también ser dichoso
porque, risueño o lloroso,
sólo de Ti voy en pos.

Dame angustias o consuelo,
enfermedad o salud,
pues tuyo soy, Rey del cielo;
me importa poco en el suelo
tener gozos o inquietud.

Y, aunque la vida sin verte
es mi tormento mayor,
des que llegué a conocerte,
ya no te pido la muerte,
sólo te pido tu amor.

Sólo quiero lo que quieres,
vine de Ti y a Ti voy,
mi supremo fin Tú eres
y, entre angustias y placeres,
tu esclavo rendido soy.

N.º 408

Comunión solemne de campaña

Venid, angelitos, que el alba clarea.
Una brisa tibia la ciudad orea,
y entre blancas gasas el sol curiosea.
Ya vienen al ritmo de su grácil talle;
ya vienen, ya vienen por la larga calle,
como riachuelos que cruzan el valle.
La gente, por verlos, se asoma a las rejas;
y pasan cual áureos enjambres de abejas,
como rebañito de mansas ovejas.
Unos, cual palomas, pasan voladores,
y muestran insignias de varios colores;
otros van cantando como ruiseñores
Jesús los ha oído y ha salido fuera.
Preparó el banquete, y allí los espera.
¡Cuántos angelitos van por vez primera
Ya llegan, ya llegan... Son mil, son diez mil.
Parecen los cuadros de hermoso pensil.
¡Qué bella es, Dios mío, tu corte infantil!
Una campanita vierte en el ambiente
sus notas de plata... Reverentemente
se hieren los pechos, se humilla la frente.
Jesús eucarístico sonríe a los niños.
¡Venid! El no exige costosos aliños,
tan sólo pureza, ternura, cariños.
¡Todos en sus puestos! Que el mismo Señor
venir quiere a daros el beso de amor,
como va el rocío del cielo a la flor.
Y por el angosto, florido sendero
del jardín viviente, cruza placentero
besando sus flores el fiel jardinero.
¡Ah! cuando el airado viento de la vida
disperse del huerto la pompa florida,
de estas flores puras ¿cuál será el destino?
Haced, oh Dios mío, que el erial del mundo
lo engalanen ellos, lo tornen fecundo,
y el ambiente llenen de aroma divino.

RICARDO J. VILLOSLADA, S. J.

N.º 409

La mañana feliz

¡Día de Comunión, día de cielo,
venturosa mañana,
como ninguna alegre
como ninguna santa,
llena de luz, perfumes y armonías,
de promesas divinas saturada!
¡Con qué férvido anhelo,
con qué impacientes ansias,
con qué volcán de afectos encendidos
mi corazón te aguarda!

¡Qué prolijas las horas se me hacen!
la noche ¡ay, qué larga!
¡Qué martirio es estar por tanto tiempo
lejos del dulce imán de nuestras almas!
¡Cómo envidio a las flores
que en torno del Copón dan su fragancia!
¡Cómo envidio a las velas que le alum-
¡Y aquella feliz lámpara [bran!
que día y noche con su luz suavísima
la puertecilla del Sagrario baña!
Como aquella Condesa celebérrima,
del Amor locamente enamorada,
¡quién junto al Tabernáculo
tener pudiera su modesta estancia!

Antes que llame el sol a mis cristales,
salto del lecho, y con ligera planta,
como busca el galán enamorado
las rejas de su dama,
tal busco yo la puerta, Jesús mío,
de tu cárcel sagrada.
Y ¡oh! ¡qué inefables éxtasis
entonces me embriagan,
mientras llega el momento venturoso
de tu real visita suspirada!

N.º 410

Corpus Christi

Las mieses ven pasar en lejanía
la Procesión...
Se estremecen pensando en aquel día
cuando asuma su ser tu Eucaristía...
Jesús escucha su oración.

Bajo el palio bordado, entre joyeles,
brilla el viril.
Hay fuego en mano y alma de los fieles;
mil pétalos de rosas y claveles
van cayendo en lluvia sutil.

Vemos de lejos su triunfal paseo
la mies y yo.
Escucha, buen Rabí, nuestro deseo
como cumpliste un día el de Zaqueo,
cuando llegaste a Jericó.

Rinde a tu paso a quien blasfema y odia;
ríndele, Amor.
Suavidades de incienso y de salmodia,
tapizad la carrera a la custodia
del Eucarístico Señor.

OLIVERIO

N.º 411

La lámpara del Sagrario

I

La tenue lámpara ardía,
alumbrando noche y día
el Sagrario del Amor.
La gente en la iglesia entraba;
pero nadie se fijaba
en su pálido fulgor.
Mas ella, siempre oscilando,
esta el Sagrario alumbrando,
sin cansarse de brillar,
cual la oración recogida
de un alma humilde, que anida
de su Dios en el altar.
Jesús tan sólo la mira;
tan sólo Jesús admira
la constancia de su luz,
que aun en la noche medrosa
vierte su lumbre radiosa
del altar sobre la cruz.

II

Hermoso el altar estaba;
el pueblo fiel celebraba
las grandezas de su Dios.
El incienso se esparcía
como un alma, que subía
de los ángeles en pos.
Blancos cirios colosales
despedían a raudales
deslumbrante claridad,
que causaban alegría
y aumentaban de aquel día
la solemne majestad.
Entretanto, vacilante,
siempre inquieta y oscilante,
suspendida en un rincón,
me parece que dormita
la olvidada lamparita
que semeja una oración.

III

Ya, la fiesta terminada,
de los cirios olvidada
la brillante majestad,
se destacan como muertos,
amarillos, fríos, yertos,
en la tibia claridad,
en los vagos resplandores,
que derraman los fulgores
mortecinos de una luz;
que en la noche tenebrosa
vierte un haz de luz radiosa
del altar sobre la cruz.

Es la tenue lamparita,
que se mueve, que se agita
de su Dios ante el altar,
y aunque el templo está desierto,
todo oscuro, todo muerto,
nunca deja de brillar.

IV

No imitéis en los fervores
a esos cirios brilladores,
a esos focos de fulgor,
que, aunque den fugaces brillos,
luego quedan amarillos,
quedan muertos al fervor.
Sed la lámpara bendita,
que se mueve, que se agita,
sin fantástico lucir,
pero siempre tan amante,
tan activa, tan constante,
sin ocasos, sin morir.
Sed un alma fervorosa,
que ni duerme, ni reposa
con el fuego del amor:
pero humilde, sin alarde,
cual la lmpara que arde
adorando a su Señor.

A. Risco, S. J.

N.º 412

El Buen Pastor

Oveja perdida, ven
sobre mis hombros; que hoy
no sólo tu pastor soy
sino tu pasto también.
Por descubrirte mejor
cuando balabas perdida,
dejé en un árbol la vida,
donde me subió tu amor;
si prenda quieres mayor,
mis obras hoy te la den,
Oveja perdida, ven
sobre mis hombros; que hoy
no sólo tu pastor soy
sino tu pasto también.
Pastor al fin tuyo hecho,
¿cuál dará mayor asombro,
el traerte yo en el hombro,
o traerme tú en el pecho?
Prendas son de amor estrecho,
que aun los más ciegos las ven;
Oveja perdida, ven
sobre mis hombros; que hoy
no sólo tu pastor soy
sino tu pasto también.

Luis de Góngora

N.º 413

Manjar del alma

Comida celestial, Pan cuyo gusto
es tan dulce, sabroso y tan suave,
que al bueno, humilde, santo, recto y justo,
a manjar celestial, como es, le sabe;
justa condenación del hombre injusto,
si come el pan do Dios se encierra y cabe,
el sumo Dios que en sí se da y oculta,
diga el bien que de tanto bien resulta.
Pan de ángeles, Dios tan verdadero,
que, aunque se quiebra, se divide y parte,
está un inmenso Dios trino y entero
en cualquiera migaja y menor parte.
Agnus Dei, sincerísimo Cordero,
que en pan al pecador gustas de darte,
pues eres todo Dios, él que es bastante,
de su deidad en ti cifrada cante.
Eres, pues, Dios, de tu deidad tan digno,
que no hay justo ni santo entre los santos,
que no se juzgue y tenga por indigno
de bocado que da regalos tantos;
eres pan para el bueno tan benigno,
que de tribulaciones y de llantos
le produces y das gloriosos bienes,
y para con el malo los detienes.
Eres pan celestial, lo figurado
de aquel maná sabroso del desierto;
Tú lo vivo y aquello lo pintado;
aquella la figura y Tú lo cierto.
Eres pan tan glorioso y endiosado
que a decir tus grandezas yo no acierto:
las angélicas lenguas lo prosigan,
que faltas quedarán, aunque más digan.

Fr. Luis de León

N.º 414

La lámpara del Sagrario

Quisiera ser, Señor, tu lamparilla,
y en estas largas noches alumbrarte,
y con su tenue luz ir a besarte
a través de la blanca cortinilla.
¡Qué silenciosa se consume y brilla!
Así quisiera yo, con divino arte,
gota a gota mi alma saber darte,
en la vida de amor pura y sencilla.
¡Sólo contigo aquí y en la penumbra,
que envuelve el ancho templo solitario,
imagen de la fe que el alma alumbra,
hasta que la clara luz de tu voz me llame,
la lámpara seré de tu Sagrario,
que brille y arda, se consuma y... ame!

D. Ruiz Bueno, C. M. F.

N.º 415

A Jesús Sacramentado

Divino huésped, si nadie
mansión te ofrece, venid;
los dos podremos unidos
desde hoy vivir.
Tú en mi pecho y yo en el tuyo.
Pues te sentí;
y por dejarte
cabida a Tí,
yo saldré luego
fuera de mí.

Llegas, mi Amor, fatigado
de las penas del camino,
y antes de entrar por mis puertas,
acechas por el postigo;
bajo a abrirte como amigo.
no te acogí,
y por dejarte
cabida a Tí,
yo saldré luego
fuera de mí.

No deseches mi morada,
si la ves pobre y estrecha,
que donde cabe tu amor,
también cabe tu grandeza;
no dirás que en mi pobreza
Pues te sentí;
que por dejarte
cabida a Tí,
yo saldré luego
fuera de mí.

Con agua de amargo llanto
he limpiado mi vivienda;
mi amor anda haciendo fuego
desde que sabe que llegas;
y, pues de amor no sosiegas,
descansa aquí;
que por dejarte
cabida a Tí,
yo saldré luego
fuera de mí.

Sus blanquísimos manteles,
puso la gracia en mi mesa;
sólo le falta el deseo
que vos entréis por sus puertas;
y pues las tenéis abiertas,
pasad por fin,
que por dejarte
cabida a Tí,
yo saldré luego
fuera de mí.

Si vienes con tus manjares,
me va a hacer tu pan divino
ser convidado en mi casa
del huésped a quien convido,
mas, como tú lo has querido
dándote así,
para dejarte
cabida a Tí,
yo saldré luego
fuera de mí.

AUGURIO SALGADO, S. J.

N.º 416

El paso del Amor

He visto al Amor pasar
en su carro de victorias;
iban cantándole glorias
los que le saben amar.
Flores le quise arrojar
cuando de cerca le vi;
pero el Amor vuelto a mí
me dijo cuando pasó:
—*No busco tus flores, no*
¡Lo que yo busco es a ti!...
—*¡Amor!*, *¡Amor!*, exclamé;
y al suelo caí rendido...
me había el Amor rendido;
lo demás yo no lo sé.
Después mis ojos alcé,
que estaban llanto manando,
y el Amor iba pasando
y así tierno me decía:
—*Es por ti por quien venía.*
¡Anda! *¡Que estoy esperando!*
No pude más y corrí
y ante el Amor me postré
y mis culpas le conté
y su perdón le pedí.
—*¡Amor!*, *grité: si es por mí*
no quiero hacerte esperar.
Vamos flechas a lanzar,
como ésta que a mí me hirió;
que otros caerán como yo
cuando te vean pasar.
Desde entonces al saber
que en su carro de victorias
sale el Amor, de sus glorias
los frutos a recoger,
voy gritando por doquier:
—*¡Almas, os viene a llamar*
el Amor que va a pasar!...
¡Cubrid su paso de flores!... ... ..
¡Echad en su carro amores!... ... ...
y ¡¡no le hagáis esperar!!

RAFAEL SANZ Y DE DIEGO

N.º 417

Pan del Cielo

Los que vais perdidos
por la ingrata tierra,
si es que coméis pan
es de harina negra;
pan es de rollón,
manjar de galeras;
pan es de bellotas,
comida de bestias.
Más que de buen trigo
hay granos de arena;
se encuentran carbones
y astillas de leña,
dijerais que es mugre
de tanto que asquea.
¿Lo queréis mejor?
Yo sé una alacena,
que de pan muy rico
siempre está repleta:
la tiene Jesús
dentro de su Iglesia.
Se amasó en el seno
de Virgen doncella,
por manos de Dios
y con flor de jeja;
el pan que os ofrezco;
¡ved si es cosa buena!
Cual pella de nieve
este pan blanquea;
es tierno cual hostia;
es miel de colmenas,
con flores del cielo
por ángeles hecha.
Pan es de la gloria:
quien de él se alimenta
vivirá por siempre
en la gloria eterna.

JACINTO VERDAGUER

N.º 418

Día de comunión

Amante dulce del alma,
Bien soberano a que aspiro,
Tú que sabes las ofensas
castigar con beneficios;
divino imán en que adoro:
hoy que tan propicio os miro,
que me animáis la osadía
de poder llamaros mío;
hoy que en unión amorosa
pareció a vuestro cariño
que si no estabais en mí
era poco estar conmigo;
hoy que para examinar
el afecto con que os sirvo
al corazón en persona
habéis entrado Vos mismo,
pregunto: ¿es amor o celos
tan cuidadoso escrutinio?
Que quien lo registra todo
da de sospechar indicios.
Mas, ¡ay, bárbara, ignorante,
y qué de errores he dicho,
como si el estorbo humano
obstara al lince divino!
Para ver los corazones
no es menester asistirlos,
que para Vos son patentes
las entrañas del abismo.
Con una intuición presente
tenéis en vuestro registro
el infinito pasado
hasta el presente finito.
Luego no necesitabais
para ver el pecho mío,
si lo estáis mirando sabio,
entrar a mirarlo fino.
Luego es amor, no celos,
lo que en Vos miro.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

N.º 419

Ante un Sagrario abandonado

¿Cómo al pie de este Sagrario,
que es nido de tus amores,
no esparcen su olor las flores,
no oigo un suspiro exhalar?
¿Cómo aquí no escucho cantos,
ni fervientes oraciones,
ni el latir de corazones,
donde Tú debes reinar?
El amor del alma humana
es tan débil e inconstante,
que varía a cada instante,
siendo el fin siempre olvidar.
El orbe entero, Dios mío,
a tu amor himnos le canta
y sólo el hombre quebranta
tu dulce ley sin cesar.
Bala la oveja en el monte
y acude el manso cordero,
pía en el bosque el jilguero
y el hijo vuela en redor:
llamas al hombre ¡oh Señor!
que es la niña de tus ojos,
y por seguir sus antojos
ensordece a tu clamor.

Manda el sol besos de luz
y brilla el agua en el río;
baja del cielo el rocío
y abre su cáliz la flor;
abres tu mano ¡oh mi Dios!
y al hombre colmas de bienes
y paga con sus desdenes
las finezas de tu amor.
¿Qué he de hacer, oh Jesús mío,
al verte en este Sagrario
como en el monte Calvario
sufriendo tanto desdén?
Alegrar tus soledades,
traerte aquí bellas flores,
buscarte nuevos amores
y convertirlo en Edén.

J. M.

N.º 420

Véante mis ojos

Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.
Vea quien quisiere
rosas y jazmines,
que si yo te viere,
veré mil jardines;
flor de serafines,
Jesús Nazareno,
véante mis ojos,
muérame yo luego.

No quiero contento
mi Jesús ausente,
que todo es tormento
a quien esto siente;
sólo me sustente
tu amor y deseo,
véante mis ojos,
muérame yo luego.
Véome cautivo,
sin tal compañía;
muerte es la que vivo
sin Ti, vida mía;
¿cuál será el día
que acabe el destierro?
véante mis ojos,
muérame yo luego.
Ven, Dueño querido,
Rey de mis amores,
que ya han florecido
del huerto las flores;
ya de mil colores
guirnaldas he hecho,
véante mis ojos,
muérame yo luego.
¿Quién te habrá ocultado
bajo pan y vino?
¿Quién te ha disfrazado,
oh Dueño divino?
¡Ay, qué amor tan fino
se encierra en tu pecho!
véante mis ojos,
muérame yo luego.

SANTA TERESA DE JESÚS

N.º 421

A Jesús

Jesús, bendigo yo tu santo nombre;
Jesús, mi voluntad en Ti se emplee;
Jesús, mi alma siempre te desee;
Jesús, yo te confieso Dios y hombre.
Jesús, lóete yo cuando te nombre;
Jesús, con viva fe por Ti pelee;
Jesús, con tu ley santa me recree;
Jesús, sea mi gloria tu renombre.
Jesús, contemple en Ti mi entendimiento;
Jesús, mi corazón en Ti se inflame;
Jesús, medite en Ti mi pensamiento.
Jesús de mis entrañas, yo te ame;
Jesús, viva yo en Ti todo momento;
Jesús, óyeme Tú cuando te llame.

BALTASAR DEL ALCÁZAR

APÉNDICE

N.º 422

El Viático

Enjamás podré olvidarlo mientras viva;
que estas cosas se nos meten en el alma,
como manos que la ajogan,
como espinas que la arañan...
Entoavía, recordándolo, parece
que me viene a las entrañas
aquel frío que esa noche
jasta dentro me calaba...;
ese frío de los cuerpos derrengaos
al llegá la madrugada;
ese frío que se mete por los güesos;
ese frío del que está junto a una cama
una noche y otra noche,
sin descanso ni esperanza,
y mirando que se va de entre las manos
un pedazo de su alma;
ese frío que es cansancio y que es disgusto,
que nos jiela y que nos mata...
¡ese frío de las penas
que parece que es del cuerpo...; y es del alma!
Me parece que lo veo: aquella noche
tós andaban
de puntillas, como sombras misteriosas,
y venían y vorvían, y la casa
era toda un jervidero de murmurios,
y de pasos de fantasmas,
y de llantos y sollozos contenios,
y de avisos, y atropellos, y mudanzas,
y un runrún de cuchicheos
en voz baja...
Y entre tós los cuchicheos y murmurios
las mesmísimas palabras,
el mesmísimo estribillo,
la mesmísima cantata;
unas voces que decían por lo bajo:
«Se nos muere..., se nos muere..., ¡está mu mala!»
Y de pronto un rebullicio
que se arma
y unas voces: «¡Que ya vienen por la esquina!»
¡Enjamás podré orvidar esas palabras!
Y al llegar Su Magestá... ¡Si me parece
que lo veo con los ojos de la cara!
Era noche sin estrellas y sin luna;
era el viento de tormenta, lloviznaba...
y de pronto todo el mundo se arrodilla
y se escucha... —¡daba miedo de escucharla!—
el tilín de la campana del monago,
que decía que llegaban,
y, al par de ello, como el rezo de los frailes,
un murmurio de latines y plegarias,
y el bullí de toa la gente que venía,

y el soná de las pisadas
en los charcos de la calle
sobre el agua...
Y se empieza a colá gente
dentro e casa...
¡Qué de gente la quería!
¡Jasta entonces yo no vi que era una santa!
¡Qué momento inorvidable!
¡Parecía que soñaba!
¡Y aun agora me parece que lo sueño
en ca vez que mi consencia lo repasa!...
El bullir y arrempujarse de la gente,
el rezar entre suspiros las beatas,
el oló de tanta cera al derretirse,
el caló de tanta gente arrebujada,
y aquel brillo tan borroso que tenían
los faroles y las llamas
al mirarlos por enmedio
de mis lágrimas...
Y por cima de estas cosas
las palabras
que decía, respondiendo al señó cura,
la santica de mi alma...
¡y lo mansa y resigná que las decía!
¡y la pena que me daba
al mirar como un clavel amoratao
la boquita de mi santa,
la boquita de mis besos y mis glorias,
que era un cacho de mi alma!
...Y después al alejarse el rebullicio
lo mesmito que las olas cuando bajan,
y el perderse en la revuelta de la esquina
el tilín de la campana,
y el murmurio del gentío,
y el sonar de las pisadas
en los charcos de la calle
sobre el agua...
¡Señó güeno, que llamaste aquella noche
a mi puerta, pa llevártela!
¡Señó güeno, güerve pronto pa librarme
de esta pena que me agoja y que me mata;
pa llevarme al lado suyo, Señó güeno,
al ladito de aquel cacho de mi alma...
Y si al lado no pué sé porque en la Gloria
no se armiten pecaores junto a santas,
¡aparéjame a lo menos un sitico
a la vera de la puerta, pa mirarla!

JOSÉ M.ª PEMÁN

Pueden utilizarse también algunos números de la sección anterior y el N.º 563

CORAZON DE JESÚS

N.º 423

Aclamación infantil

Niños 1.º, 2.º, 3.º y 4.º—Desde el principio aparecen todos ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús

1.º (*Dirigiéndose ingenuamente a Cristo Nuestro Señor.*)

Peregrino nazareno,
el de las tristes miradas,
que atraviesas a menudo
por los valles de la infancia,
y, aunque vas como gustando
no sé qué cosas amargas,
cuando hasta nosotros llegas,
a vernos jugar te paras,
y sonríes, cual si entonces
dulce miel saborearas;
no pases de nuestros reinos,
que por su Rey te proclama
la niñez. ¿Verdad?

(*Dirigiéndose a todos los niños de la escuela.*)

2.º (*Con resolución*). Sí, el trono
de la inocencia te aguarda;
deja ese manto pesado,
y tus hombros engalana
con la púrpura florida
de nuestras dichas tempranas.

3.º Y el bordón truécalo en cetro
de alegre Rey de la Infancia.

2.º (*Con cariñosa insistencia*).

Sí, Jesús: que esa no es vida,
pues ya sabemos que andas
perdido de hambre y de sed
por el mundo de las almas.

4.º (*Con cierto dejo de tristeza*).

¡Vas llamando a tantas puertas!
¡Ay! ¡y se te cierran tantas!
¿Qué esperas de esos ingratos,
que, cuando a la suya llamas,
desde dentro te responden
que llegas enhoramala?

3.º (*Como recordando algo triste y amargo*).

Yo sé una historia bien triste
de tus penosas andanzas.
Era una noche de invierno
—(siempre es invierno en las [almas
en que el hielo del olvido
sobre el cariño se cuaja)—;
de la Inocencia al umbral
llegaste, y por más que llamas
...dentro silencio y tinieblas;
mas, viendo que aún aguardabas,
al fin de mucho responden:
«ya te abriremos mañana».
Así responde el pecado,
no vive allí el que buscabas,
y te alejas derritiendo
hasta el hielo con tus lágrimas.

1.º (*Con viva persuasión*).

¿Lo ves? Señor, no te empe- [ñes
en alargar tus jornadas;
entre nosotros aun vive
la Inocencia, entra a buscarla.

2.º Y, más que ir entre desdenes
es caminar entre zarzas.

1.º Cuando vuelvas a encontrarte
en estas noches heladas
aterido de esperar
a las puertas de algún alma,
yo tengo encendida lumbre
en mi pecho, ven y llama;
llama, sí, que para abrirte,
Señor, las puertas del alma,
los niños siempre tenemos
la blanca mano en la aldaba.

2.º Yo siempre un regio aposento
guardo para Tí; en él alza
mi amor su lecho florido,
y es mi inocencia la almohada.

3.º Temes quizá que tu sueño
ha de turbar la algazara
de las voces infantiles.

4.º (*Con desenfado y viveza*).

El bullicio de la Infancia
para El ha de ser de fijo
murmullo de fuente clara.

1.º (*Con amorosa insistencia*).

Pues ven a nuestro castillo
a dormir desde esta Pascua:
queda ya; que aunque es tem- [prano
y, como ves, las campanas
de nuestra vida aun están
todas repicando al alba,
sabe Dios..., y es preferible
convidarte de mañana.

3.º (*Como quien tiene una ocurrencia*).

Además entre nosotros
sabe, Señor, que haces falta.

4.º (*Apoyando la razón del anterior*).

Necesitamos Maestro,
y ¡es tan dulce tu enseñanza!
y aquí, en nuestro reino humilde
aunque hombres hay que se jactan
de alzar en alto la antorcha
de la verdad pura y clara,
entra el niño en las escuelas
tan esclarecida el alma
con el cirio bautismal,
y ellos van, y se lo apagan.
Pues Tú que nos lo encendiste,
ven a defender su llama,
ven a ser nuestro Maestro
que es muy dulce tu enseñanza.

3.º Y haces falta en nuestros juegos,
pues, como anda tan escasa
en el mundo la alegría
hay diversiones tan caras,
que aun a la misma niñez
muchas le cuestan el alma.

2.º (*Con gran convencimiento*).

Para Rey de nuestros juegos
¡mira, Señor, si haces falta!

1.º Pues un trono hemos de alzarte:
no prosigas tu jornada,
peregrino nazareno,
el de las dulces miradas.

3.º Y no creas son los niños
como esos que te proclaman
Rey el Domingo de Ramos,
llega el viernes y te ultrajan;
no, Tú, Señor, has de ser
siempre el Rey de nuestra in-
[fancia.

4.º ¡Viva, viva nuestro Rey!
¡Hosanna este Rey!

TODOS ¡Hosanna!

(*Telón rápido*)

AUGURIO SALGADO, S. J.

N.º 424

Al Corazón de Jesús

¡Quebranta ya tus prisiones!
¡Arriba, España gigante!
Saluda la luz radiante
de tu nueva redención.
Es Cristo que a ti se acerca
y sediento de tu gloria,
el lauro de la victoria
te ofrece en su corazón.

¡Oh Corazón, centro augusto
de divinas perfecciones,
a cuyas palpitaciones
la Eucaristía brotó!
Tú eres amor, tú eres gracia,
canal de vida fecundo,
postrer asilo del mundo
que para el mundo se abrió.
Tú eres Rey, Corazón Santo,
tu Monarquía es eterna
y el cetro tuyo gobierna
más mundos que alumbra el sol.
Mas aunque a todos los orbes,
tu augusto cetro extendiste,
sólo tu trono pusiste
en el solar español.
Celestial promesa has hecho
a un gran ángel de Loyola;
«Quiero en la raza española
con preferencia reinar.»
Y ella conmovida exclama,
viendo que así la prefieres:
«Pues a España en feudo quieres,
ven y reina en su solar.»
Reina ya, Corazón Santo,
porque al pie del Sacramento
te ha hecho España un juramento
de eternal consagración.
Reina en sus pueblos y hogares,
reina en sus templos y leyes,
reina también en sus reyes,
reina en toda nación.
Si nosotros, delincuentes,
tu reino no merecemos,
gloriosos Padres tenemos
que te saben merecer.
Padres sobre cuya sangre
cimentaste los sillares
que sostienen tus altares
y nuestro cristiano ser.
Merézcate nuestro Apóstol
y los Padres de Toledo,
merézcate Recaredo
con Isabel y Colón.
Y merézcate tu Madre,
que en nuestro Pilar sagrado,
del pueblo hispano ha tomado
perdurable posesión.
Por amor a nuestros Padres,
que cien mundos te han logrado,
no nos niegues el Reinado
de tu excelso Corazón.
Y, como ellos, tus dominios
por el mundo ensancharemos,
que sólo así hacer podemos
gloriosa a vuestra nación.

P. LUIS M.ª LLOP, C.

N.º 425

A la llaga del costado

(*Letrilla*)

Pecho de Jesús herido,
granada en flor;
por la brecha de esa herida
muestra la flor escondida,
que en el invierno
de la Pasión
entreabrió su cáliz tierno
a los rayos del amor.

—

Déjame, Jesús amante,
posarme sobre esa flor,
y de ese néctar que brota
deja que me embriague yo;
si es tan fuerte que me mata,
yo quedaré desde hoy
muerto de amores contigo,
muerto de amor;
pecho de Jesús herido,
granada en flor.

—

De la cárcel de mis culpas
salí gracias a tu voz,
que me llamó desde un alto
con silbo de buen Pastor;
pero hecho a estar en prisiones,
busco otra nueva prisión;
la veo abierta en tu pecho,
y no he de mancharme, no,
hasta que me quede en ella
preso de amor;
pecho de Jesús herido,
granada en flor.

—

Ave que por estos montes
vuela huyendo del halcón,
en el *hueco de la piedra*
he visto abierta una flor,
como un clavel desangrado,
rojo como un corazón;
en el *hueco de la piedra*,
junto a esa flor de pasión,
quiero verme guarecido
del fiero halcón;
pecho de Jesús herido,
granada en flor;
por la brecha de esa herida,
muestra la flor escondida
que en el invierno
de la pasión
entreabrió su cáliz tierno
a los rayos del amor.

AUGURIO SALGADO, S. J.

N.º 426

Plegaria al Corazón de Jesús

Para pedir una buena muerte

A tus plantas, Señor, vengo a ofrecerte
de mi vida los últimos momentos,
los dolores, angustias y momentos
de mi postrera y cruel tribulación.
Para aquellos momentos de amargura
¡no le niegues, Señor, en su agonía
un asilo seguro al alma mía,
en tu amoroso y dulce Corazón!

Cuando expirante en mi doliente lecho
la muerte en busca de mi vida venga;
cuando rendido de dolor no tenga
fuerza y valor para poder luchar;
¡*Corazón de Jesús, yo te suplico*
contrito y humillado desde ahora
que me protejas en aquella hora
en que mi vida debe terminar!
Cuando el dolor embargue mis sentidos,
y perdiendo mis pies el movimiento
me anuncien que se acerca ya el momento
en que la tierra tengo que dejar;
¡*Corazón de Jesús, no me abandones*!
haz que brille tu luz en el camino
que me debe llevar a mi destino;
dame valor y ayúdame a luchar.

Cuando mis manos estrechar no puedan
el crucifijo en mi angustiado pecho,
y mi espíritu en lágrimas deshecho
te pida de sus culpas el perdón;
¡*Corazón de Jesús, no me abandones*!
dame valor para luchar con bríos,
y acepta aquellos sufrimientos míos,
de mis culpas como hostia de expiación.
Cuando sin brillo mis marchitos ojos
ya no puedan mirar la luz del día
y mi pecho se agite en la agonía
dolorido, sin aire y sin calor;
¡*Corazón de Jesús, no me abandones*!
haz que se cumpla mi postrer anhelo,
compadece, Señor, mi amargo duelo,
líbrame del infierno y de su horror.

Cuando mis labios lívidos y fríos
no te puedan nombrar en su agonía,
y anegada en dolor el alma mía
con el infierno empiece a batallar;
¡*Corazón de Jesús, no me abandones*!
ten piedad de mi triste desventura,
y por tu cruz, tu muerte y tu amargura
contra el infierno ayúdame a luchar.

Cuando al mundo se cierren mis oídos
y el alma confundida en tu presencia
escuche de tu boca la sentencia
que de su suerte debe decidir;

¡*Corazón de Jesús, no me abandones*
del infierno a la horrible sepultura,
Tú que le diste a la mujer impura
el perdón que a tus plantas fué a pedir!
Cuando en mi pecho por la vez postrera
palpite el corazón lleno de espanto,
y las postreras gotas de mi llanto
anuncien mi completa destrucción:
¡*Corazón de Jesús, no me abandones*!
y en ese instante amargo y tan temido
concédele a mi espíritu afligido
un asilo en tu Santo Corazón.

† Manuel, Arzobispo de Lima

N.º 427

Al Sagrado Corazón de Jesús

Si amoroso Jesús ha permitido
que hierro agudo le traspase el pecho,
es para darte en él un blando lecho;
¡tortolilla doliente! *Al nido, al nido.*
Si ves su seno por la lanza abierto,
abrigo en él seguro te presenta
del proceloso mundo en la tormenta;
¡navecilla agitada! *Al puerto, al puerto.*
Si te abrasas de sed, el dardo impío
abrió un raudal de gusto regalado
del piadoso Jesús en el costado,
¡cervatilla sedienta! *Al río, al río.*
Ese nido, ese puerto, ese arroyuelo
en su seno tu Dios mostrarte quiso,
y pues también encierra un paraíso,
¡Alma! ¿Hacia dónde vas? *Al cielo, al cielo.*

J. Pérez Salazar

N.º 428

Al Sagrado Corazón de Jesús

Ese volcán de amor que arde en tu pecho,
mi corazón, al fin, ha derretido,
y me arroja a tus pies arrepentido,
de dolor y de amor por Ti deshecho.
¿Qué haré, qué debo hacer, qué es lo
[que he hecho?
¡Me horroriza pensar en lo que he sido!
¿Qué se puede esperar de un fementido?
¿Cómo podrá dejarte satisfecho?
Apiádate de mí, Corazón Santo,
pues te proclamo mi absoluto dueño
y te lo pido con amargo llanto:
que tuyo quiero ser, y siempre, y tanto...
que llegue a ser tu Cruz mi único empeño
y en sus brazos morir todo mi encanto.

Miguel de Alarcón, S. J.

N.º 429

Al Corazón de Jesús

Cual vuelan las palomas
del campo al palomar
volamos, Jesús mío,
nosotros a tu altar.
Volamos a tu pecho,
que alanceado está
y nos ofrece puerta
para por él entrar.
¡Oh, quién tuviese alas
para llegar allá,
y en esa dulce llaga
su nido colocar!
¡Oh, Corazón amante,
oh fuente de bondad!
si es verdad que a los niños
solías tanto amar,
que de ellos rodeado
solías siempre andar;
pues Tú, como Dios, eres
inmutable en bondad,
y nosotros aun niños,
de juvenil edad,
ámanos, Jesús mío,
no nos dejes jamás.
Cuando a Misa vengamos
a orar o a comulgar,
siéntate entre nosotros,
nuestro ruego a escuchar.
Cuando de tu presencia
salgamos a jugar,
para que no nos peguemos,
Tú con nosotros sal.
Cuando a dormir vayamos,
y, al irnos a acostar,
¡oh Corazón divino!
vayamos a rezar
un *credo* ante tu imagen,
que en la pared está,
bendícenos a todos
¡oh fuente de bondad!
y guarda nuestras almas
mientras durmiendo están.
Defiéndenos del vicio
y su hálito infernal,
de esa asquerosa oruga
que corroyendo va
el corazón del niño
desde su tierna edad.
Y cuando, hechos ya mozos,
nos llamen a tomar
las armas, y en la guerra
por la patria a luchar,
lejos de nuestros padres,
lejos de nuestro hogar,

para volver muy tarde,
o no volver quizá...
¡ah, no nos abandones!
¡acuérdate que acá
nos hemos consagrado
a Ti, Dios de bondad!
¡Guárdanos si a la guerra
nos mandan a luchar!
¡Guárdanos si nos dejan
en el cuartel en paz;
y en fin a nuestros padres
concédenos tornar!
Y cuando, ya mayores,
gastada nuestra edad,
nos postre ya en el lecho
la última enfermedad;
cuando ya nuestras manos
no puedan sin temblar
tener el crucifijo,
que en ellas nos pondrán;
cuando a mi cabecera
mis padres estarán
pidiendo de rodillas
tu auxilio y tu piedad;
cuando el cura me traiga
la hostia de tu altar,
y con la unción mis miembros
venga a santificar;
cuando mis turbios ojos,
en mi turbada faz,
la última mirada
a Ti dirigirán;
cuando mis labios trémulos,
Jesús mío, dirán
esas jaculatorias,
que, siempre al acabar
los congregantes todos
te solemos rezar;
ven, Jesús, a mi lado,
para que, al expirar,
ponga mi alma en tus manos,
para en ellas volar
al cielo, a tu presencia,
para sin fin gozar.
¡Oh Corazón divino,
fuente de bondad!
dichoso el que en el cielo
te puede contemplar,
y allí, ya sin peligro,
y sin pecar jamás,
pasa a tu lado siempre
toda la eternidad.

R. Vilariño, S. J.

N.º 430

¡Entra, Señor!

Entra, Señor; el día ya declina,
el astro rey hacia el ocaso inclina
su brillante fulgor;
no pases adelante, que anochece;
toma un descanso que el amor te ofrece...
¡entra en casa, Señor!
Entra en casa, Señor de los señores,
y verás a tus pies sus moradores,
¡quédate alegre aquí!
en este hogar, seguro, pon tu planta;
no nos prives, Jesús, de dicha tanta;
¡suspiramos por Ti!
Entra en casa, Señor, y si cerradas
hallas tantas moradas
que un asilo a su Dios no quieren dar,
olvida entre nosotros su desvío;
mientras tengamos casa, Jesús mío,
Tú tendrás un hogar.
Entra, Señor, mas no como mendigo;
nuestro Rey, nuestro Padre, nuestro Amigo,
nuestro Todo serás;
que si el error levanta sus banderas,
en este hogar Tú mandas y Tú imperas;
¡sólo Tú reinarás!
Entra, Señor, aquí todos te amamos;
trono de Rey te alzamos
en humilde mansión.
En ella nuestras almas se han templado
y un trono con los suyos te han formado;
¡Coloca en él, Señor, tu Corazón!
Colócalo, Señor, y no receles,
somos vasallos fieles;
no encontrarás aquí ningún traidor;
antes morir queremos que dejarte;
antes morir queremos que negarte;
antes morir que despreciar tu amor.
Y si el mundo y los suyos te persiguen
y si a este umbral quizás llegar consiguen...
a Ti no llegarán;
que sabrán defenderte nuestras vidas;
los filos de sus armas deicidas
no tu pecho, los nuestros herirán.
Entra, Señor; estemos siempre unidos,
mezclados, enlazados, confundidos,
de tu pecho al calor;
viviendo todos de tu misma vida
como vive adherida
la enredadera al tronco bienhechor.
Juntos así el destierro cruzaremos;
juntos así contigo gozaremos
las dichas que nos des...
y si el dolor empaña nuestros ojos,
juntos también pondremos sus despojos
como perlas humildes a tus pies.

Entra, Señor, ya hizamos tu bandera;
entra, Señor, y manda, reina, impera
en este que es tu hogar.
¡Tal vez ingrato a tu bondad ha sido!
pero hoy con tu presencia enriquecido
es ya feliz porque te sabe amar.

N.º 431

Homenaje de amor

¡Bien venido, Señor, a nuestra casa,
de la cual has tomado posesión!...
No eres el huésped que ligero pasa;
y al recibirte con amor se abrasa,
inundado de gozo el corazón.

¡Bien venido, Señor!... Todos unidos
te aclamamos por Rey de nuestro hogar;
y en un mismo deseo confundidos,
queremos, por tu diestra sostenidos,
sólo por Ti vivir y trabajar.

¡Bien venido, Señor! Todos te amamos
y queremos vivir bajo tu Ley;
cuanto nos das, a Ti lo retornamos,
y henchidos de entusiasmo te rogamos
que siempre seas nuestro amado Rey.

¡Siempre el *Amo*, Jesús! Nunca te alejes
de estos siervos que humildes te darán
¡cuanto quieras pedirles! No nos dejes;
no daremos lugar a que te quejes,
porque servirte bien es nuestro afán.

¡Pobres somos, Jesús, pero te amamos!
Bien estarás aquí... Tu Corazón
será nuestro consuelo si lloramos,
será nuestro baluarte si luchamos,
nuestra dicha sin fin tu posesión.

Queremos que compartas nuestros bie-
queremos confesarte hasta morir, [nes,
preservarte de agravios y desdenes,
esperar siempre en Ti, porque Tú tienes
en tu potente mano el porvenir.

¡No te vayas, Señor! Contigo unidos
con vínculo de amor en este hogar,
viviremos dichosos y escondidos,
por tu divina gracia enriquecidos,
y buscando tu gloria sin cesar.

¡Bien venido, Jesús! Hoy tu bandera
tremolamos muy alta por tu honor...
Esta es tu casa... Como Dios impera
y de todos nosotros siempre espera
homenaje dulcísimo de amor.

RAQUEL

N.º 432

Soliloquio

Hoy para rondar la puerta
de vuestro santo costado,
Señor, un alma ha llegado
de amores de un muerto muerta.

Asomad el Corazón,
Cristo, a esa dulce ventana;
oiréis de mi voz humana
una divina canción.

Cuando de Egipto salí,
y el mar del mundo pasé,
dulces versos os canté,
mil alabanzas os di,

Mas ahora que en Vos veo
la tierra de promisión,
deciros una canción
que os enamore deseo.

Muerto estáis, por eso os pido
el Corazón descubierto,
para perdonar despierto,
para castigar dormido.

Si decís que está velando
cuando Vos estáis durmiendo,
¿quién duda que estáis oyendo
a quien os canta llorando?

Y aunque él se duerma, Señor,
el amor vive despierto,
que no es el amor el muerto,
Vos sois el muerto de amor.

Que si la lanza, mi Dios,
el Corazón pudo herir,
no pudo el amor morir,
que es tan vida como Vos.

Corazón, de mi esperanza
la puerta tenéis estrecha,
que a otras pintan con flecha,
y a Vos os pintan con lanza.

Mas porque la lanza os cuadre,
un enamorado dijo,
que a no ver puerta en el Hijo,
¿por dónde se entrará al Padre?

Anduve de puerta en puerta
cuando a Vos no me atreví,
pero en ninguna pedí
que la hallasen tan abierta.

Pues como abierto os he visto,
a Dios quise entrar por Vos,
que nadie se atreve a Dios
sin poner delante a Cristo.

LOPE DE VEGA

N.º 433

Gozos al Sagrado Corazón

A este Corazón llagado
le dirás, ¡oh pecador!:
¡Ay, Corazón de mi Amado,
cuánto te cuesta mi amor!

Tanto Jesús ha estimado
la cruz de tu redención,
que sobre su corazón
lugar superior le ha dado:
Corazón crucificado
tuvo siempre el Salvador.
¡Ay, Corazón de mi Amado,
cuánto te cuesta mi amor!

Con espinas bien punzado
está el Corazón divino,
que por amante el más fino
se mira todo espinado:
Mis culpas te han coronado
con espinas de dolor.
¡Ay Corazón!, etc.

Jesús convida llagado
con su amorosa abertura,
hecha fuente de dulzura
en su Corazón sagrado:
¡llega sediento al costado,
verás qué dulce sabor!
¡Ay Corazón!, etc.

En fuego todo abrasado
está por tu amor ardiendo,
y con su llama encendiendo
el corazón más helado:
Por ti se ve alanceado
en trono de inmenso ardor.
¡Ay Corazón!, etc.

Tiene el Corazón Sagrado
de mi querido Jesús,
fuego, espinas, llaga y cruz
con que amante se ha mostra-
Mírale qué lastimado [do:
por querer al pecador.
¡Ay Corazón!, etc.

Te dice amante y llagado
entre espinas dulce y tierno,
te librarás del infierno
si acudes a su sagrado:
No importa que hayas pecado
como llegues con dolor.
¡Ay Corazón!, etc.

A este Corazón llagado
le dirás ¡oh pecador!
¡Ay, Corazón de mi Amado,
cuánto te cuesta mi amor!

N.º 434

Cristo Rey

Eres Rey, Jesús mío, y tu realeza
la pregona la historia por doquier;
las espinas coronan tu cabeza,
y una cruz manifiesta tu poder.

No eres Rey coronado de laureles,
de diamantes, de perlas ni de ofir;
eres Rey cuyo cetro en los troqueles
del dolor se ha llegado a construir.

Y no obstante, oh Jesús, es tu reinado
un prodigio de triunfos y de honor;
todo el mundo a tus pies yace apresado
con las dulces cadenas del amor.

Levantado en la cruz con faz serena,
ves los pueblos y siglos discurrir;
el postrer eslabón de esa cadena
a tus plantas, oh Cristo, ha de morir.

Sólo Tú, como roca inconmovible,
enclavado en tu lecho de aflicción,
ves cruzar las edades impasible,
sin sentir en tu trono alteración.

Tú contemplas los tronos derrocarse
y a los reyes con ellos sucumbir;
Tú los miras cual humo disiparse,
sin que vuelvan ya nunca a resurgir.

Tú, al empuje feroz del pueblo godo,
viste a Roma entre horrores perecer;
y su manto imperial, en sangre y lodo
le miraste con saña revolver.

Tú a las hordas salvajes del desierto,
cual tromba que impeliera el huracán,
las miraste sembrando el desconcierto
por los pueblos, con fiero y loco afán.

Y de entonces acá, ¡cuántos imperios,
cuántos tronos volcados sin piedad!
Las naciones son vastos cementerios
donde duerme la regia majestad.

Sólo Tú, suspendido de un madero,
no conoces eclipses a tu luz;
tu poder avasalla al mundo entero
desde el trono imponente de la Cruz.

Tus espadas son clavos en las manos;
tu coraza indomable es el sufrir;
como arista perecen los tiranos
al mirarte entre angustias sucumbir.

¡Cuánto empeño, oh Jesús, en derribarte
de ese tronco de infamia y de dolor.
Las espinas quisieran arrancarte
por robarte el imperio de tu amor.

El amor te enclavó sobre un madero,
donde trono labraste inmortal,
y el amor es más fuerte que el acero
para hacerte Señor universal.

Por amor conquistaste a las naciones,
por amor te sostienes en la Cruz;
por amor se te rinden corazones
y al amparo caminan de tu luz.
Reina, pues, sobre el mundo, Jesús mío;
haz que todos te aclamen por su Rey;
que nadie haya tan hosco y tan bravío
que se exima del yugo de tu ley.

BERNARDO DE MARÍA VIRGEN, C. P.

N.º 435

El nombre de Jesús

Jsús, dulce memoria, fiel consuelo,
que das gozo y placer al alma pura;
más dulce que la miel es la dulzura
de tu dulce presencia, Rey del cielo.
Nada se oye que dé más regocijo,
nada puede la voz cantar más suave,
nada pensar más dulce el hombre sabe
que Jesús amoroso, de Dios Hijo.
Jesús, nuestra esperanza, ¡qué piadoso
eres al que te pide humildemente!
¡Qué bueno al que te busca diligente!
Y el que logra hallarte, ¡qué dichoso!
Ni a la voz el decirlo es practicable,
ni llegarlo a explicar puede la letra;
sólo por experiencia se penetra,
que es amar a Jesús, bien inefable.
Sed, pues, nuestro placer, Jesús amado,
que has de ser galardón del alma pía:
sea en Ti nuestra gloria y alegría
por los siglos y tiempo interminado.

JUAN B. SOROZÁBAL

N.º 436

A Jesucristo

¿Qué tengo yo, que mi amistad procu-
[ras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana;
verás con cuánto amor llamar porfía!»
Y ¡cuántas, Hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

LOPE DE VEGA

N.º 437

Símbolo de amor

¿Por qué, Corazón divino,
te muestras a los mortales
con dolorosas señales
entre torrentes de luz?

¿No ves que llamas no cuadran
entre delicias divinas
ni esa corona de espinas,
ni esa herida ni esa cruz?

Mas ya escucho que respondes
a mi mundana extrañeza,
diciendo que la grandeza
de tu amor medir no sé.

Y el enigma me descubres
de esos signos misteriosos
a la luz de los hermosos
esplendores de la fe.

Con el amoroso incendio
de esas divinales llamas
diciendo que estás que nos amas
con ternura sin igual.

Y esa sacrosanta herida
que el amor mantiene abierta
es la que abrirá la puerta
del paraíso eternal.

La cruz clavada que ostentas,
por las llamas circuída,
es el árbol con que vida
nos diste muriendo en él.

Y porque el amor sincero
se prueba en grandes dolores,
es tu corona de flores
punzante zarza cruel.

—Haz, oh Corazón sagrado,
que al mirarte los mortales
con dolorosas señales
entre torrentes de luz,
sepan que son tiernas voces
con que llamándonos clamas
esa corona, esas llamas,
esa herida y esa cruz.

X.

N.º 438

La corona de Cristo Rey

Monarca que al trono viene,
el darle corona es ley,
¿qué corona, pues, conviene
a Cristo que es nuestro Rey?

Corona de oro brillante
le haría rey terrenal,
rey débil, rey vacilante,
rey a otros reyes igual.

Corona de bellas flores
le haría rey del placer,
rey de banquetes y amores
y rey tal no puede ser.

Si estas coronas ya usadas,
más que honrar dan deshonor,
¿con cuál serán coronadas
las sienes del Redentor?

Debe ostentar su cabeza
tal corona y de tal ley,
que exprese su realeza
y aun el carácter del Rey.

Este Rey en duras luchas
la sangre debe verter,
sus heridas serán muchas
y mucho su padecer.

Este Rey viene a la tierra
las almas a conquistar,
conquistas que en dura guerra
y muriendo ha de lograr.

Pues a un rey que ostenta el [lema
del martirio por amor,
se le debe una diadema
que exprese bien el dolor.

Ved, pues, sus sienes divinas
que ha coronado la ley,
esa corona de espinas
es la corona del Rey.

N.º 439

Piedad

Viejas leyendas contaron
que, hallándose Jesús muerto,
desde el lejano desierto
las golondrinas llegaron;
y compasivas, piadosas,
al celestial Penitente
le quitaron de la frente
las espinas dolorosas.
Aves bellas, aves santas,
aves de la soledad,
benditas vuestras gargantas,
bendita vuestra piedad.

. . . . . .

Dame, oh Dios, la compasión
de las aves peregrinas,
y arrancaré las espinas
que hieren tu Corazón.

FR. LUIS M. LLOP

N.º 440

Ven a mi Corazón

Tengo sed, una sed abrasadora;
sed de paz, sed de dichas celestiales,
y el mundo en sus impuros manantiales
nunca podrá mi sed satisfacer;
¿quién dará refrigerio
a este martirio ardiente?
—Ven, hijo, a Mí, mi Corazón es fuente;
acércate a beber.

—Tengo frío, y es frío tan intenso
que me hiela, me aflige y me persigue;
nunca el mundo quitármelo consigue.
¿Quién siquiera templármelo podrá?
¿en dónde hallaré abrigo?
¿quién oirá mi ruego?...
—Ven, hijo, a Mí, mi Corazón es fuego,
El te consolará.

—Estoy cansado; la incesante lucha
me oprime el corazón que desfallece;
el alma sin aliento languidece;
¿dónde fuerza vital encontrará?
El mundo se la ofrece,
pero es vana y mentida...
—Ven, hijo, a Mí, mi Corazón es vida,
El te calentará.

—Sufro mucho en el áspero destierro,
mi corazón desgarran mil abrojos,
nublan amargas lágrimas mis ojos;
¿qué mano con piedad las secará?
El mundo es todo engaño,
tristeza y desconsuelo.
—Ven, hijo, a Mí, mi Corazón es cielo,
El te confortará.

—Quiero amar, siento anhelos infinitos
de inmensa, de purísima ternura,
y aunque el mundo brindármela procura,
nunca llenarme sabe tu ficción.
¿Dónde buscar podría
este amor que no encuentro?
—Ven, hijo, a Mí, que del amor el centro
está en mi Corazón.

—Sí, mi Jesús, pues Tú me das abrigo,
Tú de mi sed apagas los ardores.
Tú me das paz y vida, dicha, amores,
del todo y para siempre vengo a Ti.
Escóndeme en tu pecho
y en él tenme guardada;
—Ven, no temas nada,
tuyo es mi Corazón, descansa en Mí.

M. R.

N.º 441

Al Rey de Reyes

El Rey de los Reyes ya reina en España,
sus brazos abiertos proclaman la paz,
cual faro gigante que al cielo llegase,
cual nimbo de gloria y amor ideal.
Promesas divinas anuncian sus ojos;
tesoro sin cuento nos da un Corazón,
el suyo bendito, que expone brillante
al mar y a la tierra cual rayo de sol.
Trono refulgente de Dios que convida
a santos amores... a pan celestial,
su cuerpo sagrado reparte a las almas,
y El sale a buscarlas al pie de su altar.
Caudillo invencible del cielo venido,
al centro del pueblo que más quiso amar,
la tierra española que fué nuestra cuna,
dichoso al que en ella se enseñó a rezar.
Las olas humanas no pueden vencerle,
tan sólo se atreven sus pies a besar.
Y son al marcharse palomas de espuma
que si hablar pudieran, quisieran llorar.
El Rey de los Reyes abraza a su España;
el Rey de los Reyes nos da el Corazón,
caigamos de hinojos en tierra española,
abriendo los pechos al nombre de Dios.
Y sepan los pueblos, edades y tiempos,
que amores y fuerzas la fe despertó,
en almas dormidas de tierras de España,
que ansiaban gozosas un faro de Dios.
El trono invencible que nos hace inmen-
[sos,
la fuerza gigante de regio esplendor,
la tienen los pueblos que Cristo ha elegido,
al lema sagrado de *Amor por amor*.

JOSÉ DELGADO Y DE BÁRBARA

N.º 442

Las golondrinas del Señor

Se dice en un viejo cuento
que, al rendir el Salvador
su dulce frente al dolor
de su amargo sufrimiento,
como se rinde una flor
que troncha al pasar el viento,
cantando a la cruz llegaron
unas cuantas golondrinas,
y dulcemente arrancaron
las zarzas y las espinas
que los sayones clavaron
sobre las sienes divinas...
Y al ver hoy estas edades
llenas de vanas torpezas
y de míseras ruindades
y mentirosas grandezas,
pregunto yo, con dolor,
si el mundo falso y traidor,
al irse las golondrinas,
no ha vuelto a llenar de espinas
la frente del Salvador...
De espinas, sí, de rencores,
de ingratos apartamientos,
de hipócritas fingimientos,
de mentirosos amores,
espinas, más engañosas
porque se ocultan en rosas
de mil fingidas virtudes,
espinas de ingratitudes
que son las más dolorosas...
¡Que no hay puñal que taladre
con tanta fuerza y dolor
como la espina que a un padre
le clava un hijo traidor...

. . . . . .

Así el mundo pecador
hiere las sienes divinas
del Divino Redentor...
¿Y no habrá ya golondrinas
para arrancar las espinas
de la frente del Señor?
Sí; en esta casa han oído
unas almas tus querellas;
esta Casa que ha seguido,
como una esclava, tus huellas,
quiere, Señor, ser un nido
de golondrinas de aquellas...
Mientras el mundo, burlando,
vaya en tu frente clavando
sus zarzas y sus espinas
¡nosotras, tus golondrinas,
te las iremos quitando!
Tendrás por cada escondido
puñal que tu pecho clava,
un pecho de pena herido;
un amor por cada olvido,
por cada ingrato una esclava;
por cada abandono un nido;
un bien por cada dolor;
por cada infiel pecador
un alma buena y cristiana;
y una lágrima de amor
por cada risa mundana.
¡Y así, cada golondrina,
tus heridas al curar,
sabra, Señor, despertar
en tu alma grande y divina,
tanto amor... que aun va a sobrar
amor para perdonar
al que te clave la espina!

JOSÉ M.ª PEMÁN

N.º 443

¡Ven, ven!

Yo sé de un Pastorcito
de celestial candor
que a su ovejita errante
silbaba con amor.
¡*Ven, ven*!
Ingrata la ovejita,
el silbo no escuchó:
por selvas y por montes
lejos, lejos huyó.
¡*Ven, ven*!
Las selvas repetían
los silbos del Pastor;
mas la ovejita ingrata
huía más veloz.
¡*Ven, ven*!
Siguióla el Pastorcito;
descalzo la siguió;
pisando entre malezas
los pies se ensangrentó.
¡*Ven, ven*!
Llegó arriba de un monte
transido de dolor,
en cruz tendió los brazos
y allí murió de amor.
¡*Ven, ven*!
Ingrata la ovejita,
el silbo no escuchó;
y el Pastor murió de amor.
¡*Pobre oveja infeliz*! *Ven, ven ya;*
que el Pastor extendidos los brazos
en la cruz esperándote está.

J. DE EGUÍA, S. J.

N.º 444

Esperanzas

Si el agua mansa, callada,
que gotea de la fuente,
con su labor insistente
hasta las peñas horada,
¿qué no podrá la oración
del que sufre, ama y espera,
al derramarse en la hoguera
del Divino Corazón?
Dulce Jesús, que no dejas
sin consuelo algún dolor;
Tú que eres el buen Pastor
que muere por sus ovejas,
cuando mis ojos la muerte
ciegue el fin de la carrera,
hazme la gracia que muera
con la esperanza de verte.

RAMÓN M.ª VINUESA, S. J.

N.º 445

Corazón de Jesús en Vos confío

Postrado a vuestros pies humildemente
vengo a pediros, dulce Jesús mío,
poderos repetir constantemente
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!
Si el confiar es prueba de ternura,
esa prueba de amor daros ansío;
aun cuando esté sumido en la amargura,
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!
En las horas más tristes de la vida,
cuando todos me dejan ¡oh Dios mío!
y el alma está por penas combatida,
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!
Aunque sienta huir la confianza
y merezca muy bien vuestro desvío,
no será confundida mi esperanza;
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!
Si en el bautismo que lavó mi alma
yo os prometí ser vuestro, y Vos ser mío,
clamaré siempre, en tempestad o en calma,
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!
Firme esperanza siento, de tal suerte,
que sin ningún temor ¡oh Dueño mío!
espero repetir hasta la muerte:
¡Sagrado Corazón, en Vos confío!

N.º 446

Al Sagrado Corazón

Quisiera, Señor,
mi vida y mi luz,
vivir en tu cruz,
morir por tu amor.
Corazón que entre llamas y espinas
con ansias divinas,
nos muestras tu amor,
yo quisiera que el mundo, a porfía,
cantara este día,
un himno en tu honor.
Yo quisiera que todos te amaran,
que todos llegaran
corriendo a tu altar,
como llegan corriendo, ¡Dios mío!
las aguas del río
buscando la mar.
Como busca la fuente escondida
la cierva que herida
se abrasa al correr;
como sigue a la noche sombría
la lumbre del día
que empieza a nacer.
Yo quisiera, Señor, que esas llamas
que en torno derramas
prendieran en mí:

¡Corazón de Jesús dulce y manso,
no encuentro descanso
si no voy a Ti!
Si me aparto, Jesús, de tu lado,
inquieto y turbado
camino al azar;
y no es mucho que gima, ¡Dios mío!
también gime el río
buscando a la mar.
Cuán hermoso es tornando a tus huellas
de nuevo por ellas
seguro correr:
no es tan dulce tras noche sombría
la lumbre del día
que empieza a nacer.
A Ti vuelvo, Jesús, luz querida,
que alegra la vida
y endulza el pesar;
a Ti vuelvo clamando, ¡Dios mío!
¡no sea yo el río
que no llega al mar!

RAMÓN M.ª VINUESA, S. J.

N.º 447

Ven, Corazón Sagrado

Ven, Corazón Sagrado
De nuestro Redentor,
comience ya el reinado
de tu divino amor.
En premio de tanta hazaña
por tu nombre y por tu ley,
sólo te pide hoy España
que vengas a ser su Rey.
Ven, ¡oh Rey de las naciones!
ven, divino Redentor,
derrama en los corazones
los tesoros de tu amor.
Bendice este hermoso suelo
do a la sombra del Pilar,
quiso la Reina del cielo
poner su primer altar.
Ven, tuya es España entera,
tuyo su invicto blasón,
ven y vence, reina, impera,
¡oh Sagrado Corazón!
Limpia como el sol que baña
nuestro cielo, es nuestra fe.
Aún Santiago cierra España,
aún está el Pilar en pie.
De las sectas a despecho
en España has de reinar,
y para Ti nuestro pecho
será un trono y un altar.

FÉLIX GONZÁLEZ OLMEDO, S.J.

N.º 448

En lo íntimo

Maestro ¿dónde vives?
mi pecho se ha turbado,
el sol de la alegría
ya no luce en mi hogar;
ayer tuve un amigo,
hoy nadie está a mi lado.
Maestro ¿dónde vives?
yo te quisiera hablar.

. . . . . .

Al declinar la tarde
me dijo «ven y mira»
y mostróme una iglesia
en la inmensa ciudad;
afuera un mundo frío
ríe y peca y delira;
dentro El estaba solo
y empezamos a hablar.

MAR, S. J

N.º 449

Un niño al Sagrado Corazón

Jesús hermoso,
Jesús del alma,
llena de bienes
está tu casa.

Y, pues, te dignas
hoy visitarla,
y eres piadoso
Rey de las almas;
las nuestras rige
con manos blandas,
y aleja de ellas
toda desgracia.

Mis padres buenos
de antiguo te aman;
sus tiernos hijos
rezan plegarias,
porque son buenos
y también te aman;
y todos quieren
que en esta casa
de tu amor santo
arda la llama.

FR. JUAN DE DIOS LEÓN, O. M.

CATEQUÍSTICAS

N.º 450

El Catecismo

Personajes: EL CATECISMO, LA GRAMATICA, LA HISTORIA, LA GEOGRAFIA, LAS MATEMATICAS, LA MUSICA y EL DIBUJO

DECORACION—La escena representa un jardín o patio de una escuela de niños; puertas a izquierda y derecha del actor, en el fondo una piedra o pedestal que sirva de trono al Catecismo *en su final exaltación. Es por la mañana.*

ESCENA PRIMERA

Aparecen HISTORIA y GEOGRAFÍA, que aparentan no conocerse; —cada cual puede imaginárselas como quiera. Son aún niñas.

GEO.—(*Dirigiéndose a* HISTORIA). ¿A dónde tan de mañana?

HIST.—Llevo la ciencia a los niños. (*va hacia la escuela, mas* GEOGRAFÍA *la detiene*).

GEO.—(*Con extrañeza*). ¡La ciencia tú! Pues ¿quién eres?

HIST.—(*Con dignidad*).
¿Yo? Soy de origen divino,
soy maestra de la vida,
soy de la escuela el gran li- [bro.
(*Resuelta*). Descúbrete ante la Historia.

GEO.—¡Infeliz!...
Estar conmigo es mucha honra...

HIST. —¿Para mí?

GEO.—¡Para ti! (*acentuando sus palabras*).

HIST. —¡No lo adivino!...

GEO.—(*Como persuadida de su grandeza*).
¡Soy la ciencia de la tierra,
cuyas grandezas describo!

HIST.—¿Tu nombre?

GEO. —¡Soy Geografía!...

HIST.—(*Con desprecio*). ¡Bah! ¡De esclava es tu destino!

GEO.—(*Con orgullo*).
¿De cuándo acá si la Historia errara sin mí el camino?

HIST.—¡Soy señora y tú... !

GEO. —¡Mentira!

ESCENA II

(Entra MATEMÁTICAS, niño un poquitín altivo, a tiempo de oír las últimas palabras).

MAT.—(*Imperativo*). ¡Calma! Yo soy quien decido.
(*Con jactancia*)
Soy la exactitud: mi fuerza son los números y signos.

HIST.—(*Aparte*). ¡Con qué soberbia nos habla!...

GEO.—(*Aparte*). ¡Qué arrogante viene el niño!...
(*Dirigiéndose a* MATEMÁTICAS). ¡Tú no sabes con quién tratas!

HIST.—(*A* MATEMÁTICAS). ¡Ignoras que el mundo es mío!...

MAT.—(*Entre orgulloso y despreciativo: a ambas*). ¡Gente ruín! ¡Aún nadie ha osado tutearse así conmigo!
¿Quién como yo, que a las [ciencias
y a las artes doy principios?

HIST. y GEO.—¡Nosotras ambas a [dos!

HIS.—¡No nos asustan tus gritos!

GEO.—¡Somos señoras del mun- [do!...
Y tú ¿quién eres? ¡mezqui- [no!

MAT.—¡Soy Matemáticas!

GEO.—(*Sonriéndose*). ¡Hola! Pues es nombre peregrino!

HIST.—(*Pone la última palabra*). Y a fe que siempre a la Historia sirviera de lazarillo.

MAT.—¿Sin mí? ¡qué fuera la His- [toria!

HIST.—¿Sin ti?... Lo que siempre [ha sido.
(*Suena de repente hacia la izquierda un canto suave, que los tres, ensimismados, escuchan con placer*).

MUS.—(*Dentro; cantado o recitado*).

Nació en una fuente
mi Musa divina.
Soy una niña inocente
que al mundo camina.

HIST.—(*Como saboreando la dulce cantinela; consigo misma*).
¡Quién será la tortolilla
que con peregrino acento
así sus gracias pregona!...

MAT.—¡Bien cantara la avecilla!
(*Mimoso*)

GEO.—¡Sigue, que nos das con-[tento!...

HIST.—(*Con el índice en la boca*).
¡Callad!...
(*Escuchando*).
...Sí, de nuevo entona...
(*Vanse los tres hacia la izquierda y escuchan*).

MUS.—(*Dentro*). Yo el dolor mitio-[go,
yo soy la alegría,
y llevo un amigo
bello como un día.

GEO.—(*Apuntando*).
Sobre un ángel apoyada,
ya llega la peregrina...

MAT.—¡Oh, qué hermosura divina!

HIST.—Dejemos franca la entrada.
(*Se retiran un poquito*).

ESCENA III

Llegan MÚSICA y DIBUJO. Ella es una niña de fantasía, unas alitas de rosa no le dirían mal, él viste de blanco, parece un ángel. La MÚSICA viene suavemente apoyada sobre el DIBUJO y se sienta apenas entra; HISTORIA, GEOGRAFÍA y MATEMÁTICAS se van hacia la derecha con candoroso respeto y forman grupo aparte.

DIB.—Larga ha sido la jornada.
¿Estáis, Señora, rendida?
(*A la* MÚSICA).

HIST.—(*A* MATEMÁTICAS *y aparte*).
¿Quién es, tú que sabes tan-[to?

MAT.—¡Lo ignoro!

MUS.—¡Ser el encanto
de los hombres es mi vida!

DIB.—¡La hora a cantar convida!

MUS.—(*Accediendo, canta*).
Robé sus trinos al ave
a la fuente su murmullo
al cielo su luz suave,
sus colores al capullo.

HIST.—¡La Música debe ser!
(*Aparte, a los demás*).

GEO.—(*Id*). ¡Y el ángel es el Dibu-[jo!

MAT.—(*Indignado*).
¡Será posible!... ¡Hay que ver
cómo engañan con su lujo!
(*La* HISTORIA *como más desenvuelta, se atreve a preguntarles*).

HIST.—¿Peregrinos sois del cielo,
(*Dirigiéndose a* MÚSICA *y* DIBUJO).
o sois almas de la tierra?

MUS.—(*Levantándose*).
Soy la Música que encierra
bellezas de allá en el suelo.
(*apunta al cielo*).

DIB.—Un ángel soy, no te asombre.

HIST.—¿Dibujo acaso es tu nombre?

DIB.—El mismo; y es mi belleza...

GEO.—(*Le interrumpe*).
No pregones tu grandeza.

MAT.—Nunca tan engañadores
os soñara en mi memoria.

HIST.—Sabed que habláis con la Historia (*con desprecio*),
musiquilla sin honores.

MUS.—(*Indignada*).
¡Alto ahí! ¿Quién pone til-[de
a mi divina grandeza?

MAT.—(*Enérgico*).
Yo, que siendo más humilde
soy el de mejores prendas!
(*orgulloso*).

DIB.—(A MATEMÁTICAS) ¿Y tú [eres?

MAT.—¡Matemáticas!

DIB.—¡Ja, ja, ja! ¡Qué más quisie-[ras!
¡Infeliz! si soy tu cuna.

MAT.—¡No consiento tal respuesta!
(*Más orgulloso*).
¿Quién cual yo? (*Retador*).
(*Se lanzan todos a porfía*).

DIB.—¡Yo! MÚSICA. ¡Yo! GEOGRAFÍA. ¡Yo! HISTORIA. ¡Yo!
(*Pasos*).

GEO.—¡Silencio! ¡no sé quién lle-[ga!...

ESCENA IV

Entra triunfadora LA GRAMÁTICA, con corona y cetro de reina, pero es una reina niña. Se la puede vestir como os plazca.

GRA.—¡Paso a la reina del mundo!
(*Interponiéndose a todos*).

¡Basta de disputas necias!
¿La nobleza de la sangre?...
Oíd mi sabia respuesta;
(*Todos la escuchan admirados de su prudencia y saber*).
Todos tenéis su razón;
cada cual en su materia
es Señor y Amo del mundo
y los hombres os respetan,
mas todos necesitamos
apoyarnos con firmeza
unos en otros, y así
es nuestra gloria completa.

HIST.—(*Convencida*). ¡Muy bien dicho!

MAT.—(*Idem*). ¡Es la verdad!

GEO.—¡Qué prudencia!

DIB.—¡Qué maestra!

MUS.—(*Al reconocerla*).
¡Siempre ha sido la Gramática
del saber humano Reina!...
(*Un dulce cantar ahoga sus últimas palabras, permaneciendo todos inmóviles; hay algo de misterio*).

CAT.—(*Dentro, cantado o recitado*)
¡Felices los pobres,
de ellos es el cielo!...
¡Felices los mansos,
que la tierra es de ellos!...
¡Feliz el que llora;
hallará consuelo!...
¡Felices los limpios!...

GRA.—(*Fuera de sí*).
¡Oh, qué dulce acento!...

MUS.—¡Si será algún ángel!...

HIST.—¡Callad! ¡Escuchemos! (*Pausa*).

ESCENA ULTIMA

Aparece el CATECISMO en la puerta de la izquierda, pobre, pero encantador, los pies descalzos, al aire su linda cabellera; viste un delantal morado con una cruz roja sobre el pecho y una banda blanca, lleva en su derecha uvas y espigas, símbolo de la Eucaristía. En su rostro hay un dejo de tristeza, avanza con lentitud recitando las estrofas, las ciencias le siguen con los ojos sin atreverse a hablarle. La luz indecisa va iluminando la escena. Poned todo el candor y toda la belleza de un niño angelical, y ahí tenéis al Catecismo.

CAT.—Llegad, niños, a mí,
soy la voz de Jesús,
del Jesús que murió
por los hombres en cruz.
¡Es mi vida de fe
un reguero de luz,
y mi vida de amor
manantial de virtud!
(*Avanza*).
Soy un ángel de paz,
mensajero de amor;
huye el mundo de mí
porque le hablo de Dios.
De aquel Dios uno en tres,
de su Dios creador,
que a los buenos dará
una vida mejor...
(*Pausa. Luego, avanza hacia la derecha*).
¡Nada puedes sin El
hombrecillo mortal!
Llégate, que es mi bien
enseñarte a rezar.
Si mis leyes son diez
aunque son dos, no más,
siete fuentes de amor
las endulzan. ¡Llegad!...
(*Se oculta ligeramente a la derecha*).

HIST.—(*Admirada*).
¡Qué encanto de niño!

MUS.—(*Id.*). ¡Qué voz tan de cielo!

GRA.—(*Dirigiéndose a* CATECISMO).
(*Con afecto y solicitud*).
¡Niño peregrino!
que del mundo huyendo,
hoy pasas de largo,
¡no te alejes luego!...

GEO.—¡Vente con nosotros!

HIST.—¡Háblanos del cielo!

MAT.—¡Somos tus amigos,
te consolaremos!...

MUS.—¿No oyes nuestras voces?...

GRA.—¡Escucha mis ruegos!
(*Acercándosele*).

CAT.—(*Aparte*). ¡Ah! voces amigas
¡qué dulces acentos
para un desterrado
que mora en el suelo!...
(*Volviéndose con dignidad hacia las ciencias*).
¿Quiénes sois?

GRA.—(*Habla en nombre de todos*)
¡Amigos
tuyos muy sinceros! ...
(*Le indica que se acerque*).
¡Mira, entre nosotros
hallarás consuelo!

CAT. —(*Complacido*). ¡Gracias!
GRA. —Di, ¿quién eres?
(*Todos rodean graciosamente a* CATECISMO *y le van haciendo mil preguntas. Imaginaos un lienzo de la Disputa del Niño entre los Doctores, sustituid los rabinos por un grupo de niños. Es algo así*).
CAT. —¡Soy el testamento
de Jesús, Dios hombre!...
HIST.—¿Tu doctrina?
CAT. — El Credo:
¡verdades sublimes
del Dios verdadero!...
GEO. —¿Tu cuna?
CAT. — ¡Un sepulcro!...
MUS. —¿Es tu patria?
CAT. — ¡El cielo!
MAT.—¿Mandas a los hombres?
CAT. —Sí, con diez preceptos,
mas para cumplirlos
oraciones tengo
y ríos de gracias
llevo aquí en el pecho:
(*Abre su delantal; debajo aparecerá el anagrama de Jesús con siete rayos de luz, símbolo de la gracia y los sacramentos*).
¡mirad!
TODOS.—(*Admirados*). ¡Qué hermosura!
CAT. —¡Son los sacramentos! (*Pausa*).
(*Como soñando*).
¡Nacen a la gracia;
se confirman luego;
Dios Pan es Vianda
para el crecimiento!
MAT.—¡Quién oyó tal cosa!
GRA.—¡Divinos secretos!
CAT. —Y si cae alguno
se levanta presto
con la penitencia.
DIB. —(*Interrumpiéndole*).
¿Y aquello primero
que venías cantando?
CAT. —¡Ah! ¡Es la gloria, el cielo
donde son felices
por siempre los buenos!
GRA.—(*Entusiasmada y resuelta al oírle hablar así*).
¿Quién no ayuda al Catecismo
y hace dulce su enseñanza?...
HIST.—¡Aquí dispuestos estamos
a prestarle nuestras galas!
MAT.—La cuenta que más importa,
la de la última jornada,
Matemáticas hará
que vaya bien arreglada.
GEO. —Enseñaré que este mundo
es una mala posada;
sirvamos a Dios, después
gozaremos de la Patria.
GRA.—Te prestaré mi lenguaje,
mi corrección, mi elegancia.
DIB. —Te haré sensible a los niños
con mis gráficos y láminas.
HIST.—El encanto de la Historia
pondré en todas tus palabras.
MUS. —Yo endulzaré el Catecismo
con mis notas...
CAT —(*Abrumado*). ¡Oh, mil gracias! (*El* CATECISMO *se sube al pedestal y las ciencias le van prestando homenaje de sumisión; entre tanto se va iluminando la escena. Al final, el* HIMNO DEL CATECISMO, *permaneciendo todos inmóviles, simulando un cuadro plástico. Estúdiese de antemano la colocación estética de los personajes*).
HIST.—(*Cayendo de rodillas*).
Por sierva a la Historia mira
ya que el mundo te abandona.
GRA.—Dejo a tus pies mi corona.
(*Lo hace*).
MUS. —Pongo a tus plantas mi lira.
(*Lo hace*).
MAT.—Aquí me tienes rendido
por servirte noche y día.
(*Se arrodilla*).
GEO. —Deja que la Geografía
te rinda el honor debido.
(*Se postra*).
DIB. —¡Eres la luz que ilumina!
(*Arrodillándose*).
GRA.—¡Eres el fuego que inflama!
CAT. —¡Venid a oír mi Doctrina!
¡Ea! ¡El Catecismo os llama! (*El* CATECISMO, *en actitud extática, con los brazos hacia el público, como derramando sus enseñanzas; los demás de rodillas acatándole con respeto. La escena convendría muy iluminada. Himno al Catecismo. Telón rápido*).

A. HIDALGO, PBRO.

N.º 451

Consejos a los padres

A las madres

A vosotras me dirijo,
madres de oscuras hazañas,
las que tuvisteis un hijo
dentro de vuestras entrañas;
las que supisteis cuidarlo
entre desvelos y penas;
las que supisteis criarlo
con sangre de vuestras venas;
las que debéis siempre ser
el ángel de vuestro hogar;
las que enseñáis a creer;
las que enseñáis a rezar;
las que vivís suspirando
con afanes infinitos,
noche y día trajinando
por el pan de los hijitos,
y con semblante risueño
su mitad les entregáis,
y si el pedazo es pequeño
también el vuestro le dais;
vosotras, madres amantes,
fuentes de amores benditos,
¡vivid siempre vigilantes
por el bien de los hijitos!
Quien tanto los sabe amar,
¿ha de tener corazón
para dejarlos marchar
por sendas de perdición?
Prendas que son tan queridas
y cuestan mil sacrificios,
¿quién querrá verlas hundidas
en el fangal de los vicios?
¿De qué servirá criarlos
con cariño maternal,
si logra el vicio arrojarlos
a los abismos del mal?
¡Ay de la madre que olvida
lo que Dios le ha confiado!
¡Ay de la que trae a la vida
un blasfemo o un malvado!
Porque si esa madre ha sido
culpable de tanto mal,
de Dios le caerá en su oído
esta sentencia fatal:
«¡No fuiste mujer bendita
que al mundo dió un hijo bueno,
fuiste víbora maldita
que al mundo diste veneno!»
A vosotras me dirijo,
madres celosas y buenas,
las que dierais por un hijo
la sangre de vuestras venas;
las que lucháis por criarlos
como azucenas lozanas,
¡no os olvidéis de educarlos
con enseñanzas cristianas!
En nombre del Poderoso
que quiso el mundo crear
y de un soplo portentoso
pudiera el mundo arrasar;
en nombre del Dios clemente,
del Padre de los mortales,
cuya mano providente
derrama el bien a raudales;
en nombre del que amoroso
salud y pan nos envía
y desde ese Cielo hermoso
nos manda la luz del día;
en nombre del que las plantas
hace en los campos crecer
y en ellos bellezas tantas
pródigo sabe verter;
en nombre del Dios eterno,
del que del Cielo es la llave,
del que arroja en el infierno
lo que en el Cielo no cabe...
Yo os pido, madres cristianas,
que no entreguéis los hijitos
a libertades insanas,
fuentes de vicios malditos;
yo os pido, madres amantes,
que a los hijos protejáis,
que siempre estéis vigilantes,
porque si en ellos fiáis,
en los abismos abiertos
del mal los veréis caídos,
y es menor mal verlos muertos
que conocerlos perdidos.
No me digáis que ninguna
verlos perdidos quisiera,
pues sé que no hay madre alguna
que tenga entrañas de fiera;
pero alguna puede haber
que no se pare a pensar
que hay un modo de querer
que es un modo de matar.
Cariños mal entendidos
y locamente otorgados
hacen más hombres perdidos
que hombres juiciosos y honrados.
No quiere bien quien halaga
pasiones que en otro viere:
¡el que mayor bien nos haga,
aquel es quien más nos quiere!
Y siendo un bien singular
la educación que nos den
querer bien es educar,
porque es hacernos gran bien.
Sólido bien verdadero,
que al hijo que lo comprenda

le valdrá más que el dinero,
le valdrá más que la hacienda.
Madres de amores prolijos:
si amáis al pueblo también,
no le deis un solo hijo
que no sea hombre de bien.
Vivid, vivid educando;
vivid, vivid reprendiendo:
noche y día vigilando,
noche y día corrigiendo.
Poned el alma en la empresa
de dar buena educación,
que precisamente es esa
vuestra principal misión.
¿Reglas queréis y lecciones
para ese fin conseguir?
Pues sólo en cuatro renglones
se pueden todas reunir:
El hijo en casa ha de ver
ejemplos de bien obrar,
ejemplos de bien hacer
y ejemplos de bien hablar.
Y basta, cristianas madres,
porque bien debéis saber
que lo que fueron los padres
los hijos luego han de ser.
Y si bien los educáis,
mañana os respetarán,
y, si pan necesitáis,
pan y cariño os darán.

A los padres

Vosotros, graves varones,
que jefes sois de un hogar,
mirad que vuestras acciones
los hijos han de imitar.
Mirad que el jefe que mande,
entero al cargo se ofrece,
y tiene un deber más grande
que el súbdito que obedece.
Y rey que ha de gobernar,
si respetado ha de ser,
debe a los suyos guiar
por la senda del deber.
Se debe al hijo querido
algo que al alma alimenta,
algo que es más que el vestido
y el pan que el cuerpo sustenta.
Hijo sin Dios educado
no es hijo respetuoso,
ni puede ser hombre honrado,
padre amante y buen esposo.
Hijo que no ha recibido
cultura de racional,
es un salvaje vestido
con traje de hombre social.
Primero es niño insolente,
groseramente procaz,
dañino y desobediente,
desvergonzado y audaz.
Más tarde será un mozuelo
de esos sin Dios y sin padre,
de esos que escupen al cielo
y escupirán a su madre.
Y, luego, un mozo perdido,
provocativo y vicioso,
con un corazón podrido
y un cerebro tenebroso.
Los hijos que ahora criáis
no son esos, a fe mía;
pero, si no vigiláis,
ya lo serán algún día.

JOSÉ M.ª GABRIEL Y GALÁN

N.º 452

Mirad por los niños

Aun se oye vibrar en el mundo
aquella voz santa
de Jesús, el divino Maestro,
que a los niños invita, y los llama
a que vengan contentos y alegres
a escuchar su divina palabra.
¡Oh, cómo le gusta,
oh, cómo le agrada,
contemplar a sus tiernos pimpollos
exhalando el fervor de su alma!
¡aquí de rodillas
puestos en las gradas
cerca del Sagrario
donde tiene su humilde morada!
Mas ¡ay! que las dulces
constantes llamadas
de Jesús a los padres cristianos
respuesta no hallan
en muchos hogares.
Son aún muchas las casas cristianas
donde hay padres y madres crueles,
que inventando muy fútiles causas
huyen de la Iglesia
y en pos de sí arrastran
a sus tiernos hijos,
desoyendo de Dios la llamada.
Aun hay padres y madres crueles,
que, aunque dicen que a su hijo le
[aman,
son los seres que le hacen más daño,
pues hieren y aun matan
el candor de su alma inocente
con su vida tan poco cristiana,
con sus malos ejemplos continuos
en las cosas sagradas y santas.
¡Pobrecitos niños!
¡Infelices plantas!

Si la luz de la gracia divina
no ilustra su infancia,
si en su alma no brota y no crece
la fe, la esperanza;
si no temen a Dios que es su padre,
y sus santos mandatos no acatan;
yo no sé qué será de esos niños;
pero... no me extraña
que, siguiendo caminos torcidos
y del vicio la senda más ancha,
en justo castigo
hagan a sus padres
la existencia penosa y amarga.
¡Padres, padres, mirad por los hijos!
¡Padres, padres, mirad por sus al-
[mas!
Son capullos de rosa floridos,
todo fe, todo amor y esperanza.
Si queréis obtener hijos buenos,
si queréis ver sus dulces miradas,
si queréis que al llegar el ocaso
de una triste existencia que acaba
no os falten sus dulces cuidados,
y gozosos os traigan la palma
de su amor y cariño sinceros,
cuando ya os circunden las canas,
y la frente se surque de arrugas,
y notéis que la vida se gasta;
si en aquellas horas
tan tristes y amargas
de vuestra existencia,
cuando tanto cariño hace falta,
queréis que los hijos
no os desprecien ni arrojen de casa,
como a algo pesado,
que tan sólo les sirve de carga;
más que amor al dinero, enseñadlos
a mirar con temor por su alma,
a huir del pecado
que la enloda, denigra y la mancha;
a servir a su Dios como a padre,
a temer sus severas venganzas.
Traedlos con vosotros
a la iglesia santa,
a que cumplan sus grandes deberes,
como Dios lo manda;
a aprender de palabra y de obra
la doctrina que educa y que salva.

N.º 453

La madre ejemplar

Rezando a la Inmaculada
Estaba con fe y cariño
Una joven desposada,
Junto a la cuna sentada
Donde dormía su niño.

«Virgen Madre, repetía;
Pues me enseñaste amorosa
A ser Hija de María,
Enséñame, Madre mía,
A ser madre fervorosa.

Quiero inspirarle tu amor...
A ver si el primer clamor
Que su boquita murmura,
Es el nombre de la pura
Santa Madre del Señor.

Quiero que el pecado tema;
Y antes, Señora, que en Vos
Ponga su lengua blasfema,
Caiga sobre él anatema;
¡Su vida quítele Dios!...

Quiero inspirarle el amor
Al trabajo, con mi ejemplo,
Porque pase, ya mayor,
La semana en su labor
Y las fiestas en el templo.

Quiero ser siempre testigo
De sus caminos y hazañas...
No sea que un mal amigo
Desdiga lo que yo digo
Al hijo de mis entrañas.

Quiero ser su guía y luz;
Y así, cuando yo sucumba,
El mantendrá su virtud
Al amparo de la cruz
Que se levante en mi tumba.

¡Virgen, parézcame a ti!...
No sea yo como tantas
Otras madres por ahí,
Que desesperadas vi
Por no acudir a tus plantas.

¿Cómo ayer fué su consuelo
Su mimado pequeñuelo,
Y es hoy su dolor profundo?
Supieron echarle al mundo
Mas no conducirle al cielo...

Y la madre antes cobarde
Es ya inútil que haga alarde
De intempestivo rigor;
Porque es tarde, es ¡ay! muy tarde
Para corregir su error».

Rezando a la Inmaculada
Nuestra joven desposada
Seguía con fe y cariño
Junto a la cuna sentada
Donde dormía su niño.

C. Eguía Ruiz

N.º 454

La fiesta del Catecismo

La fiesta del Catecismo
no es una efímera fiesta;
es una hermosa protesta
de nuestra fe y patriotismo.

Esta juventud de ahora
infunde a la de mañana
la rica savia cristiana,
del mundo libertadora.

Recíbela en su conciencia
esta sociedad futura,
que al sol de la fe más pura
toma briosa existencia.

Y a la lucha del abismo
con la luz acude armada,
pero no con una espada,
sino con un Catecismo.

Con una Ley redentora
que ha de ser el estandarte
que corona el baluarte
de nuestra Fe salvadora.

¡Ley de Cristo!, tú fecundas,
fortaleces, purificas,
acrisolas, glorificas,
y de paz al mundo inmundas.

¡Ley de Cristo!, tú ennobleces,
sanas los entendimientos,
sublimas los sentimientos
y la patria robusteces.

De tu luz divina en pos
seguro va el que camina,
porque todo se ilumina
con el Código de Dios.

En ti por Cristo nacimos
y a Cristo en ti confesamos.
¡Ley de Cristo!: te acatamos
¡Ley de Cristo!: te seguimos.

Nuestro cristiano nacer
traiga cristiano vivir;
nuestro cristiano morir
como el vivir ha de ser.

Tal será nuestra existencia,
¡divino Código viejo!:
tu letra, en la inteligencia;
tu sentido, en la conciencia,
y en las obras tu reflejo.

GABRIEL Y GALÁN.

N.º 455

A los padres de familia

Si yo tuviera un niño pequeñuelo
y quisiera criarlo para el cielo,
con la ayuda de Dios lo lograría;
pero ¡cuánto desvelo
su sana educación me costaría!
Mas si a ese niño candoroso y tierno
lo quisiera criar para el infierno,
¡qué poquito trabajo me costaba
y qué poco desvelo
consumar ese bárbaro delito
de hundir en el infierno a un angelito
nacido para el cielo!
Conozco yo un sistema
de educación moral que nunca falla:
él resuelve el problema
de hacer de un inocente un gran canalla.
Lo primero que al niño prohibiría
era hacerse cristiano ni judío.
¡Cuando fuera hombre, él ya eligiría!
¿Para qué le dió Dios libre albedrío?
(¿He dicho Dios? En fin, se me ha escapado, con el niño hablaría con cuidado.)
Preparado con estos *elementos*,
a una escuela sin Dios lo mandaría
a echar de su carrera los cimientos,
a ilustrarse, a adquirir conocimientos,
en las ciencias del día...
Libre de religiosas *aprensiones*
que achican y acobardan la conciencia
y estorbos son de la moderna ciencia,
que tiende a desterrar preocupaciones,
de un niño en la tierna inteligencia;
indiferente a las místicas *ficciones*
lograría llenar cumplidamente
su evolutivo, racional proceso,
sin beber en más fuente
que en la fuente sublime del progreso.
La segunda enseñanza acabaría
de envenenarme al chico;
allí se le diría
que no era hijo de Dios, sino de un *mico*;
pues no le faltaría
uno de esos maestros de alma impía,
corruptores infames de menores,
que abusan sin piedad de la inocencia,
y le infunden sacrílegos errores
para ganar para el diablo una conciencia.
Una universidad se encargaría
de darle al escolar la última mano...
y cuando pienso que de allí saldría
con alma impía y corazón pagano...
¡Hijo del alma mía!
(¡me espanto ya sin existir el hijo!)
antes Dios te arrancara de mis brazos

que dejarte enredar entre los lazos
que algún sofista cruel te tendería.

... ...

Si con este programa tan sencillo
no resulta el chiquillo
de impiedad un modelo y un aborto
llevando los dogales
de los siete pecados capitales,
¡las orejas me corto!
La moraleja se deduce al vuelo,
y ciego será aquel que no la vea:
si queréis criar hijos para el cielo,
que os los eduque el que en el cielo crea.
Mas si hay ¡qué ha de haber! algún mal [padre
o alguna infame madre
que los quiera criar para el infierno
y recoger bien pronto la cosecha,
que os los eduque el diablo... ¡y cosa hecha!

JOSÉ M.ª GABRIEL Y GALÁN

N.º 456

El catecismo

Hay un libro de gran prez,
que altos principios formula;
libro que sólo circula
en manos de la niñez.
En sus páginas encierra
tan sana filosofía,
que, con sus preceptos, guía
nuestros pasos en la tierra.
Un libro que el sabio admira,
y el ignorante desdeña;
que la verdad nos enseña,
y la virtud nos inspira.
Del bien supremo va en pos
quien sus consejos atiende,
porque ese libro comprende
toda la ciencia de Dios.
Las leyes del Cristianismo,
que hacen al hombre dichoso,
nos da ese libro precioso
que se llama Catecismo.
En él están consignados
nuestros deberes morales,
y los premios eternales
para el justo preparados.
En él se encuentra la luz
y la celestial doctrina
de la persona divina
que nos redimió en la cruz.

N.º 457

La enseñanza del Catecismo

¿Veis a ese joven rumboso,
ignorante y presumido,
mal hablado y bien vestido
lenguaraz y licencioso,
que echándolas de valiente,
blasfema, perjura y miente
con sin igual quijotismo?
Es un joven calavera
que nunca en su edad primera
se ocupó del *catecismo*.

¿Veis a ese pobre bracero,
que en un día de asonada,
por un poco de dinero,
por una copa de vino,
levanta una barricada
y hace alarde de asesino?
¡Infeliz!... No se recela
que ese brutal heroísmo
es un crimen que otro explota:
y es que cuando fué a la escuela
el pobre no aprendió jota,
ni jota de *catecismo*.

¿Veis a ese escritor novel,
que escribe todos los días
una resma de papel
y una resma de herejías?
Pues bien: si a ese gran letrado
tan pagado de sí mismo,
queréis ver atolondrado,
acusadle las cuarenta
y pedidle que os dé cuenta
de un poco de *catecismo*.

¿Veis a ese gran magistrado
que en vez de acosar el vicio,
da libertad al malvado
y al inocente un suplicio;
y, más bribón y canalla
que el reo sobre quien falla,
al crimen y al agio apela
para saciar su egoísmo?
Es que cuando fué a la escuela
se olvidó del *catecismo*.

¿Veis a esa noble señora
a quien la furia insensata
de aparecer literata
interiormente devora?
Pues oíd, esa eminencia
con tantos pujos de ciencia,

con tanto romanticismo
no sabe ¡quién lo diría!
no sabe el Ave María,
ni ha leído el *catecismo*.

¿Veis a esa niña coqueta,
que bufa, llora y se inquieta,
si su madre le reprende,
por decir lo que no entiende
en lugar de hacer calceta?
Pues todo ese espumajeo
que su soberbia revela,
ese febril paroxismo,
es porque va de paseo
en vez de ir a la escuela
a estudiar el *catecismo*.

¿Veis a esa joven mundana
que se enfurece y requema,
que maldice y que blasfema
porque le da la real gana,
porque a estrenar cada día
un nuevo traje no alcanza,
ni a frecuentar una orgía?
Pues el motivo es el mismo:
los padres que la engendraron,
a danzar, sí, la enseñaron,
mas nada de *catecismo*.

¿Veis a ese gran jugador
y a ese procaz libertino
que ha perdido en el casino
su renta, vida y honor;
que tras afanes prolijos,
y al voltear la ruleta,
ha perdido en una noche
el oro de su gaveta
y hasta el piano y hasta el coche
de su mujer y sus hijos?
Pues bien su loca niñez,
presagió ese cataclismo
cuando por jugar, tal vez
a la brisca o la rayuela,
se escapaba de la escuela
y huía del *catecismo*.

De modo y en conclusión;
y para decirlo en prosa,
los hombres son lo que son
más bien por educación
que por cualquier otra cosa;
y la ciencia del letrado
y el sable del cesarismo,
no harán jamás que el malvado
llegue a ser un hombre honrado,
si no sabe el *catecismo*.

L. MARTÍN, S. J.

N.º 458

La escuela sin Catecismo

Siñor Cura: ayer mi contaron
una cosa que no quió creerla;
mu jonda, mu grave,
mu seria, mu seria,
que me jizu temblar como un neni
y llenar de coraji mis venas:
algo asín, como planis del diablo
algo asín, como intentos de fiera;
¡mentira paece!
que haiga hombris tan malos que quieran
arrancar de los pechos cristianos
las santas creencias!...
Yo no puedo creer, siñor Cura,
que se pueda quitar de la escuela
la Cruz bendecía,
la Cruz que nos muestra
ondi Dios padeció sus tormentos
por culpas ajenas;
esa Cruz que adoraron mis padres,
y a sufrir me enseñaron en ella;
esa Cruz que nos da los consuelos
esa Cruz que nos quita las penas,
que a los ricos les jaci ser güenos
y a los probes nos da la pacencia.
¡Yo no quiero pensar, siñor Cura,
de pensarlo las carnis me tiemblan!
¡yo no puedo creer que a los niños
tan mal se lis quiera!...
... ...

La genti que sabe,
los hombres que enseñan,
no se cansan de hicir que hay un libro
ondi cada letra
vale más que el tesoro más grandi
que tieni la tierra;
chiquitín, pero guarda en sus hojas
la mijor y mayor de las cencias:
el saber salvarse
pa cuando uno muera.
Un librinu que jaci a los hombres
amarse de veras;
medecina de tós los pesares
esperanza de toas las tristezas,
ondi Dios, por amor que nos tieni,
nos marcó la senda,
pa subir a los cielos benditus
y podernos sentar a su vera;
¡eso es lo que quierin
que el niño no aprenda!
¡eso dicen que quierin los malos
quitar de la escuela!
¡Mire V. si es grave
ya ve V. si es seria

la noticia que ayer me contaron
y que yo no he pensao ni en creerla!

¿De qué ha de servirles
que vayan y vengan,
si les han de ensiñar solamenti
a jacer gurripatos y cuentas,
a decir los lunaris del cielo
y los maris que tieni la tierra?
¡lo primero es saber Catecismo!
pues sin él, lo demás que se aprenda,
a mi modo de ver, son fanfarrias
que levantan dolor de cabeza.
Doctrina, doctrina
que luego aprovecha
pa vivir como Cristu nos manda
con amor, esperanza y pacencia.
Eso es lo que quiero
que mis nenis sepan.
A eso quió que vayan
eso quió que aprendan
a jacersi güenos
pa que Dios los quiera.
Y si acaso los malos consiguen
lo que dicen que quieren y piensan,
siñor Cura, mis hijos no güelven
a pisar ya jamás en la escuela.
... ...

EUGENIO YEBENES

N.º 459

El Catecismo

I

Para ser en el mundo
Un poco sabio,
Hay que leer muchos libros
Muy abultados;
Y aun así y todo,
Suelen saber los hombres
Poco, muy poco.
Mas para ser un hombre
Honrado y bueno,
Un libro sólo basta,
Y él muy pequeño.
Ese librito
Es éste qua aquí traigo,
«El Catecismo».
Al que sepa este libro,
Si lo practica,
San Pedro abre las puertas
Que al Cielo guían;
Pero las cierra
A todo el que este libro
Santo desprecia.

II

Cuentan que murió un día
Una señora
Muy sabia; y allá arriba,
Muy orgullosa,
Dijo a San Pedro
Que le abriera las puertas
Luego del Cielo.
Preguntóla San Pedro
Que qué sabía,
Y ella respondió al punto:
«Yo soy florista,
Soy bordadora,
Sé tocar el piano,
Y sé hacer blondas.»
«Sé diecisiete lenguas,
Filosofía,
En fin, de toda España
Soy la más lista,
Y no hay colegio
Que mi nombre no tenga
Por el primero.»
Y San Pedro le dijo:
«Pues, si es tan lista
También sabrá V. un poco
de la Doctrina.»
Mas la señora
Se quedó a tal pregunta
Como una tonta.
Y respondió a San Pedro:
«Nunca he querido
Aprender ni una línea
del Catecismo;
Pues las señoras
Como yo, no se cuidan
De tales cosas.»
Replicóla San Pedro:
«Ya se conoce;
Así ha hecho V. tan malas
Las confesiones;
Así ha vivido
Sin acordarse nunca
De Jesucristo.»
«Pues mire V. ahora,
Ya que no quiso
Aprender lo que enseña
El Catecismo,
Vaya V. presto
A pagar sus pecados
En el infierno.»
«Que aquí ya no se gastan
Ramos ni encajes;
Para cantos y toques
Sobrán los ángeles,
Y en cuanto a lenguas
Aquí todos hablamos
En una mesma.»

«Verá V. allá qué teclas,
Y qué solfeos,
Hay en todas las lenguas
Del universo;
Arman un baile
De todos los demonios
Los que allí caen.»—

Apenas dijo esto
El Santo Apóstol
Aparecen al punto
Cuatro demonios,
Que condujeron
A la sabia señora
Al fuego eterno.

III

Murió luego una niña,
Y muy humilde,
Se presentó a San Pedro
Y así le dice:
«Santo Portero,
Pídote que las puertas
Me abras del cielo.»

San Pedro le responde
Con voz muy tierna:
«Niña, ¿qué has aprendido
tú allá en la tierra?»
«Señor, yo sé muy poco,
Sé... la doctrina.»—

Replicóla San Pedro;
«Ya se conoce;
Así has hecho tan buenas
Las confesiones;
Por eso has sido
Tan buena y tan amante
De Jesucristo.»

«Lo demás en el cielo
Vale muy poco;
Y aun eso aquí se aprende
Verás qué pronto.
Entra aquí... mira...
Aquél es... Jesucristo
Vete allá, niña.»

Esto que dijo apenas
el Santo Apóstol,
Vienen cuatro angelicos
Los más hermosos,
Y alta, muy alta,
A la niña dichosa
Suben en palmas.

N. N.

N.º 460

La cotorra

Era un padre don Gil tan mentecato,
y en educar a sus hijos fué tan nulo,
que la negra impiedad, el desacato
hallaban a sus ojos disimulo:
siendo siempre su frase acostumbrada:
¡pse! cosas de la edad: ¡*Eso no es nada*!
Tantas veces soltó la frasecilla,
que la aprendió a decir una cotorra;
aplicando tan bien la taravilla
que, apenas siente la infernal camorra
que suscitan los chicos, la taimada
entona con afán ¡*Eso no es nada*!
Mas los niños se hicieron zagalones
y a su padre devoran a pesares.
Y cuando el infeliz sus aflicciones
sin consuelo lamenta por millares,
execrando a su prole malhadada,
la cotorra repite: ¡*Eso no es nada*!
Ya de un hijo se encarga la justicia
por no sé qué fraude o violencia;
ya del otro recibe la noticia
de que herido salió de una pendencia;
y, al maldecir su suerte desastrada,
cántale la cotorra: ¡*Eso no es nada*!
Pero, al cabo, ya es fuerza que se enoje,
y en sus hijos la cólera desfoga.
Mas uno, el más audaz, al padre coge,
y, entre sus manos, con furor le ahoga.
Y, al despedir el ánima angustiada,
la cotorra le dijo: ¡*Eso no es nada*!
¡*Ay, padres, madres*! *que en piedad, en orden*
no educáis vuestros hijos; ¡*indolentes*!
Cuando, al fin, en los vicios se desborden,
serán vuestros verdugos inclementes;
y caro pagaréis la inocentada
de decirles a todo: ¡ESO NO ES NADA!

C. F.

N.º 461

La escuela laica

Hablaba el maestro
de fauna y flora,
y estaba la clase
callada y absorta;
habríase oído
volar una mosca.
De pronto un pequeño
de cara redonda
y de ojos azules,
Pepito Ibarrola,
le dijo al maestro:

—¿Usted me perdona
si yo interrumpiendo
pregunto una cosa?
—Y ciento que quieras
que yo te responda.
—Pues bien, diga V.
¿quién hizo las rosas,
quién hizo las aves,
quién hizo las rocas?
—Pues nadie, sí, nadie...
se han hecho ellas solas.
—¿De veras?—De veras.
—V. habla en broma.
—Yo siempre hablo en serio,
señor de Ibarrola.
—Pues mire, mi madre,
cuando hace unas sopas,
las hace con pan
del seco que sobra,
y un ajo y aceite,
y sal de la gorda;
y, ¡vamos! yo creo
que hacer unas rosas,
y hacer unas aves,
y hacer unas rocas,
es más, más difícil
que hacer unas sopas...

La fe de la santa
Iglesia Católica,
cuando alguien la apaga
se enciende ella sola.

A. B. ALFARO, maestro

N.º 462

El niño sabio

(*o el catecismo*)

Los sabios, con gran desvelo,
estudian la ciencia humana;
y yo estudio al Dios del Cielo
en la doctrina cristiana.
¿De qué le sirve a los sabios
estudiar tanto librote,
si no pronuncian sus labios
de Jesús el santo nombre?
Y yo sé más todavía
que los sabios de la tierra,
con esa sabiduría
que en la doctrina se encierra.
Por todo lo cual, yo mismo
puedo cerrarles los labios
a esos impiotes sabios,
porque me sé el Catecismo.

N.º 463

Dos escuelas

Alzábanse cierto día
discutiendo frente a frente
dos escuelas: la creyente,
y la demagoga impía.
—Esta, yo enseño, decía,
la moral sin Religión,
la ciencia de la razón
que cifra sus ideales
en los goces materiales
de la vida y su expansión.
—No; la vida es algo más,
dijo la escuela cristiana;
reflexiona bien, hermana,
y al fin te convencerás.
Tú caminas hacia atrás,
pues que de tu Dios te alejas,
y aunque tu impiedad reflejas,
contéstame de buen modo:
si a la materia das todo,
al espíritu ¿qué dejas?
—Del orden espiritual
yo la quimera rechazo
y solamente me abrazo
con la vida material.
—Pues tu mezquino ideal
no ofrece ningún consuelo;
alzas en vano tu vuelo
por declararme la guerra,
¡tú vas mirando a la tierra
y yo voy mirando al cielo!

P. GOBERNADO

N.º 464

La señal de la cruz

¡Qué bello el primer recuerdo
que vive en la mente mía!...
¡Era yo muy pequeñito!...
Apenas si balbucía
esas voces misteriosas
con que un niño dice tanto
a su madre, que en mirarle
tiene cifrado su encanto;
cuando de pie en el regazo
de la mía, que tomaba
mi manita entre las suyas,
por primera vez rezaba
las oraciones del niño,
capullitos de candor,
conversación sin palabras
que sólo entiende el amor...
Ella decía los nombres

de Jesús, José y María;
yo intentaba repetirlos...
y ¡qué cosas no diría!
que mamá reía mucho
y se me comía a besos
como queriendo pagar
con cariño mis progresos.
Para hacer «Por la señal»,
cogíame de la mano;
y, entretanto que trazaba
en mi frente de cristiano
la cruz santa, me decía:
«Sé limpio de pensamiento
que pueda siempre el Señor
mirarse en tu entendimiento».
Y luego una nueva cruz
sobre mis labios delgados
trazaba con mis deditos
de los suyos ayudados,
a la vez que me advertía:
«Y que tus palabras puras
sean más que lo es la nieve
que corona las alturas».
Por último una tercera
cruz sobre mi pecho hacía,
y estrechándome en el suyo
con lágrimas me pedía:
«Fueran puros mis amores
para ser dignos de un Dios
que se apacienta entre flores».
Y dichas estas palabras,
como queriendo leer
en mis ojos la respuesta
en que prometiera ser
tan bueno, al punto exclamaba:
«Te adoro, mas ten por cierto
que antes que verte en pecado
te quiero mil veces muerto...»
Y otra vez sobre mi frente
volvía a trazar la cruz,
como escudo que guardara
del pecado mi virtud...
Este es el primer recuerdo
que vive en la mente mía,
como estrella luminosa
que hacia Dios mis pasos guía.

S. LERCHUNDI

N.º 465

Las cruces

I

Santas cruces, santas cruces
que alzaron nuestros abuelos
desde el pueblo a la colina
que se alza orilla del pueblo,
conmemorando el sublime
sacrificio del Cordero;
poco a poco, santas cruces,
¡vais cayendo! ¡vais cayendo!
Y, conforme caéis... caen
la paz del hogar doméstico
y la paz de la república
que a vuestro pie florecieron!

II

Los que la triste estadística
del crimen vais inquiriendo
por aldeas y ciudades
para impedir su progreso,
en vez de ir al consistorio
con tan generoso intento,
id a la santa colina,
que se alza orilla del pueblo,
y os dirán, mejor que estados
y judiciales procesos,
las cruces que halláis caídas
¡cuántas virtudes cayeron!

III

Noble tierra de Cantabria
en cuyos verdes oteros
la religión y el trabajo
tienen altares perpetuos;
aun en tus oteros se alzan
reverenciados y enhiestos
los piadosos simulacros
que alzaron vuestros abuelos.
Noble tierra de Cantabria,
cuida de ellos, cuida de ellos,
que cuando las cruces caen...
¡Ay de los pueblos!

ANTONIO DE TRUEBA

N.º 466

Garabatos

Cierto día vió un santo en la iglesia a un demonio que estaba acurrucado junto a la pila del agua bendita.

—¿Qué haces ahí desventurado?—le dijo—¿cómo te atreves a acercarte a este sitio, donde los cristianos se arman con la señal de la santa Cruz?

—Yo huyo, respondió el diablo, de la Cruz; pero estos cristianos no hacen Cruces, sino garabatos.

N.º 467

¡Por la señal!...

¡Callad! que se duerme el niño;
Ya sus pupilas inquietas,
Como el pájaro en las ramas,
Bajo sus párpados tiemblan.
¡Mirad su frente! Es un cielo
Sin nube que lo oscurezca.
¡Chitón! Ya se acerca el Angel
Que por los ángeles vela,
Blanca es la cuna del niño,
Blanca su frente serena,
Blancas sus manos de nieve,
Y como flecos de estrellas
Son las alas del querube,
Del Angel de la inocencia.

Antes de dormirse el niño,
Con su manecita bella
Rozó el jazmín de su frente
Rimando dulce poema:
El granate de sus labios
Dejó rodar como perlas
Los ecos de una plegaria,
Cual beso de madre tierna.

«¡Por la señal!»—dijo el niño
Moviendo la cabellera
Rubia como los trigales
Que olas de fuego semejan.
Y el signo de los cristianos,
La cruz, ¡redentora eterna!,
Lució como luce el iris
En medio de las tormentas.

Duerme el niño, vela el Angel,
La madre, piadosa, reza
Con los ojos en el cielo
Y la rodilla en la tierra.

—Señor — balbuciendo dice,
Con voz triste cual la pena,—
¡Vela por mi pobre niño!
¡Consérvale su pureza!
Y si en los mares del mundo
Borrascas y odios le esperan,
Si la desgracia le aguarda,
Si el mal, cobarde, le acecha,
Si en el fango de la vida
Se ha de manchar su alma buena
¡Por tu Cruz! «¡Por la señal!»
Que su frente guarda y vela...
¡Haz que no despierte el niño!
¡Haz que eternamente duerma!

M. R. Blanco Belmonte

N.º 468

El crucifijo de mi escuela

Visité mi escuela:
la pequeña mansión de aquel pueblo
donde yo aprendí tantas cosas
a la voz de un querido maestro.
Declinaba una tarde de marzo.
Los gorriones llenaron un cedro
que asomaba su pardo ramaje
por los viejos tapiales del huerto.
Un rayo de oro
ilumina el vacío testero
de un dosel sin Cristo,
como cuna de niño pequeño.
—¿Han quitado la Cruz? —le pregunto
al maestro, que llega a mi encuentro.
—Sí, señor, ha poco
recibimos urgente decreto...
—¡Aquel Santo Cristo
bajo cuya sombra creció el pueblo entero!
Aquellos sus ojos
de rayos de cielo
que miraban con dulce tristeza
a su Madre que llora en silencio.
Sus labios marchitos,
siempre bendiciendo
a todo el que implora la santa clemencia,
a los mismos que en Cruz le pusieron.
Ya no irradia sagrados fulgores
aquella su llaga del costado abierto,
y los brazos tendidos que dicen:
«dejad que se acerquen a mí los pequeños».
¡Oh, Jesús, Crucifijo bendito!
¿Dónde, dónde, Señor, te pusieron?
¿Dónde fué tu divina enseñanza?
¿Dónde fueron tus sabios preceptos?
¡Cruz bendita, bandera de Cristo,
esperanza de niños y viejos!...
¿Dónde fuiste a parar, santa enseña,
que hizo grande a mi patria y mi pueblo?
Si le quitan amores al niño,
¿qué pondrán en el pobre pequeño?
Y el amor sólo Cristo lo enseña
al morir, con los brazos abiertos.

... ...

Me ausenté de la escuela muy triste,
miré hacia los niños, volvíme al maestro,
y bajaron los ojos temblando
y, al cerra sus pupilas, comprendo...
Una voz interior me decía:
«Lo llevamos aquí en nuestro pecho...»
un rayito de sol de esperanza
se cruzó en mi pensar como un beso.

Ramón Tinao Benedí

N.º 469

La cruz del peregrino

Sorteando abismos escalaba el sendero la montaña.

Era angosto, escarpado, pedregroso, mas guiaba a las cumbres.

Por él, con vacilante andar, subía un peregrino, abrumado bajo el peso de una cruz.

Palidecía el cielo y ascendían las sombras desde los hondos valles.

Gemía el viento su endecha pavorosa, y el paisaje yermo se tornaba fatídico.

El caminante se dejó caer desfallecido en medio de la senda y murmuró angustiado:

—¡Oh, cuán pesada es la cruz que Dios me dió!... Bien sé que para asemejarnos al Maestro tenemos que llevar cada uno nuestra cruz; pero la mía es muy áspera y dura, y yo no tengo fuerzas para arrastrarla más... ¡Oh, Señor, tened piedad de mí; aligerad mi carga!

Se quedó dormido...

*
* *

Una luz grande envolvió las montañas y los abismos.

Por la árida senda bajaba el Redentor.

Llegó al caído y le habló con voz acariciante.

—¿Quieres cambiar de cruz?

—¡Oh, sí, Dios mío!... Soy pobre, estoy cansado; la vida se me acaba. Hace muchos años que soporto ese peso tan cruel... Con todo, amo mi cruz porque viene de Vos; pero...

—Acércate conmigo—le interrumpió Jesús.

El afligido se vió ante una vasta gruta y escuchó estas palabras del Maestro:

—Ahí están reunidas todas las cruces que en mi misericordia deben abrir las puertas de los Cielos a los hombres; deja la tuya en tierra y escoge la que sea de tu agrado.

Avanzó el peregrino y se detuvo atónito.

Eran innumerables y tremendas las cruces soportadas desde el principio del mundo, y que habían de ser distribuídas hasta el fin de los tiempos.

Durante largo rato fué palpándolas con sus débiles manos y hacía por alzarlas, probando su peso, y las iba dejando.

Allí estaba la cruz de los remordimientos, la de la envidia, la de la ingratitud, la de la desunión de la familia... La cruz de la enfermedad, la de la humillación, la de la calumnia, la de los amigos traidores y falsos, la del dolor de la persona amada.

Y, al dar con cada una de ellas, iba diciendo el hombrecillo flaco:

—No, ésta no... ¿Y ha de ser preciso que cargue con alguna?...

—Si no hay cruz en la tierra, no habrá corona en mi eterno reino —le animaba Jesús.

El peregrino seguía rebuscando y como al fin, descorazonado, acobardado, bajase la cabeza, le inspiró la voz dulce:

—¡Mira!

Cerca de él, en el suelo, yacía una cruz misteriosa que atrajo sus miradas y sus brazos.

La levantó hasta sí y suspiró contento del hallazgo:

—Creo que ésta me será más suave... Pesa un poco; pero todas las otras son terribles... ¿Puedo, Señor, tomarla para mí?

—Tómala—le contestó Jesús.

El peregrino, al colocarla sobre sus hombros, lanzó un grito. Aquella era la suya, la cruz que Dios le había dado en su misericordia, la que él llevaba ya, la que había rechazado como excesivamente abrumadora.

*
* *

Despertó gozoso y continuó su ruta.

El sendero seguía áspero y en sombras; pero el cielo rutilaba costelado de estrellas, como una evocación de los santos y eternales alcázares, donde el peregrino vería florecer en rosas de alegría inacabable el leño de la cruz.

J. LE BRUN

N.º 470

La señal del cristiano

Los personajillos de esta escena, *Ninín, Paco, Pepín* y *Manolo,* son cuatro amigos que se quieren como hermanos; juntos van a la catequesis los domingos; juntos están practicando los primeros viernes y hasta juegan juntos después de visitar muy formalitos a su amigo Jesús, el del Sagrario de la Parroquia, que es íntimo amigo de los cuatro y los cuatro de El.

Hoy los vamos a sorprender en el patio-jardín de doña Ramona, la mamá de *Ninín,* el más angelical de los cuatro. Aparece en escena *Ninín,* solo, entretenido en hojear una revista infantil, sentado en un taburete del patio. Un momento de silencio.

NIN. —(*Levantando los ojos de la revista y hablando consigo mismo*).
¡Qué bien escribe este niño!
(*Vuelve a leer*) (*De repente*)
¡Parece que tarda Paco!

MAN.—(*Llamando a la puerta*).
¡Tan, tan, tan!...

NIN. —(*Saltando del asiento*).
Ya está ahí. ¿Quién?

MAN.—(*Desde fuera*).
Abre, Ninín, ¡soy cristiano!

NIN. —¡Ah! ¡Es Manolo!... En se-
[guida...
(*Va hacia la puerta y abre*).

MAN.—(*Entra y observa*). Pero ¿Pa-
[co?

NIN. —No ha llegado.

MAN.—(*Disgustadillo*).
¿No quedamos que a las
seis?

NIN. —¡Anda, siéntate entre tanto!
(*Se sienta*)
¿Fuiste ayer a la Doctrina?

MAN.—¡Jamás, Ninín, he faltado!
(*Levantándose*).

NIN. —(*Con pena*). ¡Y yo que no
[pude ir!...
Manolo, di ¿qué explicaron?

MAN.—Pues la señal de la Cruz.

NIN. —Que es la señal del cristiano:
porque es figura de Cristo
en ella crucificado.

MAN.—¿Sabes, Ninín, qué nos dijo?
(*El catequista*).
pues, nada; nos llama a cuatro
y a cada cual pone un nombre:
(*Lo hace según lo dice, como si fueran cuatro*).
mira, tú serás la mano,
tú la lengua, la cabeza,
el corazón... (*Se asoma Ninín por la puerta*).

NIN. —¡Calla! ¡Paco!
¡Y viene también Pepín!

MAN.—(*Va hacia la puerta y palmotea de gusto*).
¡Admirable! Somos cuatro!
(*A Paco que entra*).
¿Cómo has llegado tan tar-

PAC. —Por visitar el sagrario: [de?..
¡como Pepín es tan bueno!
y tuve que acompañarlo.

NIN. —(*A Paco*). Así se hace.
(*A Manolo*). Anda, sigue.

PAC. —(*Todo inquieto y con ganas de jugar*).
Bueno, bueno... ¿a qué ju-
[gamos?...

MAN.—Quiere Ninín que le explique
lo del domingo pasado.

PAC. —¿Cuál? ¿La señal de la cruz?

PEP. —¡Hagámosla entre los cuatro!
¡Yo soy la lengua!
(*Con mucha viveza*).

PAC. —(*Todo esto jugando*).
¡Yo, cabeza!

MAN.—¡Yo, corazón! (*A Ninín*).
Tú, la mano.

NIN. —Pero ¿qué tengo que hacer?

PAC. —Chico, ¿ya te has olvidado?

MAN.—¡Si no estuvo en la doctrina!

PEP. —Pues, mira, Ninín, la mano
es para trazarla bien (*Lo hace*).
La lengua irá pronunciando
con claridad las palabras.
(*Repite despacio y con distinción la forma*).

PAC. —Yo, cabeza, iré pensando
en los divinos misterios
que nos recuerda.

MAN. —Y en tanto
el corazón ama a Cristo
que en Cruz murió por sal-
[varnos.

PEP. —¡Ea; Manos a la obra.
¡Jesús nos está mirando!
(*Se colocan los cuatro en semicírculo mirando al público*

y todos a compás van practicando sus oficios: Ninín traza la cruz muy despacito. Pepín va diciendo las palabras; Paco, cruzado de brazos, está pensativo, y Manolo con las manos juntas delante del pecho, ama interiormente a Jesucristo).

NIN. —La cruz es nuestra bandera.
(*Saca del pecho su crucifijo y lo besa*).
¡Jesús mío, yo os amo!

PEP. —(*Se arrodilla ante el crucifijo de Ninín y lo besa después de haber dicho*):
¡Te doy gracias, Jesús mío,
porque me hiciste cristiano!

PAC. —(*Se acerca también a besarlo*).
¡Hagámosla siempre bien
al dormir y al levantarnos!

MAN.—(*Besando el crucifijo*).
Jesús triunfó con la Cruz,
con la Cruz triunfa el cris-
[tiano.

PEP. —¿Qué?... ¿La hacemos otra
[vez?...
(*Todos asienten y vuelven a*
[*repetirla*).

MAN.—Ahora, juguemos un rato.
(*Una venia modesta al público y se retiran*).

ARGIMIRO HIDALGO

N.º 471

El misterio de la SSma. Trinidad

En las riberas del mar
se paseaba Agustino;
altos pensamientos tiene,
hijos de su genio altivo.
Lo que presume entender
ningún mortal lo ha entendido:
cómo es Dios uno en esencia,
siendo en las personas trino.
Cuando está pensando en ello,
volvió el rostro, y vió que un niño
sentado estaba en la arena,
a los pies de un pardo risco;
ensortijado el cabello,
largo, crespo, rubio y rizo,
y en dos estrellas por ojos
engastados de zafiros;
como marfil terso el rostro,
y de rubíes ceñidos
los labios, que parecían
venda de grana de Tiro.
En sacar agua del mar
el niño está divertido
con una madre de perlas,
concha de su nácar limpio.
—¿Qué haces, dice Agustín,
niño hermoso, en este sitio,
que me da pena, si acaso
vas de tus padres perdido?
—No estoy en vano, responde,
que reducir solicito
el mar inmenso que ves
a este pequeño resquicio.—
Agustino le responde:
—No te canses, niño mío,
que es imposible agotar
el mar inmenso en mil siglos.
—Pues lo mismo me parece
que hacéis vos, padre, le dijo;
porque es saber lo que es Dios
proceder en infinito.
Que como el mar Oceano
no es posible reducirlo
con esta concha a esta quiebra
ni agotar su inmenso abismo,
así vos el mar de Dios
eterno e incircunscrito
con vuestro ingenio mortal,
aunque ingenio peregrino.—
Quedó Agustín admirado,
y humildemente advertido,
que no fuera Dios quien es,
si fuera Dios entendido.
Quiso al niño responder,
y no le halló cuando quiso,
desengañado que Dios
no cabe en mortal sentido.
Desde entonces escribió
que era más seguro asilo
el creer que el entender,
que Dios se entiende a sí mismo.

LOPE DE VEGA

N.º 472

Meditación

¿Yo para qué nací? Para salvarme;
que tengo de morir es infalible;
dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿Y río y duermo, y quiero
[holgarme?
¡Posible! ¿Y tengo amor a lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En
[qué me encanto?
¡Loco debo de ser, pues no soy santo!

FR. PEDRO DE LOS REYES

N.º 473

Al impío

Sabio que nunca te humillas
y estudias, para negarlas,
las celestes maravillas;
¡a Dios se va de rodillas!
¡y tú no sabes doblarlas!

Ni tu ciencia analizarlo,
ni tus ojos pueden verlo,
y en vano esperas hallarlo
si en vez de reverenciarlo
te empeñas en comprenderlo.

¿Abarcar quiere tu mente
lo infinito?—¡Estás lucido
si ignoras, pobre demente,
que ha de ser lo continente
mayor que lo contenido!

En vano será que gires
del uno al otro confín
y que obcecado delires;
por donde quiera que mires,
¿no has de hallar a Dios al fin?

¡En vano entre los escombros
de una y otra religión
buscas prodigios y asombros
si no nacen en tus hombros
las alas de la oración!

Con ellas se tiende el vuelo,
con ellas se alcanza todo;
mas tú, sin mirar al cielo,
te revuelcas en el suelo
como un reptil en el lodo.

Desde él, con cerviz enhiesta,
lanzas a la eternidad
tu irreverente protesta,
como tu saber, compuesta
de soberbia y ceguedad.

Pero Dios, a quien provoca
tu voz moviéndole guerra
desprecia tu furia loca,
y al fin te tapa la boca
con un puñado de tierra.

F. Balart

N.º 474

Dos visitas

I

—Abre, que llaman... ¡Qué pasa!
¿A qué viene ese temblor?
¿Quién es?
—¡La Muerte, señor!
—Dile que no estoy en casa.
—Es que veros le precisa.
—Despáchala.
—Vano intento.
—Dile que aguarde un momento.
—Dice que viene de prisa.
—Pues hazla entrar, y los dos
nos arreglaremos.
—¿Sí?
—Voy al instante.
—¡Heme aquí
que vengo en nombre de Dios!
—¿Y podré saber, señora,
qué os trae tan de repente?
—Anunciarte solamente
que ya de partir es hora.
—¿Quién marcha en tales instantes,
estando tan mal dispuesto?
—Para disponerte a esto,
ya tuviste tiempo antes.
—¡Yo, señora!...
—No oigo más.
Ven, que ya impaciente estoy.
—Mas... decidme... ¡a dónde voy!
—¡Infeliz, ya lo sabrás!

II

—Llega a casa en este instante
la Muerte que quiere verte.
—¡Ah! ¿nuestra amiga la Muerte?
Dile que pase adelante.
—Dispensa, buen caballero,
si te hice mucho esperar.
—Sí, ¿por qué lo he de negar?
Hace mucho que os espero.
—Es que me detienen...
—¿Quién?
—Los que hallo sin contrición.
—¿Y son muchos?
—Muchos son,
pues muy pocos viven bien.
—¿Y cómo me halláis a mí?
—De un modo tal que me place.
—¡Ay Muerte, qué frío hace
desde que estáis vos aquí!
—Es que se acerca la hora
que marca el reloj divino
para emprender el camino.
—Pues cuando gustéis, señora.
—Falta un instante no más.
¿Estáis dispuesto?
—Lo estoy;
mas... decidme, ¿a dónde voy?
—No temas; ya lo sabrás.

Julio Alarcón, S. J.

N.º 475

Las campanas

Hay en el campanario cuatro ventanas
y en ellas suspendidas cuatro campanas.
Con voz aguda a veces y a veces grave,
cosas hablan que el labio decir no sabe;
pero, si atento escucho, bien pronto advierto
que unas tocan a gloria y otras a muerto.
Dicen las dos menores: «¡Cantad victoria:
hoy el alma de un niño vuelve a la Gloria!»
Dicen las dos mayores: «Hoy, muda y grave,
va un alma desprendida... ¿dónde?... ¡Quién
[sabe!»
Y así alternando, tocan, en turno incierto,
unas veces a gloria y otras a muerto.
Yo sé que, ya remotas o ya cercanas,
siempre he de oír las voces de las campanas;
mas ¿quién sabe, en su turno, siendo tan va-
[rio,
qué tocarán los bronces del campanario?
Yo, por más que medito, jamás acierto
cuándo ha de ser a gloria ni cuándo a muerto.
¿Qué importa? En los espacios desvanecido,
su clamor siempre es eco de algún gemido:
recordando en qué para la humana escoria,
siempre al mundo repiten la misma historia;
y, ya alegres, ya tristes, ello es lo cierto
que, aunque toquen a gloria, tocan a muerto.

FEDERICO BALART

N.º 476

Matemáticas y dogma

Dos mas cuatro son seis. Las matemáticas
son exactas, a fe.
—¡Pero ese es un criterio intransigente!
¿No podría tal vez
ceder la ciencia, haciendo, *verbigracia*,
dos más cuatro igual tres?
—Ni tres, ni dos, ni cinco, ni siquiera
seis menos una décima... Son seis:
¡Seis ni menos, ni más!... ¿A dónde iríamos
si pudiese ceder?
... ...
Misterios, dogmas, prácticas, verdades
enseñadas al mundo por Aquel
que es la Verdad Suprema, donde toda
verdad se encierra, así tienen que ser:
¿queréis que se acomoden y transijan
y cambien a merced
de las necias mudanzas de los hombres?
¡Eso no puede nunca suceder!
En la pura doctrina revelada,
como en la fórmula equis, hache o be,
la verdad ha nacido intransigente;
¡dos más cuatro son seis!

RAM DE VIU

N.º 477

Yo soy librepensador

En un coche del tranvía,
con tono amenazador
cierto cubano decía
—Yo soy librepensador.
—¿Sabe usted lo que se pesca?
al oírle repliqué.
—Sí, señor; mejor que usté;
y armamos allí tal gresca
que, si no entra el conductor
e intervienen dos riojanos,
llegamos pronto a las manos
según subía el calor.
—¿Quién puede impedirme a
[mí
el pensar lo que yo quiera?
—La razón; y si no, ¡fuera!
¡fuera muy pronto de aquí!
¡pues podía usted pensar
que yo debía ir a pie,
y pronto de aquí bajar
para ir más ancho usté,
o que ese corcel salvaje
aquí debía subir
y usté en su lugar salir
para tirar del carruaje!
Bajó entonces la cabeza
el piensista, avergonzado,
y un joven muy bien portado
dijo a la vez con firmeza:
—«Muy bien, muy bien, caba-
[llero,
discurre usted de lo lindo,
el olmo no será guindo,
aunque lo piense el viajero;
ni el Este será Poniente;
ni el Septentrión, Mediodía;
ni la tristeza, alegría;
ni el súbdito, independiente.
Que venga Giordano Bruno
y diga si es racional
pensar si es honrado el tuno
y el orden perjudicial;
que se ha hecho la tierra sola,
que seis y diez son veintiuna,
una gran torta la luna,
y el sol un queso de bola;
que hacer distinción no es jus-
entre lo malo y lo bueno; [to
que es sólo cuestión de gusto
tomar la tríaca o veneno;
que es una necesidad
el robo y asesinato
para vivir más barato
y mejor en sociedad;
o que el libre pensador,

como ser excepcional,
estaría encantador
con la albarda y el ronzal.
¿Quién puede, amigo, pensar
tamañas majaderías,
ni para broma apuntar
tan bárbaras teorías?
¿Ve usté? El libre pensamiento
no es más que pura patraña
con que al tonto se le engaña,
y más si está descontento.
—¡Bien dicho! exclamó el rioja-
al parecer más baturro, [no,
y yo añado que es un burro
quien piensa como el cubano.

J. C. B.

N.º 478

¿Y después?

Quiero viajar por la tierra,
quiero sus ciudades ver;
y desde el llano a la sierra
las maravillas que encierra:
—¿Y después?

De una legión de guerreros
yo sólo el caudillo ser,
y al brillo de sus aceros
sojuzgar pueblos enteros:
—¿Y después?

Quiero que por tierra y mares
sientan todos mi poder;
que hablen de mí en sus hogares,
que me alcen tronos y altares:
—¿Y después?

Gozar de cuantos placeres
me pueda el mundo ofrecer,
del aplauso de otros seres,
del amor de las mujeres:
—¿Y después?

Que me coronen de flores,
que rindan culto a mi ser,
mendigando mis favores
millares de adoradores:
—¿Y después?

Quiero vivir de esta suerte,
y en los brazos del placer,
hasta que me arroje inerte
en los brazos de la muerte...
—¿Y después?

SAJ.

N.º 479

Si veis que me muero, decídmelo claro

Si veis que me muero,
¡decídmelo claro!
Fué la muletilla
del tío Buenaño;
pero sólo la oían los sordos,
¡y esos son tantos!
Sucedió que el viernes
al buen tío le dió tal colapso,
que viéndole el médico
guiñó el ojo; soltó un latinajo
y sopló muy bajito a la Tecla:
—Es caso apurado.
Reposo absoluto.
No calientan al pobre los cascos.
Una leve afección en las fibras
del nervio simpático,
Requiescat in pace:
le deja en el acto.—
Lo que quiere decir en católico...
que el enfermo se va al otro barrio
sin tomar para el cielo billete...
¡facturado lo mismo que un fardo!
La viuda futura
cumplirá santamente el encargo.
A la puerta llaman,
es don Blas, el párroco...
—¿Cómo estamos, Tecla?
—¡Ya lo ve!
—¡Sea Dios alabado!
¡El nos hiere y nos sana: confiemos!
Vamos... lléveme pronto a ese cuarto.
—¡Ay, cuánto sentimos,
señor cura, que se haya tomado
tan grande molestia!
—No es molestia; es deber de buen párro-
¡más me cargan a mí ciertos miedos [co
y ciertos reparos!
—Sí, don Blas...; pero ocurre...
—¿Qué ocurre?
—¡Pues que estando Fermín tan al cabo!
—¡Por lo mismo!
—Me ordenan los médicos...
—¿Que..., cerrarme el paso?
—¡No, señor!... Pero... puede afectarse...
—Sí, comprendo... y ¡morir afectado!
Pero tía Tecla:
¡Por todos los santos!
Si es esta la orden,
la ha dictado el mismo diablo.
¿No sabe, cristiana
(y es ya hora que caiga del asno)...
que entre el alma, que vale infinito,
y este cuerpo, que vale un cigarro,

por encima de usted y sus médicos
manda Dios, el enfermo y el párroco?
Fermín me desea;
Dios me envía; yo cumplo mi cargo.
Con que, mala Tecla,
de peor teclado
se le va su mitad por la posta:
voy corriendo a decírselo claro. —
Y sin más, se cuela
de rondón, y se encierra en el cuarto.
Moribundo, el enfermo le mira;
le tiende los brazos.
Y murmura: —¡Don Blas, le esperaba
como agua de mayo!—
Hoy, lunes, entierran,
confesado y contrito, a Buenaño...
y no puedo una idea profunda
borrar de mis cascos.
—¿Qué es peor — me pregunto — en la [muerte...
que algún masonazo
día y noche me ronde la alcoba,
prohibiendo la entrada a mi párroco,
o bien que la madre,
la esposa, el hermano,
con su mal empleado cariño
me abandone a las uñas del diablo?
¡por los clavos de Cristo! Quien quiera
que tú seas, pariente o extraño,
con el llanto en los ojos te pido,
mientras estoy sano,
que si ves acercarse mi muerte,
me lo digas muy claro, muy claro;
pues ¡prefiero asustado ir al cielo,
que bajar al infierno cantando!

ANGEL DE LA GRANJA

N.º 480

A lo seguro

Refieren de un sectario de Lutero
que su madre, llorosa y afligida,
en las últimas horas de su vida
le llamó, y dijo así: ¡hijo, yo me muero!
Mas, antes de mi muerte, saber quiero
si da lo mismo terminar la vida
muriendo protestante o convertida
de la Iglesia Católica al sendero.
Melancton, aunque siempre fué embus- [tero,
esta vez contestó la verdad pura:
«en la protesta —respondió sincero—
se vive con bastante más soltura
mas para morir bien, ¡pese a Lutero!,
la Católica, Madre, es la segura».

F. AMBROSIO DE VALENCINA

N.º 481

¡Saber lo que importa

Paseábase un «superhomo»
por el mar en una lancha,
y con el tosco remero
este diálogo entabla:
—¿Sabe leer y escribir?
—No, me he criado en la playa.
—¿Qué sabe entonces?
—Mi oficio
—¿Nada más?
—Ni me hace falta.
—Pues de la vida ha perdido
la mitad con su ignorancia.
En esto, un golpe de viento
hace zozobrar la lancha,
y al caer el marinero
con el paseante al agua
le grita: —¿Sabe nadar?
—¡Ay, no, no sé!
—¡Qué desgracia!
Va a perder su vida entera
mientras mi media se salva.
Cuando al soplo de la muerte
zozobra la frágil barca
del cuerpo humano, lanzando
a la eternidad el alma,
aunque sepa muchas cosas
no le servirán de nada,
si no aprendió de salvarse
la teoría y la práctica.

V. C.

N.º 482

El precio del alma

—Alma, si quieres gozar,
véndete a mí, soy amante
y rico, y te puedo dar
cuanto pidas.
—No hay bastante
para poderme comprar.
—¡Oh, no me hagas padecer!
¿Qué es lo que puedes valer?
¿Quieres placeres?... Pues di
cuántos quieres.
—El placer
es muy poco para mí.
—¿Honores pides?... Serás
reina del mundo, y verás
el Universo a tus pies.
¿Es bastante?
—¡Muy poco es!
—¿Por qué?

—¡Porque valgo más!
—¿Más que eso? ¡Loca porfía!
En plata, oro y pedrería
tengo para ti un tesoro
inmenso.
—Pues guarda tu oro.
¡Yo valgo más todavía!
... ...
Atrás, tentador, desprecio
tus dones; empeño necio
fuera entendernos los dos,
que es infinito mi precio:
valgo... ¡la Sangre de Dios!

LUIS RAM DE VIU

N.º 483

Un joven como hay muchos

A un mancebo un anciano preguntaba
Y al anciano el mancebo respondía
Lo que voy a contar, pues que pasaba
El caso un viernes a la vera mía.
¿Y qué piensas, tú, ser? —Seré abogado.
Que es carrera de lustre y de provecho.
—¿Y después? —Periodista y diputado,
Pues tengo buena labia y mucho pecho.
—¿Y después? —Tocaremos el registro,
Que en las altas regiones tanto ayuda,
Y en hallando ocasión seré ministro.
—¿Y después? —Millonario, ¿quién lo [duda?
Hacerme rico sin tardanza espero
Que es muy triste vivir en apreturas.
—¿Y después? —Daré suelta a mi dinero
En palacios y coches y aventuras.
—¿Y después? —Seré conde, según pien- [so,
O marqués y una gran cruz, lo que es muy [grato.
—¿Y después?—Disfrutando del incienso
Brillaré entre la pompa y el boato.
—¿Y después? —Sonriéndome la suerte
Luengos años veré gozando en calma.
—¿Y después? —Ya después, ¡oh Dios, [la muerte!
—¿Y después? —¿Qué hay después? — [*Perder el alma.*
Es la pena que aguarda al majadero,
Que en esa Babilonia a que tú aspiras,
Se olvida de buscar a Dios primero
Ajustando a su ley todas sus miras.
¿De qué sirve lucrar el mundo entero,
Si el alma pierdes, si en pecado expiras?
—¡Ay!—basta—(el joven replicó al ancia-
Entiendo la lección, no será en vano [no):

C. F.

N.º 484

Mi libro

Entregué mi libro a María,
era el de mi corazón;
en él sólo escribió un nombre:
el de Jesús Salvador.
A Jesús se lo di luego
y otro nombre me escribió:
el de María su Madre,
para que le dé mi amor.
En mi libro escribir quiere
un ángel, lo impido yo.
¿Para qué quiero otros nombres
si aprendo bien estos dos?...

N.º 485

La virtud y el vicio

Con diabólico estruendo
Por su camino,
El vicio va corriendo
Con desatino.
Mientras despacio
La virtud va siguiendo
Su eterno espacio.
Aquél le grita: ¿A dónde
Corres tan viva?
Y la virtud responde
También festiva:
—Repare el majo
Que yo voy cuesta arriba
Y él cuesta abajo.

CAYETANO FERNÁNDEZ

N.º 486

Al acostarse

Angel de la guarda
Vela mientras duermo,
Libra a mi inocencia
De los malos sueños,
Para que el descanso
Dé, con el silencio,
Paz segura al alma
Y vigor al cuerpo.
Angel de la guarda
Dulce mensajero,
Si a otros velar puedes,
Tiende, pues, tu velo;
Con tus alas cubre
A los niños huérfanos,
Y al que tiene frío,
Y al que llora enfermo.

Angel de la guarda
Como por los buenos
Vela por los malos;
Prójimos son nuestros,
Diles al oído,
Cuando estén durmiendo,
Cosas que les vuelvan
Al camino recto.
Angel de la guarda
Los que el ser me dieron
Duerman al amparo
De tu santo celo,
Para que conmigo
Puedan cantar ellos,
Himnos a El que llena
Todo el Universo.

V. RUIZ AGUILERA

N.º 487

Un Angel y un niño

Era una noche de luna;
Con inefable cariño
Un ángel velaba a un niño
Que descansaba en la cuna.
Y al contemplar las guedejas
de su dorado cabello,
Dice el ángel: «¡Niño bello,
Que mucho a mí te asemejas,
Emprende conmigo el vuelo;
Ven y sube de mí en pos,
Y llegaremos los dos
A los jardines del cielo!
Porque si quedas aquí,
Mancillarás tu candor:
¡Vamos al cielo mejor!
¡La tierra no es para ti!»
Dijo, y un beso imprimió
En la frente del pequeño,
Que al despertase del sueño
Ya en el cielo se encontró.

N.º 488

Angel de mi guarda

(*para un niño muy pequeño*)

Angel de mi guarda,
dulce compañía,
velad junto a mí
de noche y de día:
no me dejéis solo
que me perdería.

N.º 489

La niña y el Angel de la Guarda

(*Aparece la niña sentada en un diván, y el ángel de pie y en alto detrás de ella; iluminación azul para la niña y rosada para el ángel. Vestidos lujosos; música de fondo*).

N. Angel bello, sueño mío,
Guardián santo de mi alma;
Tú que brillas en el cielo
Como ardiente y pura llama,
Junto al trono del Eterno
En el más luciente alcázar;
Angel bello, guardián mío,
A buscarme luego baja;
Baja pronto a rodearme
Con tu pura ardiente llama;
Sé mi hermano, sé mi amigo,
Mi consuelo y esperanza. (*S. Teresita*)
(*La niña se duerme*).
... ...

A. No me llames, aquí estoy;
Soy el Angel de tu Guarda,
que en la senda de este valle de destie-
[rro
una a una voy siguiendo tus pisadas.
No me llames como ausente,
ovejuela regalada,
que a tu lado marcho siempre
con las ansias de una madre enamora-
Prenda mía no te olvido; [da
¿cómo de ti me olvidara
si a mi Dios ha costado tu rescate
cinco arroyos de sangre inmaculada?
¡Tanto vales, corderita de mi vida,
tanto vales, ovejuela regalada!
A la vera de tu cuna
el amor de tu Dios me colocara;
desde entonces voy siguiendo yo tus
[pasos,
como sombra bienhechora que te am-
Cuando lloras sin consuelo [para.
recogiendo voy tus lágrimas;
cuando rezas fervorosa
en las manos subo al cielo tus plega-
si eres buena me recreas, [rias;
me contristas si eres mala;
cuando juegas, yo me gozo;
yo te escucho cuando hablas;
y en las horas apacibles,
en las horas venturosas de la calma
¿tú no sientes el arrullo de mis voces
que resuenan en el fondo de tu alma?
Y cuando duermes tranquila
¿no escuchas entre sueños las plegarias

que eleva hasta los cielos tu ángel bue-
de pie junto a tu cama? [no
¡Prenda mía, no te olvido;
nunca, nunca, yo te dejo abandonada!

N. (*despertando*)

¡Oh cuán bella aparición!
Si pensé que yo soñaba
que era un ángel de flotantes vestidu-
con cabellos de oro y grana; [ras
un espíritu celeste y armonioso
que con célicas palabras me arrullaba;
un querube con alas de paloma,
y con ojos de dulcísima mirada,
y con blandos cariños maternales,
que mi alma embelesaba...
(*levantándose*).
Mas no, no es sueño vano:
que aun siento su presencia bienhada-
[da,
y en torno mío aun se oye silencioso
el paso grácil de su nívea planta.
Todavía flotando está en el aire
el perfume y fragancia
de su blanco vestido de azucenas,
blanca estola de pureza inmaculada.
Aun perdura el influjo misterioso,
y el hechizo de su angélica palabra,
y aun cruje en el ambiente
el roce suave de sus blancas alas.
(*manos juntas, mirando al cielo*).
¡Angel santo que el Dios omnipotente
me dió por compañero en mi jornada!
te siento noche y día junto a mí
siguiendo mis pisadas.
No contemplan mis ojos tu figura,
ni escuchan mis oídos tus palabras;
mas te siento muy cerca,
cual si siempre a mi lado caminaras.
Dame tu mano amiga
porque no yerre la senda señalada.
Levántame si caigo,
no me dejes tendida en la hondonada.
Cuando el dolor arrecia
enjuga tú mis lágrimas:
sé partícipe fiel de mi alegría
en horas de bonanza;
ilumina mi mente con tus luces;
mi corazón enciende en pura llama;
ayúdame a ser buena
para no contristarte con mis faltas;
defiende en los peligros
la frágil navecilla de mi alma.
Y, cuando el Dios del cielo
me llame para siempre a su morada,
tú que en la cuna me tomaste niña,
llévame allí colgada de tus alas.

R.

N.º 490

El ángel y el diablo

Uno de los empleados en el *camionaje* del otro mundo escribió y publicó un libro, según unos muy bueno, y según otros muy malo, porque sólo los libros malos son juzgados *nimine discrepante*.

... ...

Dicho se está que el Angel de la Guarda y el diablo no fueron los últimos que gastaron su medio durete en comprar el tal librito; por supuesto, el uno con la intención más pura, y el otro con la intención más endiablada.

Veamos lo que la obra hizo pensar al Angel y al diablo.

El Angel de la Guarda se puso a razonar en estos términos, así que terminó la lectura del libro:

«¡Válgame Dios lo que he descubierto! ¿Con que resulta que cuanto más viven las criaturas humanas menos probabilidades tienen de entrar en el cielo, y que infaliblemente van a él las que mueren en la edad de la inocencia? Pues, señor, está visto que yo hago muy mal en cuidar de los chiquillos, y que lo que a ellos y a mí nos tiene cuenta es que se mueran antes de llegar a la edad de las picardías, porque así van casi todos derechos al infierno. Señor, ¿cómo no se me había ocurrido a mí una cosa tan sencilla? No es cosa de que yo vaya a empujar a los chiquillos para que se rompan la crisma, por ejemplo, rodando por una escalera, porque eso ya sería usurpar sus atribuciones al diablo; pero lo que sí haré es abandonarlos a su suerte. Señor, ¿que un chiquillo se cae a un río o coge una insolación? Le dejo que se ahogue o se fuera de un ataque cerebral, en vez de tirarme al agua o convertirme en curandero, como he hecho hasta aquí. En el mundo hay protecciones muy mal entendidas, y ya estoy convencido de que una de ellas era la que hasta aquí he dispensado a los chiquillos. Vea

usted cómo hasta de los libros peores se saca algo bueno».

Así razonaba el Angel, mientras el diablo razonaba de este otro modo:

«Mil demonios me lleven si con la lectura de este libro no he hecho yo el mayor descubrimiento de toda mi pícara vida. ¡Y que tiene razón este hombre! Si todas las criaturas humanas murieran de chicas, sería cosa de cerrar el infierno, porque no aparecería por él un alma. Lo que a mí me tiene cuenta es que nadie se muera hasta llegar a la edad de las picardías. ¡Bruto de mí, que no había caído en una cosa tan sencilla como esa! No es cosa de que yo vaya a andar con los chiquillos de la mano, porque eso sería usurpar sus atribuciones al Angel; pero si les veo en peligro, los libraré de él en vez de procurar que se les lleve la trampa, como hasta aquí he hecho. En el mundo hay persecuciones muy mal entendidas, y ya estoy convencido de que una de ellas era la que hasta aquí he hecho a los chiquillos. ¡Vea usted cómo hasta de los libros mejores se saca algo malo!»

Así razonaba el diablo, mientras una madre decía, viendo travesear su hijo:

«¡Jesús, estas criaturas estudian con el enemigo malo!»

Y decía otra madre, viendo que su hijo había rodado por las escaleras sin hacerse daño:

«¡Jesús, estas criaturas se matarían si el Angel de la Guarda no velaría por ellas!»

Ya tenemos en campaña al Angel y al diablo, dispuestos a cambiar de papeles, o lo que es lo mismo, el Angel a dejar que los niños se rompan la crisma, y el diablo a impedir que se la rompan.

... ...

El Angel y el diablo se plantaron en el Arenal de Bilbao, una hermosa tarde de verano, a la hora en que aquellas arboledas se poblaban de hermosos niños que el Angel contemplaba con embeleso y ternura y el diablo con desdén y repugnancia.

Un precioso niño de cuatro años, sobre cuya cabeza revoloteaba invisible el Angel, sin poderse apartar de él por más que lo intentaba, como la mariposa revolotea en torno de la luz que enamora sin poderse apartar de ella por más que lo intenta, trepó por los baluartes de la verja del muelle y emprendió un paseo por encima de la verja. El Angel pensaba que al niño y a él les tenía cuenta que el niño cayese al agua y se ahogase y volase al cielo; pero en el momento en que el niño se ladeaba para caer al *Ibaizabal*, el Angel obedeció al instinto del bien propio de su pura esencia, y tocando al niño con el ala, le sostuvo y le salvó, empujándole suavemente a la blanda arena del paseo.

Casi al mismo tiempo que esto pasaba en el muelle, pasaba no lejos de allí una cosa parecida. Un niño de seis años se subió a un árbol, con el afán de coger un nido. El diablo, revoloteando también invisible, procuraba acercarse a él para impedir que se matara y volara al cielo; pero con dificultad podía vencer la repugnancia que le causaba aquella angelical criatura. El niño puso el pie en una débil ramita, y el diablo, en vez de sostenerla para que no se quebrara con el peso del niño y éste cayese al suelo, obedeció al instinto del mal, propio de su infernal esencia, y desgarrando la rama hizo caer el niño, que se mató y voló al cielo.

Y cuando los niños tornaban al hogar, donde les esperaban sus amorosas madres, el Angel tornaba al cielo y el diablo tornaba al infierno diciendo:

El Angel.—«Está visto que yo no sirvo más que para amar y proteger a los niños, que son mis hermanos y mis iguales. La ciencia de los números será muy buena para los hombres; pero para los ángeles es mejor la ciencia del corazón. Sigamos siendo el Guardián de la inocencia y la hermosura, y el que con sus picardías vaya al infierno, con su pan se lo coma.»

El diablo.—«Está visto que yo no sirvo para niñero, porque me inspiran una repugnancia invencible todos esos trastitos de carita y alma de ángel. Sigamos armándoles zancadillas para que se rompan el bautismo, que si la edad de la inocencia no me da huéspedes, la edad de las picardías me los da a centenares.»

Así hablaron el Angel y el diablo, en quienes el instinto del bien y el instinto del mal pudieron, como hemos visto, más que el interés.

ANTONIO DE TRUEBA

N.º 491

El Angel

Perdió a sus padres María
no bien la cuna dejó,
y sin apoyo ni guía
la pobrecita quedó.
Como a su dolor profundo
nadie prestaba consuelo,
en vez de clamar al mundo
clamó la infeliz al cielo.
—¡Dios mío!—dijo llorosa,
no tengo en la humana senda
ninguna mano piadosa
que me guíe y me defienda.
Envíame un ángel bello
que me defienda y me guíe,
pues en la senda que huello
es fácil que me extravíe.
Al terminar su oración,
vió la huérfana a su lado
bridándola protección
un ángel inmaculado;
y llegó la adolescencia
en pos de tan dulce guía
llena de paz, de inocencia,
de esperanza, de alegría;
mas la mancha del pecado
empañó su frente bella,
y el ángel desconsolado
dijo ausentándose de ella:
—Tu frente el pecado empaña
y yo torno a mi mansión,
que el ángel sólo acompaña
a aquellos que ángeles son.

ANTONIO DE TRUEBA

N.º 492

Vanidad de vanidades

—¡A cogerla! —con clamores
todos los niños decían,
y corrían, y corrían,
pisando hierbas y flores.
La mariposa ligera
volaba con loco ardor
desde una flor a otra flor
por la extendida pradera.
Y así, con seguido vuelo
esquivaba su porfía
cuando ya casi creía
apresarla algún chicuelo.
Por fin mientras descansaba
rendida por tiempo breve
notó que una mano leve
en su interior la encerraba.
—¡Aquí está!—dijo gozoso
el apresador, y al punto
toda la turba en conjunto
fué a ver al insecto hermoso.
Abrió el chicuelo la mano
y notaron con tristeza
que era la ansiada belleza
un montón de polvo vano.
De este modo, al trasponer
de la niñez el umbral,
corre el niño angelical
tras las sombras del placer.
Mas al tomarle en su mano
nota con melancolía
que era el placer que seguía
un montón de polvo vano.

N.º 493

El loro devoto

Erase un loro maldito
que se preciaba de santo
porque siempre era su canto
el *Santo Dios* y el *Bendito.*
«Calle el necio y no eche plantas,
dijo un grillo, ni te alabes,
pues si cantas lo que sabes,
nunca sabes lo que cantas.»
Mucha razón tuvo el bicho,
y aun sus tiros se enderezan
a esos que rezan y rezan
sin saber lo que se han dicho;
pues la cristiana oración
jamás se remonta al cielo
si no le prestan su vuelo
la mente y el corazón.

C. FERNÁNDEZ

N.º 494

Batalla espiritual

Decidme, ¿quién soy, mi Dios?
porque siendo uno en el ser,
al pecar, y al proponer
he pensado que soy dos;
porque andáis, ¡ay alma!, vos
tan otra en el corazón
de vos misma en la ocasión
que en un mismo instante creo,
que anda en un alma el deseo,
y en otra la ejecución.

P. JUAN BAUTISTA DE AVILA

N.º 495

Historia de muchos niños

La historia de muchos niños
Es la historia de la flor
Que antes de apuntar el día
Perdió su gracia y frescor...
Y si son muchas las flores
Que pierden la lozanía
Antes de apuntar el sol,
De los niños, mayoría
Son los que agostan el lirio
Símbolo de su pureza
Al punto en que la razón
A abrirse en ellos empieza...
Y si se cuidan las flores
Con tanto celo y esmero,
¿Por qué al niño se abandona,
Siendo flor de invernadero?
¿Y si al punto que se advierte
Un germen de enfermedad
Que dañe sus cuerpecitos,
Con toda celeridad
Se busca un pronto remedio
En potentes reactivos...
¿Por qué con el mal de su alma
Somos tan desaprensivos?
¡Espectáculo sombrío
Es el ver que la niñez
En los fangales del vicio
Aprende a apagar su sed!
¡¡Y son tantos!! Yo os dijera
De una dolorosa historia
Que, cual dardo de dolor,
Clavada está en mi memoria...
Era un niño pequeñito,
Seis años tendría apenas;
Bellos sus ojos rasgados
Y muy hubias las melenas.
Su mirar era el de un ángel,
Y, al verlo por vez primera,
Quien no oyera sus palabras
Por buen ángel le tuviera.
¡¡Pobre niño abandonado!!
Angel, sí, ¡lo había sido!
Pero niño todavía
Era ya un ángel caído...
Con los nombres de sus padres
Aprendiera a blasfemar
¡Y de esto sabía tanto
como poco de rezar!...
¡Pobre niño, que arrastraba
Ya al comienzo de sus años
Un alma vieja y henchida
De odios y desengaños!...
La historia de muchos niños
Es la historia de la flor
Que antes de apuntar el día
Perdió su gracia y frescor...

S. LERCHUNDI

N.º 496

Jugar con fuego

Agitándose nerviosa
la nocturna mariposa
de la luz en derredor,
busca su muerte al fulgor
de una ilusión engañosa.
Con angustioso aleteo,
que hasta me causa mareo,
la miro ansiosa girar,
y vueltas y vueltas dar
de la luz al centelleo.
Ora de la luz se aleja
con triste desilusión,
y allá, en las sombras que deja
la luz incierta, forceja
por posarse en un rincón.
Y a la luz se torna luego
con febril desasosiego;
y vuelve a girar sin tino
en confuso remolino
sobre la lengua de fuego.
Hasta que, loca, inexperta,
al ir a tocar la incierta
realidad de su tesoro,
bajo la luz queda muerta,
quemadas sus alas de oro.
¡Cuánta bella mariposa,
con alas de nieve y rosa,
se lanza tras la ilusión
de una ardorosa pasión
que fulgura esplendorosa!
Advierte, inexperta, advierte,
que vas a llorar tu suerte,
que vas a perder tus galas,
que vas a quemar tus alas,
que vas a encontrar la muerte.
Que se pierde en un instante
lo que con llanto abundante
no se recupera luego;
que quieres jugar con fuego
y está el volcán humeante.
No des vueltas anhelosa
ante esa luz tan hermosa
que la pasión ha encendido;
mira que al menor descuido
pierdes tus alas de rosa.

A. RISCO, S. J.

N.º 497

¡La inocencia perdida!

(La Niña, que hace de Inocencia, estará sentada en una piedra. Está triste y llorosa, pero no ha perdido su hermosura. El Niño se encuentra casualmente con ella, y hablan así:)

N. ¿Qué haces ahí, Niña hermosa?
Pero ¡lloras!...
I. ¡Lloro, sí!
N. *(Aparte)* ¡Y por qué llorará así
este capullo de rosa!
(Se acerca cariñoso a la niña)
Dime, Niña, ¿por qué lloras?
I. ¡Ay, es tan honda la herida!...
Es... ¡que he sido despedida
por mi *Amo* hace unas horas!
N. Por eso no tengas pena,
que otro *Amo* encontrarás
mañana mismo, verás.
¡No llores, mi Niña buena!
I. ¡No he de llorar si perdí
para siempre mi morada:
soy la reina destronada
de aquel ser que huyó de mí!
N. Te vienes ahora conmigo.
I. ¿A dónde?... ¡No puede ser!
N. A servir con un amigo,
que mucho te ha de querer.
I. ¡Yo nací con un amor
y otro no puedo tener!
(enérgica)
¡Y que por un vil placer
me dejaras, oh dolor!
N. ¡Olvídalo ya!
I. ¡No puedo!
Lo sigo amando sin tasa.
Vete, niño, para casa
mientras yo llorando quedo.
N. ¡Jamás me iré de tu lado,
tu pena me ha conmovido!
¡No llores!
I. ¡Lloro perdido
al ser que me ha abandonado!
¡Yo era la luz de sus ojos
y la vida de su alma!...
N. Iré en su busca. ¡Ten calma!
I. *(Recordando el estado*
del niño que la perdió).
¡Es un montón de despojos!...
¡No lo busques, por piedad,
con él no puedo vivir!
N. ¡Pues no acabas de decir
que le amas!
I. ¡Sí, es verdad!
Pero el que me abandonó
no vuelve a gozar de mí.
¡Es mi condición así,
no consiento agravios yo!
N. ¡Eres altiva!
I. ¡Es nobleza,
que me obliga a ser cual soy!
N. ¿Y si te busca?
I. ¡No voy,
pues despreció mi grandeza!
Cuando se vea sin mí
quizá llorará mi ausencia.
N. ¿Y no irás a su presencia?
I. ¡No, jamás! ¡Yo soy así!...
N. *(Que no sale de su asombro).*
Pues, ¿quién eres?... ¡si tu vida
parece un cuento de hada!
I. ¡Soy una flor deshojada!...
¡Soy... *La Inocencia perdida*!

A. Hidalgo, Pbro.

N.º 498

La niña mejor

¿Quieres, Cándida, saber
cuál es la niña mejor?
pues medita con amor
lo que ahora vas a leer:

La que es dócil y obediente,
la que reza con fe ciega,
la que canta, la que juega
con abandono inocente.

La que de necias se aparta,
la que aprende con anhelo
cómo se borda un pañuelo,
cómo se escribe una carta.

La que no sabe bailar,
y sí rezar el Rosario,
y lleva un escapulario
al cuello en vez de collar.

La que desprecia o ignora
los desvaríos mundanos;
la que quiere a sus hermanos,
y a su madrecita adora.

La que llena de candor
canta y ríe con nobleza,
trabaja, obedece y reza:
¡esa es la niña mejor!

Gabriel y Galán

N.º 499

El gusanillo de la conciencia

Ayer, mamita,
Sin que me vieran,
Cogí un rosquillo
De la despensa;
Y en el instante
Mi mano tiembla:
¿Quién de este susto
La causa era?
—*El gusanillo*
De la conciencia.
A Mariquita,
La confitera,
Quité un pañuelo
De su muñeca.
Nadie lo sabe,
Nadie, ni ella;
¿Quién me lo acusa,
Quién me da pena?
—*El gusanillo*
De la conciencia.
Mamita, ¿cómo
Lo echaré fuera,
Que no me bulla,
Que no me muerda?
—¿Cómo, hija mía?
Si tú eres buena
Se irá el gusano
De tu conciencia.

GABRIEL FERNÁNDEZ

N.º 500

La conciencia

¿De quién será, madre mía,
Una voz que oyendo estoy
Por donde quiera que voy
Con pena o con alegría?
—¿En dónde la escuchas, niño?
—¡Ay! madre, en mi propio seno:
Cuando soy amante y bueno
Me habla con mucho cariño.
Cuando sigo una pasión,
Se levanta atronadora,
Y me parece que llora
Y me oprime el corazón.
A su benéfica influencia
Nunca del bien me desvió...
—Síguela siempre, hijo mío:
Es la voz de la conciencia.

JOSÉ ROSAS MORENO

N.º 501

Mañana y tarde

I

Mañana

Pasé por la ribera de un arroyo,
y una azucena en sus orillas vi,
que se miraba en los cristales límpidos
y de aromas llenaba aquel pensil.
Era blanca su frente; eran tan puros
sus pétalos de seda, que el candor
emulaba de un alma de esas puras
donde se mira Dios.

Pasé adelante; entre las verdes ramas
un nidito de alondras divisé,
que asomaban sus negras cabecitas,
de las hojas mecidas al vaivén;
y cruzando el espacio en raudo vuelo,
trayendo en sus piquitos el manjar,
dos alondras venían presurosas
hacia el mullido hogar.

Y pasé más allá; por la pradera
retozaba un cordero triscador,
que acudía al reclamo de su madre
a libar dulce néctar con amor;
era blanco cual nieve de la altura,
y su madre con tierno frenesí,
balaba de alegría al verle alegre
acercarse hacia sí.

Y más allá, por los floridos campos,
más bellos que aquel tierno recental,
dos niños recorrían la enramada
seguidos de sus ángeles de paz;
sus almas semejaban la azucena,
que en las aguas copiaba su candor;
alegres, como alondras de los bosques;
mansos, como el cordero triscador.

II

Tarde

Pasé a la tarde junto a aquel arroyo,
y ajada la azucena estaba ya:
pétalos enfangados, sin aroma,
rodaban de las brisas al pasar.
Vi arrastrarse en la grama sucia larva
que en el cieno del río se ocultó,
y dije con el alma entristecida:
—¡gusano inmundo por aquí pasó!—

Seguí adelante; en el frondoso arbusto
el nidito de alondras ya no está;
sólo la madre en las hojosas ramas
se quejaba con lúgubre cantar.

Restos de plumas y de alitas rotas
junto al árbol mi vista divisó;
y exclamé con tristeza al alejarme:
—¡Por el nido ha pasado algún halcón!

Seguí por la pradera; ya en la grama
no triscaba el nervioso recental;
tan sólo en una peña, escueta y seca,
balaba la ovejita sin cesar;
huesos y sangre por la verde hierba,
restos del corderito, sólo vi;
y seguí, murmurando con tristeza:
—¡Algún lobo ha pasado por aquí!

Más allá, por el campo, los dos niños
jugando estaban; pero no eran ya
ni azucenas blanquísimas, ni alondras,
ni tierno recental.
Y al mirar de sus muertas inocencias
ajado y mustio el celestial candor,
dije llorando lágrimas de sangre:
—¡Demonio inmundo por aquí pasó!

A. Risco, S. J.

N.º 502

La nieve

—¿De dónde vienes tan limpia y pura,
nieve, que aprisa rodando vas?
—Dejé la cumbre de la montaña,
y voy al seno de la ciudad.
—¿Y así abandonas las frescas brisas
que acariciaban tu blanca faz?
¿Cómo abandonas el sitio ameno
que era el amparo de tu beldad?
¿No te besaban allí las nubes?
¡Ay, pobre nieve, vuélvete atrás!
—No, que en la sierra nadie me admira;
no, que me aburre la soledad.
Y, eso diciendo, parte ligera
llevada en alas del vendaval,
y no se para, hasta que alfombra
las anchas calles de la ciudad.
A poco rato de haber llegado
con ruda planta la pisan ya,
róbanla el ampo, que es su tesoro,
manchan su brillo, su puridad,
y al fin la obligan a sepultarse
entre los cienos de un lodazal.
Hijas del campo, si cual la nieve
en las ciudades queréis brillar,
la paz dejando que os sonreía,
y el verde bosque y el dulce hogar,
guardad no huellen vuestra belleza,
guardad no os roben la castidad.

A. P.

N.º 503

Los ojos del alma

Ciegos del cuerpo los ojos,
pero abiertos los del alma,
iba una joven en calma
del mundo por los abrojos.

No gozaba los colores,
ni del cielo los celajes,
ni los vistosos ropajes
con que se visten las flores.

Los besos que recibía
en su frente candorosa,
le eran perfume de rosa,
cuyo cáliz no veía.

La voz de ritmos henchida
con que su madre le hablaba,
era alondra que cantaba
siempre en el bosque perdida.

Pero en cambio su alma pura,
aún más allá de las nubes,
veía blancos querubes
de no soñada hermosura.

Gozaba la luz de un Sol,
que, sin ocasos ni velos,
pinta el cielo de los cielos
con su mágico arrebol.

Y, aunque en sombra aterradora
la pobre ciega vivía,
ni lo que es pena sabía,
ni lo que sufre el que llora.

Mas tanto llamaron *cruz*
los hombres a su ceguera;
le pintaron de manera
los colores y la luz,

que al fin la ciega olvidó
los goces embriagadores
con que sin luz ni colores
su alma se iluminó.

Perdió la paz y alegría,
nublóse su tersa frente,
y... ¡tuvo envidia a la gente
tan sólo porque veía!

Y recorrió tierra y mar
buscando al especialista
que diese a sus ojos vista
para vivir y gozar.

Y Dios tal vez castigó
su ingratitud negra y ruin,
dándola médico, al fin,
que vista a sus ojos dió.

¡Qué instantes tan placenteros!
¡Qué visión tan peregrina
cuando hirieron su retina
del sol los rayos primeros!

Bañada en dulce desmayo
moría la tarde hermosa,
y del sol la luz radiosa
besaba flores de mayo.

Y vió cálices de seda;
y vió nubes nacaradas;
y el iris de las cascadas;
y el vaivén de la arboleda.

Y vió la sierpe de plata
que cruzaba los sembrados,
y horizontes matizados
de carmín y de escarlata.

Y un día vió... ¡pobre niña!
¡si ciega hubiera quedado!...
vió que un joven desalmado
la seguía a la campiña.

Vió del doncel la belleza,
y sintió en su corazón
insólita desazón
que turbaba su cabeza.

Es que, ya el muro deshecho,
que tuvo el pudor guardado,
le daba asalto el pecado
que estaba siempre de acecho.

¡Pobre niña! Sí, luchó;
mas fué tan rudo el embate,
tan desigual el combate,
que en la lucha sucumbió.

Miróse sin inocencia;
perdió la infeliz la calma
al sentir dentro del alma
los gritos de la conciencia.

Y de sus ojos, que el llanto,
cuando ciega no empañaron,
por vez primera brotaron
las lágrimas del quebranto.

Ya más allá de las nubes
no vió el eterno arrebol
que dora el divino Sol
entre gasas y querubes.

Y aunque por gozarlos diera
sus ojos y hasta su vida,
para siempre ya perdida
lloró su dicha primera.

En vano buscó en la luz
y en el placer la alegría,
que cuando ciega sentía
abrazada con su cruz.

Que dar no pueden la calma
ojos que la tierra ven,
mientras cegados estén
por la culpa, los del alma.

A. Risco, S. J.

N.º 504

La inocencia

Yo tenía una casta azucena,
la flor más galana
que dió mi vergel;
tan blanca, tan pura,
de aromas tan llena
como el beso de fresca mañana,
como perla, que tiembla en el cáliz
de rojo clavel.
A tocarla mi mano no osaba,
temiendo, imprudente,
su cáliz ajar;
tan sólo su aroma
divino gozaba,
más suave que el célico ambiente
que embalsama las huertas en mayo
con blando azahar.
Un amigo traidor, cierto día,
del tallo lozano
la flor arrancó.
Pensé que otras flores
el tronco daría;
mas se ajó la azucena en su mano,
y doblándose el tallo hacia el suelo
también se secó.
Y ahora lloro por siempre perdida
la flor más galana
que dió mi vergel;
ni gozo su esencia
que alegró mi vida
como un beso de fresca mañana,
como perla que tiembla en el cáliz
de rojo clavel.

Alberto Risco, S. J.

N.º 505

Pequé, Señor

Pequé, Señor; mas no porque he pecado
de tu amor y clemencia me despido;
temo, según mis culpas, ser perdido,
y espero en tu bondad ser perdonado.
Recélome, según me has esperado,
ser por mi ingratitud aborrecido,
y hace mi pecado más crecido
el ser tan digno Tú de ser amado.
Si no fuera por Ti, de mí, ¿qué fuera?
Y a mí mismo de mí, ¿quién me librara
si tu gracia la mano no me diera?
Mas ¡ay! A no ser yo, ¿quién no te
[amara?
Y si no fueras Tú, ¿quién me sufriera?
Y a Ti, sin Ti, mi Dios, ¿quién me llevara?

Luis de Góngora

N.º 506

La tentación

Personas: Una niña que hace de ALMA, el ANGEL y la CURIOSIDAD.

(Aparece en escena la CURIOSIDAD. *Viene de los jardines de la izquierda, donde manda el pecado. Es una niñita como una mariposa; se viste de gasas y colorines cautivadores. Es todo ojos. La envía el demonio para ver de cazar el alma de una niña. Habla con mucha malicia.)*

CU. ¡Y no sabe el alma
que sigo sus pasos
y quiero cazarla
con tan fuertes lazos
que hecha prisionera
quede del pecado...!
¡Es hija de Eva,
veremos si alcanzo
que quiera saber
lo bueno y lo malo
como hizo su madre!
¡después!.. *(Transición rápida).*
¡He triunfado!...
En el mundo tengo
buenos aliados:
libros y revistas,
cines y teatros:
¡entran inocentes
y salen manchados...! *(Pausa).*
(Provocativa).
¡Alma, cuida mucho
de tu nuevo estado
que tendrás muy pronto
que probar mis lazos!
Mientras tu ángel vela,
yo estaré acechando
tus pasos inquietos...
(se oye ruido).
¡Ya llega; me marcho,
por que no descubra
su ángel mis pasos!
(Se va y queda espiando al ALMA *entre la fronda de la izquierda. Al ver que llega sola sale descaradamente a t e n t a r l a. Llega el* ALMA *vestida de blanco, con el vestido de su inocencia; será tentada por la pícara* CURIOSIDAD *que ha hecho perder a tantos niños su inocencia.*

Poned en sus palabras seductoras toda la perfidia de la antigua serpiente, que engañó a Eva allá en el Paraíso.

Sale, después de unos instantes de silencio, la CURIOSIDAD *y saluda al* ALMA, *que no sabe quién es).*

¿Qué haces, hermanita,
en este sendero?...
¡Niña tan graciosa
no la ví ni en sueños!

AL. *(Inocente).*
Estoy esperando
a mi ángel bueno.

AN. *(Dentro).*
¡Que estoy a tu lado
lo olvidas tan presto!...
¡Huye!... ¡Huye!...

CU. *(Tomando por la mano al* ALMA *con mucha confianza).*
¡Anda!
Ven conmigo al huerto
¿Tu ángel? *(Cariñosa).* ¡Bobina!
¡estará en el cielo!
(Con énfasis).
Hay sabrosas peras,
muy ricos cermeños;
y un manzano hermoso
de manzanas lleno!...

AN. *(Dentro).*
Mira que te engaña,
¡huye, Alma, luego!

AL. *(Desoyendo la voz de su Angel y de su propia conciencia).*
Jardinera hermosa,
y ¿está cerca el huerto?

CU. *(Apuntando hacia la izquierda)*
¡Tras de ese vallado!

AL. *(Siente remordimientos).*
¡No sé lo que siento!
(Indecisa) ¡Y si llega el Angel!..

CU. De allí lo veremos:
vuelves en seguida
con mi jardinero
trayendo en el halda
manzanas y peros.

AN. *(Dentro).*
¡Y el vestido hermoso
cien girones hecho!...

AL. *(Reflexionando).*
Mas... me dijo el ángel
que no fuera a huerto
que no conociera.

CU. ¡Nada más a verlo!
(Aparte) ¡Como entres, ah pobre,

no sales tan luego!
De atarte muy corta
cuida el jardinero.
(Hace ademán de marcharse para tentar mejor al ALMA*).*
¡Me voy, que no vienes!

AL. *(Deteniéndola).*
¡No, aguarda un momento!
(Aparte) ¡Es su voz tan dulce!
¡Su aspecto tan bello!...

AN. *(Dentro).*
¡Que en dorada copa
te sirve el veneno!

AL. *(Parece sentir las voces del* ANGEL. *Pronto será tarde).*
Pero... ¿quién me habla?...
¡Oigo voces dentro!...
no sé qué me dicen...

CU. *(Impaciente).*
¡Anda, vamos luego!

AN. *(Dentro).*
¡Mira que te engaña!

AL. *(Vencida por la tentación desoye la voz del* ANGEL *y de la propia conciencia).*
¡Nada más a verlo!...
(Vanse hacia la izquierda).

CU. Y si alguna fruta
te gusta, cogemos...
(Aparte y triunfadora).
¡Es hija de Eva!
¡cayó en el anzuelo!

AL. *(Apuntando).*
¿Y el que está en la cerca?

CU. Es mi jardinero,
se llama *pecado,*
pero...¡¡ es muy bueno!!
(Desaparecen tras la frondosidad de los jardines del pecado).

AN. *(Viene corriendo en seguimiento del* ALMA. *Sus palabras son un eco de la conciencia).*
¡Hermana, Hermana!...
¡Que soy tu Angel bueno!
Vuélvete en seguida
no entres en el huerto;
que cuantos entraron
en él se murieron.
¡No pierdas la gracia,
Hermana, tan presto!
¡Blanco es tu vestido,
pronto ¡ay! será negro!...
(Con mucho sentimiento).
¡Hermana, Hermana!
No entres en el huerto.
Te llama tu Angel,
vuélvete a mí luego.
¡Ay! no me responde
no escucho su acento.
¡Qué tarde más triste!
¡Qué sólo el sendero
sin el alma hermosa
que iba hacia los cielos!...
¡Hermana!... ¿No me oyes?
Si soy tu Angel bueno,
que lloro tu ausencia,
Hermana, ven luego.
¡No pierdas la gracia
pecando tan presto!
(Oculta su rostro con las manos y llora. Luego dice:)
¡Qué será del Alma
si triunfa el infierno...! *(Telón)*

A. HIDALGO, PBRO.

N.º 507

Una blasfemia y un beso

El padre es impío,
cristiana la madre;
la cuna es un trono,
y el niño es un ángel.
Se oye una blasfemia,
que profiere el padre;
el niño asustado
los ojitos abre,
y llorando expresa
su dolor punzante;
la madre murmura:
¡Jesús nos ampare!
Después a su niño
se aproxima afable,
cantando entre dientes
por lograr que calle;
luego un fuerte beso
le imprime anhelante.
El niño se duerme,
con amor tan grande;
sus ojos se cierran...
sus brazos se abren...
sonríen sus labios
que gemían antes.
Y, tal vez en sueños,
cruzando los aires,
su mente en la altura
pensó con los ángeles:
¡cómo hiere el alma
la blasfemia infame!
¡y... cómo consuela
un beso de madre!

J. A. BALBONTÍN

N.º 508

Hacia lo infinito

Sale un alma de la tierra
¿adónde? A la inmensidad.
Es bella como una aurora,
es rica como un rosal.
Y el mundo que la contempla
hacia lo ignoto marchar,
ignorante del destino,
se pregunta: *¿Dónde irá?*
—¿Dónde irá la palomita
que no cesa de avanzar?

.....

Ha dejado acá en el tiempo,
blanco como el azahar
su cuerpo exánime y frío,
fiel compañero y leal
que le siguió hasta la muerte
esclavo a su voluntad.
En una caja de cedro
lo acaban de sepultar.
Ella en tanto avanza, avanza,
hacia un término final,
siempre mirando adelante,
nunca mirando hacia atrás,
como una leve velera
que va cruzando la mar;
y el mundo que la contempla
torna a decir: *¿Dónde irá?*

.....

Sale otra alma de la tierra,
de la primera a la par,
que se arroja a los espacios
cual rayo de tempestad.
Es negra como el averno,
fea como Satanás,
llena de horribles temores,
como hija de la impiedad.
El mundo que la contempla,
ante tanta fealdad
aterrorizado, exclama:
—¿Quién será?
¿Dónde irá esa triste sombra?
¿Dónde irá?

.....

Ha dejado acá en la tierra,
do se quiso eternizar,
el único compañero,
de su vida criminal.
Agitándose, expiró,
como fiera sin domar,
que aprisionada entre hierros
lucha por la libertad.
Y ¡cuán horrible quedó
su figura natural!
El alma en tanto ¡adelante!
siempre avanza más allá.
¿A dónde va? no lo sabe...
No querría continuar.
Pero se siente empujada
por una fuerza fatal.
¿Pararse? No se consiente.
¿Retroceder? Vano afán;
que, traspuestas las fronteras
de este mundo material,
no hay satisfacer caprichos
de la humana voluntad.
Sigue, pues, sigue adelante,
irresistible, tenaz.
Y el mundo que la contempla
se pregunta: *¿Dónde irá?*

.....

Las dos almas se encontraron
en aquel viaje final,
de los espacios eternos
los dinteles al cruzar.
Se saludaron al verse
con traje tan desigual:
—¿De dónde, dime, tan negra?
—De la tierra, de gozar.
—¿Y tú de dónde tan blanca?
—De la tierra, de llorar.
Y a un tiempo las dos cayeron
a los pies de Jehová.
En tanto se preguntaba
el mundo: *¿Quiénes serán?*

.....

Con el peso incontenible
con que un bólido fugaz
se despeña en los abismos
desde el cielo sideral,
cual edificio que aterra
un horrendo vendaval,
cae un alma despeñada
en el abismo infernal
envuelta en el torbellino
de un fragoroso huracán.
Al mismo tiempo atraída
por divina suavidad,
arrebatada al arrullo
de una belleza ideal,
aspirada por el beso
de una boca celestial,
en las palmas de los ángeles,
y al son de su aletear,
otra alma entra en la gloria
de eterna felicidad.
Era esta alma, blanca, blanca,
cual la virtud virginal.
Era aquella negra, negra,
como el pecado mortal.

P. F. X.

N.º 509

Todos o ninguno

A buen seguro que otro más liberal que el tío Garrafo no sería fácil hallar en Villa Guarra ni en dos leguas en contorno. El ¿ir a Misa? Ni pensarlo, ni menos cumplir con la Iglesia.

—Too eso no sirve pa ná, y son obligaciones que a mí no me da la gana de cumplir; sá acabao, ea.

—Si, ya sabemos que tu Iglesia es la taberna —replicaba la tía Colasa, esposa de aquel ilustre libre-pensador.

—Ca cual va a donde le hace falta, ¿estás? y no me vengas con sermones, que pué que te encuentres con algún mamporro cuando menos lo esperes.

Aquí llegaba el diálogo cierto día festivo, cuando del granero donde tenía su cuartito bajó Tonico, el hijo del tío Garrafo, que apenas contaría ocho años, alegre y gozoso, con su mejor trajecillo y llevando en la mano un librejo que por las trazas parecía ser un devocionario.

—¿Ande vas, renacuajo?—dijo el tío Garrafo, que lo sospechó al punto.

—Pues a Misa, padre, que hoy es domingo.

—¡A Misa!... Ya la tenemos: apuesto cuatro perras contra dos a que te lo ha mandado la bruja de tu madre.

—Cá, pues se equivoca usté: el que me ha dicho que venga con todos los demás chicos de la escuela ha sido don Roque, el maestro, que al que no acude, dempués le pone de rodillas o le planta una cruz en la lista pa no darle ningún vale en toa la semana.

—¡Chiquillo! ¿qué dices? eso es pior que la Inquisición, y mayormente contra la libertad de cultos y la conciencia libre y la república federal. ¡Canastos!

—Hombre, no barbarices más —le interrumpió su mujer;—¿qué tienen que ver todas esas farándulas con que el chico cumpla un mandamiento de la Iglesia?

—Ahora lo arreglaré yo; esto de los mandamientos se va a acabar. Me voy a la escuela a decirle a ese D. Roque cuántas son cinco.

Y en efecto, diez minutos más tarde el enfurecido Garrafo exponía al joven maestro del lugar sus reclamaciones en nombre de la libertad ultrajada por aquella orden dada a los muchachos.

—Ya ve usté, siñor maestro, que yo soy de ideas muy avanzás, pues de casta le viene al galgo, pues ya mi padre, cuando la expulsión de los flaires el año 35, fué uno de los que le pegaron fuego a toos los libros del convento, y había tantísimos que estuvieron ardiendo una porción de días. ¡Jé, jé, paice imposible!

—Vaya, ya se ve que era amigo de las letras y de la ilustración —repuso con sorna el maestro.

—Mucho; como que hasta su muerte fué suscritor del *Motín* y del *Cencerro*, y compraba toos los papeles que suelen traer los ciegos.

—Bueno, y usted, en resumidas cuentas, ¿qué quiere de mí?

—Pues hombre, que no me fastidie usté mandando al chico a Misa, porque al chico lo quiero encaminar pa republicano, y usté me lo echa a perder.

—Sí, vamos, ya comprendo, a usted lo que le estorban son los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

—Y toos. Denguno me hace falta.

—¡Claro! las grandes inteligencias como usted y el tío Rapiña ¿para qué quieren eso? Se comprende.

—¿Y qué tié que ver ese ladronazo del tío Rapiña en este entierro?

—Hombre, pues, que según me dijo el otro día le estorbaba el Mandamiento que dice: «No hurtarás», ¿sabe usted?, porque la propiedad es un robo, y qué sé yo cuántas cosas más.

—¡Valiente pillo está el tío Rapiña, que entre él y sus chicuelos no dejan crecer la hierba!

—Vaya, pues, abreviemos. Desde mañana voy a complacer a usted suprimiendo el Mandamiento de la Iglesia que ordena oir Misa entera

los domingos y fiestas de guardar, diciendo a mis discípulos que todo eso del culto religioso no es obligatorio y se ha mandado retirar por antiliberal y anticuado, ¿no es eso?

—Eso es, al pelo, don Roque.

—Además, como también tiene sus razones el tío Rapiña, les diré a los muchachos que queda también abolido el séptimo Mandamiento de la Ley de Dios en nombre de los principios anarquistas, y por tanto se puede hurtar a troche y moche a todo el mundo, y robarle hasta las zapatillas a la luna si se descuida, y en su consecuencia los días de Misa, en vez de acudir a la Iglesia, deben ir a la huerta, y en especial a la de usted, y arramblar con todo lo que haya.

—¡Alto ahí! Eso no, siñor maestro, no lo diga usté ni en broma. Recontra, pues apañao quedaría yo con tanta fruta que hay agora en los árboles. Usté no tiene facultades pa suprimir ese Mandamiento.

—Vaya, lo mismo que para suprimir el otro de la Misa, y otro que también voy a echar a tierra, que es el de «honrar padre y madre», recomendando a su hijo de usted que cuando a usted le oiga algo que no le parezca bien, lo envié a usted al cuerno, y si no, de una pedrada le abra a usted la cabeza, que es el sistema más radical que se conoce.

—Siñor maestro, usté se está burlando de mí; yo no pedía más que eso de la Misa y usté me sale con las otras chuflainas.

—Pues, amigo Garrafo, el mismo origen divino tienen todos los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia y *o todos o ninguno*, porque, o todos son falsos o todos son verídicos; si usted no quiere que le roben o le maten, o le insulten los hijos, y quiere usted que se guarden los principios de la moral cristiana tan sublimes, tan justos, tan santos y en último término tan útiles para la humanidad, por los siglos de los siglos no se oponga ni disparate, sin saber lo que dice, contra el precepto de santificar el día del Señor, autor de todos ellos, y vayan sus hijos a oir y conmemorar el Santo Sacrificio de la Misa, a la que usted no asiste porque es de aquellos que, como dice el dicho popular, «no sabe de la misa la media». ¿Qué responde usted a todo esto?...

—Que tiene usté mucha labia y que tiene uno pocas letras pa contestarle.

—Y si tuviera usted muchas, lo mismo. Verdad que no hay más que una, que es la que enseñó el Divino Maestro, que dijo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida, y el que me sigue no anda en tinieblas.* Y ahora váyase a casa, y puesto que es usted tan liberal, deje usted a Tonico, que es un chico que usted no se lo merece, que vaya a Misa... y usted acompáñele también.

.....

Poco después la tía Colasa preguntaba a su marido, con cierta sonrisilla.

—¿Y en qué ha quedao eso de la Misa?

—Pus por ahora en ná, porque dice don Roque que eso de los Mandamientos hay que suprimirlos *toos o denguno*, y ya tú ves que con tantas frutas y melones que hay agora en la huerta...

A. D. J.

N.º 510

La inocencia

Hay una flor más pura
que pura es la azucena;
más que la nieve blanca,
más que la aurora bella.
El cielo con un rayo
de puro amor la engendra;
las madres la bendicen,
los ángeles la besan.
Cuidadla, amados niños,
con mucha diligencia;
cuidadla que, ella sola,
venturas da en la tierra.
¡Oh, cómo resplandece
sobre la faz risueña
del tierno infante, y cómo
de gozo el alma llena!
Ya en dulces vocecillas
me preguntáis por ella...
¡Ay! esa flor, sabedlo,
se llama ...¡la inocencia!

N.º 511

El cumplimiento Pascual

«El P. Porra»

Vivió hace mucho en la corte
un viejo fraile exclaustrado,
conocido y respetado
por su venerable porte.
Todo el mundo le llamaba
en Madrid, el P. Porra,
por la gruesa cachiporra
del palo en que se apoyaba.
Y era, al decir de las gentes,
un fraile muy virtuoso;
y, aunque algo brusco, amoroso
para con sus penitentes.
Pues señor, una mañana
que leía en su breviario
dentro del confesionario,
costumbre en él cotidiana,
vió a su presencia acercarse,
con alguna cortedad,
a un hombre de buena edad,
que quería confesarse.
Aceptando con amor
el P. tan buena idea
empezaron su tarea
penitente y confesor.
—Vayamos, hijo, con plan:
¿cuánto hace que has confesado?
—Si no estoy equivocado
quince años hará en San Juan.
—¿Quince años?
—Sí, Padre.
—Basta.
No prosigas, ¡Dios eterno!
te vas de fijo al infierno
con todos los de tu casta.
¡Quince Cuaresmas completas!
si quieres que te confiese
necesito, aunque te pese,
que me des quince pesetas.
Aun es poco lo que pido,
tus faltas serán enormes...
y, si no estamos conformes
te vas por donde has venido.
A esto con voz apagada
el penitente gemía:
—Pero Padre... yo creía
que esto no costaba nada.
Entonces alargó el brazo
indignado el P. Porra;
y asiendo la cachiporra
le pegó un cachiporrazo.
Diciéndole: ¡Habrá bergantes!
pues si era cosa probada,
que no te costaba nada,
¿por qué no has venido antes?

D. Bilbao

N.º 512

El examen de conciencia

—Bien, Señor Cura, me avengo,
si es preciso, a comulgar;
mas ¿qué me he de confesar,
si yo pecados no tengo?
—Infeliz, no digas eso,
que tendrás pecados mil ...
—¿Cuál es tu oficio?
—Albañil.
—Pues bien, hombre, tráete yeso
y vete a enlucir el nicho
del Altar de San Antón...
sacristán: toca a sermón.
—¿Cuándo... a la tarde?
—Ahora mismo.

—

Amados hijos en Cristo:
Va a llenaros de contento
un gran acontecimiento
inesperado, imprevisto.
Importa saberlo tanto,
que os he llamado a deshora,
para anunciaros que mora
entre nosotros un santo.
Un santo de carne y hueso
con el cual podéis hablar...
miradle ahí en ese altar...
de pie... empolvado de yeso...
¿Qué ese es un santo? ¿ése, Pablo?
¿el albañil, señor cura?
—El mismo me lo asegura.
—¡Que ha de ser un santo, un diablo!
si es borracho y holgazán;
—y jugador, y fullero,
—y tramposo, y embustero,
—y no da a sus hijos pan,
—y maltrata a su mujer,
—y blasfema, y vota y jura,
—y del prójimo murmura,
—y se ocupa en malmeter.
Y así fué con diligencia
el concurso mujeril
haciéndole al albañil
el examen de conciencia.

R. G. F.

N.º 513

Con la intención basta

(Diálogo escenificable)

I

—¿Se pué pasar? — Pasa, pasa.
—Güenos días. — ¡Hola, Antón!
¿a qué vienes a mi casa?
—A hablale de una custión.
No sé si V. se fegura
cual es. — No — Pues m'hi llegao
a su casa, señor cura,
pa confesale un pecao.
—¡Hola! — Aquí, pa entre los dos
estoy triste y afligido
porque hi ofendido a Dios,
y siento haberle ofendido.
—¿Lo sientes? — Sí — Menos mal,
eso atenúa el pecado;
y ¿es éste grave o venial?
—No intiendo. — Que si has robado.
—Por ahí va. Naide lo sabe
pero ayer me hice ladrón.
—Pues eso es grave, muy grave;
¡eso es gravísimo Antón!
—Lo mesmu me paice a mí;
lo cual que estoy trastornao.
—Y ¿a quién le has robado, di?
—A Cerilo, mi cuñao.
Salió de casa y asina
que se jué, entré en su corral,
y le robé una gallina.
—¡Pues hiciste mal, muy mal!
Para que no te condenes
por esa villana acción,
hoy a tu cuñado tienes
que devolvérsela, Antón.
—¿Devolvéla? ¡no pué ser!
—Pues harás un disparate.
—¿Por qué no? Pues porque ayer
me la comí con tomate.
En cuanto me la comí
me dí cuenta de mi acción;
y la verdá lo sentí;
¡porque yo no soy ladrón!
—¿No mientes? — Es lo primero
que m'ha ocurrido robar.
—Salvarte entonces espero.
—¿De veras me puó salvar?
—Sí, Dios es condescendiente
con todos los pecadores;
y a todo el que se arrepiente
de sus pasados errores
le perdona... Según veo
tú ya estás arrepentido.
—¿Que si lo estoy? ¡ya lo creo!
—Entonces no estás perdido;
dale gracias al Eterno;
tu arrepentimiento, Antón,
te ha librado del infierno
en la presente ocasión.
—¿Mi arrepentimiento?— Sí;
con él pruebas que eres bueno...
—Gracias... ¡Si no vengo aquí
me paice que me condeno!
—No cometas la locura
de volver a ser ladrón.
—Páselo bien, siñor cura.
—Hasta que quieras Antón.

II

—¿Se pué pasar? — ¡Adelante!
Hola Antón. — Vengo otra vez
a molestale un instante;
perdone mi pesadez.
—¿Has hecho alguna diablura?
—Sí... que hi güelto a ser ladrón:
tuve anoche, siñor cura,
una mala tentación,
y en casa de mi cuñao
me metí por el corral;
y la verdá le hi quitao
otra gallina y un rial...
Vengo a contáselo a V.
pa mayor tranquilidad,
pues la otra vez me marché
muy tranquilo, la verdá.
—¡Hombre, me gusta tu calma!
¿No estás afligido, Antón?
—No siñor. — Entonces tu alma
camina a su perdición.
—¿A su perdición?—Es claro.
—Pues yo estoy muy satisfecho.
—Habráse visto descaro
¿no te aflige lo que has hecho?
—No, no me causa aflicción;
¡qué ridiez m'hi de afligir!
¿No ve que traigo intención
de golveme a arrepentir?

ALBERTO CASAÑAL

N.º 514

¡Dios todo lo ve!

(Pedrín-Luisa)

P. ¡Qué bien! Se ha ido mamá;
solos quedamos en casa.
¡Luisa... Luisa!... *(Llamando)*
¿Dónde estás?

L. *(Dentro)*. En seguida voy, aguar-
[da

P. *(Acercándose a un cestito de manzanas que hay colgado en la pared)*.
Pero... ¡qué olorcillo tienen!
¡Ay! ¡qué ganas de probarlas!

L. *(Entrando)*.
¿Para qué tanto alborotas?

P. *(Apuntando a las manzanas)*.
¿No ves aquella cestita?...
Llenita está de manzanas
unas reinetas muy ricas:
¡estamos solos en casa!

L. ¡Y si se entera mamá!
¡porque verá las que faltan!

P. ¡Diremos que los gatitos
se comieron las manzanas!

L. ¡Bueno! ¡Una condición!

P. La que tú digas, hermana.

L. Que nadie nos ha de ver.

P. ¡Muy bien! ¡Sube y las alcan-
[zas!
(Sube la niña a una silla y alcanza la cestita de las manzanas; Pedrín se frota las manos de gusto).
¿Cuántas son?

L. *(Contándolas)*.
Hay dos docenas.

P. Una docena nos basta.
¿Las comemos aquí mismo?

L. ¡Puede entrar cualquiera en ca-
[sa!

P. Pues, vamos a la cocina
y allí la puerta se tranca. *(Van-*
[*se)*

L. *(Dentro)*.
¡Ay Pedrín! ¡La lavandera
nos ve por esa ventana!

P. ¡Es verdad!... En la despensa
no nos han de ver, hermana.

L. ¡Vamos allá!... Mas, ¿no sientes
los duros golpes del hacha?

P. ¡Ay! Un leñador nos ve;
vamos al sótano, hermana;
allí nadie nos verá.

L. ¡Son bien caras las manzanas!..
(En el sótano).
¡Mira bien a todas partes!

P. *(Inquieto)*.
Estamos solos ¿qué aguardas?

L. ¡Mira arriba!...

P. ¿Quién está?

L. Uno que oye tus palabras
es Dios que todo lo ve.

P. *(Cayendo en la cuenta de la lección que le ha dado su hermana)*.
—Dios nos ve, oh Luisa, gracias.
Vamos a posar la cesta
que no quiero las manzanas.
(Entran los dos modestamente abrazados, en escena con el cestito de reinetas).

L. *(Al público)*.
Niños, estos dos hermanos,
que con cariño se abrazan,
os recuerdan siempre a Dios,
que escucha nuestras palabras,
que ve nuestros pensamientos,
que no se le oculta nada.

ARGIMIRO HIDALGO, PBRO.

N.º 515

La lengua y la espada

(Eccli XXVIII, 22)

Una lengua y una espada
cayeron un día presas:
aquélla por viperina,
estotra por pendenciera.
Y al verse en la cárcel juntas,
formando otros presos rueda,
después de amables saludos,
se hablaron de esta manera:
—¿Qué has hecho tú, peleona?
(dijo a la espada la lengua).
—He dado unas cuchilladas,
repuso vibrando aquélla.
Además en guerra injusta
he fulminado sangrienta,
y al cabo, como soy fuerte,
he cometido violencias.
—Y ¿por esas niñerías,
responde la otra, te pescan?
vaya, vaya no te apures
escucha ya mis lindezas:
Yo profiero cada día
por millones las blasfemias;
voto más que un carretero,
miento más que la Gaceta...!
Juro en falso, y por mi dicho
a más de un hombre trompeta
hicieron morir bailando
colgándole de una cuerda.

Murmurar es mi delicia,
la calumnia mi sistema,
no dejando honor seguro
ni en casada ni en doncella.
Desuno los matrimonios,
rompo amistades eternas,
y atizando a la discordia
destruyo la paz doméstica.
Y es lo peor de mis gracias,
aunque todas son perversas,
que los daños que ocasiono
tarde o nunca se remedian.
Adulo a los poderosos,
trato al pobre a la «baqueta»
siembro luto en las familias
con fraude, estafas y afrentas.
Divido los ciudadanos
con mis programas y arengas,
y al pueblo simple alboroto
con patrañas y quimeras.
Y turbo la paz del mundo
con mil intrigas funestas,
y entre naciones y reyes
gozo avivando la guerra.
Y por fin, si no atajaran
el furor que me envenena,
cenizas hiciera el orbe
con mis ardientes saetas.

.....

¡Cielo santo! exclaman todos
los presos de la caterva;
y santiguándose muchos
sentaron por cosa cierta
que la espada es una monja
en vista de su pareja.
Pues no hay pecados peores
que los pecados de lengua.

C. FERNÁNDEZ

N.º 516

Dosis Catequísticas

(Van apareciendo sucesivamente en el escenario varios niños; y de cara al público cada uno recita una de las siguientes estrofas. Salen por la derecha y desaparecen por la izquierda).

Si no sabes la Doctrina,
que es la ciencia de salvarse,
aunque seas Salomón,
eres un gran ignorante.

No crees en Dios, ¿y te alabas
de tener mucha honradez?
No pondré yo mi cartera
donde la puedas coger.

El perro no muerde al amo,
aunque cien palos le dé;
y el blasfemo muerde a Dios,
a quien debe todo bien.

Oye Misa diariamente;
«por oír Misa y dar cebada
(dice un refrán muy probado)
nunca se perdió jornada».

Quien, con sus malos ejemplos,
mata el alma de su hijo,
peca más que quien traspasa
su cuerpo con un cuchillo.

¿Quieres ir al cielo
y no al abismo?
Aprende y practica
el catecismo.

¿Veis la virtud abatida...?
Pensad en que hay otra vida.

Con el demonio acostado
duerme, quien duerme en pecado.

Como vives morirás,
si mal vives ¿dónde irás?

Los vestidos de hoy en día
son como telas de araña;
sólo que éstas cazan moscas
y aquéllos cazan almas.

N.º 517

El testarudo

De noche, en un mal paso y sin lin-
[terna
Juan se rompió una pierna...
¡Vaya todo por Dios!
Le curaron tal cual; pero volviendo
A aquel paso tremendo,
¡Juan se rompió las dos!
Sanó al fin; mas tornando a la as-
[pereza,
Partióse la cabeza,
¡Y muerto quedó allí!
Si a un cristiano su culpa se le ab-
[*suelve*
Y al vicio vuelve y vuelve
¿No le sucede así?

C. FERNÁNDEZ

N.º 518

Los niños mudos

Aparecen en el escenario cinco niños llevando en sus manos velas eléctricas apagadas, protegidas con papeles de color; a su lado un niño mayor. Es una sección de mudos con su catequista.

Toma la palabra el niño mayor (que podrá aparecer vestido con sotana) para decir al público cómo se trata de un grupo de niños mudos, que saben muy bien el Catecismo; que lo van a demostrar, no con la palabra, porque no pueden, sino con un lenguaje nuevo que todos entenderán.

Vuelto a los niños empieza a hacerles preguntas de Catecismo relativas a números (v. gr.:) ¿cuántos son los Mandamientos de la Iglesia? a cada pregunta se encienden, simultánea o sucesivamente, las velas necesarias para dar el número de la respuesta.

Para ello una persona competente, oculta entre bastidores, acciona convenientemente con los cinco dedos de la mano un interruptor múltiple, que enciende y apaga las luces exteriores, según las exigencias de la pregunta.

A continuación de cada respuesta luminosa haga el catequista un breve comentario doctrinal, o alabe la ciencia de los catequizados mudos.

Pueden hacerse las siguientes preguntas: ¿Cuántos dioses hay? (1); ¿Personas? (3); ¿Mandamientos de la Iglesia? (5); ¿cosas necesarias para confesión? (5); ¿clases de contrición? (2); ¿Sacramentos de vivos? (5); ¿de muertos? (2); ¿a cuántos sitios puede ir el alma después de la muerte? (3); ¿novísimos? (4); ¿infiernos? (4); ¿virtudes morales? (4); ¿teologales? (3); ¿partes del Catecismo? (4); ¿enemigos del alma? (3); ¿potencias? (3); ¿sentidos del cuerpo? (5); ¿notas de la Iglesia? (4); ¿misterios del Rosario? (5); ¿Evangelistas? (4).

Si los niños se retiran del escenario al compás de la música, pueden acompañarla con una vistosa danza luminosa apagando y encendiendo las lámparas al compás de la música.

NOTAS: 1) *Encarézcase a los niños que no respondan jamás de palabra a las preguntas; pues da la experiencia que, sugestionados por el gesto y la voz del catequista, traicionan fácilmente su mudez.*

2) *El dispositivo eléctrico para obtener el efecto descrito exige muy poco material; y el montaje lo puede hacer cualquier aficionado. Bastan 5 boquillas con sus lámparas, tres trozos de cordón ordinario de luz, un enchufe, dos tablas y unas varillas metálicas.*

Las boquillas pueden ir montadas en aparatos de luz, en el extremo de un palo imitando velas, o sencillamente en las manos de los niños. Cada lámpara podrá ir cubierta con papel de seda de un color.

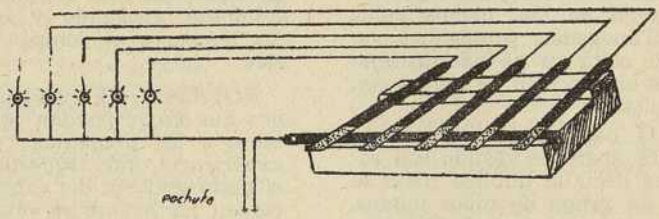
Las líneas de conducción, como son seis en total, pueden obtenerse con tres cordones dobles de los ordinarios; convendrá que vayan arrollados en un cordón único.

El pulsador o interruptor múltiple puede construirse con dos tablillas y unos trozos de cintas metálicas, como las usadas para precintar bultos. Una tabla mayor hará de zócalo: y llevará clavada longitudinalmente en su borde anterior una cinta metálica con un orificio en uno de sus extremos. La segunda tablilla se colocará paralelamente en el borde opuesto, a modo de almohadilla; y sobre ella se fijarán perpendicularmente, con tirafondos o puntas, cinco tiras metálicas con un orificio en el saliente posterior, y una tapa aislante de papel de goma en la parte superior del otro extremo. En su posición natural las cinco cintas que constituyen el teclado quedarán levantadas como un centímetro sobre la cinta primera.

Para encender cada una de las lámparas bastará apoyar un dedo

sobre el extremo aislado de la cinta superior correspondiente, hasta hacerlo tocar con la inferior; al dejar de pisarlo, se levantará en virtud de la propia elasticidad, y la lámpara se apagará.

Para las conexiones y demás detalles consúltese la figura



N.º 519

Coro hablado

(Propio para una concentración catequística en un santuario mariano)

D. Queridos niños, la Sma. Virgen María nos llama hoy a su casa de... (nombre del santuario).
¡Niños de... (*un pueblo concurrente*)!
T. Presentes por nuestra Reina.
D. ¡Niños de...!
T. Presentes por nuestra Señora.
D. ¡Niños de...!
T. Presentes por nuestra Patrona.
D. ¡Niños de...!
T. Presentes por nuestra Madre.
D. ¿Ninguno falta a la llamada de la Virgen?
T. Ninguno.
D. Estamos aquí reunidos para honrar a la Virgen María. ¿Quién es la Virgen María?
Niños: La Madre de Dios.
Niñas: Nuestra Madre.
D. Sí, nuestra Madre. ¿La amáis con todo vuestro corazón?
T. Sí, la amamos con todo nuestro corazón.
D. ¿Más que a todos los amores de la tierra?
T. Más, mucho más.
D. ¿Serviréis siempre a vuestra Reina?
T. Sí, siempre.
D. Seremos soldados de nuestra Reina en nuestra casa.
Niños: Y en las calles.
Niñas: Y en el campo.
D. Siempre soldados de la Reina de... (*nombre del santuario*).
T. Siempre, siempre, siempre.
D. Hacedlo así, que si la amáis de veras en la tierra...
T. Iremos un día a amarla en el cielo.

Canto a la Sma. Virgen

—

D. También hemos venido a pedir a la Virgen por la paz.
T. Sí, por la paz y por el Papa.
D. El representante de Cristo Rey.
Niñas: El Papa Pío XII.
Niños: El Papa Rey del mundo.
D. ¡Viva el Papa!
T. ¡Viva!
D. ¡Viva la Virgen Reina de la Paz!
T. ¡Viva!
D. Queridos niños: Poneos de rodillas, y pidamos todos juntos por la paz y por el Papa.
D. Reina de la Paz.
T. Rogad por nosotros.
(*Se repite tres veces, elevando cada vez más el tono de la voz*
D. Reina de...
T. Dadnos la paz que te pedimos.
D. Madre nuestra.
T. Dadnos la paz que te pedimos.
D. Medianera universal.
T. Dadnos la paz que te pedimos.
D. Oh María, consérvanos a nuestro Padre el Papa Pío XII.
T. *Repiten lo mismo.*

D. Oh María, ilumina y fortalece al Papa de la paz.
T. *Repiten lo mismo.*
D. Oh María, hacedle feliz en la tierra y que no reciba daño de sus enemigos.
T. *Repiten lo mismo.*
D. Queridos niños, poned el corazón en los versos de esta niña por el Papa y por la paz.

Poesía y canto: «Firme la voz»

—

D. También nos hemos reunido aquí para celebrar una fiesta catequística. ¿Amáis mucho al catecismo?
T. Sí, porque nos da a conocer a Jesús y a María.
D. ¿Y por qué más?
T. Porque nos enseña a ser buenos cumpliendo los mandamientos.
D. ¿Y por qué más?
Niños: Porque nos guía al cielo.
Niñas: Porque nos aparta del infierno.
D. ¿Prometéis por lo tanto estudiar el Catecismo?
T. Prometemos estudiarlo.
D. ¿Qué más?
T. Prometemos amarlo.
D. ¿Qué más?
T. Prometemos practicarlo.
D. ¿Qué más?
T. Prometemos defenderlo.
D. ¿Cómo?
T. Siendo soldados de Cristo Rey y de la Reina del cielo, a las órdenes del Papa.
D. Oh, así reinará Jesús, nos amaremos todos y tendremos paz.
D. ¡Viva el Catecismo!
T. ¡Viva!
D. ¡Viva el Papa Rey!
T. ¡Viva, viva, viva!
D. ¡Que reine Jesucristo!
T. ¡Que reine, que reine, que reine!

N.º 520

Los lirios de Alcalá

(Justo, Pastor, Daciano, Centilo, Angeles y soldados)

DACIANO, solo

D. He de borrar de este suelo
la sangre de Jesucristo.
¿Los dioses de Roma augusta
han de verse confundidos
derribados de sus tronos
por el imperio de Cristo?
¡Nunca el cielo tal consienta!
¡No se vea tal delito!
con la protección de Júpiter,
Roma siempre grande ha sido,
sojuzgando a las naciones,
venciendo a los enemigos
y aprisionando en sus redes
a los pueblos conocidos.
Y la religión que hoy se alza,
el oscuro Cristianismo,
enerva las energías,
quebranta el pujante brío,
apaga los ideales
que orgullo de Roma han sido.
¡Basta ya de transacciones!
Despachado está el edicto
en que ordené delatar
como enemigos nocivos
del imperio a los cristianos.
¡Como alimañas los miro!
¡Sediento estoy de su sangre!...
y mi furor ya ha encendido
mis hogueras. Se han abierto
los lugares de exterminio.
¡Prontos están mis verdugos!
El fuego está a mi servicio...
es necesario incendiar
este boscaje sombrío
do se albergan encelados
los animales dañinos.
¡Deidades inmortales
que reináis en el Olimpo,
prestad esfuerzo a mi brazo,
mantened pujante y vivo
el entusiasmo sagrado
que hoy bulle en el pecho mío!
¡Borraré de las Españas
el nombre de Jesucristo!

Entra CENTILO, *haciendo una venia.*

C. Perdonadme, gran Señor,
si vuestra paz he turbado.
D. ¿Qué buscáis en mi presencia?
C. Señor, cumplir los mandatos
que vos me dierais.
D. Hablad.
C. Guardando estaba el palacio
hará dos horas tan sólo
cuando a mí se acercaron

dos encantadores niños,
por las trazas son hermanos.
Preguntéles qué buscaban,
y los dos me han contestado
haber oído a sus padres
que se ha despachado un bando
en que manda, bajo pena,
denunciar a los cristianos.
Y ellos vienen decididos,
resueltos a confesarlo.

D. (*Enojado*).
Y ¿son dos niños, decís?

C. Dos niños de pocos años.

D. ¿Es posible? ¿Dónde están?

C. Señor, queriendo asustarlos,
los castigué y despedilos,
pero ellos más han clamado
que desean el martirio
porque ellos son cristianos.
Yo juzgué, al ver su insistencia,
debía comunicároslo.

D. Traedlos a mi presencia;
ya sabré yo doblegarlos.
(*Se marcha Centilo*)

DACIANO solo (*irritado, se pasea*)

D. ¡Son así los españoles:
tercos, tenaces y bárbaros!
(*Pausa*)
¡Vienen a desafiarme
dos niños! ¿Será un sarcasmo?
Jamás nadie impunemente
mi furor ha desafiado.
¿Si querrán que yo me ablande
mi compasión excitando?
¡No haya piedad este día!
No se juega con Daciano.
(*Calmándose*).
Si no lograra vencerlos
con caricias, con halagos,
su muerte sería estímulo
para los demás. Veamos
si con ruegos o amenazas
conseguimos despacharlos.

Aparecen los dos niños cogidos de la mano y con las cartillas de la escuela. Detrás CENTILO. DACIANO *estará paseándose en un extremo sin notar la entrada de los niños.*

J. Mira, Pastor, los tormentos
son pequeños, nada temas.
Después vendrán Angelitos,
nos traerán unas diademas
y volaremos al cielo
a ver a Dios.

P. ¡Si las penas
no me asustan! Sólo quiero
que no me falten las fuerzas
y que a mi lado te encuentres
en la hora postrimera.

C. (*Adelantándose, presenta a los dos niños*).
Ya están aquí. (*Se va Centillo*).

D. (*Con dulzura*). Venid, niños.
¿Adónde ibais? ¿A la escuela?

J. Sí señor, pero supimos
que aquí un hombre malo intenta
degollar a los cristianos,
y antes de irnos a la escuela
venimos a que nos maten
y nos corten la cabeza.

D. ¿Y quién es ese hombre malo?

P. Uno que vino de afuera
a matar a los cristianos.

D. ¿Cómo se llama?

P. Una fiera.

J. Debe ser hijo del diablo:
malo como una pantera.

D. Y ¿aquí venís a buscarlo?

P. Aquí dicen que se alberga.

D. Os han engañado, niños.
¿Cómo te llamas?

P. Pastor.

D. Y ¿tú?

J. Justo.

D. Niño, llevas
un nombre bonito.

J. Igual,
según mi madre me enseña,
que el de Jesús nuestro Dios.

P. El mío también expresa
su nombre santo.

D. Bien, niños;
y ¿aprendéis mucho en la escue-

J. Sí, señor, a amar a Dios, [la?
a ganar la vida eterna.

P. Y aborrecer a los dioses
que los paganos veneran;
que son árboles tallados
o monigotes de piedra.

D. ¡A fe que sois despejados!

J. Nuestros maestros nos enseñan
que si sufrimos la muerte
volaremos a la eterna
Patria, con Dios y los Santos.

P. Por eso al ir a la escuela
venimos aquí anhelando
que nos corten la cabeza.

J. Deseamos el martirio.

P. ¡Somos cristianos! La Iglesia
nos admitió en su regazo.

D. (*Enfadado*)....
¡Basta, niños! ¡Qué protervia!

(Aparte).
Probemos hasta qué punto
sus bríos y ánimos llegan.
¿Sois cristianos?

J. y P. Sí, señor.
Somos hijos de la Iglesia.

D. *(Saca un crucifijo y se lo muestra a los niños)* (1).
¿Quién es éste?

P. Jesucristo.

J. Nuestro Dios, nuestra cabeza.

D. *(Enfadado).*
Y ¿quién tantos disparates
os enseñó?

J. Es alta ciencia
saber leer en la cruz.

D. *(Irónico).*
¡Hola, niños, qué agudezas!
Si es Dios como me decís
el que aquí se representa,
¿por qué en una cruz murió
con tanto baldón y afrenta?

P. Para salvar y redimir
a la humanidad entera.

D. Niño, lo que me decís
son fábulas y leyendas.
Cuando le crucificaron
los judíos en su tierra
algún criminal sería.

J. ¡Retirad esa blasfemia!

P. ¡Callad, Presidente! Fué
Jesús la misma inocencia.

D. *(Irritado).*
¡Basta ya, insolente! ¿Quién
me ha hablado con tal sober-
[bia?
Os intimo que insultéis
en el acto en mi presencia
a este simulacro.

J. y P. *(Con energía)* ¡¡¡Nunca!!!
¡Lo ha prohibido la Iglesia!

D. Os azotarán mis súbditos.

J. y P. Los azotes presto vengan,
pero insultar a Jesús
¡nunca el Cielo tal consienta!

D. ¡Obedecedme al instante!

J. y P. En esta infame bajeza,
¡no podemos!, ¡no debemos!,
lo ha prohibido la Iglesia.

D. ¿Y he de verme yo vencido
por dos niños? Con presteza
renegad de Jesucristo.

J. y P. ¡Antes la muerte nos venga!

D. Pues moriréis si no oís
aún la voz de la clemencia.
¡Renegad de Jesucristo
os digo por vez postrera!

J. y P. ¡No podemos! ¡No debemos!
Lo ha prohibido la Iglesia.

D. *(Despechado).*
¡Me han vencido! Pero no,
yo abatiré su soberbia.
¡Soldados, oid mis órdenes!
(Soldados, que acuden al llamamiento).
Cargad presto de cadenas
a estos niños que parecen
educados con las fieras.
Azotadlos sin piedad,
y, si acaso perseveran
en su idea imperturbables,
separadles la cabeza
de un hachazo y arrojad
sus cuerpos en las afueras
de la ciudad y que sirvan
para pasto de las fieras.
(Vase rabioso y los soldados cargan de cadenas a los Santos Niños).

P. *(Mientras le encadenan dirá)*:
¡Gracias, Jesús, por tu auxilio
digno de sufrir me has hecho!
¡Aliéntame en el combate,
que verter la sangre quiero,
por defender a tu Iglesia,
por sellar el Evangelio.
No vaciles, Justo hermano,
juntos hoy nos ofrecemos
por víctimas al Señor;
¡y cuán grande será el premio!

J. ¡Oh! Cuán bien hablas, Pastor.
bríos de guerrero siento
que animan mi corazón.
No vacilo, miro al cielo
y ¡veo que nos sonríe!
Los ángeles de los cielos
descienden hasta nosotros
guirnaldas bellas tejiendo
como corona del triunfo
que del tirano alcancemos.
¡Muramos por Jesucristo!
Nuestra sangre derramemos,
por que en España fulgure
siempre vivo el Evangelio.

J. y P. ¡¡¡Vivan Jesús y María!!!

Un sol. Niños, aún estáis a tiempo:
escoged lo que gustéis:
renegad del Evangelio
o la muerte.

---

(1) Perdónese el anacronismo en gracia del efecto escénico.

J. y P. No os canséis,
el padecer escogemos.
Un sol. De rodillas, pues, infames.
(Se arrodillan los niños).
J. Animo, Pastor, que el cielo
nos contempla sonriente.
P. Animo, que el triunfo es nues-
el padecer será breve, [tro,
mas el premio será eterno.
J. ¡Señor, Jesús!, por tu amor
el martirio padecemos;
danos Tú valor bastante,
ampáranos desde el cielo.
P. A nuestros padres bendice,
que con amor nos nutrieron
en las santas enseñanzas
de los santos Evangelios.
J. ¡Triunfad, Señor, en dos niños!
P. ¡No nos dejes, Jesús bueno!
(Mientras los Santos Niños dicen lo que antecede serán azotados por los verdugos, hasta la nueva entrada de Daciano).

D. ¿Perseveran en su idea?
Un sol. Señor, siguen impertérritos.
D. Aun estáis a tiempo, niños,
volved a mejor acuerdo,
desechad vuestras creencias,
renegad del Evangelio.
J. y P. ¡Lo ha prohibido la Iglesia!
¡Nunca, nunca; no podemos!
D. Pues queréis la muerte...
J. y P. Sí:
la muerte antes escogemos.
D. Descargad, verdugos; mueran
pues que se empeñan en ello.
(Descargan los soldados un golpe en el cuello y se oyen los suspiros de los niños, que dicen):
J. ¡Oh Jesús!
P. ¡Viva María!
(Y *caen exánimes al suelo*).
D. Dejad ahí esos cuerpos
para pastos de las aves
y que sirvan de escarmiento
a esos cristianos infames,
denigrados y protervos.
(Furioso).
¡No se cansará mi brazo
ni se saciará mi acero
(Volviéndose al público).
Degollando hasta que exista
un cristiano en estos reinos!

(Vanse todos, dejando los cadáveres de los Santos Niños tendidos en el campo. Apenas hayan desaparecido, entrarán diez o doce niños, vestidos de ángeles. Vendrán de dos en dos (o en círculo). Dos llevarán una corona de rosas en la mano: otros dos una palma: otros dos una azucena. Los restantes pueden llevar algún instrumento músico (y mejor si supieran tocarlo). En su lugar, pueden llevar cestitas de flores, que arrojarán sobre los Santos Mártires).

ANGELES, *entrarán cantando.*
¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

Coro universal.

Cantemos jubilosos
en cántico triunfal
de dos niños dichosos
el triunfo sin igual.
¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!

Sigue el coro.

Gloria a Jesús soberano
y Rey de la Creación;
que del infame tirano
por los dos niños triunfó.
¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!
(Los dos niños que llevan las guirnaldas de rosas, se adelantan cantando):
Sus cabezas coronamos
con diademas inmortales,
que a las bodas celestiales
los llama el divino Rey.
Todos. ¡Aleluya, Aleluya, Aleluya!
(Mientras cantan la estrofa anterior coronan de rosas a los mártires. Acabado que hayan se juntan al coro de los Angeles; entonces se adelantan los que llevan las palmas y cantan).
Empuñen sus manecitas
la palma de la victoria.
De los mártires la gloria
es justo que se les dé.
(El coro responde Aleluya tres veces. Colocando las palmas en las manos y se juntan

con el coro. Se adelantan los de las azucenas y cantan:)

Y los lirios inmortales
en sus manos coloquemos,
que en los coros virginales
los recibirá el Señor.
(El coro canta Aleluya tres veces, se juntan a los otros ángeles y cantan todos:)

Coro final.

Gloria a Jesús soberano
y Rey de la Creación,
que del infame tirano
triunfó por Justo y Pastor.
(Y se van todos, incluso los mártires, cantando indefinidamente el Aleluya.)

M. González, C. M. F.

N.º 521

La antorcha del convite

I

En el baptisterio

Del jugo de las flores
la *madre abeja* fabricó panales;
transformados en cera, sus fulgores
alumbraron con santos resplandores
las aguas de las fuentes bautismales.
Brille esa luz bendita
que el ministro de Dios puso en tu mano
mientras llega la hora de la cita,
en que por vez primera Dios te invita
¡oh niño! a su convite soberano.

II

En el comulgatorio

Llegó, llegó la hora
de contemplar el insondable abismo
do el Dios de amor entre misterios mora,
y aun llevas como antorcha bienhechora
la luz que recibiste en el bautismo.
Tan venturosa suerte
a guardar esta luz siempre te incite;
mas, entre el huracán del mundo, advierte
que allá, tras los umbrales de la muerte,
la has de llevar al último convite.

III

En el lecho de la muerte

La bendita candela
que en sus manos estrecha el moribundo,
su esperanza, su fe, su amor revela:
aquella luz su espíritu consuela,
su espíritu que ya no es de este mundo.
Las fuentes bautismales,
la Comunión primera, en su memoria
ya de la paz difunden sus raudales...
Ya goza en los palacios celestiales
del eterno convite de la gloria.

Saj.

N.º 522

Discurso sobre la Biblia

Hay un libro, tesoro de un pueblo, que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, a donde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos ; en él vió Dante sus terroríficas visiones; de aquella gran fragua sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer ceño, ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y, para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones llenas de pompa y majestad y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos, y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

Y ¿qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la Divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será; en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página, el fin de las cosas y el de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan, que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó a los mundos, como la primera aurora que se levantó en el cielo, como la primera flor que brotó en los campos, como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres, como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la Naturaleza como el último rayo de luz, como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio vense pasar, unas en pos de otras, a la vista de Dios, todas las generaciones, y, unos en pos de otros, todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas, las repúblicas con sus magistrados, los reinos con sus reyes, los imperios con sus emperadores. Babilonia pasa con su abominación. Nínive con su pompa, Menfis con su sacerdocio, Jerusalén con sus profetas y su templo, Atenas con sus artes y con sus héroes, Roma con sus diademas y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios, todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan y se predicen todas las catástrofes, y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubremente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá a gemir como Job cuando, derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hiende con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá a lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién será lúgubre y sombrío como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba a los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntanse allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres; por eso, la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá a cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la sibila de Israel, la amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasáramos a los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonarán jamás como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas con el delicado perfume de las rosas de Jericó y con el aroma del incienso de Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído a las suavísimas consonancias y a los dulcísimos cantos de las arpas angélicas, o con el arpa de Salomón, el rey sabio y felicísimo que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad a la sabiduría, que cantó el amor y sus regalados dejos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes, y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica, ¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado, cuando la mujer, la fuente y la flor, eran amigas, porque todas juntas y cada una de por sí eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida inocencia? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido a aplacar su sed en las fuentes bíblicas, de aguas inextinguibles, que ora forman impetuosos torrentes, ora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, o tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquél, señores, en que el género humano comenzó a leer treinta y tres siglos ha; y, con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aun no se ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquél en que se calcula todo antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos, en que, sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que, sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que, sin documentos históricos, se cuenta la Historia; en que, sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquél que lo ve todo y que lo sabe todo, que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre y los que están presentes en la mente de Dios, que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra, que cuenta o predice todas las catástrofes de las gentes y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, señores, que cuando los cielos se desplieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca

desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es eterna su palabra, resonando eternamente en las alturas.

JUAN DONOSO CORTÉS

N.º 523

La Biblia protestante

ANTONIO - PRESBITERIANO - METODISTA - JUAN

A. —Los católicos que sí,
Los protestantes que no;
Los protestantes afirman
Que la palabra de Dios,
Que escrita en la Santa Biblia
A la humanidad dejó,
La ha de entender cada uno
Como quiera, a su sabor,
Aunque sea un mentecato,
O un simplón, como soy yo.
Mas los católicos dicen
Que ¡al contrario! ¡no, señor!
La Biblia debe entenderse
Conforme a la explicación,
Que de ella nos da la Iglesia
Que Jesucristo fundó,
Para que al mundo enseñase
Su Doctrina sin error.
Claro está que los católicos
Son los que tienen razón.
Y vais a verlo en un caso
Muy gracioso que pasó
Entre estos dos protestantes
Que aquí a presentaros voy.
(Hace señas a los chicos para que salgan, y salen al nombrarlos, uno de cada lado).
Este es un Presbiteriano. (*Sale*)
Este es Metodista atroz. (*Sale*)
Salen leyendo la Biblia
Y explicándola los dos.

P. —(*Leyendo y dirigiéndose al Metodista).*
—Amigo, un pasaje oscuro
De Lucas leyendo estoy.
(*Lee.*) «Si tu hermano te da una bofetada en una mejilla, preséntale la otra».
Yo esto lo entiendo en idea;
Al pie de la letra no.

M. —Pues lo entiende V. muy mal,
No es tal la interpretación.
Debe entenderse a la letra.
Y al que le dé un bofetón
Pondrá V. la otra mejilla;
Aunque le dé otro mayor.

P. —Disparata usted, amigo:
Discurre sin ton ni son.

M. —Usted sí que disparata.
Esta es palabra de Dios.

P. —Pues practique el Evangelio;
Tome usted un bofetón.
(Le da un bofetón al Metodista).

M. —Aquí está mi otra mejilla,
Hermano mío, por Dios.
(*Le presenta la otra mejilla*).

P. —Y aquí está también mi mano.
(Le da otro bofetón).
Bendiga Dios nuestra acción.

M. —Sigamos leyendo, hermano;
Porque a explicarle a V. voy
Otras palabras de Cristo
De mucha recreación.

P. —Oigo, hermano muy atento;
Que es usted un gran doctor,
Que lo que explica practica
Juntando la obra a la voz.

M. —Pues bien, dice aquí Mateo
Lo que ahora a leerle voy.
(Lee). «Con la misma medida con que midiereis, seréis medido».
Y ¿sabe usté, hermano mío,
Cómo esto lo entiendo yo?
Pues lo entiendo de este modo,
Escuchad mi explicación.
Usted me ha dado dos golpes;
Yo ahora le doy otros dos.
(¡Plis, plas!, le da dos soberbios golpes, y con este motivo se lían los dos a bofetones. Entonces sale Juan, y al verlos pregunta a A.)

J. —Diga usted, amigo mío,
¿Qué están haciendo esos dos?

A. —Explicándose la Biblia,
Por privada inspiración.

J. —¿Por inspiración privada?
¡Qué inspiración más feroz!
(Dirigiéndose a ellos).
Pues ¿qué? ¿no saben ustedes
Que la palabra de Dios
Es la Iglesia quien la explica
Con verdad y sin error?

A. —Déjelos usted, hermano;
Son protestantes los dos.

J. —¿Son protestantes? ¡ah, bueno!
¡Que sigan su inspiración!
Se explican ustedes bien.
Sigan, por amor de Dios.

«BROMA Y DE VERAS»

N.º 524

Poema de José

A José, niño pequeño,
los otros sus diez hermanos,
por ser de Jacob, su padre,
sobre todos muy amado,
porque en su edad postrimera
fuera su hijo engendrado
en la hermosa Raquel,
por quien sirvió tantos años,
muy gran envidia le tienen,
odio grande le han tomado.
Estando un día comiendo,
José dijo a sus hermanos:
Escuchadme, hermanos míos,
un sueño que fué soñado,
en que vi a todos vosotros
hacer haces en el campo,
y el manojo que yo hice
en alto se ha levantado,
y estaban vuestros manojos
alrededor humillados.
Al cual los hermanos suyos
respondieron enojados:
Soñabas lo que querías,
muchacho desvergonzado,
si piensas ser, por ventura,
rey de todos y adorado.
Y aquesto causó que fuese
el odio multiplicado.
Luego, dende a pocos días
en que aquesto hubo pasado,
otro sueño les contó,
diciendo: Hoy he soñado
que el sol y también la luna
ante mí se han humillado,
y con otras once estrellas
que me estaban adorando:
Díjole Jacob, su padre,
con rostro disimulado,
porque a sus hermanos vido
que estaban muy indignados:
¿Qué quiere decir, José,
este sueño que has contado?
¿Habémoste de adorar
yo, y tu madre, y hermanos?
Después de pasado esto,
fuése José para el campo,
do sus hermanos estaban
apacentando el ganado.
Hallólos en Dothaín,
donde llegó muy cansado.
Los cuales des que lo vieron,
antes que fuése llegado,
ayuntáronse ocho de ellos,
diciendo muy enojados:
Ya viene el ensoñador,
que nuestro rey se ha soñado.
Bien será que lo matemos,
y será bien adorado;
y allí, en aquella cisterna,
podrá ser su cuerpo echado,
y esta será la soltura
de los sueños que ha contado.
Esto oído por Rubén,
les dijo mucho turbado:
No ensuciéis las manos vuestras
con sangre de vuestro hermano,
sino echadlo en la cisterna,
pues que ya queréis matarlo.
Esto decía Rubén
con intento de salvarlo
y devolverlo a su padre,
que mucho dél era amado.
Tomaron luego a José,
la saya le han desnudado;
y echáronlo en la cisterna
haciendo dél gran escarnio.
Volviéndose a sus estancias,
una recua han encontrado
que venía de Balaath
con sus camellos cargados
con ungüentos y resina
hasta Egipto encaminados.
Dijeron unos a otros:
Vendamos a nuestro hermano,
que pues se soñaba rey,
bien será que sea esclavo;
que muy menos ganaremos
en acabar de matarlo.
Aqueste nuevo consejo
fué por todos aprobado.
Sacando de la cisterna,
los marchantes han llamado,
diciéndoles si querían
comprarles aquel esclavo.
Los mercaderes, contentos
de ver tan lindo muchacho,
les dieron veinte dineros,
porque en tanto fué igualado.
Tomando su vestidura,
toda la han ensangrentado.
Llévanla a su viejo padre,
fingiendo que iban llorando,
diciendo que bestia fiera
les despedazó a su hermano.

ALONSO DE FUENTES

El Evangelio contado por chaveítas andaluces

N.º 525

El deudor injusto y cruel

Estaba un día er Zeñó disiéndole a los apóstoles que teníamo que ser mu güeño uno pa con los otro y perdonarnos la más de vese y ba y agarra y dise: po ayá ba un ejemplo de una cosa que pasó.

Había un rey mu rico, mu rico y estaba una mijilla escamao de que se la estaban pegando su gente y ba un día y yama a tós y dise: güeno pos bamo a ajustá cuenta, que me paese a mí que arguno me la está pegando. Y viene uno que le debía na menos que sincuenta y sinco millones de pesetas ¡naíya! y le dice el rey: a pagarme ahora mismito y sinó que te metan preso a tí y a tu mujé y tu sijo y que te enpeñen tó lo mueble y tó lo tuyo jasta que me pagues el último ochavo.

Y ba el otro y se echa a yorá y se pone mu afligío y se jinca en ruíya delante del rey y le dise con el corazón encojío: haga usté el favó su majestad de tené pasencia conmigo, aguárdame su majestad un poquiyo de tiempo que yo buscaré el dinero y se lo traeré en cuantito lo tenga.

Y el rey que tenía un corazón mu blando ba y le dise: güeno, hombre, alevántate, no yore y vete pa tu casa que te lo perdono tó.

Y el criado ba y se alevanta y se ba pa la caye y en er mismito momento se encuentra con un compañero suyo que tamié era criado del rey y que le debía ochenta pesetas y ba el mu abarisioso y en cuantito lo vió se va pa él le da un rempujón y lo agarra por el garnate que casi lo ajoga y le dise con una vó mu fuerte: so tunante, so tramposo, págame lo que me debe.

Y el pobresillo del lotro se jinca de ruíya y le dise:—Hombre, ha el favó de esperarme un poco que yo te lo pagaré mu pronto— ¡Ná, ná! le dise, o me paga hasta la última chica ahora mismo, o a la carse, y ba y llama a un munisipá y le dijo que se lo yevara pa la carse.

Como esto había pasao en la puerta misma del palasio, le bían visto los otro que estaban ayí y se pusieron tos muy enrabiao con el tío malas tripas y ¡cataplún! ba y se lo contaron tó al rey y el rey dise: ¿sí? que venga pacá, y se lo llevan, y dise el rey: está bien, hombre, ¿de manera que yo he sío bueno pa perdonarte sincuenta y sinco millones y tú no lo ha sío pa perdoná a ese infelí un puñaíto de ná?

Y se pone muy inrritao el rey y con mucha vó dise: que venga lo verdugo y que se yeven a este tío a la carse y que le larguen candela y no le dejen salí jasta que me dé la última monea.

Y entonse ba y dise er Zeñó a los apóstoles y a toa la gente que estaba ayí:

Pos eso mismito hará mi Padre selestiá con ca uno que no perdone de corazón a su hermano...

N.º 526

Las bodas de Caná

En aquel tiempo siban a casá dos mositos en un pueblesiyo que le llamaban Caná que estaba a la verita de Nasaré, en donde había vivío er Señó deje chico.

Y ba los mositos aqueyo y conviaron ar Señó y a los discípulo y tamién a la Virgen porque era mu conosío. Y había mucho vino y mucho durse, mucho puro y pitiyo de cuarenta y sinco y mucho de tó porque era una gente ¡bamo! que tenía guita y como había mucha gente conviá de tos los puebleciyos, pos ba y sacabó la bebía y el mosito y los padrinos se pusieron mu apurao. Entonse ba la Vingen que estaba ayí mu tranquila y sin desirle a nadie na, ba y se pone a la vera del Señó y le dice mu bajito: Mira, hombre, que apuro más grande; estos pobreticos san queao sin una gota de vino pa conviá a la gente, ¿no te da lástima?

Y ba er Seño y le dise tamién mu bajito a la Vinge: mire V. Momá, no

N. B.—Hágase la declamación con mucha mímica.

pue sé, porque toavía no es mi hora: y la Vinge que conosía mu bien el buen corasó de su Hijo que no podía ver una lástima, ba y le dise a los moso: vení ustedes pacá que mi Hijo tiene que mandarles un mandao; y er Señó se riyó un poquito mirando a su Madre como si le dijera: ¡Sempeñó usté! y ba y le dise a los moso: güeno, pos yená de agua las seis tinaja grande que están ahí, y eyo la pusieron hasta la boca.

Güeno, pos ahora sacá una copita de lo que hay dentro y llevársela al Mayordomo; y dice el Mayordomo cuando cogió la copa, ¡camará! ¿de dónde han traído este vino? ¡Vaya una cosa güena! Oyusté, mirusté, le dice al novio, ¿pa qué ha dejado usté esto pahora? ¿usté no sabe que lo mejón se da a lo primero y cuando tos están calamocano y ya no sentera de ná se larga el pirriaque? Y este vino parese vino celestiá que se quea uno dormío bebiendo.

Y entonces preguntaron a los moso que quién había traío aqué licó y dijeron lo que había pasao y a los novios y a la gente toa se le quitó la gana de bebé, de desile cosa y de tocále las parma al Señó y a la Vinge; y éste fué el primer milagro de Jesú y a lo discípulo que toavía eran nueveciyo le entraron más ganas de creé en El y de está con El.

N.º 527

La Hemorroisa

Iba er Zeñó por un camino a la verita de un pueblo y ésta era una mugé que estaba mu malita la má de tiempo y estaba dejusiá de los médicos y se iba hasta morí; y va sentera de que un Zeñó, que aunque era judío, hacía unas cosas mu güena con toítos los lisiaos y los tuertos y tos los desgrasiaos y va y dise la mugé pa sigomismo: ¡Josú! si yo me trompesara con ese Zeñó tan güeno, no era na lo que yo iba a armá de verme güena...! Po yo me ví a poné a la salía er pueblo, aunque sea arrastrando pa está ahí cuando pase. Al poquillo, se arma mucho jaleo, y vé vení a una patulea la má de grande con er Zeñó que venía tranquilito y hablando con la gente. Y va y dice la mujen ¡cualquiera se mete ahí! Pero con tó, se va mu depasito y empieza a dar empujone a la gente hasta que se pone pegandito con er Zeñó y va y le jala de las naguas pos atrás y le entra a la mujen una cosa por tó el cuerpo que se quea como esmoresía. Y va er Zeñó y se güerve pa detrá y va y dise: —Jé, ¿quién me ha tocao a mí? — Y le dise un aposto— ¡cualquié lo averigua con tanto como semo y tós arrempujando! — Po no, que ahora mismito me ha salío a mí virtú y arguien ma tocao de otra manera. Y la mugen que estaba ayí ya curá del tó va y se pone en roíyas delante der Zeñó y va y le dise: Di usté, Zeñó, que usté dispense, que yo he sío la que le jalé, pero con mu güenísima intensión, que estaba ya pa que me enterraran y usté má puesto má sanita que una pera. Bendito sea usté y su mano dusté y toa su casta dusté. Y er Zeñó que no estaba enfadao ni ná, le dise con mucha dulzura: Alevántate, hija mía, que ya ta perdono toa tus cosas malas, vete pa tu casa mu tranquila y que seas güena pa siempre...

N.º 528

La oveja perdida

Esto era un Pastó que tenía sié oveja y estaban toas mu gorditas porque comían mu güena yerba y muchas cosas güenas y va un día una que era mu arguyosa y va y dise: cuidao que está esto cansao y esaborío, siempre lo mismo, siempre lo mismo; pos yo me voy a dí por ahí a comé de tó y hasé lo que me dé la gana: po no estoy yo jarta niná de esta gente tan beata, ¡me voy! y va y agarra y se va por las montañas y por los vayaos y por los tren y to y andó más que la má y le entró mucha jambre y mucha sé y no había ni yerba ni agua ni ná, sino na más que peñasco y china y se empezó a poné mu dergá y sacordaba de lo bien que estaba con su gente y lo mar que estaba ahora. Y aquella noche el Pastó cuando vió

que no había más que 99 ovejas va y se pone mu triste porque era mu güeno y quería mucho a su ganao y va y le dise al ganao: estarse quieto ustede ahí y no dirse por ahí, que voy a ver si encuentro a esa desgrasiá.

Y va y agarra y se va por los montes y por tós laos dando muchos sirbíos y andó, andó mucho y una vé estaba sirbando y oyó un berrío; se puso mu contento y dise: ¡ajú, ya está ahí esa!, y sirbó más y la oveja berreaba más hasta que se la encontró y aunque se puso mu contento se le sartó las lágrimas de verla más dergá que un pitiyo y va con mucho cuidiadito se la echó a cuestas y se la llevó a un plao y le cortó yerba y se la dió pa comé y luego la llevó a bebé y el animalito se empesó a poné gorda otra vez y llegó adonde estaba el ganao esperando, dando muchos gritos el Pastó de contento de habé encontrao la oveja perdía.

N.º 529

La cizaña

Un día rempujaba al Señó tanto gentío que se tuvo que meté en una lanchita a la verita de la playa y dejó a toa la gente al lao fuera pa que lo dejaran hablá tranquilo. Y ba y se sienta y empesó a predicá muchos ejemplos que son las parábolas y ba y dice: Mirá ustedes, el reino de los sielo se parese a lo que pasó a un hombre que tenía un cortijo y lo mandó sembrá de trigo bueno. Y estaba una noche tos acostaos los guardas y los perros y tos y agarra un narquista que no podía vé a los zeñorito y se mete sin sentí de puntiyita en el sembrao y ba y se pone a echá por toas las tierras semiyas malas de sisaña y se fué corriendo y no lo pudieron piyá.

Al pronto nadie cayó en ná; pero en cuantito empesó a salí las espiga vieron la má de sisaña que estaba allí metía. Y van corriendo y le disen al amo: —¿San terao usté de lo que ha salío al trigo?—y dise—¿el qué? pos no es ná ni ná, que está toitico yeno de yerba mala ¿quierusté que le metamos mano y la arranquemos toa?—No, dise el amo, no vayáis ustedes a echarla a perder entoavía más, arrancándome el trigo a la par de la sisaña; dejarlo quietesito y cuando llegue la siega se echará a un lao el trigo bueno y alotro to eso pa meterle fuego.

Pero lo discípulo no senteraban de lo que significaba este ejemplo y cuando sacavó el sermón, y se fueron pa su casa ya na más que eyos, ban y le disen al Señó: Diga usté Señó ¿quié usté hasé el favó de desino qué era aqueyo del trigo y de la sisaña?

Y el Señó, como era tan güeno, ba y le dise: güeno, hombre, pos veréis ustedes lo que es eso.

El que siembra la semilla buena, ese soy Yo; el campo en donde la siembro es el mundo, la semilla buena son los hijos de Dió y la semilla mala o la sisaña son los hijos der demonio. El narquista aqué que siembra la semiya mala es er demonio, la siega es la fin del mundo y los segadores los ángeles.

Mientras estamos en la vida andan rebujao los buenos y los malos y mi Padre no se mete muchas veces con los malos por mó de los buenos; porque los malo, aunque hacen mucho sufrí hasen también sin queré muchas cosas buenas a los buenos. Pero en cuantito llegue er día der juicio ban los ange y agarran a los hijos de Dió y se los yeban payá arriba pa briyá en er cielo lo mismito que er só y alospué se ban pa losotro y ¡cataplún! los sampan en er fuego del infierno en donde estarán toíta la vía dando diente con diente y yorando por tó lo que han hecho yorá ar Señó ya susijos.

N.º 530

El fariseo y el publicano

Había una gente y mu fachandosa que se la echaba de vé y no *veían* na y va er Zeñó y dise: Veréis ustedes como le va acabá toítos los moños a eso.

Esto era un Fariseo y un Publicano; el Fariseo era un señorito mu tirao patrás con mucha tiriya y botas de charol y con una capa encarná

como de torero y muchos aniyo y puros y de tó; y el Publicano era un lechuzo de las séulas de vesindá y estaba dergao y mu mal vestío con una alpargatilla calá con la má de bujeros. Y van los dos y se meten en la ilesia del pueblo a resá; el Fariseo va y se pone en lo alto del altá mayó y sin jincarse ni ná y con una voz como si fuera a vendé jigo chumbo, se pone a desí: Camará, po no vargo yo na niná. Zeñó yo no soy como los otros sombres que son unos ladrones y unos borrachos y unos perdíos, yo al momentito iba sé asín, aniguá ayuno dos vese a la semana y doy limosna y soy más güeno que el pan de rosca...

Mientras tanto el méndigo del Publicano estaba arrinconaíyo detrás de un banco más doblao que un arcayata vieja y no hasía más que largarse muchos puñetazos en el pecho y desía muy bajito: Zeñó, tené misericordia de este pobre pecaó, Zeñó, Zeñó, y lo desía la má de vese. Pos güeno, dise nuestro Zeñó Jesucristo a la gente aquella fantasiosa, ¿a que no sabéis ustedes quién escapó mejón y quién salió purificao de la ilesia? Pos ¿quién iba a sé, alma mía, sino el infeliz que se puso detrás del banco? ¿por qué? porque fué humirde y los humirdes se yevan de caye ar mismísimo Padre eterno.

N.º 531

La hija de Jairo

...«Iba el Señó por un caminito con toa la gente y los disípulo y tó y ba y viene un hombre mu bien vestío que era jefe de una sinagoga y se llamaba Jairo y ba y se jinca en ruíya delante del Señó y le dise mu apurao:—Haga usté el favó de venirse pa mi casa corriendo que tengo una hija que está dando ahora mismito las boqueás; ande usté, a ponerle la mano ensima para que no se muera. Y el Señó, como tenía el corazón tan blando, va y se pone también apurao y le dise:—No te apure, hombre, que ya bamo payá pa arreglá eso.

Y salen tos andando detrás del hombre, y cuando iban por la mitá del camino, vienen corriendo pacá unos mositos y le disen a Jairo —Mira, ya no hase falta que marees a Jesús porque tu niña acaba de morir.

El pobresiyo se pone a yorá mirando al Señó y va el Señó y le dise: pero, hombre ¿no te he dicho que todo se arreglará? bamo payá y ten fe, hombre.

Y anda que anda, anda que anda, toa la gente hasta que yegan a la casa. ¡Y no era ná la que había ayí armá!

Había unos tíos tocando una flauta y muchas mujeres desgreñás haciendo que yoraban pero no yoraban porque ese era su oficio y daban toas unos chiyíos mu grandes y luego toa la gente del duelo y la mujé de Jairo y sus chiquiyos y tós yorando más que la má.

Y entonse va el Señó y le dise a toa la gente:

¿Queréis ostés hacer el favó de cayarse ya y de salirse de ahí? Yo le digo a ustedes que esa niña no está muerta sino que está dormía.

Y empiezan tos a desí:

—¡No está muerta ni ná!—Y empezaron tos a guasearse del Señó.

Y en entonse el Señó le dice a San Pedro, a Santiago y a San Juan y al padre y a la madre de la niña: —venirse ustedes conmigo.

Y se meten en el cuarto en donde estaba la niña de cuerpo presente y estaba ya amortajá y tó y va el Señó mu despasito y con las lágrimas saltá y la cara mu colorá y agarra a la niña por la mano y le dise: Mosita, levántate.

Y se levantó la niña y se puso a hablá con el Señó y el Señó dise:—darle de comé a la pobresiya y hasé el favó de no desí a nadie lo que aquí ha pasao.

Y ¡no fué ná la que se armó cuando salió la niña pa fuera vestía de blanco toavía y la vió la gente! ¡Como que si no se quita el Señó denmedio se lo comen a abrasos y besos y achuchones!...

† Manuel González

MISIONALES

N.º 532

Lo que es el Día Misionero Universal

(Discursito para un niño o una niña)

Señoras, señores:

Hoy se celebra en todos los países católicos del mundo el Día Misionero Universal. Y como nuestro pueblo, de tanta tradición misionera, se precia de católico y no quiere ir a la zaga de ningún otro pueblo del mundo en esta santa Cruzada, he aquí por qué hemos comenzado a celebrar este Día con santo entusiasmo y vamos a terminarlo con esta simpática Velada Misional.

La celebración de esta Fiesta no ha sido debida a una feliz ocurrencia de nuestro querido Sr. Párroco, ni tampoco a una oportuna iniciativa de nuestro amado Maestro, no. El Domingo Misionero Universal ha sido establecido nada menos que por el Vicario de Cristo en la tierra, el Papa Pío XI.

Es el mismo Santo Padre quien quiere que lo celebren todos, todos los católicos sin excepción; desde los niños de primera Comunión, hasta los viejos de más de cien años. Quiere el Papa que en este día todos recen, se sacrifiquen por los Misioneros y los socorran con limosnas; que los católicos se inscriban en las Obras Misionales Pontificias, principalmente en la Obra de la Propagación de la Fe. Este día Misionero Universal es además destinado por el Papa a que los cristianos se instruyan en sus deberes misionales: que sepan todos el deber de caridad que tienen de socorrer a sus hermanos más desgraciados que son los infieles, el deber de agradecimiento hacia Dios que los empuja a extender el beneficio de la fe, que tan de balde han recibido: el deber de amor y de obediencia a la Iglesia que los impele a ayudarla en el cumplimiento del mandato impuesto por Jesucristo de predicar el Evangelio a todas las gentes...

Respondiendo al llamamiento del Papa las naciones católicas celebran con grandísimo fervor y entusiasmo este grandioso Día Misional.

Hasta en las Misiones lejanas saben conmemorar esta Fiesta, con celo sin igual, los pobres infieles recién convertidos.

El año pasado, en este mismo Domingo Misional, los indios esquimales del Polo Norte, después de haber comulgado con fervor se acercan al Misionero para entregarle sus dones con destino a la Propagación de la Fe. Extienden una sábana en el suelo, delante del Padre Misionero. ¿Será para echar en ella mucho dinero? No. Aquellos pobres esquimales no tienen dinero, no poseen ni monedas de plata, ni de níquel, ni de cobre. Pero son buenos cazadores. Pensando en la colecta del Día Misional se han pasado una semana entera cazando sobre aquellas inmensas llanuras cubiertas de eternas nieves. Poco a poco van desfilando por delante del Misionero dejando a sus pies el resultado de su caza. Este deposita en la sábana una piel de oso blanco, aquél una magnífica piel de zorro azul, el otro una deslumbradora piel de armiño... Todo para el Papa, todo para las Misiones...

También el año pasado un Misionero Pasionista del Hunán, en China, predicó en este día a sus cristianos sobre la obra de la Propagación de la Fe. Salía el buen padre de su pobre Capilla, cuando a todo correr viene una chinita trayendo a duras penas en sus brazos un hermoso pato. «Toma esto, le dice al Misionero, para que se lo mandes al Papa». El Misionero le contestó que era un poco difícil el envío, y que además, ¿qué iba hacer el Papa con aquella ave? La niña marchóse entristecida. Pero al poco rato viene otra vez corriendo alegre y contenta, haciendo sonar en sus manos unas monedas de plata... Había vendido el pato y

el precio de su venta lo ponía en las manos del Misionero.

¡Oh si todos los católicos del mundo, siguiendo los deseos del Santo Padre el Papa, celebrasen con tanto interés y entusiasmo esta hermosa Fiesta de las Misiones y se alistasen en las filas de la Obra bendita de la Propagación de la Fe!

Siquiera nosotros, los católicos de este cristiano pueblo, no nos dejemos vencer en fervor y generosidad por los pueblos infieles recién convertidos.

Que, si somos verdaderos católicos, hemos de ser verdaderos misioneros.

HE DICHO

N.º 533

España misionera

(Discurso para uno o más niños o niñas)

Ninguna fecha mejor que la de este Día Misionero Universal para hablaros de la España Misionera.

Ahora precisamente que todos los buenos españoles vuelven sus ojos a los siglos de grandeza de nuestra historia, nada más a propósito que presentar a vuestra consideración, lo que España ha hecho por las Misiones en los tiempos pasados.

Mirad este mapa de la tierra. (*El que habla procurará señalar en el mapa los diversos países a que hace referencia en el transcurso del discurso*). Si la Cruz de Cristo se levanta hoy sobre las dos Américas, sobre el Asia y Oceanía, a España Misionera en gran parte se lo debe...

El 12 de octubre de 1492, desembarca Colón en una isla desconocida. Es el descubrimiento del Nuevo Mundo. Allí en aquella nueva isla, bautizada con el nombre de San Salvador, se celebra la primera misa del suelo americano, y el enviado por los Reyes Católicos toma posesión de aquellas tierras en nombre de Dios y de España.

Desde entonces la Cruz del Misionero acompañará siempre a la espada del conquistador. En 1516 el Cardenal Jiménez de Cisneros ordena que ningún bajel español se acerque al Nuevo Mundo sin llevar a bordo algunos misioneros.

Franciscanos, Dominicos, Agustinos, Mercedarios, Jesuítas, religiosos y sacerdotes españoles se esparcen por todas las tierras americanas a convertir a los indios para Dios.

Colombia tiene entre sus grandes apóstoles a los dominicos el valenciano San Luis Beltrán y el sevillano Las Casas; Argentina, Paraguay y Uruguay son evangelizados por el Franciscano cordobés San Francisco Solano; el Perú se honra con el celo de su gran arzobispo vallisoletano Santo Toribio de Mogrovejo; California y Méjico admiran el heroísmo y la sabiduría de los Franciscanos Fray Junípero de Serra, mallorquín, y Fray Juan de Zumárraga, vascongado. En Cartagena de Colombia bautiza el Jesuíta Catalán San Pedro Claver a 200.000 esclavos; y sus hermanos en religión, como el Vble. P. Anchieta, hijo de Canarias, renuevan los prodigios apostólicos en el Brasil y Paraguay.

Cuando Magallanes, al dar la vuelta al mundo, arriba a las Islas Filipinas, conquistándolas para España, allí el agustino guipuzcoano P. Urdaneta conquista aquellos pueblos bárbaros para Jesucristo...

Sangre de mártires, sudores de apóstoles, virtudes de santos, limosnas de reyes, oraciones de almas buenas... Todo se pone en juego para ganar aquellos pueblos a la causa de la Iglesia... Pero el triunfo es completo. Hoy América y Filipinas no son ya, es verdad, territorios de España, pero forman parte de la corona de la Iglesia.

120 millones de almas en América y 7 en Filipinas pertenecen a Jesucristo. ¡Y esto se lo deben a la España Misionera!

Mas el Nuevo Mundo y las Islas Filipinas no bastan a las ambiciones de nuestros misioneros.

Es el gran San Francisco Javier, el

que atravesando los mares inmensos llega, bordeando el Africa, a las costas de la India. Convierte a millares de indios a la fe cristiana; se embarca de nuevo rumbo al Oriente; predica en Malaca, arriba a las Molucas, se dirige al Japón, y cuando logra plantar la Cruz de Cristo en esos pueblos, vuelve de nuevo a visitarlos organizando sus Misiones, hasta que cae rendido frente a la China en el islote solitario de Sancián.

Otros intrépidos misioneros seguirán en siglos posteriores las huellas de estos héroes de la España Misionera.

Los dominicos españoles harán del Tonkín con su predicación y con su sangre, la perla de las Misiones Católicas... Y aun hoy día, en el que todos los valores espirituales de nuestro pueblo han bajado desgraciadamente de nivel, todavía 1.500 misioneros y misioneras salidos de nuestro suelo y esparcidos por 45 misiones diferentes de Asia, Africa, América y Oceanía, pregonan ante el mundo las grandezas de un pueblo, cuyas hazañas misioneras no tienen par en la Historia.

Mas si todavía es digno de consideración el esfuerzo que desarrollan actualmente en el mundo infiel nuestros compatriotas los misioneros, es muy pequeña la colaboración que presta el pueblo español a la Cruzada Misional.

No se conocen nuestros deberes para con las Misiones, no se reza por la conversión del mundo infiel, ni se ayuda con limosnas a la grandiosa obra de nuestros misioneros... No se inscriben los católicos españoles —como lo quiere el Papa— en la Obra Providencial de la Propagación de la Fe y en las otras dos Obras Misionales Pontificias.

Triste es decirlo: en la cooperación de España a la Obra de la Propagación de la Fe, ocupa esta nación en relación con sus habitantes el 33 lugar entre todos los pueblos del mundo.

¿Puede esto continuar así? De ninguna manera.

Ni los niños, ni los hombres, ni las mujeres hemos de consentir que esto suceda... Nos lo pide Cristo, nos lo exige la Iglesia, nos lo suplican los 1.300 millones de hermanos nuestros infieles.

Todos hemos de procurar hacer de España lo que antes fué y lo que por desgracia ha dejado de ser: la Nación Misionera por excelencia.

HE DICHO

N.º 534

La pesca en el Río Azul

(PARA NIÑAS)

Entresacado de un relato histórico de la Santa Infancia

La escena tiene lugar en Itciang, junto al Río Azul, en China. A un lado la puerta de una pobre casita sobre la que se lee esta inscripción «SANTA INFANCIA DE ITCIANG». Al otro lado y por el fondo decoración de campo. En donde no haya escenario basta que los personajes aparezcan y salgan por los lados. Las niñas chinas vestirán túnicas de colores chillones y sombrero chino, que se puede hacer fácilmente de cartón.

PERSONAJES: *Una misionera.*
Tang, la vieja vendedora de niños, pagana.
Lu, pescadora cristiana, amiga de las misioneras.
Tres niñas chinas.

ESCENA I

(*Sale a escena la Misionera con rostro de gran tristeza y con un papel en la mano*).

LA MISIONERA.—Sí, no hay más remedio. Hay que colocar este cartel a la puerta del orfanato. (*Lo lee*). «No se compran más niños hasta nuevo aviso». ¡Esto es terrible, Dios mío! Sin arroz, sin ropas, sin dinero... ¿Qué va a ser de vosotros, po-

bres niños abandonados? Cincuenta pequeñuelos me decían hace poco que tenían hambre... Y yo tuve que marcharme de su vista para que no me vieran llorar. ¡No! Comprar más niños sería condenar a todos estos a una muerte más próxima y más terrible...

¡Ea! aunque mi corazón sangre es preciso colocar este cartel. ¡Valor! (*Lo coloca y entra en el Orfanato*).

ESCENA II

(*A poco entra por el otro lado la vieja vendedora Tang, con sus clásicas cestillas chinas colgadas a los extremos de un palo que al hombro lleva. En las cestillas aparecen mal envueltas entre harapos las cabecitas de tres muñecos simulando niños recién recogidos*).

TANG.—Ayer esa bruja europea me compró una niña por tres pesetas. En verdad, sucia y enferma estaba la criatura... Pero bien supo regatear la muy ladina. Lo que es hoy, hoy no vendo estas tres niñas ni aunque me den cinco pesetas por cada una. ¡Lo que me ha costado el encontrarlas! Esta tirada estaba en un basurero. La otra me la regaló su madre a mis ruegos; cuando ya la iba a retorcer el pescuezo... (*se ríe*) y la tercera la saqué de entre los mismos dientes de un chacal.

¡Bonito negocio me espera! Con lo que saque de la venta ya tengo para fumar opio dos días (*se frota las manos como saboreando de antemano el futuro placer. Deja la carga en el suelo y tira de la campanilla que cuelga sobre la puerta. No contestan. Se fija de pronto en el cartel*). ¡Bah! Engaños de estas extranjeras para que les vendamos más barato... ¡Pues no! No he de rebajar ni un solo céntimo. (*Llama de nuevo con más fuerza*). Abrid, por Buda.

ESCENA III

(*La misionera abre la puerta*)

LA MISIONERA. — ¡La vendedora! (*Aparte*) Dadme fuerza, Dios mío. ¡Moved el corazón de esta pagana!

TANG.—Buenos días, Hermana.

LA MISIONERA.—Buenos nos dé Dios, Tang. ¿Qué os trae por aquí?

TANG.—Como siempre, a ofreceros lo que he encontrado: ¿Cuánto me das por estas tres piezas? Míralas... Están enteras y bastante robustas. Y por lo poco que lloran parece que no os van a dar mucho que hacer.

LA MISIONERA. — (*Mirando con ternura a la preciosa carga*). Que... ¿cuánto os doy? ¿Cuánto pedís por ellas?

TANG.—Rebajando mucho su precio... a cinco pesetas la pieza.

LA MISIONERA.—¿A cinco pesetas? ¡Imposible!... ¡Son muy caras y estamos pobres, muy pobres! ¿No has visto el letrero de la puerta?

TANG. — (*Hace ademán como de irse*). Hoy no estoy dispuesta a perder tiempo regateando inútilmente. Si no las quieres a ese precio decídmelo y asunto concluído.

LA MISIONERA. — Espera, espera... Aunque sea quitándonos el pan de la boca... (*luchando consigo misma*). ¡Diez pesetas por las tres!

TANG.—No rebajo ni un ochavo. 15 pesetas o me marcho.

LA MISIONERA. — ¡Por piedad! (*junta las manos en actitud suplicante*). Ten un poco de compasión...

TANG.—No me vengas a mí con esas zarandajas, que una vieja pagana tiene muy arrugado el corazón.

LA MISIONERA.—Espera todavía. (*En un supremo esfuerzo*). Te daré... (*En este mismo momento salen por la puerta del orfanato tres huerfanitas que comienzan a decir suplicantes*):

ESCENA IV

Huerfanita 1.ª: ¡Madre, Madre! que tengo hambre...

Huerfanita 2.ª: ¡Madre, Madre! un poco de arroz...

Huerfanita 3.ª: ¡Madre, Madre, que siento mucho frío!

LA MISIONERA. — (*Sin poderse contener se dirige a la vendedora*): ¡Imposible dar 15 pesetas! ¿Cómo os voy a dejar morir de hambre, hijas mías? (*Abraza a las tres chinitas y entra con ellas en el orfanato*).

TANG.—(*Con gesto de desesperación*). ¡Maldita europea! Me he de vengar de ti en estas niñas. (*Vase*).

ESCENA V

(*Entra en escena una vieja pescadora china, con su cruz colgada al cuello y envuelta en un palo la red para pescar*).

LU.—Voy a echar aquí las redes, no lejos de la casa de las Misioneras. Es un remanso a donde los peces acuden en gran número. (*Al pasar ante la puerta lee el cartel en voz puesta y despacio, como deletreando*): «No se compran más niños hasta nuevo aviso». ¡Pobres Misioneras! ¡Cuánto habrán sufrido para poner semejante letrero! ¿Si yo les pudiera ayudar algo con la pesca? Pero tengo en mi familia cinco bocas que nunca dicen ¡basta! Cinco bocas que son capaces de tragarse cada una cinco ballenas seguidas... Y no son precisamente ballenas lo que yo pesco en el río Azul... sino barbos, unos miserables barbos...

Pero... ¡Dios me ayudará! Los primeros peces que hoy caigan en mis redes serán para ayudar a las pobres Misioneras.

(*La pescadora desaparece por un lado y sin ser vista por el público se le oirá decir*):

Este es buen sitio. Echemos un poco de cebo... Así. Ahora las redes... y a esperar.

(*Durante este intervalo se oye cantar a los lejos a los niños de la Santa Infancia; y si el escenario se presta para ello, se descorrerá una cortina y se verá a los niños arrodillados ante una imagen del Niño Jesús que entonan*):

Niño de mi vida,
tierno Redentor
de los paganitos
ten piedad, Señor.
De los pobres niños
que sin bautizar
mueren entre infieles
ten, Jesús, piedad.
Oye sus sollozos
mira su aflicción,
muévante sus ayes
dales tu favor.

(*Mientras los niños cantan cada vez más suave esta última estrofa, se oirán las grandes voces de la pescadora*):

LU.—¡Magníficas piezas han caído!... ¡Bravo, bravo!... Se van a romper las redes de tanto peso... Pero lo extraño es que estos peces no dan coletazos... ¿Estarán muertos?... ¿Serán piedras que han caído de la orilla? ¡Ea! Tiremos de una vez... ¡Cielos! ¡Si son los cuerpos de tres niños! ¿Qué hacer...? Voy corriendo con ellos al orfanato.

(*Aparece toda presurosa en escena. Tira nerviosamente de la campanilla*).

¡Hermana, Hermana! ¡Abrid pronto! ¡Cielos, cielos, qué pesca!

ESCENA VI

(*Sale asustada la Misionera seguida de tres niñas. Estas rodean a la pescadora, y al ver por entre las redes lo que trae corren a refugiarse entre los pliegues del hábito de la religiosa*).

LA MISIONERA.—¿Qué pasa, qué sucede?

LU.—Aquí, aquí en las redes... Tres cadáveres de niños. Los he cogido ahí, ahí cerca, en el remanso del río.

LA MISIONERA.—Me lo temía. (*Se lleva la mano a la frente*).

LU.—La corriente los ha debido de empujar y han caído en mis redes.

LA MISIONERA. — (*Abstraída*). Los mismos, los mismos que la vieja Tang me acaba de ofrecer. ¡Ah, infeliz! En venganza de que no me los podía vender los ha tirado al río. ¡Vieja infame, tú no tienes corazón!... Mas, no. Te perdono, pobre anciana infiel, porque no sabes lo que valen las almas de estos niños... No sabes que han sido compradas con la sangre del Divino Redentor.

LU.—Tampoco yo lo sabía cuando adoraba a los ídolos.

LA MISIONERA. — Y así seguirá tratando el paganismo cruel a la infancia desvalida, mientras no sea iluminado por los rayos de la verdadera religión.

¡Pobres niños ahogados! Vosotros creados para el cielo, nunca veréis el rostro de Dios vuestro Salvador. (*Llora*).

¡Ah! ¡Si vieran esta escena las madres cristianas de mi Patria! ¡Si supiesen que este mismo cuadro tal vez volverá a repetirse mañana!

(Se adelanta la Misionera rodeada de las niñas que continúan cogidas a su hábito y extendiendo sus manos al público, exclama):

Cristianos de mi pueblo y de mi patria: Una oración, una limosna para estos desgraciados niños de las Misiones lejanas.

LAS TRES CHINITAS.—*(Adelantándose al proscenio y extendiendo a su vez las manos)*:

Niños y niñas cristianas: Ayudad a vuestros hermanitos infieles; ingresad todos en la Obra de la Santa Infancia.

J. M.ª G.

N.º 535

El niño misionero

Yo deseo ser soldado
de la empresa misional,
y luchar entusiasmado
por Jesús mi General.
Aunque niño en estatura,
tengo grande el corazón;
con intrépida bravura
toda mi alma por Ti doy.
Jesús me da la bandera
de su noble batallón;
y en la lucha misionera
pelearé como un campeón.
Defendiendo tu derecho
con la Cruz y con la Fe,
esta sangre de mi pecho
con valor derramaré.

N.º 536

¡Sitio...!

Bajo la sombra enlutada
de la tempestad bravía,
la Víctima inmaculada
en la cruz desfallecía.
Pronto estará consumada
su dolorosa agonía;
mas antes, con la mirada
escruta la lejanía...
Mira el desdichado mundo
gentil hundirse en la muerte
de funesto precipicio.
Y el Redentor moribundo,
condolido de su suerte,
exclama anhelante: «¡SITIO!»

J. J. PÉREZ ORMAZÁBAL

N.º 537

Ante el retrato de un niño infiel

(El niño o niña que declame esta poesía debe simular tener en sus manos la fotografía de un niño infiel).

Al mirar por vez primera
tu retrato, niño infiel,
de dolor mi alma se llena;
y se acrecienta mi pena
cuando te miro otra vez.

Esa tu frente espaciosa
no ha sentido nunca el beso
de una madre cariñosa
cuando en su hijo reposa
sus labios con embeleso.

Triste y profundo mirar
el de tus ojos cansados;
ojos que me hacen llorar
cuando me pongo a pensar
en la noche del pecado.

¡Labios de niño pagano
que no han besado la Cruz!
¡Labios que no han pronunciado
nunca los nombres sagrados
de María y de Jesús!

Yo quiero, niño gentil,
cambiar tu rostro doliente,
y con mi amor infantil
quiero hacerte sonreír
y darte un beso en la frente.

De tu negro paganismo
he de trocar la tristeza
en gozo santo y purísimo
derramando yo el bautismo
sobre tu hermosa cabeza.

Y colgaré de tu cuello
con mis manos una Cruz
y en dulce llanto deshecho
puestas las manos al pecho,
dirás: ¡María, Jesús!

Tu rostro, niño gentil,
me ha inflamado todo entero
(me ha inflamado toda entera)
y en mi entusiasmo infantil
diré cien veces y mil:
¡Yo quiero ser Misionero!
(¡*Yo quiero ser Misionera*!)

J. M.ª G.

N.º 538

Diálogo telefónico

(Conversación telefónica entre un niño blanco y otro negro, que un buen día se encontraron, sin saber cómo, en contacto telefónico. Los teléfonos pueden simularse fácilmente, uniendo dos pequeños listones con un cordón corriente de electricidad. En las extremidades de cada listón se ponen dos tapas de una pequeña caja cualquiera, una de las cuales sobresalga un poco como para recoger la voz, y pegada la otra al listón, para ser aplicada al oído).

Negro.—¿Con quién hablo?
Blanco.— ¿Tú quién eres?
N.—Yo soy un niño africano:
negro, muy negro.
B. —Yo blanco.
Un poco hablemos si quieres.
¡Con las ganas que tenía
de charlar con un negrito!...
N.—Pues hablemos, amiguito,
que hablar contigo quería.
B.—¿Y eres muy negro?
N. —Pues, claro,
todito menos los dientes.
Es que aquí todas las gentes
son negras, ¿sabes?
B. —¡Qué raro!
¿Y has visto algún blanco?
N. —Sí,
uno vive con nosotros
que os ha dejado a vosotros
por convertirnos aquí.
Es alto, de barbas grandes
y ojos de color azul.
Lleva colgando una cruz...
B.—¿Y cómo le llamáis?
N. —Padre.
Dime, ¿y tú eres todo blanco?
B.—Sí, todo.
N. —¡Triste de mí!
¿Por qué habré nacido aquí?
¿Por qué seré yo africano?
Nos consuela el Padre Blanco
diciéndonos que aunque negros
si nos hacemos muy buenos
seremos blancos, muy blancos.
B.—Entonces ¿eres cristiano?
N.—Sí, por la gracia de Dios,
la primera Comunión
la hice cosa hará de un año.
¡Qué día aquél, oh buen Dios!
Fué tan grande mi contento
que no probé el alimento
por hablar Jesús y yo.
B.—¿Y comulgan muchos ahí?
N.—Nosotros que cerca estamos
una hora el domingo andamos
para a Jesús recibir.
Los demás, que están más lejos,
por comulgar el domingo
salen el sábado mismo
para sí llegar a tiempo.
B.—¡Oh cuánto queréis a Dios!
N.—Fíjate, que mi hermanita
aunque chiquita, quería
comulgar igual que yo.
Y tanto al Padre decía
que quería comulgar,
que cansado de escuchar
el Padre la dijo un día:
Cuatro años tiene de edad
y aun tiene dientes de leche:
cuando estos se te cayeren,
entonces comulgarás.
¿Y sabes lo que hizo?
B. —No.
N.—Cogió mi hermana una piedra.
Se fué hacia el bosque y con ella
tan fuertes golpes se dió
que uno a uno se rompió
todos los dientes de leche,
para que el Padre le diese
la primera Comunión...
El Padre al verla lloraba
y el mismo día siguiente
en su boquita sin dientes,
el Niño Jesús entraba...
B.—¡Si tuviéramos la suerte
de amar tanto a Dios aquí!
N.—¿Es que no le amáis así?
B.—Le amamos, mas no tan fuerte.
N.—Y ¿por qué no nos mandáis,
aún más Padres misioneros?
Aún quedan pueblos enteros
que de Dios no han oído hablar.
B.—¿Y son muchos?
N. —Cuando a veces
cuidando sólo me encuentro
las ovejas de mi padre

por los montes de mi pueblo
tiendo a lo lejos la vista
y triste... muy triste quedo
al contemplar tantas tribus
de pobres infieles negros...
Al pensar que tal vez nadie
vaya allá de misionero,
para hablarles de Jesús,
de la Virgen y del cielo,
al pensar que mis hermanos
van caminando al infierno...
(llora).

B.—No te aflijas, amiguito,
no llores hermano negro.

.....

N.—Ahora, blanco, se me ocurre
una idea.
B. —Dila luego.
N.—¿Qué haces tú por ahí ahora?
B.—Ahora voy al colegio...
N.—Y después ¿qué vas a hacer?
B.—Seguiré estudiando luego...
N.—¿Y después?
B. —Seré soldado...
N.—¿Y después?
B. —No sé de cierto:
escogeré una carrera...
N.—¿Cuál?
B. —Aún no he pensado en ello...
N.—Díme, si aquí tú vinieras...
(No te he visto, mas te quiero).
¡Oh si tú te hicieras Padre,
para venir Misionero!
B.—¿Padre, yo? ¿Yo... ir al Africa?
N.—¿Por qué no?
B. —Amigo negro.
¿dices que por esas tierras,
no conocen al Dios bueno?
N.—En todo el gran horizonte
que desde el monte contemplo,
todos... todos son paganos,
infieles son todos ellos!...
¡Oh, qué triste es si supieras
morir de Jesús tan lejos!
B.—Te aseguro que no había
nunca pensado en ello.
N.—Pues qué; ¿acaso no rezas
de veras el Padre nuestro?
B.—Lo rezo.
N. —Dirás entonces:
«venga a nosotros tu reino».
B.—Es claro.
N. —¿Y entonces, díme,
hasta ahora tú qué has hecho
para que venga a nosotros,
de Cristo Jesús el reino?
(Los dos dejan el aparato cabizbajos. El negro toma en sus manos la medalla que lleva colgando al cuello y dice con fervor:)
N.—¡Oh María, dulce Madre
de españoles y africanos!
Mirad cómo mis hermanos
se condenan sin cesar...
Dadnos a los dos amigos
vocación de misioneros
para que pueblos enteros
a Dios logremos llevar.
B.—No sabía que allá lejos,
tras esos montes lejanos,
hubiera tantos paganos
que desconozcan a Dios.
Yo quiero salvar infieles;
marchar al Africa un día...
Los dos.—Hacednos, Virgen María,
Misioneros a los dos.

J. M.ª G.

N.º 539

Quisiera ser misionero

Pastor de amor prisionero,
que a ser pastor me convidas,
de tus ovejas perdidas
quisiera ser misionero.

Para arrancar una espina
de tu corona, Señor;
para apagar el ardor
de la sequedad divina,
que te quemó en el madero
en holocausto de amor,
quisiera ser misionero.

Para empapar el rocío
de este nuevo amanecer,
para tu sangre verter
en el mundo seco y frío,
que espera el riego primero
y en caridad florecer,
quisiera ser misionero.

Tu voz escucho transida
que me señala tu afán;
las mieses blancas están
y no te basta tu vida.
Si no es deseo altanero
mi voz y mi alma dirán:
quisiera ser misionero.

LAURENTINO HERNÁN

N.º 540

En la siega

Descansando está el Apóstol
de cabeza encanecida,
que ha gastado todo el día en dura siega
y esa brega
consumiendo lentamente va su vida.

¡Ay! qué triste es su mirada dolorida,
cuando mira la llanura dilatada
que se pierde allá a lo lejos
con el cielo confundida;
la llanura de la mies arrebolada
por los besos de cien soles encendida...

El Apóstol de las barbas plateadas
triste mira
las espigas ya doradas
y a su Dios así suspira:

«¡Oh mi Dios muerto de amores
por salvar a mis hermanos!
Esas espigas que ves
se doblegan bajo el peso de sus granos
y no hay manos
que recojan tanta mies...

Y la negra tempestad de rayos llena
empujada por el viento se avecina,
y ya el sordo tronar ronco suena
pregonando incendio y ruina...

¡Oh Señor!
Son espigas que sembraste en estos llanos
fecundados con la sangre
de tus pies y de tus manos;
son espigas que crecieron a la orilla
de las aguas de la vida
que derrama de su herida
tu Sagrado Corazón...
¿Serán vanos los sudores
y dolores
de aquel Viernes de Pasión?»

... ...

Y el Apóstol queda fijo
contemplando la llanura
con las mieses del trigal que amarillean...
Y sus labios dan un beso con ternura
a los pies del Crucifijo
que sangre roja gotean.

¡Pobre obrero del Divino Labrador!
Cómo en vano te consumes y fatigas
que son muchas las espigas
y uno solo el segador...
¡Pobre obrero de las mieses del Señor!

J. M.ª G.

N.º 541

A España Misionera

Desde el monte Vaticano
que domina al mundo entero,
lanzó su grito guerrero
el Pontífice Romano,
llamando al orbe cristiano
a formar nueva Cruzada,
que con la Cruz por espada
declare guerra a Luzbel
librando la tierra infiel
por el infierno aherrojada.

Al conjuro de su voz
y al «Dios lo quiere» por lema
todos su ambición suprema
cifran en luchar por Dios.
Del Papa de Roma en pos
¿No veis acudir ufanas
a las naciones cristianas
ansiando formar milicias
en las Obras Pontificias
por las Misiones lejanas?

Allá va también España
desplegando su bandera,
dispuesta a ser la primera
en la gloriosa campaña.
De fulgor su frente baña
el sol de luz de su historia,
que España tiene la gloria
de haber a Cristo ofrendado
un Nuevo Mundo encontrado
en su triunfal trayectoria.

Aunque sectas tenebrosas
hundir a España quisieron
sepultarla no pudieron
de una tumba entre las losas.
Que otra vez surgen briosas
con arrogancia altanera
las virtudes de una raza
impetuosa y guerrera
que por la Fe combatiera
con heroísmo sin tasa.

Es la España del gran Cid
que con tesón sobrehumano
al Islam del suelo hispano
arrojó en sangrienta lid.
Es la España que, adalid
de la verdad, combatió
contra el hereje, y logró
detenerlo en su carrera
para que Europa no fuera
lo que Lutero intentó.

Es la España de Javier,
nuevo apóstol de las Gentes
que pudo en tres continentes
divino fuego prender
Es la España de Claver
Salvador de los esclavos...
Es la Patria de otros bravos
y magníficos atletas,
los Beltranes y Urdanetas,
los Anchietas y Solanos.

Es la nación que escribía
con sangre de sus espadas
sobre las tierras ganadas
los dogmas de Teología...
¿Quién no recuerda a porfía
con orgullo y emoción
los pueblos de Concepción,
Trinidad y Santa Fe,
San Salvador, San José,
Corpus Christi y Asunción?

En esta nueva Cruzada
por Cristo, que empieza ya,
digna mi Patria será
de su grandeza pasada.
¡Toma la Cruz por espada,
que el mundo, España, te espera!
¡Pon en alto tu bandera
para cubrirla de gloria!
¡Hay que repetir la historia
de la NACION MISIONERA!

J. M.ª G.

N.º 542

Flor entre espinas nacida

(Aumenta el lirismo de la poesía poniéndole un delicado fondo de música)

Flor entre espinas nacida,
pobre avecilla sin nido,
mira, en mi pecho una herida
ha causado tu gemido...
¡He visto una triste flor
allá en la China lejana,
y he contemplado el dolor
de una avecilla galana!...
Pobre niño abandonado,
flor que el crimen marchitó:
ave cuyo nido amado
la pasión arrebató.
¡Flor sin capullo
ave sin nido,
el bien perdido
yo te he de dar!

* * *

Pobre niño, que no tiene
de una madre el tierno amor,
niño que a la tierra viene
sólo a gustar el dolor.
Yo nunca pensé que un niño
pudiera dar compasión
por no tener el cariño
del materno corazón.
Cuando mi madre adorada
me besa con tierno amor
y adivino en su mirada
de su cariño el ardor,
pienso que todos los niños
serán felices cual yo,
con los besos y cariños
de aquella que el ser nos dió.

Pero ¡ay! que he visto allá lejos
pobres niños sin hogar,
y de su llanto los dejos
me han hecho también llorar.
¡Flor entre espinas nacida,
pobre avecilla sin nido,
mira, en mi pecho una herida
me ha causado tu gemido!...
¡Flor sin capullo,
ave sin nido,
el bien perdido
yo te he dedar!...

* * *

Yo quiero calmar tu llanto,
pobre niño sin hogar,
yo quiero en alegre canto
esas lágrimas trocar.
Yo anhelo, cual misionero,
a donde gimes volar
para ser tu compañero,
y tu tristeza alegrar.
Y para llevarte un Padre
que en amar no tiene igual,
y una tiernísima Madre
que te defienda del mal...
¡Flor entre espinas nacida,
pobre avecilla sin nido,
mira, en mi pecho una herida
ha causado tu gemido!...
¡Flor sin capullo,
ave sin nido,
el bien perdido
te quiero dar!

J. D.

N.º 543

El «Padrenuestro»

Como lo enseña Jesucristo
Como lo recita la Iglesia
Como lo reza el católico que
se preocupa por las Misiones.

Padre nuestro, que estás en los cielos,
Santificado sea el tu nombre.
Venga a nos el tu reino. Hágase tu volun-
así en la tierra como en el cielo. [*tad,*
El pan nuestro de cada día dánosle hoy.
Y perdónanos nuestras deudas, así como
nosotros perdonamos a nuestros deudores.
Y no nos dejes caer en la tentación.
Mas líbranos del mal. Amén.

Como lo enseña el mundo
Como lo recita el egoismo
Como lo reza el católico que
se despreocupa de las Misiones:

Padre **mío** *que estás en los cielos,*
.....
.....
.....
El pan **mío** *de cada día* **dámele** *hoy.*
*Y perdóna***me** **mis** *deudas,*.....
.....
Y no **me** *dejes caer en la tentación.*
*Mas líbra***me** *de mal. Amén.*

N. B.: Hágase un breve comentario a los cambios y supresiones.

N.º 544

Despedida

(para una niña pequeña)

¿Dónde irá mi hermano
con su crucifijo;
que mi padre en silencio le mira
con húmedos ojos de amor y cariño?

¿Dónde irá; que mi madre llorando
se ha echado en su brazos
y él en su cara arrugada y llorosa
ha estampado amoroso sus labios?

¿Dónde irá que me ha dicho al oído
misterios del cielo;
que al besar mis rosadas mejillas
me ha inflamado en divinos anhe-
[los?

¿Dónde irá mi hermano
con su crucifijo?...
—Me lo dijo mi madre.
—«¿No ves ese Cristo?

A salvar a los pobres paganos,
por El va tu hermano mayor.
Imítale. Y que un día en la China
os juntéis los dos».

JESÚS SÁNCHEZ, S. J.

N.º 545

La mies es mucha

Prestando luz y decoro
al risueño panorama,
por la llanura derrama
la mies su torrente de oro.
Hinchen el aire las voces
de los rudos jornaleros,
brillan al sol los aceros
de las afiladas hoces.
Y, en premio de tanto afán
y de tan luengas fatigas,
las rubicundas espigas
a tierra cayendo van.
Desde un collado vecino,
que ampara toda la vega,
mira el Maestro divino
las labores de la siega.
Y doliente exclamación
sobre la clima se escucha:
«La mies, en verdad, es mucha,
mas los hombres pocos son.
Rogad a mi Padre, pues,
que, viendo escasez tan grande,
con mano pródiga mande
jornaleros a su mies...»
Y, al conjuro soberano
de la triste profecía,
la miés del mundo pagano
doraba la lejanía.

J. J. PÉREZ ORMAZÁBAL

N.º 546

Números que hacen pensar

Dios quiere la salvación de todos los hombres. El medio ordinario establecido en la actual providencia para la realización de estos misericordiosos designios es la Iglesia Católica.

A pesar de ello, cada día mueren en el mundo 72.000 hombres fuera del Cuerpo de la Iglesia Católica. Repartidos entre las veinticuatro horas del día, resulta la impresionante cifra de TRES MIL A LA HORA. ¡Pensamiento terrible! Mientras yo desperdicio el tiempo y la gracia de Dios: mientras quizás con mis pecados, abusando de la misericordia divina, me estoy labrando una condenación eterna, están pasando a la eternidad miles de almas que acaso se hubieran aprovechado muchísimo mejor de esas gracias que yo derrocho.

¡Pensar que casi cada segundo un hermano nuestro, redimido con la Sangre de Jesucristo, se presenta ante su Redentor sin haber conocido su nombre, ni haber entrado en su Iglesia!

Y esto, no por culpa de Dios, sino por culpa de nosotros, los cristianos, que debiendo estimar por encima de cualquier otro bien material propicio, la salvación de nuestros hermanos, no hemos hecho en los pasados siglos, ni hacemos en la actualidad todo lo que podíamos y debíamos por llevar el conocimiento de Dios y los medios de salvación hasta el último rincón de los pueblos paganos.

No olvidemos jamás estos números:

Mueren fuera de la Iglesia Católica:	
Cada minuto . .	50 hombres
Cada hora . . .	3.000 »
Cada día . . .	72.000 »
Cada semana . .	510.000 »
Cada año . . .	26.600.000 »

Por estos datos se ve que anualmente pasa a la eternidad una muchedumbre equivalente a la población de España, sin haber oído hablar de Jesucristo ni de su Iglesia.

Muchas comparaciones se suelen emplear para hacer sensible en alguna manera esa multitud. Si estos hombres se pusiesen a lo largo del Ecuador, extendidos los brazos y tocándose unos a otros con las manos extendidas, darían la vuelta entera a la tierra.

Si desfilaran los féretros de diez en fondo, pasando una de esas hileras de a diez por segundo, tendríamos que estar contemplando la fúnebre comitiva, sin descanso de ningún género, durante 30 días y 18 horas.

Si toda esta masa de hombres fuese embarcada en navíos de transporte, distribuídos a razón de mil personas por navío, veríamos naufragar anualmente, lejos del puerto de salvación, en el proceloso mar de las pasiones más revueltas, la formidable flota de 26.200 barcos cada año.

Gracias al celo y trabajo de los misioneros y misioneras que asisten a los niños enfermos, pueden ir al cielo cada año, bautizados en peligro de muerte, unos 700.000 angelitos, que sin esa providencia no hubieran logrado la salvación.

¿Hemos hecho algo por estos infelices? Para cada uno de esos hombres, que pasa a la eternidad, el problema de su salvación, era urgentísimo y apremiante. ¿Hemos hecho algo para poner a su alcance los medios de salvación? ¿Hemos trabajado por facilitar en algo la labor de los misioneros y el progreso de las Misiones, las cuales, con la implantación de la Iglesia, han de lograr que ésta se muestre visible y acogedora a toda la humanidad? Si nada nos hemos molestado en su favor, no nos lamentemos de lo mucho que aún nos queda por lograr, no censuremos de negligentes y lentos a los misioneros, y lo que es más, tengamos vergüenza de decir que somos católicos y que amamos a Jesucristo.

N.º 547

Salvar almas

(recital misionero)

I

Salvar un alma es hacer reina a una esclava; es transformar en luz perpetua una cascada eterna de maldiciones; es romper sin ruido una cadena infinita de dolores; es embellecer con nuevas galas el palacio de Dios; es hacer más deleitable la eternidad de los escogidos; es echar flores sobre las llagas de Cristo; es agrandar el cielo y crear para siempre una canción sublime de amor, de amistad, de agradecimiento.

Salvar almas es recoger del suelo diamantes caídos de la corona de Dios; es estremecer de alegría el corazón de los ángeles; es hacer más gloriosa la pasión de Cristo.

Salvar almas es más que crearlas, es más que conservarlas, es más que redimirlas.

II

Uno de los dogmas más profundos y sintéticos de nuestro Credo, es el dogma de la Comunión de los Santos.

Podía Dios haber hecho que entre los hombres no existiera esa relación estupenda, llamada parentesco, en la que nada ve de admirable la rutina: de hecho esa relación no se da entre los ángeles.

Pero así como quiso unir todos los cuerpos con los vínculos de la sangre, así quiso unir las almas con los vínculos de la gracia.

Entre las almas buenas, cada una debe a las otras bienes sin cuento, aunque éstas no lo sepan. Pero de un modo especial, entre el alma del misionero y aquéllos que sin él se hubieran perdido para siempre, surge en el cielo una relación eterna, tan dulce, tan íntima, tan apretada, que aquí no podemos comprenderla, ni apenas vislumbrarla.

El misionero que salvó cien almas, amará a Dios con cien corazones; glorificará al Señor y gozará de la gloria, como si el propio ser se hubiese centuplicado.

III

¡Qué triste sería en un sacerdote de Cristo-Salvador, alzar al fin de la vida un cáliz cuya sangre no se vertió jamás sobre las almas!...

En cambio, ¡qué Misa aquélla tan sublime, la última de San Francisco Javier, cuando al abrigo de una choza miserable, herido ya de muerte, con aquel corazón de fuego en soledad inmensa, llenos los ojos de ansias infinitas, los pies cubiertos de llagas, vuelta la palidez de su rostro hacia las playas tristísimas del paganismo, alzó al cielo el cáliz en que se habían blanqueado millares y millares de almas! ¡El cáliz, a cuya sangre divina se había añadido lo que falta a la pasión de Cristo, la propia sangre!

Y como la sangre —símbolo natural de la vida— lo es también de todo cuanto nos cuesta, ¿no es verdad que la misma sangre que une entre sí a todos los hombres de la tierra, unirá en el cielo a las almas?..

Derramar la sangre por las almas, es infundirla en sus arterias transformada en gracia.

Ecce mysterium vobis dico: a la sangre de Adán se debe el parentesco de los cuerpos; a la sangre de Cristo se debe el parentesco de las almas.

Pero en ambos casos exige Dios el concurso del hombre.

¡Sangre! ¡Sangre! Esta es la limosna más grande en favor de las Misiones: limosna que sale del corazón y es parte de nuestra propia vida.

Echad en el cáliz del altar sobre la sangre de Cristo los sacrificios todos de las almas, y el mundo pagano se convertirá infaliblemente.

GAR-MAR, S. J.

N.º 548

Ten piedad de los infieles

Dulce Madre Inmaculada,
manantial de compasión,
ten piedad de los infieles,
muéstrales tu corazón.

Mística Misionera,
Reina de los infieles,
celeste Mensajera
que nos diste la Luz,
ilumina los pueblos
envueltos en tinieblas,
plantando en medio de ellos
la señal de la Cruz.
Reina de las Misiones
que anhelas corazones
que quieran consagrarse
a salvar al infiel;
a tus pies hoy postrados
por siempre prometemos
que apóstoles seremos
del Amor y la Fe.

Dulce Madre Inmaculada,
manantial de compasión,
ten piedad de los infieles,
muéstrales tu corazón.

F. Díaz de Cerio

N.º 549

¡Una limosna por Dios!

(*Niño vestido de chinito; música de fondo.*)

Hermano mío, que escuchas
los versos de esta canción...
¡*Para los pobres paganos*
una limosna, por Dios!

Hermano mío, que sabes
lo que un pagano costó;
tú que tienes siempre abiertas
las puertas del corazón,
no las cierres a los ecos
lastimeros de mi voz.
¡*Para los pobres paganos*
una limosna, por Dios!

Muriéndose están de hambre,
muriendo, que muertos, no;
bajo sus carnes sombrías
alienta un hijo de Dios...
¿Hijos de Dios los paganos?
Pues hermanos tuyos son...
¿Quién quiere dar a un hermano
una limosna por Dios?

Si yo fuera cieguecillo
para hacer más compasión,
bajo todas las ventanas,
bajo de todo balcón,
a todas horas cantara
esta endecha de dolor:
¡*Para los pobres paganos*
una limosna, por Dios!

Desde el desierto abrasado
llegue hasta ti la canción
del pagano que se acerca
y llama a tu llamador.
No le respondas de dentro
con el ladrido feroz
que aulla en los malos pechos
el mastín de la pasión.
¡*Ay del que no dé limosna*
cuando se pide por Dios!

¡La mano que no la diere
secarse fuera mejor!
Que no caiga, que no caiga
sobre ti esta maldición.
Ese pagano ultrajado
que así llama a tu aldabón,
es Lázaro a quien un día
tú has de pedir compasión.
Pues, hermano, que me escuchas
esta rima de dolor,
¡*no me despidas sin darme*
una limosna por Dios!

A. de Castro

N.º 550

Contemplad a los pueblos paganos

Contemplad a los pueblos paganos
y las manos alzad hacia Dios;
de la mies ved maduros los granos
¡por piedad, misioneros, Señor!
Extender vuestro reino en la tiera
es, Señor, nuestro santo ideal;
bendecid la pacífica guerra
de las huestes de acción misional.
En las sombras hay ansia infinita:
la Verdad y la Luz quieren ver...
Oh Jesús, otra vez más suscita
los ardores de Pablo y Javier.

D. Mayor, *S.J.*

N.º 551

Mensaje de amor

(*Diálogo entre un ángel y una niña*)

N. Angel hermoso, de níveas alas
Y áureos cabellos, ¿a dónde vas?
¿Por qué así arrastras tus ricas galas?
Aquí en la tierra te mancharás.
¿Eres acaso un ángel bendito?
Angel hermoso, responde.
A. —No.
Yo soy el ángel de un huerfanito,
De un huerfanito que se murió.
N. ¿Murió? ¡Qué pena! ¿Y en dónde?
A. —Escucha
Preciosa niña, ¿te acuerdas, di,
Que sin dinero quedó tu hucha
Y a los chinitos lo diste?
N. —Sí.
A. Pues de allí a poco, todo el dinero
Que a los chinitos tu amor les dió,
Llegó a las manos de un misionero
Y un huerfanito con él compró.
En su cabeza vertió agua pura
Sobre su frente formó una cruz
Y fué al instante tal su hermosura
Que era a su lado sombra la luz;
Mas ¡ay! muy pronto temprana muer-
Flor tan hermosa vino a tronchar. [te
N. ¿Y no lloraste?
A. —Si era su suerte
Tan venturosa, ¿por qué llorar?
Por entre estrellas le llevé al cielo
Sus regias puertas de oro le abrí;
Volvió sus ojos el niño al suelo
Y yo al notarlo le dije así:
Allí está España, tierra bendita,
Que tantos santos al cielo dió,
Y allí en aquella blanca casita
Vive la niña que te salvó.
Baja de un vuelo, me dijo el niño,
Quiero que sepa que me salvé.
Dile que en prueba de mi cariño
Yo nunca, nunca, la olvidaré.
Que aunque le esperen días de llanto
No tema. Pronto, juntos los dos,
Al Dios veremos tres veces Santo.
Cumplí el mensaje y... ¡adiós, adiós!
N. Angel, ¿te marchas? Espera, espera...
Nube radiosa me lo ocultó,
Con raudo vuelo sube a la esfera,
Aquí apenada me quedo yo.
Niño que moras allá en la altura,
Que con la Virgen hablaste ya,
Si así de un ángel es la hermosura
La de la gloria, ¿cómo será?
Dices que presto subiré a verte
Y así estaremos juntos los dos,
De hoy más no temo venga la [muerte
Pues es la puerta para ir a Dios.
Mas entre tanto que llega el día
En que ya libre vuele hacia ti,
Sálvense niños con la hucha mía
Y habrá más santos que oren por [mí.

MANUEL GARCÍA

N.º 552

Alma misionera

«Mamá, —decíale un hijo
a su madre cariñosa,
mientras sus labios de rosa
besaban el Crucifijo:—
cuando ante la Cruz me postro,
siempre me cuentas, mamita,
que aquella sangre bendita
de sus manos y su rostro,
siendo su fin nada menos
que salvar a los humanos,
la recogieron las manos
de los angelitos buenos;
pero, y la que de los pies
del Inocente Cordero
resbaló por el madero
¿qué se hizo de ella después?»
Feliz la madre cristiana
con la pregunta inocente,
besó a su niño en la frente
como el sol a la mañana.
Y, cual bebiendo el hechizo
de aquella mirada pura,
así le habló con ternura
y a su duda satisfizo:
«Aquella sangre divina
que acogieron con amor
los ángeles del Señor
en su mano alabastrina
ha sido el germen fecundo
que produjera después
la consoladora mies
de la Redención del mundo.
Mas la que cayó en el suelo
y empapó la tierra impía
allí está esperando el día
en que un apóstol de celo
de aquel suelo la recoja
que en olvido la encierra,
y cubra toda la tierra
de aquella semilla roja.

Ciertamente que almas buenas
llevan a tierra lejana
el precio del alma humana,
sangre de divinas venas:

hay esforzados guerreros
que aquellas divinas gotas
llevan a tierras remotas,
y esos son los misioneros.

Mas las gotas que cayeran,
precio de la Redención
son tantas, y tantas son
las almas que las esperan!...

Las aguardan, hijo mío,
tantas almas desgraciadas,
cual las flores agostadas
la frescura del rocío!

Y en tanto, cual entre nieve
las rosas que el campo esmalta,
se mueren... porque les falta
un brazo que se las lleve».

Calló la madre, y el niño
su sien alzó inmaculada,
junto a la cual era nada
la blancura del armiño.

Dejó dos sonoros besos
del Crucifijo en los pies,
y así suspiró después:
«Mamá, yo quiero ser de esos.

Aquellas gotas benditas
en que el suelo se empapó
las tengo que llevar yo
a esas almas pobrecitas».

Y, mientras en lontananza
su mirada se perdía,
sobre el niño se cernía
la aureola de una esperanza.

... ...

La sangre de Cristo clama,
la voz de las almas pide:
¿quién es, quién, el que esto mide
y en el celo no se inflama?

Redención de los gentiles,
sangre bendita mil veces,
tú y sólo tú nos mereces
entusiasmos juveniles;

vida, energías, haberes,
cuanto fascina y encanta...
tuyo es todo, causa santa,
pues bien digna de ello eres.

Pues aunque esto no estuviera
en vosotros, pechos buenos,
tened lo que el niño, al menos,
tened *alma Misionera*.

OLIVERIO, S. S.

N.º 553

¡Parte feliz!

¡Bravo Cruzado, adiós! Hoy esta casa
que de tu fuego el relicario fué,
como sol que a otro mundo alegre pasa
lejos marchar te ve.

Triste sin ti nuestra morada queda,
como se queda un búcaro sin flor;
como el estuche que guardó entre seda
joya de gran valor.

¡Adiós! Guarde tu nave entre las olas
la Virgen, como reina de la mar,
y te guíe cantando barcarolas
el ángel tutelar.

Irán nuestras fervientes oraciones
cual blanda brisa de la nave en pos,
hasta que a iluminar ciegas naciones
te lleve salvo Dios.

¡Parte feliz!, que cuando al puerto lle-
ilumine tus pasos con su faz, [gues,
y te cubra del manto con los pliegues
la Reina de la paz.

¡Noble empresa! Dejar el mundo todo
por llevar al infiel de Dios la luz;
por arrancar las almas de entre el lodo,
y alzarlas a la Cruz.

¡Bello ideal! Pisar duras espinas
de campos desolados a través,
y abrirse contemplar flores divinas
donde pongas los pies.

Para los que contigo bajo un techo
vivimos en la casa del Señor,
pide que, con el tuyo, nuestro pecho
sea un horno de amor.

Tú que la cumbre de la luz escalas,
has de pedir desde hoy ante el altar
que a todos el Señor nos dé tus alas
para poder volar.

Has de pedirle que, al subir triunfante
desde este mundo al celestial edén,
de tu rica corona algún diamante
ponga sobre mi sien.

Que si para salvar mundos lejanos,
aquí nos damos el postrer adiós,
nos amemos un día como hermanos
ante el trono de Dios.

GASPAR G. PINTADO

N.º 554

El toque del Angelus

I

Apenas brilla la aurora
con fantástico arrebol
y en el horizonte se dora
con la salida del sol,
nace alegre la mañana
derrochando poesía,
cuando a rezar la campana
nos invita: «Ave María».

Que el mundo infiel, Madre mía,
oiga el toque de oración
y levante cada día
hacia Ti su corazón
rezando el «Ave María».

II

Su vida el mundo despliega
por toda la inmensidad;
la humanidad lucha y brega
en continua actividad;
y cuando el sol se levanta
en su ardor del mediodía,
se oye la pregaria santa
del saludo: «Ave María».

Que el mundo infiel, Madre mía,
oiga el toque de oración
y levante cada día
hacia Ti su corazón
rezando el «Ave María».

III

Se acerca con lento paso
la noche de negro tul,
el sol corre hacia el ocaso
en un firmamento azul,
y cuando llega serena
la noche y declina el día
solemne en los aires suena
la campana: «Ave María».

Que el mundo infiel, Madre mía,
oiga el toque de oración
y levante cada día
hacia Ti su corazón
rezando el «Ave María».

R. Villalobos

N.º 555

El adiós del misionero

¡Adiós, tierra española en que he nacido!
donde, flor de la vida, a Dios me abrí:
con dolor en el alma me despido
para siempre de ti.
Adiós, hogar santuario de mi infancia,
donde mi edad más lírica pasé;
rosal silvestre tu feliz fragancia
soñando aspiraré.
Adiós, madre del alma, tu cariño
me llevo como un ascua del hogar:
para pensar en ti siempre soy niño,
nunca te he de olvidar.
Adiós, pueblo, mi vida en tu ramaje
colgando queda; en mi imaginación
vivirá dibujado tu paisaje
con tintas de ilusión.
Adiós, rostros de paz de amigos buenos,
que en confuso recuerdo os agolpáis:
os veo de hondo sentimiento llenos,
¡parece que lloráis!
No vendréis a rezar sobre mi tumba
ignorada quizá, ¡sábelo Dios!,
viento de mar sobre mi frente zumba:
adiós, todos, adiós.
Pronto su larga rúbrica de espuma
la nave que me lleva trazará:
al perderse la patria con la bruma
¿quién en mí pensará?
Yo creí en vuestro amor, seres queridos,
creo que no me engaña el corazón:
¡Siempre nos halle en el recuerdo unidos
el toque de oración!

F. C. Ugalde

N.º 556

El misionero

Es un viejo pastor de los rebaños
que pastan las estepas del oriente;
ya platea su barba dulcemente
teñida por la nieve de los años.
Surcáronle precoces desengaños
de arrugas hondas la morena frente
y su mirada enérgica y ardiente
fulgura con relámpagos extraños...
Aun hay muchos indómitos corderos
que discurren errantes y sin guía,
de yerbal en yerbal, de risco en risco.
Y él los llama con silbos hechiceros
para hacer de tan noble granjería
un solo mayoral y un solo aprisco.

J. J. Pérez Ormazábal

N.º 557

Quisiera, Señor...

Quisiera, Señor, ver tu luz
las tinieblas del mundo romper;
quisiera, Jesús, que tu Cruz
sus brazos tendiera doquier.
Yo quisiera que el mundo, Dios mío,
hoy tan triste y frío,
corriera hacia Ti,
y se echara amoroso en tus brazos
rompiendo los lazos
de su frenesí.
Yo quisiera a los pueblos hermanos,
a todos cristianos
con la misma fe.
Y que ya desde ahora se oyera
en la tierra entera
tu voz: «Reinaré».
Ver quisiera yo al mundo afligido
postrarse rendido
al pie de tu Cruz,
y al calor de tus llagas divinas
trocar sus espinas
en rosas de luz.
Yo quisiera que todos te amaran,
que sólo escucharan
la voz del Pastor.
Así el mundo, a tu Iglesia sumiso,
fuera paraíso
de paz y de amor.
Quisiera, Señor, ver tu luz
las tinieblas del mundo romper;
quisiera, Jesús, que tu Cruz
sus brazos tendiera doquier.

R. Villalobos

N.º 558

Por amor a Jesús

Muere la tarde pálida y silente...
El áureo sol en el confín lejano
vierte sobre la luz del oceano
su luz dorada, plácida y riente...
Rápido avanza el buque, sobre el [puente
un religioso, de cabello cano,
mira cómo se oculta el suelo hispano
a sus ávidos ojos, lentamente...
—España de mis sueños, madre mía,
que bañaste mi infancia de alegría,
al dejar tus riberas me contristo...
Y al pensar que tal vez no vuelva a [verte
siento en mi corazón ansias de muerte,
¡pero antes que tu amor está el de [Cristo!

M. Seisdedos

N.º 559

¿Qué quieres ser, hijo mío?

Siendo yo niño, muy niño,
mi madre así me decía:
—¿Qué quieres ser, hijo mío?
—Misionero —respondía.
Mi madre, llena de gozo,
al cielo su vista alzaba.
—¡Dios mío! ¡Sí, misionero!—
¡y cómo me acariciaba!...
Placer tanto ella sentía
de que fuera misionero,
que sin cesar me decía:
—Apóstol de Dios te quiero.
Y, al decírmelo, sus ojos
lloraban, ¡ay! de contento.
¡Oh, lágrimas de mi madre
que apóstol de Dios me hicieron!
¡Misionero! ¡Cosa grande!
¡Apóstol, oh, nombre excelso!
¡Ser otro Cristo en la tierra,
ser de su amor pregonero!
... ...
Y fué misionero al fin
el hijo que tanto amó.
¡Qué gozo el suyo aquel día
cuando la aurora rayó!
—Hijo mío, —me decía—,
hijo a quien amo y venero,
cuán feliz soy este día
porque ya eres misionero...
Vete donde Dios te llame,
se abre ante ti el mundo entero.
No eres mío, eres de Dios,
a quien mi ofrenda renuevo.
A donde quiera que vayas
mi oración te irá siguiendo.
Ruega por mí cuando eleves
el Cáliz de Amor Eterno.

A. M. Loza, C. M. F.

N.º 560

«¡Predicad el Evangelio!»

Montaña de las Olivas,
montaña de la Ascensión;
¡cómo mis ojos cautivas
con las luces fugitivas
de tu espléndida visión!
Envuelto en la gracia pura
de su túnica de lino,
blanquea sobre la altura
la rozagante figura
del apacible Rabino.

Cércale la muchedumbre,
rumiando la pesadumbre
del angustioso momento...
y Jesús, desde la cumbre,
formula su testamento.

Co n divina autoridad
dicen sus labios vibrantes:
—«Id por el mundo, enseñad
y el Evangelio anunciad
a todos sus habitantes»...

Y el adusto panorama,
que se ensangrienta en la llama
del crepúsculo rojizo,
regocíjase al hechizo
de la divina proclama.

Mil atrevidos veleros
tapizan el mar dorado,
y en los aires placenteros
desatan los marineros
canciones de apostolado.

Ya los ignotos cantiles
relucen con nueva luz,
ya las agujas sutiles
de las ciudades gentiles
ostentan la santa cruz...

Montaña de las Olivas,
montaña de la Ascensión;
¡cómo mis ojos cautivas
con las luces fugitivas
de tu espléndida visión!

J. J. PÉREZ ORMAZÁBAL

N.º 561

Quien quiere ser segador

Quien quiere ser segador
buen brazo debe mostrar;
buen brazo para abrazar
cuanto mayor haz, mejor,
y buen brazo para usar
la hoz con garbo y vigor.

Quien quiere ser segador
gran amor debe mostrar,
que no es negocio el segar,
segar es cuestión de amor,
pues segar es abrazar
las espigas con ardor.

Buenos brazos, gran amor,
para saber abrazar
sin tronchar tallos en flor;
abrazar sin apretar,
sin llegar a desgranar
las espigas de dolor.

Buenos brazos, gran amor,
como el de aquel Segador
que tanto quiso abrazar
en su anhelo soñador,
hasta venir a quedar
descoyuntado de amor...

Al pecho habéis de llevar
la imagen del Segador;
aprended de El a segar,
abrid los brazos al par,
hasta venir a quedar
¡descoyuntados de amor!

RAMÓN CUÉ, S. J.

N.º 562

Pastor bueno

Amoroso Nazareno,
Pastor bueno,
de las almas vida y luz,
haz que en su sueño profundo
sienta el mundo
el abrazo de tu Cruz.

No hay en la tierra cayado
tan amado
como el suave de tu amor.
Pastor bueno, si Tú dejas
las ovejas
¿dónde hallar al Buen Pastor?

¡Dulce Jesús! Ilumina
con divina
luz al mundo que no ve;
hazle sentir los fulgores
salvadores
de la antorcha de la fe.

Por el amor traspasado
tu costado
en la Cruz, Jesús, está;
y tanta sangre vertida
de tu herida
¿cuándo al infiel llegará?

Llegue ya al mundo la hora
salvadora
de escuchar tu voz, Señor,
y no haya de polo a polo
más que un solo
rebaño bajo un Pastor.

R. VILLALOBOS

Véase también el N.º 390

N.º 563

Reloj eucarístico

El augusto sacrificio de la Misa se está ofreciendo sin interrupción a la Majestad de Dios en todo el orbe católico. Si calculamos en trescientos mil los sacerdotes esparcidos por el mundo, podemos afirmar que, a medida que la tierra gira y la hora matinal va sonando sucesivamente en los diferentes países, *tres* o *cuatro* sacerdotes suben sin cesar al altar. *Tres* o *cuatro* sacerdotes, sin cesar, en cada segundo del día y de la noche, pronuncian las palabras de la Consagración. ¡Qué magnífico estímulo para nuestro celo dormido!

Si fijamos en España el punto de partida del *itinerario eucarístico* de Jesús-Hostia a las seis de la mañana, y calculamos que a esa misma hora del día irán empezando después los sacerdotes a celebrar sus Misas en las distintas regiones, veremos que, a medida que avanzan las horas en nuestro reloj y nos anegamos nosotros en nuestras ocupaciones diarias y en nuestro descanso nocturno, van iluminándose sucesivamente los altares todos de la tierra con los resplandores eucarísticos.

A las *seis* de la mañana empieza la celebración del Santo Sacrificio en Inglaterra, Irlanda, Bélgica, Francia, España, Portugal, Marruecos, Argelia, Costa de Marfil, Costa de Oro, Dahomey, Nigeria y Guinea española. (*Pueden irse señalando en el mapa, empezando de norte a sur.*)

Cuando en España son las *siete* de la mañana, son las seis en Islandia, islas Madera, islas Canarias, Río de Oro, Dakar, Sierra Leona e isla Ascensión; y allí empieza a celebrarse la Santa Misa.

Cuando en España son las *ocho* de la mañana son las seis en Groenlandia, islas Azores, islas de Cabo Verde e islas de Fernando Noronha; y allí amanece el sol de la Eucaristía.

Cuando en España son las *nueve*, son las seis en Terranova, Brasil oriental, Paraguay y Uruguay; hora de empezar la celebración de las Misas.

Cuando en España son las *diez*, son las seis en Labrador oriental, Bermudas, S. Domingo, Puerto Rico, Guadalupe, Martinica, Venezuela, Brasil central, Bolivia, República Argentina e islas Malvinas.

Cuando en España son las *once*, son las seis en el Canadá oriental, Estados Unidos orientales, Cuba, Haití, Jamaica, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, Brasil occidental, Perú y Chile.

Cuando en España son las *doce*, son las seis en el Canadá centro-oriental, Estados Unidos, centro-orientales, Yucatán, Guatemala, Honduras, El Salvador e islas de los Galápagos.

Cuando en España es la *una* de la tarde, son las seis de la mañana en el Canadá centro-occidental, Estados Unidos centro-occidentales y Méjico.

Cuando en España son las *dos* de la tarde, son las seis de la mañana en el Canadá occidental y Estados Unidos occidentales.

Cuando en España son las *tres* de la tarde son las seis de la mañana en el Canadá extremo-occidental, Alaska oriental, islas Marquesas y Archipiélago Pomotú.

Cuando en España son las *cuatro* de la tarde, son las seis de la mañana en Alaska central, islas Haway e islas de la Sociedad.

Cuando en España son las *cinco* de la tarde, son las seis de la mañana en Alaska occidental, islas Aleutinas, islas Haway, islas Fénix, Samoa y Tonga.

Cuando en España son las *seis* de la tarde, son las seis de la mañana en Siberia oriental, islas Ellice, Fidji y Nueva Zelanda.

Cuando en España son las *siete* de la tarde, son las seis de la mañana en Siberia oriental, islas Marshall, Gilbert, Salomón, Nuevas Hébridas y Nueva Caledonia.

Cuando en España son las *ocho* de la tarde, son las seis de la mañana en Siberia, islas Kuriles, Marianas, Carolinas, Bismarck, Nueva Guinea, Australia oriental y Tasmania.

Cuando en España son las *nueve* de la noche, son las seis de la mañana en Siberia, Manchuria, Corea, Ja-

pón, islas Palaos, Nueva Guinea occidental y Australia central.

Cuando en España son las *diez* de la noche, son las seis de la mañana en Siberia, Mongolia oriental, China oriental, Formosa, Filipinas, Borneo, Célebes, Indias holandesas y Australia occidental.

Cuando en España son las *once* de la noche, son las seis de la mañana en Siberia, Mongolia, China central, Indochina, Malaca y Sumatra.

Cuando en España son las *doce* de de la noche, son las seis de la mañana en Siberia, Mongolia, Tibet, Birmania, islas Andamán y Nicobares.

Cuando en España es la *una* de la mañana, son las seis en Siberia, Turquestán, India y Ceilán.

Cuando en España son las *dos* de de la mañana, son las seis en Nueva Zembla, Rusia oriental, Persia, Afganistán, Beluchistán, islas Mauricio y Reunión.

Cuando en España son las *tres* de la mañana, son las seis en Rusia central, Siria, Irak, Arabia, Eritrea, Etiopía, Somalia, Africa oriental y Madagascar.

Cuando en España son las *cuatro* de la mañana, son las seis en Rusia occidental, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Rumanía, Bulgaria, Turquía, Grecia, Egipto, Sudán, Congo y Cabo Buena Esperanza.

Cuando en España son las *cinco* de la mañana, son las seis en Escandinavia, Dinamarca, Alemania, Austria, Italia, Túnez y Trípoli.

A las *seis* de la mañana amanece de nuevo en España el sol de la Eucaristía.

Acompañemos espiritualmente a Jesús-eucarístico en esta su peregrinación diaria por los altares todos de la tierra. Desde la escuela, la fábrica, el campo, el taller o la oficina unámonos en cada hora del día al santo sacrificio de la Misa, que, en las frondosas lejanías oceánicas, en las blancas planicies polares, en las regiones calcinadas y desérticas... se ofrece por manos de los misioneros en expiación constante por los pecados del mundo y en impetración de beneficios para todos los hombres de la tierra.

N.º 564

¡Cristo reinará!

CORO HABLADO

(Los Coros hablados deben hacerse muy despacio. Con un buen grupo de niños se logran magníficos resultados).

EL JEFE.—Soy el heraldo del gran Rey que os vengo a invitar en su nombre a una gran cruzada.

TODOS.—¡Alerta!

J.—Vosotros, los niños, ¿estáis dispuestos a seguir esta bandera del Papa para conquistar el mundo infiel? (*Presenta la bandera del Papa amarilla y blanca*).

NIÑOS.—¡Estamos!

J.—Vosotras, las niñas, ¿queréis cooperar a salvar almas para Cristo?

NIÑAS.—¡Queremos!

J.—Mirad los horizontes lejanos. ¿Qué veis allí envuelto entre sombras negras?

T.—Al mundo pagano.

J.—Las tres cuartas partes de los hombres no conocen a Cristo...

T.—Queremos que los infieles conozcan a Cristo.

J.—No aman a Cristo...

T.—Queremos que amen a Cristo.

NIÑAS.—Son nuestras hermanas.

NIÑOS.—Son nuestros hermanos.

J.—Cuatrocientos cincuenta millones viven en la China adorando a Buda, Confucio y Laotsé.

T.—Cristo reinará en la China.

NIÑAS.—Sobre Buda.

NIÑOS.—Sobre Confucio.

T.—Sobre Laotsé.

J.—Trescientos cincuenta millones adoran en la India a Brama y Visnú.

T.—Cristo reinará en la India.

NIÑAS.—Sobre Brama.

NIÑOS.—Sobre Visnú.

J.—Ciento sesenta millones de negros se arrodillan en Africa y Oceanía ante los ídolos y fetiches.

T.—Cristo reinará en Africa y Oceanía.

NIÑAS.—Sobre los ídolos.
NIÑOS.—Sobre los fetiches.
J.—¿Cristo reinará?
T.—¡Cristo reinará!
J.—¿Cristo reinará?
T.—¡Cristo reinará!
J.—¿Cristo reinará?
T.—¡Cristo reinará!
J.—¡Viva Cristo Rey!
T.—¡Viva, viva, viva! (*Levantan por tres veces su brazo derecho*).

* * *

J.—Mas para que Cristo reine en el mundo es necesario organizarnos para el combate, es menester obedecer a los Jefes, es preciso aprender a manejar las armas. ¿Vuestro Ejército cuál es?
T.—La Obra de la Santa Infancia.
J.—¡Viva la Santa Infancia!
T.—¡Viva, viva, viva! (*Levantan por tres veces su brazo derecho*).
J.—¿Vuestros Jefes?
T.—El Papa y el Obispo.
J.—¡Viva el Papa!
T.—¡Viva, viva, viva! (*Levantan por tres veces su brazo derecho*).
J. ¡Viva el Obispo!
T.—¡Viva, viva, viva! (*Levantan por tres veces su brazo derecho*).
J.—¿Vuestras armas para el combate?
T.—La oración.
J.—¿Qué más?
T.—La limosna.
J.—¿Qué más?
T.—El sacrificio.
J.—Y si Cristo os pide a alguno de vosotros el sacrificio de vuestra vida, vuestro mismo corazón para el apostolado entre los infieles, ¿le daréis a Cristo vuestra vida?
T.—¡Sí!
J.—¿Le daréis a Cristo vuestro corazón?
T.—¡Sí!
J.—¿Si os lo pide Cristo seréis de veras misioneros?
T.—¡Seremos de veras misioneros!
J.—¿Cómo?
NIÑAS.—¡Como Santa Teresita!
J.—¿Cómo?
NIÑOS.—¡Como San Francisco Javier!
J.—¿Y si Dios quiere que os quedéis en vuestro pueblo o en vuestra casa?
NIÑAS. — Seremos desde aquí apóstoles.
NIÑOS.—Seremos desde aquí misioneros.
J.—Sí, vosotros podéis conquistar a otros niños para la Obra de la Santa Infancia.
T.—Nosotros los conquistaremos.
J.—Podéis ganar a vuestros padres y hermanos para las Obras Pontificias.
T.—Nosotros los ganaremos.
J.—Podéis propagar a otros pueblos el espíritu y el ideal de conquista.
T.—Nosotros lo propagaremos. (*Juntan los dos brazos en alto*). ¡Hurra! Pronto todo el mundo misionero.
J.—Y cuando todos los católicos, niños y grandes, hombres y mujeres, formen en las filas de las Obras Pontificias, entonces sobre las ruinas del paganismo que se derrumba...
T.—¡Plantaremos la cruz de Cristo Redentor! (*hacen ademán de enarbolar la Cruz.*)
J.—Entonces...
T.—El mundo será de Cristo.
J. Entonces...
T.—Cristo será de veras Rey.
J.—¡Soldados! ¡A las armas!
NIÑAS.—Por Cristo.
NIÑOS.—¡Adelante! (*Adelantan un paso el pie derecho, volviéndolo luego a su posición anterior.*)
J.—Soldados, al combate.
NIÑAS.—Por la Iglesia.
NIÑOS.—¡Adelante! (*Id.*)
J.—Soldados, hacia el triunfo.
NIÑAS.—Por España.
NIÑOS.—¡Adelante! (*Id.*)
J.—Soldados, fieles todos hasta la muerte.
NIÑAS.—Por Javier.
NIÑOS.—¡Adelante! (*Id.*)
J.—A luchar.
NIÑAS.—A vencer.
NIÑOS.—A morir.
J.—¡Viva Cristo Rey!
T.—¡Viva! (*Levantan su brazo derecho*).
J.—¡Viva la Iglesia misionera!
T.—¡Viva! (*Id.*)
J.—¡Viva España Católica!
T.—¡Viva! (*Id.*)
J.—¡Viva San Francisco Javier!
T.—¡Viva, viva, viva! (*Id. por tres veces.*)

Despedida del Misionero

Mañana en un fragil barco
Me he de engolfar en la mar,
Daré un adiós a mi patria,
El último adiós quizá.
Por si Dios quisiera que no vuelva mas
El corazón te dejo ob Virgen Celestial
No temo las muchas aguas
Ni el indómito huracán,
Que es dulce a quien busca el cielo
Hallar su tumba en el mar
Mi vida no es mia,
Que a Dios se la di
A donde Dios me mande
Allí quiero morir
Y cuando en tierras lejanas
Tome puerto mi bajel
Al pisar mi nueva patria
Diré a María con fe
¡Ay Madre del huerfano
Hermosa sin par,
Tu eres mi unico amparo
Oh Virgen celestial
Al indio pobre y salvaje
De vida y rostro feroz
Iré a enseñarle gustoso
La hermosa ley de mi Dios
Peligros de muerte
Me esperan allí;
¡Ay madre en mi agonia
Tened piedad de mi!
Mi premio ha de ser, oh Madre,
Al pie de un árbol morir
De todos abandonado
De todos menos de Ti.
Bendita mil veces
Diré al expirar
La hora en que me enviaste
La fe a propagar

ÍNDICE

INMACULADA

Núm.		Página
1.	Ofrecimiento	5
2.	A la Inmaculada	5
3.	Tu jardín	5
4.	La Consersión de la Vinge	6
5.	A la Concepción de N.ª S.ª	7
6.	La Inmaculada Concepción...	7
7.	Anhelos de niño	9
8.	Salmo de la Inmaculada ...	9
9.	A la Inmaculada de Lourdes	10
10.	A la Inmaculada	11
11.	Virgencita Inmaculada ...	11
12.	Sonetos	11
13.	A María Inmaculada	12
14.	Luz de los cielos	13
15.	Más sonetos	13
16.	La Virgen Inmaculada ...	14
17.	¡Salve, salve!	14
18.	Quisiera ser angelito	14
19.	Toda pura	14
20.	Hoy es el día azul	15
21.	La Inmaculada de Murillo	16
22.	A la Inmaculada Concepción	16
23.	Inmaculada	17
24.	Poesías breves	18
25.	Discurso a la C. de M. ...	18
26.	Virgen Inmaculada	18
27.	La noche de la P. Concepción	18
28.	La Inmaculada, Madre y Señora	19
29.	A María Inmaculada	20
30.	Purísima	20
31.	Blanca azucena	20
32.	Gozos	20
33.	En la fiesta de la Inmaculada	21
34.	Bendita entre todas las mujeres	22
35.	El retrato de la Virgen ...	23
36.	Inmaculada	23
37.	A María Inmaculada	24
38.	Flor de las flores	24
39.	A María Inmaculada	25
40.	A María (el eco)	25
41.	Coplas a María Inmaculada	26

MAYO

42.	Flores de mayo	27
43.	Alborada	27
44.	¡Mayo ha venido!	28
45.	Aparecieron las flores ...	28
46.	Principio de mayo	29
47.	Flores	30
48.	Entrando en mayo	31
49.	Mayo	31
50.	Mis rosas	31
51.	Cantinela	31
52.	Ecos de mayo	32
53.	Un don	32
54.	Siempreviva	32
55.	Flora mariana	33
56.	La rosa	34
57.	Rosa, rosa	34
58.	Flores de mayo	35
59.	La flor del valle	35
60.	Mañanita de mayo	35
61.	A la Santísima Virgen ...	36
62.	Ofrecimiento de flores ...	36
63.	Cestaño de flores	37
64.	A María	37
65.	Cantad, ruiseñores	38
66.	Florecita	38
67.	Poesías breves	38
68.	Las margaritas	39
69.	Las golondrinas	39
70.	La azucena	39
71.	A la Virgen	40
72.	La flor de la huérfana ...	40
73.	La flor de la inocencia ...	41
74.	Flores y besos	41
75.	Ofrenda	41
76.	¡Mayo!	41
77.	Despedida de mayo	42
78.	Adiós a mayo	42
79.	Fin de mayo	42

ROSARIO Y ESCAPULARIO

80. Sonetos rosariales 44
81. El centinela y el rosario ... 44
82. El rosario en familia 45
83. A la Virgen del rosario ... 45
84. El rosario de familia 45
85. El escapulario del Carmen 46
84. El rosario de familia 45
85. El escapulario del Carmen 46
86. Mi rosario 46
87. El escapulario 46
88. El escapulario protector ... 47
89. Virgen del Carmen 47
90. Las palomas del Carmelo 47
91. El escapulario del Carmen 48
92. La Flor del Carmelo 48

MARIANAS

93. A Nuestra Señora 49
94. Loores de Santa María ... 49
95. A Nuestra Señora 49
96. ¡Muéstrate, Madre! 50
97. Cántiga en loor de la Virgen 50
98. Madre de Dios 50
99. ¡Bendita sea tu pureza! ... 51
100. La llena de gracia 51
101. A Nuestra Señora 52
102. María 52
103. Plegaria 52
104. Oración a Nuestra Señora 53
105. Diálogo para cuatro párvulos 53
106. La escala de Jacob 53
107. El nombre de María 53
108. Quiero, Madre 54
109. ¡Acuérdate de mí! 54
110. A la Santísima Virgen ... 54
111. Danza en honor de la Santísima Virgen 55
112. Poesías breves 57
113. Privilegios de María 58
114. Alabanzas a María 59
115. Nuestro amor 59
116. Diálogo para tres niñas ... 60
117. Tota pulchra 60
118. La Divina Pastora 61
119. Sueños de niño 61
120. ¡Más linda Vos! 62
121. ¿Tus gracias? 62
122. A tu Corazón 62
123. ¡Salve, salve! 63
124. Abecedario de la Virgen .. 63
125. ¡Madre mía! 64
126. La gloria celestial 64
127. A María 65
128. Salve 65
129. Bendita sea tu pureza ... 66
130. Juego de alabanzas a María 67
131. Poesías breves 69
132. Súplica a la Virgen 70
133. Ave María 70
134. Quisiera ser azucena 70
135. El nombre de María 70
136. Gloria a María 71
137. ¡Madre! 71
138. A la Virgen del Pilar 71
139. Dios te salve, María 71
140. Plegaria 71
141. Ave, maris stella 72
142. Botón de clavel 72
143. Madre del alma mía 72
144. La Virgen nunca desatiende a sus devotos 73
145. Ave María 74
146. Eres perfume 74
147. María en las Sagradas Escrituras 75
148. Salterio mariano 76
149. Cántico de loores 77
150. Plegaria a María 77
151. Cantares a la Virgen 77
152. Socorro del alma 77
153. A la Ssma. Virgen 78
154. Como canta el pajarillo ... 78
155. A María 78
156. Huerfanito 78
157. Salve 78
158. Noche y día 79
159. Amor verdadero 79
160. Yo soy hija de María ... 81
161. Como el Niño 81
162. Esos tus ojos 82
163. Bendice a nuestro pueblo 82
164. Aunque soy muy pequeñito 82
165. Una niña a la Virgen María 82
166. No me dejes 82
167. Tu nombre 82
168. Plegaria de una niña 83
169. Plegaria 83
170. Poesías breves 83
171. En loor de la Virgen María... 84
172. Ama a la Virgen 84
173. Aurora virginal 84
174. ¿Qué sería yo sin Ti? ... 85

175. Sol de mis amores 85
176. A tu Corazón 85
177. Nacimiento de María 86
178. La Anunciación 86
179. Celestial embajada 87
180. La Rosa de Jericó 88
181. La Purificación 88
182. La Asunción 89
183. A la Asunción de Nuestra Señora 90
185. A la Asunción de Nuestra Señora 90
185. A María en su Asunción 90
186. Assumpta est 90
187. En la Asunción 91
188. Corona stellarum 91
189. Coronación de María 92
190. Despedida de la Virgen de la escuela 92
191. Despedida a María 92

NAVIDAD

192. ¡Oh Mesías prometido! ... 94
193. Sólo Dios llora 94
194. En silencio 94
195. Telas de oro 94
196. El niño de Belén 95
197. Tiritando de frío 96
198. ¡Paz en la tierra! 96
199. Villancico 96
200. Al Niño Jesús 96
201. La noche de Belén 97
202. Los suyos no le recibieron 97
203. Al Niño Jesús 98
204. Madrigal 98
205. Fuegos y hielos 98
206. Al Nacimiento 98
207. Un oficio para el Niño Jesús 99
208. Las pajas del pesebre ... 100
209. Ojos que matan 101
210. ¡Despertad a mi Niño! ... 101
211. Al Niño sagrado 101
212. Desvarío de amor 101
213. Al Niño Jesús 102
214. Al Niño Jesús 102
215. El borriquito de Belén ... 103
216. Doce zapateros y el Niño 105
217. Romance de Navidad 106
218. Del rosal sale la rosa 106
219. Al Nacimiento 106
220. En brazos de una doncella 106
221. Un vestido para el Niño Jesús 107
222. Nacido para mi amor 109
223. La Nana 109
224. Villancico 110
225. Sonetos 111
226. Canción de cuna 111
227. Venid a Belén 111
228. Belleza de Jesús 112
229. Al Niño Jesús 112
230. Al Niño Jesús 112
231. El Nacimiento contado por chaveítas andaluces 113
232. Un gitano ante el portal ... 114
233. Pastorcillos en Belén 114
234. Arrullos 115
235. Duérmete, Capullo 115
236. Al Niño Jesús 116
237. A los pucheritos del Niño Jesús 116
238. ¡Si nacieras cada cada quince días! 117
239. La flor de Navidad 117
240. Un sueño del Niño Jesús . 118
241. Este Niño y Dios 118
242. Corderito blanco 118
243. Leyenda oriental 119
244. Muñequerías 120
245. El pastorcito en Belén ... 122
246. Hagamos un pellico 122
247. Martirologio de Navidad . 123
248. Cántico al Niño Jesús ... 123
249. ¡Ay el pastorcito! 124
250. A la clavelina 124
251. Portalico divino 124
252. Un niño al Niño Jesús ... 124
253. Invitación 125
254. Al Niño Jesús 125
255. El sueño de Jesús 126
256. ¡Viva Jesús! 126
257. Canción de Nochebuena ... 126
258. No lloréis, mis ojos 127
259. Un Niño hermoso 127
260. Junto a su cuna 127
261. Herido de amor 128
262. No lloréis, mi Niño 128
263. Viene en el invierno 128
264. Madrigal 128
265. Flores de invierno 129
266. Villancico 131
267. Los ojos del Niño 131
268. ¡Llora por mí! 131
269. Al Niño Jesús 132
270. Zagalejo de perlas 132
271. Coloquio con el Niño Jesús 132
272. Cantares populares 133

273. Al nombre de Jesús 133
274. Deshecha del romance ... 134
275. Divino mercader 134
276. ¿Si querrá conmigo? 134
277. Despedida al Niño Jesús .. 134
278. Jesús buscando almas ... 135
279. Abrasado de amor 135
280. Dios llorando 135
281. La flor del campo 136
282. Copla 136
283. Los Reyes Magos 136
284. La llegada de los Reyes . 136
285. Epifanía 137
286. Epifanía 137
287. Epifanía 137
288. Los Reyes Magos 138
289. Adoración de los Reyes ... 139
290. Los Reyes Magos 140
291. La Sagrada Familia 140
292. Un juego del Niño 140

S. JOSÉ

293. Feliz el día 142
294. La muerte del justo 142
295. Dolores y gozos de S. José 143
296. San José glorificado 144
297. A San José 144
298. El carpintero de Nazaret 145
299. La sierra de San José 146
300. La plegaria de una niña . 148
301. Patrón de los moribundos 148
302. A San José 149
303. En busca de oficio 150
304. La muerte de San José ... 151
305. Patrono de la Iglesia 151
306. San José tóo lo puede 152
307. Las dudas de San José ... 152
308. La varita de José 153
309. La Sagrada Familia 153
310. La panegirista de S. José 154
311. La tentación y la cruz ... 155
312. En la paz del sendero 157
313. A San José 158
314. A San José 158

PASIONARIAS

315. Jesús se despide de María 159
316. Lavatorio de Judas 160
317. Camino de las Olivas 160
318. Tristezas de Getsemaní ... 161
319. A la corona de espinas ... 161
320. La cruz a cuestas 162
321. La pedrada 163
322. Romance de Calvario 164
323. A Jesús Nazareno 164
324. A la Santa Cruz 164
325. Cantiga del Cristo de la Piedad 165
326. Cristo 165
327. Acto de contrición 165
328. ¡Clavadme! 165
329. A Jesús crucificado 166
330. Fuerza de lágrimas 166
331. El Buen Pastor 166
332. A Jesús crucificado 166
333. La golondrina del Calvario .. 167
334. El Cristo de Velázquez ... 167
335. Ante el Cristo de la Buena Muerte 168
336. Al Crucifijo en mi agonía. 169
337. A la Dolorosa 169
338. Viernes de dolores 170
339. Stabat Mater 170
340. ¡Dolorosa! 170
341. María al pie de la Cruz ... 170
342. Dolor 171
343. La bajada del Calvario ... 171
344. La soledad de María 172
345. Acto de contrición 173

PRIMERA COMUNIÓN

346. ¡Santos deseos! 174
347. Recitados para niñas de Primera Comunión 175
348. Anhelos 175
349. La Primera Comunión ... 176
350. Primicias de amor 176
351. Canto de Primera comunión 177
352. La cinta de mis amores ... 178
353. Escenas de Primera Comunión 179
354. En la Primera Comunión 180
355. Por vez primera 180
356. Enciende en mí tu vida ... 181
357. El padre impío y la hija huérfana 181
358. En la Primera Comunión. 182

359. A los de Primera Comunión 182
360. A un primer comulgante . 183
361. Mi petición de este día ... 183
362. Crueldad inocente 183
363. Después de la Primera Comunión 184
364. Espigando 184
365. Al niño mártir de la Eucaristía 185
366. Un abuelo a su nieto 186
367. Más ejemplos 186
368. La última Comunión 187
369. En mi Primera Comunión 187
370. Los lirios 188
371. Recitación 188
372. La corbata de la Primera Comunión 189
373. El héroe de la corbata blanca 190
374. Una Primera Comunión antes de los cuatro años 192
375. Trovas 193
376. Mi Primera Comunión ... 194
377. Los apuros de un primer comulgante 194
378. La Primera Comunión ... 195
379. Un niño en su Primera Comunión 196
380. Oración para antes y después de la Primera Comunión 196
381. ¡Se la ganó! 197
382. Hambre de Jesús de una primera comulgante 198
383. Un examen de Primera Comunión 198
384. Renovación de las promesas del Santo Bautismo . 199
385. Renovación de Promesas. 201

EUCARÍSTICAS

386. La Eucaristía y los niños . 202
387. Diálogos 203
388. Al Santo Sacramento 204
389. Misterio de amor 204
390. El Viático en trineo 204
391. «Dilectus meus mihi» 205
392. La vida del alma 205
393. Alégrate, alma mía 205
394. Amor de Dios en la Eucaristía 205
395. A Jesús en la Eucaristía .. 205
396. A María, antes de la Comunión 206
397. Mi oración al Padre 206
398. ¿Abandonado? 206
399. Ofrenda y petición 207
400. Antes de la Comunión ... 208
401. Después de la Comunión. 208
402. El mártir de la Eucaristía 209
403. Locura de amor 211
404. Monólogo 212
405. La Eucaristía 212
406. El cruzado eucarístico 213
407. Después de la Comunión . 214
408. Comunión solemne de campaña 214
409. La mañana feliz 214
410. Corpus Christi 215
411. La lámpara del Sagrario . 215
412. El Buen Pastor 216
413. Manjar del alma 216
414. La lámpara del Sagrario .. 216
415. A Jesús Sacramentado ... 217
416. El paso del Amor 217
417. Pan del cielo 218
418. Día de Comunión 218
419. Ante un Sagrario abandonado 218
420. Véante mis ojos 219
421. A Jesús 219

Apéndice

422. El Viático 220

CORAZÓN DE JESÚS

423. Aclamación infantil 222
424. Al Corazón de Jesús 223
425. A la llaga del costado ... 224
426. Plegaria al Corazón de Jesús 224
427. Al Sagrado Corazón de Jesús 225
428. Al Sagrado Corazón de Jesús 225
429. Al Corazón de Jesús 225
430. ¡Entra, Señor! 226
431. Homenaje de amor 227
432. Soliloquio 227
433. Gozos al Corazón de Jesús... 228
434. Cristo Rey 228
435. El nombre de Jesús 229
436. A Jesucristo 229
437. Símbolo de amor 229
438. La corona de Cristo Rey .. 229
439. Piedad 230

440. Ven a mi Corazón 230
441. Al Rey de Reyes 231
442. Las golondrinas del Señor 231
443. ¡Ven, ven! 232
444. Esperanzas 232
445. Corazón de Jesús, en Vos confío 232
446. Al Sagrado Corazón 232
447. Ven, Corazón Sagrado 233
448. En lo íntimo 233
449. Un niño al Sagrado Corazón 233

CATEQUÍSTICAS

450. El Catecismo 234
451. Consejos a los padres 238
452. Mirad por los niños 239
453. La madre ejemplar 240
454. La fiesta del Catecismo ... 241
455. A los padres de familia ... 241
456. El Catecismo 242
457. La enseñanza del Catecismo 242
458. La escuela sin Catecismo .. 243
459. El Catecismo 244
460. La cotorra 245
461. La escuela laica 245
462. El niño sabio 246
463. Dos escuelas 246
464. La señal de la Cruz 246
465. Las cruces 247
466. Garabatos 247
467. ¡Por la señal! 248
468. El crucifijo de mi escuela 248
469. La cruz del peregrino 249
470. La señal del cristiano 250
471. El misterio de la Santísima Trinidad 251
472. Meditación 251
473. Al impío 252
474. Dos visitas 252
475. Las campanas 253
476. Matemáticas y Dogma 253
477. Yo soy librepensador 253
478. ¿Y después? 254
479. Si veis que me muero ... 254
480. A lo seguro 255
481. Saber lo que importa 255
482. El precio del alma 255
483. Un joven como hay muchos 256
484. Mi libro .....m 256
485. La virtud y el vicio 256
486. Al acostarse 256
487. Un ángel y un niño 257
488. Angel de mi Guarda 257
489. La niña y el Angel de la Guarda 257
490. El ángel y el diablo 258
491. El Angel 260
492. Vanidad de vanidades 260
493. El loro devoto 260
494. Batalla espiritual 260
495. Historia de muchos niños 261
496. Jugar con fuego 261
497. La inocencia perdida 262
498. La niña mejor 262
499. El gusanillo de la conciencia 263
500. La conciencia 263
501. Mañana y tarde 263
502. La nieve 264
503. Los ojos del alma 264
504. La inocencia 265
505. Pequé, Señor 265
506. La tentación 266
507. Una blasfemia y un beso .. 267
508. Hacia lo infinito 268
509. Todos o ninguno 269
510. La inocencia 270
511. El cumplimiento pascual .. 271
512. El examen de conciencia .. 271
513. Con la intención basta ... 272
514. ¡Dios todo lo ve! 273
515. La lengua y la espada ... 273
516. Dosis catequísticas 274
517. El testarudo 274
518. Los niños mudos 275
519. Coro hablado 276
520. Los lirios de Alcalá 277
521. La antorcha del convite ... 281

BÍBLICAS

522. Discurso sobre la Biblia . .282
523. La Biblia protestante 284
524. Poema de José 285
525. El deudor injusto y cruel . 286
526. Las bodas de Caná 286
527. La Hemorroisa 287
528. La oveja perdida 287
529. La cizaña 288
530. El fariseo y el publicano .. 288
531. La hija de Jairo 289

MISIONALES

532. Lo que es el Día Misionero Universal 290
533. España misionera 291
534. La pesca en el río Azul ... 292
535. El niño misionero 295
536. ¡Sitio! 295
537. Ante el retrato de un niño infiel 295
538. Diálogo telefónico 296
539. Quisiera ser misionero ... 297
540. En la siega 298
541. A España misionera 298
542. Flor entre espinas nacida 299
543. El «Padrenuestro» 300
544. Despedida 300
545. La mies es mucha 300
546. Números que hacen pensar 302
547. Salvar almas 302
548. Ten piedad de los infieles 303
549. ¡Una limosna, por Dios! .. 303
550. Contemplad a los pueblos paganos 303
551. Mensaje de amor 304
552. Alma misionera 304
553. ¡Parte feliz! 305
554. El toque del «Angelus» ... 306
555. El adiós del misionero ... 306
556. El misonero 306
557. Quisiera, Señor 307
558. Por amor a Jesús 307
559. ¿Qué quieres ser, hijo mío? 307
560. «¡Predicad el Evangelio!» 307
561. Quien quiere ser segador 308
562. Pastor bueno 308
563. Reloj Eucarístico 309
564. ¡Cristo reinará! 310
565. Despedida del misionero .. 312

OTRAS PUBLICACIONES

Antología de Gráficos y Dibujos Catequísticos.—Sencillos gráficos en tarjetas (10'5 x 16 cms.), propios para ser reproducidos en el tablero.

Serie I: Introducción (30 gráficos).
II: Credo y Novísimos A (67 gráficos).
III: » » B (55 gráficos).
IV: Los Sacramentos (80 gráficos).

Cantos religiosos para concentraciones infantiles. – Folleto de 80 páginas con melodías religiosas para las fiestas infantiles (procesiones, comuniones generales, etc...); contiene cantos eucarísticos, marianos, catequísticos, penitenciales, etc.

Villancicos de Navidad.—Un centenar de melodías navideñas, divididas en dos secciones: villancicos profanos y villancicos religiosos.

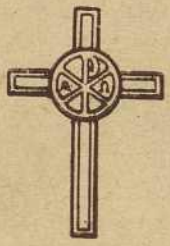
Navidad en Europa.—Más de cien canciones populares navideñas de Inglaterra, Francia, Alemania, Portugal, Hungría, Polonia, Rumanía, etc..., con letra española.

Cantos populares.—Cerca de 200 melodías, entresacadas de los diversos cancioneros regionales españoles, propias para veladas, salones y patios de recreo.

Canciones de Europa.—Ciento cincuenta melodías populares rusas, alemanas, francesas, polacas, portuguesas, lituanas, italianas... con letra española.

Cánones infantiles.—Colección de 22 cánones musicales facilísimos, de gran éxito entre los niños.

MUSEO CATEQUÍSTICO - SEMINARIO - LOGROÑO



MUSEO CATEQUÍSTICO DIOCESANO
SEMINARIO CONCILIAR
LOGROÑO

I

R
383